



LATIDO DEL CORAZÓN

MARIAN HERRERA

Latido del corazón
MARIAN HERRERA

Derechos de autor © 2019 Marian Herrera Barrantes
Diseño gráfico © 2019 Dorian Piedra Núñez
Todos los derechos reservados.
ISBN: 9781794441521

DEDICAtoria

A cada alma en esta tierra que me ha roto el corazón;
y a cada dulce espíritu que me ha ayudado a sanarlo.

Prólogo

Lunes. 6:20 am. 2006.

—¡Adiós, mamá!

—¡Ve con Dios, Sebastián! ¡Anda con cuidado!

Cerré la puerta y corrí por la acera. ¿Dónde era que quedaba la parada del autobús? ¡Ah! ¡Mami me la enseñó! Al lado de la panadería de don Roberto. ¡Ya me acordé! Corrí aún más rápido, solo pensaba en que necesitaba alcanzar el autobús antes de que se marchara.

Miré a ambos lados de la calle antes de cruzar, tal y como dijo mi mamá. Luego seguí corriendo y le pedí disculpas a la señora con la que me tropecé. Estaba muy emocionado. Era la primera vez que me dejaban tomar el autobús solo. Mami me recordó mil veces dónde estaba la parada, dónde debía bajarme, cuál era la calle de la escuela y que no debía hablar con nadie extraño. Estaba preparado. Había cumplido diez años y era tiempo de convertirme en un hombre.

Corrí cuando vi que faltaban pocas personas de montarse al autobús. ¡Justo a tiempo! Me detuve mientras una señora con bastón pagaba al chófer, apoyé las manos en mis rodillas, me incliné y tomé aire. Fue una gran carrera, estaba cansado, así que luego de entregar un puñado de monedas al chófer fui al segundo par de asientos de la fila de la derecha y arrojé mi mochila de los Power Rangers al suelo.

El autobús comenzó a llenarse y tuve que ceder el asiento a mi lado y conformarme con el del pasillo. Ya no podía mirar las casas pasar por la ventana y eso me puso un poco triste. Permanecí observando el cabello gris de la señora sentada delante de mí. Era gracioso. Quería tocarlo. ¿Se enojaría?

El autobús se detuvo en otra parada y subió aún más gente. ¿Por qué subían si estaba lleno? Las personas estaban de pie, sujetas a los asientos o a las barras del techo. *Parecen sardinas*, me reí pensando en ello. Estaban tan aplastados unos contra otros que parecían ondear al mismo tiempo.

Volví la vista al frente y encontré a una niña pagándole al chófer. ¡Ella vestía mi uniforme! ¡Teníamos el mismo uniforme! ¿Íbamos a la misma escuela? Nunca la había visto antes. La miré durante un momento y traté de recordar; ella tenía el cabello cubierto por la luz del sol y parecía de oro. ¿Sería de oro? ¡No, no! Ya soy grande, no puedo creer en esas cosas.

Aunque ella parecía un ángel... Un ángel sí podría tener el cabello de oro, así que yo podría tener razón. Y definitivamente no la había visto en la escuela

antes.

Ella miró la línea de personas apretadas unas contra otras en medio de los asientos. Vi su cara arrugarse de una manera graciosa. Entonces se me ocurrió que no estaría bien que estuviera allí de pie todo el viaje si ella realmente era un ángel. Dios podría molestarse, y mamá siempre dice que eso no es bueno.

Aún no había comprobado si ella era la criatura que yo sospechaba, pero por las dudas tomé mi mochila amarilla y me levanté del asiento, diciéndole cuando estuvo a mi lado:

—Siéntate aquí.

Ella miró el asiento y luego a mí, mientras el autobús retomaba su marcha. Ambos tuvimos que sujetarnos para no caer. Su cabello se veía aún más bonito y brillante de cerca.

—No, ahí vas tú —su voz me recordaba al tintineo de esa campana con la que jugaba cada Navidad.

—Yo puedo estar aquí de pie, ¿ves? —Me apretujé contra el resto de las sardinas y me sostuve con fuerza del asiento—. Cumplí diez años el domingo. Ya soy grande, no necesito sentarme.

Ella se sentó, sosteniendo un bolso rosa de princesas entre sus brazos. Se giró y me miró. Me gustó que se viera tan impresionada.

—¡Qué genial! Yo todavía tengo nueve años. —Volvió a arrugar la cara de esa manera graciosa—. Cuando tenga diez años, ¿podré estar allí de pie sin caerme igual que tú?

—Depende —la miré con concentración, tratando de descubrir si me diría la verdad—, ¿eres un ángel?

Ella volvió a arrugar la cara.

—¡No! ¡Eso no existe!

—Antes creía que no, pero cuando te vi pensé que eras uno.

Me sentí avergonzado al admitir aquello y evité mirarla. Ella se iba a burlar de mí. ¿Qué hombre de diez años creía en esas cosas? Eso era de niños.

—No, no lo soy —dijo simplemente. Bajó la mirada a mi mochila, que se encontraba a mis pies—. ¿Te gustan los Power Rangers?

—¡Me encantan! —admití con orgullo—. También tengo sus figuras de acción.

—A mí también me gustan, aunque en mi antigua escuela se reían de mí por eso.

Eso me confundió. ¿Por qué se burlaban? Los Power Rangers eran los más geniales. Esos niños no tenían idea de nada.

—Son tontos —contesté con seguridad—, esos niños no saben nada. ¿Fue por eso que te cambiaste de escuela? Porque ahora estás en mi escuela, ¿verdad?

En ese momento, ella se dio cuenta del parecido de nuestros uniformes y volvió a verse sorprendida.

—¡Sí! No me había dado cuenta. Y me cambié de escuela porque nos mudamos de casa.

—¿Tienes amigos aquí?

—No. —Bajó la mirada.

—Yo puedo ser tu amigo —dije rápidamente—. A los dos nos gustan los Power Rangers. Podemos ser amigos. —Luego dudé un poco—: Quieres ser mi amiga, ¿verdad?

Sonrió de pronto y volví a pensar que me estaba engañando con lo de no ser un ángel.

—¡Sí, sí, sí! Me llamo Ángela, ¿y tú?

Ella definitivamente me estaba engañando, su nombre comprobaba todas mis sospechas. Siendo su amigo, ¿me diría la verdad? ¡Sería tan genial ser amigo de alguien que pudiera volar! Sonreí pensando en eso; yo haría que me contara su secreto, solo tenía que demostrarle que podía confiar en mí.

—Soy Sebastián. Puedes decirme Sebas, todos mis amigos lo hacen.

Capítulo 1

Viernes. 8:30am. 2012.

Me acomodé en el asiento de piedra frente a ella y coloqué una manzana entre nosotros.

—Desayuna.

—No tengo hambre —ni siquiera me miró.

—¿Sigues enojada conmigo?

El sol de la mañana molestaba mis iris y me obligaba a entrecerrar los párpados; Ángela parecía disfrutarlo, estirando el cuello y cerrando los ojos mientras absorbía cada rayo. Lo estaba haciendo adrede, pues ambos nos conocíamos lo suficientemente bien como para saber que no me gustaba estar bajo un sol tan fuerte y que ella lo había hecho específicamente para molestarme.

Ni siquiera abría las cortinas de su cuarto durante el día, por amor de Dios.

—Ángela, háblame —insistí, algo desesperado. Nunca me había gustado que me ignoraran.

Ella siguió fingiendo que no existía. Me lancé hacia delante y tomé sus manos entre las mías. Ya no sabía qué hacer, así que comencé a suplicar.

—No puedo pedirte perdón si no me dices qué te pasa. No soy un adivino. —Se deshizo de mi agarre y entrecerró los ojos hacia mí, sin embargo proseguí—: Dime qué sucede y déjame arreglarlo.

—Ya deberías saberlo.

—¡No leo mentes, Ángela! —Me puse de pie, haciendo aspavientos mientras expresaba mi frustración—. Ayer estábamos bien pero en la noche comenzaste a ignorar mis mensajes y luego mis llamadas. Hoy fingiste que no existía. ¡Y yo no hice nada!

—¡Claro que sí! —Se puso en pie también y se acercó hasta encararme—. Lo que más enojo me da es que ni siquiera te has dado cuenta. Creí que eras mi mejor amigo.

—Lo soy. Pero soy hombre, no mago. —Suspiré—. Por favor, dímelo. Sabes lo distraído que soy y que hago muchas idioteces. No puedo evitarlo, pero conscientemente nunca haría nada para dañarte.

—¡Eres un imbécil!

Pasó a mi lado como un torbellino furioso e ingresó al liceo. Permanecí inmóvil ante su arrebató, pero un segundo después la vi salir por las puertas

dando furiosas zancadas mientras se dirigía de regreso a mí. ¿Había olvidado gritarme algo más?

Tomó la manzana de la mesa a mi lado y echó el brazo hacia atrás, tirándomela con fuerza en la cabeza.

—¡Un imbécil! —chilló y volvió a irse.

—¡Ángela, estás loca! —grité en respuesta mientras me frotaba el costado de mi cabeza que latía como un bombo. La vi sacarme su dedo medio, algo poco común en ella, antes de cerrar la puerta tras de sí.

Estuve parado allí por varios segundos, repasando mentalmente cada cosa que dije o hice el día anterior, y seguía sin encontrar algo en específico que pudiera haberla incordiado. Aunque, pensándolo bien, cualquier cosa podría alterar a esa lunática.



—Muévete o te muevo yo.

—Tenemos que hablar.

—Hablo en serio, ¡quítate de mi casillero ahora o te moveré de una patada!

Nuestros compañeros de clase y el resto de los estudiantes enviaban miradas en nuestra dirección y susurraban entre sí, todos en el pasillo de los salones de Matemática y Ciencias Naturales. Me estaba hartando de esta situación y estaba a punto de obligarla a decirme lo que la molestaba, no importaba qué tuviera que hacer. No me gustaba llamar la atención y Ángela siempre había sido una estrella brillante llena de energía y animosidad. Esto me estaba torturando más a mí que a ella.

—Esta es tu última oportunidad para decirme lo que tanto te molesta o tomaré medidas serias al respecto. —La miré y expresé con mis ojos cuán enfadado me encontraba. Era increíble que me tuviera rogándole como un perro por un hueso.

—Tú dame un motivo para golpearte —gruñó—, eso es todo lo que necesito ahora y seré tan increíblemente fe...

—Hola, Sebas —interrumpió una voz amigable.

Miré a mi lado y encontré la sonrisa de Camila, una chica que se había mostrado muy amable desde que se transfirió al liceo. Era pequeña y con cabello oscuro rizado. El profesor me pidió que fuera amistoso con ella así que había estado llevándola conmigo a nuestras respectivas clases y compartiéndole mis apuntes. Ayer me quedé en el liceo hasta tarde para

ponerla al día con la materia que habíamos visto en Biología.

Nos hicimos amigos bastante rápido, así que me apenaba muchísimo que hubiera escuchado el alboroto que estuvo creando Ángela y del que yo había sido partícipe todo el día. Me obligué a brindarle una sonrisa.

—Cami, hola, ¿cómo estás?

—Genial —seguía sonriendo—. Quería saber si se mantiene en pie nuestra cita de estudio esta tarde.

—Uhm —me rasqué la cabeza, recordándolo de pronto; había tenido la mente en el Planeta Ángela todo el día—. Claro, de acuerdo, te veré en la biblioteca. Esta vez trae tus libros de Química.

—Eso haré. Adiós, Sebas. —Se acercó y me besó la mejilla rápidamente. No me lo esperaba, así que solo permanecí quieto.

Me encogí de hombros, había otro asunto del que me urgía ocuparme. Volví la mirada a Ángela y encontré su tez blanca ahora del color de la manzana que me arrojó en la cabeza. Sus nudillos estaban pálidos por la fuerza con la que sostenía la puerta de su casillero. Me acerqué inmediatamente.

—¿Estás bien?

—¡Un jodido imbécil! —gritó. Cerró su casillero de golpe y me dio un empujón que envió mi espalda contra el resto de ellos, pues no me lo esperaba.

Todos en el pasillo giraron la cabeza simultáneamente ante el estruendo y miramos cómo ella se marchaba, más enojada que antes si eso era posible. Yo respiré profundamente y luego exhalé intentando expulsar toda la frustración. Ella estaba loca, jodidamente loca. ¿Por qué actuaba de esa manera? ¿Qué demonios le pasaba? Ya era tiempo de una intervención.



Me encontraba escondido tras la esquina delantera derecha del liceo. Había faltado a mi última clase y cancelado mi cita de estudio con Camila para poder estar allí antes de que Ángela saliera. Luego de haber intentado por todos los medios racionales que hablara conmigo, decidí ser tan irracional como se estaba comportando ella, por lo que me sentí como un criminal allí escondido, aguardando verla pasar por las puertas al sonar el timbre de salida.

El timbre sonó. Mis músculos se tensaron y tomé una profunda respiración, preparándome. Mis compañeros y el resto de estudiantes dieron sus pasos a la libertad al mismo tiempo en que proferían gritos y se empujaban unos a otros. Me recordaban a una estampida y me impedían localizar mi objetivo, hasta

que divisé una mata de cabello dorado balanceándose al ritmo de sus pasos aún furiosos.

Salí de mi escondite, esquivé personas hasta que llegué hasta ella y tomé su brazo. Ángela me miró y abrió la boca, pero no le permití mandarme al diablo otra vez y en su lugar me incliné y la lancé sobre mi hombro. Ella gritó tan fuerte que me paralicé por un momento. Encontré su bolso arrojado en el suelo y lo tomé con mi otro brazo. Entonces comencé a caminar hacia la parte trasera del liceo.

Sus gritos no tardaron en volver, acompañados por manotazos y patadas.

—¡Estás tan muerto, tan increíblemente muerto!

—Cállate.

—¡Enterrado o cremado, Sebastián! ¡Elige!

—Dios, ¿por qué siempre gritas? —Suspiré—. Me vas a dejar sordo.

De fondo escuchaba los gritos y carcajadas del resto de nuestros compañeros. Eso no me interesaba. Ella me había estado humillando durante todo el día, así que se me hacía placentero molestarla. El único problema era que no se quedaba quieta y en más de una ocasión tuve que detenerme a reacomodarla antes de que cayéramos los dos.

—Estoy gritando porque me estás cargando como un saco de patatas. Sebastián, ¡bájame ahora o te vas a acordar de mí cada noche durante el resto de tu vida!

—Ya lo hago —puse los ojos en blanco—, luego de verte la cara un domingo por la mañana. No sabes las pesadillas que he tenido al respecto.

Ángela siguió gritando desde que iba a arrepentirme de esto, hasta amenazas bastante serias que podrían haberme preocupado de no haber conocido a esa lunática chica desde los diez años. Sabía que podría cumplir todas esas amenazas, pero también sabía que no lo haría porque lo que la motivaba era el dolor y no el odio. Un dolor que, aparentemente, yo causé, y esta era la única forma de remediarlo.

Cuando crucé la puerta y llegué a mi objetivo, aspiré el aroma del cloro que impregnaba el ambiente y observé por un segundo para asegurarme de que la habitación se encontraba vacía. Luego miré el azul brillante de la piscina bajo mis pies y dejé a Ángela caer.

Tuve mi momento de perversa diversión viéndola chapotear toda confundida y alarmada. Se arrastró al borde y comenzó a subir. Cuando me miró, con su uniforme escurriendo agua y los dientes tiritando, con ese tono rojo apoderándose de su rostro y llamaradas en sus ojos, di un paso atrás.

Sentí que había invocado al diablo.

—Ángela, escucha...

Ella sonrió, yo conocía esa sonrisa. Lo siguiente que supe fue que me encontraba dando manotazos en el fondo de la piscina y subí a la superficie a escupir agua. Esa maldita cosa estaba helada. Entendí por qué me miraba con tanto odio.

—¡Vete al infierno, Sebastián! —gritó, mirándome de pie desde el borde—. No tienes una idea de cuánto te odio en este momento. ¡La rata del laboratorio tiene más sensibilidad y usa más el cerebro que tú!

Salí de la piscina y me coloqué frente a ella, furioso.

—¡La rata del laboratorio no tiene que soportarte! No la han vuelto tan loca como a mí.

Ella soltó un grito ahogado. Luego me empujó, pero estaba esperándolo y no logró moverme, lo cual la enfureció más.

—¡Si tan loco te vuelvo, vete a la mierda y no seamos amigos nunca más!

Abrí los brazos con impotencia y luego comencé a negar con la cabeza.

—Estás loca, Ángela. Estás demente, así que decidí actuar tan irracionalmente como lo has estado haciendo tú. Necesitaba hablar en privado contigo. ¡Y si te marchabas antes de hablar conmigo, al menos habría tenido el placer de verte dar un chapuzón!

Luego de mi declaración, sucedió algo que no había estado esperando: ella arrugó el rostro y comenzó a llorar.

Solté el aire lentamente y me encontré siendo la peor persona del universo. Ya no saboreaba mi victoria, más bien me sentía culpable y un idiota integral. Olvidé todos nuestros gritos y la abracé. No me rechazó, por lo que supuse que era un avance.

—¿Qué sucede, Angie? —murmuré. Estaba congelándome allí de pie con riachuelos de agua corriendo de cada hilo de mi vestimenta, pero no me quejé.

—Lo siento —susurró—, lo siento. De veras lo siento. Ayer te vi con Camila en la biblioteca y... Lo siento —sollozó.

Nunca la había escuchado así de afligida en mi vida. La apreté con más fuerza contra mi pecho e intenté consolarla acariciando su espalda. Nada de lo que decía tenía sentido para mí.

—¿Te molestó verme con ella en la biblioteca?

—Sí —tartamudeó.

Lo pensé durante un minuto de largo silencio, solo interrumpido por sus fuertes sollozos. Ella era más pequeña que yo, por lo que su cabeza estaba

escondida en el hueco de mi cuello y mis brazos podrían rodearla dos veces con toda facilidad.

—Está bien, Angie. Camila no va a reemplazarte. Eres mi mejor amiga — señalé, aún confundido—, nadie va por encima de ti. Solo estoy siendo amable con ella.

—Lo sé —tomó mi camisa empapada entre sus manos y se presionó aún más fuerte contra mí. Sus lágrimas eran cálidas, distintas al agua fría cubriendo el resto de mi cuerpo.

—Entonces, problema resuelto. —Intenté imprimirle alegría a mi tono, pues me encontraba bastante confundido aún—: ¿Podemos ir a comer un helado y jugar a la Play Station?

—Lo siento, lo siento, lo siento —susurró rápidamente contra mi cuello y volvió a sollozar.

Comenzaba a preocuparme de verdad, algo más estaba pasando y no pintaba para nada bien. Intenté relajar su agarre de mi camisa y alejarme de ella, pero se negaba a mirarme a los ojos.

—¿Qué está pasando, Ángela? —Ella seguía llorando, así que insistí, cada vez más ansioso—: ¡Habla! ¿Qué está mal? ¿Qué ha pasado?

Nos quedamos en silencio un momento. Yo rogaba que no hubiera hecho nada malo, o que al menos tuviera alguna solución.

—Descubrí que me enamoré de ti —volvió a susurrar.

Capítulo 2

Se lo había dicho. Le dije que estaba enamorada de él, ese secreto que estuvo oculto en mi interior incluso de mí misma, tan profundamente recluido por tormentosos pensamientos sobre el rechazo y la pérdida de nuestra amistad. Siempre lo temí; cuando miraba su sonrisa, me preocupaba cuánto me gustaba; cuando no estaba cerca, me preocupaba la manera en que lo extrañaba; y cuando pasaba tiempo junto a él, me preocupaba lo feliz que me hacía sentir.

No era una simple amistad y yo lo sabía. Desde que éramos pequeños supe que para mí él era diferente; prefería a Sebastián sobre los demás niños, no quería compartir con nadie nuestro tiempos juntos y no me gustaba que jugara con alguien más lo que jugaba conmigo. Desde esa tierna edad, aunque no sabía lo que era, el sentimiento estuvo presente y solo fue amplificándose con el paso del tiempo y la madurez de mis sentimientos.

¿Enamorada de mi mejor amigo? Eso era tan típico que me negaba a esperarlo de mí misma. Sebas y yo éramos inseparables, sí, pero él nunca dio signos de verme de una manera diferente a la hermana pequeña que disfrutaba atormentar, y en cada ocasión que podía me reiteraba lo mucho que me apreciaba como amiga y lo mucho que valoraba nuestra amistad. Era un poco ofensivo que él creyera que no me daría cuenta de que con sus palabras pretendía extinguir cualquier sentimiento romántico que en mí pudiera estar surgiendo.

Se encargó de dejarme claro que nunca sería la chica para él. Como su mejor amiga tenía el placer de escucharlo hablar de todas las otras chicas, sobre los sentimientos que cada una de ellas producía en él y cómo no tomaba en serio a ninguna. Era un idiota, pero no era nada raro en un adolescente de su edad, y yo era aún más idiota por obligarme a escuchar en silencio sobre cada una de sus conquistas y, aún peor, abrir la boca y motivarlo a ir tras ellas. Era masoquista, pero era la forma que encontraba de demostrarme a mí misma que él realmente no me importaba en el sentido romántico o, al menos, ser capaz de fingir eso; y era la única forma de disimular los extraños sentimientos que luchaban dentro de mí.

El amor en la juventud ya es difícil y efímero de por sí, pero sumada la complicación de fijarte en el único chico en todo el universo que está prohibido para ti, es una descorazonadora comedia romántica con un final infeliz. ¿Por qué nunca pude entenderlo? Me repetía constantemente que debía

extinguir lo que él producía en mí y superarlo, que lo nuestro nunca sería realidad ni tendría sentido, y que la única que saldría lastimada era yo. Perdería a la persona que me escuchaba en todo momento, sin importar nada; al mejor consejero, al más confiable y honesto; y al único chico que conseguía hacerme reír entre lágrimas.

Yo lo sabía, lo temía, y aun así me enamoré de él.

Por momentos me dije a mí misma que no fue mi culpa. Pasé tantos años junto a Sebastián, él estuvo allí en mi alegría y en mis lágrimas ante la muerte de mi papá, fue mi roca y mi motivador personal; mi psicólogo sin paga, mi protector y mi modelo a seguir en muchas cosas. Me consolaba pensando que era muy difícil ser así de cercano a una persona y no enamorarse, y que tal vez yo no era tan fuerte como creía.

Fue mi error, uno que intenté ocultar de él y de mí misma por años, pues si olvidaba que me gustaba tal vez el sentimiento podría ir desapareciendo y todo estaría solucionado. Pero cuando estuve buscándolo a la salida del liceo ayer, deseosa de mostrarle el nuevo dibujo que había hecho en clase de Matemática, y lo encontré en la biblioteca con esa chica, me sentí hervir. Cada cosa que estuve intentando tan duramente de disimular explotó fuera de mí en oleadas de una furia irracional y no pude contenerme. Tampoco pude seguir negándolo más.

Fue tiempo de enfrentar las consecuencias. Se lo dije, y algo muy dentro de mí mantenía la esperanza de que él confesara que sentía lo mismo y que durante todo ese tiempo lo había mantenido oculto al igual que yo, para proteger nuestra amistad. Mientras lloraba acurrucada en su pecho, suplicaba en silencio que dijera esas palabras, pero él se encargó de extinguir con eficiencia cualquier esperanza de aceptación o perdón que yo pudiera mantener.

—¿Qué mierda estás diciendo, Ángela? —me alejó de él y dio un paso atrás.

No podía mirarlo a los ojos. Ni siquiera era capaz de dejar de llorar y pedirle perdón.

—Ángela.

Negué con la cabeza.

—Ángela, mírame. —Conseguí suficiente valor y lo hice. Él tragó duro—: No puedes estar hablando en serio. Debes estar equivocada.

—Siempre me has gustado —susurré de regreso.

Tomó aire y dio otro paso atrás, negando:

—Estás confundida. Tú no me amas, Ángela.

Mi mejor amigo comenzó a retroceder hacia la salida. Me asusté e intenté acercarme. Lo que más temía era que él huyera de mí y era justo lo que estaba haciendo.

—¡Sebastián, no lo hice a propósito, te lo prometo! Créeme, por favor.

—Somos amigos —su voz sonaba ahogada. La manera en que me miraba estaba lastimándome tanto como sus palabras—. Nos conocemos desde niños, Ángela, ¿cómo pudiste hacer esto? —No respondí—. ¡Dime!

—¡No fue mi culpa! Sabía que... sería un error... pero no me di cuenta cuándo lo hice. No fue en un momento, Sebastián —insistí, atragantada con mis lágrimas—, fue durante todo nuestro tiempo juntos. Solo pasó. No me culpes, por favor... y no huyas de mí.

—Esto debe ser una maldita broma —su risa sarcástica hizo un eco agrio en las paredes de la habitación—; mi mejor amiga enamorada de mí. ¿Y desde hace cuánto tiempo lo sabes? ¿Por qué no me habías dicho nada? —gritó.

—¿Por qué me tratas como si hubiera hecho algo malo? —fue lo único que contesté, abrazándome a mí misma.

Se colocó su mochila sobre la espalda y se dirigió hacia la puerta, luego de acusar:

—Lo hiciste. Hiciste la mayor estupidez de tu vida.

Se fue. Me dejé caer al suelo y abracé mis rodillas mientras lloraba. Ya no tenía a nadie, así que tendría que consolarme a mí misma.



Martes, 1:32pm. Dos años después.

Como era habitual en mí, lo estaba mirando. Solo esperaba mantener en el rostro la expresión impertérrita que pretendía y no poner los ojos de cachorro como imaginaba que normalmente hacía. Era difícil no mirar —lo intenté durante los primeros tres meses, con toda mi fuerza de voluntad— así que me permití a mí misma observarlo pero me dije que tenía que mostrarme indiferente. Esa era la parte complicada; algo en mí dolía tal y como lo venía haciendo desde hacía un tiempo y el dolor parecía no querer desaparecer. Me aferré muchísimo a la creencia de que el tiempo lo curaba todo, y fue una grandísima blasfemia.

—Ugh, quita esa cara, por favor. Eres patética, Ángela.

Miré a Valerie. Ella fue la flor sobreviviente luego de la tormenta; la luz

que te regalan en el ojo de un huracán. La encontré durante los meses que pasé desesperada por restaurar mi amistad con Sebastián y deprimida por sus desplantes. Val estaba en mi clase y nunca en la vida había hablado con ella, pero se acercó un día a la mesa en el patio del liceo donde me encontraba sentada sola, y simplemente dijo:

—Te ves como que necesitas una amiga. Soy Valerie.

Yo la miré. Su sonrisa gentil y el cabello tan oscuro que parecía negro me recordaron muchísimo a los del mejor amigo que había perdido, así que asentí y ella se sentó a mi lado; pasaron dos minutos de silencio, entonces comencé a llorar. Se lo conté todo y no dejó de abrazarme en el proceso. Era justo lo que necesitaba, todo lo que no sabía que quería. Toda mi vida me enfoqué de tal manera en Sebas que nunca me preocupé por tener una amiga, o cualquier otro amigo en realidad, así que fue sorprendente descubrir a alguien que sería mi nuevo soporte a partir de entonces.

—Cállate, Val. Está superado —resoplé. Ambas tomamos asiento en la gradería frente a la piscina bajo techo. Ese lugar me traía un recuerdo tan agrio que realmente podría vomitar. No conseguía entender cómo Valerie me convenció de entrar allí luego de dos años de evitarlo a toda costa.

—Lo miras como yo miro los Skittles y la Nutella cuando hago dieta — señaló, sus ojos pardos enfocados en el espejo que su mano sostenía mientras se colocaba polvos traslúcidos.

—No es verdad. —Entonces dudé—: ¿Lo hago?

Tendría que mejorar mi máscara de impasibilidad si mis emociones podían ser leídas tan fácilmente, aunque Val siempre había podido conectar de una manera profunda con los sentimientos de la gente y me conocía bastante bien. Me había escuchado maldecir fuertemente contra Sebastián más de una vez y me había quitado mi bate de béisbol de las manos en una o dos ocasiones cuando pensaba ir a hacerlo entrar en razón con mis propias manos.

—Angie —suspiró. Guardó el espejo en el bolso y se giró en su asiento para mirarme con compasión—. Sabes que te quiero, pero ya ha pasado un tiempo, y si no lo superas es porque no estás poniendo de tu parte.

—Claro que lo estoy haciendo. ¡Tú más que nadie deberías saber eso!

—No, nena, no lo estás haciendo. Sigues revisando sus redes sociales y preguntando por él a su madre —acusó, frunciendo las cejas—. Sí, descubrí eso, ¿cómo pudiste ocultármelo? ¡Eso no es avanzar!

Bajé la mirada y hablé en voz queda, de repente invadida por una melancolía que no era capaz de describir:

—Su madre me conoce desde que era niña. Es como una madre para mí también. He tenido que dejar de visitarla, pero de vez en cuando me gusta saber cómo está.

Sentí la mirada de Valerie en mí por un largo momento en el que viejos recuerdos invadieron mi mente. Estaba sintiendo que algo arañaba por dentro, esa familiar añoranza.

—De acuerdo, haremos esto. —Con un dedo subió mi barbilla y me sonrió al mirarla—. Estás aquí, ¡eso es un gran paso! Puedes mirarlo todo lo que te plazca, solo por favor no vuelvas a atormentarte con pensamientos innecesarios, ¿está bien?

—Bien —a pesar de todo, reí.

Cuando miré hacia el borde izquierdo de la piscina, mi sonrisa desapareció. Escuché a Valerie resoplar muy poco femeninamente a mi lado.

—No la soporto —gruñó.

—Solo dices eso porque eres mi amiga.

—¿Eso no me da suficiente excusa para que me caiga mal?

—No —suspiré—, pero lo agradezco.

Recuerdo que fue en abril. Habían pasado tres semanas desde la discusión que tuve con Sebastián en la piscina y mi posterior declaración de amor fallida, cuando sucedió. Yo había intentado por todos los medios ponerme en contacto con él y arreglar las cosas, ya que en ese entonces no estaba Valerie para recordarme que existía algo llamado dignidad y que yo estaba comenzando a perderla.

Pegaba notas en su casillero, le enviaba cartas con sus compañeros, dejaba algunos de mis dibujos en su mochila a escondidas, llamaba a su casa y preguntaba por él, iba a buscarlo personalmente y su mamá, con cara de tristeza, siempre me decía que no estaba. Había hecho eso todos los días durante las dos primeras semanas; sí, yo definitivamente era un nuevo sinónimo de patética, pero prefería enfocarme en actividades más o menos recreativas que dejarme consumir por el sentimiento de dolor.

Entonces, a la tercera semana, cuando yo caminaba hacia mi casillero, miré hacia el frente y encontré a Sebastián con esa chica, Camila, besándose descaradamente. Los recuerdos fueron confusos después de eso; salí corriendo y me senté en una esquina oscura del gimnasio antes de comenzar a llorar. Al día siguiente por la mañana, me llegó el rumor de que ellos dos eran una pareja oficial, y me dirigí al baño a vomitar. Luego, acepté lo que yo misma había ocasionado y decidí lidiar con las consecuencias, dejando de intentar

ponerme en contacto con él y permitiendo que el dolor en mi interior se exteriorizara como le placiera.

Luego conocí a Valerie y el resto es una larga historia de bofetadas, tarros de helado, lágrimas y películas románticas.

—Él definitivamente lo hace para molestarte —escuché a Val, pero mi mirada estaba fija en Camila y Sebastián besándose junto a la piscina y caminando de la mano hasta sentarse unas filas por debajo de nosotras—. Vamos, Angie, no me digas que no te parece obvio. ¿Escoger justo a la chica que desencadenó todo? ¡Cliché!

—Si lo hizo por molestarme, ¿por qué después de dos años sigue con ella? —No le di la oportunidad de explicarse, me levanté y colgué el bolso de mi hombro—. Me voy, Val. Lo siento, te dije que vendríamos a ver la competencia, pero no pensé que ellos...

—Está bien —ella sonrió tristemente y me hizo señas para que me fuera—. No quiero ni imaginar cómo te debes estar sintiendo —murmuró—. Entiendo. Solo hazme un favor, llévale mi trabajo de Biología a la profesora Torres.

Tomé la carpeta que me tendió y me incliné para darle un rápido abrazo.

—Claro. Eres la mejor, Val. Te veo luego.

Caminé durante un rato hasta que llegué al salón de Biología. La puerta estaba entreabierta, así que me anuncié e ingresé, pero no había nadie en el interior. Dejé la carpeta sobre el escritorio de la profesora, esperando que la viera al regresar, pero cuando me disponía a marcharme escuché un chillido metálico y al girarme encontré una jaula con un pequeño hámster corriendo dentro.

—Oh Dios mío, ¡si tú eres la cosita más linda del mundo! —chillé mientras dejaba el bolso en el suelo y me acercaba.

Era de color marrón claro con su pancita blanca y corría en una rueda morada. Val me había contado de la nueva mascota de la clase de la profesora Torres pero hasta ese momento no había tenido oportunidad de admirarla. Tomé su jaula con las dos manos y la alcé a la altura de mi rostro. Estuve hablándole un buen rato.

—¿Profesora?

Solté la jaula. La escuché caer a mis pies, sin embargo mi cerebro no logró procesar nada de eso. Me congelé, mirando hacia la puerta, donde Sebastián entraba, buscando a la maestra. Supe el momento exacto en el que se percató de mi presencia, pues sus ojos se endurecieron y se tensó el músculo de su mandíbula. Venía sin compañía.

—Ángela —saludó fríamente.

Entonces salí de mi estupor y reaccioné:

—¡Ay, no!

—¿Disculpa?

—¡El hámster! —grité y me lancé al suelo. La jaula estaba abierta y terriblemente vacía—. ¡La profesora va a matarme!

—¿Ángela? —escuché, pero era una voz lejana entre mi ataque de pánico. Más tarde me daría cuenta de que esa fue la primera conversación que tuvimos en mucho tiempo.

—¡El hámster! ¡Ayúdame a buscarlo! —grité, asomándome bajo sillas y mesas.

Estaba seriamente asustada. Esa criatura era la consentida del salón y yo iba a estar muerta si lo dejaba escapar. Corrí a buscarlo bajo el escritorio de la profesora, en la esquinas del salón, escuché a Sebastián mover varios objetos, pero no aparecía por ningún lado. Justo cuando comenzaba a tirar de mi cabello hasta arrancarlo de la raíz, escuché su voz ronca:

—¡Ángela, mira!

Señalaba hacia la puerta abierta. Levanté la mirada justo en el momento en que una bola de pelos color marrón pasaba corriendo a través de ella y desaparecía por el pasillo.

—¡No! —me alarmé y salí corriendo tras ese pequeño demonio peludo.

—¡Ángela, espera!

Ambos comenzamos a correr. Sentía más adrenalina corriendo por mi cuerpo que los competidores luchando por una medalla de oro. El hámster giró en la esquina y Sebastián y yo tuvimos que derrapar para seguirle el paso. Él era mejor corredor, así que no tardó mucho tiempo en adelantarse y comenzar a intentar capturar al animal con las manos.

—¡Atrápalo! —le ordené cuando el agarre de sus manos seguía fallando.

—¡No puedo! ¡Es muy escurridizo!

—¡Es un hámster, Sebastián, no un maldito cerdo engrasado! ¡Atrápalo!

Giramos hacia la izquierda. No había una sola alma en los corredores que fuera capaz de ayudarnos, todos estaban presenciando la competencia interescolar de natación. Si tan solo alguien pudiese ayudarnos a acorralarlo, estaríamos salvados. Sin embargo, a Sebastián se le escapaba de las manos como si estuviese bañado en mantequilla y yo con dificultad conseguía mantener el ritmo de la carrera.

—¡Amiguito, ven! —jadeé, cada vez más desesperada—. ¡Amiguito, ven,

amiguito! ¡Sebas ven! ¡Déjame llevarte a tu jaula bonita!

—¿El hámster se llama Sebas?

—Lo acabo de nombrar así. ¡Sebas, ven aquí! Maldito hámster del infierno.

—¿Por qué lo nombraste así? —preguntó con curiosidad mientras seguíamos corriendo.

—Porque es una especie de rata.

Él frunció el ceño profundamente pero se guardó su respuesta. Yo me mordí la lengua; ese comentario mordaz se me escapó sin siquiera haberlo pensado. Destilaba el profundo resentimiento que le guardaba desde hacía mucho tiempo, pero decidí preocuparme por toda nuestra interacción luego y concentrarme en atrapar al hijo de Satán que me estaba haciendo quemar más calorías que el programa Zumba Fitness completo.

Levanté la mirada y vi que nos dirigíamos hacia las puertas que daban al patio del liceo. Dos chicos estaban reclinados contra ellas. Uno de ellos se reincorporó y abrió una de las puertas mientras seguía hablando.

—¡Oigan, ustedes —grité, sonaba tan sofocada como me sentía—, cierren la puerta! ¡Cierren la puerta!

—¡Alejandro, cierra la puerta! —gritó Sebastián.

—¿Qué? —gritó Alejandro, mirándonos justo en el momento en que la rata escurridiza pasó a través de sus pies e ingresó al césped verde brillante.

—¡Quítate! —saqué a ambos chicos de mi camino con un furioso empujón.

Seguí corriendo, pero eventualmente me detuve cuando me di cuenta de que había perdido a Sebastián El Hámster de mi vista. El césped estaba muy crecido y era difícil visualizar cualquier cosa pequeña moviéndose, ni qué decir de la mascota de mi clase. Me llevé las manos a las rodillas y comencé a jadear con fuerza, sintiendo otra presencia a mi lado.

—¿Se fue?

—No lo veo. Torres me va a matar. ¡Me va a decapitar y luego usará mi cabeza como pisapapeles y mi sangre como tinta!

—¡Joder, mira!

Él señalaba la cerca de maya de dos metros de altura, que delimitaba el final del patio del colegio con el resto del terreno que lo conectaba con la calle. Dirigiéndose a ella, como si supiera que se trataba de su salida más próxima, un punto marrón movía sus patitas sin cesar. Ambos retomamos nuestra carrera, esforzándonos por llegar al animal antes de que atravesara la cerca por la parte de abajo y escapara.

Justo cuando llegamos al pie de la cerca, el hámster desapareció por debajo y lo vimos correr por el otro lado.

—Esto tiene que ser una broma —sentencié, incrédula.

—¡Rápido! No tenemos tiempo para esto. Se está yendo.

Sebastián retrocedió unos buenos metros, corrió y de un salto se trepó en la cerca. Comenzó a escalar los metros que faltaban y al llegar arriba pasó las piernas al otro lado, saltó y cayó limpiamente sin hacerse ningún daño. Estaba bastante impresionada, no lo había visto hacer eso ni siquiera cuando éramos niños.

—¡Ángela, rápido! ¡No lo pienses, solo hazlo!

Respiré profundamente e hice exactamente lo mismo que él. Cuando escalé y llegué hasta la parte de arriba, por error mi pecho descendió demasiado cerca de las puntas de la maya y al intentar dejarme caer, me di cuenta de que me había quedado atorada.

—¡Me atoré! —vociferé, aferrándome con fuerza para no caer—. No puedo soltarme.

—Esto no es posible —lo escuché resoplar.

Sentí sus manos en cada lado de mi cadera y abrí los ojos alarmada. No solo me sorprendía su contacto después de tanta frialdad, sino que nunca me había colocado las manos en esa zona específica del cuerpo. De repente olvidé la posición ridícula en la que me encontraba y me sonrojé ante el calor que emanaban sus palmas aún a través de la tela de mi pantalón.

Entonces Sebastián comenzó a tirar de mí, fuerte. Escuché un sonido que erizó cada vello de mi cuerpo.

—¡No, Sebastián, no! —grité en el momento en que ambos caímos de espalda sobre una cama de césped.

El golpe dolió, pero Sebastián hizo de buen colchón. Me levanté apresuradamente y me aparté el cabello de la cara. Cuando miré hacia abajo, me di cuenta de que la parte frontal de mi blusa se había desgarrado. Imaginé que algo así pasaría cuando comencé a escuchar la ruptura de los hilos y recordé que esa camisa llevaba cuatro años siendo parte de mi uniforme colegial.

Mi sostén con diseño de leopardo quedaba expuesto ante los ojos del resto del universo. Giré hacia Sebastián y le ordené exaltada:

—¡Dame tu camisa!

Él me miró, luego a mi pecho, y luego a mí otra vez. Lo vi tragar duro. No decía nada. A mí me importaba poco y nada que me mirara, pues estaba

demasiado ansiosa para sentirme avergonzada. ¡El maldito hámster ya debía estar tomando piñas coladas en Dubai!

Entonces insistí:

—¡La camisa, Sebastián! ¿Eres sordo o qué?

Él negó con la cabeza varias veces, como despejando sus pensamientos, y tiró del dobladillo de la tela hasta sacársela por la cabeza. Mi quijada tocó al suelo ante el asombro. ¿Desde cuándo Sebastián tenía el cuerpo tan marcado? Lo observé fijamente, sin pudor alguno. Su característica piel color canela era impresionante desde niño, pero al mirarlo bajo el sol de ese ardiente verano no conseguía cerrar la boca.

—¿Ángela?

Antes de darme tiempo de tomar la camisa que me tendía o reaccionar y salir de mi estupor, una voz tosca y furiosa nos llamó a los dos:

—¡Señor Videla, señorita Báez, deténganse en este instante!

Ambos nos giramos y encaramos al hombre calvo y arrugado de baja estatura que nos miraba hecho un basilisco desde el otro lado de la maya.

Sebastián repuso:

—Director...

Al mismo tiempo en que yo farfullé, visualizando la escena que debíamos representar y mi expulsión inmediata:

—Hola.

El director aspiraba tanto aire que juré que pronto se desmayaría y un tono rojo partía desde el nacimiento de su inexistente cabello hasta las orejas, confiriéndole a su cara un aspecto bastante cómico si no fuera por el hecho de que se encontraba de esa manera al vernos a Sebastián y a mí, semidesnudos, luego de haber saltado la maya para escaparnos, aparentemente.

Dije lo primero que vino a mi cabeza, sin procesarlo demasiado:

—No es lo que parece, de verdad. Él es un patán.

El director comenzaba a echar humo por las orejas.

—A mi oficina, ¡ahora! —Me señaló con su dedo y gritó—: ¡Báez, cúbrase!

No perdí tiempo y le arranqué la camiseta a Sebastián de sus dedos congelados. No era la primera vez que usaba su ropa, pero era la primera vez en dos años que estaba lo suficientemente cerca como para volver a aspirar su colonia. Un nudo en mi estómago se apretó con fuerza y debatí si debía dejar de respirar o ceder ante el deseo de aspirar la tela de la camiseta hasta drogar mis sentidos como la persona con cero dignidad que era.

Sebastián tardó apenas dos segundos en tomar la decisión. Pasó delante de mí para comenzar a subir la cerca e ingresar al liceo otra vez, no sin antes susurrarme:

—Más te vale no dejarle tu maldito olor prendado. Y asegúrate de tener cuidado al volver a cruzar, no quiero que la vayas a deshilar.

Solo así, deseé no haberme bañado en seis meses para dejar su estúpida camiseta pestilente ¿Cómo pude haber sido amiga de alguien así? ¿Siempre se comportó de esa manera, o ser un cretino era su nuevo pasatiempo? Quizá estaba demasiado ensimismada en él como para considerar bajarlo del pedestal donde lo tenía puesto.

La caminata de la vergüenza a través del liceo no fue tan mala debido a que solo unos pocos estudiantes se encontraban en los pasillos, pero yo sabía que el chisme no tardaría en llegar a los oídos de todo el mundo de la manera más polémica posible: ¡El director atrapó a Ángela y a Sebastián intentando fugarse del colegio! El hecho de que Sebastián iba desnudo de la cintura hacia arriba y que yo llevaba puesta su camiseta verde menta que me llegaba hasta la mitad de los muslos, no hizo mucho para resguardar nuestro buen nombre.

Mientras cruzábamos la esquina, me rezagué un poco y aproveché que el director no estaba mirándome para tomar mi teléfono y escribir rápidamente un mensaje de texto a Val:

Problemas. Oficina del director. No puedo explicarte ahora, pero es muy importante que vayas a la tienda de mascotas, compres un hámster marrón y antes de que termine la competencia de natación lo coloques donde

Estaba a punto de escribir "Catalina", el nombre de pila de la profesora de Biología que era dueña del animal, cuando el director se detuvo bruscamente y giró, gruñéndome:

—¿Tiene usted su celular en la mano, señorita Báez?

—No, señor —respondí nerviosamente. Mantuve oculto el móvil detrás de mi espalda mientras escribía el nombre de la profesora Torres sin mirar, rogando a los cielos haberlo escrito correctamente luego de presionar el botón de enviar.

—¡Deme eso! —Me lo arrancó de las manos y luego abrió de un tirón la puerta de roble de su oficina—: ¡Adentro los dos!

La oficina era de seis metros de largo por ocho de ancho. Frente a la puerta se encontraba el escritorio de madera oscura, con una silla alta e imponente detrás, y persianas cerradas impidiendo el paso de los rayos del sol que se colaban por el ventanal que se conectaba con el patio del liceo. Delante

del escritorio se encontraba una sola silla de metal, y cuando iba a tomar asiento, Sebastián pasó junto a mí, rozando rudamente nuestros hombros, y se sentó.

Quedé boquiabierta una vez más ese día, incapaz de concebir tal falta de caballerosidad en el mismo niño que recorría kilómetros en busca de dalias, mis flores favoritas, solo para llevarme una a la escuela. Me obligué a mí misma a recordarme que él ya no era ese niño ni mi mejor amigo, y me armé de paz mientras permanecía de pie junto a él y ambos encarábamos al director.

Este apoyó las manos sobre el escritorio y se inclinó hacia delante; sus ojos eran como dagas punzantes que nos retaban a mentirle.

—¿Qué hacían ustedes dos afuera de esa cerca? —preguntó con una voz tranquila que contrastaba con su aspecto.

Ambos permanecemos en un religioso silencio. Yo, principalmente, porque no tenía idea de qué contestar.

—Voy a preguntar una vez más, y espero que me digan la verdad. ¿Qué demonios hacían ustedes dos allá afuera?

Entonces sucedió, un bombillo imaginario levitó sobre mi cabeza, brillando inteligentemente. Sebastián era un cretino que barrió el suelo conmigo, luego pisoteó mi corazón e hizo burla de mis sentimientos. Pasé incontables días secando mis lágrimas y haciéndome sentir culpable por lo que había pasado, mientras él exhibía por todo el colegio su relación con Camila y se aseguraba de besarla siempre que me encontraba cerca. Como si no le bastara con el beso que le dio la primera vez, justo después de despreciarme, se mantuvo con ella durante dos años para recordármelo cada día.

Eso era crueldad. ¿Por qué yo no podía comportarme mal y hacerlo sufrir al menos una vez en la vida?

—Director Moritz —di un paso al frente, imprimiendo una profunda dulzura en mi voz—, lo lamento muchísimo. Usted sabe que este tipo de actos no son característicos de la estudiante que le he demostrado que soy, a través de todos estos valiosos años de enseñanza.

Por el rabillo del ojo detecté el momento en que Sebastián me miró y alzó su ceja con despectiva curiosidad. El señor Moritz frunció las cejas profundamente, pero asintió:

—Sí, Báez, usted siempre ha sido una buena alumna. Es por eso que me decepciona tanto viniendo de su parte.

—Y lo lamento muchísimo. —Entonces solté un sollozó agudo, totalmente fingido. Me cubrí el rostro con las manos mientras lloriqueaba—: Yo nunca

quise hacer esto, señor, pero Sebastián me dijo que nadie nos descubriría. Dijo que ya había escapado por allí antes y me aseguró que volveríamos antes de que alguien lo notara.

Escuché cómo la silla de Sebastián arañaba el suelo al levantarse bruscamente, casi derribándola, y gritó con rabia:

—¡Eso no es verdad!

—¡Soy tan tonta! —seguí sollozando, deseosa de haber podido mirar la expresión en su rostro—. Director, él me dijo que me amaba, ¡y yo le creí!

—Señorita Báez —la antes feroz voz del señor Moritz se había reducido a un tono conciliador—, por favor, cálmese. Tome un pañuelo, venga...

—¡Le iba a entregar mi virginidad! —grité.

—¡Señorita Báez!

Me aparté las manos del rostro, cubierto por lágrimas falsas. Solté otro potente sollozo y con un dedo tembloroso señalé a Sebastián, cuya expresión no tendría precio nunca:

—Esto es tu culpa.

—Estás loca... Maldita sea. —Giró hacia el director, respirando sofocado—: ¡No le puede hacer caso! ¡Está mal de la cabeza, siempre lo ha estado!

Eso solo logró enfurecerme más.

—¡Sebastián, yo te amo, por favor no me trates así! Recuerda todo lo que he hecho por ti. Recuerda cuando en primer año —no pude evitar la pizca de satisfacción en mi voz al revelar el secreto— le oculté a todo el mundo que tú incendiaste el horno de la cafetería. —El aludido se puso tan pálido que por poco me salí de mi papel y comencé a reír.

—¡Cállate! —De repente estuvo frente a mí, con sus manos sacudiendo mis hombros y nuestras narices rozándose. Se veía colérico—. Eres una zorra loca, Ángela, una maldita desquiciada. —Me soltó y volvió a dirigirse al director, gritando—: Tengo una novia hermosa, director. ¡Nunca saldría con esta chica patética y desesperada!

Eso me dolió más de lo que era capaz de describir. Mi estómago se hundió y cualquier pequeña satisfacción fue borrada de mi semblante. De repente mis rodillas temblaban y deseaba poder inclinarme y vomitar todo el contenido de mi estómago en el suelo. La cantidad de desprecio que exudaron sus palabras era tan honda que mi cerebro apenas lograba procesarla. ¿Cómo fue capaz de decir eso?

—¡Eres un maldito imbécil! —grité, mi supuesta tristeza ahora remplazada por auténtica cólera.

Él volvió a acercarse a mí.

—¡Y tú una mentirosa! Patética y desesperada por un poco atención desde la muerte de papi, ¿no es verdad?

Algo dentro de mí se rompió al escucharlo decir eso. La bofetada que le di nos sorprendió a todos en la habitación. Sebastián me miró, completamente incrédulo, acariciando su mejilla lastimada. Mi palma ardía, pues era el primer golpe fuerte que daba. Apenas era capaz de mantenerme en pie luego de la manera en que calaron en mí sus palabras, así que no pude evitar la lágrima de impotencia y coraje que se deslizó por mi mejilla sonrosada.

—Nunca te atrevas a volverlo a mencionar —susurré—. No eres lo suficiente hombre para ello.

Nos miramos fijamente hasta que el señor Moritz puso una mano en nuestros hombros y nos obligó a dar marcha atrás. Lo que más lamenté en ese momento fue la falta de remordimiento en los ojos de Sebastián; no había nada allí, salvo un reflejo de profundo resentimiento. ¿Qué había ocurrido con nosotros durante ese lapso de tiempo?

—¡Suficiente! Este espectáculo tiene que acabar. ¿Dónde piensan que están —gritó el director—, en la plaza pública?

—Ella es la que se comporta como una rambulera.

—No me ofende quien no me supera —susurré a mi vez.

—Están castigados, ¡por dos semanas! Sebastián, estás fuera del equipo de atletismo hasta nuevo aviso.

—¡No! —Su respiración se encontraba acelerada y masculló entre dientes —: No puede suspenderme del equipo, director. ¡Eso no es justo!

—Después de lo que acabo de presenciar, no creo que estés en posición de reclamar nada, muchacho. Considérate favorecido. —Soltó su agarre de nuestros hombros y fue a tomar asiento detrás de su escritorio—. Ambos se quedarán aquí todas las tardes después de clases hasta que cumplan su castigo. ¿Está claro?

Mis manos estaban hechas puños y mis dientes se romperían a causa de la presión de mi mandíbula. Estaba poseída por un nuevo nivel de rabia; me sentía capaz de saltar sobre el chico a mi lado y desgarrar tira por tira su cara bonita. Tomaba todo de mí el ser capaz de hablar como una persona normal y no comenzar a gruñir y soltar espumarajos por la boca.

—¿He sido claro? —Moritz dio un golpe fuerte en su escritorio que no consiguió hacerme saltar, ni siquiera pestañear.

—Jodidamente claro. —Sebastián maldijo y un segundo después la puerta

de la oficina se cerró con un terrible portazo.

Yo miraba el suelo de la oficina en un intento por recomponerme a mí misma y disimular mi indignación. De repente la voz del director cortó con el silencio:

—Mira a ese chico —alzó una espesa ceja negra—, ¿realmente le ibas a entregar tu virginidad?

Tercera vez ese mismo día en que quedaba boquiabierta. Negué con la cabeza dos veces; ese hombre no podía estar hablando en serio. Me guardé mis comentarios para mí misma, tomé mi celular de su escritorio sin pedir permiso y desaparecí por la puerta de su oficina.

No tenía muy claro hacia dónde me guiaban mis pies, solo sabía que de alguna manera me encontraba ingresando en el área de la piscina techada. El silbato sonó y el sonido de cuerpos lanzándose y chapoteando en el agua, conjugado por los gritos de ánimo, era bastante estimulante. Conseguí despertar un poco de mi entumecimiento y subí la gradería hacia donde Val me sonreía y me llamaba con animadísimos gestos de la mano. Esa chica era energía pura, lo que me encantaba de ella.

—¡Ángela, al fin apareces! —gritó para hacerse escuchar sobre todo el alboroto en el momento en que me acomodé a su lado—. Justo acabo de terminar el trabajo que me encargaste. No te imaginas lo emocionada que estoy al respecto.

—Val —tomé aire y lo exhalé sumamente despacio—, no vas a creer lo que ocurrió en la última hora.

—Algo bastante bueno tendrá que ser —arqueó una ceja con interés—. En el momento en que tuve que salir de aquí y dirigirme a la tienda de mascotas de la esquina supe que no era un día normal. ¿Cómo fuiste capaz de hacer eso? ¡Vaya, chica, estoy tan orgullosa de ti!

¡Oh Dios! Había olvidado por completo a Sebastián El Hámster por culpa de Sebastián El Cretino Insensible.

—¿Lo conseguiste? —pregunté, ansiosa—. ¿Dónde está?

Valerie sonrió de una manera que yo no lograba identificar, como si estuviésemos compartiendo un chiste privado que a ella le fascinaba. Era un poco escalofriante.

—Ese pequeño está justo donde me pediste que lo pusiera, nena, ¿dónde más? —me guiñó el ojo.

—De acuerdo... ¿Entonces Catalina no se dio cuenta de nada?

Valerie arqueó las cejas hasta el nacimiento del pelo. Ya no se veía tan

fascinada.

—¿Quién?

Sentí que una roca se asentaba en mi estómago y comencé a temer lo peor.

—Catalina, ya sabes, la profesora Torres —aclaré nerviosamente—, ¿se dio cuenta de que perdí su hámster?

Entonces ella fue la que abrió la mandíbula de una forma exagerada. La mirada que cubrió sus ojos no presagiaba nada bueno; lo sentía en cada vello de mi cuerpo.

—Ángela —tragó Val—, tu mensaje no decía Catalina. Debiste haberte equivocado mientras lo escribías.

Inmediatamente me cubrí el rostro con las manos, sintiendo toda la sangre abandonarlo y mi pulso acelerarse de manera desenfrenada.

—Oh Dios mío, no... ¿Dónde lo pusiste? ¡Valerie!

Ella mantuvo la boca cerrada y los ojos bien abiertos. Lentamente extrajo su celular del bolsillo de su pantalón, buscó entre sus mensajes y me lo tendió, murmurando:

—Debió haber sido el autocorrector, ya sabes —hizo una mueca.

El mensaje que le envié decía:

Problemas. Oficina del director. No puedo explicarte ahora, pero es muy importante que vayas a la tienda de mascotas, compres un hámster marrón y antes de que termine la competencia de natación lo coloques donde Camila

Mi amiga y yo nos miramos con ojos preocupados. Entonces, como cronometrado, sucedió.

—¡Ah! ¡Una rata! ¡Quítenmela! ¡Auxilio, una rata en mi cabeza!

Ambas bajamos la mirada a Camila, en la primera fila, quien estaba saltando, agitando las manos, sacudiendo la cabeza y gritando con desesperación. Las personas se levantaron de sus asientos y algunos sacaron sus dispositivos móviles para grabar el suceso. Camila salió corriendo por las puertas dobles de la derecha mientras se pasaba las manos frenéticamente por el cabello y aullaba como posesa. No podía creer lo que estaba viendo.

—Bueno —de pronto sonrió Val—, dicen que el karma es lento, pero llega.

Yo intentaba, en vano, ocultar mi propia sonrisa.

Capítulo 3

Tomé el teléfono fijo, que se encontraba en la mesita de caoba junto a los sillones, y comencé a marcar apresuradamente el número que memoricé en caso de emergencias como esta.

—¿Qué estás haciendo? —cuestionó mamá.

—Llamando a la policía —resoplé—. Tú seriamente estás tratando de envenenarme. ¿Cómo eres capaz? ¡Soy tu única hija!

Mamá soltó una carcajada desde su lugar en la cocina, las arrugas alrededor de sus ojos recordándome cuánto había sufrido con la muerte de papá.

—¡Deja eso, Ángela! Si el servicio de emergencia realmente contesta, tú pagarás la tarifa de esa llamada.

Colgué el teléfono inmediatamente ante esa perspectiva y me acerqué a la isla que dividía la sala de la cocina y servía como desayunoador. Mamá todavía reía entre dientes mientras giraba en el aire algunos panqueques que me recordaban más a exposiciones de arte abstracto que a gatos sonrientes. El panqueque en mi plato tenía un rostro de crema dulce y una cereza por nariz, pero era seriamente perturbador. No podía comérmelo mientras me miraba de esa manera.

—Mamá, deja de darle formas de animales a la comida.

—¡Oh, vamos, es adorable! —Giró para encararme. Lo único adorable allí era ella con ese delantal: «La mejor mamá del mundo», se leía—. Conseguí estos nuevos moldes en una de esas revistas que vende tu tía. Se supone que es la cara de un lindo gato. ¿No lo ves? —señaló con su espátula mi plato.

—Uh, mamá —carraspeé—, lo único que veo en mi plato es Lucifer intentando manifestarse. —Ella soltó una exclamación y yo comencé a reír. No le hacía gracia que insultara su comida—. Por favor, no uses más esos moldes y haz los panqueques normales, redondos, que no parecen un payaso malvado.

Ella frunció el ceño y siguió cocinando. Tomé la cereza y la mastiqué lentamente, sin demasiada hambre. Adoraba la comida de mi mamá, pero esa mañana en específico mi apetito se había extinguido por culpa de un tema que necesitaba hablar con ella pero que estuve aplazando desde el viernes. Llegó el lunes, mi primer día de castigo, y necesitaba contárselo, solo que no sabía cómo empezar.

Como siempre, ganó mi impulsividad y mi boca sin tapujos.

—Llegaré a casa tarde hoy... Estoy castigada.

Ella giró, sosteniendo la sartén aún en su mano, y el panqueque que se encontraba dando vueltas en el aire terminó cayendo en el suelo.

—Bueno, ese definitivamente no tendrá rostro de gato —señalé.

—¿Qué dices, Ángela? —Dejó el sartén y se limpió las manos en su delantal—. ¿Castigada? ¿Por qué? ¿Qué hiciste? ¿Debo ir a hablar a la escuela?

—No, mamá —reí. Al ser hija única, siempre se había preocupado excesivamente por mí—. Está bien, no necesitas pelear con nadie. Es solo... —suspiré y revolví con mi dedo la crema dulce del plato, evitando mirarla—. El director... esto... como que nos encontró a... —carraspeé— Sebastián y a mí del otro lado de la maya. Pensó que intentábamos fugarnos del colegio. ¡Pero te juro que no fue así!

Ella se encontraba pasmada, y eso acrecentó la culpabilidad que venía sintiendo desde hacía días. Yo no era la mejor estudiante, pero ciertamente nunca había sido castigada, ni siquiera en la primaria. Los ojos color whiskey de mamá solo delataban que no sabía cómo reaccionar al respecto, así que solté todo de sopetón:

—Por accidente dejé escapar el hámster de la señorita Torres y Sebastián me ayudó a buscarlo. La bola de pelos pasó bajo la cerca y no tuvimos otra opción que saltarla para ir a buscarlo. Esa es la verdad, te lo prometo. No estaba intentando escapar del colegio. —Me incliné hacia delante y la miré a los ojos, deseando que percibiera la sinceridad que había en los míos—. Lo siento muchísimo, nunca imaginé que algo así llegaría a pasar.

Claramente, me salté la parte de Sebastián estando sin camisa y mi sujetador al aire; ella no necesitaba saber eso. Mi madre era muy comprensiva, pero seguía siendo mi mamá. Se llevó una mano a los mechones de su cabello, tan claro como el mío, y comenzó a enredar su dedo a través de uno de ellos mientras me miraba, en silencio, y pensaba.

Finalmente dijo, suspirando:

—Tienes que tener más cuidado, Ángela. Este es tu último año, y no debes meterte en problemas. No quiero saber que te volvieron a castigar, ¿está claro? —Su tono de voz severo me aplastó en mi lugar, así que asentí quedamente—. Eres una buena chica, eres inteligente, mantente lejos de los problemas. Sabes que no me gusta castigarte.

—Lo sé, mamá, y realmente lo siento. No volverá a pasar.

Ella se quitó el delantal y cruzó la isla de la cocina hasta sentarse a mi lado en uno de los taburetes. Luego tomó mis manos entre las suyas y me hizo

mirarla. Sabía que lo que iba a salir de su boca no me iba a gustar en el momento en que vi esa tristeza en sus ojos.

—Ángela, llevas años sin hablar con Sebastián —murmuró tranquilamente—. ¿Qué sucedió el viernes? ¿Volvieron a ser amigos ustedes dos?

Sus palabras tomaron el nudo en mi estómago y lo retorcieron con fuerza. Aunque el tiempo pasaba y yo creía superarlo, para mí era imposible no sentirme mal al pensar en ello.

—No realmente, solo corrimos tras el hámster un buen rato. Apenas hablamos y luego, en la oficina del director, como que empezamos a insultarnos. —Mordí mi labio con fuerza cuando ella arqueó una ceja, riñéndome silenciosamente—. Él fue quien instigó todo, mamá... Bueno, yo fui la que lo provocó... pero él estaba siendo un idiota desde antes.

—Ángela, ese vocabulario —riñó. Yo sonreí inocentemente y ella volvió a soltar el aire, negando con la cabeza—. Cariño, Sebastián y tú fueron los mejores amigos desde que tenías nueve años. Ha pasado mucho tiempo desde lo que sea que haya ocasionado esta separación entre ustedes. —Me animó—: ¿No crees que ya es hora de arreglarlo?

Mi mamá no tenía la menor idea de qué fue lo que ocasionó el distanciamiento entre mi mejor amigo y yo, solo supuso que nos habíamos peleado al verme pasar tanto tiempo encerrada, a veces llorando, en mi habitación; Sebastián dejó de ir a buscarme a casa, yo no iba a la suya y ya no salíamos juntos. Ella unió todas las piezas e intentó apoyarme, prudentemente haciendo la menor cantidad de preguntas posibles.

Sin embargo, sus palabras lastimaron mi corazón, trayendo a mi mente ese pensamiento de que fui yo quien ocasionó todo eso, y tuve que apartarlo de una patada, tal y como Val me había enseñado que hiciera para no volver a sentirme culpable.

—No, mamá —solté sus manos y me bajé del taburete, tomando mis cosas—, Sebastián es el culpable de nuestra pelea, no yo. —Al menos, Val siempre decía eso, y me había obligado a creerlo para salir adelante—. Él es el que necesita venir a mí si quiere recuperar nuestra amistad, no al revés.

Con la mochila colgada sobre mi hombro y un estado de ánimo bastante más sombrío que al despertar, me dirigí a la puerta de la casa y la abrí de un tirón. Me detuve antes de cerrar detrás de mí, miré a mi mamá aún sentada con esa mirada de confusión y tristeza en su rostro, y simplemente concluí:

—Él está muy feliz con su preciosa novia. Nunca necesitaría a una chica patética y desesperada como yo. —Solté una risa amarga—: Sus palabras, no

las mías.



—Hola, amor —se acercó y me besó en la mejilla. Luego colocó su brazo sobre mis hombros e hicimos el camino hasta mi casillero.

—Hola, Valerie Marie Siena —me obligué a sonreír para que ella no sospechara que algo iba mal—. ¿Qué tal va tu día?

—Oh, nena, va excelente. ¿Quieres saber por qué? —Se detuvo en mitad del pasillo y sacó el teléfono de su bolsillo. Tecleó un par de veces y luego me lo ofreció—: Mira esto.

Era el vídeo de Camila intentando sacarse el hámster de encima, profiriendo gritos y dando sacudidas junto a la piscina. Sus chillidos eran tan fuertes que tuve que bajar el volumen del móvil. La manera en la que revolvía su cabello y daba saltitos era tan cómica que escuché mis propias carcajadas antes de darme cuenta de que estaba riendo. Era un buen cambio desde que me encontraba tan apagada al salir de casa.

Valerie comenzó a reír también, sin preocupaciones. Algo me decía que había visto este vídeo muchas veces y no dejaba de parecerle gracioso.

—¿Está en YouTube? —pregunté, sintiendo las primeras lágrimas correr por mis mejillas. El estómago comenzaba a dolerme.

—Ha recibido cincuenta y cinco mil visitas desde el viernes —carcajeó.

En el vídeo, Camila salía corriendo por las puertas hacia el patio trasero del liceo, y eso me recordó lo que sucedió después: Val y yo bajamos la gradería y nos acercamos a la primera fila, donde ella se encontraba, y descubrimos a la pequeña bola de pelos acostada tranquilamente sobre el asiento. Debió abandonar el cuerpo de Camila en cuanto esta comenzó a gritar, y decidió disfrutar del espectáculo como todos los demás.

La idea de que Camila huyó gritando por un hámster que desde hacía mucho no estaba sobre ella solo nos hizo reír más y más. Tomamos al pequeño y, sin que nadie se diera cuenta, nos dirigimos al salón de la profesora de Biología y lo colocamos en la ruedita de la jaula. Él comenzó a correr tranquilamente, aparentemente inalterado por la gritería anterior, y lucía exactamente igual al que yo había extraviado poco más de una hora antes.

—Catalina no se dará cuenta —rió Valerie—, y el espectáculo de Camila me hizo la semana. Ahora, Ángela, vas a explicarme qué demonios acaba de pasar y por qué estás usando la camisa del uniforme de un hombre.

Miré hacia mi ropa y hasta ese momento recordé lo que vestía. Suspiré, y

mientras Val y yo volvíamos a la piscina, le conté todo, arriesgándome a escuchar sus gritos perforarme los tímpanos, pero lo único que dijo fue:

—Angie, por favor, por favor no vuelvas a caer ante él.

—¿A qué te refieres?

—Te quiero, lo sabes —tomó mis manos, tal y como haría mi mamá días después—, pero ese chico siempre logra llegar a ti de alguna manera y destruir tu estado de ánimo. Has estado bien estos meses. Por favor no lo dejes perforar tu barrera y no vuelvas a la rutina de sentirte mal y lamentarte por él.

—No lo haré —tragué con fuerza al darme cuenta de que ella podía tener razón—, tendré cuidado durante las dos semanas de castigo. Él es un cretino, ya sabes lo que me dijo. Recordaré eso cada vez que... —*cada vez que quiera acercarme y abrazarlo*—... cada vez que quiera volver a hablarle.

De vuelta a la realidad, mi mejor amiga y yo nos encontrábamos reproduciendo el vídeo de Camila por tercera vez y riéndonos como hienas a mitad del pasillo, cuando una mano de uñas pulcras arrebató el móvil de mis manos. Levanté la cabeza y me encontré con unos ojos marrones, como los de un felino, que intentaban fulminarme.

—¿Les parece muy gracioso? —cuestionó Camila, a punto de echar espumarajos por la boca.

Sentí a Valerie enderezarse a mi lado y supe que esto iba a terminar mal.

—Mucho —respondió mi amiga—. No es muy peculiar ver un hámster sobre una rata.

—Escucha, zorra... —Camila dio un paso al frente.

—No, escucha tú —Val también se aproximó. Yo sentía que estaba mirando una colisión de trenes en cámara lenta—, maldita Camella ofrecida. No vas a venir a intimidarme con tu actitud de perra. Para hacer eso necesitas un título, y yo soy quien da la jodida clase.

—Val, calma —murmuré, intentando tirar de su hombro hacia atrás—. Un profesor podría venir en cualquier momento. Estamos llamando la atención, retrocede.

—La única que debería retroceder aquí eres tú —escupió Camila, y atrajo mi atención—. ¿Crees que no sé que andas babeando por mi novio desde hace años? ¡Te tengo noticias, cielo, no está interesado en ti!

Abrí la boca, completamente sorprendida ante sus palabras. Camila y yo no habíamos tenido ni una sola conversación antes; ambas sabíamos de la existencia de la otra, pero nunca llegamos a hablarnos. Eso era la primero que me decía directamente desde que se transfirió a mi liceo hacía más de dos

años.

—¿Disculpa? —di un paso adelante y moví a Val detrás de mí. Ahora yo me encontraba cara a cara con Camila—. Vamos, repítelo, quiero oírte decirlo.

—Dije —masculló con los dientes presionados— que eres una zorra, Ángela. ¿Crees que no sé lo mucho que hostigas a Sebastián? Eres una maldita acosadora. ¿No te da pena ser tan patética?

Sus palabras pretendían ser afiladas como cuchillos, pero por más que lo intenté no logré contener mi risa condescendiente que volvió su rostro rojo.

—Me llamas patética cuando tú andabas de ofrecida con esas excusas de clases particulares al conocerlo, ¡increíble! —Volví a reír—. Oye, no eres mejor que yo. Al menos, era mi mejor amigo en ese momento y nos conocíamos de toda la vida. ¿Qué eras tú? ¿Una insignificante y desesperada chica que se lanzó sobre él hasta obtener un poco de atención?

Vi cómo cada una de mis palabras se clavaban en ella y causaban el efecto deseado. Era vagamente consciente de Valerie sosteniéndome desde atrás —no sé en qué momento intenté lanzarme sobre Camila, pero me alegré de que Val me sujetara— y también sabía que había un círculo de chismosos estudiantes a nuestro alrededor. Era plenamente consciente de que habíamos llamados la atención y que no tardaría en llegar el director, pero no podía detenerme, menos cuando sus palabras desdeñosas salieron.

—Al menos obtuve su atención. ¿Qué tienes tú, Ángela? Ahora yo soy su novia, y tú no eres nada.

Hice puños a mis costados. Estaba segura de que, con un poco más de provocación, los cincuenta y cinco kilos de Valerie no lograrían detenerme de lanzarme sobre Camila.

—Yo estuve con él por siete años, tú solo dos. Eres la que sobra aquí, ¿no crees?

—Tal vez —sonrió con malicia— pero al menos a mí me ama. ¿Y a ti? Nunca logró amarte, ¿no es verdad?

Todo pareció detenerse por un segundo y el frío que me envolvió amenazó con paralizarme. ¿Ella lo sabía? No, no podía ser cierto; Sebastián jamás caería tan bajo. Era un idiota, pero... alguna vez me había querido, y no podría haber sido capaz de contar eso.

—No sé de qué estás hablando. Nosotros solo hemos sido amigos. Ese es el único cariño que ha existido.

Ella me regaló una sonrisa inmensa que goteaba veneno. Dio un paso más

cerca de mí y acercó su boca a mi oído, con sus mechones rizados acariciando mi cuello y sus palabras abriendo mi pecho de una sola estocada:

—Me lo contó todo, Ángela. Sé que lo amas, y sé que te rechazó. — Susurró, para que solo yo escuchara—: Cuando nos volvimos novios, me contó con asco cómo te enamoraste de él y lo patética que te veías al declararte. Nos reímos de tu llanto. Fue una experiencia... vigorizante. Creo que eso nos consolidó más como pareja.

Se echó hacia atrás, dejándome paralizada y con lágrimas formándose en las esquinas de mis ojos. Mi corazón latía a una velocidad insana, solo queriendo escaparse de mi pecho, pues preveía el dolor que iba a sentir en cuanto las palabras de Camila se hundieran completamente en mí y yo saliera de mi estado de entumecimiento.

Camila se colocó bien el bolso sobre el hombro y me dio una sonrisa pequeña, disfrutando lo que había ocasionado con sus palabras.

—Entiendo por qué me envidias tanto; tengo lo que siempre has deseado. Solo te daré una advertencia: mantente lejos de mi novio a menos que quieras problemas. —Dio la vuelta y empujó el círculo de personas a nuestro alrededor hasta salir de mi vista.

Permanecí de pie allí un par de segundos, aún sin poder asimilar las cosas muy bien. En mi cabeza solo me repetía que Sebastián le había contado a su novia sobre la vez en la que me humillé ante él, y ambos disfrutaron riendo al respecto. Casi podía escuchar cómo una pieza de mi corazón se desprendía y caía, haciéndose pedazos. En mi interior aún guardaba la esperanza de que él no fuera tan malo como parecía, y esta fue una forma vil de obligarme a enfrentar la realidad.

Sentí una mano tirando de mí a través de las personas, que susurraban entre ellas y me daban malas miradas. Solo seguí caminando en la dirección en la que me llevaba Val, y cuando cerró la puerta del baño tras nosotras permanecí de pie, absorta en lo que me acababan de revelar: No había esperanza, lo había perdido en verdad.

—Ángela —la voz agresiva de Valerie logró devolver mi atención al mundo terrenal, y la miré; estaba tan enojada que su rostro crispado podría haberme preocupado si no me encontrara tan insensible—. No vas a dejar que lo que sea que te haya dicho esa sucia cabaretera te afecte, ¿me escuchas? No voy a permitir que vuelvas a hacerte eso.

No respondí, solo la miré, aturdida. ¿Cómo pudo haber hecho eso? ¿Nunca le importé, nunca le importó si me avergonzaba o me hacía daño?

—Escúchame —Val se acercó y colocó sus manos en mis hombros, sacudiéndome—, si quieres llorar, hazlo ahora. Si quieres gritar, hazlo en este lugar. Pero cuando salgamos por esas malditas puertas, vas a ser aún más fuerte que antes y no dejarás que nada de lo que diga o haga esa parejita te afecte, ¿me entiendes?

Miré los ojos pardos de mi mejor amiga, su intensidad era impresionante. La determinación de su voz y la angustia que podía palpar en ella fueron suficientes como para llegar a mi corazón y casi hacerme llorar. Val era maravillosa, era mi ancla y mi voz de la razón. Había hecho por mí más de lo que merecía, y nunca sería capaz de pagárselo, así que decidí escucharla y comencé a asentar, secando las lágrimas bajo mis ojos que no recuerdo haber comenzado a derramar.

—Lo tengo, Val. Esta vez no va a pasar. No voy a permitir que lo que digan o hagan esos dos me vuelva a afectar. No vale la pena.

—No vale la pena —afirmó ella con más seguridad—. Hoy, durante sus horas de castigo, vas a ser una perra con Sebastián. ¿Me escuchas? Le vas a demostrar que no se merece ni buen trato ni amabilidad, y vas a dejar claro que ya no te importa más.

Asentí, expulsando el sentimiento de traición y abrazando con fuerza el enojo y el rencor.

—Estoy contigo, Val.



¿Cómo logré mantenerme tranquila durante el resto del día lectivo? Honestamente no lo sabía, pero supuse que tuvo mucho que ver con mi mejor amiga siendo el ser humano más determinado y fuerte sobre la faz de la tierra; cuando mis pensamientos desfilaban sobre la cuerda floja, en el abismo que su ausencia causó en mi corazón, Val siempre lograba distraer mi atención antes de caer por el borde y volver a ser esa chica lloriqueante y débil. Ambas coincidimos en lo importante que era para mí mostrarme impenetrable durante las dos horas de castigo de esa tarde, y pensar demasiado sobre lo que Sebastián había hecho solo servía para lastimarme.

—¿Cómo ignoras que el chico con el que creciste se burló de tus sentimientos con su novia? —pregunté ese mismo día durante el almuerzo. Nos encontrábamos en las mesas al aire libre del patio del liceo y tanto Val como yo teníamos hamburguesas con papas fritas en las bandejas frente a nosotras.

—Te recuerdas a ti misma que el chico que hizo eso no es el mismo niño

con el que creciste —señaló Val con su boca llena—. Estamos hablando de que Sebastián se ha vuelto un imbécil en todo el sentido de la palabra. Lo único que merece de ti es que lo atropelles con tu Lexus.

—¿Mi Lexus?

—Cuando trabajes y seas millonaria —sonrió—. Yo estaré de copiloto y personalmente me aseguraré de dar marcha atrás para finiquitarlo.

—Dios, Val —arqueé las cejas—, sí que odias a Sebastián.

Ella resopló, levantando su flequillo castaño oscuro.

—Aborrezco a los hombres en general, no solo a Sebastián. Ya sabes —mi amiga se enderezó, echó su cabello hacia atrás y sonrió como el gato que se comió al canario—, por algo soy del equipo de las vaginas.

—¡Ugh, eres repugnante! —Tomé una papa de mi plato y se la lancé, riendo con fuerza—. ¡No necesito esa imagen en mi cerebro!

—Acéptalo, cariño —ella se encogió de hombros, con una sonrisa y un tono lascivo—; mientras tú sufres por chicos, yo saboreo la cereza de las chicas.

No podía dejar de reír y estaba comenzando a atraer la atención del resto de los estudiantes almorzando en las cercanías.

—¿Es correcto decir que eres una mujeriega? Val, ¡has salido con más chicas que el equipo de fútbol completo!

Ella volvió a encogerse de hombros, luego me miró y por el brillo en sus ojos supe que diría algo que yo no quería escuchar.

—A ti te gusta la banana, a mí el pastel. Todas las bananas saben iguales, Angie, pero yo debo ir por la vida buscando ese pastel con mi sabor ideal.

El estómago comenzó a dolerme de tanto reír, dejando de lado el almuerzo.

—No todas las bananas saben iguales, Val —conseguí decir, secándome las lágrimas que produjeron las carcajadas.

—¿Tú cómo lo sabes? —Rodó los ojos—. Nunca has probado una, a menos que Sebastián y tú hayan jugado perversamente a La Casita alguna vez.

Me obligué a mí misma a no pensar en ello y evité sonrojarme. ¿Cómo me había hecho amiga de un ser humano tan desvergonzado como lo era Valerie?

—¿Y tú sí? —no pude evitar preguntar, llena de sarcasmo, pues mi mejor amiga reconoció su orientación sexual desde que tuvo once años.

—Pues sí. —Proferí un grito ahogado ante el asombro y ella soltó una carcajada antes de concluir, encogiéndose de hombros por tercera vez—: No iba a quedarme con la duda. Sirvió para reafirmar, de hecho, cuánto me encanta el sabor afrutado de las chicas.

Yo no iba a volver a preguntar.



Tomé un respiro profundo, que sirvió para destensar algunos de mis músculos. Mientras más cerca se encontraba el final de mi última clase, más tensa me ponía, hasta que me encontré a mí misma fuera del salón de castigo. Sabía que necesitaba calmarme y recomponerme antes de atravesar esa puerta y hacerle frente, pero mi corazón pensaba algo completamente diferente; parecía que se había olvidado de todos los golpes que recibió durante los dos últimos años y ahora solo quería abrazar al chico que había causado tanto daño.

¿Por qué no pudo gustarme alguien más? Nada de esto hubiera pasado y en este momento él y yo nos encontraríamos en su casa o en la mía viendo películas malas sobre el sillón de la sala. Ahora ni siquiera se dignaba a mirarme a los ojos y solo intentaba hacerme daño sin ninguna razón aparente.

Era tiempo de dejar de hacerme la cobarde, mejor enfrentar las cosas de una vez por todas; si la situación se ponía peliaguda, siempre podía estrellarle una silla en la cabeza y escapar por la salida de incendios.

Suspiré y abrí la puerta.

—Señorita Báez, al fin nos brinda el privilegio de su presencia.

Me obligué a no ponerle los ojos en blanco al profesor viejo y estirado que se encontraba en su escritorio con el deber de vigilarnos. Miré el salón bien iluminado y divisé al culpable de mis problemas: en la esquina más alejada de la puerta, con una sudadera con capucha ensombreciéndole el rostro y el rictus de su boca reflejando el más profundo desprecio. Definitivamente no iba a ponerme esto fácil.

Tomé asiento en el pupitre más cercano a la puerta. El profesor, cuyo nombre no recordaba y comencé a pensar en él como Sr. Slenderman por lo inusualmente delgado que era, aguardó hasta que me hube acomodado para comenzar con su diatriba:

—Ustedes dos son un claro ejemplo de cómo las nuevas generaciones se están volviendo cada vez más incultas, ignorantes y superficiales con el paso del tiempo. Cuando yo era niño, mis padres...

Me desconecté. Permanecí mirando la pizarra verde detrás de él y comencé a pensar en la cena de ese mismo día, que podrían ser vegetales si me apresuraba a la tienda al salir de esa aburrida sala. Sabía que la boca del profesor estaba moviéndose y que golpeaba la superficie de madera de su

escritorio con el ceño fruncido, pero no lograba volver a la Tierra. Imaginaba a nuestro cuidador estirándose de un momento al otro, convirtiéndose en el verdadero Slenderman y arrojando su escritorio sobre Sebastián; una muerte instantánea y sangrienta que me hizo reír en voz alta.

—¿Hay algo que le cause gracia, señorita Báez?

Me enderecé y me fijé en el semblante adusto del profesor. Realmente parecía querer lanzarme su mesa ahora. Las palabras escaparon de mi lengua y me encontré tragando saliva repetidamente, sin siquiera una disculpa que decir.

—No se preocupe, profesor Santana —escuché la voz fuerte y clara de Sebastián, proveniente de la parte trasera del salón—, Ángela comienza a divagar a veces y se ríe sin razón aparente. Muy probablemente haya olvidado tomar su medicina hoy, no le preste mucha atención.

Su comentario hizo que mi sistema pasara de una calma autoimpuesta a mil revoluciones por segundo. Sentí la sangre comenzar a calentarse en mis venas y el deseo de tomarlo del cuello y asfixiarlo hasta la inconsciencia.

—Silencio, señor Videla, a menos que quiera estar fuera del equipo de atletismo para siempre —cortó el profesor antes de que yo pudiera replicar. Seguidamente se levantó, colocando un periódico bajo su brazo se dirigió a la puerta—. En seguida vuelvo, jóvenes, voy al baño.

El chasquido de la madera al cerrarse fue seguido por el más absoluto silencio. No me atreví a moverme, conteniendo la respiración.

—Oye, Angelina —silbaron vulgarmente desde atrás.

—No soy un perro —siseé sin girarme. No valía la pena.

—No, eres una perra —señaló—, hay una diferencia. ¿Quieres saber cuál e...?

—Cállate, Sebastián. —Apenas podía respirar, el enojo comenzaba a hacer estragos con mi corazón—. Solo cállate.

—No me da la jodida gana —lo escuché gruñir—. ¡Esto es tu culpa!

—Ve a llorarle a tu novia —mascullé, tragando la bilis que comenzaba a subir lentamente por mi garganta.

—¿Sabes qué estaría haciendo de no ser por ti? Estaría follando a Camila lentamente, Ángela, tan lenta y profundamente como sé que le encanta hasta hacerla gritar.

Sus palabras dolieron, pues por más que lo deseé no venía preparada para ello. Sabía que era un cretino, ¡lo sabía! Pero nunca imaginé que fuera cruel. Su estocada había llegado directamente a mi corazón, tal y como había

pretendido. ¿Cómo era posible que ese chico rompiera mi corazón más y más con cada palabra que decía?

—Felicidades —me oí replicar, con una voz tranquila que contradecía mi estado interno—, estás haciendo lo mismo que el resto del liceo. Muy bien, Sebastián, de niño lo compartías todo pero nunca imaginé que de grande llegaras a estos extremos.

—¿Qué demonios estás diciendo?

—Te volviste un ser humano despreciable y ella siempre ha sido odiosa y superficial, así que me alegro de que estén juntos porque son tal para cual.

Inesperadamente, no respondió. Reinó un imperante silencio por minutos eternos, haciendo que mis palabras resonaran con más fuerza en cada recoveco del salón. Me alegraba muchísimo de haberle dicho eso, pues era cierto, pero no esperé su siguiente movimiento: escuché su silla rechinar contra el suelo al ponerse en pie y momentos después su mano estaba tirando de mi brazo hacia arriba.

Sorprendida, caí contra su pecho y él me sostuvo cerca fuertemente. Me miraba de una manera rabiosa que no era habitual. ¿Qué había dicho para provocar aquello? Ni siquiera había sido la mitad de ofensiva que él conmigo; mis réplicas no fueron tan contundentes como para causar sus músculos tensos y ese ligero temblor en su mandíbula de piel color moca. Me tenía temerosa y a la vez fascinada. ¿Era eso siquiera normal?

—¿Somos la pareja perfecta, eh? ¿De verdad? —Sus dientes estaban tan presionados juntos que apenas conseguí entender sus palabras—. No mientas, Ángela, tú y yo sabemos cuánto desearías ser ella.

—No, no lo hago. Jamás querría estar contigo. Tú no me mereces —sentencié, mirándolo a los ojos—. Tú no vales nada.

Soltó una risa sarcástica que erizó el vello de mi nuca.

—Oh, preciosa, tú y yo sabemos que aún me amas. —Aspiró aire como un toro, las fosas de su nariz expandiéndose ante su creciente enojo—. No te mientas.

Ahora fue mi turno de reír fríamente.

—¿Lo que sentía? Una estupidez de mi parte, ni siquiera tenía claro lo que era el amor en ese momento. Lo único bueno de todo ello —me obligué a decir, a pesar del temblor en mi cuerpo— fue que me ayudó a deshacerme de ti.

—¡No te mientas!

—No te mientas a ti —susurré, colocándome más cerca, hasta que mi

frente casi tocaba su mandíbula tensa—. Sé que te encanta pensar que vivo muriéndome de amor por ti, pero pon los pies en la Tierra y date cuenta de que eres solo un idiota chico de secundaria que no tiene nada que ofrecer y que como ser humano carece de valor también.

Sebastián sonrió, sorprendiéndome otra vez con sus cambios de actitud tan bruscos. Sabía que no me gustaría lo que estaba a punto de decir, y mi corazón se aceleró.

—Sigues sin saber mentir. Aún me amas.

—No lo hago —repetí, pero mi voz comenzaba a perder la potencia de antes ante la mirada intensa que me estaba dirigiendo. Sentía que comenzaba a ahogarme dentro de ella, y ¡cuán destructivo era aquello!

Entonces, sucedió: sentí el tacto de la mano de Sebastián sobre mi mejilla izquierda. Jadeé sin poder evitarlo, mirándolo con ojos llenos de estupor. Sonrió de medio lado y dio un paso más cerca, inclinándose hacia abajo. Mi corazón comenzó a empujar contra las paredes de la caja torácica dentro de mi pecho, tan fuerte que sus latidos se escuchaban claramente en mis oídos y mis pensamientos se encontraron nublados.

Inclinó el rostro más cerca y aguanté la respiración. Su nariz acarició el nacimiento de mi pelo y suavemente comenzó a bajar por mi mejilla. Su otra mano fue a la parte de atrás de mi cuello y me empujó contra él. Sin pensarlo, coloqué mis palmas sobre su pecho y cerré los ojos, sintiendo cada rozamiento que dejaba un cosquilleo detrás. Sabía que mi pecho se alzaba con respiraciones erráticas pero no podía evitarlo al encontrar su cuerpo contra el mío y recibiendo la atención que desesperadamente deseé por tanto tiempo.

—Ángela —lo escuché susurrar, deteniéndose en la comisura derecha de mis labios. Yo era incapaz de hablar.

El aliento de Sebastián chocó contra mis labios. No pude evitarlo y respiré audiblemente, colocando mis brazos alrededor de su cuello y alzándome en puntillas; quería que me besara, lo deseaba tanto que mi piel ardía y mi garganta comenzaba a secarse por la espera. Mi mente se encontraba en blanco, mi raciocinio y mi determinación me habían abandonado, únicamente guiada por los empujones de mi corazón que me instaban a seguir.

Alcé la barbilla hasta que mi nariz rozó la de él, solo a unos centímetros de distancia de obtener el ansiado beso. Creía que no lo soportaría más, mi temperatura corporal se había elevado tanto que me volvería líquido en cualquier momento.

—Ángela —su cuerpo se alejó del mío y sentí frío. Abrí los ojos

preguntándome qué había sucedido y lo encontré sonriéndome. Sentí las lágrimas picando en mis ojos y el rubor de la humillación comenzando a cubrirme luego de escuchar sus palabras—: Acabo de demostrarlo, patética chica, aún me amas.

Permanecí estática y entumecida por unos momentos, asimilando lo que acababa de pasar. Luego actué de manera robótica, apenas siendo consciente de mi cuerpo; tomé mi bolso y salí por la puerta sin mirar atrás. Mis pasos en el pasillo hicieron de la mía una triste y aún más solitaria partida. Solo entonces, cuando llegué al extremo más alejado del patio del liceo, me dejé caer sobre la tierra y comencé a llorar.

Mis lágrimas, acompañadas por sacudidas y sollozos, eran tan tristes que me llegaron a perturbar. Yo era débil, me avergonzaba de mí misma mientras recordaba mi comportamiento anterior; prácticamente rogándole que me besara. ¿Por qué no pude comportarme indiferente y grosera, tal y como le prometí a Val? Caí en su esperada trampa. Él era un idiota, sí, pero yo lo era aún más al participar tan dócilmente en sus juegos. Tenía que ser un poco más inteligente al respecto y recordar lo necesario que era evitar la desaparición de mi voluntad y buen juicio cuando me acercaba a él.

Mi espalda se encontraba apoyada contra el tronco de un pequeño árbol y mi cuerpo descansaba su peso en las largas raíces. Desde ese lugar tenía una amplia vista de la entrada del colegio y del estacionamiento, casi vacío, frente a él. Sabía que el profesor cuidador para ese entonces ya habría vuelto al salón y notado mi ausencia, lo cual me causaría aún más problemas, pero sentía mi estómago hundido y el rostro caliente por la humillación.

Entonces, urgida por el deseo de sentir el apoyo y oír las palabras reconfortantes de mi mejor amiga, las que lograrían levantarme y empujarme para hacerle frente a lo que me lanzara la vida, tomé mi teléfono y llamé a Val.

—Oye, tú, ¿no se supone que deberías estar en el castigo?

—Val —por más que traté de evitarlo, de mi garganta salió un sollozo—, necesito que vengas a recogerme. Sebastián, él... Soy tan, tan tonta... Realmente pensé que iba a... a besarme, ¡pero solo logró burlarse de mí!

La línea permaneció en silencio del otro lado, mientras secaba mis lágrimas con las manos, aunque era una labor inútil. Luego, estalló:

—¡Ahora sí voy a matar a ese hijo de puta!

La línea se cortó.

Quedé en blanco, mirando el móvil en mi mano. Mis sollozos se detuvieron con la misma brusquedad de Val. Nunca la había escuchado alzar la

voz de esa manera, ¡sonaba colérica! Llegué a arrepentirme de haberle contado aquello, pues su reacción había sido completamente explosiva y mis entrañas se retorcían ante un mal presentimiento. Algo estaba a punto de pasar y el augurio resultaba tan fuerte que permanecí estática sentada bajo ese árbol, con la mirada en blanco mientras los pensamientos me consumían y posibles escenas se reproducían en mi cabeza, pero nunca pude llegar a imaginarme lo que sucedió apenas cinco minutos después de la llamada.

Un vehículo entró —en realidad se arrastró— dentro del estacionamiento frente al liceo. Antaño seguramente fue de algún color notable, pero en ese momento se encontraba tan oxidado que era cobre opaco. El guardabarros se sostenía de un único clavo, por lo que venía desprendiéndose y arañando el pavimento, produciendo un chillido horrible al avanzar el auto. El cajón de la parte trasera iba desocupado, pero en la cabina su conductor sujetaba el volante con tal fuerza que creerías que conducía un auto de carreras.

La pobre lata vieja avanzaba apenas veinte kilómetros por hora y habría sido gracioso de ver si no fuera porque, al aproximarse, me di cuenta de que dicha conductora era una iracunda e irracional Valerie. ¿No estaba alucinando? ¿De dónde había sacado esa carcacha vieja, que debería estar en un depósito de basura o exhibiéndose en los museos como parte de la colección de la era Paleolítica?

Me levanté y sacudí la tierra de mis pantalones mientras observaba a Valerie avanzar hasta las escaleras de la entrada. En lugar de estacionarse, su motor seguía en marcha y su parachoques se encontraba encarando las puertas del liceo. Sin duda no tenía sentido, comenzando porque Valerie no tenía auto y hasta dentro de un mes conseguiría su licencia de manejo, pero todo se volvió aún más bizarro cuando ella comenzó a sonar el horrible claxon.

Lo presionaba durante largos segundos, apenas dejando transcurrir instantes entre un pitar y el próximo. Vi cómo bajaba la ventanilla y asomaba la cabeza mientras seguía presionando, así que caminé lentamente hasta ella y los gritos que daba se volvieron cada vez más claros:

—¡Sal, maldito bastardo! ¡Sal ahora mismo, Sebastián Videla! ¡Quiero ver si tienes los pantalones suficientes para enfrentarme a mí también! ¡Ven aquí, poco hombre!

Eso fue todo lo que necesité escuchar. Corrí desde el patio del liceo hasta la entrada, mis piernas se movían tan rápidamente y con tanta agilidad que me sentía más como un antílope que como un ser humano. ¡Pero es que a Valerie se le habían aflojado cada uno de sus tornillos! ¿Cómo podía gritar semejantes

improperios frente al colegio?

Llegué hasta el auto y al mirar atrás me di cuenta de que nadie había salido aún. Golpeé con fuerza el capó al apoyar las manos sobre él, luego alcé mi voz varios decibelios para hacerme escuchar entre tanto ruido:

—¡Para, Valerie, detente! ¡Val! —grité mientras ella descargaba su enojo en el claxon—. ¡Val, para! ¡Para! —Golpeé el capó de su auto, pero ella seguía asomada a través de la ventanilla gritando insultos bastante creativos.

—¡Tu madre parió una gallina, imbécil! ¡Sal, Sebastián! ¿No querías jugar?

—¡Val!

—¡Te voy a dejar la cara como el retrato de Cendrars, basura!

—¡Valerie, cállate! ¡Te vas a meter en problemas!

—¡Tienes menos definición que un plasma, hijo de puta! ¡Si te llamo mono, el Planeta de los Simios me levanta una demanda por difamación, que ellos no son tan feos!

Se negaba a escucharme y el claxon estaba destrozando mis tímpanos, así que corrí al asiento del copiloto y abrí la puerta con bastante esfuerzo, pues estaba tan corroída que parecía pegada al auto y pesaba tanto que me costó un mundo volver a cerrarla. El asiento estaba roto por todas partes y la guantera parecía a punto de desmontarse, pero me fijé en Valerie que agitaba su puño en el aire con cada insulto lanzado.

—El otro día vi a tu madre paseando al perro... Ah, no, espera, ¡andaba contigo, imbécil! ¡Bastardo! ¡Te voy a meter coñazos de dos en dos hasta que sean impares!

—¡Valerie, es suficiente! —La tomé de los hombros y utilicé toda mi fuerza para voltearla hacia mí y sacudirla—. ¡Allí dentro hay personas que probablemente te escucharon y ahora mismo vengan en camino para expulsarte del colegio! ¿En qué estabas pensando? ¡Estás demente!

Luego de mi alegato comencé a jadear en busca de aire. Valerie me miraba con los ojos entrecerrados e inhalando como un perro bravo que en cualquier momento saltaría encima a morderme, pero tenía que detenerla de seguir con el espectáculo irreal que estaba dando.

—No digas que es una inmadurez —replicó con los dientes apretados, luego señaló hacia las puertas de entrada—; ¡ese jodido imbécil ha estado jugando contigo, manipulándote para burlarse de ti y haciendo lo que le da la gana! Ya es tiempo de que alguien le dé una lección.

Y como si el universo estuviera confabulando en favor de la maniática

sentada a mi lado, ambas miramos al frente donde las puertas del liceo se abrieron y apareció Sebastián, seguramente atraído por semejante escándalo que había hecho llorar a todos los bebés en un kilómetro a la redonda. Se fijó primero en el horroroso coche e hizo una mueca, luego nos vio a ambas dentro y alzó sus cejas gruesas.

Entonces Valerie hizo combustión. Salió del auto y cerró de un portazo. Quedé impresionada por un momento ante lo fuerte que parecía ser mi mejor amiga para poder mover esa puerta con tanta facilidad, luego intenté abrir la mía también y me di cuenta de que se había quedado atorada. ¡Ese auto era un peligro andante!

Salté sobre la palanca de cambios y salí por el lado del conductor, corriendo tras Val y tirando de su cintura hacia atrás justo a tiempo antes de que saltara sobre Sebastián. Él tenía las manos en señal de rendición mientras yo a duras penas contenía a mi gallo de pelea personal.

—¡Ven aquí, poco hombre! Si eres lo suficientemente maricón como para tratar a Ángela de esta manera, entonces no tendrás ningún problema en pelear conmigo.

—¿Pero qué mierda? —soltó Sebas, mirándome con enojo e irritación—. ¿Es en serio, Ángela? Sabía que estabas jodida de la cabeza, pero, ¿también Val? ¿Es esto una enfermedad que transmites a todo el mundo, esta idiotez e irracionalidad?

—Vete al infierno.

Nos miró a ambas de abajo hacia arriba, en un escaneo tan despectivo que me hizo apretar los dientes.

—Tú eres la que está obsesionada conmigo —bufó. Sin preocupaciones, nos rodeó y comenzó a bajar las escaleras de la entrada del colegio. Se detuvo y giró para mirarnos desde abajo—: ¿Recuerdas cuando tenías trece años y me preguntabas cuándo tendrías novio? La respuesta es nunca. Los chicos no queremos a jodidas y patéticas locas.

Val se congeló, al igual que yo. Esa puya fue tan dura que ella giró con una profunda aflicción en sus ojos, buscando consolarme, pero más que dolida yo estaba enojada. Colérica más allá de cualquier resquicio de cordura.

Sebastián ya había salido del estacionamiento del colegio con su mochila al hombro cuando reaccioné. Bajé los escalones de dos en dos y me monté en el asiento del conductor, cerrando la puerta con la fuerza de mi furia. Valerie comenzó a gritar y corrió hacia mí justo cuando yo comenzaba a dar marcha atrás, sabiendo manejar perfectamente gracias a aquella ocasión a los 14 años

en la que el propio Sebastián Videla me había enseñado.

El auto era tan lento que Valerie llegó hasta mi ventanilla y comenzó a caminar a mi lado mientras hablaba:

—¿Adónde vas? ¿Qué pretendes hacer?

—¡Jodido infierno, Val! —grité, golpeando el volante desgastado—. ¿No pudiste conseguir un auto más lento? El caracol de Bob Esponja me está ganando.

Alzó las cejas con sorpresa ante mi tono. Se veía más tranquila ahora, habiendo invertido nuestros papeles.

—Se lo robé al tipo que vende salchichas en la esquina del centro comercial. Necesitaba llegar rápido luego de tu llamada.

—¡Habrías llegado más rápido haciendo parkour que con este auto!

Comencé a bajar a la calzada lentamente. El chirrido que producía el guardabarros arrastrándose era irritante, pero yo no pensaba detenerme.

—¿Quieres que te acompañe?

Detecté inmediatamente a Sebastián caminando sobre la acera, camino a casa. Apreté con más fuerza las manos sobre el volante y presioné los dientes juntos, gruñendo:

—¡No! De esto me encargo yo —y la hice alejarse.

Por fin, el auto terminó de salir del estacionamiento del liceo con un golpe seco. Siguió avanzando a sus nada envidiables veinte kilómetros por hora, pero yo sentía la sangre corriendo por mis venas como si estuviera conduciendo un Fórmula 1 y presioné a fondo el acelerador —que tenía un hueco de considerable tamaño a un lado, donde debería estar el freno.

—¡Sebastián! —me escuché gritar.

La calle se encontraba solitaria, así que sin dificultad me escuchó y giró para mirarme. Cruzó los brazos en el pecho, sus venas remarcadas, y aguardó pacientemente a que recorriera los doscientos metros que nos separaban y me acercara.

Cuando lo logré, maldiciendo en mi cabeza mil veces la elección automovilística de Val que solo me hacía perder aún más la dignidad, Sebastián comenzó a caminar de espalda a la calle, encarando el capó de mi auto y con una sonrisa burlona en los labios.

—A este paso nunca llegarás al depósito de basura.

—Tu casa no queda demasiado lejos.

Soltó una carcajada ronca mientras seguía caminando y yo deseaba acelerar mágicamente para poder aplastarlo. Era la primera vez que lo oía reír

en años.

—No vas a atropellarme —se burló—. Ni siquiera creo que puedas alcanzarme, y solo estoy caminando.

—Eres un imbécil, ¿lo sabías? —golpeaba con mi pie el acelerador, furiosa de que él tuviera razón.

Sebastián soltó otra carcajada antes de mirar sobre su hombro para tener cuidado de dónde pisaba. Gracias a ese gesto me percaté de que la calle descendía en una pendiente y, si mi memoria de tantos años no me fallaba, sabía que se curvaba bruscamente hacia la derecha.

—Ángela, detente —lo escuché decir, repentinamente serio.

Una sensación fría se adueñó de mi cuerpo y mis manos comenzaron a temblar. Sabía que eso no iba a ser posible.

—No hay freno —repliqué, llena de pánico—. ¡No hay freno!

Sebastián se hizo a un lado, acercándose a la ventanilla de mi auto.

—Tienes que parar. No estoy bromeando. Cuando bajes esa cuesta vas a acelerar y si chocas contra la pared podrías hacerte daño. Detente, ahora.

—¡No hay frenos, solo hay un agujero!

Llegó hasta mi puerta y comenzó a tirar con fuerza, sus músculos tensándose y su rostro mostrando una furiosa mueca.

—¿Por qué no puedo abrirla? ¡Quítale el seguro a esta mierda, Ángela, ahora! —gritó, repentinamente exaltado.

—¡No tiene seguro! ¡Se atoró, al igual que la otra!

Solté el volante y con mi hombro comencé a empujar la puerta hacia afuera, mientras Sebastián tiraba de ella. El metal no quería ceder y miré hacia el frente llena de temor, dándome cuenta de que tan solo un par de cientos de metros me separaban de la larga bajada empinada.

—¡Por favor ayúdame, no me dejes aquí!

—¡Joder! —gritó con fuerza.

Repentinamente, pegó un puñetazo sobre la puerta oxidada. Luego otro y otro más; sus nudillos comenzaron a sangrar, golpeando el auto sin parar. Miré el frente y luego hacia él, con el corazón golpeando con fuerza contra mi pecho.

—¡Sal por la ventana! —rugió—. ¡Ángela!

—¡Es demasiado pequeña!

—¡Entonces sal por otro lado! ¡Maldita sea!

Soltó la portezuela y lo observé correr por la calle y tomar una piedra, luego se dirigió hacia la parte delantera del auto y lo siguiente que supe fue

que comenzó a golpear el parabrisas con ella. Todo sucedió demasiado rápido, como en una película: el parabrisas comenzó agrietándose y dos segundos después estalló en una lluvia de vidrios sobre mí. Alcé los brazos para cubrirme mientras sentía las manos de Sebastián tomarme de los costados y sacar mi cuerpo apresuradamente por el agujero creado. Pequeños vidrios se incrustaron en mis manos y cuando las aparté de mi rostro las observé sangrar.

Sebastián cayó sentado sobre la cuneta de la carretera conmigo en su regazo justo en el momento en el que el auto descendió por la carretera casi verticalmente y su velocidad comenzó a acelerar. Mi respiración se encontraba apresada por el temor experimentado y alcé la cabeza.

Él me miró, con los músculos aún tensos y una terrible angustia en sus ojos. Fue entonces cuando me abrazó. Quedé anonadada por varios segundos y luego me aferré también, apoyando la cabeza sobre su corazón, que latía demasiado rápido. Sus brazos me aplastaban contra su pecho con tanta fuerza que apenas conseguía respirar, pero al mismo tiempo sentía que era la primera vez que podía respirar completamente en mucho tiempo.

—¿Estás bien? —preguntó en voz baja.

—Me asusté.

—Te tengo —susurró—. Yo también me asusté. Jodido Dios, Ángela... Ángela... ¿Me escuchas?

—¡Ángela!

Me levanté de un salto y por poco caigo de mi silla. Sentía los latidos acelerados y totalmente desorientada miré a Valerie, quien tenía en su rostro una mueca despectiva y se encontraba cruzada de brazos, apoyada contra mi mesa.

—¡Despierta, bella durmiente! La clase terminó, eso significa que tienes castigo con el imbécil.

Miré a mi alrededor, sin poder creerlo: sillas vacías y estudiantes saliendo por la puerta mientras el profesor guardaba el proyector para retirarse también. El reloj no me permitía mentir y apenas era media tarde; tenía que apurarme para ir a cumplir con mi primer día en Detención. Palpé mi rostro y encontré un rastro de baba seca en mi barbilla. La compresión comenzó a penetrar muy lentamente en mí, pues mi cerebro apenas venía levantándose de su letargo.

—No puedo creer que estuve soñando todo este tiempo —muy decepcionada, apenas lo conseguí decir.

Capítulo 4

Martes, 8:26am. Tres años antes.

—¿Por qué no viniste a clase hoy? —pregunté cuando respondió el teléfono.

—¿Recuerdas la mancha roja en mi brazo que te mostré ayer? —Suspiró —: Es varicela. Estoy segura de que mi primito me la contagió cuando fuimos a visitar a mi tía.

—¿Varicela? —cuestioné, rascándome la cabeza—. ¿Qué tan mal te encuentras?

—Esto es horrible —lloriqueó—. ¡Me pica todo el cuerpo! Estoy llena de puntos rojos y costras. ¡Costras!

En mi cabeza se formó una imagen de Ángela, tal y como ella se describía. Mi estómago se apretó en compresión y en mi mente surcó el pensamiento de que yo sería capaz de hacer lo que fuera con tal de aliviar su dolor.

—¿Ya te llevaron al médico? —Si no lo habían hecho la acompañaría yo mismo aunque tuviera pesadillas las semanas siguientes.

—Sí, en la madrugada. Me dieron una pomada que ayuda a disminuir un poco la comezón, pero mami dice que estaré en cama por un tiempo. ¿Podrías ayudarme poniéndome al día con las tareas y eso? No quiero quedar tan atrasada.

—Claro. Angie, ¿tu madre está en casa, cuidándote?

—No, le rogué que se fuera a trabajar. Quería quedarse pero, ya sabes — volvió a suspirar—, no podemos darnos el lujo de que ella falte ni un solo día. Estoy sola. Bueno, yo y trescientos puntitos rojos más.

Desde que dijo que estaba sola, no pude escuchar nada más. Una idea comenzó a adentrarse en mi mente y yo era demasiado terco; en aquel momento la percibía como una chica vulnerable que necesitaba compañía y nada me importaba más que eso. De pronto sabía lo que tenía que hacer y moría de ganas por ir lo antes posible.

—Angie, tengo que colgar, te hablo después.

—Está bien, yo seguiré luchando contra la comezón. ¡Disfruta tu día lectivo!

Guardé el teléfono en el bolsillo de mi desgastado pantalón y recorrí el patio con la mirada. Los grupos de estudiantes se encontraban dispersos y los uniformes no eran de mucha ayuda a la hora de identificar a la persona que estaba buscando, pero por fin encontré su silueta cerca de la cerca que

delimitaba los terrenos del liceo y me dirigí con pasos rápidos hacia ella.

—¡Daniela!

Ella volteó ante mi grito y sonrió cuando me miró. El grupito de amigas con el que se encontraba comenzó a soltar risitas y a susurrarse entre ellas, pero las ignoré y me concentré en la chica bajita y de cabello lacio que tenía frente a mí.

—Hola, Sebas —seguía sonriendo, pero esta vez no le tomé mucha importancia a esos hoyuelos que normalmente me parecían atractivos en ella—. Les estaba contando a las chicas lo emocionada que estoy por ir al cine contigo esta tarde.

Carraspeé, sonriendo en una manera encantadora que esperaba que apaciguara mis palabras. Conocía a Daniela desde primer año y sus rabietas eran memorables, pero cuando insinuó que saliéramos no pude negarme. Ángela había ido a visitar a su tía y yo me sentía, más que solo, vacío. Necesitaba tanto llenar el agujero en mi pecho que busqué cualquier compañía que suplantara la suya en alguna medida; la tristeza y el ardor en la piel me preocupaban, pues eran el símbolo de cuán gravemente la extrañé durante ese fin de semana.

—Sí, Dani, lo sé, pero se me ha presentado una emergencia y no estaré disponible el día de hoy. —Su sonrisa cayó y me sentí mal. Esa chica era una de las pocas que había conseguido atraer mi atención, aunque siendo sincero me habría conformado con cualquiera que me proporcionara un poco de alivio en el tormento—. Tendré que cancelar nuestra salida. Realmente lo siento, te prometo que te lo compensaré después.

La miré apretar los labios mientras escuchaba mis palabras y cuando acabé volvió a formar una sonrisa tensa que delataba totalmente la falsedad de su respuesta. Me sorprendió que no comenzara a lanzar gritos y despotricar en mi contra frente a toda la comunidad estudiantil.

—Tranquilo, Sebas. Entiendo completamente. Suerte con tu... emergencia familiar. —Giró y comenzó a marcharse con grandes zancadas, sin darme tiempo a responder nada más. Esa definitivamente era la reacción colérica que yo esperaba; tal vez me hice un favor librándome de ella, solo me recordó por qué le tenía tanta aberración a las chicas de mi edad y pasaba todo mi tiempo libre con la única que me atraía de todas ellas.

Respiré muy hondo y solté un gran suspiro mientras miraba el cielo azul de mediados de setiembre. ¿Por qué a veces lo hacía todo mal con las mujeres? Aunque me proponía ser amable con ellas, parecía que mis palabras y mis

acciones solo lograban enojarlas, y mi subconsciente muy secretamente movía los hilos para alejarlas de mí y mantenerme aislado junto a la única persona que me importaba, como si no quisiera que nadie más irrumpiera nuestro mundo. Mi relación con Ángela era mi bálsamo; ella me entendía, me conocía perfectamente y casi nunca se enfadaba por mi comportamiento errático de chico adolescente. Siempre me decía todo tal y como lo pensaba, ambos éramos directos y esa era una de las cosas que me encantaban. Si las demás estudiantes del liceo fueran como ella, con mucho gusto las tomaría más en cuenta.

Rebusqué en mi mochila hasta que encontré el billete que se suponía que debería usar para comprar mi desayuno y mi almuerzo de ese día. Regularmente desayunaba en casa y almorzaba en el liceo, pues mi economía no me permitía algo diferente, pero aquel martes me levanté demasiado tarde y mamá echó fuera de la casa mientras me arrojaba ese billete para que no llegara tarde a clase. Me preocupaba que ella se hubiera quedado sin comer por mi culpa.

Cerré la mochila y comencé a caminar hacia los límites del patio, cerca de la maya de metal de dos metros, donde se encontraban Daniela y sus amigas platicando antes de que yo llegara a cancelarle. Me detuve y me aseguré de que absolutamente nadie estuviese mirando en mi dirección antes de arrojar mi mochila sobre la maya; cayó del otro lado con éxito. Luego tomé impulso y salté, aferrándome con manos y pies y escalando hacia arriba rápidamente. Aterrice de un salto al otro lado, todo en cuestión de segundos, pues ese movimiento lo había realizado incontables veces antes y me había vuelto todo un experto en fugarme del colegio durante mi tercer año.

Tomé la mochila y comencé a descender por el terreno hasta llegar a la calle que rodeaba el liceo. En ese momento ya era oficialmente libre, pues desde allí ya nadie podría detenerme. Saqué el teléfono de mi bolsillo y comencé a buscar en internet información sobre la varicela mientras me dirigía calle arriba. Encontré varias cosas que podrían hacer que Ángela se sintiera mejor, así que cuando llegué al supermercado cogí una canasta y dentro coloqué una bolsa de avena y una botella de aloe vera. Me tomó más tiempo pero al final encontré algo de loción de calamina escondida en un estante bajo y, luego de conseguir un tarro mediano de helado de galleta, me dirigí hacia la zona del supermercado donde vendían películas.

Conseguí el film que estaba buscando y lo metí en mi canasta también. Luego, habiendo encontrado todo lo que necesitaba, me dirigí hacia la cajera.

Ella me miró con una ceja arqueada cuando deposité mi compra bastante peculiar, así que murmuré, mientras le tendía el billete:

—Varicela.

—¿Tu novia?

Su pregunta, por algún motivo, hizo que mi corazón se hinchara en mi pecho y se formara una laguna en mi cerebro que no me permitió articular palabra durante un momento. Luego respondí, aclarándome la garganta y bajando la mirada:

—No, mi mejor amiga.

—Creí que era tu novia, ya sabes —la chica tomó la película que compré y la sostuvo en alto, musitando—; no cualquier chico le compra «Diario de una pasión» a una amiga.

Me negué a responder y deseé poder largarme de allí lo más pronto posible. ¿Por qué las personas siempre hacían esa pregunta? ¿Nunca habían visto una amistad entre un chico y una chica? Algo en mí se molestaba cuando insinuaban que Ángela era mi novia. Primero me sentía como si tuviera vértigo ante la mención de "Ángela" y "novia" en la misma oración, luego me daba enojo. ¿Ella con alguien como yo? Merecía más, merecía todo, nadie nunca sería suficiente. Era un insulto para ella que creyeran que yo era digno de estar a su lado.

Salí del supermercado a paso rápido, aún irritado con la indiscreción de la cajera. ¿No podía cobrar y ya? Tuve que caminar hacia mi siguiente destino con mi mochila en la espalda y la bolsa del supermercado a cuestas porque me había quedado sin un solo centavo para abordar un taxi. Suspiré, sintiendo el potente sol sobre mi cabeza y sabiendo lo lejos que se encontraba la casa de Ángela. El atletismo al final me serviría de algo.

Aquel hilo de pensamientos me hizo recordar que ese día tenía práctica después de clases, así que tomé mi teléfono y le marqué a uno de mis compañeros, agradeciendo al cielo que no me hubieran cortado la línea por no haber pagado el recibo aún. Las cosas, como siempre, eran bastante difíciles en mi casa en cuanto al dinero.

—Sebas, ¿cómo va todo? —respondió.

—Todo bien, Anthony. Escucha, no podré ir a la práctica hoy, se me ha presentado una emergencia. Me gustaría que le avises al entrenador.

—¿Qué pasó? ¿Todo está bien? Tú nunca faltas. —Se escuchó genuinamente preocupado—: ¿Puedo ayudarte en algo?

Mientras esperaba que el semáforo cambiara para cruzar la calle,

respondí:

—Es Ángela. Tiene varicela, así que voy camino a su casa.

—Oh, bueno, eso es horrible. De mi parte dile que se recupere, y que si necesita algo no dude en llamarme. Me agrada mucho esa chica.

Sentí la sangre corriendo más caliente por mis venas. Las palabras de Anthony no me gustaron en lo absoluto, la bilis ascendió por mi garganta. ¿Para qué Ángela tendría que llamarlo a él? Imaginarlo yendo a su casa a cuidarla se sintió como si un animal arañara mi estómago de adentro hacia fuera. En un segundo, todo cambió.

—No te preocupes, Anthony, voy camino a su casa. Yo me haré cargo —escupí, furioso—, no va a necesitar a nadie más. Lo tengo todo controlado.

—Espera, Sebastián, no qui...

Corté la llamada y volví a guardar mi celular en el bolsillo. Mi buen humor había caído en picada durante la misma hora debido a dos personas que se inmiscuían en asuntos que no les concernían. Ángela era mi mejor amiga, era mi deber cuidarla, y la manera en la que decidiera hacerlo solo debía parecernos bien a ella y a mí, nadie más podía darse el lujo de opinar.

Cuando por fin llegué a casa de Ángela, más de dos cuartos de hora después, mi enojo se había apaciguado un poco gracias a la larga caminata. Me aseguré de apagar mi teléfono y meterlo en mi mochila, luego saqué la llave de repuesto que estaba escondida bajo la maceta de la entrada y abrí la puerta. Me encontré directamente con Ángela recostada en el sillón de la pequeña sala, frente al televisor. Tenía una manta azul en su regazo mientras miraba alguna serie japonesa extraña, de esas que le encantaban. Me miró cuando cerré la puerta y en su rostro encontré muchísimas erupciones pequeñas, de forma circular y de un color rojo intenso que producía un extraño contraste con su piel pálida. Parecía que un tractor le hubiera pasado por encima y sus brazos, llenos de erupciones al igual que su rostro, se encontraban cubiertos por alguna extraña pomada.

—¿Qué haces aquí? —preguntó con una voz agotada. Debía sentirse tan mal como se veía porque ni siquiera se molestó en sentarse o levantarse del sofá.

—Vine a cuidar de ti. —Dejé mi mochila junto a la entrada y me encaminé a la cocina, colocando mis compras en la isla que servía de desayunador.

Comencé a desempacar. Ángela por fin se incorporó y con el control remoto apagó la televisión. Se acercó a mí con excesiva lentitud.

—Es en serio, Sebastián, ¿qué se supone que haces aquí? Deberías estar

en clase. ¿Y qué es todo eso? —señaló la botella en mi mano.

—Esto es aloe vera, te servirá para la comezón, al igual que esta loción — la saqué de la bolsa y se la mostré—. Y esta avena la compré para que puedas darte un baño con ella. Se supone que ayuda bastante.

—Oh —miró mis compras, sorprendida, y luego clavó su mirada en la mía —, no debiste hacer eso, te dije que mami me compró una pomada y algunas pastillas. Es demasiado. ¿Cómo fuiste capaz?

Me encogí de hombros, de repente avergonzado. Aunque al principio me parecía una buena idea, ahora me sentía como un idiota. ¿Ella pensaba que yo había exagerado? Tal vez había gastado en vano todo el dinero que tenía. Quise dar media vuelta y marcharme de allí con la cabeza gacha. ¿Por qué todo lo que hacía estaba mal siempre? ¿Nunca podía hacer nada bien? Al parecer, las buenas intenciones, en una vida como la mía, no bastaban.

—Sí, bueno... Lo siento, pensé que podría ayudarte. Si no lo necesitas yo podría...

—¡Dios, no! —me interrumpió. Bajó de su taburete y corrió hacia mí, abrazándome—. ¡No quise hacerte sentir mal! Te agradezco muchísimo que te hayas preocupado, que hayas ido a comprar todo esto y que hayas venido hasta aquí. De verdad... gracias. Eres increíble.

Solté sobre el desayunoador todo lo que sostenía en las manos y envolví mis brazos a su alrededor también. No lo había notado, pero sus palabras y el aparente rechazo a mi preocupación por ella me habían lastimado, y ahora que me estaba abrazando algo dentro de mí se sentía cálido otra vez. La estrujé con fuerza y aspiré el aroma de su cabello. Nunca me acostumbraba a lo bien que se sentía sostener a Ángela, como si me diera la paz y la seguridad que no sabía en qué momento perdí.

—¡Joder! —gritó y se alejó de mí de un salto, como si le quemara—. ¡Tengo varicela y te acabo de abrazar! ¿Estás loco? ¿Sabes que tengo varicela y vienes a cuidarme a casa?

Metí las manos en los bolsillos del pantalón del uniforme y me recosté contra los armarios de la cocina. No pude evitar esbozar una pequeña sonrisa al verla tan alterada. Comenzaba a recuperar mi buen humor solo de estar en su presencia, como si todo lo pasado y lo que pudiera ocurrir en el futuro no importara.

—Tuve varicela de pequeño, ¿recuerdas? Soy inmune ahora.

Suspiró y se llevó una mano al corazón, diciendo de la manera más dramática posible:

—¡Gracias a Dios! No quería tener que compartir mi sillón y mis series contigo.

—De todas formas te habría dejado todo eso a ti. —Me dirigí a la bolsa y saqué el resto de mis compras—. También traje un par de cosas con las que te premiaré si eres una buena paciente y te portas bien.

Me giré, sosteniendo en alto el bote de helado y la película. Abrió la boca y los ojos de una manera sumamente teatral, ¿y creía que el exagerado era yo?

—¡Oh por Dios, Sebastián —gritó—, te amo! —corrió y me volvió a abrazar.

«Te amo».

Tragué saliva con fuerza. Otra vez esa sensación de mi corazón expandiéndose y chocando contra mi caja torácica. Sabía que lo había dicho en son de broma pero no dejaba de repetirme su voz pronunciando aquellas palabras una y otra vez en mi cabeza. Ángela me abrazaba con fuerza, pero era incapaz de corresponderle porque me había quedado estático. Al final, ella fue quien deshizo el abrazo y me miró con una gran sonrisa. Su rostro, aun lleno de puntos extraños, seguía siendo el más bonito que había visto en mi vida.

—Sirve el helado en dos copas, pondré la película.

Aturdido por su efusividad y la manera en la que me sentí, hice lo que me indicó y al terminar volví a la sala y me senté junto a ella en el pequeño sofá de dos plazas.

—Oye —preguntó mientras me sentaba, colocando descaradamente sus piernas sobre mi regazo y poniéndose cómoda—, ¿no se supone que tenías una cita con Daniela hoy?

—Daniela canceló, así que decidí venir contigo.

—Oh —por un momento creí escuchar decepción en su voz, lo cual me pareció extraño, ¿qué la había decepcionado? ¿Quería que saliera con Daniela? Pero rápidamente se compuso y musitó—: ¿Y tu práctica de atletismo? Sé que odias faltar.

—Cancelada. El entrenador tiene una enfermedad estomacal —repuse con rapidez—. Ahora, basta de preguntas.

Coloqué las copas de helado en la mesita frente a nosotros y me giré, sosteniendo en alto la botella de aloe vera.

—Ponte esto.

—¡No! ¡Odio la textura de la sábila! —hizo una mueca.

—Ángela —suspiré—, tienes 14 años, no 9. Ponte esto, te refrescará el sarpullido.

Se encogió en sí misma, recostándose contra el reposabrazos del sofá y negando con la cabeza.

—No voy a tocar eso, Sebastián. Me da asco.

—Eres un bebé.

Tomó el almohadón del sillón y me aporreó con él. Se lo quité de las manos y lo lancé detrás de nosotros. Al mirarla, ella hizo un puchero que conseguía derribar cada una de mis defensas desde que éramos niños. Esos labios tiernos y brillantes conseguían ponerme de rodillas.

—¿Estás haciendo un berrinche por esto?

—¡No estoy haciendo nada!

—Eres la única persona en el mundo a la que no le gusta la sábila.

—¡No me importa el resto del mundo! Ya te dije que no me voy a poner eso.

Tomé unos segundos para admirar al techo de la casa, lleno de humedad y descolorido. Respiré hondo varias veces y me armé de toda la paciencia que era capaz de reunir un chico de quince años. Luego, tomé el botecito y me unté un poco de la sustancia viscosa en la palma de la mano.

—¿Qué crees que estás haciendo? —preguntó con los ojos entrecerrados cuando vio que me acercaba.

La ignoré y le arrebaté la manta del regazo, lanzándola al suelo. Tomé su brazo derecho y esparcí el líquido con rapidez antes de que se diera cuenta de lo que estaba haciendo y quisiera intentar escapar.

—¡No! ¡Sebastián! —Abruptamente se detuvo y nos miramos a los ojos. Ladeó la cabeza y frunció las cejas, admitiendo—: Vaya, eso se siente refrescante.

Sonreí mientras tomaba el bote y me untaba más aloe en las manos. Dentro de mí, el orgullo por hacer algo bien burbujeaba de una manera que prefería no comenzar a descifrar.

—Te lo dije —alardeé mientras le esparcía sábila por el otro brazo.

Echó la cabeza atrás, suspirando:

—Se siente muy bien.

Carcajeé un poco ante sus gestos exagerados y me acerqué aún más. Llevé ambas manos a sus mejillas y con los dedos comencé a esparcir el líquido sobre ellas, muy despacio. Ángela dejó de suspirar y solo permaneció en silencio mirándome a los ojos mientras yo acariciaba su rostro con suavidad. Sus pupilas se veían inusualmente grandes y su aliento se encontraba demasiado cerca.

Bajé mi mano y comencé a recorrer con lentitud el costado de su cuello, subiendo de nuevo. La miré y tenía los ojos cerrados, con sus pestañas rubias descansando suavemente sobre las mejillas de porcelana. Me encontré a mí mismo como hipnotizado por el momento, bajando la mirada hasta sus labios. Mis manos ya no se movían pero mi respiración era errática. Conocía la sensación y era muy claro para mí que quería besarla. Sus labios me llamaban como la necesidad más apremiante que llegaría a sentir en la vida.

Comencé a inclinarme hacia ella, que permanecía con los ojos cerrados en un ruego inconsciente, y me pregunté si estaría experimentando el mismo deseo que yo. Ángela era solo un poco más pequeña, reconocía que ambos éramos jóvenes aún pero me preguntaba si alguna vez en mi vida adulta llegaría a sentirme tan necesitado, con un impulso desconocido casi poseyendo mi cuerpo en cuestión de segundos de intimidad.

No podía negármelo por más tiempo, así que decidí dejarme llevar y acerqué mi boca hacia la de ella justo en el momento en el que abrió los ojos. Me detuve en seco y la miré, alarmado ahora que se había perdido la magia del momento y recibía un ramalazo de realidad.

—¿Por qué te detuviste? —preguntó con el ceño fruncido.

Alejé mis manos de su rostro y esta vez fui yo quien se separó de ella. ¿Cómo había sido capaz de intentar besarla? ¿Pretendí robarle su primer beso? Era mi mejor amiga... Era Ángela. No podía hacerle eso. No podía seguir sintiéndome atraído de esa manera. Acabaría perdiendo a una de las únicas dos personas que me dieron cariño incondicional en esta vida a través de tantos años colmados de errores. Mi alma estaba manchada desde la muerte de Olivia y alguien tan pura no podía ser expuesta al sufrimiento que conllevaba permanecer a mi lado, porque lo quisiese o no, yo solo sabía destruir todo lo bueno que encontraba a mi paso.

—Lo siento, recordé que necesito hacer una llamada. —Me levanté del sofá con rapidez y me dirigí hacia la puerta de la casa—. ¡Volveré en un instante! —grité sobre mi hombro antes de cerrar con demasiada fuerza. Me encontraba con los nervios disparados.

Fuera, mirando a las personas cruzar tranquilamente la calle y a un par de niños jugando en la cera, me senté frente a la puerta y me obligué a calmarme. Lo que sentía por Ángela debía ser extinto o perdería en mi vida a alguien sumamente importante, como ya había pasado antes. Por poco cometí un error gigante.

Capítulo 5

Actualidad

—¿Qué soñaste? —cuestionó Val mientras salíamos de clase y recorriamos el camino hasta los casilleros.

Sacudí la cabeza, suspirando. ¿Era posible que estuviera tan obsesionada?

—Soñé que él me salvaba de un accidente y me trataba como si realmente le importara. —Sentí la mirada de mi amiga clavarse en mi perfil pero continué con la vista hacia el frente—. En realidad el sueño fue más largo que eso, pero... Olvídalo, fue solo un sueño. Lo que no sé —susurré— es si deseo que hubiera sido realidad.

—A veces me dan ganas de golpearte hasta devolverte la razón, te lo juro.

—¿Podemos concentrarnos en lo realmente importante? Es el final de las clases y debo ir a Detención. Esto no es un sueño y ahora no sé qué esperar de Sebastián durante el castigo.

—¿Honestamente? —Mi mejor amiga se encogió de hombros mientras andábamos hacia el final del pasillo—. No creo que te hable. Él es así de extraño. Y de imbécil —añadió.

Estuve a punto de realizar un comentario sardónico, cuando un chico salió corriendo del pasillo de la izquierda y colisionamos. No caí al suelo pero me aturdí, y Valerie gritó:

—¡Mira por dónde vas, animal! ¿Crees que estamos en el jardín de infantes?

El chico se recompuso rápidamente y giró hacia nosotras con los ojos muy abiertos a causa de la excitación. Su piel era muy pálida y su cabello tan rubio como el mío; lo reconocí inmediatamente como Kennan, mi compañero de Biología del año anterior. Usaba gafas cuadradas de acero y era muy lindo si te atraían los chicos tímidos. En ese momento nos miraba con tanta emoción contenida que bien podría haber comenzado a saltar y no me sorprendería.

—Kennan, ¿estás bien? —cuestioné.

—¡Pelea! —gritó—. ¡Pelea! ¡Pelea!

Sin decir más, giró sobre sí mismo y siguió corriendo por la dirección de la que veníamos, hacia las puertas del liceo. Los chicos que estaban con nosotras en el pasillo escucharon las palabras de Kennan y comenzaron a empujarse entre ellos y a correr tras él, igual de emocionados.

—¿Qué? —jadeé, volteándome hacia Val, quien se veía igual de conmocionada—. ¿Pelea?

—¡Tenemos que ver esto! —Valerie no tardó más de un segundo en prensar mi mano entre las suyas y hacerme correr hacia las puertas de entrada.

—¡Valerie! —gritaba yo—. ¡Tengo que ir a Detención! ¡Ya voy tarde!

—¡Esto solo será un segundo, Ángela! —Al llegar, empujó las puertas con fuerza y comenzamos a bajar las escaleras hacia el estacionamiento—. Además, ¿qué pueden hacerte por llegar tarde? ¿Castigarte? —bufó. Intenté seguirle el paso pero ella era rápida como una gacela.

Un puñado de chicos rodeaba a las personas que se encontraban en el centro; todos gritaban y alzaban los puños, así que difícilmente podía entender quiénes y por qué estaban luchando. Las peleas no eran un tabú entre mis compañeros pero sí muy poco frecuentes debido a que el director era estricto, y quien se arriesgara a armar un espectáculo como aquel podía estar completamente seguro de que sería atrapado y juzgado por el tribunal de la muerte. Por ello, quienes estaban peleando debían ser muy valientes o muy estúpidos, aunque la valentía de alguna forma siempre conllevaba un poco de estupidez humana.

Valerie se abría paso con empujones entre los cuerpos apretados, pero yo me mantenía atrás porque no era ni de cerca tan fuerte como ella y los gritos me aturdían mientras me dejaba llevar de un lado hacia el otro dentro de la marea humana.

Sentí una mano con uñas largas tirando de mi brazo y antes de poder negarme mi mejor amiga me arrastró en primera fila a su lado. Le iba a gritar por clavarme las uñas en el brazo, cuando miré al objeto de mis conflictos emocionales recibiendo un puñetazo que lo hizo caer de costado.

—¡Joder, sí! —gritó Val.

Mis gritos no los podía escuchar ni yo misma a causa del rugido de los espectadores, sedientos de sangre. Uno de ellos tomó a Sebastián de la camisa del colegio y lo levantó, lanzándolo de regreso contra su contrincante. Miré al otro tipo, quien aprovechó el impulso que llevaba mi antiguo mejor amigo para volver a darle un puñetazo, esta vez en el estómago. Casi pude escuchar la manera en la que Sebastián expulsó el aire de golpe; luego lo observé caer de rodillas sobre el pavimento, sujetándose el estómago, y escupir sangre.

Su oponente, elevándose con arrogancia sobre todos en el lugar, alzó la mirada hacia mí. Sus ojos me robaron el aliento pues eran grises, del mismo tono que cubre el cielo antes de una tormenta. No podía creer que desde la distancia que nos separaba pudiera sentirme tan abrumada por la intensidad de su mirar. Insegura de si me estaba observando fijamente a mí o a algo más, me

detuve un momento y aspiré aire sintiendo mi corazón acelerarse. Un sentimiento familiar me invandió y por un instante pude jurar que a aquel hombre lo había visto en el pasado, lo cual me parecía extraño, pero sus ojos me prometían que sí.

Sebastián se levantó, aprovechando la distracción del extraño, y se afianzó en sus pies antes de echar el brazo hacia atrás y pegarle un gancho de derecha. Me sorprendí cuando me escuché a mí misma gritar, no sabía si debido a la sorpresa o a la cruda emoción del momento. Di un paso adelante pero el desconocido se levantó de forma tan rápida que lo siguiente que todos vimos fue a Sebastián derribado de espaldas sobre el pavimento, con el otro tipo sentado sobre él, llenándolo de puñetazos.

Ahora que se encontraban más cerca, apenas a un metro de distancia, me di cuenta de que el contrincante de Sebastián tenía una textura fibrosa y enorme, además de ser más alto que todos los alumnos del liceo y demostrar su implacable poder a golpes. Seguí descendiendo por su cuerpo en un atrevido escaneo y visualicé en la parte trasera de su cuello lo que parecía la tinta de un tatuaje asomándose.

—¿Quién demonios es él? —jadeó Valerie de una manera escandalosa, haciéndose escuchar a pesar de todo el desastre—. Soy lesbiana pero sé reconocer a un hombre caliente cuando lo veo.

No lo admitiría en voz alta, pero yo no podía estar más de acuerdo con aquellas palabras. El chico vestía una camisa verde oscuro y unos pantalones negros ajustados, pero de alguna manera lograba que esa vestimenta simple lo hiciera destacar sobre el resto de mis compañeros. Venas se remarcaban sin pudor sobre brazos musculosos cada vez que él golpeaba, y una mata de cabello negro me impedía poder discernir los rasgos más complejos de su rostro. Además, su ceja estaba rota y sangraba sin parar, por lo que tampoco hubiese podido apreciar sus facciones.

—¡Joder! —chilló Valerie con tanta fuerza que temí que me rompiera el tímpano—. ¡Ya sé quién es él!

—¿Qué está pasando aquí? —gritaron de manera tan estridente que por un cortísimo lapso de tiempo todos, estudiantes y luchadores, nos congelamos y abrimos los ojos con temor.

Luego, como si de cucarachas se tratase, la multitud comenzó a dispersarse en todas las direcciones. Algunos saltaron a sus coches y arrancaron, otros corrieron fuera del estacionamiento y los restantes se escondieron en el patio trasero. El pánico tomó control sobre mí y fue gracias a Valerie y a sus tirones

de brazo que logré correr hasta esconderme detrás de una vieja camioneta que se encontraba en la escena.

Desde mi posición agachada detrás del vehículo, observé cómo el director Moritz bajó con zancadas furiosas los escalones de la entrada y se dirigió a las únicas dos personas que se encontraban allí. Ambos se levantaron del suelo lo más rápido que pudieron; el extraño elevó sus manos a la altura de los hombros en señal de rendición, mostrando manchas de sangre, mientras Sebastián tosía sin parar y se levantaba con mucha dificultad, aferrándose a un costado y apoyándose en un solo pie. Lucía horrible con canales de sangre descendiendo desde su nariz, sus labios y su ceja.

—¡Ustedes dos, maleantes! ¡Ustedes dos —gritó el señor Moritz con tanta furia que casi podía sentir su baba salpicarme el rostro—, a mi oficina ahora mismo!

Se colocó detrás de ambos hombres y los empujó con fuerza hacia delante, obligándolos a caminar, a pesar de resultar ridículo en comparación al físico y a la altura de Sebastián y su contrincante. Observé a Sebastián dar pasos muy lentamente, cojeando a causa de su pierna estropeada; parecía soltar maldiciones con cada movimiento que efectuaba.

—¿Los van a expulsar? —fue todo lo que logré pronunciar. El corazón me latía en el pecho como si quisiera desprenderse y aferrarse con locura a Sebastián. Imaginaba el horrible dolor que debía sentir mientras que el extraño no parecía muy afectado exceptuando un par de cortes en su rostro.

—¡Hasta podrían parar en la cárcel! Miraste a Sebastián, ¡el otro tipo lo golpeó sin parar! —Ella se encontraba tan sorprendida como yo preocupada—. Nunca había visto una pelea así. Ofrezco mi respeto si Videla consigue caminar hasta su casa.

—Oh por Dios...

—¡Tranquila! Ángela, lo siento tanto. Soy una mala amiga. Sabiendo cuánto lo quieres y lo importante que es para ti, comienzo a decir esas cosas... Va a estar bien. De una reconstrucción facial no pasa.

—¡Tú lo viste! El tipo lo golpeó sin parar. Sebastián apenas puede caminar.

—Lo vi... Demonios, nena, ese era el maldito Traian Serbian. Agradece que Sebastián siga respirando siquiera. Yo tampoco puedo creer lo que acaba de pasar. ¿No estoy soñando? ¿Es este mi regalo de Navidad adelantado?

Intenté controlar mi respiración hasta que me encontré un poco más calmada, allí fue cuando repuse:

—¿Y quién es ese hombre? ¡Es un animal! ¡Lo utilizó como un saco de boxeo, Val! No lo mató de milagro. Dios, Sebastián... —gemí con pesar, llevándome las manos a la cabeza—. ¿Cómo hace para meterse en estas cosas?

—Traian no es importante en este momento, Ángela. —Valerie se levantó de un salto y sacudió la tierra de sus pantalones. Luego me tendió la mano—. Necesitas entrar allí e ir a Detención. Puedes decir que llegaste tarde por culpa de toda esta conmoción.

—¿Quieres que vuelva al colegio después de todo este espectáculo? ¡Aún hay sangre en el estacionamiento! —No podía sacar de mi mente la imagen de Sebastián molido a golpes y siendo tan orgulloso que caminó hasta la oficina del director en lugar de gritar pidiendo una ambulancia.

—Escúchame —ella colocó sus manos en mis hombros y me miró con ojos gentiles—, entra allí y sé una buena chica. Si Sebastián puede caminar, estará bien pronto, no te preocupes por eso. Hablaré con algunas personas e intentaré averiguar el motivo de la pelea y, aún más importante, ¡qué hacía Traian Serbian en nuestro estacionamiento!

—Aún no sé quién es ese —le informé, llena de amargura. No lo conocía, pero al ver lo que fue capaz de hacerle a Sebastián sentí unas ganas inmensas de darle golpes hasta sacar todo mi enojo.

—Te diré todo lo que sé de él y todo lo que pueda averiguar, ¿está bien? Pero ahora, corre allí dentro mientras yo regreso a casa.

Al empujar las puertas de entrada del liceo, todo cayó sobre mí como una pared de ladrillos. La tentación casi me arrastra hasta la oficina del director para espiar lo que podía estar sucediendo, pero me aferré con más fuerza a la correa de mi bolso y caminé hasta el salón de castigo. Sin Sebastián ahí, podría haber pensado que sería más fácil sobrellevarlo todo, pero permanecí cada segundo pensando en lo que pasó, en cómo se encontraría, qué habría pasado con él y quién era ese extraño que lo complicó todo y que me hacía revolver entre mis recuerdos del pasado, intentando recordarlo.



El profesor cuidándome durante mi castigo recibió una llamada de emergencia, aparentemente, por lo que me dejó salir apenas cuarenta y cinco minutos después de haber llegado. Tomé mi bolso y titubeé antes de comenzar a caminar fuera del salón. Mis pies ya sabían hacia dónde nos dirigiáramos antes de que mi cerebro comenzara a evaluar los riesgos.

Yo no era una chica débil, del tipo que permite que las personas le pasen por encima, aunque al parecer esa era la impresión que casi todas las personas tenían sobre mí. Nunca me preocupé demasiado sobre cómo me percibían los que me rodeaban, pues solo me interesaba ser amable con la gente y disfrutar de mi vida de la mejor manera posible. Las únicas personas cuya opinión tomaba en cuenta eran los seres que más me importaban.

En ese momento me preocupé de lo mucho que había cambiado desde hacía dos años. Para bien o para mal, la Ángela de antes era completamente diferente a la que ahora caminaba hacia la oficina del director con el deseo de averiguar si Sebastián merodearía por ahí. No me sentía orgullosa de mi comportamiento; de hecho, si lo analizaba, sabía que me estaba dejando manipular y le permitía burlarse de mí al mantener una esperanza de que él cambiara y por ello aún guardarle cariño en un recoveco de mi corazón. Eso me hacía vulnerable, cosa que Sebastián Videla aprovechaba sin piedad para hacerme daño, intentando satisfacer el odio que de repente sostuvo en mi contra.

Me detuve frente a la puerta de la oficina del director, pero se encontraba cerrada con llave y no había ninguna luz allí dentro. Moritz, Sebastián y el extraño hombre de ojos grises habían finalizado su reunión. Intenté no parecer decepcionada. Gracias al cielo solo yo era capaz de escuchar mis pensamientos, de sentir mi masoquista corazón mendigar por un chico que solo sabía tratarme con desplantes, porque si Valerie o mi madre llegaran a escucharme me sacudirían hasta hacerme entrar en razón.

Al salir del colegio sentí el aire acariciar mis mejillas y alborotar mi cabello suelto. Miré al cielo y se encontraba despejado, tan solo algunos retazos de rayos de sol desperdigados que presagiaban lo hermoso que sería el atardecer. Luego bajé la mirada a las escaleras y me congelé. Un chico se encontraba encorvado sobre el primer escalón, sus respiraciones eran tan fuertes que podía percibir las desde mi lugar.

Sin pensarlo demasiado, pues mi corazón llevaba mucho tiempo con el anhelo de acercarse al suyo, bajé las escaleras y me coloqué frente a él, que mantenía el rostro pegado a las rodillas y los brazos cubriéndole.

—Sebastián —llamé, en voz baja—, ¿estás bien?

Observé su cuerpo moreno endurecerse, sus músculos se movían bajo la piel tensa al escuchar mi voz. Su reacción solo anticipaba lo que iba a decir, debí haberme percatado en ese instante, pero nuestra conexión latía con fuerza y no me permitía marcharme aunque fuera lo mejor según la lógica y la razón.

—Ángela, lárgate —masculló sin mirarme.

Su ropa se encontraba manchada de sangre así como su piel. Imaginaba lo mucho que debía dolerle estar allí sentado con su pierna doblada luego de la golpiza que recibió. Una voz en mi cabeza me gritaba que diera media vuelta y me alejase, que no le permitiera tratarme como si no valiera nada. Casi logro convencerme de ello, hasta que una imagen de un Sebastián de once años vino a mi cabeza.

Me había roto el brazo intentando escalar un árbol, y él había estado allí intentando tranquilizarme mientras yo lloraba por el dolor. Por mucho que mi madre y su madre insistían en que no era necesario, me acompañó todo el camino hasta el hospital, incluso hizo un escándalo para que le permitieran quedarse en el consultorio mientras el doctor me enyesaba. Ese mismo día por la noche, jugó juegos de mesa conmigo para distraerme; luego, cayó exhausto y se durmió sobre el sillón.

Cerré los ojos con fuerza, intentando desalojar ese recuerdo de mi cabeza, pero era demasiado tarde. Con un suspiro de pesar, porque parte de mí anticipaba lo que me esperaba, di un paso adelante y pregunté con voz suave:

—Sé que odias los hospitales, pero creo que deberían revisarte.

Se puso en pie tan rápidamente que casi caigo sentada por la sorpresa. Se acercó hasta que su nariz rozaba la mía y me mostró sus pupilas dilatándose, rodeadas por unas largas pestañas negras y dos cejas espesas. Decir que se encontraba enojado sería un eufemismo.

—Lárgate de aquí —pronunció cada palabra con los dientes apretados, como si yo fuera el peor ser que hubo pisado el planeta.

Me enfureció y empujé su pecho con fuerza, sorprendiéndonos a ambos.

—Solo intentaba ser amable. ¡No tienes por qué ser un cretino al respecto!

—Métete en tus propios asuntos, Ángela. Yo ya tengo una chica que se preocupe por mí.

Fue un golpe certero que provocó en mi corazón todos los estragos que pretendía. Me quedé muy quieta mientras Sebastián me pasaba de largo luego de rozar su hombro con el mío de manera violenta. Escuché sus pasos alejarse hasta que me hallé sola, de pie en el estacionamiento del colegio.

Dejé caer mi cabeza hacia delante y comencé a reprocharme mentalmente por haberme permitido ser víctima de sus arrebatos de furia otra vez. Al menos hubiera dicho una réplica inteligente para no permitirle irse con la última palabra, pero lo que dijo logró dejar mi mente en blanco. Estaba devastada.

—Así que eres tú.

Era la voz más grave que había escuchado en toda mi vida; parecía pertenecer a una película. Sin embargo, detecté una suavidad en su forma de pronunciar cada palabra, de manera pausada como si quisiera que el oído degustara cada cadencia de su voz. De alguna manera sabía quién era sin necesidad de voltearme. Su voz, así como todo él, me resultaban tan conocidos que comenzaba a irritarme no poder acordarme.

Él volvió a hablar, ya que yo permanecí estática, negándome a mirarlo.

—Ese imbécil, ¿es algo tuyo?

Tomé una respiración profunda y me obligué a ser valiente. ¿Por qué de repente tenía un nudo en el estómago ante la idea de mirar a ese hombre? Giré lentamente, aferrándome a la tira de mi bolso con demasiada fuerza, y tuve que levantar la cabeza para poder encarar su rostro.

Aguanté la respiración cuando un cosquilleo comenzó desde la punta de mis dedos y se extendió sobre toda mi piel. Entendía por qué algo dentro de mí se negaba a observarlo de cerca; mi subconsciente anticipaba mi reacción escandalosa y quería evitarlo, pero resultaba imposible no permanecer pasmada ante un hombre que probablemente midiera más de un metro con noventa centímetros. Era tan alto y su cuerpo tan sólido que contemplé en silencio la posibilidad de que fuera un modelo, un boxeador, o el regalo de Dios a todas las mujeres sobre la Tierra o un árbol.

El extraño sonrió como si supiera exactamente lo que estaba pensando. Seguramente las mujeres se lo gritaban todos los días y le arrojaban su ropa interior mientras caminaba, pues cada facción en su rostro era dura, culminando con un hoyuelo en la barbilla. Sus ojos lucían aún más impresionantes de cerca y parecían volverse más claros según la luz; en ese momento eran de un gris metálico, resplandeciendo más que los últimos vestigios del sol.

Sabía que había pasado más de dos minutos mirándolo sin pronunciar palabra, por lo que me sacudí mentalmente hasta hacerme reaccionar.

—¿Quién eres tú? —Sabía quién era él, o al menos su nombre, pero algo en mí necesitaba con urgencia oírlo decirlo. Tal vez así lo recordara y dejara de obsesionarme tanto.

—Mi nombre es Traian. —Sonrió y me tendió la mano.

Sus dedos eran largos y las venas se remarcaban ligeramente a lo largo de su brazo sin ningún esfuerzo. Aspiré otra bocanada de aire antes de soltar la tira de mi bolso y dejar que su enorme mano engullera la mía. Su apretón fue

suave, me sorprendió casi tanto como lo hizo en un principio su voz de chocolate espeso.

—Soy Ángela.

—Ángela —volvió a sonreír. Creo que suspiré suavemente al verlo—, volveré a preguntar, si no te molesta: ¿Ese chico es tu novio? ¿Tu amigo?

Por más que quería recordar, no conseguía averiguar de quién estaba hablando. Fue como si mi cerebro hiciera corto circuito y no pudiera pensar en nada más que la manera desordenada en la que se encontraba acomodada su mata de cabello oscuro.

—¿Sebastián Videla —pronunció Traian lentamente— es algo tuyo?

—No es mi novio —me obligué a decir, bajando la mirada al suelo— y tampoco es mi amigo. Antes lo fuimos, pero ya no más.

—Comprendo. —Él cruzó los brazos sobre su pecho y me estudió durante un momento—. ¿Viste nuestra pelea?

Tragué con fuerza para intentar pasar las palabras a través de mi garganta.

—Lo vi todo. Lo lastimaste —clavé mi mirada en la suya, recriminando—, apenas pudo caminar a casa. Fuiste salvaje. ¿Qué está mal contigo?

Observé a Traian cerrar los ojos y suspirar, como si ya esperara mis palabras. Luego me miró, ladeando la cabeza.

—Parecía poder caminar lo suficientemente bien como para alejarse tan rápido de ti.

Eso me enfureció. ¿Quién se creía ese hombre? Tenía toda la razón y podía concederle eso, pero apenas me conocía como para hablarme de una manera tan dura. Lo rodeé y sin decir una palabra más, me alejé. Quería llegar a casa y acabar con ese horrible día lo más pronto posible.

—Aguarda ahí, pequeña —tomó mi codo y sin mucho esfuerzo me hizo girar sobre mí misma hasta enfrentarlo otra vez—. Mi intención no fue atacarte. Realmente lo siento.

—Puedes meterte tus comentarios donde quieras. Poco me interesa escucharte.

Soltó mi brazo ante mis palabras. Se veía sorprendido.

—¿Quieres a ese chico? —cuestionó.

—¿Y a ti qué más te da? Ni siquiera sé quién eres, nunca te he visto en mi vida, o al menos eso he decidido creer, ¿pero pretendes hablar de mi vida sentimental?

—Actúas como si te importara.

—Sí, me importa —reconocí con dolor—. Nos conocemos desde hace más

de ocho años. Éramos mejores amigos. Ahora, ¿puedo irme a casa?

—Tú no me conoces ni yo a ti —dijo, sepultando finalmente la sensación de que nos habíamos cruzado en la vida del otro mucho antes—, pero necesito decirte algo.

Comencé a preocuparme y a removerme en mi lugar. ¿Qué podría decirme aquel desconocido que parecía molestarle tanto? ¿Por qué tenía un mal presentimiento en la boca de mi estómago?

—Seré transferido a tu colegio la próxima semana. Necesitaba hablar con el señor Moritz, es por eso que vine.

—No entiendo qué tiene que ver conmigo.

Volvió a suspirar. Parecía apenado.

—Me encontraba en el estacionamiento cuando escuché a este chico, Sebastián, hablando con un grupo de sus amigos. —Sentí mi temperatura corporal descender. Algo dentro de mí presentía lo que iba a decir—. No nos conocíamos, pero lo escuché decir cosas... bastante desagradables acerca de una chica y no pude evitar acercarme.

Bajé la mirada al asfalto, sintiendo las familiares lágrimas y el dolor atenazando mi pecho.

—Se estaban burlando de mí —afirmé en un susurro. No necesitaba ser experta para deducirlo. Sebastián disfrutaba de pocas cosas últimamente tanto como de hacerme daño.

—No sabía quién eras tú —continuó Traian con lástima—, solo mencionaron tu nombre y dijeron varias cosas repugnantes acerca de ti. No pude evitarlo y me acerqué a decirle que esa no era la manera de hablar de un verdadero hombre. Esa era la manera de hablar de un maldito cobarde.

—¿Qué decían? —no pude evitar preguntar, aunque sentía el corazón hinchado de dolor. ¿Realmente quería saberlo?

—No te lo diré. No vale la pena, y solo necesité conocerte por dos minutos para darme cuenta de que nada de eso es verdad.

Sorbí por la nariz, todavía negándome a mirarlo.

—Así que esa fue la razón de la pelea. Lo golpeaste por hablar mal de mí.

—Una cosa llevó a la otra... sí.

—Bueno, en ese caso —me obligué a soltar una risa que me supo amarga—, gracias por defenderme sin conocerme. Me arrepiento de haberme preocupado y haber sentido lástima por él.

—Se lo merece —pronunciamos Traian y yo al unísono. Lo escuché reír suavemente mientras yo intentaba con todas mis fuerzas controlarme.

Sabía cómo era Sebastián. Me había dicho cosas tan dolorosas que me hicieron llorar durante horas por la noche. ¿Por qué me sorprendía ahora? Y a pesar de todo, no era solo dolor lo que sentía; me encontraba humillada dado que ese gigantesco hombre había escuchado cómo el chico que amo hablaba basura sobre mí. ¿Se podría ser más patética? Solo Dios sabía qué cosas viles dijo Sebastián para que Traian haya sentido la necesidad de intervenir. ¿Y aun así yo lo amaba? ¿Cómo era tan estúpida?

—Oye, tú—pronunció suavemente. Colocó un único dedo bajo mi barbilla y subió mi rostro hasta mirarlo. La bondad que vi en sus ojos consiguió borrar de mi mente todo lo demás—. Eres una chica hermosa. Te digo esto porque creo que no deberías dejarte maltratar por ese patán. Vi cuando te acercaste llena de preocupación y vi la forma en la que te habló. No lo mereces.

—Soy una idiota —le sonreí llorosa, mordiendo mi labio. Luego suspiré —: Es difícil. No entiendo por qué me trata de esta manera. Antes era una de las personas más importantes de su vida, ahora quiere lastimarme a toda costa.

—Los hombres somos unos imbéciles, pequeña —rió, pese a que sus ojos derramaban lástima. Odiaba que me mirara como si yo fuera un cachorro maltratado que no podía cuidar de sí mismo y necesitaba su protección.

—Deja de mirarme de esa manera. —Carraspeé, luego sequé mis ojos antes de que las lágrimas cayeran—. Aunque no lo creas, soy una chica bastante fuerte. Este es el único tema que logra ponerme... bueno... así.

—Te creo —volvió a sonreír. Tenía dos hermosos hoyuelos, era la primera vez que los mostraba. Alzó su mano y con cuidado limpió bajo mi ojo derecho—. No llores por él. No merece tus lágrimas.

—Lo siento, lo siento. —Suspiré, aun sintiendo el fantasma de su pulgar sobre mi mejilla rozar suavemente—. Debes tener cosas que hacer, no encargarte de los problemas románticos de una desconocida.

—¿Desconocida? Ahora somos amigos. Sequé una de tus lágrimas, eso para mí es equivalente a diez años de amistad.

De alguna manera, sabía que sus palabras estaban medidas con cuidado para hacerme sentir mejor. Agradecía la empatía que demostraba Traian, pero tenía que salir de ese estacionamiento para descansar y poner mi cabeza en orden de una vez por todas.

—Debo ir a casa, pero realmente te lo agradezco, Traian. Por haberme defendido, por escucharme tan atentamente y por tus palabras de consuelo.

—No tienes que agradecerme, luego de conocerte volvería a golpear a ese cretino con mucho placer. —Parecía deseoso de hacerlo—. Realmente quise

decir cada una de mis palabras. Puedes conseguir a un chico mejor, que te valore y te trate con respeto. —Sonrió. Sabía que esa noche soñaría con esa sonrisa—. Adiós, Ángela. Supongo que nos veremos en clases.

—Oh, no lo creo. Estoy en penúltimo año y supongo que tú vas al último.

—Entonces te veré por ahí. Podrías ser quien me ayude a encontrar mis salones.

No pude evitar sonreír ante su insistencia. Lo conocía extremadamente poco, pero presentía que todo en ese hombre era premeditado y nada inocente. Me sentía alagada de recibir semejante atención de alguien como él.

—Ya veremos, entonces. —Giré sobre mí misma y di dos pasos lejos. Luego me detuve, aspiré una bocanada de aire, y me despedí con suavidad—: Adiós, Traian.

Él no respondió durante varios segundos, así que seguí caminando, pensando que se había marchado o me había ignorado. Cuando giré hacia la izquierda para dirigirme a casa, escuché por fin su voz baja:

—Adiós, Ángela.

Capítulo 6

—Tienes que venir a mi casa, Ángela. Necesitamos tiempo de chicas y mamá dice que hace mucho no sabe de ti.

—Tengo castigo mañana después de clase, ¿lo olvidas?

—Otra razón más para odiar a Sebastián, como si no hubieran suficientes ya.

Suspiré sin poder evitarlo. ¿Qué es lo que tiene un nombre que provoca suspiros en las personas adecuadas? Esa pequeña exhalación parecía manifestar un retazo de mi frustración.

—Podemos vernos el sábado, ¿qué te parece?

—¡Perfecto! Vendrás a almorzar.

Hablamos unos diez minutos más, pero yo me negué a contarle sobre mi encuentro con Traian en el estacionamiento, pues no tenía claro cómo explicarlo. Podría contárselo al día siguiente cuando nos viéramos en el colegio. Colgué el teléfono y lo coloqué sobre la mesa de noche, luego me lancé al suelo y comencé a tomar ropa limpia de la cesta y a doblarla sin éxito. Apostaba a que un niño de cinco años podría hacerlo mejor que yo. Limpiar y ordenar cosas no era lo mío, por más que lo intentara. Una vez, rompí tres platos mientras intentaba lavarlos durante una pijamada con Sebastián.

Volví a suspirar. Los suspiros parecían ser la expresión recurrente de las almas atormentadas, una manifestación inútil pero necesaria. Observé el pantalón que sostenía en las manos, intentando doblarlo para poder guardarlo con el resto de mi ropa, pero mi mente no dejaba de reproducir imágenes mezcladas en mi cabeza; la expresión furiosa de mi antiguo mejor amigo y la sonrisa amistosa del extraño que aseguraba haberme defendido.

—¿Por qué miras la ropa como si fuera la manifestación del anticristo?

Me sobresalté y observé desde mi posición en cuclillas que mi madre se encontraba apoyada contra la puerta, luciendo preocupada. Yo era once centímetros más alta que ella, quien medía apenas un metro con sesenta. Su estatura y su voz suave eran poco útiles a la hora de manifestar su enojo; era difícil tomarla en serio y eso solo lograba irritarla más, aunque rara vez se molestaba de verdad.

—No consigo acomodar mi ropa —mentí sin muchas ganas. Me sentía tan débil que no encontraba la energía necesaria para fingir bienestar.

—¿Qué sucede? —preguntó de inmediato, entrando a mi habitación y tomando asiento en el borde de mi cama—. Yo doblaré tu ropa. Sabes que eres

terrible haciendo cualquier labor doméstica.

—¡Mamá! —reclamé, pasándole la cesta. Ella dobló la ropa con tanta rapidez y eficiencia que me sentí tan inútil como decía.

—Es verdad, cariño. Ahora quiero saber qué te pasa. ¿Todo va bien en el colegio? ¿Cómo te fue hoy en tu castigo?

Me senté en el suelo, encarándola. Aunque no me miraba por estar entretenida demostrándome lo que es ser una verdadera ama de casa, yo no me sentía cómoda ofreciéndole mis ojos para que detectara la vulnerabilidad evidente en ellos. Las madres lo averiguaban todo con una sorprendente facilidad. Preferí clavar la mirada en el suelo mientras me obligaba a forzar las palabras a través de mi garganta.

—Sebastián se metió en una pelea hoy.

Escuché cómo soltaba un jadeo ahogado y pude imaginarla mirándome con ojos alarmados.

—¿Qué pasó? ¿Está bien? ¿Debo llamar a su madre?

—El está bien —espeté con amargura—. Debe dolerle todo el cuerpo, pero no necesitará un donador de órganos o un cirujano plástico.

—De todas formas llamaré a su madre para ver cómo está —reiteró, así que la miré. Tenía el ceño fruncido y podía percibir su preocupación desde mi lugar—. Hace mucho tiempo que no hablo con Sofía.

Ese era el nombre de la madre de Sebastián, quien se había vuelto tan cercana a la mía como lo fuimos en su momento su hijo y yo. Recuerdo que al principio solo hablaban por teléfono para tener la seguridad de que sus hijos se encontrarían en buenas manos cuando Sebastián y yo nos visitábamos, pero luego comenzaron a invitarse a tomar café y a ir de compras. Conforme fueron pasando los meses, ambas se volvieron muy unidas e incluso llegamos a salir los cuatro de paseo a playas y montañas, a parques de atracciones y a ver películas infantiles. Fue el período de mi vida más feliz que puedo recordar. Lastimosamente, solo lo aprecio ahora que realmente entiendo y extraño todo lo que tenía en ese momento.

Me niego a volver a suspirar, así que sacudo la cabeza.

—Se metió en una pelea en el estacionamiento del liceo con este chico nuevo, Traian. Sebastián fue el que salió más lastimado.

Sorprendiéndome, mi mamá no respondió. Guardó silencio mientras continuaba doblando prendas prolijamente. ¿Por qué con cada segundo que pasaba yo me sentía más y más ansiosa?

—Sebastián era el niño más dulce —dijo cuando yo estaba a punto de

enloquecer—. Realmente lo extraño, ya sabes, ustedes dos corriendo por la casa y haciendo desastres en la cocina. —Ella esbozó una sonrisa triste—. ¿Recuerdas aquella vez cuando taparon el desagüe de la ducha, la llenaron de agua y la usaron como piscina?

—Sí —mi voz era un hilo roto mientras jugueteaba con los dedos en mi regazo—, yo tenía nueve años.

—Ese mismo día recibí una llamada de la vecina porque ustedes dos se habían metido en su patio y estaba persiguiendo a sus gallinas.

Quería decir que sí, que Sebastián y yo robamos los huevos de la vecina y jugamos a capturar a sus aves, pero no podía hablar. Sentía un nudo tan grande en la garganta que apenas me permitía respirar. Me llevé las piernas al pecho y hundí mi rostro sobre las rodillas, luego comencé a llorar con más fuerza de lo que lo había hecho en mucho tiempo. La contención de la presa había desaparecido y me di permiso de colapsar.

Sentí las manos de mi madre acariciando mi espalda de manera reconfortante, pero mi cuerpo se sacudía sin parar.

—Lo extraño tanto, mamá —balbuceé.

—Lo sé.

—Lo extraño tanto que me duele. ¿Cómo es eso posible? Su falta me duele como un golpe físico.

—Ángela —susurró, pero yo me negaba a mirarla. Había llorado tanto a lo largo de los años, ¿cómo podían seguir existiendo lágrimas que tuvieran la voluntad de sacrificarse por él? —. Hija, sabes cuánto quise a Sebastián, se volvió como un hijo para mí. A mí también me ha dolido la forma en la que ustedes se alejaron, pero no lo puedo cambiar. Tengo la certeza de que algo malo habrá pasado para separar a dos almas que parecieron hechas para estar juntas.

—Fue mi culpa —sollocé—. Si me hubiera quedado callada, guardando mis sentimientos para mí, todo habría seguido como antes. Seguiríamos siendo amigos, él me seguiría queriendo, ¡y no me odiaría ahora!

—No puedes saber eso. Si algo tiene que suceder, Ángela, lo hará, por más que intentamos buscar una forma de cambiarlo. Tal vez podrías haber hecho las cosas diferentes y ustedes serían amigos ahora, o tal vez hubiera ocurrido algo más que los llevara a este mismo final.

—Lo extraño —logré volver a pronunciar—. Éramos tan felices juntos, pero ahora me desprecia, no soporta mirarme siquiera, cuando antes fuimos el mundo entero del otro. Vivíamos para estar juntos y estábamos juntos para

poder vivir. Mamá, tú nos viste, lo entiendes... —sorbí, temblando—. ¿Cómo pudo cambiar tanto, solo porque le declaré mi amor? Ya no es el mismo de antes, ¿entonces por qué me sigue importando?

—Estás enamorada de la imagen que tienes de Sebastián, cariño. De tus recuerdos. ¿No lo entiendes? Sigues aferrándote a un chico que ya no existe más. Hasta que no aceptes que el chico del que te enamoraste ha desaparecido, entonces nunca lo podrás superar.

Abrí la puerta de mi casillero la mañana del día siguiente y coloqué mis libros dentro. Al cerrarla, mientras pensaba en la tarea de Biología que olvidé hacer por andar lloriqueando y que me iba a restar más puntos de los que me quedaban, tropecé con un pecho cubierto por tela gris.

—¡Alto ahí! —rió una voz grave que erizó cada vello de mi cuerpo de una manera inusual. Sus manos sostuvieron mis hombros ante mi sobresalto, como si tuviera el derecho de tocarme.

Tuve que inclinar la cabeza hacia arriba, como el día anterior. Sabía que me acostumbraría a ello o conseguiría una distensión muscular. Era ridículamente alto, ¿podría pasar por las puertas de los salones sin tener que agacharse? Debían apodarlo Gulliver El Gigante.

—Te dieron mucho Danonino cuando eras pequeño, ¿verdad? —Me solté de su agarre y comencé a caminar por el pasillo. No tardó en posicionarse a mi lado y seguirme el paso.

—La mayoría de los hombres en mi familia tienen mi estatura —contestó con un encogimiento de hombros.

No podía imaginar a un grupo de hombres, ni siquiera a uno, que se pareciera a él. Traían emanaba fuerza y dominación sin siquiera haber cumplido los veinte años, según mis cálculos. Estar a su lado, con su brazo rozando casualmente el mío mientras caminábamos, era un poco emocionante a la vez que aterrador. Su piel era fría, no cálida como habría esperado, pero eso no lo volvía menos interesante.

—¿Qué haces aquí? Se supone que no entras a clases aún.

—El director me citó antes de que comenzaran las clases. Quería gritarme un poco más.

—Tu ceja se ve mejor —dije sin pensar, así que me callé. Pensaría que lo había estado mirando lo suficiente, tanto ayer como hoy, para notar ese pequeño detalle. Se daría cuenta de lo mucho que atrapaba mi atención sin siquiera intentarlo.

—Mientras no reciba otro golpe, sanará rápido. ¿Puedo ayudarte con tus

libros?

—¿Qué? —miré hacia abajo, recordando que traía libros en mis brazos. Traian lograba hacer que perdiera la consciencia sobre mí misma y solo pudiera centrarme en él—. No, yo puedo sola, gracias. —Me incomodaba que fuera tan caballeroso. Nadie me había tratado de esa manera desde hacía un buen tiempo—. ¿No deberías marcharte?

—Debería —asintió. Luego me regaló una sonrisa de medio lado que apenas mostraba sus dientes, pero que encogió algo en mi vientre—, pero puedo acompañarte a clase. Ya sabes, para que no te pierdas.

—Eres tan considerado —fue sarcasmo, pero me encontré sonriendo también.

—¡Oye, Angie! —Valerie se acercó al encontrarme en el pasillo, luego subió la mirada al hombre que me acompañaba y sus cejas se arquearon con picardía—. Miren nada más qué espécimen... Hola ahí, chico sexy.

Escuché la risa baja de Traian pero solo me concentré en observar a Val, quien esbozó una sonrisa como el gato de Cheshire. Sus ojos comenzaron a brillar y se arrugaron en las esquinas ante la satisfacción que sentía al contemplarlo.

—Creo que no nos hemos presentado. —Estiró su mano con uñas largas, cuadradas y perfectas—. Soy Valerie, la mejor amiga de tu futura novia.

—¡Val! —grité, horrorizada. Sentí mi rostro ruborizarse como si fuera una niña. ¿Cómo era capaz de decir eso? Traian ahora podía creer perfectamente que él me gustaba, y no lo hacía.

—Hola, Valerie. —Traian aceptó su mano con suavidad, diciendo—: Es un placer conocer a la mejor amiga de Ángela.

—Es un placer conocer al renombrado Traian Serbian.

—Así que has oído sobre mí.

—Dime, ¿qué mujer que valore la importancia de un orgasmo no te conocería?

La situación se estaba saliendo de control. Valerie se estaba pasando de los límites de la decencia y si no disfrutara tanto con las mujeres juraría que estaba interesada en acostarse con Traian. Aunque, siendo justa, ese hombre era el tipo que lograría convertir a una mujer hasta hacerla desearlo con todo su ser.

—Val, tenemos que ir a clase.

—Un minuto, Ángela. Quiero que Traian me cuente por qué se transfirió de su antiguo colegio.

—Valerie —mascullé, tomándola del brazo y haciendo que me mirara a los ojos y dejara de comérselo visualmente—, eso no es de nuestra incumbencia. No seas entrometida.

Me giré para disculparme, alegando que mi mejor amiga sufría de una enfermedad que no permitía que conectara la boca con el cerebro, un mal que parecía aquejar a más y más adolescentes en la actualidad, pero al mirar a Traian lo encontré con el cuerpo tenso y los puños apretados a sus costados, observando con rabia a alguien detrás de mí. Ni siquiera necesitaba girarme para averiguar quién era. Solo una persona de ese colegio lograría enfurecerlo tan rápido.

—Ángela, ven aquí —escuché la voz dura de Sebastián, sorprendiéndome—, ahora.

Ni siquiera tuve el tiempo suficiente para procesar sus palabras antes de que Traian diera un paso adelante, manteniendo las manos apretadas en puños, y escupiera:

—¿Crees que ella es un animal? No es tu mascota, pedazo de imbécil.

Los ojos fríos del moreno se clavaron en Traian. Sebastián me había mirado duramente antes, sabía que me odiaba, pero la mirada que le dirigió al hombre a mi lado me dejó helada. Mostraba tan poco y a la vez invitaba con un borde afilado a cuestionarlo. ¿Cómo se atrevía? Traian le sacaba ventaja en altura y musculatura, sin mencionar todo lo demás, pero de todas maneras él era altanero y audaz.

—Le estaba hablando a ella, no a su perrito faldero —pronunció cada palabra con lentitud, provocando que sonaran más crudas de lo que se podría imaginar.

—Háblale con más respeto, entonces. Naciste de una mujer, ¿cómo puedes ser tan bastardo?

Noté las manos de Sebastián volverse puños también, sin embargo su expresión continuaba impertérrita y dura como el granito. Si algún extraño lo mirara, creería que las palabras de Traian no le afectaban en nada, pero yo le conocía mejor que eso y sabía que su interior debía encontrarse al rojo vivo. A mi costado, Traian emanaba furia con dificultad contenida. Los ánimos comenzaban a caldearse tan rápidamente que estallarían si yo no intervenía.

—Val, Traian —mi voz sonó plana, clavando la mirada en ambos y nunca en el chico que me rompía el corazón—, vámonos de aquí.

—Te dije que vinieras —repitió Sebastián, esta vez con mucha más violencia.

Me sorprendió tanto que no pude evitar mirarlo y arquear las cejas hasta el nacimiento de mi cabello. En menos de dos minutos habíamos logrado capturar la atención de los estudiantes del pasillo que se mantenían en silencio y al margen, aunque lo contemplaban todo con vívida emoción en sus ojos codiciosos.

Sentí una mano posarse sobre mi hombro izquierdo. Volteé el rostro y me encontré con la expresión determinada de Valerie, mi mejor amiga de un valor incalculable, quien asintió con firmeza una vez y me miró transmitiéndome en silencio sus palabras: *No te dejes pisotear, Ángela. No se lo permitas. Sé dura.*

Presioné mi mano sobre la suya, agradeciéndole. Tomé aire hasta que mis pulmones estuvieron repletos de mis miedos, dolores e inseguridades, y entonces exhalé. *Al diablo con él, me dije, no te merece. ¿Seguirás sufriendo por un chico que ya no existe y amando su recuerdo mientras su nuevo ego hace que te caigas a pedazos por dentro? ¿Es justo para ti? Te estás dejando pisotear. El amor es bueno, podrás encontrarlo de nuevo, pero primero necesitas superar esto. Debes ser valiente. Por una vez en tu vida, hazlo. Dilo. Envuelve tu corazón en una coraza de piedra y vuélvete insensible.*

—Ángela —Sebastián interrumpió mi charla conmigo misma, así que lo miré. Aspiraba aire y sus fosas se ensanchaban como un toro bravo—, he dicho que vengas aquí. ¿Es que estás sorda?

—¿Tú estás sordo? —repliqué, borrando cualquier emoción de mi rostro—. Creí que te dejaron claro que no soy un perro. ¿No lo entiendes? Puedes meterte tus órdenes por el culo, o venderlas y comprarte una mascota que haga lo que te dé la gana, imbécil pretencioso.

Todos en el pasillo parecieron jadear con sorpresa al mismo tiempo. Valerie a mi lado sonaba como si se estuviera conteniendo muy difícilmente de echarse a reír a carcajadas; Traian seguía irradiando furia asesina; y Sebastián arqueó las cejas ante mis palabras. Pude imaginar en mi cabeza cómo todos los espectadores estaban murmurando sobre lo que yo, la educada y casi siempre tranquila Ángela, le había dicho a su antiguo mejor amigo.

Yo tampoco podía creerlo. ¿Realmente le había dicho eso a Sebastián? Pensé en mis palabras, en cada una de ellas y en el tono libre de emociones que había utilizado. Las saboreé en mi boca, intentando averiguar si me gustaba su sabor. Sarcasmo, dureza, frialdad. Sentía las notas cálidas del poder y el valor inundándome la boca. Y que me partiera un rayo si no me gustaba. Quería sentir ese sabor y ese cosquilleo en mis palmas una y otra vez.

Podía defenderme, que nadie más lo hiciera. Alcé la barbilla e inhalé profundo una vez más. De repente, el dolor que atormentaba mi corazón había sido silenciado. No sentía nada.

—Val, Traian, nos vamos.

—¡Y una mierda! —gritó Sebastián y dio los pasos que nos separaban hasta que tomó mi muñeca izquierda en su mano y me empujó contra su pecho. Me encontraba a tan solo centímetros de rozar mis labios con su barbilla, y aunque no fuera tan alto como Traian yo debí inclinarme para mirarlo—. Te dije que vengas, Ángela. Necesito hablar contigo, ¿es que no lo entiendes? ¿No te en...?

Todo sucedió en fracciones de segundo. Traian se había movido de manera rápida y extremadamente silenciosa; se ubicó a mi izquierda y envolvió la muñeca de Sebastián con su mano. Parecía que apenas le tomó un poco de su fuerza hacer que me soltara y en un movimiento fluido llevar el brazo de mi atacante hasta su espalda en una posición dolorosa, con la cual lo podría desmontar con facilidad. Luego le tomó otra fracción de segundo empujar el rostro de Sebastián y estrellarlo contra los casilleros del pasillo.

—¡Joder! —jadeó Valerie lo que yo estaba chillando en mi cabeza.

Eso fue sorprendente, ¡eso fue increíble! Mi corazón se aceleró contra mi pecho al observar a Traian tirar del brazo de Sebastián en un ángulo antinatural contra su espalda y hacer que este apretara los dientes a causa del dolor. Tanto los espectadores como mi amiga y yo teníamos las mandíbulas desencajadas ante lo que acabábamos de observar. Si no tuviera ante mis ojos la prueba del movimiento, habría creído que todo fue producto de mi imaginación. ¿Dónde aprendió a hacer eso? ¿Podría enseñarme?

—Un poco de respeto —todos escuchamos a Traian gruñirle en el oído a Sebastián—. Tú no pones las manos sobre una mujer, nunca, en tu perra vida. ¿Me escuchaste? —Alejó el cuerpo de Sebastián de los casilleros y luego lo volvió a estrellar con fuerza. Dobló más su brazo—. ¿Fui claro? —repitió con un rugido.

—¡Suéltame, hijo de puta! —Intentaba con toda su fuerza deshacer el agarre, pero hasta yo sabía que era imposible. Le ganaban en fuerza y su contrincante sabía muy bien, al parecer, lo que estaba haciendo. Removerse y maldecir no servía de nada. Además, Sebastián estaba totalmente demacrado y dolorido por su pelea anterior.

—¿No eres tan valiente luchando contra alguien de tu tamaño, verdad? —siseó Traian, con sus ojos del color del plomo acerado. Parecía que con un

solo movimiento y un poco de fuerza le rompería el brazo.

—Traian —me escuché a mí misma, acallando el circo en el que el pasillo se había convertido. El enorme hombre me miró con la mandíbula tensa. Me acerqué y coloqué una mano en su espalda de piedra—. Suéltalo.

—¿Qué? —frunció el ceño.

Sentí los ojos de todo el mundo clavarse en mí, incluso la mirada de incertidumbre de Sebastián. Valerie dio un paso adelante y volvió a tocarme el hombro, murmurando en mi oído:

—Ángela, no lo defiendas.

—No planeo defenderlo. —Encogí mi hombro a propósito y su agarre cayó. Determinada, miré a Traian con toda la fuerza de mi alma—. Suéltalo, ahora.

Me contempló por varios segundos tensos, como si intentara descubrir mis intenciones ocultas a través de mis ojos. Me esmeré en mostrarme inflexible, casi amenazante, aunque sabía que eso no sería posible. Al final, tal vez para evitar una escena más grande o por curiosidad de saber lo que yo haría, soltó a Sebastián y se alejó varios pasos de él.

Todos vimos cómo este último jadeó, giró apoyando su espalda contra los casilleros y se llevó el brazo dolorido al pecho. Miró a Traian de tal manera que parecía sugerir que le saltaría encima en cuanto pudiera sentir su brazo de nuevo y esta discusión terminaría en sangre justo dentro del colegio. No tuve más opción que adelantarme otro paso y obligar al moreno a mirarme. Encogido como estaba, casi nos encontrábamos a la misma altura, lo que me dio una mayor sensación de confianza.

—No vuelvas a ponerme un dedo encima —dije tranquilamente, luego aguardé su respuesta. Todo estaba en un silencio expectante.

Lo vi tragar, su manzana de Adán moviéndose. Aspiró aire y murmuró con los dientes sumamente apretados:

—No te acerques a él, Ángela. No lo conoces.

—Nunca me ha maltratado —corté sin anestesia—, ni emocional ni físicamente. Eso es más de lo que puedo decir de ti, que te conozco desde hace años, y aun así me sorprendes cada día. —Luego agregué, imprimiendo dureza en mis palabras—: Me tocas otra vez de una manera que no me guste, y tú y yo vamos a tener un serio problema. No con él —bufé, señalando a Traian con la cabeza—, sino conmigo.

Sebastián Videla me miró varios segundos en silencio, como procesando que yo realmente le había hablado de esa manera y le había dicho esas

palabras. ¡Por supuesto que lo había hecho y había disfrutado cada segundo de ello! Me sentía viva, fuerte y capaz por primera vez en mucho tiempo. Parecía que había sido vulnerable en una vida diferente a esta. La nueva Ángela no se dejaría pisotear por ningún patán arrogante.

Entonces, el cretino bufó y se echó a reír de una manera repugnante. Sentía cada carcajada clavarse como un vidrio filoso en mi interior.

—Oh, Ángela, ¿crees que me asustas, preciosa? ¿Crees que me atemoriza tu intento de intimidación de mierda?

—No soy tu "preciosa" —respondí sin inmutarme—. Solo estoy dejando las cosas claras. Si me ves, no te acerques a mí. No me dirijas la palabra, no te entrometas en mis cosas, y de esa manera no tendremos ningún problema.

—¿Te crees muy valiente por tenerlo a él? —masculló, entornando los ojos. Sus pupilas se encontraban muy dilatadas—. No lo conoces, ¡no sabes una mierda sobre quién es! Te estás metiendo en problemas.

—Es mi problema —remarqué, harta de que se creyera con el derecho de dictar mi vida cuando se había largado de ella—. Tú no eres nadie para opinar. Para mí no existes, porque no vales nada. —Sonreí—. Lo que yo haga con Traian, o con cualquier otro hombre, no es tu problema.

—¡Oh, ahora todo tiene sentido! ¿Te acostaste con él, no es cierto? —gritó, exaltándose de nuevo—. ¿Unas horas de conocerlo y ya le entregaste tu virginidad? Sabía que eras fácil, pero no imaginaba cuánto.

Eché la mano hacia atrás y la estrellé en su rostro con tanta fuerza que su mejilla opuesta casi roza los casilleros. La palma comenzó a dolerme y sabía que soltaría lloriqueos por ello después, pero hice todo lo humanamente posible para mostrarme impasible. El sonido de la cachetada había hecho eco en cada esquina del lugar y aún reverberaba en mis oídos. La respiración de Sebastián era irregular, su pecho subía y bajaba con fuerza. Se llevó una mano hacia el costado de su rostro. Podía identificar, desde mi lugar, el contorno rojo de mi mano apenas disminuido por el color de su piel.

Por muchísimo tiempo había querido hacer eso. Me sentía extasiada, como si la sangre corriera con el doble de potencia por todo mi cuerpo y la adrenalina me proveyera una fuerza imposible. Sabía que pagaría mi accionar más tarde, pero en ese momento solo me concentré en fulminar a Sebastián con la mirada más venenosa de todo mi arsenal. Después de dos años debía contenerme porque si me daba barra libre podría acabar matándolo.

—A mí me hablas con respeto. La próxima vez no seré tan indulgente contigo.

Para completar la escena, porque sentía que era necesario, me giré con la dignidad y el orgullo claros en mis movimientos y caminé hacia Traian y Valerie. Mi mejor amiga parecía estar conteniendo sus risas, sus gritos de éxtasis y sus comentarios mordaces; sabía que tan pronto como saliera de su estado de shock armaría un gran escándalo. Y no era para menos, al despertar esta mañana yo tampoco imaginé que estaría haciendo algo como esto.

Al mirar a Traian, encontré que su cuerpo seguía tenso y vigilaba a Sebastián con dureza, pero ya no parecía tan dispuesto a despellejarlo vivo como antes. Mi cachetada y mis palabras lo habían apaciguado.

—Traian —dije con suavidad, capturando su atención. Sus ojos se ablandaron al instante en que me miró, la tormenta comenzó a disiparse. Aquello, por alguna razón, me hinchó el corazón en el pecho—. Valerie y yo te acompañaremos a la salida.

No esperé su respuesta, caminé en medio de ambos con un paso rápido. Sí, estaba orgullosa, y sí, estuvo bien lo que hice, pero sabía que pronto comenzaría a dolerme toda la situación. No me arrepentía de nada pero era realista conmigo misma y sabía que mis sentimientos no desaparecerían de la noche a la mañana. Lo importante era defenderme, no dejarme maltratar nunca más, y ya lidiaría con mis emociones en lo oscuro de mi habitación o, si era necesario, en un llanto silencioso, pero nadie volvería a verme mendigando amor, nunca más.

Cuando nos encontrábamos a punto de doblar la esquina para seguir alejándonos, Sebastián volvió a hablar. Sabía que había dado unos pasos cerca porque su voz se escuchaba fuerte y podía detectar el odio que destilaba cada nota de ella. No me giré, sin embargo, me detuve y le di la espalda mientras habló.

—Eres patética, Ángela. Desde que tu padre murió, buscas cualquier excusa para llamar la atención. No tuviste la mía, ahora aprovechas la de cualquier desconocido. Buscas un cariño que nadie te podrá dar nunca, porque no vales nada y eres incapaz de mantener el interés y el deseo de un hombre.

Sentí el golpe, oh, vaya que lo sentí. Justo en la boca del estómago y sacando el aire de mis pulmones. No pude evitarlo y cerré los párpados con fuerza, deseando poder desaparecer en ese momento y no tener que responder. No quería salir huyendo, porque estaba decidida a hacerme respetar, pero era duro mantenerme lo suficientemente firme como para no mostrarle lo que sus acusaciones, especialmente las que mencionaban a mi difunto padre, me habían hecho.

Entonces, sorprendiéndome, unos dedos rozaron los míos. Miré hacia abajo y observé una mano grande y rasposa envolver la mía y absorberla, entrelazando nuestros dedos de una manera que me robó el aliento. Sin saber qué estaba pasando, subí la mirada a Traian y encontré su semblante sereno y sus ojos calmos. El gris se había expandido; parecía tomar todo de él y mostrármelo. Con su mirada me estaba ofreciendo más de lo que yo estaba dispuesta a aceptar y encontré algo inesperado: apoyo.

Él me estaba brindando su fuerza, con su mano en la mía. Era como si me transmitiera todo lo que necesitaba para no despedazarme en ese momento.

Apenas me conocía, ¿cómo acertó en darme justo lo que necesitaba de la manera correcta? Sentía energía pulsando a través de la unión irrompible de nuestras manos. Su cuerpo era frío, pero un calor comenzó a formarse en la boca de mi estómago y se expandió por cada terminación nerviosa. Traian logró calmar mi corazón y luego volver a reiniciarlo a causa de su mirada.

Por un momento, casi pude olvidar dónde estábamos y qué estábamos haciendo. Pero tenía el apoyo de este hombre asombroso y sus expectativas puestas en mí, me negaba a huir y, por el contrario, quería mostrarle lo fuerte que yo era. Quería impresionarlo con la Ángela luchadora e inquebrantable que él me motivaba a sacar de adentro.

—¿Sabes qué, Sebastián? —Giré hasta mirarlo a mitad del pasillo, con los ojos de todo el mundo puestos sobre nosotros. El timbre debía haber sonado ya, pero a nadie parecía interesarle. Así que lo enfrenté, y nunca olvidaré cómo miró mi unión con Traian lleno de desprecio mientras yo solo sentía calidez por dentro—. En un momento de mi vida, fuiste alguien muy importante para mí. Te idolatraba, giraba alrededor de ti y me hacías feliz. De niña estaba enamorada, pero cambiaste, ya no eres ese chico que alguna vez llegué a amar. Lo que eres ahora no me produce nada más que aborrecimiento y lástima. No te amo, Sebastián Videla. —Reí, sintiendo algo hundirse en mi pecho—. Antes lo hacía, ahora nunca más. Siempre recordaré lo que fuiste, ese niño que amaba los Power Rangers y que por muchos años me hizo feliz. Atesoraré esos recuerdos de mi primer amor, porque para mí... él está muerto.

No le di la oportunidad de responder. Giré sobre mí misma, mantuve entrelazada mi mano con la de Traian, tiré del brazo de Valerie y nos dirigí con prontitud a la salida.

Anexo 1

Él nunca pudo amarme como yo lo hice. Sabía que mis sentimientos eran vírgenes, que desconocía mucho de la vida y que apenas reconocía lo que iba sintiendo; era muy claro para mí que había diferencias entre nosotros. Nunca pretendí amarlo, lo juro. Solo lo seguía con la mirada, mi corazón se aceleraba ante el sonido de su voz. Su sonrisa era lo único que necesitaba para hacer que mi día mejorara. No importa si había llorado o había sentido dolor esa misma mañana, era como si un solo destello de él borrara de mi mente todo lo demás y calmara mi alma. Tan cruel como parecía, aquel hombre guardaba en su interior todas las cosas que no sabía que quería. Las mantenía cautivas de las personas extrañas y muy poco a poco fue mostrándomelas, a medida que fui ganándome su confianza.

El proceso de enamorarse pasa desapercibido, a veces camuflado bajo una inocente amistad, a veces escondido por demostraciones de odio mutuo o miradas furtivas. Contrario a lo que crean muchas personas, no puedes escoger de quién te enamoras por el simple hecho de que nunca serás consciente de que lo estás haciendo. Cuando quieras poner un freno y dar vuelta atrás, te darás cuenta de que ya es demasiado tarde, que tus sentimientos están nadando muy hondo dentro de tu pecho y que esa persona se ha introducido bajo tu piel y ha impreso una copia de sí misma en tu alma.

Dolía tanto. Mi corazón sentía una ruptura imaginaria que podía dañarlo como cualquier dolor real. El entumecimiento cerca de la zona del pecho y las lágrimas que caían sin ser bienvenidas; los sollozos hacían su camino a través del pecho y dejarlos salir parecía insuficiente. Quería gritar, lanzarme al suelo y acurrucarme. No encontraba una forma de extraer de mi pecho todo lo que estaba sucediendo; no lo entendía como para buscar una solución a ello.

El amor se caracteriza por las emociones mezcladas y bien adheridas a tu ser. No pretendas encontrar un solo sentimiento del cual deshacerte, porque el amor es todo un conjunto de emociones que te provoca una persona al mismo tiempo. No es un único fuego que extinguir, son múltiples llamaradas que se adueñan de diferentes partes de tu cuerpo y que arden simultáneamente; cuando apagas una, reviven las otras. Su fuego es salvaje, de colores fuertes y brillantes, quemando y dando calor al mismo tiempo. Te da vida y te consume, y cuanto más se expanda y más le des razones para arder, más difícil será acabar con él.

No pretendo que nadie lo entienda. Son mis emociones; cualquier otra

persona, ajena a mi situación, solo conocerá una parte de la historia. ¿Quiénes se creen ellos para juzgar mi proceder? Todos tienen opiniones, todos me dicen qué es lo correcto que he de hacer, cómo se supone que debo ahogarme en el orgullo y permitirme ser dominada por él. Nadie tiene en su cabeza mis recuerdos, ni siente en su corazón la melancolía de aquellos sentimientos. Nadie ha sufrido lo que yo por él, ni ha derramado mis mismas lágrimas. ¿Cómo, entonces, aseguran saber qué se debe hacer? ¿Cómo son capaces de gritarme lo que debo sentir? Me exigen olvidarlo, como si yo no quisiera hacerlo, como si yo disfrutara de mi sufrimiento.

Lo que no saben que es desearía arrancarme la piel hasta borrar todo recuerdo. Mi subconsciente lamenta el momento en el que mi corazón se confundió y eligió el camino incorrecto. Mi deseo de olvidarlo es casi tan grande como mi deseo por él. Su ausencia es un tema de controversia, pues todos aseguran que debería haberlo superado con el tiempo, que este lo cura todo. ¿Ellos están en mi carne, conectan con mi ser? Si es tan fácil, ¿por qué tantas otras personas sufren por amor al igual que yo lo estoy haciendo?

Es tan fácil llamarme débil y acusarme de lamentarme por alguien que solo me da su desprecio. Es tan sencillo burlarse de mí y proclamar lo que harían en mi situación. Pero entonces, quienes dan su opinión también tienen un conflicto que los atormenta, que los hace llorar y al que aún no han logrado hacer frente. Bien podría yo burlarme así mismo de ello, pero no lo hago porque reconozco las lágrimas que estoy derramando y valoro lo que los demás hombres y mujeres pueden estar sintiendo.

Cada una de mis lágrimas es un recuerdo. Contenerlas, ¿para qué? Necesito dejarlas salir antes de ahogarme por dentro. Oh, estúpido e ingenuo corazón, ¿por qué te enamoraste de él? ¿Por qué, entre todas las personas, justo él? Sé que en el mundo hay muchísimas más, con más cualidades, con más dinero, estatus y poder. Personas que parecen lo máximo a aspirar en cuánto a quién enamorarse, ¿Por qué caíste a los pies de alguien que no podría corresponderme, estúpido corazón masoquista?

¿Fue por todas esas horas que pasamos hablando de nuestras vidas? ¿Fue por todas esas veces que me hizo reír hasta las lágrimas y luego me sostuvo con fuerza en mi tristeza? ¿O fue porque su intelecto y su manera de ver la vida lograron influenciarme, lograron hacerme crecer como persona y aprender de mí misma? Me marcó, entró sin ser invitado y se marchó sin despedirse. Ahora enfrento una pérdida que nunca deseé, pero secretamente me siento agradecida de su momentánea aparición en mi vida.

Y sé que algún día será solo un recuerdo, una historia fallida que le contaré a mis hijos. Sé que volveré la cabeza atrás y sonreiré con melancolía ante la manera en la que dejó huella en mi vida. Tal vez no estábamos destinados a ser, quizá solo vino a prepararme para lo que estaba por venir. Lo único que tenía claro era que en ese momento me dolía porque lo quería. No podía irse tan rápido cuando yo aún quería aprender de él, quería que siguiéramos experimentando juntos y tener más recuerdos que poder atesorar luego de su despedida. ¿Era egoísta? Solo quería unos años más de poder ser feliz, de degustar lo que era sentir el abrazo de la persona que hacía mi pecho doler y mi sonrisa nacer en medio de cualquier oscuridad.

Imaginaba mi futuro, tan incierto como era, y en cualquier escenario posible, a cualquier camino que el destino quisiera arrastrarme, lo quería allí. No podía imaginar los acontecimientos más importantes y especiales de mi vida sin que estuviera presente. ¿Cómo me casaría algún día, si lo anhelaría cada segundo? Añoraba el tacto de su mano en la mía, cómo cada centímetro de piel hormigueaba al contacto con la suya, como si la reconociera pero al mismo tiempo no dejara de emocionarse al tenerlo cerca.

Me preguntaba si algún día me aburriría de ver sus ojos y esa sonrisa, pero dudaba mucho que fuera cierto, cuando cada día encontraba algo nuevo en ellos que me atraía y me urgía a mantenerme cerca para descubrir qué aparecería al siguiente día.

Si mi corazón latía con cada caricia, si una sola de sus miradas podía transportarme años atrás y si la emoción que fluía por mis venas ante la sola mención de su nombre era una prueba de ello, pues yo seguía amándolo como el primer día. Y no sabía cuándo ni cómo lo olvidaría, tampoco tenía garantizado que lo haría. Quizá fue solo alguien a quien amar momentáneamente y a quien extrañaría por siempre. Quizá lo conocí con el único propósito de añorarlo cada día, sin intentar buscarlo porque sabía que nunca funcionaría. Quizá fue seleccionado como mi castigo en la Tierra, su amor imposible se convirtió en la mejor tortura jamás hecha.

Tenía claro que no sabía lo que sucedería más adelante, si él lo era todo o si solo fue un instante corto de una larga vida; solo tenía claro que, fuera como fuera que terminara nuestra historia, con todo el dolor de mi corazón y con lágrimas derramándose de mis ojos, yo siempre lo recordaría.

Capítulo 7

Dos años antes. El verano previo a la confesión.

La casa frente a mí me era tan familiar como la mía propia. Había pasado tantos días dentro de ella y corriendo a sus alrededores junto a mi persona favorita que cada metro cuadrado guardaba el fantasma de algún recuerdo, donde me había visto encontrar el verdadero sentido de la palabra «cariño». Sabía que nunca, en ningún lugar, me sentiría más a gusto que en esa casa. Allí había vivido más alegrías que en la mía propia, y todas junto a la persona que significaba más para mí de lo que yo podía comprender a mi corta edad de dieciséis años.

No sabía por qué me sentía ansioso. Allí estaba, de pie frente a una puerta que había abierto sin tocar cientos de veces antes. Pero algo era diferente, lo sentía cerca de la zona de mi pecho y en la boca de mi estómago; allí, decenas de sentimientos contradictorios jugaban a perseguirse entre ellos hasta provocar un revoltijo despreciable. Eran náuseas, apostaba, pues yo no creía en esa estupidez de mariposas en el estómago. ¿Por qué me sentiría nervioso antes de ver a una chica con la que había pasado más horas de mi vida de las que puedo recordar?

Sacudí la cabeza, intentando concentrarme. No entendía qué era lo que me pasaba ese día. Me sentía tan extraño, allí afuera vestido con pantalones cortos azules, una camiseta blanca sin mangas que exponía mis apenas trabajados brazos, una mochila en mi espalda con todo lo necesario y una toalla blanca en la mano.

Después de tres años, al fin logré convencer a Ángela de volver a ir a las piscinas conmigo. Cuando éramos niños íbamos cada sábado si nos era posible y si por misericordia divina yo no me encontraba castigado. Las piscinas quedaban a diez minutos de su casa y le encantaban; parecía que el agua y ella fueran uno. Pero entonces algo desconocido ocurrió, algo que no me explico aún, y a sus doce años ella decidió que no quería volver a ese lugar. ¿Por qué? Se lo pregunté cientos de veces, pero siempre se negaba a decirme la verdad y eso me molestaba. Yo era su mejor amigo, la conocía mejor que nadie en el mundo, podía decirme lo que quisiera. Nunca la juzgaría, nunca la trataría mal y nunca iba a abandonarla sin importar lo que pasara.

Duré tres años hasta que, quizá para cerrarme la boca, o quizá porque ya había solucionado esa cosa extraña que la cohibió en el pasado, accedió a

volver a ir a nadar. Ya estaba harto de ir solo. No era lo mismo sin ella ahí salpicándome agua o intentando hundirnos mutuamente. Solo disfrutaba las ocasiones en las que estábamos juntos; cuando Ángela se encontraba lejos, sentía los momentos volverse insípidos, como si les faltara esa pizca de sal que únicamente su presencia parecía aportar.

Volví a sacudir la cabeza. Llevaba aproximadamente diez minutos allí de pie sin atreverme a llamar a la puerta. Iba a hacerlo justo cuando esta se abrió y la sonrisa cariñosa de la mamá de Ángela me recibió. Automáticamente me sentí relajarme. Ivania era una segunda madre para mí; yo era como el hijo travieso y aventurero que nunca pudo tener. Me quería tanto como yo a ella.

—Me preguntaba cuánto tiempo más estarías ahí afuera mirando la puerta. —Rió y me sentí avergonzado—. Vamos, cariño, pasa. Sabes que no tienes que tocar. —La seguí al interior de la casa y cerré la puerta tras de mí. Ivania se dirigió a la cocina—. Ángela aún no está lista. Siéntate.

—Últimamente nunca está lista a tiempo —bufé mientras me acomodaba en el sofá de la sala. Coloqué mi mochila y la toalla sobre la alfombra.

—Acaba de cumplir quince años. Ahora es toda una mujer, ya sabes —la escuché reír mientras revolvía algo en un sartén—. Se preocupa más por su apariencia y quiere verse perfecta.

Sentí algo revolverse dentro de mí. ¿Le tomaba tanto tiempo estar lista porque quería verse "perfecta"? Yo la había visto con barro en la cara, recién levantada, enferma y llena de mocos. No me importaba cómo se viera, siempre la querría de la misma manera, su aspecto no cambiaría nada.

Entonces una pregunta me martilleó la cabeza. ¿Ángela se arreglaba tanto para mí, o quería captar la atención de alguien en especial? Presioné el control remoto con fuerza en mi mano. Ella nunca me había hablado de estar interesada en nadie, pero podría mantenerlo en secreto. ¿Quizá había aceptado ir a nadar esta vez porque sabía que ese alguien estaría ahí? Algún idiota chico que apenas sabía cómo ponerse los pantalones. ¿Ella estaría enamorada de alguien y no me lo contaría?

¿Por qué me enfermaba tanto esa idea?

—Ivania —pronuncié después de pasar un buen rato torturándome con mis pensamientos—, ¿Ángela ha mencionado algo sobre algún chico?

—¿Disculpa? —Pude sentirla observándome con intensidad, pero preferí mantener la mirada en el televisor frente a mí. No estaba listo para enfrentarla y tenía mucho miedo de lo que ella pudiese descubrir en mis ojos. Me conocía demasiado bien.

—Ya sabes... —mi voz sonaba como si hubiera tragado cuchillas, y lo odiaba—. ¿Tal vez se ha vuelto tan vanidosa porque le gusta alguien?

Permaneció en silencio, solo perceptible el sonido de la comida friéndose en la cocina. Creo que en ese momento me sudaban las manos y no tenía muy claro por qué la respuesta me provocaba tanta ansiedad. ¿Preocupación, tal vez? Probablemente era porque temía que se hubiera enamorado de alguien incorrecto, alguien que pudiera hacerle daño. Dios y yo teníamos muy claro lo sensible que era Ángela y lo frágil que era su corazón; ¿y si se enamoraba de alguien que la maltratara? Mataría al hijo de puta sin pensarlo dos veces.

—No lo sé —respondió la madre de Ángela, después de mantenerme en vilo y sudando a mares—, creo eso deberías preguntárselo tú mismo.

Su respuesta había tirado de mi corazón y lo había dejado latiendo dolorosamente. Tuve que mirarla, y me encontré con unos ojos entornados con sospecha hacia mí. Hasta yo me daba cuenta de lo mal que me había puesto por esa respuesta.

—¿Eso significa que sí?

—Eso significa que no lo sé —sentenció—. Y aún si lo supiera, no te lo podría decir. Cariño, para Ángela eres una de las personas más importantes en el mundo. Si ella está enamorada y no te lo ha dicho... por algo debe ser.

—Ella me lo cuenta todo —mi voz salió como un susurro herido, clavando la mirada en la alfombra—. Lo somos todo el uno para el otro. Hasta las cosas más vergonzosas me las ha contado. ¿Por qué esto no?

La escuché suspirar.

—Sebastián, ustedes dos están creciendo. Ella te quiere muchísimo...

—Y yo a ella —interrumpí, tragando con fuerza. ¿Por qué mis manos seguían sudando?

—Eso lo sé —miré a Ivania y encontré una extraña sonrisa en su rostro que me puso aún más nervioso—. Pero como dije, ambos están madurando y entrando en una etapa donde se están descubriendo a sí mismos. Tengo muy claro que Ángela no me cuenta muchas cosas que solo te confía a ti. —Volvió a suspirar—. Aunque me duela, trato con todo mi corazón de entenderla. Y confío en que ella vendrá a mí cuando lo considere correcto. —Ambos guardamos silencio mientras yo analizaba cada una de sus palabras, hasta que concluyó—: Creo que tú deberías hacer lo mismo.

Tomé valor y me puse de pie. Cada paso que daba parecía tensar un músculo de mi cuerpo, hasta que me encontré a punto de explotar. Miré los ojos de la madre de mi mejor amiga mientras apoyaba los brazos en la isla de

la cocina. La pubertad me había golpeado fuerte y a mi edad era bastante más alto que ella, pero eso no restaba el respeto que me inspiraba. Esa agotada mujer me había regañado y aconsejado tanto como mi propia madre.

Iba a preguntarle sobre los sentimientos de Ángela, algo que llevaba meses dándome vueltas en la cabeza. Quería abrir la boca y obligar a Ivania a contarme lo que sentía Ángela por mí. ¿Por qué? No tenía una maldita idea, pero quemaba internamente mi necesidad de saberlo. Necesitaba obtener respuestas para calmar esa voz en mi interior que me acosaba, haciéndome cuestionar la profundidad de los sentimientos de Ángela hacia mí y, aún más, el alcance de los míos hacia ella. ¿Sería que estaba mutando nuestra amistad? ¿Por qué en el último año todo dentro de mí, al tenerla cerca, parecían nervios, calidez y ansiedad? Necesitaba respuestas.

En cambio, porque yo era un cobarde a la hora de enfrentar cosas como estas, miré los ojos cansado de Ivania y pregunté:

—Lo extrañas, ¿verdad?

Ella ni siquiera necesitaba preguntar a quién me refería. Sus ojos se cubrieron de un velo de tristeza y me sentí como una basura al hacerla hablar de un tema tan doloroso solo para no enfrentarme yo a su escrutinio.

—Pienso en él cada día —respondió con dolor—. En las noches es cuando más lo extraño. No me doy cuenta de lo sola que estoy hasta que el silencio hace acto de presencia y ya no está su voz para ahuyentarlo.

Sus palabras cortaron todo el camino a través de mi carne. Lo único que se podía respirar en la habitación era su sufrimiento, que me oprimía los pulmones. Exteriormente, me esforcé por mantener mi rostro sereno, cuando por dentro podía comprender perfectamente el dolor que estaba describiendo.

—Para Ángela ha sido difícil, también —me escuché decir.

—Mi pobre bebé —sus ojos se llenaron de lágrimas que comenzó a secar con la esquina de su delantal—, ella ha sufrido tanto por la muerte de su padre. Angie lo era todo para él, Sebastián. Era su princesa, su pequeña niña. Trabajó tanto para poder darle todo y que fuera feliz...

Cerré los ojos por un instante y me aferré a la isla que separaba la sala de la cocina. La muerte del padre de Ángela me había golpeado duro a mí también. Aunque no lo veía con tanta frecuencia como a su mamá, pues tenía dos empleos de largas jornadas, las oportunidades que tuve de compartir con él me dejaron claro que era un hombre de esos que no se encuentran en cualquier sitio. Su filosofía era demostrar el amor con acciones, nunca con palabras. Cuando era más joven había mirado hacia él lleno de asombro y

admiración; trabajaba increíblemente duro, más horas de las que era posible contar, siempre fuera de su casa y llegando exhausto. Se levantaba antes que cualquier persona y dormía muy pocas horas.

Sin embargo, fueron los momentos en los que lo vi compartir con su hija cuando se solidificó en mí un enorme respeto hacia él. La hacía reír tanto que le saltaban las lágrimas; la lanzaba al aire para luego atraparla y sonreír juntos; le decía muchas veces que era su princesa, que la amaba con todo su corazón y que estaba muy orgulloso de ella. Recuerdo mirarlo llenando el rostro de Ángela de besos y luego haciéndole cosquillas en el patio de su casa. Yo solo podía permanecer fuera de la escena, contemplando en silencio, sintiéndome más abandonado de lo que lo había hecho en años. ¿Todos los padres amaban de esa manera a sus hijos, los miraban como si fueran la encarnación del amor puro? ¿Por qué el mío nunca me quiso?

Cuando inicialmente sentí una poderosa envidia y un gran recelo hacia ese enorme hombre, él logró ganarme cuando cumplí once años. Una tarde en la que fui a casa de Ángela para jugar y ella no se encontraba, su padre casualmente estaba allí. Recuerdo verlo aplicando crema en los cortes de sus manos y luego envolverlos con gasa. Se encontraba recostado en el sillón, tan cansado que me sentía mal por él aunque no entendía en ese momento por qué.

—Oye, muchachón —me dirigió una sonrisa agotada cuando yo estaba a punto de marcharme—, ¿quieres ir a jugar a la pelota en el patio?

Recuerdo que Ivania sonrió y colocó las manos en los hombros de su marido luego de besar su cabeza. La madre de Ángela miraba a su esposo con tanto amor que se sentía extraño observarlos, como si fueras un intruso en su relación, pero ella era una de las personas más bondadosas con las que había tratado y tanto mi madre como yo confiábamos completamente en su juicio.

—¿Por qué no vas a jugar con el papá de Angie, Sebas? —me motivó—. Si quieres llamaré a tu madre para informarle. No creo que a Sofía le parezca un problema, ya lo conoce. Anda, cariño.

No había tratado con demasiados hombres adultos antes, pues ni siquiera tenía abuelos o tíos, así que mi yo de once años no sabía qué esperar y fui con recelo al patio a jugar con ese hombre que tuve la oportunidad de tratar muy pocas veces a lo largo de mi vida.

Le cogí tanto cariño al padre de Ángela que al fallecer me encontré llorando en mi habitación yo también. Nunca nadie me vio y jamás lo admitiría, pero había significado más para mí que mi propio padre. Me había enseñado muchas cosas: a amar a las mujeres con todo su ser y a tratarlas

como reinas; a trabajar duro y siempre superarse en la vida; y a disfrutar cada segundo de la misma. El señor Báez se marchó de esta vida de una manera tan prematura y dolorosa que yo aún no lo asimilaba del todo. Solo de imaginar lo que sufrían Ivania y su hija mi corazón se partía. ¿Cómo aceptar que un hombre tan amoroso y luchador se había marchado de sus vidas? Y de la mía. ¿Habré significado tanto para él como él para mí?

—Iré a ver por qué Ángela tarda tanto —pronuncié con voz suave y subí las escaleras. No podía soportar estar allí un segundo más.

Por la expresión de la madre de Ángela, parecía que ella se había sumergido en sus recuerdos y no me había prestado demasiada atención. Traté de fingir que no era mi culpa, pero por dentro sabía que yo había provocado que el dolor saliera a flote. La muerte era demasiado reciente. Además, si yo conocía bien a esas dos mujeres que eran tan importantes para mí, siempre lo llorarían y lo extrañarían. El amor que los tres habían compartido seguía siendo algo incomprendible para mí.

Toqué la puerta de la habitación de Ángela, con un dolor de cabeza naciente. Ya no estaba tan emocionado por ir a la piscina.

—¡Pasa! —gritó. Ella era tan alegre, todo brillo y fogosidad. Aunque me costó acostumbrarme, ahora no podía imaginarme sin tenerla. No cambiaría su personalidad por nada en el planeta.

Di un paso dentro y me congelé. Ángela se encontraba de espalda a la puerta, atando en el lado izquierdo de su cadera una especie de tela blanca semitransparente que cubría la parte inferior de su bikini. Su cabello rubio y largo se encontraba sobre su hombro izquierdo, por lo que exponía completamente su espalda y la forma en la que esta se estrechaba hasta mostrar una pequeña cintura que continuaba en unas grandes caderas.

Me sentí tambalearme y me apoyé en el marco de la puerta, tomando una errática respiración. Me la estaba comiendo con los ojos sin poder evitarlo y mi garganta se movía incesante por tanta saliva que se me hacía necesaria tragar ante la repentina sequedad de mi garganta.

Ángela terminó de anudarse la tela y se dio la vuelta con una enorme sonrisa en su rostro de ángel. Esa fue la primera vez en la que casi caigo de rodillas frente a una chica.

—¿Y? ¿Qué te parece? —preguntó, señalando su cuerpo repetidamente con las manos—. Lo compré ayer.

—Es... uh —me atraganté. ¿Podía ser más patético?

—¿Sebastián? —cuestionó, alzando las cejas con incertidumbre ante mi

reacción.

Miré ese bikini rojo que de ahora en adelante quedaría grabado a fuego en mi memoria. ¿En qué momento el cuerpo de Ángela había cambiado tanto? No la había visto con poca ropa desde que tenía doce años, la última vez que accedió ir a las piscinas conmigo. Luego de eso, pareció hacer todo lo posible por usar ropa holgada y nunca mostrar su cuerpo. Siempre llevaba puestas sudaderas varias tallas más grandes, camisas sueltas y pantalones flojos. A mí no me importaba, en realidad, pero siempre me pregunté por qué lo hacía.

En todo lo que podía concentrarme era en esa cintura de avispa. ¿De dónde había salido y por qué yo no me había percatado del ensanchamiento de las caderas? Esa era la misma niña que jugaba a las peleas conmigo sobre el fangoso suelo después de la lluvia. Era la Ángela que podía romperme la nariz con un golpe y luego hacerme perdonarla con su sonrisa. ¿En qué momento, durante tres años, cambió tanto?

—¿Solo vas a estar ahí mirándome sin decir nada? —preguntó, ahora enojada—. ¡Sebastián!

—Yo... —Carraspeé. Necesitaba dejar de mirarla como si quisiera saltarle encima. ¡Ella era mi mejor amiga!—. Creo que es muy revelador.

—¿Qué? —su rostro cayó con decepción.

—Creo que muestras demasiada piel. ¿No había un traje de baño de una sola pieza? —aunque dudaba mucho que la diferencia de una o dos piezas ocultara en lo que su cuerpo se había convertido.

Tomó toda mi fuerza de voluntad mirarla a la cara y no comprobar si habían madurado sus pechos. Joder, sabía que así había sido, pero ella usaba ropa tan grande que nunca tenía la oportunidad de averiguar cuánto. Nunca antes me importó demasiado, sin embargo, así que lo dejé pasar. ¿Qué importaba si habían crecido? Ella era una chica, eso era completamente normal.

No era normal la manera en la que ahora el sudor perlaba mi frente al esforzarme en no mirar bajo su cuello. Sería demasiado sucio hacerlo. ¡Era mi amiga! ¿Por qué me sentía tan extraño? Mi cuerpo estaba reaccionando con demasiada fuerza. Me preocupaba que ella mirara hacia mis pantalones y lo notara. ¿Qué pensaría de mí? Que era un depravado que se excitaba mirando en bikini a su mejor amiga.

—Es solo... —su voz se fue apagando y bajó la mirada—. Mamá dijo que se veía bonito.

—Es bonito —coincidí con voz ronca.

—Las chicas usan bikinis más reveladores que este. —Se encogió de hombros—. El mío es sencillo en comparación.

Ella tenía razón, su traje de baño era muy sencillo. Sin encaje ni intrincados detalles, no intentaba realzar ninguna parte de su cuerpo. En un maniquí podría parecer un bikini aburrido, pero todo se debía a la manera en la que dejaba al descubierto las partes de su cuerpo que el mismo tiempo se había encargado de realzar. No había punto de comparación entre las decenas de chicas que yo había visto semidesnudas y ella.

—Ángela... —¿Qué iba a decirle? ¿Qué me había excitado al mirarla así, que tenía que cambiarse? Eso era tan jodido y enfermó de mi parte—. ¿Realmente no puedes ponerte otra cosa?

—¿Por qué?

—Los hombres podrían llevarse una mala impresión de ti si te ven vestida de esta manera. ¿Entiendes? —Sus ojos parecieron brillar con comprensión y me aferré a eso—. No quiero que nadie te diga alguna vulgaridad o que te ofendan. Tú eres más que eso. —Cerré los puños con fuerza, imaginando a algún imbécil observando con deseo su cuerpo—. Los hombres somos cerdos. No quiero que algún pedófilo te vea de esa manera. No tienen el derecho, tú vales mucho más que eso.

Miró hacia abajo, como saboreando mis palabras. Ángela era tan hermosa, tan extraordinariamente bella que me dolía verla. El tiempo era un bastardo que hacía sus facciones más marcadas y sus pómulos más altos con cada segundo que pasaba. Yo fingía no notarlo, pues esa dirección en mis pensamientos podía acabar en algo que necesitaba evitar. Ella era la chica más importante para mí, no podía arruinar nuestra amistad mirándola de una manera diferente. El infierno se congelaría antes de que yo permitiera algo así.

—Está bien —sonrió sin ganas—. Me pondré alguna blusa floja y un pantalón corto sobre esto.

Se dirigió a su armario y comenzó a tirar prendas sobre la cama. Tomé eso como mi señal para marcharme y seguir esperándola en la sala, porque si la veía desatarse esa tela de su cadera sabía que no podría controlarme y acabaría haciendo algo de lo que después me arrepentiría.

—Sebas —me llamó cuando estaba a punto de cerrar la puerta, así que la miré a través de la rendija, obligándome a observar solo su rostro—. Gracias por ser honesto en este tipo de cosas. No sé qué haría sin ti —sonrió.

Esa sonrisa sacó el aire de mis pulmones. Cerré la puerta sin responder, pues era incapaz de hacerlo; con dificultad podía respirar. Me dejé caer contra

la pared del pasillo y me cubrí el rostro con las manos. ¿Qué me estaba pasando? Tenía miedo de que las cosas cambiaran entre nosotros. Ella era una constante en mi vida, a quien siempre había podido acudir, tanto en la alegría como en la tristeza. No sabía qué sería de mí si Ángela se marchaba. Tenía que poner un freno a mi cuerpo y a mis pensamientos. Desear a mi mejor amiga sería un paso más cerca de perder lo más importante que tenía. Necesitaba sacarla de mi cabeza.

Capítulo 8

Actualidad

—Ángela, espera. —Traian tiró de nuestras manos y me obligó a detenerme cuando estaba a punto de abrir la puerta de salida.

Bajé la mirada a nuestros dedos entrelazados y me pregunté si la agitación que permanecía en mi estómago era por él o por lo que le había dicho a Sebastián apenas unos segundos atrás. Lo que tenía claro era que el agarre de Traian era inflexible y su mano generaba calor sobre mi piel. ¿Quién pensaría que alguien con el aspecto del hielo podría hacerme sentir cálida con un solo roce?

Alcé la mirada a sus ojos, permanecimos de esa manera por un par de segundos intensos. Escuché a Valerie aclararse la garganta de una manera para nada femenina a nuestro lado. Momentáneamente había olvidado que ella se encontraba allí.

—Yo voy a... ya saben... —La miré y había una mueca graciosa en su cara —. Iré a esa esquina a fingir que no los escucho cuando realmente estoy pendiente de toda su conversación mientras espero a Ángela para ir a clase.

Si no me hubiera sentido tan abrumada me habría echado a reír por el discurso a la carrerilla de mi atolondrada y demasiado honesta mejor amiga, pero Traian dio un apretón a mi mano y volví a enfocarme en sus ojos luego de que Val se acercara a una esquina del pasillo y, como dijo, fingiera no prestarnos atención. Al menos no tendría que contarle mi conversación con Traian después.

—Oye —pronunció con suavidad. Luego sonrió y me obligué a no suspirar —. Fuiste muy valiente hace un momento. Te felicito.

—No fue fácil... Créeme. Durante mucho tiempo estuve tratando de hacer algo así, pero nunca encontré la fuerza suficiente.

—¿Qué hizo que esta ocasión fuera diferente?

—Tú —respondí sin pensar. Luego amplíé los ojos y comencé a ruborizarme—. Me refiero... a que tu presencia, como que... uh.

—Ya —rió. ¿Cómo podía esa risa tirar de cada una de mis fibras internas y hacerlas bailar al ritmo de su voz? Suspiré.

—Ya sé que las pocas veces que nos hemos visto te he dado la impresión de ser una chica torpe, tonta y débil.

—¿Yo dije eso?

—No. —Rodé los ojos. Entonces bajé la mirada—: Estoy segura de que lo

piensas, aunque no me lo digas. Todo lo que he dicho y hecho frente a ti no ha servido para darte una buena impresión.

—Creo que encontré tu problema. —Me sorprendí cuando tomó mi mano libre entre otra de las tuyas. Ahora sí que me sentía mareada. Estaba segura de que mi corazón latía tan rápido que podía escucharlo—. La razón por la que te dejas manipular y ofender de esa manera es porque piensas siempre lo peor de ti misma. No te defiendes, porque ni siquiera sabes cómo defenderte de ti. — De repente soltó mis manos. Me sentía fría y aún más cuando dio un paso atrás—. Tu autoestima está por el suelo, pequeña. ¿Por qué?

Tuve que inhalar con cuidado dos veces antes de responder. Me negaba a mostrarle cuán exageradamente mi cuerpo estaba reaccionando ante él. Era ridículo, solo una atracción pasajera.

—Es fácil criticar mi amor propio cuando tú tienes un físico como ese — respondí lentamente, aprovechando mis palabras para escanear su cuerpo.

Eso lo hizo endurecer el rostro. ¿Lo había enfadado? Conocía tan poco a ese hombre que no sabía qué decir y qué no. ¿Cómo iba a saber qué temas debía evitar? Debía averiguarlo a la antigua, experimentando.

—¿No te gusta tu físico? —cuestionó.

—Esa es una pregunta difícil para una chica en su etapa adolescente.

—Debería gustarte —dijo, muy serio—. A mí me encanta.

Inmediatamente escuché un chillido que sonaba más como una rata atrapada en una puerta oxidada que como un ser humano. Miré a Valerie en la esquina, quien se cubría la boca con las manos luego de dejar escapar tal sonido, pero que saltaba de emoción sobre las puntas de sus pies, con sus ojos chispeando y una sonrisa brillante apenas oculta. Esa chica seguía nuestra conversación de cerca, como si fuera su telenovela favorita de la tarde.

Suspiré otra vez, pero había una diminuta sonrisa en mis labios. Miré al chico con ojos de tormenta.

—Dices las cosas más lindas, Traian.

—Hago cosas muy lindas, también —guiñó. Solo por dos segundos me permití divagar sobre el tipo de cosas a las que se refería, antes de volver a centrarme.

—El punto es... Te doy la razón, soy muy dura conmigo misma. Me juzgo, soy consciente de los errores que cometo porque no quiero volver a cometerlos en el futuro.

—Tu futuro será pasado en algún momento, y se llenará de errores también. No puedes evitarlo —sonrió—, pequeña perfeccionista.

—No lo soy. —Reí—. Por culpa de ciertas cosas que hice sin pensar, me encuentro ahora de esta manera. Tengo razón en culparme de ello. Me lo reprocho todos los días, me enojo conmigo misma... No me quiero, al menos en este momento.

—Pero tienes personas que te quieren, estoy seguro. —Ladeó a la cabeza señalando a Valerie, que nos miraba sin disimulo—. Empezando por esa guapa chica de allá. Ella te quiere como si fuera tu familia y no te culpa por nada.

—¡Es verdad! —gritó Val. Luego sonrió y guiñó—. Gracias por lo de guapa. Tú también lo estás, no es que haga falta señalarlo.

—Val. —Sacudí la cabeza, divertida. Miré a Traian—. ¿Ves lo que provocas? Se supone que es homosexual.

—¡Soy lesbiana, Ángela, no ciega!

—¡Nadie está hablando contigo! ¡Cierra el pico!

—Ángela —me detuve y lo miré—, quiérete a ti misma. Te lo pido como un favor. Tienes muchas cosas buenas que debes comenzar a notar o siempre permitirás que te pasen por encima, que te maltraten, como ese imbécil de allá. Él no es nadie, ¿lo entiendes? Aún si fue tu mejor amigo en el pasado... Mírame, por favor... Aún si fue tu mejor amigo en el pasado, y aunque tú creas que sus insultos son verdad porque te conoce, te diré una cosa: la única opinión que debe contar es la de las personas que te quieren. A partir de ahí, no escuches a nadie más.

—Lo que hice en el pasillo con Sebastián no fue fácil. —Me llevé las manos al rostro y cerré los ojos—. Me ha dolido demasiado.

—Eso es porque lo quieres —su voz sonó extraña—. Ser dura te dolió por esa razón. ¿Entiendes que para él fue sencillo insultarte? Ni siquiera parpadeó al hacerlo.

Aparté mis manos del rostro y tragué con fuerza. Traian me miraba con una mezcla de enojo y tristeza. Era odioso que este extraño sintiera la necesidad de protegerme; así de débil debía parecerle.

—Eso es porque Sebastián no me quiere.

—Y porque es un cretino hijo de perra, pero lo tuyo también. —Hizo crujir su cuello de una manera que me escandalizó—. Lo que daría yo por escuchar sus huesos romperse.

—No, por favor —di un paso adelante y toqué su brazo. Era gracioso que mi mano ni siquiera alcanzara para rodear el grueso de su muñeca. Me sentía diminuta—. No más peleas, no más discusiones. ¡Estoy tan harta de todo esto! Solo quiero olvidarlo, que me deje en paz. —Intenté imprimir en mi mirada la

desesperación que sentía—: Deseo poder desaparecer de mi mente todo esto. Aunque fuera solo por un rato, dejar de atormentarme tanto.

—Escápate conmigo —disparó Traian.

Todas las alarmas estallaron en mi cabeza. Di un paso atrás.

—¡Sí! —gritó Val—. ¡Sí! ¡Sí, mil veces sí!

—¡No! —exclamé, exaltándome—. ¿Estás loco? Mi amiga sí lo está, ¿pero tú? ¿Quieres que me escape contigo?

—Solo por hoy —insistió—. Fúgate. Te llevaré a un lugar donde tus pensamientos desaparecerán y podrás tener la paz que tanto ansías.

—¡No!

—¡Dios! —volvió a gritar Valerie. Esta vez se acercó a nosotros con enérgicas zancadas y me obligó a mirarla—. ¡Eres idiota! ¡Lo que yo daría porque este hombre se ofreciera a llevarme hasta el supermercado!

—Valerie, joder, ¡cállate! Traian —lo miré con ojos alarmados. ¡No podía estar hablando en serio!—. Discúlpame pero apenas te conozco, no planeo darme mi primera escapada justo contigo.

—¿Por qué? —preguntó inocentemente. Como si él pudiera tener alguna vez una sola onza de inocencia en su cuerpo.

—Porque... —Jadeé—: ¿Realmente tengo que explicártelo? ¡Porque está mal!

—Oh, ya entiendo —chasqueó su lengua, luego miró a Valerie con complicidad—. Ella es una de esas chicas, ¿no es así?

—Pensé que no lo era —le respondió Val con aparente decepción—, pero creo que lo es.

—¿Que soy qué? ¿De qué están hablando ustedes dos?

—De que eres una de esas chicas buenas. —Traian dio un paso y luego otro más cerca de mí. Retrocedí hasta que mi espalda colisionó contra los casilleros—. Chicas que siempre van a clase, que escaparse una sola vez les parece una locura, algo inconcebible. —Avanzó hasta que tuve que inclinar mi cabeza exageradamente para poder mirarlo, y colocó una de sus manos justo al lado de mi cabeza. Sentía que me estaba ahogando, ¡y ni siquiera me estaba tocando!—. Asumí que eras responsable, pero no al extremo. Creo que me equivoqué.

—Vete al infierno —gruñí con enojo. ¿Por qué de repente me estaba hablando así? ¿Esta era su verdadera forma de ser?

—Chica buena con boca sucia, ¿eh, pequeña? —ronroneó—. Me gusta.

—Como sigas siendo tan cretino, te daré una patada, Traian. Retrocede y

no te pases de listo conmigo.

—¡Lo sabía! —canturreó de repente, alejándose de mi espacio personal y sonriendo de una manera amigable otra vez—. Hay fuego en tu interior, Ángela. Está allí, solo hay que presionar para sacarlo.

—No es cierto.

—Por supuesto que sí —aseguró como si él fuera experto. A mí todavía me faltaba el aire después de la manera en la que me habló y la manera en la que me acorraló contra los casilleros—. Te estás ocultado, te esfuerzas por ser buena.

—No me esfuerzo, Traian. Soy buena. No una temeraria, pero tampoco tan aburrida como tú piensas.

—Entonces escapa conmigo —sonrió. Supe que le había dicho justo lo que quería y que me había atrapado en su trampa, una que forjó con mis propias palabras.

Sacudí la cabeza. El sentido común tenía que perdurar sobre la atracción, de otra manera acabaría desnuda y muerta al lado de la carretera. Podría ser un psicópata. Además, ¿realmente quería escaparme del colegio con él? Escaparse es difícil, aunque no imposible. Tenía la certeza de que Traian era un experto en este tipo de cosas y lo lograríamos. Pero, ¿y las consecuencias? Podrían ser terribles.

—Tic, toc, pequeña. El tiempo pasa.

En lugar de mandarlo al diablo, lo cual tenía pensado hacer, me escuché a mí misma preguntando con interés:

—¿Adónde me llevarías?

—A mi casa.

—¿Planeas que borre mis pensamientos en tu casa?

—Sé cómo hacer que una chica lo olvide todo por un rato.

Lo había dicho con tanta seriedad que le creí sin dudarle, tan solo que lo que sugería no me parecía nada atractivo. *O sí, tal vez esa idea me parece extremadamente atrayente y por eso me niego a ir con él. Quizá me creo incapaz de resistir.* Estaba harta de siempre discutir conmigo misma, de analizar las cosas al punto en que mi cabeza palpitaba dolorosamente y me sentía exhausta todo el tiempo. No quería más conflictos, solo sentirme relajada por una vez.

—Adiós, Traian. Que no te golpee la puerta al marcharte.

—Ángela, déjame ayudarte. —Lo esquivé cuando intentó sujetar mi brazo, pero insistió—: Solo serán unas horas. Joder, no sé qué piensas de mí, pero no

haremos nada malo. No robaremos autos o allanaremos casas. Solo quiero hablar.

—Un chico como tú no quiere solo hablar. —Tomé valor antes de enderezarme, mirarlo a los ojos y espetar—: No pienso acostarme contigo.

Él alzó las manos en rendición y sus cejas subieron hasta el nacimiento de su cabello. Se veía genuinamente sorprendido.

—Nunca sugeriría tal cosa. Pensaba en hablar, reír y quizá comer una pizza. No estaba intentando llevarte a mi casa y hacerte mía... —Se detuvo abruptamente y me miró de arriba a abajo de una manera que envió escalofríos extraños por todo mi cuerpo. Él relamió sus labios—. A no ser que quieras eso.

—Joder —exclamó mi mejor amiga—, ¿alguien más se siente caliente o soy solo yo? La mirada de este hombre podría poner en alerta a todo el Departamento de Bomberos.

La ignoré porque tenía razón; yo estaba sumida en esa mirada. Ningún chico, mucho menos un hombre, me había observado de tal forma antes y no sabía cómo reaccionar. Mi garganta se había secado y por más que pujaba, las palabras se negaban a salir. ¿Por qué no podía hacer lo que debía y maldecirlo por sugerir que yo quería acostarme con él?

—¡No! ¡No quiero! —exclamé inmediatamente. Sonaba a la defensiva y lo sabía, pero apenas podía mantenerme en pie tomando en cuenta el temblor de mis rodillas.

—Entonces solo seguiremos mi plan original y pasaremos un buen rato libre de sexo. ¿Eso está bien para ti?

—No iré contigo, mula testaruda.

—Haremos una cosa. —Volvió a crujir su cuello de esa manera atemorizante y no pude evitar fijarme en el tatuaje de su nuca—. Saldré por esa puerta y me montaré en mi auto. Ningún profesor ni el director van a detenerte, créeme, lo sé. Voy a esperarte durante tres minutos, Ángela. Si quieres dejar tus problemas a un lado por un rato, subirás a mi auto. Si cuando pasen los tres minutos no estás dentro de ese auto, me marcharé sin mirar atrás y no volveré a dirigirte la palabra nunca más.

Se fue, ni siquiera pude responder. Las puertas temblaban detrás de su caminar implacable. Miré a Valerie con mis ojos alarmados, y ella estaba igual de asombrada que yo ante las palabras severas de Traian. Ninguna sabía qué decir. Desde ese momento, el tiempo comenzó a correr marcha atrás y sabía que él era un hombre de palabra. La decisión que tomara podría

cambiar, según mi presentimiento, el curso entero de la historia.

¿Me iba con él o permanecía en clases? Sentía como si estuviera decidiendo algo aún más grande de lo que aparentaba ser.

—Ángela.

Sebastián se encontraba de pronto allí de pie, mirándome con algo en sus ojos que hasta el día de hoy sigo sin explicarme. ¿Era dolor? Lucía profundo y tormentoso, una mirada turbulenta que me hizo estremecer.

No le respondí, solo permanecí mirándolo, así que se pronunció:

—¿Irás con él?

—¿Te interesa?

—Ángela, no puedes...

—¿Te interesa? —repetí. Aparentaba ser de piedra, mi voz átona, mientras mi corazón latía con frenesí. ¿Por qué deseaba tanto escuchar su respuesta?

Sebastián me miró por varios segundos intensos. Sus pestañas eran tan oscuras que hacían un contraste interesante con su piel canela; siempre me había fascinado aquello, solía pensar en esos simples detalles por horas. Ahora, él me miraba como si no pudiera comprenderme y mis acciones lo sacaran de quicio. Su silencio era un anticipo de la grosería que, muy seguramente, vendría a continuación. Tenía muy claro que yo no le importaba y mi pregunta tenía el único propósito de satisfacer mi lado masoquista.

Quizá necesitaba escucharlo despreciarme para tomar el impulso que me faltaba y subirme al auto de Traian. El tiempo seguía corriendo y podía escuchar el motor su coche acelerarse. Sabía que lo hacía adrede, recordándome que me estaba esperando. No sabía qué iba a hacer, solo podía concentrarme en mantenerme firme ante los ojos de mi primer amor, el cretino más grande que había conocido en mis diecisiete años de vida.

—Me interesa.

Parpadeé repetidas veces sin poder creer lo que había escuchado. ¿Lo había imaginado? Por poco mi boca cae abierta, mientras la mandíbula de Valerie rozó el suelo ante la sorpresa. La escuché jadear, pero yo no conseguí expulsar ningún sonido. Me llevé una mano al corazón y tuve la tentación de pellizcarme para asegurarme de que no estaba soñando.

Sentía la mirada de Valerie rebotando sobre nuestros perfiles, pero él y yo nos contemplábamos fijamente. Entonces, mi mejor amiga susurró tres palabras que me decían exactamente lo que estaba pensando:

—Un minuto, Ángela.

—Me interesa —insistió Sebastián, y mentiría si dijera que no sonaba

como si le costara pronunciar cada palabra. Sentí cada sílaba repercutiendo mi alma. No conseguí hablar, así que dio un paso adelante—: ¿Escuchaste? Me importa. Detén esto, no te vayas con él.

Miré mis zapatos escolares, pensando en cuánto tiempo deseé escuchar esas mismas palabras. Soñaba despierta con ellas, fantaseando en el cariño que implicarían y lo feliz que podría ser. Aún en ese momento, después de todo lo que habíamos pasado, escuchar su voz torturada lograba volver nudos mi estómago y extraviar mi voz.

—Menos de un minuto —volvió a susurrar Valerie, sonaba cada vez más tensa, pero no hacía amago de interrumpirnos. Lo comprendía, ella sabía que había cosas en las que podía entrometerse y otras en las que no debía.

—¿Ahora te interesa? —mi voz se rompió sin poder evitarlo.

Nos miramos. Él me absorbía, yo intentaba entenderlo. Él manifestaba un acervo de sentimientos, yo solo me preguntaba cuál era la trampa. ¿Cómo era posible que hubiéramos llegado a esto? Permanecemos en silencio.

—Menos de un minuto —murmuró Valerie. Sonaba impotente, dolida incluso—. Maldita sea, Ángela...

—¿Ahora te interesa, Sebastián? —cuestioné con demasiada fuerza, intentando no dejarme llevar por el enojo que comenzaba a inundarme. Le planté cara, con las manos echas puños a los costados, y escupí con rabia—: ¿Justo ahora?

Él me miró. Tragó saliva. Entonces, asintió. Una sonrisa miserable curvó mis labios. Le interesaba. Cada latido era doloroso, el tiempo parecía romperse en pedazos y caer sobre nosotros. A Sebastián le importaba.

Mi sonrisa se amplió pensando en ello. ¿Alguien podía imaginar cuánto tiempo deseé, entre lágrimas, escucharlo pronunciar alguna manifestación de afecto? Atesoraría esas palabras por siempre, las repetiría en mi cabeza una y otra vez, serían mi ancla cuando mis emociones se desviarán hacia las profundidades más siniestras.

Inhalé profundamente, sintiendo como si fuera la primera vez que respiraba con libertad. Sus palabras habían cambiado algo en mi interior, era como si un peso de mis hombros se hubiera elevado. Me aferré a la tira de mi mochila sobre mi espalda, siendo consciente de que me quedaban menos de veinte segundos antes de que Traian se marchara, pero aquello no me preocupaba.

Me acerqué a Sebastián con pasos tranquilos. Me detuve con apenas unos centímetros separando nuestros cuerpos y por primera vez me di cuenta de lo

errática que parecía su respiración. Miraba con perplejidad y algo profundo que apenas conseguía divisar. El aroma de su cuerpo me era increíblemente familiar, encontrarnos tan cerca casi provocó que mi cabeza se ahogara con las viejas memorias. Los recuerdos que no regresarían, las palabras que guardaría en mi corazón con un cariño sagrado. Siempre serían valiosos para mí.

Me coloqué de puntillas, apoyándome en su pecho, y deposité un beso en su mejilla. Sentí las lágrimas picar la parte trasera de mis ojos. Mi labio comenzó a temblar, los suyos se entreabrieron con sorpresa, pero permaneció en silencio. No pude evitarlo y dos lágrimas cayeron lentamente al contemplar su rostro. Era tan hermoso, a pesar de que lo contrajera con rudeza, o que hubiera cambiado con el paso de los años. Sus facciones seguían endureciéndose cada día, pero su mirada era la misma.

—*Siéntate aquí.*

—*No, ahí vas tú.*

—*Yo puedo estar aquí de pie, ¿ves? Cumplí diez años el domingo. Ya soy grande. No necesito sentarme.*

Lo contemplé por unos segundos, pensando en cuánto y con cuánta fuerza me había enamorado. Eran sentimientos hermosos, que florecían con cada lágrima o risa. Se encontraba bajo mi piel tan profundamente que, tenía muy claro, nunca podría alejarlo. Era una parte de mi vida que no conseguiría borrar, pero de la que podía aprender y avanzar.

—*Cuando tenga diez años, ¿podré estar allí de pie sin caerme igual que tú?*

—*Depende. ¿Eres un ángel?*

—*¡No! ¡Eso no existe!* —exclamé.

—*Antes creía que no, pero cuando te vi pensé que eras uno* —murmuró él.

Me obligué a detener las lágrimas y le sonreí. Mis labios temblaban ante las palabras que estaba pensando pronunciar, pero me mantuve firme aunque me cayera a pedazos por dentro.

—*Te perdono por todo lo que has hecho. —Me permití derramar una lágrima más, la última—. Y realmente espero que seas muy feliz. Te quiero.*

—*¿Tienes amigos aquí?*

—*No. —Bajé la mirada.*

—*Yo puedo ser tu amigo. A los dos nos gustan los Power Rangers. Podemos ser amigos. ¿Quieres ser mi amiga, verdad?*

Giré y me dirigí a las puertas de salida. Antes de abrirlas, me detuve y

contemplé a mi mejor amiga. El rostro de Valerie se encontraba empapado, con gruesas gotas de agua haciendo el camino desde sus iris. Nunca la había visto más seria y con una mirada tan dolida en mi vida. Ella solo asintió, tragándose un sollozo. Esa chica que me quería tanto que sufría por mí. Tuve que aspirar con fuerza y obligarme a avanzar en lugar de ir a consolarla.

Empujé las puertas y bajé corriendo los escalones de la entrada del liceo. Divisé el auto de Traian comenzando a subir a la calle, así que corrí hacia él con toda la rapidez de la que fui capaz. Llegué a la ventana del piloto y golpeé con los nudillos. Él alzó la mirada y pareció muy sorprendido al verme. Bajó el vidrio, exclamando inmediatamente:

—Ángela.

No le respondí. En su lugar, rodeé su auto y me subí sin miramientos en el asiento del copiloto.

—¿Estás segura de esto? —cuestionó Traian con amabilidad.

—*Me llamo Ángela, ¿y tú?*

—*Soy Sebastián. Puedes decirme Sebas, todos mis amigos lo hacen.*

Me negué a mirarlo, así que ordené:

—Acelera.

Capítulo 9

El destino lo tenía muy claro en mi cabeza. Es cierto que yo no era la chica más inteligente del planeta, pero tampoco era estúpida. No conocía a ese hombre, no iba a darle barra libre para que me arrastrara hacia donde a él se le pegara la gana. Fácilmente podía acabar involucrada en carreras ilegales, tráfico de drogas o en algo que atentara contra mi vida. Traian... no sabía qué pensar sobre él aún. Era mejor andarme con cuidado. Ya que estaba a su merced, al menos podía intentar complicarle un poco las cosas si quería hacerme daño. Comenzaba a arrepentirme de dejarme llevar por la adrenalina y montarme en el auto del chico bonito que perfectamente podía ser un asesino o un violador. ¿Es que yo no podía tomar decisiones inteligentes al menos una vez?

—Quiero que me lleves a mi casa. Te guiaré hasta ella.

—¿A tu casa, Ángela? ¿No crees que es muy pronto en nuestra relación para fugarnos e ir a echar un travieso polvo?

Quedé anonadada ante la ligereza de esas palabras. Si realmente llegaba a sentirme incómoda, planeaba bajarme de su auto y dirigirme sola a casa. Mi día había sido lo suficientemente horrible y ni siquiera eran las nueve de la mañana.

—No voy a acostarme contigo —le recordé con dureza.

—Calma, tigresa —rió mientras giraba la esquina luego de cambiar el semáforo—. Intentaba hacerte reír. Te ves muy tensa.

No respondí. Comencé a encajar mis dedos en el cuero del asiento en un intento por controlar mi mal temperamento. No quería ser grosera, pero me molestaba muchísimo que se riera a mis expensas. Tal vez sus palabras no eran tan graves como yo imaginaba y solo me molestaba debido a todo lo que había ocurrido minutos antes en el liceo. Fuera como fuera, arrastré mi mirada por su auto en un intento por distraerme y no abrir mi amargada bocota.

Lo primero que noté fue que se encontraba hecho un desastre en la parte de atrás. No tenía basura acumulada ni comida pudriéndose, pero los asientos se encontraban cubiertos por una variedad de cosas que iban desde su ropa hasta lo que asumí que eran herramientas y piezas para el motor de un vehículo. Los asientos delanteros, sin embargo, se encontraban impecables y con un tapizado color rojo. El auto olía muy bien, con un ambientador selvático y el aroma característico de Traian.

No me quejaba, era agradable. En algún momento llegué a asumir,

basándome en los estereotipos, que él manejaría una motocicleta negra cromada o algo más peligroso aún, cuando la realidad era que su auto era color negro pero nada extraordinario. Veía modelos como el suyo todos los días por la calle, incluso parecía un auto que mi madre querría manejar. Desconocía mucho sobre coches, así que ni siquiera intenté averiguar su modelo. Lo importante era que me había equivocado cuando había asumido que Traian manejaría alguna moto, o quizá un auto deportivo que parecería apto para las carreras clandestinas.

—Estás muy callada. —Así permanecí, por lo que volvió a interrumpir—: ¿Quieres hablar de lo que ocurrió?

—No.

—Qué cortante. ¿Quieres patearme y ver si te sientes mejor?

Alcé la ceja con interés, sin mirarlo aún.

—No aseguro nada, pero me gustaría intentarlo. Y dobla a la derecha en la siguiente entrada.

Así lo hizo, mientras dirigía miradas furtivas a mi perfil. Percibía que estaba sonriendo pero no planeaba corroborarlo. No le tomó mucho tiempo volver a abrir la boca:

—¿Sabes por qué estoy aquí, Ángela?

—¿Porque intentas averiguar qué tan rápido logras hacer que esta mojigata ceda ante ti para luego presumir de ello?

—Eres tan difícil —suspiró con impaciencia.

—Soy realista.

—Y una persona muy grosera.

—No te confundas, solo soy honesta.

—¿Quieres honestidad? —Se aclaró la voz y se acomodó en su asiento. Por fin lo miré y yo tenía razón, una diminuta sonrisa endulzaba esos labios—. Cuando te vi en el estacionamiento ese día después de la pelea, me pareciste... —su voz perdió fuerza y la frase acabó perdida en el aire.

—¿Atractiva? —conjeturé, sintiendo cómo algo en mi pecho se expandía y estúpidas mariposas hacían acto de presencia en mi estómago.

—Claro, aunque estaba pensando en algo más como "preciosa" y "caída del cielo".

—Qué cursi.

—¿Me culpas? Tengo que pulirme con los halagos para hacerte perder conmigo esa mojigatería —rió. Sabía que lo decía como una broma en su intento por verme sonreír, pero sus primeras palabras habían logrado

avergonzarme y casi hacerme sonrojar. No podía dejar de saborear el significado de ellas en mi cabeza.

—"Preciosa" y "caída del cielo" casi te aseguran un lugar en mi ropa interior, campeón. Sigue así. Tú sí que sabes cómo hacer que una chica se desmaye con cumplidos más usados que la boca de Sasha Grey.

—¿Eso fue un chiste? —exclamó con asombro, incluso abrió los ojos y la mandíbula. No pude seguir resistiéndome y solté una risita—. Y ahora se ríe. Maldita sea, ¿dónde habías metido tu sentido del humor? Pensaba llevarte a comprar un poco.

—Vete al diablo —seguí riendo—. Soy muy divertida, idiota.

—¿De verdad? Cuéntame un chiste.

—No puedes estar hablando en serio.

—Un chiste, Ángela. —Traian mordió su labio inferior, entonces solo pude concentrarme en eso. Me miró, luego procedió a soltarlo lentamente mientras me sonreía. Juro que casi me derrito sobre el asiento, y él se percató de ello—. ¿Qué miras?

—Uh... Solo me preguntaba cuántos blanqueamientos dentales has tenido para conseguir esa sonrisa.

—Es natural —señaló suavemente—. Ahora, dime una cosa. ¿Te dolió?

—Dobla a la derecha, luego sigue recto. ¿Y qué se supone que me dolió? —fruncí el entrecejo.

Mordió su labio de esa manera distractora antes de responder, con completa seriedad:

—Cuando te caíste del cielo.

Abrí la boca, la volví a cerrar. Sacudí la cabeza, pensando que quizá lo había escuchado mal. Una carcajada surgió desde lo más profundo de mi ser y me sacudió hasta que no pude contenerlo más y estallé en un ataque de risa incontrolable.

—¡No acabas de decir eso! Dios, ¡es la línea más trillada de la historia!

Mi risa era horrible, lo había sabido desde siempre, pero no podía contenerme y a él no parecía molestarle. Al contrario, sonrió también de una manera tan pacífica que sabía que había logrado su propósito y eso le daba una gran sensación de satisfacción.

—¿Quieres oír otro? Tengo más de donde vino eso.

—¡No, por favor, no! ¡No puedes hacerme escucharlo!

Ignoró mi súplica divertida y comenzó a decir las palabras con tal intensidad que tuve que obligarme a ver el lado gracioso en lugar de pensar en

la sensación de mi cuerpo al escucharlas:

—¿Tienes un mapa, amor? Porque creo que me perdí en tu mirada.

—¡Traian, no! ¡Para, por favor, solo para!

—Ángela... Tu madre debe ser pastelera. ¿Verdad, bombón?

Si no fuera por el cinturón de seguridad yo habría caído al suelo del auto a retorcerme a causa de las violentas carcajadas. ¡Esas frases eran tan anticuadas y estaban tan gastadas!

—Por favor, dime que no usas esas frases con las chicas.

—¿No te gustan? —cuestionó, fingiendo sentirse herido. Solo le faltaba llevarse una mano al corazón—. Soy un romántico. Me llaman Romeo —dijo, utilizando un tono de voz seductor—. Es un placer... conocerla.

Mi estómago dolía y las lágrimas caían sobre mis mejillas. ¿Qué si me gustaban sus frases? Parecía que me daba arritmia cardíaca mientras lo escuchaba, pero debía enfocarme en ignorar eso y seguir burlándome.

—Digamos que, si un hombre usara alguna de esas frases conmigo, le pediría que desapareciera de mi vista y que fuera a comprar un poco de autenticidad.

—¿Insinúas que no soy original?

—Esa es la impresión que tu intento de ligue me ha dado. ¿Realmente las mujeres caen con eso? —pregunté con curiosidad, aprovechando la excusa para girarme y contemplar su perfil.

—No uso frases para ligar, pequeña. Yo no soy así, simplemente quería verte feliz.

Calidez inundó mi pecho; tenía que ignorarla. Él decía ciertas cosas que producían extrañas reacciones en mí. Tal vez se debía a que yo no tenía amigos hombres y no estaba acostumbrada a ellos. ¿Todas las chicas se sentían así de alegres y embriagadas cuando hablaban con sus amigos? Debía investigar sobre eso.

—Luego del puente, gira a la derecha y detente frente a la casa color blanco.

—Sí, ama.

—Tú no tienes ama, Traian. —Me producía risa el solo imaginarlo siguiendo las órdenes de alguna mujer. No necesitaba conocerlo demasiado para saber que eso nunca llegaría a pasar.

—¿Te va el rollo de los látigos y el cuero, tú, deliciosa pervertida?

—¡No! —reí otra vez. Ya comenzaba a dolerme el estómago—. ¿Y a ti? ¿Te gusta estar de rodillas y que te azoten?

—Qué boca tan sucia, Ángela. Y nunca pensé que llegaría a decir esto, pero si es lo que quieres, podría intentarlo.

Lo dijo con tanta seriedad que me callé abruptamente. Traian buscó en mi expresión alguna reacción a sus palabras, pero permanecí hermética y bien sellada. No sabía qué responder a eso, ¿cómo habíamos terminado hablando de ese tema? Tenía que darle un giro a nuestra conversación con urgencia.

—Me debes una explicación.

—Y tú me debes un chiste.

—Vamos, Traian. No soy un payaso, ¿de acuerdo? Y muero de curiosidad por saber cómo ligas.

—No es nada extraordinario. —Su sonrisa se borró—. Aunque no lo creas, no salgo de fiesta muy seguido. Ni siquiera recuerdo la última vez que lo hice.

—No te creo —admití suavemente. Esperaba que no se ofendiera por ello, pero era la verdad.

—Después de que acabaron las cosas con mi última novia, no he salido a beber ni a ligar. Ya sé que te he dado la impresión equivocada y no quiero ni imaginar lo que te han contado de mí, pero te estoy diciendo la verdad.

—Pero... —No tenía palabras. Estaba tan asombrada que era ridículo—. Actúas de tal manera y dices tales cosas que me hacen catalogarte inmediatamente como un mujeriego.

—Y lo fui, hace un tiempo. —Su rostro se contrajo, apretó las manos con fuerza sobre el volante. Me asusté ante el enojo en su voz—. Luego, tuve una novia y me prometí ser mejor, pero nuestra relación acabó por mi culpa y ese es el final de la historia. Estoy solo desde entonces.

Por la dureza de sus palabras y su repentina tensión sabía que no era tan simple como eso; la historia debía ser más profunda de lo que se limitaba a admitir, pero yo no era nadie para presionarlo, mucho menos para sonsacarle información. Si él quería contármelo, podría hacerlo en el momento que se sintiera cómodo. Apenas nos estábamos volviendo amigos, ni siquiera éramos cercanos, dudaba mucho que se abriera a mí como una flor en primavera. así que decidí encaminarlo hacia un tema diferente:

—Ya no sales, ¿eh? Apuesto a que has olvidado cómo ligar correctamente.

—¿En serio lo crees? —Arqueó una de sus cejas—. ¿Quieres probarme?

—Me niego a contestar eso porque estoy segura de que tiene doble sentido y aún más segura de que eres un depravado.

Por fin pareció relajarse y sonrió otra vez. Casi suspiro de alivio y eso me

hizo cuestionarme cuán importante para mí se estaba volviendo verlo feliz.

—Si te viera en un bar —dijo—, llamarías mi atención. Aunque dudo mucho que frecuentes alguno. —Asentí dándole la razón. No era una chica demasiado fiestera y eso no era un secreto. Él prosiguió—: Si me encontrara contigo en una cafetería, en una tienda o en cualquier otra parte, te abordaría inmediatamente.

—¿Ah, sí? ¿Cuál de tus famosas líneas prefabricadas usarías conmigo?

—No es una línea —rió entre dientes. Luego crujió el cuello por tercera vez ese día, y soltó con pausada seriedad—: Solo me acercaría a ti... y te diría lo hermosa que eres.

Me había sonrojado, fuerte y rápido. ¿Cómo me alteraba así cada vez que decía algo lindo? Moriría con la sangre acumulada en mis mejillas, de eso estaba segura. Tenía que aprender a interactuar con hombres y a aceptar los halagos como algo habitual de ellos, ¿no? Me urgía tranquilizarme antes de que él creyera que me afectaba.

—¿Solo eso? ¿Crees que con eso caería rendida a tus pies y te acompañaría a casa?

—No, pequeña. Diría eso y me alejaría. No eres el tipo de chica que llevaría a mi cama.

Eso dolió, pero intenté mantenerme imperturbable. Giré y comencé a mirar a través de la ventana las calles que eran tan familiares para mí mientras nos acercábamos a mi casa. Si yo no era el tipo de chica con la cual Traian querría tener sexo, pues lo entendía... De acuerdo, tal vez no lo entendiera del todo, pero sí lo respetaba. Parecía muy evidente que él y yo éramos completamente diferentes, tanto en físico como en personalidad, y que yo no luciera de acuerdo a su gusto no era ninguna sorpresa. Aunque dicho razonamiento no evitó que me sintiera un pelín decepcionada. Fue un golpe directo a la autoestima de esta chica.

—¿Es esa de allí tu casa? —preguntó, sacándome de mis pensamientos y señalando con un movimiento de la mano.

—Sí. Estaciona al frente.

Al detenerse el auto, desabroché mi cinturón y me detuve antes de bajar de él. ¿Estaba segura de lo que estaba haciendo? No, en lo absoluto. Estaba metiendo a un completo extraño en mi casa, ¡por el amor de Dios! ¿Qué tenía en la cabeza? Podría suceder algo realmente malo allí dentro y todo por mi poco sentido común. Había tomado una decisión precipitada solo para escapar de mis problemas y demostrarles algo a las personas que me rodeaban.

Traian abrió la puerta a mi lado y se encogió un poco para poder mirarme mientras me tendía su otra mano.

—¿Todo en orden?

—No creo que esto sea una buena idea —respondí, exhalando lentamente.

Se colocó sobre una de sus rodillas en la acera de la parte delantera de mi casa. Su rostro quedó casi a mi altura y tan cerca que contuve el aire un momento al tener la posibilidad de contemplar los ángulos y depresiones de su rostro, la profundidad de sus ojos, con una nitidez inigualable. ¿Cómo alguien sobre la tierra podría lucir así, tan hermoso que tu corazón se encogía al mirarlo? Sabía que a él no le gustaría que lo halagara con un adjetivo como ese, pero era la única palabra que se acercaba a una descripción precisa de Traian.

—Ángela —su voz volvió a centrarme—, puedo dejarte en casa y marcharme. ¿Entiendes que no te estoy obligando ni presionando a hacer nada?

—Apenas te conozco y estaremos solos en mi casa. Sé que para muchas personas no es nada inusual, pero he tenido un reducido número de amigos y un aún más reducido contacto con chicos a lo largo de mi vida.

—Puedo entender eso. Si quieres podemos esperar a que me conozcas un poco más antes de pasar algo de tiempo solos.

Eché la cabeza hacia atrás y miré con frustración el techo del coche. ¿Qué iba a hacer? Él estaba siendo tan amable y comprensivo conmigo, la transparencia en su mirada lo decía todo, pero era natural en mí el preocuparme. Quería llegar a conocerlo y esta era la mejor manera de hacerlo, sin embargo habían muchas formas en las que esto podría salir mal.

No quería despreciarlo, pues seguramente era una buena persona que no merecía ser juzgada por mis estereotipos y podría perder la oportunidad de volverme su amiga. Realmente estaba deseosa de pasar algún tiempo con Traian, aun cuando mis nervios se encontraran de punta y mi estómago no dejara de removerse.

—Ángela, ve a casa —dijo de pronto—. Descansa un poco y come algo.

—¿Y tú? —pregunté inmediatamente, enderezándome. ¿Se había molestado?

Lo observé levantarse de su posición acucillada y perdí la visión de su rostro.

—Iré a ver a unos amigos o algo así. Encontraré algo que hacer. No estás segura de lo que quieres y parece que estar cerca de mí te pone ansiosa, así que me marcharé. En otra ocasión será, ¿está bien?

—No. —Retrocedió cuando me vio bajar del auto y cerrar la puerta en cuestión de segundos. Mi cuerpo comenzó a moverse por voluntad propia y me encontré intentando mirarlo a los ojos otra vez—. Vamos adentro.

—Parece que estás haciendo esto para demostrarte algo a ti misma, no porque lo desees.

—Eres un poco más inteligente de lo que pensé.

Sonríó de esa manera que me empujaba y tiraba de mí al mismo tiempo.

—¿Solo un poco?

Rodé los ojos, era imposible no hacerlo. Luego aspiré aire, rogué a Dios no estarme equivocando con esto y comencé a caminar hacia mi casa mientras rebuscaba las llaves en el bolsillo exterior de mi mochila. Su cuerpo no emitía ningún calor y a pesar de ello lo sentía muy cerca de mi espalda. Los vellos de mis brazos se alzaron, no sabía si debido a miedo o emoción. Volví a tomar aire, porque parecía que Traian lo sacaba de mis pulmones sin apenas esforzarse, y di un paso dentro en cuanto logré abrir la puerta.

—Vamos, pasa antes de que me arrepienta.

—Eres tan dulce —repuso con sarcasmo, y tuvo que agacharse para poder pasar por el marco de la puerta.

Solo unos cuántos centímetros separaban su cabeza del techo. No, yo no estaba exagerando. Traian fácilmente podía tocar la parte superior de la casa sin la necesidad de estirar su brazo del todo. Sus hombros eran tan anchos que por un segundo creí que no pasaría por la puerta de manera normal. Repentinamente me volví consciente de lo pequeña que era mi casa. ¿Realmente podría sentarse en mi sillón sin chocar sus piernas contra la mesita de café? ¿Su peso no destrozaría alguno de los muebles de mi madre? Si eso sucedía, podían apostar a que yo acabaría muerta por estrangulamiento, o quizá me aporrearía con uno de sus sartenes favoritos.

—Tu casa es muy cálida —comentó con una pequeña sonrisa, girando sobre sí mismo lentamente y observándolo todo.

Aunque, siendo sincera, no había demasiado que observar. Era una casa de dos pisos, pequeña, nada extravagante ni tenía ningún lujo. Aún así, el sofá era cómodo, la alfombra era hermosa y la cocina siempre olía de una manera que te hacía rugir el estómago a cualquier hora. Más importante que todo eso, vivía allí desde que me mudé de casa de mis abuelos maternos a los nueve años, y la mayoría de los recuerdos más especiales para mí, principalmente aquellos que concernían a mi padre, habían surgido allí. Vivir en esa casa me hacía sentir conectada a él de alguna manera y muchas veces era la única cosa

que nos ayudaba a mi madre y a mí a no enloquecer por el dolor.

Me detuve e intenté recordar qué otro chico había traído a casa además de mi mejor amigo de la infancia. No logré traer a mi mente a nadie. Dejé mi mochila en el sofá y fui a la cocina. Abrí el refrigerador y comencé a buscar algo que beber para ofrecérselo, aunque en realidad esa hospitalidad solo era mi excusa para evitar estar lejos de él por el momento.

Mi barrio era sumamente tranquilo, a excepción de los días cuando la vecina ponía salsa, merengue, cumbia y bachata para limpiar su casa. Ella nos despertaba a todos temprano en la madrugada los fines de semana, como si la música a todo volumen fuera necesaria para lavar los platos o barrer el suelo. Ahora, los adultos se encontraban trabajando, los jóvenes en escuelas y colegios y todo era calma. Podrías escuchar caer un alfiler, principalmente porque Traian guardaba silencio de pie junto al sofá y yo tenía la cabeza tan metida en el refrigerador que pronto me daría una pulmonía.

Al final decidí sacar un jugo de manzana y servirlo en dos vasos. ¿A quién no le gustaba? No creo que lo rechazara. Además, no tenía cerveza, Jack Daniels o sangre de virgen para ofrecerle y que saciara su sed.

—Ven, siéntate. —Coloqué nuestro jugo sobre la isla de la cocina y señalé el pequeño asiento de madera frente a ella. Solo rogaba en silencio que no se partiera bajo su peso.

Traian caminó con su fluidez felina y se sentó alegremente a darle un buen trago al jugo. Juro que me detuve a contemplar el movimiento de su garganta al tragar, como si tuviera alguna especie de fetiche depravado con ellas. Me obligué a girar y volví a abrir el refrigerador. Saqué huevos, leche, mantequilla y demás ingredientes. Sentía ojos grises siguiendo cada uno de mis movimientos, pero fingí que no me percataba mientras sacaba un tazón y lo llenaba de harina.

—¿Y tu madre? —Él no se andaba con rodeos.

—Trabajando. Es secretaria en una oficina del centro de la ciudad. Antes no trabajaba, pero cuando murió papá tuvo que hacerlo. El seguro de vida no duraría para siempre.

Guardó silencio. Podía adivinar el porqué y odiaba la idea de que sintiera pena por nosotras.

—Lamento mucho lo de tu padre. Sé cómo duele —confesó.

Era mi oportunidad para sacarle cualquier tipo de información, así que mantuve mi tono relajado, como si no estuviera realmente interesada en oír su respuesta, y le pregunté mientras quebraba unos huevos en el tazón:

—¿Has sufrido la muerte de alguien?

—Sí.

Eso fue todo. No quería decirme más, no iba a presionarlo. Si era un familiar cercano, yo entendía lo difícil que era hablar con alguien del tema sin derrumbarse. No importaba si pasaban días o años, cuando pierdes a alguien que amas el dolor se siente fresco cada hora de tu vida. Así que no lo superas, solo aprendes a aceptarlo y a vivir con ello. Si Traian había llorado la mitad de lo que yo lo hice cuando murió mi padre, entendía lo reservado que se había vuelto con respecto a su vida personal. A veces, fingir que nada había pasado era la mejor forma de sobrellevar la pérdida.

Eventualmente le anuncié con tono alegre:

—Estoy haciendo panqueques. —O al menos eso creía. ¿Se supone que tienen que quedar espesos?

No respondió. Comencé a batir el contenido del tazón con rapidez, recordando cómo había visto a mi madre hacerlo muchas veces antes. ¡No podía ser tan difícil! Iba a alimentar a Traian y a él iba a encantarle. No me gustaba cocinar y creo que eso tenía que ver con el hecho de que todo lo quemaba, lo dejaba con exceso de sal o de azúcar, pero en esta ocasión me superaría a mí misma y haría una comida digna de los dioses que me dejaría como la patrona de Buddy Valastro.

Sucedió cuando yo menos lo esperaba. Dos manos se posaron a cada lado de mi cadera con la suficiente fuerza para congelar mis movimientos y afilar cada uno de mis nervios. Su cuerpo no conectaba con el mío, pero sabía que nos encontrábamos separados por escasos centímetros. Traian se inclinó hasta que suspendió su boca sobre mi oído. Podía sentir la respiración cálida haciendo bailar mis mechones de cabello y si no estuviera tan conmocionada habría analizado el hecho de que era una de las pocas cosas acogedoras que tenía ese hombre.

—¿Puedo ayudar? —Lo estaba haciendo a propósito. Como si su voz no me obsesionara lo suficiente por sí sola, había decidido bajarla un par de octavas para conseguir un efecto resonante en cada pared de la pequeña cocina. Combinado con sus pulgares acariciando el hueso de mi cadera y la cercanía de su boca con mi piel, mi corazón había acelerado y su velocidad no hacía más que incrementar.

Podía sentir la tensión en cada uno de mis músculos y el silencio ahogándome en secreto. ¿Cómo se atrevía? ¿Debía enojarme y gritar, echarlo de la casa, o era un movimiento inocente y normal? En ese momento estaba

enojada de tener tan poca experiencia, porque una vez más debía adivinar qué sería lo mejor por hacer y rogar no estar equivocándome.

—¿Sabes cocinar?

—Un poco. —Me soltó y retrocedió.

Liberé el aire de mis pulmones. Me sentí aliviada cuando lo escuché caminar hasta el fregadero y comenzar a lavarse las manos. Dejé el tazón sobre una encimera y traté de relajar mis dedos para que la sangre volviera a fluir hasta ellos. No podía seguir así de asustadiza e insegura, ¡estaba haciendo una burla de mí misma! Tenía que hacer hasta lo imposible para aparentar tranquilidad, como si hubiera hecho ese tipo de cosas decenas de veces antes.

—¿Tienes algún delantal?

Respiré profundamente, conté hasta cinco, luego me obligué a relajarme.

—¿Tienes miedo de mancharte la camisa? —bromeé. Tomé el tazón y seguí revolviendo, aunque con menos convicción esta vez.

—Preferiría no hacerlo. —Abrí la boca para soltarle un comentario sarcástico, pero me interrumpió con una sonrisa avergonzada—: Y antes de que puedas salir con alguna pulla llena de veneno, porque ahora sé lo grosera que realmente eres, te informo que no puedo ensuciar esta camisa porque me la regaló mi abuela en Navidad. Así que puedes darme un delantal o puedo cocinar sin camisa. Tú decides.

Cerré la boca, la volví a abrir. Sacudí la cabeza en negación. Mi pecho comenzó a vibrar y dejé salir una carcajada tan fuerte que me hizo recordar a Bellatrix LeStrange.

—¿Realmente te la regaló tu abuela? —seguí riendo, era imposible no hacerlo. Lo había dicho de una manera tan determinada que acabó pareciéndome cómico.

—Pues sí —se encogió de hombros—. ¿Te parece estúpido?

—Me parece tierno —corregí con una sonrisa tan grande que me dolían las mejillas.

De nuevo me sentí cómoda en su compañía. ¿Cómo podía hacerme cambiar de parecer una y otra vez tan rápidamente y sin siquiera intentarlo? Era sorprendente.

—Me alegra que te guste, porque amo a mi abuela y no quisieras meterte con ella frente a mí. Ahora, pequeña víbora, ¿el delantal?

Reí mientras con mi mano libre sacaba el material blanco de uno de los cajones de la cocina y se lo arrojaba a la cara.

—Es de mamá. Tiene muchísimos de ellos aquí guardados.

Estiró la tela y leyó la parte frontal que decía «Lo más caliente de la cocina» en una gigantesca tipografía negra. Casi vuelvo a explotar en un ataque de risa cuando lo observé colocárselo y atárselo al cuerpo. Le quedaba tan ajustado que parecía que los hilos se romperían en cualquier momento y sus músculos podrían sacarle un ojo a alguien.

—Te ves tan sexy —le aseguré, revolviendo la mezcla líquida de huevos con harina y leche.

—¿De verdad? —Me guiñó—. ¿Qué te parece que cocine con este delantal puesto y nada más debajo?

Enrojecí como si me hubiera untado salsa de tomate en las mejillas, pero me negué a bajar la mirada. En su lugar, la sostuve fijamente y me escuché pronunciar:

—Tal vez en la próxima oportunidad.

—¿Me estás provocando? —Dio dos pasos más cerca de mí con una sonrisa tentadora.

—Fue un coqueteo inocente, lo juro. —Sonreí mientras alzaba las manos en alto en señal de rendición.

Había olvidado que aún sostenía el tazón y al alzarlo no logré equilibrar su peso con una sola mano. Se giró antes de que pudiera evitarlo y todo su contenido se vació sobre mi hombro derecho y la mitad de mi cabello. Solté un chillido y bajé el tazón, pero ya era demasiado tarde. Con los ojos cerrados, tentativamente lo dejé sobre la encimera a mi lado y comencé a retirar de mi rostro la mezcla viscosa. No hacía falta decir que mi invitado se estaba desternillando de la risa de una manera que me hizo sonreír a mí también. Yo estaba pegajosa y la risa descontrolada de Traian era preciosa; esas eran las únicas dos cosas que cabían en mi cabeza.

—Ángela... —no pudo hablar. Otro ataque de risa pudo con él mientras se inclinaba hacia delante y se burlaba de mi aspecto sin ninguna compasión.

—Gracias, gracias. No hace falta que digas nada. —Al hablar sentí cómo mi mezcla para panqueques se deslizaba por mi frente y mis mejillas. Era absolutamente repugnante—. Traian... ¡Deja de reírte! ¡No te burles!

Pero él no paraba. Lo único que me preguntaba en ese momento era si se reía con tanta tranquilidad habitualmente. Tenía el presentimiento de que no, pero estaba harta de hacer suposiciones sobre ese chico y nunca acertar. Decidí que dejaría que él mismo me mostrara quién era.

Tomé una jarra de refresco de litro y medio que se encontraba vacía y fui

al fregadero a llenarla con agua. Luego me acerqué a Traian con grandes zancadas, impulsé la jarra hacia atrás y le arrojé cada gota de agua fría a la cara. Cuando yo pensé que dejaría de reírse, me equivoqué otra vez y el chapuzón solo hizo que lo atravesara otro ataque de risa. El agua chorreaba de su cabello y la parte delantera de su camiseta estaba empapada, pero no parecía poder importarle menos.

—¡Traian, para!

—¡Llevaba tanto tiempo sin reír de esta manera!

Realmente intenté parecer enojada, permanecer seria, aparentarlo al menos. Fue inútil. Comencé a reír a su lado con tanta fuerza que salieron lágrimas de mis ojos y se mezclaron con la sustancia sobre mis mejillas. Mi estómago comenzó a doler y me dejé caer al suelo para seguir retorciéndome a causa de las carcajadas. ¿Qué me ocurría? No podía parar. Yo llevaba años sin sufrir un ataque de risa tan desenfrenado y sin sentido como ese.

—¡Idiota! —repetí cada vez que encontraba mi voz.

—Pequeña —repuso al fin, comenzando a calmarse. Tuvo que limpiar lágrimas de sus mejillas también—, hacía mucho tiempo no me sentía de esta manera.

—Necesito ir a limpiarme. ¡Esto es repugnante! —Mire el suelo a mis pies—. Y necesito limpiar todo esto.

—Ve a ducharte, yo puedo limpiar esto —dijo Traian. Sus ojos se veían relucientes luego de reír tanto, como si los hubieran pulido.

Dudé, claramente. ¿Iba a dejar a ese desconocido solo en mi casa? Podría husmear entre nuestras cosas o incluso robarnos. Desconocía si tenía antecedentes u objetivos menos que nobles. Pero el pegote comenzaba a incomodarme; yo era una maníaca y odiaba estar sucia, así que realmente lo estaba pasando mal en ese momento. Necesitaba urgentemente lavarme pero no podía perderlo de vista.

Otra vez tuve que tomar una decisión arriesgada. Ese día en concreto estuvo repleto de ellas. ¿Escaparme del colegio o quedarme? Me escapé. ¿Montarme en el auto de Traian o no hacerlo? Me monté. ¿Dejarlo entrar a casa o motivarlo a marcharse? Lo hice entrar. Ahora, tenía que elegir: ¿Permanecía pegajosa y con olor a clara de huevo o me arriesgaba y lo dejaba un rato solo? Creo que la decisión era bastante evidente. Ya había salido repetidas veces de mi zona de confort ese día, ¿qué era otro atrevimiento más? Solo esperaba que las cosas no fueran a resultar mal. No habituaba meterme en muchos problemas y un robo sería algo terriblemente malo.

—Te dejaré solo por un rato, ¿está bien? Iré a darme una ducha rápida.

—Sí, capitana —hizo un saludo militar con su mano. Me relajé un pelín.

—Traian, no toques nada. —Salté la suciedad del suelo y me dirigí hacia las escaleras que conducían a la segunda planta, donde se encontraban mi cuarto y el baño.

—No lo haré.

Me detuve con un pie sobre el primer escalón, la mano en la barandilla, y lo miré. Estaba de pie en medio de mi cocina, parecía que si estiraba alguna de las extremidades de su cuerpo chocaría contra una pared o un mueble, con una enorme mancha de humedad en la camisa que le regaló su abuelita y el cabello empapado. Al levantarme ese día nunca imaginé que las cosas sucederían de esa manera. Mi madre y yo podíamos estar ambas allí sin rozarnos pero él amenazaba con tocar el techo.

Me preguntaba si mi casa era demasiado pequeña o si él era demasiado alto, así que me atreví a cuestionar:

—¿Cuánto mides, Traian?

Sonrió ampliamente, revelando esos dos hoyuelos en sus mejillas que no veía desde que nos conocimos en el estacionamiento del colegio.

—Metro con noventa y un centímetros —respondió sin dudar, como si fuera una pregunta usual.

Solté una carcajada y sacudí la cabeza. Casi acerté calculando su estatura la primera vez que lo vi. El hombre me sacaba ventaja por exactamente veinte centímetros. Nunca me había sentido pequeña hasta que lo conocí, pero ahora tenía el consuelo de que pocos hombres serían tan grandes como él, así que podría descartar mi idea de comenzar a llevar zapatos de tacón a todas partes. Odiaba verme inferior, pero Traian no me hacía sentir vulnerable.

—No toques nada —repetí al fin—. Hablo en serio, Gulliver.

Levantó las manos en señal de rendición, repitiendo mi gesto de apenas unos minutos atrás. La diferencia era que él no sostenía un tazón con mezcla.

—Me portaré bien, lo prometo. Seré un niño bueno.

Subí las escaleras con paso veloz. No le creía, así que entre más rápido hiciera las cosas, mejor. Entré a mi habitación y la encontré justamente como la dejé esa mañana antes de marcharme: piso de madera que crujía cuando se daba un paso dentro, una ventana en la pared opuesta a la puerta que tenía una vista excelente del jardín del vecino. Mi cama era pequeña, con un cobertor grueso de flores rosadas y moradas. Debajo de ella se encontraba una alfombra de un tono pastel y algunas de mis almohadas tenían forma de gatos.

Seguía exactamente igual a cuando tenía nueve años y nos mudamos a esa casa; hasta ese momento nunca me había molestado lo infantil que se veía mi habitación. ¿Si Traian la viera? Probablemente se partiría de la risa. Yo tenía diecisiete años, sería mayor de edad en algunos meses y además de los gatitos tenía un almohadón con la forma de un adorable cerdito. Gracias al cielo había quitado de mis paredes los pósteres de cuando me dio la fiebre por One Direction. Que viera todo mi cuarto forrado con las caras de los cinco integrantes de la banda solo sería la cereza de mi humillación.

Me centré otra vez en lo verdaderamente importante. Tomé ropa interior blanca de algodón de uno de mis cajones, luego un pantalón suelto color azul y una camisa ancha que proclamaba «Fries Before Guys». Me pareció bastante acorde al momento y me ayudaría a resistir el resto del tiempo que iba a compartir con Traian. Hice todo lo humanamente posible para que la ducha fuera rápida, pero demoré más de lo esperado pues tuve que lavar mi cabello realmente bien; era la parte de mi cuerpo que más se había ensuciado y fui insistente hasta que quedó oliendo a miel y avellanas otra vez. Tomé nota mental de revisar después si había ensuciado mi cuarto al ir a buscar la ropa.

Me vestí en el reducido espacio del baño, haciendo maniobras y poses bastante similares a las que podrían encontrarse en el Kamasutra. No es que lo hubiera leído... Bueno, sí lo hice, pero solo fue una ojeada. Fue tres meses atrás cuando Valerie había llevado una copia de ese libro al colegio y me engañó diciéndome que eran poses de yoga. Recuerdo que la golpeé repetidas veces con el libro cuando me hizo buscar dentro una pose llamada «Flor de Loto» porque supuestamente ayudaba a la relajación. Luego, ella me mostró sus poses favoritas, que habituaba hacer con las chicas con las que salía. La Liana, Las Tijeras de Terciopelo, El Columpio, La Jinete Salvaje... Después de ver todo eso, nunca volví a ser la misma.

Tuve que retraer mis recuerdos y centrarme otra vez. Ignoré los escalofríos que me habían perturbado recordando lo que me había mostrado Valerie. Sequé mi cabello y lo cepillé con los dedos. No se veía bien. Lo cepillé un poco más y seguía sin verse decente. Sin embargo, habían pasado más de cuarenta minutos desde que había dejado a Traian solo en la cocina y necesitaba regresar. Había tardado muchísimo más de lo esperado y estaba preocupada.

Me sorprendí mucho cuando salí de mi habitación y al acercarme a las escaleras comencé a percibir un aroma a tocino. Algo se freía en la sartén y alguien silbaba alegremente. Comencé a bajar los escalones de dos en dos,

casi saltándome el último. Me detuve frente a la isla que separaba la sala de la cocina y cubrí mi boca para no soltar un chillido de asombro.

Traian parecía estar en su zona de confort, haciendo que un panqueque diera vueltas en el aire y aterrizara con precisión sobre la sartén. Con su otra mano sostenía un tenedor que utilizaba para dar vuelta al tocino. En la encimera a su lado se encontraba un plato con panqueques apilados formando una torre enorme. Dirigí la mirada al suelo y lo encontré completamente limpio, sin una pista de lo sucedido hacía casi una hora. ¿Dónde habría encontrado los utensilios para limpiarlo? ¿Estuvo recorriendo la casa?

Pero hubo un detalle, en toda la escena, que se robó mi atención. Mi mano no consiguió seguir conteniendo mi boca y tuve que expulsar la agitación que sentía en mi interior, gritando:

—¿Qué haces cocinando sin camisa?

Traian giró y sin mirar depositó otro panqueque en la gigantesca pila. Me escaneó sin ningún disimulo y se detuvo a analizar las palabras que adornaban la camiseta sobre mi pecho. Desde mi lugar pude observar la sonrisa de medio lado que se formó en sus labios. Parecía tan tranquilo, como si pertenecería ahí. ¡Nos acabábamos de conocer, yo ni siquiera sabía qué edad tenía! Pero él cocinaba tocino en mi cocina y llevaba puesto el delantal que le di, sin una camisa debajo.

—Bonito atuendo —señaló con la espátula. Giró para colocar más mezcla en la sartén y seguir dando vuelta al tocino.

—Traian... ¿Camisa?

Tragué. Tenía una vista de su espalda casi completa, solo interrumpida por los nudos del delantal blanco. Me encontré siguiendo sus movimientos, pues cada vez que movía sus brazos los músculos de sus omóplatos se tensaban y se hundían en líneas profundas. Por fin tenía la oportunidad de averiguar cuál era el tatuaje que se escondía en la parte trasera de su cuello, y dejé de respirar al contemplar una cruz entre unas alas de ángel que se extendían hasta la parte trasera de sus orejas. El contorno de la cruz era negro y dentro se encontraba exenta de tinta a excepción de una diminuta palabra escrita en letra cursiva justo en el centro.

No pude evitarlo, la curiosidad era demasiada y yo me encontraba hipnotizada. Di los pasos que me separaban de Traian y me coloqué a solo unos centímetros de su espalda. Alcé la cabeza y por fin pude leer la palabra que se encontraba dentro de la cruz.

Romance

¿Por qué se había tatuado aquello? ¿Qué significaba para él, tan importante como para llevarlo siempre? Sabía que no debía hacerlo, pero me encontré alzando mi mano y rozando con un dedo las letras de ese inusual tatuaje. Era frío al tacto, al igual que el resto de él, pero sentí un hormigueo en mi piel al tocarlo.

Traian cambió. Todo su cuerpo se tensó desde los hombros hasta las piernas y detuvo su alegre silbido. Fue como si el aire dentro de la cocina se enfriara y luego se rompiera en pedazos. Dejó caer ambas sartenes en la estufa y giró como si se le dificultara moverse.

Llevé mi brazo delincuente detrás de mi espalda y me mordí el labio con nerviosismo. ¡Sabía que no debí haber hecho eso! Tragué saliva cuando quedamos frente a frente, pero me obligué a mirarlo. No parecía enojado, aunque había contraído sus facciones de tal manera que su rostro se volvió rudo. Sin embargo, el dolor que arrugó las esquinas de sus ojos y pareció mezclar en ellos diferentes tonos de gris fue lo que me hizo sentir verdaderamente culpable. Ese tatuaje debía representar algo doloroso para él y mi curiosidad y yo se lo habíamos recordado.

—Lo siento —murmuré. Realmente lo sentía muchísimo. Mi estómago se había encogido ante esa mirada que yo había puesto en su cara.

Traian asintió, pero no respondió. Siguió mirándome con tal desconsuelo que me dieron unas ganas insoportables de abrazarlo hasta que se sintiera mejor. Lucía como un niño abandonado. Ese enorme ser que había intentado con todas sus fuerzas ayudarme sin apenas conocerme, parecía desolado por dentro. ¿Qué podía hacer? Tenía claro que no volvería a rozar y mucho menos hacerlo hablar de su tatuaje, por más curiosidad que este me causara. No me importaba llevarme la incógnita a la tumba con tal de no volver a verlo así.

—Lo siento —repetí.

—Lo sé —me habló al fin. Fue tan suave que creí haberlo imaginado.

Así que, por una vez decidí hacer algo razonable y busqué la manera de cambiar de tema. Nuestro buen humor se había empañado por mi culpa. Tenía esta necesidad en mi interior que me arañaba por hacerlo sonreír otra vez.

—Oye, sigo sin explicarme cómo desapareció tu camisa —lo señalé como si nada, arqueando una ceja.

Sacudió la cabeza, pareció aclararse al fin. Aspiró aire, lo suficiente para no ahorcarme por mi ineptitud, y me regaló una sonrisa frágil. La tomé como si fuera un salvavidas; no estaba colmada de amabilidad o encanto como era habitual, pero al menos era algo que me ayudaría a apañar mi odiosa culpa.

—Está en la secadora. Espero que no te moleste.

Así que yo tenía razón. ¡Fue a echar un vistazo por toda mi casa mientras yo me duchaba! ¿Habría entrado en mi habitación? ¿Moriría de la vergüenza! Realmente esperaba que no lo hubiese hecho, aunque estaría burlándose de ello para este momento. Tal vez solo dio un recorrido por la planta baja mientras buscaba lo necesario para secar su ropa, limpiar el suelo y comenzar a cocinar. Nunca lo sabría, pues después de meter la pata en esa ocasión, tendría mucho cuidado con lo que volvería a preguntar.

—Está bien, entiendo. Y lo siento por lanzarte el agua.

—Deja de disculparte, Ángela. —Me tensé cuando una de sus manos se colocó sobre mi mejilla y su pulgar comenzó a acariciar mi barbilla con roces suaves—. Te disculpas demasiado, ¿sabes? Siempre pidiendo perdón, como si cada cosa que hicieras estuviera mal para los demás.

—La costumbre —susurré, mirándolo. Era tan extraño y sin embargo allí me tenía, perdida en la sensación de su caricia y la mirada que me brindaba.

—Sé más segura. Deja de postrarte para que te acepten. No te dejes pisotear por los demás solo porque temes que te abandonen.

—No. Eso no es verdad.

Me dio una sonrisa triste. Esta vez acercó su pulgar a mi labio inferior y lo delineó una sola vez. Tan despacio que a mi pobre corazón le pareció una eternidad y casi termina saltando de mi pecho. Mi respiración era superficial, yo apenas podía pensar. Cuando terminó el contorno y dejó caer su mano, no sabía si sentirme decepcionada o aliviada al respecto. Estaba hecha una maraña de emociones poco habitual en mí desde hacía un tiempo.

—Te conozco realmente poco, pero deduzco que tratas de mantener felices a las personas a tu alrededor porque tienes miedo a que de otra forma se alejen de ti.

—Eres demasiado observador.

—Y tú no te amas lo suficiente, ¿no es verdad?

—El chico que amaba no pudo quererme. Comenzó a odiarme, en realidad. Eso me hace preguntarme qué de malo debo tener.

—¿Realmente crees que es tu culpa? No puedes obligar a una persona a amarte —dijo con dureza. Me sorprendí. Él lo notó y se obligó a suavizar el tono—. Vas a darte cuenta de que en la vida te enamorarás de personas que no sentirán lo mismo por ti. No será tu culpa, ni de ellos. Solo no está destinado a ser.

—¿Lo estás defendiendo? —No quería nombrarlo. Por alguna razón, creía

que decir su nombre lo sumergiría en nuestro espacio y habría perdido la despreocupación por mi lío amoroso que había conseguido al ser distraída por Traian.

—No lo estoy defendiendo —volvió su tono rudo. Esta vez, sabía que su enojo no estaba dirigido a mí, así que no me tensé—. Nunca podría excusarlo. Una cosa es no amar a una persona y otra muy diferente es maltratarla. Si no te ama, es comprensible... Es un idiota ciego, pero como te dije, es comprensible. El asunto radica en que él pudo decirte con amabilidad que no te correspondía y seguir siendo tu amigo, no tratarte como si fueras el causante de todos los males de la humanidad.

—Eres muy sabio, ¿sabes? —Intenté aligerar el ambiente—. Y yo pensando que solo eras una cara bonita.

—Pues, ya ves. —Notó mi cambio de tema pero sonrió—. También tengo algo de cerebro. Lo uso con las mujeres la mitad del tiempo.

—¿Y la otra mitad del tiempo?

—Uso otra parte de mi cuerpo.

Lo esquivé y entré en la cocina como un cohete. Era la quincuagésima vez ese día que Traian me hacía sonrojar con un comentario indecoroso y en esa ocasión no iba a permitir que viera el efecto que tenía sobre mí. Fui a la estufa y la apagué. El tocino había quedado un poco más cocinado de lo que era necesario debido a que nos distrajimos, pero de igual manera olía delicioso. Mi estómago comenzó a gruñir. Había desayunado hacía unas horas y ya tenía hambre.

—¿Dónde aprendiste a cocinar? —le pregunté mientras abría los muebles y sacaba platos, vasos, tenedores y cuchillos.

Guardó un silencio inusual, pero comenzó a hablar antes de que yo pudiera preocuparme otra vez.

—Aprendí hace un tiempo, fue por necesidad. No había nadie que cocinara para mí, así que buscaba las instrucciones en internet, veía algunos vídeos y lo intenté hasta hacerlo bien. Además, Ángela —soltó una risa—, hacer panqueques no es una ciencia experimental.

—Para mí lo es —le gruñí mientras repartía tantísima comida en dos platos—. No sé si lo notaste, pero soy un asco cocinando.

—Sí, amor, lo noté.

Fingí no haber escuchado su apodo cariñoso. Podría seguir diciéndome "pequeña" o de esa nueva forma que me negaba a repetir, pero yo actuaría como si no fuera nada relevante. Tenía la esperanza ciega de que las amistades

entre hombre y mujer normalmente fueran así de emocionantes y con una infinidad de apelativos afectivos. De lo contrario, ¿por qué Traian me trataba de esa manera? ¿Era así de afectuoso con todas las mujeres o solo conmigo? No era que la idea de él llamando a otra chica por mi mismo apodo me molestara, era solo curiosidad.

Llevé los dos platos repletos de panqueques y tocino hasta la isla de la cocina. Rellené los vasos con más jugo de manzana y coloqué todo de tal manera que estuviésemos listos para comer. Entonces, respiré profundo y rodeé la isla para ir a sentarme junto a él en uno de los bancos de madera favoritos de mi madre. Inmediatamente mi hombro rozó el brazo de Traian así que sutilmente alejé mi asiento.

Tuve que mantener fija la mirada en la comida frente a mí y así no parecer más extraña al observarlo comer. Mi curiosidad por cada cosa concerniente a Traian, desde su tatuaje hasta su forma de masticar, era muy inusual, por no decir que temía que no fuera sana. Ya había estado en una relación tóxica antes y si notaba que esta nueva amistad comenzaba a perjudicarme tanto como la anterior, iba a alejarme. No era opcional.

—¿Le pasa algo a tu comida? —preguntó. Estábamos tan callados que pude sentir en mi plato la vibración de su voz.

—Solo estaba pensando. —Hace unos momentos mi estómago gruñía, pero al divagar en mis pensamientos se extinguió mi apetito. Empujé mi plato hacia Traian, que ya había acabado más de la mitad del suyo—. ¿Quieres?

—¿Qué está mal? —bajó sus utensilios y centró toda la intensidad de sus ojos en mí.

Odiaba y a la vez amaba ser la receptora de tal preocupación. Definitivamente yo era una maraña de emociones confusas y contradicciones.

—Solo no tengo hambre. Son apenas las diez de la mañana, desayuné hace pocas horas.

—Ví cómo mirabas la comida hace un momento y lucías hambrienta. —En su plato cortó trozos de tocino que pinchó con el tenedor. Giró su cuerpo hacia mí y acercó el alimento a mi boca—. Ábrela.

—¿Qué? —Debía estar bromeando. Yo no iba a permitir que me alimentara—. No.

—Ábrela grande, Ángela. Te estoy dando de comer a partir de ahora.

No pude evitarlo y me eché a reír.

—No soy una bebé.

Entrecerró sus ojos y dio un rápido escaneo a mi cuerpo. Lucía más

preocupado que otra cosa.

—Estás demasiado delgada.

Casi me caigo de mi asiento ante el ataque de risa que me produjo su afirmación.

—Tengo diez kilos de más, campeón. Me urge comenzar la dieta.

Traian bajó el tenedor y lo dejó en su plato con un pequeño estrépito. Me alegraba que renunciara porque definitivamente yo no iba a permitir que me diera de comer. Era increíblemente extraño y parecía un acto tan íntimo que analizarlo demasiado podría sacarme de quicio.

—¿Por qué eres una chica tan difícil? —cuestionó.

—Creo que de otra forma no te interesaría.

Me arrepentí en cuanto las palabras salieron de mis labios. ¿En qué estaba pensando? Sugerí que yo le interesaba y él podría tomarlo en el sentido romántico. Me sentía tan avergonzada. Abandoné mi asiento de un salto y sin atreverme a mirarlo caminé hasta la televisión de la sala y la encendí. Necesitaba que la voz de un extraño inundara mi casa ante el repentino, aunque justificado, silencio de mi invitado. Temía que respondiera mis últimas palabras porque sabía que me haría sentir aún más humillada. Tendría que aprender a cerrar mi boca.

—Mira —señalé el televisor, necesitando borrar la repentina incomodidad — es Sandra Bullock. Me encantan sus películas.

Me senté en el sillón y clavé mis ojos oscuros sobre el televisor. Realmente no tenía idea de qué película era, pero tenía los músculos del cuello tan tensos que podría partirse a la mitad. Me negaba a mirar hacia la derecha, donde Traian permanecía en silencio mientras terminaba de comer. Sabía que ambos estábamos pensando en lo que yo había dicho y no sabía qué más hacer para que lo olvidara. Sería más cuidadosa a la hora de abrir la boca a su alrededor.

—Ella es genial —volví a hablar después de un rato de crudo silencio. Seguía sin saber de qué iba la película, solo veía a la actriz peleando contra tipos enmascarados—. Mira esos movimientos, es una mujer increíble.

Escuché las patas del asiento rasgar el suelo cuando Traian se levantó. Yo podría hacerme pasar perfectamente por una estatua de mármol en ese momento. Lavó los platos en el fregadero, los secó y los guardó. Debo confesar que estaba espiándolo un poco por el rabillo de mi ojo. Le tomó un par de minutos y entonces ni la película fue capaz de apaciguar la incomodidad que nadaba entre los dos.

Inhaló aire como si lo necesitara. ¿Planeaba venir a decirme unas cuantas verdades? Con mi visión periférica supe que se dirigía hacia mí. Fingí estar profundamente interesada en la extraña escena que se estaba desarrollando en la pantalla, decidida a ignorar la manera en la que se erizaron los vellos de mis brazos cuando se detuvo a mi lado.

—¿Verás la película conmigo? —por más que lo intenté no logré camuflar el nerviosismo de mi voz.

Se sentó. Permanecí tan quieta que no era natural. Sabía que cualquier movimiento de mi parte haría que nuestros cuerpos se rozaran, pues el sillón no era de un tamaño muy grande. Si estiraba mi brazo podría tocar su pierna y si giraba mi cabeza solo estaría a unos cuantos centímetros de la suya.

Percibí su mirada en mi perfil. ¿Qué tanto observaba? Casi podía sentirla como una caricia sobre mis facciones. ¿Se estaría preguntando qué tan mal de la cabeza estaba yo como para sugerir que tenía algún tipo de interés romántico en mí?

—Tienes razón —dijo al final.

—Sí —tragué. Los nervios me hacían juguetear con las manos en mi regazo—, es una actriz estupenda.

—No me refería a eso —pronunció con lentitud.

A partir de ese momento, ninguno de los dos volvió a hablar. Íbamos por la tercera película cuando me quedé dormida.



Al despertarme no estaba plenamente consciente y sin embargo tenía muy claro que me encontraba sobre Traian. El día se había enfriado y los sonidos de un anuncio en la televisión eran lo único que lograba percibir. Mantuve los ojos cerrados mientras poco a poco comenzaba a volver en mí. La única razón por la que no saltaba y me alejaba de él era porque aún estaba somnolienta y podía hacerme creer que todo era un sueño con tal de mantenerme unos cuantos segundos más en aquella posición. Mi brazo izquierdo se encontraba doblado entre nuestros pechos, mi mano derecha colocada en algún lugar cerca de su corazón. Tenía la nariz enterrada bajo su barbilla y mis piernas estiradas sobre las suyas.

Ahora era plenamente consciente, pero decidí permanecer invidente. La respiración de Traian era lenta pero fuerte y me hacía ascender y descender sobre su pecho con facilidad. Aspiré todo el aire que me fue posible y llené mis pulmones con su aroma. Sabía que tenía que alejarme de él y proferir

gritos con indignación, pero me sentía tan cómoda por primera vez en años que no planeaba distanciarme pronto, aunque las hipócritas reglas de la decencia y la sociedad exigieran lo contrario.

¿Estaba dormido también? No lo sabía, así que me convenía fingir que yo seguía soñando con tal de que no me apartara. Sin lugar a dudas ese día había resultado más bizarro de lo que podría haber imaginado, pero me estaba gustando. ¿Para qué lo iba a negar? Fui maltratada por un cretino por mucho tiempo y ahora me sentía encantada por la atención que recibía de un hombre que apenas conocía. A muchos les parecería amoral o algo de lo cual avergonzarse, pero me importaba muy poco en ese momento. Había llorado tanto que no iba a separarme de quien estaba consiguiendo hacerme sentir una chica atractiva que poco a poco comenzaba a levantar su autoestima.

Que se jodiera la gente, que se metieran su puritana opinión donde quisieran. ¿Que no era correcto acurrucarme tranquilamente con un extraño? Quizá no lo era. ¿Que no estaba bien sentirme comfortable al lado de alguien cuyos secretos más oscuros desconocía? Pues no lo estaba. Pero era la realidad que estaba viviendo, sintiendo un placer que merecía después de muchas lágrimas. No iba a negármelo para aparentar ante los demás. ¿Qué harían ellos por mí cuando volviera a sentirme mal?

Acaricié el cuello de Traian con un movimiento de mi nariz y él soltó un diminuto suspiro. No tardé mucho en volver a caer en un sueño profundo.



Volví a despertarme. Tenía que averiguar qué hora era pues mi madre llegaría a casa del trabajo cerca de las seis de la tarde. Además, me estaba muriendo de hambre. Creo que fue el movimiento en mi estómago lo que me despertó. Si no, posiblemente hubiera seguido durmiendo hasta la noche. Traian no era tan suave como una cama pero fue su presencia la que sirvió como embrujo para hacerme descansar en compensación por todas esas noches que pasé en vilo.

Abrí los ojos y tuve que pestañear hasta volver a adaptarme a la luz; eso solo era una pista de todas las horas que había pasado durmiendo. No me extrañaría que fueran pasadas las tres de la tarde. Necesitaba espabilarme, conseguir algo de comida e ir al baño con urgencia. Alcé la cabeza y me encontré con Traian quien también estaba durmiendo, justo como lo sospeché. Sus pestañas eran del color del ébano y hacían parecer sus mejillas aún más blanquecinas. Era un contraste que me dediqué a estudiar por varios segundos

silenciosos. Estaba sumergido en un sueño profundo y tenía el privilegio de poder examinar su rostro sin temor a quedar como una acosadora, así que me fijé en cada pequeño detalle sobre su tez y en la forma en la que sus labios entreabiertos dejaban escapar su respiración.

Él tenía sus brazos envueltos alrededor de mi cintura, con una cantidad de fuerza que podría sugerir que no era del todo consciente de lo que estaba haciendo. Requirió demasiada voluntad separarme y con delicadeza desenvolver sus brazos de mi cuerpo. Toqué el suelo con mi pie y logré levantarme sin despertarlo. Permanecí de pie junto al sillón, pensando otra vez en cuán inverosímil resultaba mi situación. Tenía al chico de ojos grises y actitud intimidante con su cabeza apoyada en el reposabrazos de mi sofá, el cuerpo estirado y sus brazos ahora sin alguien a quien aferrarse. Casi podría hacerse pasar por una criatura inmaculada en esa posición.

—No puedo creer que te hayas acurrucado con él.

Solté un pequeño grito y me giré. En cuestión de segundos la adrenalina había corrido como fuego por mis venas y estaba preparada para lo peor. Nunca imaginé encontrarme con mi antiguo mejor amigo con su espalda apoyada contra la pared junto a la puerta cerrada, los brazos cruzados con fuerza sobre el pecho y mirándome con tal cólera que podría convertir mi voluntad en cenizas.

—¿Cómo demonios entraste? —no grité, pero requirió un gran esfuerzo poder moderarme. Mi corazón estaba a punto de desmayarse.

Traian se removió mas no se despertó y la mirada de Sebastián cayó sobre él con una mueca de puro disgusto.

—No le conoces y ya han dormido juntos —sonó tan frío que me estremecí.

—¿Cómo entraste, Sebastián?

—La puerta de esta casa siempre estuvo abierta para mí, y siempre lo va a estar.

—¡Lárgate! —pronuncié con un grito ahogado. Mi cabeza comenzaba a doler y no podía creer lo que estaba pasando. ¿Estaría soñando otra vez?—. ¡No vuelvas a entrar a mi casa sin mi consentimiento!

Parecía hacer un gran esfuerzo para no comenzar a gritar. Su contención era tan peligrosa como la mirada en sus ojos.

—Esta fue mi casa también. Nunca tuve que pedir ser invitado.

—Eso es el pasado. ¿Crees que puedes entrar —grité— y observarnos dormir como un enfermo?

—La puerta estaba abierta.

—¡No me importa! ¡Fuera de mi casa! ¿Te escapaste del colegio?

—Necesito hablar contigo. —Presionaba sus dientes juntos con tal fuerza que podrían romperse. Separó su espalda de la pared, sin embargo, no se acercó a mí. Mantuvo las manos echas puños a sus costados y sus ojos echaban chispas al igual que los míos.

—No voy a hablar contigo —sentenció con dureza.

—¡Joder, necesitamos hablar!

—¡Fuera de mi casa!

—Ángela...

—¿Qué parte no entiendes? ¡Fuera!

—Mi mamá tiene leucemia.

Capítulo 10

—¿Qué?

—Mi madre tiene leucemia, Ángela. —Sebastián se acercó dos pasos. Sus ojos comenzaron a brillar con lo que parecían lágrimas contenidas, y tensó su mandíbula—. Venimos del hospital. Se lo diagnosticaron hace una hora.

—¿Qué? —insistí. Esa única sílaba se convirtió en una súplica rota.

La madre de Sebastián, Sofía, debía tener en la actualidad alrededor de cuarenta y un años. Tenía el cabello largo y tan oscuro como el de su hijo, sin embargo sus ojos eran del color de la avellana y era muy delgada. Daba tal apariencia de fragilidad que me preocupaba abrazarla con demasiada fuerza y que se partiera por la mitad. Sus brazos y piernas parecían palillos de dientes y no podía mantener un kilo extra en su cuerpo por más que lo intentara. Yo misma fui testigo de cuántas veces le fue encomendado subir de peso por motivos de salud y ella, por más que lo intentaba, no lo conseguía.

Sofía era una madre devota. Quizá no era tan cariñosa como la mía, pero realmente se preocupaba por sus hijos. Dio a luz a su primogénita cuando apenas tenía diecisiete años, siendo abandonada por el padre adolescente de su hija. Vivió en la casa de sus padres e hizo todo lo que estuvo a su alcance para poder mantenerla. Limpió casas, vendió libros para colorear junto a los semáforos de las calles, recicló todo lo que estuvo a su alcance y fue cajera de un restaurante de comida rápida. Al cumplir la mayoría de edad, trabajó como secretaria por un corto período de tiempo, pero debido a su inexperiencia y a su evidente falta de estudios fue despedida del primer trabajo con un sueldo mínimo que había conseguido en su vida.

—No. —Sentí la presión de las lágrimas comenzando a agolparse en la parte trasera de mis ojos—. Eso no puede ser verdad.

Un mes después de ser despedida de su puesto como secretaria, el padre de Sofía murió por un ataque al corazón. Él era quien a duras penas conseguía mantener a su familia con la pensión que ganó gracias a su trabajo como albañil en antaño, y su muerte fue un golpe determinante para el curso que tomaría la vida de la madre de Sebastián. Las cuentas comenzaban a acumularse y amenazaron con desalojarlos de su casa si no pagaban el precio de la renta, que no hacía más que aumentar. Tenía a su madre discapacitada de sesenta años y a su hija a quienes alimentar.

Sofía recurrió a la prostitución meses antes de cumplir los diecinueve años de edad.

—Mi madre morirá, Ángela —escupió Sebastián. Su lamento era tan grande que por primera vez en mucho tiempo pude verme reflejada en él—. Mi madre morirá y no hay una maldita cosa que pueda hacer para evitarlo.

—¡No! —grité, dando un paso atrás. Lo apunté con mi dedo, sintiendo la primera lágrima deslizarse desde mi ojo derecho—. ¡Me estás mintiendo!

—Quisiera que no fuera cierto.

Sofía quedó embarazada de Sebastián siete meses después de comenzar a vender su cuerpo. El padre del niño era un cliente habitual del prostíbulo donde ella trabajaba. Lo único que mi madre y yo sabíamos era su nombre: Rafael, y que era un vendedor de droga que frecuentaba dicha zona. Al enterarse del embarazo golpeó a Sofía hasta causarle una hemorragia que la envió de emergencia al hospital, no perdiendo a su hijo por verdadera intercesión divina.

Después de ese día, Rafael no volvió a aparecer por el prostíbulo. Se esfumó como el sueño de una noche de verano y nadie lograba localizarlo. Algunos creían que murió a causa de disputas entre pandillas, aunque Sofía tenía la certeza de que desapareció para no hacerse cargo de su hijo, al igual que el padre de su primogénita hija.

Esa era solo una parte de la historia, que la mejor amiga de mi madre le había contado un año después de conocerse. De pequeña siempre me cuestionaba dónde estaba el papá de Sebastián y mi mamá solo me decía que se había ido porque no amaba a su madre. Sabía que mi mejor amigo conocía la verdadera historia sobre el paradero de su progenitor, pero por más íntimos que nos volvíamos y por más cosas que compartíamos, nunca quiso contarme.

Pude enterarme hasta que cumplí trece años, cuando mamá decidió relatármelo todo con confidencialidad. Ese día lloré toda la noche. Sebastián vino a casa para consolarme, lo que no sabía era que yo estaba sufriendo por él.

—La leucemia es tratable —razoné con apenas un hilo de voz. Nos encontrábamos de pie uno frente al otro, pero yo me sentía inestable. Si movía algún músculo podría marearme y caer.

—Está muy avanzado —bajó la mirada y su voz se partió en sílabas discordantes.

—Eso no es posible. —Me llevé las manos a la cabeza y tiré de mi cabello con frustración—. ¡Tu madre nunca ha presentado síntomas! Ella siempre ha estado sana.

—¿Qué está sucediendo? —Escuché a Traian ponerse de pie detrás de mí.

Se detuvo a centímetros de mi espalda y engrosó la voz—: ¿Qué haces tú aquí?

El fuego en Sebastián volvió a avivarse con el doble de intensidad. Sus ojos parecieron brillar ahora con furia, contemplando a Traian como si fuera lo que necesitaba para purgar los sentimientos que acumulaba dentro.

—¿Cómo eres tan descarado para venir a su casa cuando su madre no está y echarte a dormir? Mírate, sin camisa y vistiendo solo un delantal. ¿Crees que eso está bien?

—¿Tengo que darte explicaciones a ti, que viniste a su casa después de tratarla como basura? —Realmente sonaba indignado—: ¿Cómo eres tan sinvergüenza?

—¡Aléjate de nuestra vida! —gritó Sebastián—. No perteneces aquí. Eres solo un imbécil que se entromete donde no debe. ¡Detente antes de que yo mismo te ponga un alto!

—¿Me estás amenazando? —Traian dio un paso al frente y chocó contra mi espalda.

—¡Alto los dos! —grité con rabia. Clavaron su mirada en mi diminuta figura. La furia corría como fuego por mis venas, calentándome ante la idea de golpearles la cara hasta calmar el dolor que sentía dentro—. ¡Se callan! Me interesa una mierda, ¿me oyen?, ¡una mierda la estúpida rivalidad que ustedes tengan! Este no es el momento ni el lugar. —Me giré hacia Sebastián y concentré toda la fuerza de mi voz en él—. ¡No vas a venir a mi casa a decirme que tu madre está muriendo y luego provocar una pelea!

—Entonces saca a este imbécil de tu casa —siseó en respuesta.

—Si no te largas en dos segundos, te juro por Dios que terminaré lo que empecé ayer —amenazó el aludido. Sentía toda la tensión de su cuerpo contra mí.

—¡Maldición, alto! —grité con toda la fuerza de mis pulmones. Sabía que los vecinos debían haberme escuchado pero no me importaba. En ese momento, muy pocas cosas lo hacían—. Una sola palabra más que salga de sus bocas y ambos se largan de mi casa. ¡Me tienen harta!

—Ángela. —Traian colocó sus manos en mis hombros y suavizó su voz. Estaba tan alterada que cualquier movimiento brusco me haría romper en llanto y él de alguna forma lo notó. Intentó serenarme—: A continuación vas a inhalar despacio, amor, ¿está bien?

Todo lo que Sebastián había estado conteniendo, estalló.

—¿Amor? —bufó con ojos oscurecidos. Entonces gritó—: ¡Quítale las

manos de encima!

—¿Quién te crees que eres, joder? —explotó Traian.

—Lárgate de esta casa, Serbian. Esto es entre ella y yo. Tú no perteneces aquí.

—El que ya no pertenece aquí eres tú.

—¡Deténganse! —supliqué mientras comenzaba a llorar. Un sollozo surgió desde lo más profundo de mi pecho y me hizo temblar mientras lo expulsaba —. ¡Alto, por favor, alto! Alto...

Me cubrí el rostro con las manos y comencé a soltar gemidos de dolor. Tenía la garganta cerrada con tal fuerza que mi llanto quedaba atrapado en mi pecho. Abrí la boca intentando aspirar aire pero mis pulmones no conseguían reaccionar. Mi llanto se convirtió en algo tan horrible que no podía creer que dichos sonidos provinieran de mí.

Pasaron un par de segundos hasta que me alzaron con delicadeza y me sentaron sobre el sofá. Lo noté porque mi cuerpo se hundió en él, mas no aparté las manos de mi rostro. Escuchaba una voz hablándome con rapidez pero sus palabras no atravesaban la confusión y la desesperación que estaban controlando cerebro. Sentí manos tocando distintas partes de mi cuerpo y cómo me movían de una posición a otra. No tenía la menor idea de lo que estaban haciendo.

Las manos me abandonaron, yo permanecí llorando. Regresaron poco tiempo después y volvieron a tomarme en brazos. Esta vez me sentaron sobre un regazo, con mi espalda contra el reposabrazos y las piernas estiradas a lo largo del sillón. Suavemente intentaron hacerme apartar las palmas de mi rostro; les fue difícil. Estaba agarrotada en dicha posición, no quería moverme. Tuvieron que aplicar cierta fuerza para hacerme descender las manos a mi regazo.

Seguidamente, algo húmedo se posó en mi frente y lo arrastraron a lo largo de mis mejillas, secando las lágrimas, y luego limpiaron mis ojos. Era un trabajo inútil, pues los lamentos seguían empañando mi visión, pero permanecían frotándome con lo que parecía ser una toalla fría. Sentí unos labios helados posarse con delicadeza en el nacimiento de mi pelo y aquello al fin me hizo salir poco a poco de mi estupor. La persona que trataba tan duro de tranquilizarme comenzó a hablar:

—Calma, pequeña. Tienes que respirar, ¿de acuerdo? Vas a hacerlo muy despacio.

—No puedo —balbuceé.

—Sí puedes. —Lo observé dejar la toalla a un lado, la cual no sabía de dónde había sacado, y me reacomodó en su regazo de tal forma que mi cabeza estuviera sobre su hombro—. Vas a inhalar... Muy bien, ahora exhala, lento... Repítelo.

Así lo hice. Mis respiraciones eran interrumpidas por un hipo perseverante y el dolor casi provocó que volviera a sollozar en varias ocasiones. Las lágrimas seguían deslizándose por mis mejillas sin poder evitarlo, dejaban rastros de agua helada tras su paso, pero al menos comenzaba a respirar sin gimotear. Centré mi mirada en la alfombra frente al sillón y seguí las instrucciones de Traian, quien me confortaba con el suave barítono de su voz.

—Está bien, ¿lo ves? —me preguntó con la delicadeza que se emplea al estar comunicándose con un niño pequeño—. Ahora estás mejor.

—Gracias —hipé. Era inevitable.

Mandé al infierno cualquier rastro de pudor; mi mente solo era ocupada por la declaración de Sebastián sobre la enfermedad que le habían diagnosticado a su madre. Apoyé un costado de mi cabeza sobre el hombro de Traian, escondí el rostro entre el hueco bajo su mandíbula y cerré los ojos con fuerza. Quería abrirlos desesperadamente y darme cuenta de que era una pesadilla espantosa, pero el dolor se sentía demasiado real. Mi estómago se encontraba anudado con una tensión a punto de hacerme estallar en un lloriqueo frenético otra vez.

Aceptar que Sofía iba a morir me parecía tan inverosímil como mortificador. Era tan cercana a mí; nos habíamos distanciado este último par de años pero sabía en mi corazón que seguía siendo la misma mujer luchadora con la que crecí. El cariño que sentía por ella no podía esfumarse. Era importante para mí aunque hubiéramos perdido contacto, porque algo como la distancia no es capaz de extinguir un sentimiento a menos que se lo permitas. Y yo la quería, pues me había enseñado cosas como la valentía y la fuerza que yace dentro de una mujer determinada por salir adelante, lecciones que recordaría de por vida.

Sabía que la leucemia era tratable, pero si se encontraba en una etapa tan avanzada como afirmaba Sebastián, ¿cómo nadie lo había notado antes? Gran parte de la impresión fue saber que la última vez que la vi era la misma mujer que me conocía desde niña y ahora me afirmaban que estaba muriendo. Mi cerebro no podía asumir una imagen así. En mi cabeza seguía siendo la Sofía que agarraba muy fuerte nuestras manos cuando cruzábamos la calle para ir a comer un helado.

La noticia destruiría a mi madre, sin duda alguna. La arrojaría al suelo y la haría pedazos; yo tendría que recoger cada uno de ellos cuando ni siquiera podía asimilar la noticia por mí misma. Todo de pronto pareció convertirse en un infierno. Necesitaba saber si había algo que se pudiera hacer, y si no, cuánto tiempo le quedaba de vida.

—¿Sebastián? —llamé en un susurro. Mi garganta dolía y mis ojos permanecían cerrados.

—Se ha ido —contestó Traian con suavidad—. Se marchó en cuanto te senté en el sillón.

No respondí, pues creía cada una de sus palabras. Por supuesto que eso sería algo que Sebastián haría. Arrojaría una bomba como esa y luego se marcharía sin dar explicaciones y sin preocuparse por cómo afectaría a los demás. ¿Había venido directamente desde la oficina del médico para decírmelo? ¿Por qué? Se suponía que me odiaba, que no éramos amigos, ¿pero aún permanecía la confianza como para venir a contarme algo así? Desconocía si lo había hecho solo por compromiso, porque sabía cuán importante era su madre para mí, o si había venido aquí directamente en busca de apoyo y se había exaltado notando la presencia de Traian.

Nunca podía acertar sobre los pensamientos que motivaban las acciones de mi antiguo amigo y creo que nunca lo haría. Sería una pérdida de tiempo y un dolor de cabeza inmenso el insistir en averiguar cuál fue la verdadera razón por la que Sebastián decidió buscarme para hablar sobre la noticia. Lo único que tenía claro en ese momento era que mis ojos ardían, mi estómago se retorció y mi cabeza palpitaba ante la migraña.

—Ella morirá —susurré y envolví mis brazos alrededor del torso de Traian en un abrazo que de pronto necesitaba para poder respirar.

Me rodeó con sus extremidades de igual forma y me presionó contra su pecho como si quisiera fundir juntos nuestros cuerpos. Más que extraño, lo encontré como una roca de la que sostenerme para no caer en el sufrimiento.



—¿Dónde está tu habitación? —preguntó Traian después de una largo período de tiempo.

Desconocía la hora pero podría apostar a que mi madre llegaría en cualquier momento y me encontraría en una condición deplorable. Además, me preguntaría quién era Traian y no tenía los ánimos suficientes para comenzar a formular una respuesta cuando yo también me lo cuestionaba. ¿Qué le diría,

que recién lo conocía y me había escapado del colegio con él? También era consciente de que esa tarde debí haber asistido a mi segundo día de castigo y, luego de dormir tantas horas y del drama que vino después, había faltado por completo. En otras circunstancias jamás lo olvidaría pero mi día había estado repleto de cosas confusas y muy dolorosas. Lo que menos me importaba era mi situación académica.

—Subiendo las escaleras, la puerta de la derecha —mi voz sonaba tan ronca que por un momento me detuve a analizar si era mía. Había perdido la cuenta de cuántas lágrimas silenciosas había derramado durante el tiempo que estuve refugiada entre los brazos de mi invitado; mis ojos ardían y sentía el cuerpo tan débil que no me creía capaz de ponerme en pie por mí misma.

—Voy a cargarte, ¿está bien? Necesitas descansar, te dejaré en tu habitación y luego me marcharé.

—No hace falta, puedo quedarme aquí. Debo esperar a que llegue mamá para darle la noticia.

—Escúchate, Ángela. No sueñas ni te ves bien. ¿A qué hora llega tu madre? —Le respondí que cerca de las seis o un poco más tarde—. Apenas son las cinco treinta. Duerme un rato. Vas a necesitar estar fuerte.

No pude replicar. Desenterré mi rostro del hueco de su cuello y levanté la mirada. Mi cabeza pesaba como un yunque y los leves mareos lograban desestabilizarme por segundos. Realmente necesitaba cerrar los ojos y no torturarme con ningún pensamiento al menos por una hora. Así que miré la preocupación en los ojos expresivos de mi nuevo amigo y no pude evitar ceder ante su deseo. Asentí con la cabeza.

Se levantó conmigo en sus brazos. Se sentía extraño y no pude evitar notar la facilidad con la que me cargaba, como si pesara menos de los setenta y tres kilos que me agobiaban algunos días. Si se tratara de cualquier otra persona habría temido que me dejara caer y me negaría en seco a que intentara subir los escalones conmigo en brazos, pero algo dentro de mí me aseguraba que Traian no me fallaría, así que abracé su pecho apenas cubierto y permanecí quieta mientras crujía la madera de la escalera.

La puerta de mi habitación era blanca y me tensé cuando Traian la abrió sin ninguna duda. Eso era lo que había temido hacía unas horas, que viera mi añorada habitación. Ya había dado varios pasos dentro y se detuvo un momento para contemplar todo. Lo miré analizar los colores que cubrían las paredes y la combinación de tonos pastel que en su momento me pareció adorable. Yo también había pasado mi etapa de crearme una princesa y aunque

siempre estuvimos escasos de dinero, mamá y yo usamos nuestra creatividad para que el lugar se viera mínimamente decente. Ahora me arrepentía de no haber elegido mi opción B que era decorar todo con motivos de los Power Rangers; eso sería más aceptable.

Traian por fin avanzó. Temía que decidiera soltarme y salir corriendo a partirse de la risa, pero permaneció impasible, rodeado de esa aura de serenidad y determinación que me hacía preguntarme por qué se preocupaba tanto por mí. Algunas cosas podía entenderlas, pero él era tan bondadoso que parecía irreal; temía descubrir que tenía intenciones ocultas después de todo y que terminaría siendo igual o peor que Sebastián. Los hombres perfectos no existían y eso me hacía preguntarme qué era lo que Traian intentaba tan duro de ocultar. No podía dar protección y cariño a una desconocida si no había una razón que motivara sus acciones.

Dio los pasos que faltaban y me colocó en la cama con suavidad. Perdí la sensación de firmeza de su pecho y fui engullida por almohadones de terciopelo. No podía dejar de observarlo al alejarse de mí; sabía que debía parecer perturbada al no hablarle y contemplar su rostro fijamente, pero había algo que me mantenía allí, sin perderlo de mi vista para asegurarme de que todo lo que estaba pasando era real.

—¿Quieres algo? —preguntó, cruzando sus brazos sobre el pecho y mirándome hacia abajo—. ¿Un té? Aunque realmente deberías comer.

—No tengo apetito —susurré, no porque me preocupara que nos escucharan sino porque mi garganta estaba cerrada.

—No comes desde el desayuno. —Sentenció—: Necesitas alimentarte. Ángela, no puedes echarte a morir por la noticia. —Abrí la boca con indignación, pero levantó una de sus manos y me interrumpió—: No digo que no sea duro. Lo es, créeme, pero deprimirte no ayudará a la madre de Videla ni hará algo por ti.

—Un emparedado —acepté sin querer discutir por el tema—. Me prepararé uno.

—Yo lo haré. Espera aquí.

Giró, a punto de marcharse. No sabía si se debía a todo el estrés emocional y a la fatiga física que había experimentado ese día, pero una llamarada de enojo comenzó a arder dentro de mí. Me encontré con la suficiente energía para sentarme sobre la cama y cuestionar con voz dura:

—¿Por qué haces esto? ¿Por qué me ayudas?

Vólteó sorprendido, pero lo ocultó de inmediato. Comenzaba a molestarme

que pudiera esconder tan bien algunas de sus emociones y en cambio yo fuera un libro que cualquiera podía leer y manipular a su antojo.

Traian me observaba, furiosa sobre la cama, y de seguro se cuestionaba por qué se tomaba tantas molestias conmigo cuando podría estar divirtiéndose con sus amigos. De cualquier forma, permaneció sosegado y respondió:

—Me preocupo por ti.

—¿Por qué? —insistí. Necesitaba saberlo. Un chico nunca se había preocupado por mí como lo hacía él. ¿Qué planeaba? No tenía idea pero me ponía de los nervios pensar en que en el minuto en que yo comenzara a encariñarme con él, simplemente se iría porque ya habría conseguido lo que quería.

—Haces que sienta... cosas.

—¿Qué cosas? Dios sabe que no te entiendo nada, Traian.

—Tu cabello —de pronto bajó la voz, casi como si susurrara. Eso me hizo preocuparme muchísimo y me llevé una mano a mis rizos dorados.

—¿Qué hay con él?

—Es igual al de ella. —Tragó con fuerza, su cuerpo pareció tensarse. Desde la cama pude percibir cómo su respiración se agitaba.

Sabía que era una apuesta arriesgada, pero tenía que intentarlo. Mi interior rugía ante la repentina necesidad de saberlo. Si se molestaba o si yo estaba equivocada, tendría que afrontar las consecuencias después. Así que enderecé mi postura y con una voz de aparente calma, pregunté:

—¿Romance?

Estaba segura de que daría media vuelta y se marcharía de mi casa. Sin embargo, aunque le tomó una lucha interna y varios segundos donde parecía batallar para mantener el control, finalmente asintió.

—¿Ella era rubia? —insistí. Estaba tentando mi suerte, pero haría lo que fuera por descifrar cualquier cosa sobre él.

—Odiaba su cabello, siempre quiso que fuera rizado y castaño. Pero era hermoso... Me recordaba a la luz del sol. Eres la primera chica que tiene un cabello igual al de ella.

Estaba atónita, sin tener la menor idea de qué responder. Dar las gracias parecía tan inapropiado como insensible. Pero, ¿qué decir ante semejante declaración que parecía precipitada desde la esencia oscura de su alma?

—Su nombre es precioso —me encontré respondiendo con honestidad.

Traian aspiró y exhaló lentamente antes de asentir. No soportaba verlo tan serio, como si cualquier movimiento brusco lo hiciera saltar y el solo pensar

en ello lo martirizara.

—Significa «la que viene de Roma». Sus padres le pusieron así porque nació sorpresivamente durante unas vacaciones en Italia.

Ahora quien parecía necesitar un té y algo de descanso era él. Me negaba a seguir escuchándolo hablar con una voz tan torturada. ¿Romance había muerto? Estaba casi segura de que sí y que a ello se debía su tatuaje en el cuello. Mi conjetura era que Romance fue su primera y última novia, por quien decidió ser monógamo, pero de alguna forma falleció y eso marcó su vida. Si estaba en lo cierto, mi teoría explicaría muchas de las acciones y las palabras de Traian. Aunque pensar en que esa fuera la verdad hacía que mi corazón doliera por él. No éramos amigos íntimos, pero que perdiera al amor de su vida me desgarraba por dentro como debía desgarrarlo a él todos los días.

Estuve a punto de cambiar de tema para borrar esa mirada mortificada, pero se adelantó y salió por la puerta sin darme una última mirada. Ni siquiera cerró, solo estaba allí de pie mirándome y dos segundos después lo escuché bajando las escaleras. Suspiré con pesar. La vida de Traian no eran dulces caramelos y no necesitaba que me contara mucho para saberlo. Si yo le recordaba a Romance, aquello explicaba por qué se acercó a mí aquel día en el estacionamiento y por qué parecía que no podía permanecer lejos desde entonces. Si estar cerca de alguien que le recordaba un poco a su novia hacía que doliera menos su corazón, entonces aceptaría darle eso y permanecer callada al respecto.

Me dejé caer de nuevo sobre la cama. Miré el techo de mi habitación y aferré una almohada contra mi pecho. Pensé en la vida dura que había llevado Sofia desde corta edad y cómo de lacerantes serían los últimos meses de su existencia. Me negaba a aceptar que moriría. No podía imaginar este mundo sin ella; era como resignarme a perder a mi propia madre. Comenzaba a lamentar esos dos años que estuve lejos, tiempo que podría haber aprovechado. Quizá yo habría notado algo, la habría podido llevar al médico a tiempo para que la quimioterapia funcionara. El dolor era una espiral oscura que se adueñaba de todo mi cuerpo. No podía sacar de mi cabeza la imagen de la madre de Sebastián y de cómo no volvería a ver su sonrisa dentro de un tiempo.



—Ángela, despierta. —Escuchaba la voz pero el sueño me absorbía y me mostraba renuente a abrir los ojos—. ¡Ángela! Maldita sea, ¡despierta! ¿Te

drogaste o qué? —Comenzaron a sacudir mi cabeza de un lado al otro, así que lancé un golpe con la esperanza de haber llegado a mi atacante—. ¡Mi ojo! —chilló y recibí un pellizco enfurecido que me hizo espabilar en fracciones de segundo.

—¡Ya, ya, Valerie! Ya desperté —murmuré y me llevé las manos a la cabeza. Cerré los ojos. Me sentía pesada y mi cerebro se encontraba en blanco. Lo único que clamaba por mi atención era el dolor en la parte trasera de mi cabeza—. Tengo migraña.

—Son pasadas las siete de la noche. ¿Desde qué hora estás dormida?

Valerie me miró mal. Estaba sentada a los pies de mi cama, aún vestida con el uniforme del liceo. Su cabello castaño se encontraba recogido en una trenza de sirena con el flequillo cubriéndole parte del ojo derecho. Me hizo recordar que esa mañana ella había ido peinada de una manera completamente diferente al colegio, lo que me llevó a recordar abruptamente cada uno de los acontecimientos que me habían robado la paz: la pelea con Sebastián, mi escape con Traian, nosotros cocinando, durmiendo juntos, luego mi antiguo amigo colándose en mi casa y soltándome una bomba que no había esperado.

Abrí los ojos, me senté y miré a Valerie, horrorizada. Ella cambió su actitud chula y se preocupó, acercándose a mí y tomando mi mano.

—¿Qué sucede, nena? —Preguntó en voz baja—: ¿Traian te hizo algo? ¿Dónde está?

¡Traian! Lo había olvidado entre mi desconcierto. Miré a la puerta pero por el rabillo del ojo me di cuenta de que la mesita de noche junto a mi cama tenía un plato con un emparedado, un vaso con agua, lo que parecían unas pastillas y un pequeño papel doblado que presuntamente era una nota. Sin responder a la mirada especuladora de mi mejor amiga, me estiré hasta tomar el pedazo de papel y desdoblarlo.

Por favor, cuídate. Te veo en seis días.

Le pasé la nota a Val y la observé analizar las palabras con cuidado.

—¿Es suya? —Asentí—. De acuerdo, entonces se marchó cuando te quedaste dormida. Eso es lindo, aunque un poco siniestro si piensas en lo que pudo haber hecho en tu casa sin que te percataras.

Tenía razón y yo no lo ponía en duda, pero habían pasado cosas más graves ese día y lo que sea que Traian hubiera hecho cuando caí rendida sobre la cama no era de mi importancia. Mi estómago se retorció en nudos y mis manos estaban frías. Me mordí el labio con nerviosismo y miré la mano de Valerie entre la mía. La fuerza que me transmitía fue necesaria antes de

comenzar a hablar en un tono bajo:

—Val, esta tarde vino Sebastián. Detente, solo escucha. Él vino porque tenía que decirme algo importante.

—¡Excusas de mierda! —exclamó—. ¡Esa sabandija solo vino para arruinarte la tarde! —De pronto bajó el tono, acercándose a mí—: Sabía que estarías con Traian y solo quiso seguir jodiendo. Es una rata, Ángela, pero una muy inteligente.

—Valerie... Lo que vino a decir es verdaderamente grave —me enfoqué en presionar su mano y contener las lágrimas.

—No. Nena, no seas ingenua —insistió, mirándome con esos ojos pardos que se estrechaban con cólera—, lo único que lo motivó a venir aquí fue fastidiarte, porque no te quiere con él pero tampoco te quiere con nadie. Ese hijo de...

—¡Val! —exclamé. Decidí soltarlo de sopetón—: La madre de Sebastián tiene leucemia.

—¿Qué? —Nunca había visto que su rostro cayera con tanta rapidez como en ese momento. Se había congelado.

—Se lo diagnosticaron hoy. Vino a buscarme cuando salió del hospital.

—¿Estás segura de eso? —se aferró a mi mano. Ella sabía lo importante que era Sofía para mí y sus ojos se mostraron dolidos al respecto.

—Sí. —Susurré—: Está muy avanzado. No hay nada que pueda hacerse.

—Dios... —Se lanzó a mis brazos y me abrazó. Su perfume favorito Chanel me daba tal sensación de familiaridad que las lágrimas volvieron a embargar mis ojos—. Ángela, lo siento... Lo siento muchísimo —susurró—. Sé cuánto te duele. No importa lo que piense de Sebastián, nunca le desearía algo como esto.

—Lo sé —logré decir, intentando no romper en llanto otra vez.

—No sé qué decir. ¿Por qué no me llamaste? Habría venido, maldita sea —la escuché sorber por la nariz. ¿Estaba llorando?—. No tenías que haber pasado por esto tú sola.

—Traian estaba aquí. Él... me consoló. Me sostuvo mientras me rompía, Val, y se encargó de sostener mis pedazos.

Valerie asintió y deshizo nuestro abrazo. Efectivamente, algunas lágrimas habían saltado y se encargó de limpiarlas para no mostrar debilidad. Esa preocupación en su mirada me indicaba que realmente le lastimaba la noticia, aunque no conociera a Sofía y no tolerara a su hijo. Valerie era una gran persona y nos volvimos tan cercanas que sabía que parte de su pesar se debía

a lo que yo iba a sufrir.

—Eso es bueno, luego le daré las gracias —asintió. Luego suspiró y permaneció mirando fijamente la puerta cerrada de mi habitación—: Tu madre está abajo.

Mi madre. ¿Cómo lo había olvidado? Tenía tantas cosas en la cabeza que me sorprendía poder seguir pensando.

—Tengo que bajar y decirle —mi voz sonó tranquila cuando por dentro la sola idea me destruía. ¿Cómo decirle a tu madre que su amiga más cercana está condenada? ¿Qué persona sería capaz de darle semejante noticia a su mamá para verla gritar, romperse y llorar?

Comencé a bajar de mi cama. Necesitaba decirle de una vez antes de pensarlo demasiado y acobardarme. Tenía que ser fuerte.

—Antes de que vayas, necesito decirte algo. —Valerie llamó mi atención y me miró—. Esta mañana, cuando te fuiste con Traian, llamé a tu madre. Le conté el enfrentamiento que tuviste con Sebastián.

No podía decir nada. Estaba inmóvil en mi lugar, así que prosiguió:

—Se lo dije porque, Ángela, estoy harta de que él esté en tu vida. Dios sabe que lamento mucho lo de su madre, pero eso no quita que te ha tratado como una mierda y que necesitas alejarlo por tu salud física y emocional. —Enlazó mi mano con la suya y volvió a presionarlas juntas—. Elegir a Traian hoy... No sabes cuán orgullosa me sentí de ti. Y la manera en la que te despediste de tu primer amor me partió el corazón. Eres una persona tan fuerte y madura que me siento honrada al poder decir que soy tu amiga.

—Val... —mi garganta se cerró otra vez. Quería decir tantas cosas, pero solo fui capaz de jurarle—: Te quiero muchísimo. Eres una de las personas que más quiero en la vida.

Ella me regaló una diminuta sonrisa.

—No llegas a imaginar cuánto te quiero, nena. Es por eso que logré convencer a tu madre para que fuéramos a hablar con el director esta tarde. Ella estaba de acuerdo conmigo en que, por más duro que pudiera ser para ustedes, necesitabas cortar tu relación con Sebastián. No tener que verlo todos los días durante el castigo es una muy buena forma de empezar.

—¿Qué hicieron?

—Tu madre pidió permiso para salir temprano del trabajo y fuimos a hablar con Moritz cuando finalizaron las clases —respondió como si no fuera la gran cosa—. Usamos nuestro encanto... Bueno, joder —suspiró—, tu madre usó su encanto y yo manipulé la situación hasta lograr que te levantaran el

castigo.

—¿Qué?

—Que sí, nena, que ya no tendrás que volver a ir. Te ha sido levantado el castigo, pero si vuelves a meter la pata te lo cobrarán el doble. —Valerie rodó los ojos—. Sabes cómo es el señor Moritz.

—No puedo creerlo.

—Créelo —chasqueó Val—. Tu madre es increíble, nunca me cansaré de decírtelo. Supo cómo enredarlo y batió sus pestañas hasta que el viejo quedó suspirando por ella. Luego me llevó a comer un helado —añadió, maravillada como una niña—. Esa es mi noticia.

Estupefacta ni siquiera comenzaba a describirme. Salté de la cama y comencé a pasearme de ida y vuelta frente a Val, sopesando sus palabras. Ella solo me daba mi tiempo, permaneciendo en silencio. Al final logré controlar mis emociones y me detuve mirándola fijamente.

—¿Hiciste eso por mí?

—Deshuesaría a Camila por ti —se encogió de hombros.

Ahora fue mi turno de exclamar y lanzarme a sus brazos, abrazándola.

—Es increíble. Mil gracias, Val. ¡Eres la mejor amiga de este universo!

Soltó una risa, se puso de pie como yo y me presionó contra su pecho. La sentí acariciar mi espalda con suavidad y sus palabras fueron tan dulces que casi me hizo llorar:

—Te amo. No voy a permitir que nadie te haga daño si puedo evitarlo.

No pude responder, solo la estrujé entre mis brazos, intentando transmitirle cuánto le agradecía por su altruismo y cómo yo haría todo por ella. Jamás pensé que lograría querer tanto a una persona, que lograría conocer a alguien tan fiel y desinteresada como Valerie. En silencio di gracias al cielo por ponerla en mi camino y por volverla la extraordinaria persona que era.

Un rato después nos separamos, nos miramos a los ojos y sonreímos con tristeza. Ambas sabíamos lo que me esperaba. Si prestaba atención podía escuchar a mi mamá chocando platos y silbando con tranquilidad en la cocina, sin la menor idea de que su mundo iba a cambiar esa misma noche.

—Es hora. Tengo que decírselo.

Valerie asintió, solemne.

—Me despediré de ella y me iré a casa.

—No —supliqué—. Quédate y ayúdame. Por favor, Val. Esto va a matarla. No voy a poder sola, necesito el apoyo de alguien en este momento. Por favor.

Valerie me regaló una diminuta sonrisa, sacudiendo la cabeza.

—No entiendo por qué me ruegas tanto, sabes que si me necesitas voy a estar para ti.

Dirigí la mirada a nuestras manos y observé cómo las entrelazaba. Me dio la fuerza suficiente para bajar las escaleras y destrozar la sonrisa de mi madre. Valerie estuvo junto a mí todo el tiempo.

Capítulo 11

La pared frente a mi cama mostraba una mancha de humedad que había estado ahí desde que yo tenía memoria. La casa donde mamá y yo vivíamos fue ocupada por mis abuelos antes de que nosotros nacióéramos, y a pesar del fallecimiento de mi abuela logramos reunir el dinero suficiente mes a mes para poder seguir pagando el alquiler. Conocía cada recoveco demasiado bien, el sonido que producía el viento sobre las latas del techo me arrullaba en las noches y los motociclistas acelerando sin piedad eran una constante en mi vida desde que yo era un bebé. No me gustaba el barrio en el que vivíamos, pero era lo máximo a lo que podíamos aspirar hasta que yo lograra ir a la universidad y nos sacara de esa miserable vida.

Mis metas estaban claras: graduarme del colegio, entrar a la universidad pública y estudiar Derecho. Sería un abogado con la malicia y la tenacidad suficientes para ganar millones y darle a mi madre la vida que merecía. Ese fue el plan que tracé al cumplir diez años y enterarme de que mi madre fue una prostituta y que mi donador de semen fue un narcotraficante cuya única participación en mi vida fue engendrarme. Nunca volvimos a saber de él y sería mejor que continuara siendo así. Rafael nunca me quiso, fue muy claro que al golpear a mi madre pretendía hacerla abortar y yo me negaba a presumir que un hombre como él era mi padre. Prefería decir que no tenía ninguno.

Amaba a mi madre con cada latido de mi corazón. Nunca fui alguien que supiera cómo expresar sus sentimientos; no les recordaba a las personas cuánto las amaba ni les mencionaba lo importantes que eran en mi vida. Cuando quería pronunciar las palabras estas se quedaban atrapadas en mi garganta y me ahogaban. Llegué a un punto en el que decidí dejar que fueran las acciones las que demostraran a las personas cuánto las apreciaba. Me regía por las enseñanzas que me regaló el papá de Ángela durante el corto período de tiempo que estuvo en mi vida. Haría todo lo posible para cuidar de las personas que me importaban.

Ahora me sentía hundirme, como si unas manos comenzaran a tirar de mí hacia la oscuridad insondable; no encontraba nada en mi vida a lo que aferrarme, un apoyo para no dejarme engullir por los pensamientos y las emociones que golpeaban con tal fuerza contra mi pecho que comenzaban a romperme desde adentro. Mi madre había sido diagnosticada con solo un par de meses de vida y yo era culpable. Ella se iría y me dejaría solo; no tenía

más familia, nadie a quien yo le importara. Sofia Videla se había convertido en la única constante en mi vida desde que se terminó mi relación con mi mejor amiga. Era la persona por la que me levantaba todos los días y me esforzaba en salir adelante, conseguir un futuro para nosotros y retribuir a esa madre que trabajó por mí durante toda su vida.

Sabía que ninguna palabra sería suficiente, ningún abrazo o mirada de simpatía. Nadie entendía lo que yo estaba sintiendo, tan solo les provocaba lástima. No existía una sola persona en el mundo que comprendiera el dolor que giraba como un torbellino y arrancaba de raíz las esperanzas que un día con ingenuidad construí.

Ángela.

Desde mi posición junto a la ventana observé su silueta caminar sobre la acera frente a mi casa. Aunque era tarde y las farolas de mi calle no funcionaban, a pesar de las sombras confiriéndole un aspecto lóbrego, yo la reconocería donde fuera. No necesitaba mirarla para saber que era ella; nuestra conexión iba más allá de lo terrenal, a un lugar donde yo podría privarme de la vista y mi cuerpo seguiría reaccionando ante su presencia. Conocía cada rasgo de su rostro como si los hubiera esculpido yo mismo, aunque el brillo de sus ojos no podía ser imitado por mi imaginación.

Sostenía a su madre, Ivania, contra su costado, y la impulsaba a seguir caminando. Ese mismo día yo me había dirigido a la casa de mi mejor amiga sin pensar en lo que estaba haciendo. Había recibido una noticia que cambió mi vida y lo único en lo que pude pensar fue en que la necesitaba. No me importaba nada de lo que hubiera ocurrido antes, quiénes éramos nosotros o en lo que nos habíamos convertido, porque lo realmente importante era el papel que desempeñaría siempre en mi vida. Los conflictos se tornaron difusos y en mi cabeza solo cupo mi necesidad por tenerla. Perdería a quien me había amado siempre y sabía que la única persona que podría entender al menos una parte de lo que yo sentía era quien había estado en los momentos más importantes de mi vida.

Me levanté y me acerqué a la puerta de mi cuarto, intentando escuchar algún ruido proveniente del exterior. No pasó mucho antes de que Ángela y su madre tocaran el timbre. Me obligué a encerrar mis emociones en ese lugar oscuro de mi alma que tan bien conocía y caminé hasta la puerta principal. Me di un momento para colocarme una máscara de piedra antes de abrirles y recibir el impacto que siempre me producían los rasgos angelicales de mi antigua amiga.

Nos miramos a los ojos. Los suyos eran castaños y habían perdido el brillo por los acontecimientos de ese día; los míos eran oscuros y no brillaban desde que la había apartado de mi vida.

—Sebastián —gimoteó la madre de Ángela, llamando mi atención. Lucía tan devastada como su hija—, por favor déjanos pasar. Necesito hablar con Sofía. —Comenzó a llorar.

Fingí que no sentía como un puñal cada una de las lágrimas que derramaba. Si comenzaba a compadecerme por el sufrimiento de los demás no podría con el mío propio y explotaría. Lo mejor era permanecer impassible y colocar una pared entre el mundo exterior y mi persona. La agonía que me provocaba a mí mismo era más que suficiente como para aceptar interacciones externas.

—Está en su habitación —respondí con voz monótona, mirando sobre el hombro de Ángela hacia la casa vecina—. Ha estado llorando todo el día. No sé si quiere hablar con alguien. No has venido en mucho tiempo, Ivania.

—Ella me necesita —se lamentó la mujer que me había cuidado y querido como mi propia madre, pero que nunca podría reemplazarla—. Sofía necesita apoyo, Sebastián. No tiene a nadie más. ¡No puede enfrentar esto sola!

—Necesita descansar.

—Por favor —sollozó, cubriéndose el rostro con las manos. La forma en la que su voz se rompió llegó directo a mi corazón—: Es mi mejor amiga y la estoy perdiendo. Nos necesitamos en este momento. Por favor.

Los sentimientos que me embargaron en la oficina del doctor cuando nos dio el diagnóstico volvían a mí con fuerza tras la declaración de esta mujer mayor. Necesitaba permanecer frío al respecto o no lograría salir adelante, pero las manifestaciones de lamento de Ivania eran más de lo que podía obligarme a soportar. Las tres mujeres más importantes de mi vida estaban sufriendo y yo no sabía cómo lidiar con ello. Me encontraba ahogándome entre mi propio dolor y sin la menor idea de qué debería hacer ahora que mi madre se encontraba devastada.

Sin ser capaz de negárselo por un segundo más ante los sollozos que salían de su boca, abrí la puerta en su totalidad y me hice a un lado para que entrara a nuestra minúscula y carcomida casa. Ivania no perdió el tiempo y dio zancadas feroces en dirección al cuarto de mi madre, que en otro tiempo había sido el patio de la casa. Tenía la certeza que ambas se encerrarían allí y llorarían hasta que no pudiesen sostener sus cuerpos.

Miré a Ángela de pie fuera de mi casa, debatiéndose si marcharse o entrar.

Era inevitable, aún en el momento más difícil de mi vida me encontraba atraído hacia ella. Parecía renuente a estar cerca de mí y no podía culparla. Yo era un bastardo que no merecía tenerla cerca; su espíritu bondadoso y tierno podría ser contaminado con todo lo que construía mi esencia. Ella era más que una sonrisa bonita o un cabello radiante; conformaba las cualidades que los seres humanos iban perdiendo a lo largo de su vida. Cualidades que en mí ya no existían.

—Ángela —me encontré diciendo, presa de un suplicio que había desconocido hasta el momento—, ¿podemos hablar?

Pareció asombrada de que siquiera le dirigiese una palabra. Una vez más, yo merecía la indecisión que mostraban sus ojos ante la propuesta. Probablemente creyera que yo era el diablo en la tierra y que quería humillarla de nuevo.

—Por favor —bajé la voz—, es solo un segundo.

—Creo que esperaré afuera —fue su vaga respuesta. Hasta el sonido de su voz me hacía regresar en el tiempo y recordar palabras de cariño proviniendo de sus labios. Momentos en los que yo era feliz sin siquiera saberlo.

—Te lo suplico —mi voz se quebró, así que me detuve hasta recuperarme—. Habla conmigo.

Conocía su corazón porque había trazado mi camino a través de él durante años. Sabía que no podía despreciarme por más que lo intentara, no cuando su necesidad de ayudar a los demás iba sobre sí misma. Esa era una de las cosas que de niño encontraba atrayentes y que de adolescente me robaron el aliento. Ella no podía verse de la manera en la que yo lo hacía, no sabía que era la chica más hermosa que había conocido en mi vida. Su belleza interior era tanta que te sentías atraído sin haberle hablado todavía. Cuando la conocí, creí que su apariencia angelical se debía más a algo físico que a cualquier otra cosa. No pasó mucho tiempo antes de que me percatara de que si los ángeles existieran, debían comenzar a aprender de ella.

—Está bien —aceptó con suavidad. En sus ojos había preocupación y tormento luchando por tomar el control. Me aferré a eso como un consuelo, sabiendo que yo no era el único con enormes conflictos internos.

—Sentémonos afuera.

No respondió pero dio media vuelta y caminó con tensión hasta acomodarse sobre el bordillo de la acera. Muy pocas veces tenía la oportunidad de mirarla, así que cerré la puerta tras de mí y me acerqué sin apartar mis ojos de su espalda. Todo estaba sumido en la más inusual calma, ni

siquiera los ruidos recurrentes de balazos y motores interrumpían la quietud. Mi estómago se retorció con la certeza de que ese día era diferente a los demás por una infinitud de razones que mi cerebro apenas había comenzado a procesar.

Nos sentamos en silencio, separados por menos de veinte centímetros. A mi cabeza llegaron los recuerdos de días en los que nos sentamos allí mismo comiendo un helado o viendo los coches pasar. Ahora era solo una noche fría donde dos extraños que se conocían entre sí habían recibido la revelación de que el primer gran giro de sus vidas estaba a punto de comenzar. Yo fui quien comenzó a hablar.

—Esta mañana dijiste que me perdonabas.

Creí que mis palabras se habían perdido entre el sonido del viento, pero ella asintió, mirando a la nada. Eso me dio el valor para continuar.

—No merezco tu perdón, Ángela.

—Darte mi perdón no es tu elección, lo hago para sentirme en paz.

—Tú no tienes nada por lo que sentirte culpable. Quien ha cometido los errores he sido yo.

—Fue mi culpa que llegáramos a esto —confesó—, a dos amigos que ahora ni siquiera pueden mirarse a los ojos.

Sus palabras me hicieron aspirar el aire con fuerza y chocar contra un muro de realidad. ¿Ella sentía que había provocado todas mis equivocaciones?

—Lo que pasó entre nosotros nunca ha sido tu culpa ni lo será. El rumbo que tomó nuestra relación lo elegí solo yo.

—¿Por qué lo hiciste? —preguntó, presionando sus manos en puños. Su voz estaba llena de dolor—. ¿Por qué me despreciaste?

—No puedes amarme —respondí sencillamente, observando el cielo donde una única estrella insistía en brillar.

—¡Esa no era tu decisión! —vociferó, enfurecida. Giró hacia mí y no tuve más opción que mirarla volcar su resentimiento—. Eran mis sentimientos, Sebastián. No puedes obligarme a no amarte. Yo ni siquiera elegí hacerlo.

—Pero puedo obligarte a superarme.

—¿Qué? —Su pecho se hinchó con pena y sus ojos se agrandaron cuando comprendió—. ¿Eso fue lo que hiciste? ¿Lastimarme para ayudarme a superarte?

—Era la única opción.

—¡No! —prorrumpió. Parecía a punto de romper en llanto—. ¡Si no me

amabas, no tenías por qué alejarme de tu vida! Me destrozaste de adentro hacia afuera por mucho tiempo. Todas las noches me pregunté qué fue lo que hice tan mal para provocar tu reacción.

—No lo entiendes —endurecí la voz, enfureciéndome también—. Tú y yo nunca podremos estar juntos. Enamorarte de mí fue un error. ¿No lo ves? —Bramé—: ¿Es que acaso no lo ves?

—¿Qué es lo que no veo? —susurró.

—A mí. A nosotros. ¿Crees que te merezco? ¿Logras imaginarnos juntos? ¡Hay que ser ciego para no darse cuenta de que mereces a un tipo mejor que yo!

—¡Yo no quiero a alguien mejor que tú! —Comenzó a llorar—. ¡Yo te quería a ti! Con todos tus defectos y tus problemas. Te amé con todo y eso durante mucho tiempo. El que no lo entiende eres tú. Si no me amabas solo tenías que decírmelo, no echarme de tu vida como si no valiera nada.

—¿Nunca tuviste un novio porque permanecías esperándome? —pregunté en cambio, sintiendo mi corazón saltar con anticipación a su respuesta.

Pareció perpleja ante mi cuestionamiento, pero eventualmente asintió con cautela. Presioné las manos sobre mis muslos para contener mi necesidad de abalanzarme sobre ella y presionar nuestros labios juntos hasta borrar cualquier resquicio de cordura de nuestros cuerpos.

—Esa es tu respuesta —dije en su lugar, controlando mi expresión y la tonalidad de mi voz—. Ese es el porqué te hice odiarme. Perdiste mucho tiempo de tu vida enamorada de mí en lugar de aprovechar las oportunidades de encontrar a un hombre que valiera la pena.

—No puedes estar hablando en serio —balbuceó mientras se limpiaba las lágrimas bajo los ojos.

—Podría haberte mantenido como mi amiga, pero de esa manera no podrías salir adelante del todo. Si me odiabas, tu amor por mí moriría y eventualmente encontrarías a alguien más. —Sintiendo un filo destrozando mi pecho, admití—: Alguien que pueda ser todo lo que mereces y que te haga feliz.

—Así que no me amabas y nos alejaste, según tú, para que yo siguiera adelante.

Posé mi mirada sobre el asfalto oscuro de la calle y dejé que todos los sentimientos que había acumulado a lo largo de los años se deslizaran a través de mi garganta.

—Nunca he dicho que no te ame, Ángela. —La escuché soltar un sollozo

ahogado, pero me negué a mirarla cuando volví a declarar—: Te he amado desde el momento en que uno de mis pensamientos fue para ti.

—No —negó con la cabeza, gimoteando—. ¡No, no, no! —Se levantó y comenzó a caminar de un lado a otro sobre la acera, arrastrando las manos sobre su cabello. Lucía histérica—. ¡Tú...! ¡No puedes simplemente decir eso, como si no importara! ¡No puedes decir que me amabas después de tanto que me hiciste sufrir!

—Solo necesito que lo sepas. Eso no cambia nada.

—¿Qué? —Comenzó a gritar—. ¿Cómo que no cambia nada?

—Mañana amanecerá y seguiremos nuestras vidas como si yo no hubiera dicho nada —me sinceré, sintiendo la presión aumentar en mi pecho ante la realidad de la situación. Quería gritar, saltar, llorar. Quería abrazarla hasta que se tranquilizara, pero solo pude permanecer allí, confesándole lo que sentí durante tanto tiempo.

—Piensas que podré seguir mi vida tranquilamente después de oír la palabra «amor» venir de tus labios.

—Tienes que hacerlo. No hay otra opción. No vamos a estar juntos.

—¿Por qué me lo dices ahora? ¿Por qué no dejar las cosas tal y como estaban?

Eso era lo que quería decirle. Lo que mi madre y yo habíamos decidido y que tuve la necesidad de ir a contarle a su casa esa misma tarde. La razón por la que tuve el valor necesario para confesarle mi amor ahora tan repentinamente como lo hizo ella hace dos años junto a la piscina.

—Porque voy a irme —anuncié—. Mamá y yo nos marcharemos de aquí. Abandonaré el colegio y buscaré un trabajo que me provea el dinero suficiente para comprar los medicamentos que necesitará para mitigar el dolor durante sus últimos días.

—No puedes estar hablando en serio —su voz era desesperada pero al mismo tiempo tan frágil que no pude soportarlo más y me puse de pie.

La enfrenté a una distancia corta mientras observaba su corazón terminar de destrozarse ante mis ojos, sin embargo no me atreví a rozarla. Sabía que no me controlaría a mí mismo si lo hiciera. Requirió de gran valor mantenerme en mi lugar y sacar de mi interior las palabras que estaban atormentándome, la culpa que me devoraba sin piedad de adentro hacia afuera. Quizá ella me entendería o quizá no. Fuera cual fuera su respuesta, la decisión había sido tomada.

—Desde el momento en que te aparté de mi vida, todo cambió. Me

dediqué a salir de fiesta en fiesta, con amigos, con desconocidos, ir a cualquier lugar que me mantuviera lejos de mi casa y lo suficientemente distraído como para que no ocuparas mis pensamientos. Podían pasar semanas sin que yo viera a mamá, Ángela. La evitaba a toda costa porque ella también me recordaba a ti. Fue esta tarde, que pasó a buscarme al colegio para que la acompañara por unos exámenes, cuando me di cuenta de lo enferma que se veía y lo débil que se encontraba.

—¿Ella sabía que podría tener cáncer?

—Creo que lo sospechaba, sí. —Presioné mis manos en puños para intentar contener el dolor, pero este se filtró en mi voz—: Ella tuvo que ir a buscarme al colegio para que yo la acompañara al médico, porque de otra forma podría no haberme visto en semanas. Soy una mierda de hijo. ¡Mi madre se enfermaba cada día más y yo nunca sospeché nada porque apenas me detenía a mirarla!

Ángela recibió la emoción de mis palabras mientras se abrazaba a sí misma y cerraba los ojos. Dejó escapar unas cuántas lágrimas más que me llenaron de furia.

—¡Es mi culpa que ella esté así!

—No digas eso —sentenció inmediatamente, abriendo los ojos. Parecía devastada—. No es tu culpa.

—Di lo que quieras, pero maldita sea, siempre pesará en mi conciencia. Ahora haré lo que sea necesario para darle los mejores meses de su vida. Voy a trabajar para mantenernos a los dos y que ella descansa hasta sus últimos días.

—No puedes abandonar el colegio. Estás a punto de graduarte.

—¡Mi madre está a punto de morir! —grité, colérico—. ¡No doy una mierda por el colegio, ya no más! Se acabó para mí.

—¿Y tus planes? ¡Querías ir a la universidad!

—Esos planes la incluían a ella —respondí con frialdad—. Las cosas son diferentes ahora. Voy a cuidarla mientras la tenga conmigo, lo demás puede esperar.

—¿Por qué tienen que irse? ¿Por qué no la cuidas aquí mismo? —insistió con una nota de esperanza.

Escucharla tan anhelante casi me hizo caer de rodillas. Yo tampoco quería dejarla, jamás imaginé que lo haría. Pensé que la alejaría de mí pero de alguna forma permanecería cerca, obteniendo vistazos fugaces de ella y contemplándola ser feliz. Eso sería suficiente para sobrevivir día a día. Ahora

me enfrentaba a tener que abandonarla y ante la posibilidad de no volver a verla nunca. La vida era tan extraña y dolorosa que ya no estaba seguro de nada. Si me iba, ¿quién podía predecir lo que pasaría? Mi única certeza es que ese momento era nuestra despedida.

—Sea cual sea el trabajo que consiga, no podré pagar los gastos médicos y el alquiler. Nos mudaremos a la casa de una prima de mi madre. La llamamos esta tarde y aceptó recibirnos.

—¿Adónde irán? —preguntó con temor. Había tal vulnerabilidad en su voz que me sentía miserable al confesarle que la amaba para después abandonarla.

—Fuera del país. Nos marcharemos en tres días.

—No. —Soltó una risa histérica, negando con la cabeza—. Eso no puede ser verdad. Esto es una broma, ¿verdad? ¡No es más que una maldita broma!

—Ángela —di un paso adelante, preocupado por ella, pero retrocedió.

—¡No! —sollozó de tal manera que el eco de su lamento hizo resquebrajarse un poco más mi corazón—. ¡No pueden marcharse! Sebastián, no puedes... ¡No!

—Lo siento —fue lo único que logré pronunciar, tan ahogado por mis propios sentimientos que me encontraba imposibilitado de expresar alguno de ellos.

La mirada de desolación en sus ojos me hostigaría por siempre, hundiéndose en mis pensamientos y reapareciendo entre mis pesadillas. Su dolor iba a perseguirme hasta la muerte.

—No volveré a verte —susurró. Entonces, su voz se rompió—: ¿Realmente me amaste?

—Aún lo hago —le juré con toda la certeza de mi corazón.

—Entonces vuelve, Sebastián —dijo de repente, sorprendiéndonos a ambos—. Si tú me amas, sana, y vuelve.

—Ángela...

Ella se marchó con toda la rapidez que le permitieron sus pies, corriendo en dirección hacia su casa y dejando atrás a su madre. Su silueta perdiéndose con desesperación entre las sombras de la noche fue la única despedida que obtuve. Creía con esperanza que volveríamos a vernos más adelante, pero me equivoqué. Eso fue lo último que supe de ella.

Seis años después.
"Fuiste mi primer amor,
yo fui el amor de tu vida".

Capítulo 12

Mi bebé estaba cumpliendo su primer año de edad.

Miré su carita y mi corazón se hinchó de puro gozo. Lo quería más de lo que alguna vez podría haber imaginado; su llegada a mi vida no había sido planeada pero no tardé en comenzar a amarlo desde que lo sostuve por primera vez entre mis brazos. Recuerdo que lo acurruqué cerca de mi pecho para mantenerlo calentito y sentí una alegría inexplicable. Llegó sin previo aviso pero se convirtió en lo que yo más necesitaba.

Los últimos seis años de mi vida, al principio, habían sido insípidos y colmados de recuerdos dolorosos. Mis emociones eran una montaña rusa que me hundía en la depresión por las noches y me llenaba de furia en las mañanas. Por momentos perdía el control de mí misma y me derrumbaba sobre el suelo de la cocina, llorando por mi antigua vida. Eran días donde me negaba a salir de la cama y me sumía en un declive que preocupaba a las personas que me rodeaban, los cuales fueron frecuentes durante mi último año en el colegio y mis primeros semestres en la universidad.

Los instantes en que retazos fugaces de recuerdos me hacían sentir melancolía fueron disipados paulatinamente con la llegada de Félix a mi vida, hasta que no existieron más. Los últimos dos años había aprendido a salir adelante, pero la llegada de mi bebé fue el paso definitivo hacia una nueva yo. Tenerlo reclamando mi atención por toda la casa me impedía pasar los días en la cama; se convirtió en mi motivación para salir, respirar aire fresco y continuar existiendo.

Ahora estaba sentado sobre el sillón de mi apartamento, así que aproveché que se encontraba quieto para ponerle un sombrerito de fiesta amarillo. Era tan travieso que pronto se lo arrancaría, pero solo necesitaba una fotografía.

—Vamos a ver, amor —murmuré, encendiendo la cámara de mi teléfono—, necesito que te quedes quieto para que mamá pueda tomarte una fotografía, ¿está bien?

Procedí con la cautela propia de un espía, presioné el obturador y lo logré. Me sentí victoriosa; tomarle fotos a Félix podría considerarse un deporte extremo. Parecía serle imposible quedarse inmóvil por más de tres segundos de su valioso tiempo.

Había organizado una fiesta para celebrar su cumpleaños en la que solo participaríamos tres personas, incluyéndome. Tenía amigos de la universidad a quienes podría haber invitado, pero prefería mantener la celebración como

algo meramente familiar. Tendríamos refrescos, botanas, alcohol y Félix andaría correteando por todo el departamento. Se acercaban los últimos parciales del año y todos estábamos muy estresados, así que esta era una buena excusa para divertirnos un rato.

El timbre sonó y me incorporé para abrir la puerta sin necesidad de observar por la mirilla. Podía escuchar su cháchara y voces animosas desde mi lugar. No entendía por qué tocaban el timbre en lugar de usar sus llaves.

La novia de Valerie fue la primera en entrar.

—¡Ahora sí, que empiece la fiesta! —exclamó.

Sostenía una caja marrón de tamaño mediano entre los brazos y mostraba su habitual expresión entusiasta. Eso me hizo sonreír inmediatamente. Llevaba mucho tiempo sin verla, desde hacía dos semanas cuando viajó a su ciudad natal para visitar a sus padres. Vestía un top de encaje blanco con una larga falda floreada y las sandalias doradas que eran mi adoración desde que las compró. Era una chica con un estilo tan relajado que no me extrañaría que anduviera una corona de flores o una pipa para complementar su atuendo. Esa idea me hizo reír.

—¿Qué trae ahí? —le pregunté a Val, señalando la caja que cargaba su novia.

Valerie cerró la puerta tras ella y meneó las cejas.

—Condones.

—¿Para qué los necesitaríamos? —Bufé—. Las tres somos mujeres.

—Podemos inflarlos y usarlos como globos de fiesta —se encogió de hombros—. No había presupuestado para globos de verdad.

Solté una carcajada y la empujé hacia la sala. Ella colocó su brazo sobre mis hombros y me pegó a su costado. Valerie era muy diferente a su pareja. Mi mejor amiga acostumbraba vestir jeans rotos, camisas ajustadas y los mejores zapatos de tacón con los que pudieras fantasear. En su habitación había una colección de bolsos que contenía tanto originales como réplicas de la que se sentía sumamente orgullosa, y nunca se marchaba de casa sin hacer alarde de uno de ellos combinado con su atuendo.

Recientemente se había marchado a conocer a sus suegros y empacó la mitad de su guardarropa; eran tantas maletas que casi no cupieron dentro de su coche recién adquirido.

—¿Dónde está su equipaje? —le pregunté sin soltarnos. Tampoco la veía desde hacía un par de semanas y la extrañé con locura. Fue una suerte que ambas regresaran a tiempo para el cumpleaños de Félix.

—En el auto. No pienso descargar todo eso todavía. Ahora, ¿dónde está el cumpleaños? —Sonrió.

Miré nuestro sillón azul marino pero allí no se encontraba. Era lo usual, me hubiera preocupado más si hubiese permanecido en un lugar por mucho tiempo. Imaginaba que estaría en mi habitación o en el cuarto de Valerie causando estragos. Cuando ella se fue, Félix se subió a la enorme cama y comenzó a saltar. Hice lo posible por mantener la puerta de esa habitación cerrada desde entonces.

—¡Félix! —llamó Val, entrando en la cocina—. ¿Dónde está mi bebé hermoso? ¿Dónde está mi sobrino consentido?

—Él es tu único sobrino —argumenté, sacando una botella de agua del refrigerador mientras la seguía a través del departamento.

—Pero es mi favorito. Le compré un nuevo peluche que quiero que vea.

—¿Más peluches? —hice una mueca—. Todos los destroza y deja esparcidos sus pedazos en la alfombra. Sigo sin entender cómo tiene la fuerza para hacer eso. Es de terror.

—Digno sobrino mío —sonrió Val.

Nos detuvimos en el umbral de mi habitación. La mitad del cuerpo de Félix se encontraba bajo mi cama mientras él hurgaba lo que fuera que hubiera llamado su atención. Valerie caminó hasta él y lo alzó con puro amor reflejado en su rostro.

—¿Cómo estás, hermoso? —usó un tono de voz tan agudo que casi escupo el agua de la risa. Siempre que la escuchaba hablar así me daban ganas de grabarla—. ¿Cómo está el bebé de la casa? —Comenzó a llenarle la cara de besos y a abrazarlo contra su pecho—. Mi amor, te extrañé tanto.

—Ya te dije que dejes de hablarle como un Teletubbie.

—Cállate —me gruñó. Entonces volvió a emplear ese tono dulzón y ridículo otra vez—. Mamá es necia, ¿verdad, amor? Mamá mala. Mejor quédate con la tía Val. Mamá es muy amargada.

—Mamá te va a patear como sigas diciéndole esas cosas —acoté, dirigiéndome de regreso a la cocina. Les daría privacidad para que tuvieran su reencuentro en paz. Usualmente era gracioso de escuchar, pero tenía una lasaña en el horno que estaría lista en poco tiempo.

Otra novedad: yo me había vuelto una increíble cocinera, pero fue puramente por necesidad. No podía sobrevivir a base de sopas enlatadas y emparedados por más tiempo después de mis primeros tres años de universidad. Mi madre no estaba cerca para que me mimase con su deliciosa

comida así que tuve que enseñarme a mí misma hasta convertirme en una chef profesional. Aunque siendo honestos, mi incursión en la cocina estuvo llena de errores y muchos platillos quemados o incomibles, hasta que aprendí lo suficiente como para preparar una simple lasaña de pollo.

Valerie nunca se quejó por nada. Ella disfrutaba viendo a los bomberos venir a nuestro hogar luego de mis llamadas.

Me encontré con Camila en la cocina, desempacando el contenido de su misteriosa caja: un galón de helado, papitas, chocolates, gomitas y galletas saladas y dulces. Suspiré ante la idea de que tendría que matricularme en un gimnasio pronto si seguía alimentándome de esa manera. Había perdido varios kilos debido al estrés universitario y a algunos momentos de depresión, pero si seguía permitiendo que la novia de Valerie me alimentara acabaría en un coma diabético.

—Angie —sonrió Camila, guardando el helado en el congelador. Su falda ondeaba con el suave viento de la tarde—, ¿cómo te ha estado yendo en el hospital? No hemos podido hablar nada.

Solté un suspiro extenuado y apoyé la cadera en la encimera mientras la observaba preparar todo.

—Ha sido agotador. Me encanta mi trabajo, créeme, pero no estoy acostumbrada a estar de pie todo el día y a caminar de aquí para allá. Me ha estado doliendo mucho la espalda. He pasado hasta dos días enteros sin dormir.

—Tengo una receta de compresas hechas con hierba que te voy a pasar.

—Claro, mientras no sea marihuana, todo bien.

—La marihuana es medicinal, por cierto —me guiñó, destapando una gaseosa y ofreciéndomela.

No acostumbraba tomar refrescos repletos de colorantes y azúcar, pero estaba tan agotada que lo bebí sin pensarlo. La última semana había sido de muerte lenta, entre trabajos y mi práctica en el Hospital Estatal. Lunes, miércoles y jueves me encontraba como interna mientras que los martes tenía clases en la universidad. Al principio había sido una lucha que casi me derribó, pero ya llevaba tres semanas con ese ritmo frenético y tuve que adaptarme. Este domingo en particular me negué a estudiar o a hacer cualquier proyecto y así dedicárselo completamente a Félix y a las chicas, pero mañana estaría reportándome ante mi supervisora y ayudando en la zona de urgencias.

—La vida de una enfermera no es cosa fácil. —Camila sonrió con empatía—. Ese fue el trabajo que elegiste y cuando te gradúes estarás trabajando en

jordanas inacabables. Tienes que acostumbrarte, Angie. No tienes otra opción.

—Lo sé. —Me sentía agobiada, pero un repentino pensamiento me hizo sonreír—. No puedo creer que en un par de meses nos graduemos.

Mi carrera había sido la más larga de las tres, pero había hecho lo posible por sacarla con rapidez, exprimiéndome el cerebro hasta aprobar cada pequeña cosa. Valerie estaba estudiando Economía y Finanzas, pero solo tomaba unas cuantas clases a la semana por lo que su carrera se había alargado más de lo necesario. Y Camila había saltado de carrera en carrera hasta que descubrió lo que realmente quería hacer con su vida. Fue pura casualidad que todas nos graduáramos el mismo año.

—Ni yo —aplaudió con emoción—. ¡Ya quiero tener mi título de Veterinaria en las manos! Por cierto, ¿dónde está Félix?

—Recibiendo besos de Valerie.

Camila puso los ojos en blanco pero salió de la cocina para ir a buscar al bebé de la casa.

—¿Dónde está mi ángel? —llamaba a viva voz—. ¡Hola, perrito precioso! ¿Cómo estás, mi amor? ¿Me extrañaste? Ven acá. —Podía imaginarla tomando a Félix de los brazos de Val—. ¿Cómo te trató mamá? ¿Te dio de comer?

—¡Por Dios, es mi mascota! —les grité—. ¡He cuidado de él perfectamente durante un año!

Valerie entró con paso seguro a la cocina y metió la cabeza para hurgar dentro del refrigerador.

—No nos culpes, nena. Hubo un tiempo en el que ni siquiera recordabas alimentarte a ti misma.

Miré a mi mejor amiga con atención. Se había cortado su cabellera caoba hasta la barbilla y la tiñó con reflejos color champaña. Ahora tenía un pelo hermoso, vibrante y atrevido que se acomodaba en capas cuidadosamente posicionadas, y mantenía el flequillo que la había caracterizado siempre, solo que ahora sus rasgos eran maduros y su nuevo corte los hacía lucir más perfilados. Era preciosa desde su rostro hasta la punta de los pies.

Sin embargo, aunque físicamente realizó algunos cambios, la misma chispa de osadía brillaba en sus ojos felinos. Ella era quien me ancló a la tierra cuando comencé a derrumbarme y quien me sostuvo todo el tiempo desde entonces. Llevábamos sumados más de ocho años de amistad.

Habíamos decidido mudarnos juntas al campus de la universidad en cuanto nos graduamos y fuimos aceptadas. Un año después, recibimos la noticia de que los padres de Val habían comprado este departamento para ella. Me negué

en un principio, pero mi mejor amiga era terca e insistió hasta que acepté venir a vivir aquí. Era un lugar espacioso, del triple del tamaño de nuestra habitación en la universidad. Se duraban apenas diez minutos en llegar allá, lo que figuraba como una ventaja más. Ambas tomábamos el autobús, pero desde hacía dos años Valerie estuvo trabajando como contadora particular hasta recaudar el dinero suficiente para comprarse un Mini Cooper rojo cereza que se convirtió en el nuevo amor de su vida.

Yo había recibido una beca socioeconómica desde mi matrícula de primer ingreso, así que toda mi carrera en Enfermería estaba cubierta y recibía el dinero para libros, fotocopias, transporte y demás gastos. No tenía la necesidad de trabajar, así que pasaba mi tiempo libre en casa estudiando o en la biblioteca dormitando sobre los libros. De la beca separaba el dinero suficiente para ayudarle a Valerie con el mantenimiento del departamento, la gasolina del Mini Cooper que compartíamos y el alimento.

Era una buena vida, una a la que me había acostumbrado con dificultad, pues tuve que aprender a soltar las cadenas del pasado y a vivir el presente. Muchas eran las cosas dolorosas que odiaba recordar, que me perseguían sin descanso hasta invadir mi mente. Y aunque los primeros años estuvieron llenos de altibajos y angustia, este último era el más exitoso hasta ahora. Un amigo de la universidad me había regalado un hermoso cachorro de labrador llamado Félix, quien se convirtió en mi compañero fiel y sonsacador de sonrisas. Valerie construyó una relación de seis meses con Camila, la que una vez fue —heterosexual— y nuestra enemiga colegial. Yo atendía pacientes en el hospital y vislumbraba cómo sería mi vida después de graduarme. Y mi madre seguía viviendo en nuestra vieja casa, muy lejos de aquí.

Todo había cambiado. Si me lo hubieran contado hacía cuatro años, me hubiera echado a reír y luego habría empezado a llorar. Las garras del abismo habían tirado de mí en más ocasiones de las que podía contar, pero con ayuda de mi más antigua y mejor amiga, y de una totalmente inesperada nueva amiga, había comenzado a levantarme por mí misma en las mañanas, a tomarme mi tiempo para peinarme y maquillar mi rostro. Me vestía para sentirme bien y salía de vez en cuando a reuniones sociales. Me dije que tenía que sacar la cabeza del hoyo donde había estado recluida, porque el tiempo seguía pasando y ambos hombres se habían marchado de mi vida.

Tuve que seguir adelante, no hubo otra opción; ya no era una niña que iba a llorarle a su madre. Ahora era una mujer que recientemente había cumplido veinticuatro años y tenía que ponerme mis bragas de chica grande. Los amores

de la adolescencia quedaron atrás como una neblina que me comprimió en lágrimas durante la pubertad. Había sido joven e ingenua, ya no podía serlo más. Tenía que acabar mi carrera, trabajar, comprar mis propias cosas y solo entonces me daría la oportunidad a mí misma de volver a explorar los senderos confusos que llevaban al amor.

O al menos eso creía. Otra vez, cuando más estable me encontraba, no tenía ni idea de cómo volvería a cambiar mi vida.



Miré el reloj despertador junto a mi cama y noté que eran pasadas las once de la noche. Dentro de unas horas debía levantarme para estar puntual en el hospital y no había logrado conciliar el sueño después de una preocupante pesadilla que tuve, en la cual un hombre con una espesa barba y familiares ojos oscuros aparecía moribundo frente a la puerta de mi departamento, solo para morir entre mis brazos. El dolor que sentí durante el sueño resultó tan real que me levanté con el pecho rebosante de desconsuelo. Las pesadillas fueron algo normal durante el primer par de años desde que él se marchó, pero desaparecieron conforme adquiría madurez y comenzaba a levantarme de entre las cenizas.

Llevaba horas dando vueltas en la cama, analizando todo lo que podía recordar sobre mi sueño, intentando retener en mi mente el rostro del hombre furibundo por al menos unos momentos, pero cuanto más intentaba centrarme más borroso se volvía. Era inútil, así que solté un suspiro de exasperación y pateé las mantas fuera de la cama, las cuales cayeron sobre el pobre Félix, mi pequeño que dormía como un oso. Me asomé por el borde de la cama para observarlo y tuve que corregirme a mí misma: mi labrador había sido un cachorro dorado cuando lo sostuve entre mis brazos, pero ahora su cuerpo apenas cabía en su vieja cama de perro. Tendría que deshacerme pronto de sus antiguas cosas y comprarle unas nuevas, a excepción de los juguetes que tanto amaba dejar tirados en los lugares menos esperados.

Bajé de la cama y caminé descalza a la cocina. Me sorprendió ver la luz encendida, así que me acerqué y encontré a Camila apoyada en la isla, de cara a nuestro refrigerador. Cuando estudiábamos en el liceo ella tenía el cabello rizado y largo, pero al entrar en la universidad decidió hacerse un alisado permanente y mantenerlo apenas debajo de los hombros. Vestía un pantalón de pijama con los personajes de Miraculous Ladybug que me hizo sonreír.

—¿Tampoco puedes dormir?

Sostenía una taza de té frente y sus ojos desenfocados de pronto se centraron en mí. Me regaló una sonrisa suave.

—Tuve un mal sueño —admitió con tristeza—. El mismo sueño de siempre.

Su declaración me congeló en la entrada de la cocina. De pronto era consciente de la fría temperatura nocturna y no podía controlar mis latidos. Algunas palabras podían producirme ansiedad si estaban ligadas a alguno de mis recuerdos, pero Camila se veía realmente melancólica y tuve que obligarme a abrir la boca para intentar ayudarla.

—Han pasado seis años, Cam. Éramos muy jóvenes en ese momento, todos nosotros —ofrecí como consuelo—. Hemos madurado, la universidad nos ha cambiado. Ahora hemos descubierto quiénes somos en realidad.

Ella soltó una pequeña risa y dejó la taza sobre la encimera. Me enfrentó, abrazándose a sí misma y levantando una de sus cejas.

—Quién iba a decir que terminaría siendo bisexual.

—Bueno —reí también—, ciertamente nunca lo imaginé. Han pasado muchas cosas que a los diecisiete años habría considerado imposibles.

—Entiendo a qué te refieres. —Suspiró—. Aún no me perdono la manera en que me comporté en el pasado. Por momentos me detengo y pienso en lo indulgentes que son ustedes por haberme perdonado todo lo que les hice.

El frío había desaparecido de mi cuerpo y fue sustituido por una pequeña calidez. Camila se veía frágil en la cocina, abrazándose a sí misma como si estuviera sola en el mundo. Lo cierto es que tenía tantos amigos como Valerie y yo, pero no parecía ser ella misma a su alrededor. Siempre se mostraba animosa y amable, pero no les permitía adentrarse demasiado en su vida. A Val le había tomado mucho tiempo acercarse a ella al principio, durante nuestro tercer año, ambas cuando coincidieron en la cafetería del campus y una Camila con una apariencia totalmente diferente a la que recordábamos se acercó para ofrecerle una disculpa.

Recuerdo que Valerie llegó impactada a contarme lo sucedido y tenía razón en estarlo. Yo ni siquiera sabía que íbamos a la misma universidad.

La Camila que yo recordaba era una chica frívola, insolente y problemática que solo buscaba maneras de humillarme por tener alguna relación con su novio. Al acercarse a Valerie ese día hacía dos años y ofrecerle una disculpa por lo que había hecho en el pasado me hizo pensar que la chica había sido suplantada por extraterrestres. Fue hasta que seguimos encontrándonos con ella en la cafetería, donde se desvivía ofreciéndome

disculpas, cuando comencé a dejar ir un poco del recelo que sentía.

No nos volvimos amigas de la noche a la mañana, de hecho pasaron siete meses antes de que la invitáramos a sentarse en nuestra mesa. A partir de ese momento, su nueva personalidad nos dejó tan pasmadas como encantadas; era humanitaria, relajada y bondadosa. Estudiaba Filosofía en ese momento, pero siguió saltando entre carreras y Valerie tenía más oportunidad de salir con ella, pues yo pasaba en la biblioteca con la nariz enterrada entre libros de Anatomía.

Cuando Camila confesó ser bisexual, casi me desmayo. Que Valerie admitiera que le gustaba fue lo que me hizo ir directo al suelo. Habían pasado seis meses desde que iniciaron su relación y yo aún pensaba que había algún tipo de cámara escondida, pero lo aceptaba y, aún más importante, las apoyaba.

—Cam —le dije, de regreso a la realidad—, te disculpaste y desde entonces has hecho todo lo posible para demostrarnos que cambiaste. Además, nosotras tampoco fuimos amables contigo y te tratamos bastante mal.

Ella puso los ojos en blanco.

—La que me ponía en mi lugar la mayoría del tiempo era Valerie —manifestó con voz divertida—. Me ponía furiosa no poder dejarla nunca con la última palabra, siempre encontraba algo que replicar o una forma de tomar revancha. —Repentinamente exclamó—: ¡Aún recuerdo lo del hámster!

Ese viejo recuerdo había estado enterrado en mi cerebro por muchísimo tiempo, pero las palabras de Camila lo trajeron a flote y no tuve más opción que reírme. La manera en la que había pasado el tiempo era tan increíble que a veces pensaba que solo estaba soñando y a la mañana siguiente despertaría en mi pequeña habitación en casa, con mi madre silbando en la cocina y el olor del desayuno inundándolo todo. Lo cierto es que sentí un nudo formarse en mi garganta producto de la melancolía. Yo había crecido muy rápido y había cosas que se me había dificultado dejar atrás. Recordar algunos momentos me llenaba los ojos de lágrimas y me empujaba más cerca del borde del abismo que tanto me esforzaba por evitar.

—Lo del hámster no fue adrede —hablé para poder cambiar el rumbo de mi mente—. Honestamente, nunca fue para ti. Ese día había perdido accidentalmente la mascota de la profesora Torres y todo se volvió un desastre bastante cómico. Me equivoqué a la hora de escribir el mensaje y Valerie creyó que debía dejártelo a ti.

—Oh, estoy segura de que ella no lo pensó mucho antes de ponerme ese

roedor encima. Accidente o no, ustedes lo disfrutaron bastante —lo dijo sin una pizca de rencor, lo que demostraba que se lo tomaba con humor como nosotras y ya no sentía resentimiento por niñerías pasadas.

—¿Será que el vídeo todavía está en YouTube? —cuestioné de pronto, emocionándome ante la idea.

—Sí —rió Cam, volviendo a tomar su taza de té—. Tiene bastantes visitas, me sorprende no ser famosa ahora.

—Siempre podemos ponerte otro hámster encima y ver qué pasa —me encogí de hombros.

—Quizá fue culpa suya que al final yo terminara escogiendo Veterinaria —chasqueó. Entonces me miró, cambiando su expresión divertida por una de sincera preocupación—: ¿Por qué estás despierta a esta hora? Usualmente duermes sin problemas.

Sí, normalmente lo hacía, sin embargo al comienzo todo fue un desastre de noches sin poder descansar ni un solo minuto, dando tantas vueltas en la cama que mamá iba a mi cuarto con pastillas para dormir que no me ayudaban en nada. La veía con el rostro demacrado y sus propias ojeras, lo que no hacía más que aumentar mi preocupación. Los dolores de cabeza se volvieron mi compañía durante muchos de esos días y apenas comía algo. Falté con tantas tareas que no reprobé el año porque ya eran los últimos meses y Valerie se encargaba de hacer todos los trabajos restantes sin mi ayuda; le debía el haberme graduado sin contratiempos.

Las pesadillas comenzaron tres semanas después del día que marcó mi vida, cuando el cansancio me vencía y comencé a dormir otra vez. Despertaba con lágrimas frescas y el corazón desbocado, por lo que me negaba a volver a cerrar los ojos. Era todo tan trágico que recordarlo ahora despierta el fantasma del viejo dolor. Desearía poder borrar todos esos momentos y solo quedarme con el ahora, en el que era una gran estudiante, pronto una profesional, con buena calidad de vida y personas que me amaban, pero tenía muy claro que mi adolescencia y sus giros inesperados fueron los que forjaron quien era yo en ese momento.

Y estaba más que orgullosa de ello. Había sufrido tanto que pocas cosas podrían derrumbarme ahora. Me había convertido en alguien que no se daba por vencida con facilidad y que si no lograba lo que se proponía de una determinada manera buscaría otra para lograrlo. No permitía que nadie abusara de mí ni me menospreciara y me daba mi lugar cada vez que podía. Saqué la cabeza de mi lugar seguro y comencé a desarrollar mis habilidades

sociales con el paso del tiempo, permitiéndole a las personas acercarse solo lo suficiente para alimentarme de su diversidad. Y lo más importante: comencé a quererme a mí misma, porque me di cuenta de que nadie más iba a hacerlo y que llorar como una magdalena no solucionaría nada al respecto.

Así que allí estaba, con mi cuerpo un poco más delgado, facciones cambiadas, el cabello rubio más largo y una mentalidad completamente renovada. Era más fuerte de lo que nunca imaginé que podría llegar a ser, había madurado lo suficiente para ver las cosas de una forma diferente y menos dramática que antes. Guardé los malos recuerdos en un lugar recóndito de mi cerebro, extraje todo el aprendizaje que pude de ellos pero evité seguir reviviendo en mi cabeza momentos que no iban a cambiar. Decidí levantarme y hacer algo para alterar la vida que tendría de ese día en adelante.

—Volvió una de mis viejas pesadillas, al igual que la tuya —le confesé a Cam.

Sus ojos se ensancharon con preocupación y se acercó, ofreciéndome consuelo. Lo que no sabía era que, después de pensar en ello, realmente no lo necesitaba.

—Lo siento mucho. ¿Quieres hablar?

—No —le regalé una sonrisa, sosteniendo su delicada mano—. Solo venía por un té para calmar los nervios y volver a dormir. No quiero hablar de cosas que han quedado enterradas.

Ella se sorprendió pero pude divisar un poco de orgullo en su mirada. Eso hinchó mi corazón con emoción. Yo realmente había cambiado, ¿verdad? Ahora podía verlo un poco más claro, y me sentía profundamente optimista por ello.

—No me molesta en lo absoluto —insistió. Sabía que hablaba en serio y quería ayudarme, pero nuestras pesadillas eran causadas por la misma persona —aunque yo desconociera de qué trataban las suyas— y hablar de ello solo lo traería a colación. No había mencionado el nombre de ese hombre durante años y trataba incluso de evitar pensarlo.

Despertar ese fantasma del pasado no nos haría bien ni a ella ni a mí, así que opté por acercarme y abrazarla hasta que dejó la taza a un lado y me apretujó también. Apenas llevaba seis meses de relación con Valerie y solo habían pasado dos desde que había comenzado a dormir algunas noches en nuestro departamento, pero nos habíamos acercado con bastante rapidez. La historia que teníamos en común fue lo que nos unió, pues sabíamos que nos entendíamos mutuamente y nos identificábamos de una manera que solo Val

podía comprender.

Debía ser visto como algo hipócrita que quienes fueron supuestas enemigas ahora se tuvieran tal grado de familiaridad, pero eran muchas las cosas que habían cambiado y, o me adaptaba a ello, o dejaba mi vida pasar sin sacar la cabeza del agujero.

—Hablo en serio, Cam. No necesitamos hablarlo, solo evitar pensar en ello —respondí con sinceridad—. Ahora, será mejor que yo me vaya a acostar y que tú vuelvas a la cama con Val.



Me encontraba revisando las constantes vitales de una paciente cuando otra enfermera interrumpió en la habitación. Llevaba tres semanas como interna en el hospital, sin embargo pasaba tan ocupada que apenas había intercambiado unas cuantas palabras con el resto del personal a excepción de mi supervisora, y mucho menos había tenido la oportunidad de aprenderme todos sus nombres. La mujer que se dirigió a mí parecía rondar los cuarenta y tantos, con indicios de canas en su cabello oscuro y la mirada cansada. Vestía su uniforme blanco y zapatillas antideslizantes al igual que yo, pero sabía que ella era una de las más experimentadas y aunque se veía bastante severa, su tono de voz se me hizo amable.

—¿Cómo va todo? —me preguntó.

—La señora Godoy se encuentra bastante bien y si sigue así estará en casa pronto —señalé a la paciente de ochenta y seis años que dormía gracias al medicamento que le había suministrado, mientras yo tomaba nota de su progreso en un portapapeles y firmaba con cuidado.

—El doctor Martínez te solicita otra vez en la sala de urgencias —soltó de sopetón, siguiéndome mientras salía de la habitación y ambas caminábamos a través del laberinto de pasillos del hospital.

Solo me detuve cuando llegué a la puerta de mi siguiente paciente. La miré hacia abajo, preguntándome cómo hizo para seguirme con tanta rapidez sin perder el aliento a su edad, pero supuse que con tantos años de laborar en tal frenesí ya estaba acostumbrada.

—Mi supervisora me dio una lista de pacientes a los cuáles rondar hoy —le expliqué con frustración—. No puedo dejarlos de lado solo para cumplir con las exigencias de Martínez.

—Me ha dicho que me encargue yo de tu trabajo. La doctora Fernández ya sabe de esto —se refería a mi supervisora— y está de acuerdo.

Solté un lento suspiro. ¡Por supuesto que ella iba a estar de acuerdo! El Hospital Estatal parecía regirse por una regla tácita donde los doctores exitosos o atractivos eran quienes lo controlaban todo. No importaba que hubiera una jerarquía donde Isabella Fernández fuera la jefa de todo el mundo, porque el doctor Martínez acabaría manipulándola con una sonrisita y unas palabras cargadas de significado hasta que ella lo aceptara todo. Ahora me tocaba sumergirme en el área del hospital con más desesperación, sangre, gritos y locura solo porque el doctor así lo exigía. ¡Tenía tantas otras enfermeras más que dispuestas a acompañarlo y babear por él, pero me llamaba a mí! A veces creía que lo hacía solo para sacarme de mis casillas, pero debía admitir que desde que trabajábamos juntos algunos días había adquirido más conocimientos de los que podría conseguir durante años aquí arriba.

Volví a suspirar y le di una sonrisa falsa a la pequeña mensajera que envió Martínez para decirme, de una manera educada, que más me valía hacer lo que a él se le pegara la gana porque ya había engatusado a la jefa.

—De acuerdo, me voy. ¿Tienes la lista de mis pacientes? —La enfermera asintió—. Muy bien, gracias.

Caminé con rapidez a lo largo del pasillo hasta llegar al ascensor que me llevaría a los pisos subterráneos. Iría a decirle al cuarentón y arrogante doctor Martínez dónde podía meterse sus manipulaciones y sus exigencias.

Capítulo 13

Justo cuando salí del ascensor observé a los paramédicos corriendo por el pasillo frente a mí. Las sirenas de las ambulancias sembraban el caos y la incertidumbre entre los miembros del personal, quienes por más años de experiencia que tuvieran nunca dejarían de sentir adrenalina al escuchar el aviso de heridos en camino. Era todo tan estresante que las personas apenas hablaban entre sí, solo se dictaban órdenes con voz determinada.

Aspiré el aroma a desinfectante y el hierro de la sangre que cada vez se volvían más familiares. Abandoné el ascensor y decidí comenzar a trabajar, pues de lejos escuchaba la sirena de otra ambulancia aproximándose y toda la ayuda que pudiera brindarse era muy necesaria. Caminé a paso rápido y crucé la esquina hasta toparme con la espalda del doctor Martínez, el cual vestía su uniforme verde que lo identificaba como uno de los cirujanos y caminaba con mi misma velocidad hacia la sala de espera.

Corrí hasta ponerme a su lado. Me miró por el rabillo del ojo, hablando a través de su barbijo blanco. Tampoco se había molestado en quitarse la redecilla que le cubría la cabeza y parecía muy enfocado en llegar a su destino.

—Buenas noches, Ángela. ¿Cómo ha transcurrido tu jornada?

Cuando lo conocí su formalidad me pareció apropiada y lo respetaba muchísimo, pues todos hablaban de su exitosa trayectoria como médico y contaban breves historias sobre vidas que había salvado, dejándome fascinada. Entonces, me pidió que le ayudara en urgencias por primera vez, y más que encantada acepté. Si la doctora Fernández estaba de acuerdo, ¿por qué yo no? Y la experiencia fue agotadora, aunque gratificante. El problema comenzó cuando él siguió insistiendo en que lo acompañara. No le importaba lo que yo estuviera haciendo, si estaba o no de acuerdo, porque buscaba la forma de ponerme en una posición donde no tuviera más opción que aceptar.

Rafael Antonio Martínez tenía cuarenta y cinco años, era médico-cirujano y acostumbraba manipular a las mujeres sin que estas se percatasen. Utilizaba su sonrisa fácil y encanto para obtener lo que quisiera, sin importarle cómo esto pudiera repercutir en los demás. Él no era, ni de cerca, mi tipo de hombre, pero su cabello castaño estilo bohemio era lo que derretía a las madres solteras del hospital. Yo no le encontraba nada de especial, me parecía un hombre que en sus tiempos tuvo que ser atractivo pero ahora era normal. Tenía la piel clara, los ojos castaños con un rostro alargado y la boca con más

labia de toda la región.

—Doctor Martínez, ¿para qué me quiere aquí? —le contesté con irritación apenas contenida. El resto de mis compañeros de carrera nunca soñarían con que les permitieran desempeñar este tipo de trabajo.

Creí que se dirigía a la sala de espera pero me equivoqué. Empujó con fuerza las puertas dobles y las atravesamos sin detenernos. Ahora la sirena de la ambulancia traspasaba las paredes y atacaba mis oídos. Estábamos cerca de la zona de caos y él parecía decidido a sumergirse en el desastre.

—Esta noche estamos cortos de personal —señaló— y ha habido una balacera. Los heridos no paran de llegar.

La gravedad de la situación me envolvió de inmediato y me despojó de cualquier reclamo sobre abuso que pensara hacerle. Ahora entendía por qué todos parecían tan exaltados, sudando a mares. Era una noche ardiente de mediados de septiembre que se convertiría en el inicio de mi pesadilla; lo noté en el momento en que los vellos de mi nuca se erizaron y el corazón se expandió contra mi pecho.

—¿Cuántos heridos?

—Han ingresado seis heridos de bala y uno con más de siete puñaladas en todo el cuerpo. Dos ya están en los quirófanos, pero no creo que demos abasto. Están llamando al personal del turno de la mañana para que venga a ayudar.

—¿Y los otros hospitales?

—Están tan ocupados como nosotros —gruñó—. Un hijo de puta decidió conducir borracho y chocó contra un autobús. Más de veinte personas resultaron gravemente heridas.

—Jesús —exhalé, sintiendo mi estómago tenso de la preocupación—. ¿Qué necesita que haga?

—Ayuda a los paramédicos —nos detuvimos antes de llegar a la entrada, donde los socorristas bajaban otra camilla de la ambulancia y una enfermera se lanzaba en su auxilio—. Haz todo lo que los otros doctores te indiquen hasta que yo vuelva. Necesito hacer una llamada —señaló una de las oficinas cercanas a la zona—, luego regresaré al quirófano y vas a asistirme. ¿Está claro?

Asentí con tensión, intentando aplacar los nervios de mi estómago. Nos separamos sin demora y alcancé la camilla que empujaban hacia el interior. Me aferré a ella y con atención escuché las indicaciones que vociferaba una doctora. Dirigí la mirada hacia abajo y me encontré con un hombre moreno de

no más de treinta años que había recibido dos disparos en el pecho; sangraba profusamente y se encontraba inconsciente. Empujé la camilla con toda mi fuerza y corrimos hacia las salas de cirugía.

Hora y media después, Antonio se encontraba inclinado sobre el cuerpo de un hombre, cosiendo la herida después de extraer la bala. Su frente estaba perlada de gotas de sudor y en ella se formaba una gran línea de concentración. Yo me hallaba de pie a su lado, utilizando guantes, red para el cabello y una mascarilla. Sostenía en mi mano el recipiente donde se encontraban todas las balas extraídas y me mantenía cerca de las herramientas que pudiera necesitar.

Una enfermera y otro doctor irrumpieron en el quirófano con su ropa de protección puesta. Caminaron con celeridad y la enfermera se acercó a hablarle a Antonio en voz baja. Este detuvo sus movimientos y la escuchó con atención. Yo me esforcé por curiosear de qué le estaba hablando, pero sus palabras eran rápidas y muy bajas.

Entonces, Antonio me pasó el hilo y la aguja y yo los dejé de lado, sorprendida. Me miró con tanta preocupación que quedé inmóvil.

—Ángela, acompáñame —ordenó—. Ellos terminarán el resto.

Dejé el recipiente y corrí para seguirle el paso. Nos quitamos toda la ropa de protección y volví a quedar en mi pálido uniforme. Lavamos nuestras manos y no perdimos un segundo antes de correr hacia el exterior. De nuevo nos dirigíamos hacia la zona de ingreso de las ambulancias y yo me preguntaba qué había dicho la enfermera para captar de tal manera su atención y marcharse a media operación. ¿Serían más heridos? Ya no dábamos abastado; cada miembro del personal se encargaba de seis cosas al mismo tiempo y todas las salas de cirugía estaban ocupadas. Si algo más había ocurrido, este lugar iba a colapsar.

Las sirenas casi hicieron sangrar mis oídos cuando nos acercamos el máximo posible a las puertas de ingreso. Nos detuvimos un segundo, yo me preguntaba con una odiosa ansiedad qué estábamos esperando, y entonces entró otra camilla acompañada por dos paramédicos que la empujaron en nuestra dirección. Antonio y yo nos pegamos a ella de inmediato y comenzamos a escuchar el diagnóstico que ofrecían los socorristas.

—Hombre de veinticinco años, traumatismo craneoencefálico. Ha perdido mucha sangre y sus signos vitales son apenas perceptibles.

—Llévenlo a la sala de operación —ladró Antonio—. Ángela, necesitamos sangre. —Miró al hombre inconsciente, donde un halo carmesí se

formaba bajo la zona de su cabeza, e hizo una mueca feroz—. Tres bolsas al menos. Trae al resto del equipo, díles que esto es importante.

Me encontraba confundida por su ferocidad, pues llevábamos más de dos horas recibiendo distintos pacientes y este no se encontraba más grave que los demás. De igual forma asentí y me dirigí a buscar lo que me ordenó y a llamar por el comunicador al personal necesario para la intervención. Me sentía extrañamente agitada, con una preocupación que nacía desde lo más hondo de mi estómago. Apenas le había dirigido una mirada superficial al hombre inconsciente, pero algo en el comportamiento de todo el mundo me tenía con los pelos de punta.

Llevando tres litros de sangre O positivo entre las manos, corrí hasta el quirófano donde estaba todo el mundo trabajando. Frené en seco cuando observé a dos hombres con trajes de policía custodiando cada flanco de la puerta. Conmocionada, caminé hasta ellos, pensando que quizá me detendrían o comenzarían a revisarme, pero uno asintió hacia mí y me instó a entrar.

Me coloqué la indumentaria de protección con movimientos mecánicos, mi mente disparando preguntas sobre la razón por la que esos policías se encontraban allí. Era más que probable que todo el misterio y la protección policial estuvieran relacionados, así que me aferré a la hipótesis de que estábamos atendiendo a un asesino o a una posible víctima de un crimen. Apliqué mi nerviosismo al respecto, pues era mi primera vez experimentando algo como eso, y me acerqué al doctor Martínez quien gritaba órdenes a diestra y siniestra.

—Necesitamos detener la hemorragia —bramó. Entonces me reconoció con una mirada de soslayo—. Ángela, la sangre, rápido. Lo estamos perdiendo.

Una de las otras enfermeras me quitó el líquido de las manos y comenzó a abrir las bolsas con la destreza que solo confiere la práctica. Observé los monitores sobre el cuerpo del paciente y sentí mi corazón contraerse con fuerza. No sabía quién era el hombre pero sus lecturas no se veían esperanzadoras. El ritmo de su corazón era muy bajo y la actividad de su cerebro casi había desaparecido por completo. Si no hacían algo rápido, ese hombre podría morir de un infarto o quedar como un vegetal por el resto de su vida.

Me acerqué al doctor, una vez más preguntándome por qué todos se habían exaltado tanto por un golpe en el cráneo, algo que era extremadamente delicado pero muy usual. Miré al paciente, cuya cabeza estaba iluminada por

la cegadora luz blanca procedente de una lámpara, y el único detalle que pude observar con atención fue su barba, que abarcaba toda la parte inferior de su rostro hasta las patillas y la zona superior de su labio. Parecía descuidada, y al dirigir la mirada por los brazos del sujeto me percaté de que estos se encontraban fuertes y muy bien marcados, aunque sus manos se veían maltratadas.

No podía ver con claridad el rostro del paciente, pero eran facciones severas que me hicieron removerme con agitación. No se veía desnutrido, pero parecía que apenas ingería lo que le era necesario comer. Me aferré al metal de la camilla y aspiré aire con fuerza a través del cubrebocas. Mi mal presentimiento no se debía solo a que toda la situación era extremadamente extraña o a que ese hombre estaba muriendo, sino a algo que no podía identificar.

Un pitido agudo junto a mi oído me detuvo el corazón. Antonio retrocedió con la velocidad de un disparo y comenzó a gritar.

—¡Lo perdemos!

—Su corazón no responde —informó una enfermera, observando la línea recta que contemplaban también mis ojos alarmados. Nunca había visto a alguien morir de un paro cardíaco súbito.

—¡Enfermera, el desfibrilador! —me gritó Martínez, sacándome de mi nebulosa.

Corrí hacia la esquina y tomé el desfibrilador con la adrenalina quemando todo el camino a través de mis venas. Antonio me lo quitó de las manos mientras yo retiraba del paciente las herramientas que había dejado de lado. Seguidamente expuse su tórax. El doctor rozó los electrodos entre sí, produciendo un chasquido que cortó el aire y me hizo saltar hacia atrás.

—¡Despejen! —gritó, entonces dio una descarga que hizo saltar el cuerpo del paciente con un ruido hueco.

Miré las lecturas del corazón, que seguían siendo una sola línea mortal. Antonio volvió a cargar el desfibrilador y repitió su acción, dando otra severa descarga.

—Carguen a trescientos. ¡Despejen!

El cuerpo seguía sacudiéndose, pero parecía renuente a volver a la vida. Nunca me había sentido más conmocionada, deseando sacudir el cuerpo del hombre con mis manos hasta hacer que su corazón volviera a latir. Sabía que si la electricidad no lo hacía regresar pronto íbamos a perderlo para siempre.

Antonio terminó de dar una cuarta descarga. El sudor era brillante sobre su

frente y su voz sonaba cada vez más desesperada. El otro doctor, el resto de las enfermeras y yo lo mirábamos con compasión. Hasta yo era consciente de que Martínez podía ser un hombre poco grato, pero amaba su profesión con todo el corazón y a él lo destruía cada persona que veía morir.

La resignación comenzaba a inundar el ambiente, tanto que el otro doctor se quitó el cubrebocas con evidente tristeza y colocó una mano para detenerlo antes de que diera otra descarga.

—Se ha ido.

—No, joder —gruñó Antonio, observando con ensañamiento los monitores a su lado, como si estos fueran los culpables—. Este hombre no puede morir. No lo merece.

—Doctor... —comenzó una enfermera, dando un paso adelante.

—¡No! —gritó, crudamente atormentado—. Traian me salvó la vida y terminó en la cárcel. ¡No voy a dejar que muera ahora entre mis brazos!

—Mírelo, doctor. No hay nada más que podamos hacer.

Ese fue el primer momento de mi vida en que el tiempo pausó su carrera y las personas dejaron de moverse. Mis manos comenzaron a temblar y miré el cuerpo del fallecido, con el pitido de la máquina anunciando el infarto que sufrió su corazón.

El mismo hombre que me había dejado, diciéndome que volvería en seis días, ¿seis años después estaba muerto?

Me negaba a aceptarlo.

Al observar el cuerpo frío de Traian sobre la camilla de la sala de operaciones, me rehusé a aceptar que después de años de haberme preguntado dónde se encontraba, por qué había desaparecido sin una explicación o una despedida, apareciera para morir justo frente a mí. No tuve la oportunidad de preguntarle muchas cosas, había vivido con la incertidumbre de qué habría ocurrido con aquel misterioso hombre que llegó a mi vida tan repentinamente como se marchó. Algunos días creía que fueron delirios y que nunca había conocido a un tal Traian, pero la realidad era que sí había tenido la oportunidad de hablarle, de permitirle cocinarme, de dormir sobre él y de dejarle cuidar de mí.

Lo recordaba como el chico con ojos de tormenta. Eso fue para mí: a mis diecisiete años, llegó como una tormenta sacudiéndolo todo, sin darme tiempo a refugiarme. Implacable, descomunal y tan fascinante como peligroso. Irrumpió en mi vida y me hizo abrir los ojos sobre muchas cosas. Me dio la fuerza para colocarme sobre mis pies y no permitir que nadie pasara sobre mí

otra vez. Sostuvo mi mano y me consoló sin apenas conocerme; me defendió y me transmitió su fuerza, instándome a salir de la burbuja de autocompasión y miseria en la que me había sumergido por años, y me empujó hasta enfrentar mis temores y arrasarlos. Eso fue Traian para mí; un ángel vengador caído del cielo, que llegó justo cuando más lo necesitaba y desapareció sin dejar rastro en cuanto pude recomponerme.

Se encontraba más delgado, su rostro había cambiado, tenía una contextura aún más enorme pero maltrecha. Después de dejarme durmiendo sobre mi cama hacía seis años, con una nota prometiéndome que lo vería en seis días, se perdió de tal manera que por más que pregunté por él, y por más intentos que Valerie y yo hicimos por localizarlo, nunca apareció ni un rastro. Nadie tenía certeza de nada, solo corrían rumores que al final resultaban falsos. Era decepcionante, me hacía preguntarme si fue mi culpa que huyera. ¿Fue por mí, o hubo una razón más grande que lo hizo marcharse?

Nunca llegó al colegio, y lo esperé con el corazón roto y la necesidad de que me consolara. Pasaban los días y no sabía nada sobre Traian; ni un mensaje ni una llamada. No sabía dónde vivía, quiénes eran sus amigos ni quiénes eran sus familiares. Con dificultad recordaba su apellido y el resto de la ciudad parecía conocerlo tan poco como yo, pues ni la determinación de mi mejor amiga, usando influencias y manipulando gente, consiguió encontrarlo. Creo que ella también llegó a pensar que lo habíamos imaginado.

Pero había estado en la cárcel, y esa era la razón de que los guardias se encontraran fuera de la puerta. ¿Qué había hecho? ¿En qué momento fue encarcelado? ¿Siempre había sido un criminal, uno con el que dormí? Me estremecía de solo pensarlo. Recordaba la manera tierna en la que Traian me había acunado, y no lograba contrastarla con la mirada de un asesino despiadado. Quizá se debía a la inocencia de la juventud, cuando yo lo idealizaba y en mi cabeza él no podía romper ni un plato. Quizá todo el tiempo fue peligroso y tuve suerte de que se alejara.

No tenía ninguna certeza, eran tantas mis dudas que tomaría meses evaporarlas. Y si Traian no sobrevivía, nunca podría cerrar por completo aquel capítulo de mi vida. Necesitaba respuestas tan urgentemente como él necesitaba un soplo de esperanza. Me consideraba una adulta ahora, pero recordaba la manera sublime en la que me hacía sentir cuando era más joven. Nunca se acercó a la profundidad de los sentimientos que albergaba por mi antiguo mejor amigo, pero al mirar atrás me di cuenta de que Traian se había convertido en mi ideal.

E iba a recuperarlo para poder superarlo y eventualmente, por fin, olvidarlo.

Mi determinación rugió como un animal dentro de mi pequeño cuerpo y me dio fuerza. Dos doctores y tres enfermeras se encontraban en la sala de operación, contemplando abatidos el cuerpo del fallecido. Habían cejado en su intento de reanimar su corazón, permitiéndole descansar en paz. Pero yo no iba a dejar que se marchara dejándome con miles de inquietudes y sin ninguna explicación. No le permitiría abandonarme una segunda vez, ahora para siempre. Él iba a vivir aún si tuviera que bombear sangre en sus venas de manera manual.

Corrí hacia el lateral derecho de la habitación, donde se encontraban los armarios de vidrio y metal empotrados contra la pared. Usualmente se encontraban cerrados bajo llave, pero exhalé con alivio cuando encontré las puertas abiertas debido a todo el ajetreo de ese día. Mi respiración era rápida mientras mis ojos volaban sobre los cientos de frascos sellados y el resto del equipo médico que guardaban con precaución. Buscaba una etiqueta desesperadamente y creí que nunca iba a encontrarla, hasta que apareció en un rincón: una minúscula botella transparente que contenía la última esperanza de Traian.

Tomé el frasco y lo abrí, decidida a romperlo si no cedía. Mis dedos temblaban tanto que casi vierto el contenido en el suelo. Me arrodillé y abrí las puertas del mueble que estaba debajo, encontrando la inyección con la única aguja extraordinariamente larga que serviría para el trabajo. La introduje dentro del líquido y la llené al máximo, sin tiempo para ponerme a pensar en medidas y precauciones. Tenía muy claro que lo que iba a hacer era peligroso, los factores de riesgo eran muchos y la posibilidad de éxito era una sobre cincuenta. Pero, ¿qué otra opción tenía? Los segundos seguían pasando y a cada momento era menos probable que despertara.

—Ángela, ¿qué demonios estás haciendo? —gritó el doctor Martínez.

El resto del equipo seguía paralizado, mirándome abrir los armarios con mi expresión frenética y mi cuerpo temblando. La inyección estaba llena, así que dejé todo lo demás de lado y corrí de nuevo hacia el centro de la habitación. No sentía las piernas, el sudor resbalaba por mi frente y creía que mi corazón podría estallar. Oleadas de agitación hacían estragos en mi cuerpo y debí darles a los médicos la impresión de que había sufrido un colapso mental, pero ya no quedaba tiempo.

Miré el pecho expuesto de Traian y tracé en él líneas imaginarias,

realizando cálculos, rogando a mis libros de medicina y a mis prácticas que no me fallaran demasiado. Me detuve cuando encontré mi objetivo. Con las dos manos, sostuve la enorme inyección en alto, preparándome para lo peor. Si esto no funcionaba, nada más lo haría.

—¡Deténganla! —gritó un doctor.

—¡Ángela —rugió Martínez—, no te atrevas!

Pero ya era demasiado tarde. Clavé la inyección sobre el pecho de Traian y la presioné hasta introducir la última gota de epinefrina en su sistema, con la intención de producir en su corazón una contracción inmediata. Había una posibilidad mayúscula de que hubiera errado en mi intención de penetrar su ventrículo izquierdo, pues no tuve el tiempo suficiente para realizar mejores cálculos. Asimismo, existía la posibilidad de que Traian sufriera una dextrocardia, donde su corazón se encontrara en el lado derecho del tórax en lugar del izquierdo. Si sucedía cualquiera de los dos casos, la adrenalina no funcionaría y yo habría fallado por completo.

Ni siquiera tuve el tiempo de alejar mi mano, pues un segundo después de haberlo inyectado, la parte superior del cuerpo de Traian salió despedida hacia delante. Su frente chocó con mi nariz y el dolor me lanzó hacia atrás. Los monitores volvieron a la vida, pitando frenéticamente. El sonido que emitían las lecturas del corazón de Traian fue tan emocionante que mis ojos se empañaron con lágrimas mientras me cubría la nariz.

El rostro de Antonio no tenía precio, saltando hacia delante para contemplar los monitores. Lucía tan sorprendido como extasiado. Tuve que contenerme para no comenzar a llorar. El corazón de Traian latía por lo alto gracias a mi reanimación y escucharlo representaba consuelo.

—¡Rápido! —vociferó el doctor Martínez, gesticulando con ferocidad hacia el cuerpo sobre la cama—. Vamos a parar el sangrado y traerlo de regreso completamente. ¡No podemos perder el tiempo!

Observé a las enfermeras salir de su asombro y comenzar a correr en todas direcciones otra vez. Yo seguía incapaz de moverme, ni siquiera sabía si seguía respirando. El otro doctor, cuyo nombre desconocía, se dirigió hacia la cabeza de Traian mientras dos enfermeras se encargaban de aumentar el flujo de sangre que enviaban a su cuerpo. Miraban los monitores, sin poder creer que era verdad pero determinados a sacarlo adelante. El paciente tenía una segunda oportunidad y los médicos no pretendían desaprovecharla.

Me encontraba abrumada contemplando toda la conmoción, no me di cuenta de que Antonio se había acercado a mí hasta que posó sus manos sobre

mis hombros y comenzó a empujarme fuera de la habitación.

—Ángela, debes irte.

Eso me hizo salir de mi estado de estupefacción y planté con fuerza los pies sobre el suelo.

—No voy a marcharme. —Señalé hacia el cuerpo de Traian, exclamando —: ¡Gracias a mí, él sigue con vida!

—¡No estás en condiciones de atender a este paciente!

—¡Por supuesto que lo estoy! No me voy a marchar de aquí.

—Ángela —Antonio pareció suplicar al cielo por paciencia, hablando a través de su cubrebocas—, acabas de cometer una falta gravísima para una enfermera. ¿Eres consciente de ello?

Mi rostro cayó y mi corazón se desplomó con preocupación. Era plenamente consciente de que lo que hice fue intrépido, pero en ese momento no pensé mucho sobre ello, solo quería que su corazón latiera otra vez.

—Era la única opción —mascullé, tragándome mi dolor.

Antonio aspiró aire con fuerza, presionando las manos sobre mis hombros. Su voz me decía una cosa, cuando sus ojos brillaban evidenciando otra.

—Te voy a pedir que salgas ahora mismo de la sala o me veré en la obligación de reportarte ante tu supervisora. Acabas de cometer una infracción grave, y aún más tomando en cuenta que apenas eres una interna.

—Doctor Martínez... —exhalé, sintiendo mi corazón contraerse. No podía pedirme que me marchara desconociendo el futuro de Traian. Tenía que estar allí, tenía que observar los monitores y escuchar su corazón latir. ¿Y si volvía a fallar? Ellos se darían por vencidos otra vez, lo dejarían morir.

Mi piel ardía ante mi necesidad de empujar al doctor y correr al lado de Traian. Quería sostener su mano hasta que el cirujano afirmara que estaba bien. Mi cuerpo se estremecía ante la angustia, y la adrenalina que sentí al ir a buscar la inyección, sabiendo que no me quedaba nada de tiempo, aún no se había evaporado de mi sistema. Sabía la imagen frenética, temblorosa y preocupante que debía proyectar, y entendía que me consideraran inestable mentalmente después de mi actuar, pero yo no podía irme.

—Por favor —murmuró Antonio de pronto, y lo miré a los ojos. Parecía estar diciéndome la verdad—. Lo salvaste, Ángela. Ha vuelto gracias a ti.

—Entonces no me pida que me marche.

—Te estoy evitando un problema mayor. Convenceré al resto del equipo de que no te reporte. Esto podría meterte en líos muy serios, Ángela —me sacudió—. Que te expulsaran de la universidad serían el más leve de los

males.

—¡Él ya estaba muerto! —mascullé a través de mis dientes, embargada por la más absoluta furia—. ¡Su vida no corría peligro porque ustedes ya lo habían dado por muerto! Solo le di una última oportunidad. Lo que hice no cambiaría nada si no funcionaba.

—Lo sé —admitió con una voz que era solo perceptible para mis oídos— y te lo debo. Acabas de salvar a mi sobrino. —Lo miré, sorprendida. Él asintió, soltándome—. Es mi familia y me salvó la vida. No voy a dejar que muera. Confía en mí.

—Ya se dio por vencido una vez —susurré, aún sin poder asimilar que Antonio y Traian estaban emparentados. Todo este tiempo, ¿estuve interactuando con alguien que era su familia? ¿Cómo no lo supe antes?

—Sí, me di por vencido, y no voy a perdonármelo nunca —admitió entre dientes, tensando los puños—. Haré todo lo que esté en mi alcance para que sobreviva. Entonces estaré agradecido contigo por el resto de mi vida. — Señaló con su mano enguantada y cubierta de sangre hacia la puerta que daba al exterior—. Por favor, espera afuera. En cuanto se encuentre estable te lo haré saber.

—¿Sobrevivirá? —susurré. Mi corazón pesaba ante la idea de que, después de todo, él aún muriera.

—Esa es mi fe. Mi sobrino es un luchador, Ángela. Lo ha sido desde niño, lo fue durante su adolescencia y lo será ahora. No morirá justo dos días antes de salir de la cárcel.

Asentí con la cabeza, asimilando sus palabras. No quería entretenerlo más tiempo, pues necesitaba que él, siendo el mejor cirujano del hospital, lo salvara. Caminé hacia la puerta que daba al cuarto de preparación y comencé a desprenderme lentamente de mi ropa de protección. Ya no podía verlos revolotear alrededor del cuerpo inconsciente, pero podía escuchar cada una de sus palabras, las cuales se clavaban como cuchillos en mi pecho y tiraban sin conmiseración.

La realidad era que él me importaba, seis años después estaba agradecida por todo lo que había hecho por mí. En su momento me había salvado y ahora estábamos a mano. Desconocía las consecuencias que traerían mis actos, tanto para mi vida personal como para mi carrera, pero la realidad era que, si le había salvado la vida, nunca me arrepentiría de nada.

Solo rezaba para que Traian siguiera luchando y sobreviviera. Deseaba contemplar sus ojos grises una última vez.

Anexo 2

Me encontraba sentado en el auto, vigilando la entrada del Hospital Estatal. Llevaba una hora y media allí, acechando en silencio desde el otro lado de la calle. Coches, autobuses y motocicletas pasaban rugiendo a mi lado, y por momentos perdía la visibilidad que me regalaba mi privilegiada posición, lo que me enfurecía. Tenía que estar atento a cualquier persona que entrara o saliera por esa puerta pues podía ser ella. Ángela podría salir durante apenas un segundo y yo me perdería ese vistazo por culpa de algún camión transitando. La sola idea me hacía presionar mis puños y rechinar los dientes.

Otra media hora había pasado. Mi estómago comenzó a revolverse y gruñir. Recordé que lo último que había comido ese día fue un cereal y un café fuerte en el desayuno. Eran pasadas las seis de la noche, la farola junto a mi auto iluminaba tenuemente el parque frente al hospital. Por un momento consideré apearme del coche, cruzar la calle y comprar algo para comer, pero temía que si lo hacía ella saldría y yo no estaría allí para verla. Estuve todo el día en la universidad con ese ligero desayuno dándome fuerza, pues no tuve la oportunidad de almorzar, y me obligué a resistir un poco más.

Solo permanecería una hora más. Ángela terminaba su práctica antes del anochecer, así que no entendía qué la hacía tardar tanto. Su rutina la había memorizado con facilidad, pues desde hacía tres semanas la veía entrar de madrugada por esas puertas y salir hasta que estuviera cercana la noche. Entonces ella se montaría en el Mini Cooper rojo del estacionamiento y conduciría hasta su departamento conmigo siguiendo cada uno de sus movimientos.

¿Alguien la estaría distraendo? Mi pulso se aceleró ante la idea. No la había visto con ningún hombre desde hacía nueve meses, cuando había comenzado a seguirla, pero eso se debía a que yo me encontraba en la universidad todos los días de ocho de la mañana hasta las tres y treinta de la tarde, y solo podía vigilarla si me apresuraba a conducir hasta el hospital y esperaba hasta que ella saliera. No tenía el tiempo ni la autorización para introducirme en su universidad, por más que lo deseara. Tenía el presentimiento de que era ese lugar la fuente de mis pesadillas, donde ya había encontrado al amor de su vida y andarían tranquilamente de la mano. Mi interior rugía por mi necesidad de averiguar qué era lo que realmente pasaba dentro de ese campus, pero era imposible. Debía conformarme con los breves

vistazos que pudiera obtener.

Entonces la vi salir, pero inmediatamente me percaté de que ese no era un día normal. No salió por las puertas delanteras, sino que avanzó desde la zona de urgencias, a un costado del edificio. Caminaba con los hombros caídos y la cabeza gacha, no llevaba su bolso con ella. Me enderecé en el asiento, tomé mis gafas oscuras de la guantera y me aseguré de cubrirme la cabeza con la capucha de mi sudadera para que, si se le ocurría mirar en mi dirección, no me reconociera.

Pero mi temor estaba infundado ese día, pues Ángela se detuvo frente a los escalones de la entrada y tomó asiento. Se inclinó hacia delante, apoyando la cabeza sobre sus rodillas, luciendo desconsolada. ¿Qué estaba mal? Me tensé desde mi posición. Quería saltar de mi coche y acercarme a abrazarla, preguntarle qué estaba ocurriendo y solucionarlo por ella.

Desde que había vuelto a la ciudad y cedí ante mi deseo de saber de su vida, se había vuelto imposible para mí no espiarla. Después de hacerlo una vez... no pude resistirme a seguir haciéndolo cada día. En cada oportunidad posible tomaba mi coche y me sentaba fuera de su departamento, mayormente por las noches, y contemplaba la que sabía que era su ventana. Por momentos la luz se encendía y su sombra se mostraba distorsionada debido a la lejanía, pero con todo y eso provocaba que mi corazón saltara y mi cuerpo volviera a la vida.

También la seguía a través de la ciudad durante los fines de semana. Entraba con ella al supermercado, siempre sin que se diera cuenta, y tomaba nota mental de cada cosa que compraba. La acompañaba al centro comercial, la esperaba fuera de las tiendas, tomaba una mesa cercana a la suya en los restaurantes. Hacía todo lo que estuviera a mi alcance para sentirme cerca, pero nunca era suficiente. Siempre quería más, anhelando sostenerla contra mi pecho. Quería tomarla por la fuerza y arrastrarla lejos de todos los demás hasta que aceptara que su vida siempre estaría entrelazada con la mía.

Pero nunca la había visto tan angustiada, y eso me torturaba. Ella merecía una vida perfecta, ser feliz y tener todo con lo que había soñado; ese era el motivo por el cual contenía mis impulsos y me mantenía lejos. Reconocía el daño que yo le había hecho, pero enloquecía cuando pensaba en dejar de verla. Me contuve durante más de cinco años sin saber de su vida, sin preguntar, sin buscarla ni espiarla. La razón principal fue que me encontraba a cientos de kilómetros de distancia y no contaba con los recursos para acorralarla.

Ahora estaba de regreso y ni yo mismo podía detener mi obsesión por ella. Lo había intentado, recordándome que le había hecho daño y que lo más probable fuera que para este momento ni siquiera me recordara, pero me negaba a dejarla ir.

Abrazaba nuestros recuerdos y me aferraba a ellos en los momentos más críticos de mi vida. Mi madre había muerto, no tenía más familia. Nadie en el mundo me quería. Pero Ángela sí me quiso, una vez. Ella era todo lo que tenía, su rostro de ángel era lo único que se colaba en mi mente antes de conciliar el sueño. Lo más probable era que sus sentimientos se hubieran extinguido con el paso del tiempo, pero ni siquiera ese pensamiento me detenía. Lo único que calmaría mi ansiedad sería tenerla.

Se mantuvo en su posición afligida por mucho tiempo. Pude deleitarme siguiendo las líneas de cada rizo de su cabello rubio intenso. Deseaba acercarme y acariciarlo, hacerla mirarme y luego meterla en mi auto. Nos llevaría muy lejos, donde nadie nos buscara y ella no pudiera huir. Conforme más pensaba en dicha idea, más comenzaba a gustarme. Quizá esa era la solución a todos mis problemas, ¿por qué no lo había pensado antes?

Llevé mi botella de licor, la que siempre cargaba conmigo, hasta mis labios. Tomé un trago largo, el líquido quemaba a través de mi garganta pero era bienvenido. El alcohol y mis recuerdos eran lo único que me había mantenido cuerdo hasta el momento pero, ¿podrían hacerlo durante más tiempo? Mis deseos se acrecentaban con cada día que pasaba; cada segundo era más difícil para mí mantenerme lejos.

Sabía que iba a explotar y nadie podría culparme por ello.

Veinte minutos después, una enfermera salió por las puertas, se acercó y le tocó el hombro, informándole algo. Eso me interesó, y a mi ángel aún más, pues se puso en pie inmediatamente y comenzó a subir las escaleras. Atravesó las puertas de entrada como una exhalación y su cuerpo curvilíneo desapareció.

Aferré el volante con fuerza, intentando controlar la furia. Siempre que la perdía de vista, mi cuerpo se descontrolaba y mi cabeza enloquecía. Pero pronto acabaría con mi suplicio, pues en ese momento tomé la decisión de que volvería a su vida y de nuevo sería mía.

Ángela debía volver conmigo, justo donde siempre pertenecería.

Capítulo 14

—Por favor dígame que está bien.

Antonio se quitó el cubrebocas con un movimiento fluido y clavó sus ojos castaños en mí, allí de pie, abrazándome para intentar protegerme de lo que fuera a salir de sus labios. Insistí:

—Prometió que lo salvaría.

—Traian está vivo —respondió—. Ya lo están trasladando a su nueva habitación.

Solté tal suspiro que todo mi cuerpo se desinfló. Había pasado los minutos más angustiosos de mi vida, sentada en la entrada del hospital mientras esperaba que alguien me avisara qué había pasado. No podía permanecer dentro de las instalaciones sin hacer nada para ayudar, así que me obligué a mover los pies y comenzar a orar. Mi relación con Dios no era la mejor, pues mi madre dejó de insistir en que fuéramos a la iglesia después de que mi padre murió, pero yo había sido criada como una buena católica y en momentos de necesidad no podía evitar recurrir a cualquier persona, o ente, que considerara capaz de ayudar.

No sabía cuánto tiempo había pasado allí sentada, pero me sentía desconsolada. El sentimiento de angustia no hacía más que aumentar con cada segundo que pasaba, hasta que una enfermera salió en mi búsqueda y me avisó que habían acabado. No le di tiempo de terminar de hablar, solo corrí de vuelta dentro del hospital y casi arrollé al doctor Martínez en mi carrera. Mis manos picaban con la necesidad de abrir la puerta y comprobarlo por mí misma, pero debía ser prudente y no causarme más problemas.

Traian estaba bien. No había muerto. La noticia me afectó más de lo que había esperado. Tuve que apoyar la espalda contra la pared y tomar unos segundos para serenarme. Antonio volvió a hablar cuando yo estaba a punto de cuestionar el momento en el que podría ir a visitarlo.

—Ángela, hay un problema —su voz bajó, volviéndose dolorosa de escuchar.

Mi subconsciente sabía lo que estaba a punto de decir, pues me estremecí inmediatamente y un gran peso se asentó en mi estómago. Mi voz se comenzó a quebrar:

—Por favor, no lo diga.

—Traian está en coma —declaró, volviendo mi temor una realidad—: Es algo de esperarse después de un traumatismo tan grave.

—Lo sé —admití. Tuve que recurrir a demasiada fuerza de voluntad para encontrar mi voz—. Dios... No, Traian... —Me cubrí el rostro con las manos, sintiendo la derrota caer sobre mis hombros. Tenía la impresión de que todo había acabado sin haberme dado la oportunidad de luchar.

La mano de Antonio se posó sobre mi hombro como una manera de transmitirme su apoyo. No quería imaginar cómo debía sentirse él después de darme la noticia de que su sobrino estaba en coma. Aún no podía creer que realmente fueran familia, pero comprendía que debía estar sufriendo un infierno por dentro, como su doctor y como su pariente. Yo apenas había conocido a Traian Serbian durante un lapsus tan corto en el tiempo que pudo borrarse de un plumazo, pero la huella que dejó en mi vida fue tan importante que años después yo había arriesgado mi trabajo soñado con tal de ayudarlo.

Él no despertaría. Yo era enfermera, y si el traumatismo había sido tan grave como ellos afirmaban, tenía muy claro que no lo haría. No era un familiar a quien pudieran engañar con falsas esperanzas, estaba obligada a enfrentar la realidad.

—No —mascullé, tragando el nudo en mi garganta—. Esto está mal. No es justo, joder. —Alejé las manos de mi rostro y lo encaré. Su mirada de compasión solo me hizo sentir peor—. ¡No está bien!

—Puede que despierte en cuestión de horas o días —afirmó, presionando los dientes con fuerza. Estaba cabreado y no lo culpaba, pero mi enojo era tan profundo que no podía ver más allá de mis sentimientos encontrados.

—No me mienta.

—¡Joder! Él va a despertar. ¿Me escuchaste? —gritó—. ¡Va a despertar porque no voy a permitir que muera!

Una repentina claridad invadió mi mente y me inyectó falsa tranquilidad. Mis extremidades colgaban inertes a mis costados y mi rostro perdió cualquier retazo de emoción. Me sentía vacía, como si los sentimientos hubieran sido drenados de mi vida.

—Él ya está muerto, ¿verdad? —repliqué fríamente.

—Sigue vivo, está luchando. Su cerebro volverá a funcionar... ¡No me mires así! —Maldijo—. ¿No quieres que viva?

—No regresará. Podemos dejarlo diez años conectado a esas máquinas, pero nunca va a despertar. —Una lágrima diminuta escapó de mi ojo. Antonio siguió su descenso con el rostro torcido por la desesperación, pero yo no sentía nada—. Está muerto. Y es su culpa, ¿verdad?

Su mirada subió hasta encontrarse con la mía y lo observé pasmarse. No

podía creer que yo hubiera dicho esas palabras.

—¿Qué? —exhaló.

—Dijo que fue a la cárcel por salvarlo a usted. Tomando en cuenta a los policías custodiando, él seguía allí cuando fue lastimado. ¿O me equivoco?

—No hables sobre mierda de la que no sabes —amenazó, engrosando su voz y sacando el pecho. Creía que podía amenazarme mirándome desde arriba con los ojos entornados, pero habían intentado doblegarme con mucho más que eso y yo no volvería a ceder nunca más.

Estábamos en el pasillo del hospital, donde cada persona que pasaba por allí no perdía la oportunidad de dirigirnos una mirada de soslayo llena de curiosidad. Sabía la imagen que estábamos proyectando; yo con mi cabello y uniforme manchados, él gritándome con rabia. Montábamos una escena que probablemente fuera el tema del día en el hospital en cuanto dejaran de estar tan ocupados, y si llegaba a enterarse mi supervisora no sabría cómo explicarle, pero en ese momento no podía importarme.

Traian estaba, para todos sus efectos, muerto. Una máquina era la única encargada de mantenerlo con vida, una supuesta vida que no le pertenecía, otorgada en nuestro afán egoísta de mantenerlo con nosotros mientras nos aferrábamos a vanas esperanzas. Antonio juraba que iba a despertar, pero yo había sufrido tantas decepciones en mi vida que me había vuelto mucho más realista. Para mi espíritu lastimado y rencoroso que aún recordaba a ese chico dulce que perdió sin explicación, el culpable de toda la situación era el médico frente a mí.

—¿Qué fue lo que hizo Traian por usted, doctor?

—¡No es tu jodido asunto!

—Ni siquiera piense en desquitarse conmigo.

—¡Nunca le pedí que lo hiciera! —estalló de pronto, con tanta violencia que inconscientemente retrocedí y lo observé hacer gestos coléricos con los brazos—. Él se involucró en todo el asunto por su cuenta. Yo intenté detenerlo. Nunca le pedí que se sacrificara por mí.

—Dígame la razón por la que ese hombre acabó en la cárcel.

—No es tu asunto —protestó, cada vez con menos fuerza. Ni siquiera podía mirarme.

—Conocí a Traian cuando tenía diecisiete años —informé—. Me prometió que lo vería en seis días, cuando se trasladara a mi colegio, pero nunca apareció. Y sospecho que usted tiene que ver en ello.

—Joder... —masculló entre dientes. Se quitó los guantes de las manos con

un movimiento brusco y comenzó a caminar a lo largo del pasillo.

—¿No cree que merezco una explicación? —exclamé, siguiéndole el paso con la misma furia contenida. Sentía que en cualquier momento ambos nos lanzaríamos a los golpes y la seguridad del hospital tendría que sacarme a rastras. Nunca fui una persona violenta, ni siquiera cuando me humillaron en mi adolescencia, pero mis ganas de saltar sobre el doctor y hacerlo confesar eran tan profundas que comenzaba a dudar de mi cordura.

Clavé las uñas en las palmas de mis manos y me esforcé por controlarme. Sabía que insultarlo no serviría de nada, y ahora más que nunca necesitaba saber qué demonios había sido de la vida de Traian. No quería pensar en que dicha vida ya no existía más, solo necesitaba aferrarme a la idea de que este hombre podría aclarar dudas del pasado y darle algo más de sentido a todo lo que viví.

Cuando lo supiera todo, quizá podría olvidarme del chico de los ojos color cobalto. Entonces, aceptaría su muerte sin nada más que tristeza y resignación, no sufriría por ella porque ya habría dejado ir el pasado. Esa era mi esperanza.

Así que insistí, tomándolo del brazo y forzándolo a detenerse:

—No puede huir de su pasado, créame.

—¿Es que no lo entiendes? —Acercó su rostro al mío y su respiración agitada rozó mis labios—. ¡No te importa una mierda lo que haya pasado! Cuando él despierte te lo contará todo si eso es lo que quiere. Mientras tanto, no te entrometas.

—No mejorará —le informé, haciendo mi corazón protestar en el proceso. Odiaba cada una de mis palabras, pero las pronunciaba tanto para que el doctor las escuchara como para convencerme a mí misma. Traian nunca despertaría y debía adaptarme a la idea desde ya, no aferrarme a esperanzas vanas. Entre más rápido lo aceptara, más rápido desaparecería cualquier posibilidad de sentir dolor.

—Puede despertar en cualquier minuto, ¡no afirmes lo que no sabes! —Argumentó—: He visto milagros más grandes que estos y un paciente despertando del coma no es nada raro.

—Merezco que me diga, al menos, por qué se fue. Lo conocía poco, pero puedo jurar que nunca me dejaría sin una explicación.

Antonio me contempló en silencio durante lo que parecieron horas. Caminó hacia la pared frente a mí y apoyó su espalda, encarándome. Nos separaba un metro de distancia pero yo podía sentir la desolación que salía a

oleadas de su cuerpo y el dolor en sus ojos era imposible de ocultar. Estaba sufriendo por esto y en otras circunstancias me habría conmovido, pero yo me encontraba incluso más conmovida que él y, si no conseguía respuestas pronto, iba a colapsar. No podía asimilar tantas cosas al mismo tiempo sin al menos darles sentido.

El doctor miró a ambos lados y repetí su gesto. Nos encontrábamos en el pasillo que llevaba a las bodegas de material quirúrgico, lejos de todo el mundo. Las sirenas de las ambulancias eran casi imperceptibles aquí abajo y la iluminación consistía en fluorescentes apenas brillantes. Sabía que no era el ambiente idóneo para extraer una confesión, pero no podía esperar hasta encontrar un sitio más privado.

Sorpresivamente, cruzó los brazos sobre su pecho y, clavando la mirada en el suelo de cerámica pulida, comenzó a hablar.

—Me metí en algunos negocios ilegales hacía un tiempo —confesó—. Estaba interesado en desarrollar una cura para el Alzheimer y mi investigación... joder... necesitaba mucho dinero. No encontraba ningún patrocinador y estaba desesperado.

—Continúe.

—No tenía más opción, Ángela —me juró, pareciendo afligido—. Pedí prestados unos miles de dólares a un hombre que era bastante conocido en el mundo del narcotráfico para así poder financiar la investigación.

—¿Cuánto dinero?

—Cientos de miles.

Cerré los ojos y crispé el rostro con pesar. Sabía que amaba la ciencia y el trasfondo de su causa era bueno, pero tenía que tener claro desde el principio el peligro al que se estaba exponiendo. Desde muy joven mi padre me explicó que por más desesperada que estuviera, y aunque pareciera la salida más fácil, todo lo relacionado con las drogas traería dolor y muerte. No era dinero limpio, lo cual siempre sería un augurio de problemas. Tener tres trabajos y partirse la espalda a diario era preferible a involucrarse con el peligro, y yo había absorbido cada una de las enseñanzas, lo cual me hacía preguntarme qué tan desesperado estuvo Antonio para decidirse a optar por una opción tan trillada y malaventurada.

—¿Cómo pretendía pagárselos? —cuestioné, desplomándome ante la idea de que este hombre no era tan inteligente como todos creían y se había dejado llevar por la seducción del dinero sucio.

—Cuando la investigación estuviera concluida, ganaría mucho dinero —

respondió como si hubiera pensado sobre eso cientos de veces, y asumí que se lo repetía como un mantra para convencerse de que endeudarse con un narcotraficante no era arriesgado—. Les devolvería el dinero y habría acabado con ellos para siempre. Pero los experimentos... —tragó, parecía agonizar en silencio— nunca salieron como lo esperé. Perdí todo su dinero y no conseguí ningún buen resultado.

—Entonces ellos aparecieron para cobrar —adiviné, sintiendo mi estómago retorcerse de ansiedad ante la imagen. Cualquier cosa relacionada a ese tipo de gente me daba repelús, no podía evitarlo. Jamás volvería a ver al doctor Martínez de la misma manera.

—Prometí que se los pagaría, pero ellos no quisieron escucharme. Me acosaban constantemente dejándome mensajes y amenazas incluso en el trabajo. Nadie sabía nada de esto. Pero un día, cuando me quedé en el hospital hasta tarde, uno de ellos apareció en el estacionamiento. Tenía un arma —su voz temblaba, dándome escalofríos—, yo quedé paralizado. Creí que no había nadie alrededor para ayudarme.

—Traian —susurré, comprendiéndolo todo.

—Él apareció —asintió el doctor, cerrando los ojos con fuerza ante el recuerdo—. Se lanzó sobre el tipo y rodaron por el suelo. Intentó quitarle el arma, pero era una lucha muy complicada. Yo estaba... paralizado... por el temor.

—Usted...

—Traian al final ganó, con o sin mi ayuda —me cortó, dándome una mirada fulminante que debió perfeccionar con el paso de los años—. El arma se disparó y le dio en el pecho al otro hombre. Murió instantáneamente.

—No —retrocedí, cubriéndome con las manos. ¿Traian había asesinado a un hombre? Miles de emociones bullían en mi interior y no podía asimilar ninguna. Sentía que las paredes caerían sobre mí de un momento a otro.

—Llamamos a la policía —continuó Antonio, haciendo caso omiso de mis arrebatos—. Les dijimos que fue en defensa propia, que el hombre quería asaltarme. Yo... Ángela, por favor créeme, yo estaba a punto de decir que había asesinado al sujeto... pero Traian se me adelantó. Él se culpó y me llamó mentiroso cada vez que le dije a la policía que fui yo. Mi sobrino se sacrificó por mí.

—Esto no puede ser verdad. —Era incapaz de visualizar un arma en la mano de Traian, mucho menos sangre en ellas—. ¿Cómo es que no me enteré de esto? No salió en las noticias, nadie sabía nada. Pregunté por Traian a

media ciudad y todos desconocían su paradero, como si hubiera desaparecido por completo.

—Eso es porque preguntaste por Traian Serbian. Su nombre real es Vasil Traian Martínez Serbian.

—No lo sabía... —si eso era verdad, muchas cosas comenzarían a tener sentido, comenzando con el porqué nunca logré averiguar nada sobre él, ni en registros ni en otros medios de información. Siempre estuve buscándolo por el nombre incorrecto.

—Fue enjuiciado como Vasil Martínez y posteriormente encarcelado. Recibió una condena de ocho años, pero consiguió la libertad condicional por buen comportamiento. Se suponía —Antonio tragó con fuerza, cerrando los puños— que saldría de la cárcel pasado mañana.

—¿Qué ocurrió? ¿Cómo se hizo el golpe?

Los ojos del doctor comenzaron a llamear con furia. Nunca lo había visto lucir tan enfadado, por lo que recibí un impacto que me dejó anonadada. Si había estado conteniéndose antes, hablar sobre el golpe de Traian había conseguido sacar la crudeza de sus emociones a flote.

—El hijo de perra que me prestó el dinero mandó a que golpearan a Traian para darle una lección. Lo cogieron cuando estaba de espalda, Ángela. Los cabrones ni siquiera fueron lo suficientemente valientes como para luchar con él frente a frente. Lo golpearon con una barra de metal en la cabeza.

—Él no merecía nada de esto —mascullé, incrédula—. Traian era un chico con un gran futuro cuando lo conocí, él no merecía pisar la cárcel.

Antonio bajó la mirada, luciendo realmente arrepentido, pero ninguna mirada suya lograría apagar la furia que quemaba a través de mis venas. Mi sangre estaba hirviendo y sentía que mi cabeza daba vueltas con toda la nueva información adquirida. Si era cierto, aquello explicaba por qué su desaparición repentina y por qué se encontraban aquellos guardias custodiando la puerta. Traian era un convicto que pronto sería liberado, pero fue atacado justo antes de que viera la luz. Por culpa del hombre que tenía delante, el chico con ojos de tormenta casi había sido asesinado una vez, fue a la cárcel y fue mandado a golpear para acabar el trabajo. Ahora se encontraba en un coma del que no iba a despertar.

Sacudí la cabeza, esperando que mis ojos le reflejaran a Martínez todo el odio que le profesaba. Un inocente había pagado por sus malas decisiones mientras él vivía a gusto rodeado de comodidades y libertad. No era justo, la sensación de malestar era tan grande que tuve que caminar lejos para no saltar

sobre él. Sabía que mi furia era irracional, pero sentía que Antonio me había robado una parte del pasado y del futuro que nunca iba a recuperar.



Cerré la puerta y me apoyé en ella para recuperar el aliento. Mi rostro debía expresar todo el malestar que sentía pues Val, atrincherada en el sillón con un bol de palomitas de maíz mientras veía una película, apagó el televisor y clavó en mí sus enormes ojos marrones llenos de preocupación.

—¿Mal día en el hospital?

La miré allí sentada, con unos pantalones sueltos y una camiseta vieja. Era una de mis conexiones al pasado pero al mismo tiempo me anclaba en el presente cada vez que yo amenazaba con volver a hundirme. Sabía que podría contarle todo lo que había ocurrido esa noche, llorar en sus brazos... y ella me consolaría sin dudar, pero no encontraba las palabras para comenzar a explicarme. Todo era demasiado abrumador, seguía sin poder asumirlo completamente. No me extrañaría que pensara que estaba sufriendo desvaríos a causa del cansancio, o que corriera a las habitaciones, armara nuestras maletas y me arrastrara hasta el otro extremo del país. Era así de protectora y no dudaba que considerara el regreso de Traian como una amenaza para mi cordura. ¿Debía contárselo?

—Angie —insistió, frunciendo el entrecejo—, me estás preocupando. ¿Por qué tienes esa cara? Y son casi las ocho de la noche. ¿Ocurrió algo?

Maldecía mi expresión al ser tan transparente. Podía leerme con facilidad y se daría cuenta si estaba mintiendo, pero realmente no quería hablar del tema, aunque sabía que debía sacarlo a colación en algún momento.

Al alejarme del doctor Martínez corrí hacia los vestidores, me quité el uniforme y conduje a con mis manos temblando. Sentía que había perdido el control físico y mental. Al llegar a casa no me había tranquilizado del todo y presentía que volver a revivir lo acontecido me haría caer en la espiral de desesperación que tanto había estado tratando de evitar, así que me prometí a mí misma que se lo ocultaría todo a Val hasta que lograra recomponerme y aclarar mis pensamientos.

—Fue un día agotador —repuse, dejando mi bolso en la cocina y buscando una botella de agua.

—¿En serio? ¿El doctor cuarentón te hizo ayudarlo hoy también?

—Sí. —Se me dificultaba girar la tapa con mis manos inestables, pero logré mantener una voz serena—. Ya sabes, cree que puede pasar encima de

todo el mundo y no le importa cómo afecten sus decisiones a los demás.

—Recházalo, joder. Dile que puede meterse sus exigencias por el culo.

—¿Dónde está Camila? —cambié de tema bruscamente.

—En la universidad con su grupo de estudio, se están preparando para los finales. —Creyendo en mi actuación, asumió que me encontraba bien y volvió a encender el televisor—. Ven, vamos a ver esta película. Sale Chris Evans y, joder, hasta yo me acostaría con ese hombre.

Dejé la botella de lado y me dirigí a la puerta del departamento. Iba vestida con unos vaqueros negros, una blusa oscura y los zapatos de enfermera, pero no me molesté en buscar una chaqueta o comprobarme en el espejo. Me sentía lívida y sabía que mi expresión debía transmitir mi tormento. Solo necesitaba estar sola para poder desahogarme como me placiera y que nadie me interrumpiera.

—¿Adónde vas? —cuestionó mi mejor amiga en el segundo en que abrí la puerta.

—A la azotea, necesito algo de aire fresco.

—No me parece una buena hora para estar allí, podrías pescar un resfriado.

—La noche es cálida —repliqué con dureza. ¿O sería yo la única que había estado sudando a mares y se sentía incómoda en su propia piel?

—Déjame prestarte una chaqueta.

—No tengo tiempo.

Cerré la puerta con tanta fuerza que hice una mueca, pero continué por el pasillo hacia el ascensor. En nuestro piso solo había un departamento más y nunca me había molestado en visitar los otros niveles. Mi vida consistía en ir a clase, reunirme en la biblioteca con mis compañeros, hacer proyectos y llegar a mi departamento para pasar tiempo con Cam y Val. También iba de compras y a pasear cuando me quedaba tiempo y mis amigas insistían, pero generalmente vivía en una burbuja en la que yo misma me recliné. No me interesaba por nada ni nadie que no se interesara primero por mí y estaba abierta a hacer nuevas amistades y ser sociable, pero tenía un límite.

Entré y aguardé mientras el ascensor me llevaba hasta la azotea. Cuando se abrieron las puertas sentí una corriente de aire revolotear los rizos sueltos de mi cabello, caminé sin detenerme hasta el borde del edificio. Desde allí las luces de la ciudad parecían más brillantes y los rascacielos lucían gloriosos; era como si la nueva era se alzara orgullosa sobre su pasado y prometiera no volver a caer. Los bloques de apartamentos se iluminaban con lámparas

amarillas y las oficinas seguían activas aún entrada la noche.

Miré hacia abajo y una marea de autos fluía a toda prisa en sentidos contrarios sobre la autopista. Un autobús se incorporaba al tráfico mientras varios motociclistas se colaban entre los vehículos. Eran audaces y arriesgados, acelerando sus motores hasta que llegaba a mí un eco ahogado. Mi mente se dirigió directamente a mí misma, un poco más joven, sentada junto a un completo desconocido que me acompañaba a casa. Ese chico conducía un auto sencillo y no una motocicleta como erróneamente asumí. Lo había encasillado con estereotipos que él rompió hasta demostrarme lo equivocada que yo estaba con respecto a quién era.

Exhalé despacio y continué mirando hacia abajo, sintiéndome más tranquila al verme rodeada por las sombras y el silencio de la azotea. Ese era mi oasis en medio del desierto, el lugar que había visitado muchas veces antes, cuando sentía que me hundía en mis recuerdos y necesitaba escapar. No podía correr lejos de mi departamento, pero al venir aquí arriba encontraba un lugar en el que estar a solas con mis pensamientos.

Val y Camila sabían de esto y les molestaba, como si yo viniera aquí para alejarme de ellas, pero no eran sus ojos los que me seguían en mis sueños; eran unos más oscuros e insondables.

Miré el cielo pero no encontré ninguna estrella, así confirmé que no era mi día de suerte. Ni siquiera podía encontrar un halo blanquecino de luz de luna, por más que estiré el cuello y busqué en todas partes. Me rendí y asumí que ese día estaría definitivamente sola con mis sentimientos.

—Hola.

Una voz a mi espalda me sobresaltó. ¿Alguno de los otros inquilinos había decidido subir justo hoy? Nunca me había encontrado a nadie aquí, pero siempre cabía la posibilidad. Giré, apoyándome contra la barandilla del borde, y tuve que entrecerrar los ojos en la oscuridad para averiguar de dónde provenía la voz. ¿No me la habría imaginado?

Como si supiera que se encontraba muy bien oculto, el extraño dio un pequeño paso al frente y abandonó la sombra que ocultaba su cuerpo. Lo primero que noté fue la sudadera con capucha que cubría parcialmente su rostro, permitiendo a la luz rozar solo la mitad inferior, donde una barba bien marcada encerraba unos labios que se presionaban con tensión. Me fijé en el cuerpo del hombre, quien mantenía la cabeza gacha y sus manos ocultas en los bolsillos de sus vaqueros gastados. No podía detallar mucho debido a la oscuridad y su lejanía, pero aparentaba tener una constitución atlética en un

cuerpo alto.

Debía parecer una tonta allí de pie, mirándolo sin mediar palabra, pero él tampoco se dignaba a levantar la cabeza y mostrarme la parte superior de su rostro. Sentía como si su saludo no fuera dirigido a mí, pero no había nadie más allí arriba y yo estaba segura de que lo había escuchado hablar. No estaba volviéndome loca. Carraspeé.

—Buenas noches. ¿Cómo le va?

El hombre no respondió, solo movió ligeramente la cabeza en un asentimiento. La situación estaba volviéndose realmente extraña y comencé a sentir la necesidad de salir de allí. ¿Quién era aquel hombre que había salido de la nada? Si hubiera subido por el elevador lo habría escuchado sin dudarlo. ¿Ya estaba allí cuando llegué? Si era así, me parecía aún más atemorizante el hecho de que se mantuvo oculto por mucho tiempo sin dirigirme la palabra mientras yo observaba el cielo.

Di un paso adelante, decidida a marcharme de allí, cuando el hombre volvió a hablar.

—¿Cómo ha estado tu día? —preguntó. Su voz era inusual; no sabía si normalmente era así de comedida, pero me preocupaba la lentitud con la que pronunciaba cada palabra. ¿Se encontraba bien?

—Muy bien, gracias —respondí sin pensarlo, dejándome llevar por la educación que mi madre inculcó en mí durante años—. No lo escuché subir.

—Subí por las escaleras.

—Oh. —¿Qué más decir? Él no se movía ni un centímetro pero daba la impresión de que quería hablar conmigo. No podía irme, sería descortés—. ¿Es usted un inquilino?

—Así es —arrastró la palabra con su voz indescifrable—. Acabo de mudarme al segundo piso, mi departamento es el 6B.

—No sabía que hubiera alguien nuevo pero, discúlpeme, vivo entre las nubes —forcé una diminuta sonrisa. El hombre era más allá de extraño y de cierta manera perturbador, pero no había hecho nada malo y si se había mudado merecía una bienvenida amable. Habían pasado los años pero no había perdido mi cortesía del todo.

—Tutéame, por favor. Me haces sentir mayor.

Solté una risa floja.

—De acuerdo. Me presento, mi nombre es Ángela. —Sentía la necesidad de acercarme y ofrecerle la mano, pero si él no se despegaba de esa pared y no alzaba la mirada debía ser porque no le gustaba el contacto humano—.

Vivo aquí desde hace un buen tiempo.

—Es un placer verte, Ángela. —Entonces, sorprendiéndome, preguntó—: ¿Eres enfermera?

Mi mente quedó en blanco por un momento, incapaz de procesar palabras. Me encontraba en una de las situaciones más extrañas de mi vida.

—Sí, lo soy. ¿Cómo lo supo?

—Por tus zapatos.

Miré hacia mis zapatillas antideslizantes color blanco e inmediatamente me llené de alivio. Su respuesta tenía sentido. Yo era demasiado paranoica y estaba comenzando a pensar que aquel tipo había venido a hacerme daño, cuando realmente solo era un vecino solitario que quería entablar una conversación.

—En realidad sigo siendo una estudiante —sentí la necesidad de contarle para redimirme después de haber pensado mal de él—. Obtendré mi título a final de año. Estoy haciendo mi internado en el hospital.

El hombre apoyó su espalda contra la pared, otra vez sumiendo su cuerpo en las sombras. Ahora que sabía dónde se encontraba era más fácil para mis ojos identificar su silueta, pero seguía incomodándome el hecho de que se mostrara tan distante y misterioso. ¿Por qué no se acercaba a charlar como una persona normal? A pesar de eso no me moví y repetí su gesto, apoyando la espalda contra la barandilla y cruzando los brazos sobre mi pecho mientras él los mantenía en sus bolsillos delanteros.

—¿Y cómo te está yendo?

—Es extenuante pero me satisface cuando logro ayudar a un paciente. Siento que tengo un propósito, que sirvo para algo, ¿entiendes?

Él asintió, solemne. Tenía que concentrarme mucho para detectar sus gestos recién camuflados.

—¿Y tú? —cuestioné, interesada—. ¿Qué edad tienes?

—Veinticinco.

—¿Estudias?

—Lo hago. Estoy sacando mi licenciatura como especialista en Derecho Civil.

Eso me sorprendió gratamente. Así que el hombre era un abogado, o lo sería pronto. Por algún motivo, saber que era un estudiante universitario de veintitantos que se convertiría en un profesional me hizo sentirme más cómoda, relajando mis agarrotados músculos. Ya no me parecía tan aterrador.

—Es una carrera difícil. Debes ser muy inteligente.

—Siendo sincero, no soy de los mejores de mi clase. —Confesó con voz sombría—: Me cuesta mucho salir adelante.

—¿De verdad? Es una pena, pero lo importante es que ya casi lo logras. Todo esfuerzo tiene su recompensa, y si ser abogado es tu sueño, me alegro de que estés a punto de lograrlo.

—Eres muy dulce —masculló como si saboreara aquellas palabras—. Demasiado buena.

—Gracias, pero es la verdad. Aunque me costó muchísimo conseguir mi beca y aún más mantenerla, me siento satisfecha de haberlo logrado.

—Te ves como alguien muy inteligente. Asumo que eres la mejor de tu clase.

Solté una risa pensando en aquello. A mi mente volvieron horas de estar sentada en un silla dura en la biblioteca, con mi cuello tenso y mi mente exhausta. Tuve que dejarme el pellejo a través de toda la Facultad de Enfermería y eso no era ningún secreto.

—Soy la segunda mejor, apenas. No soy muy inteligente, siendo honesta, pero estudio bastante y saco buenas calificaciones —me encogí de hombros.

—Te felicito, Ángela. Espero que puedas lograr todas tus metas.

—Y yo espero que puedas conseguir tu título como especialista en Civil. A propósito, no me has mencionado tu nombre.

—¿Realmente necesitas saberlo?

Quedé pasmada con esa respuesta tan vaga. ¿Que si necesitaba saber el nombre de una persona con la que estaba hablando? Llámenme anticuada, pero sí. Quería poder contarle a Val sobre nuestro nuevo vecino que era abogado y sobre su inusual actitud.

—Sí, me encantaría saber cómo te llamas.

—Mis amigos me dicen Vid.

—¿Vid? —fruncí las cejas. Ahora sí estaba confundida. ¿Qué clase de apodo era ese?

—Así es como puedes llamarme —sentenció con frialdad.

—De acuerdo —le tranquilicé. Por algún motivo no me parecía buena la idea de alterarlo—. Entonces... Vid, espero verte pronto otra vez.

—Nos veremos pronto. Me gusta este lugar, ¿vienes mucho aquí arriba?

—Sí. —Alcé la cabeza y miré las estrellas, o más bien, la falta de ellas. Mis fieles compañeras me habían abandonado esa noche, pero sabía que estarían allí cuando volviera a necesitarlas—. Este es mi lugar seguro, el sitio al que vengo cuando tengo algún problema.

—¿Y ahora tienes un problema?

—Cosas en el hospital, ya sabes —respondí con vaguedad, incapaz de contarle lo que realmente sucedía—, es estresante.

—¿Ya cenaste? —preguntó de repente, sorprendiéndome otra vez. ¿Quién era ese tipo y por qué decía y hacía cosas que me sacaban de mi zona de confort?

—No realmente, acabo de llegar a casa.

—Puedo ir a comprar algo de comida para ti —ofreció.

Me pareció muy considerado, pero era tan inusual que los vellos de mis brazos no pudieron evitar erizarse. Tenía el presentimiento de que algo andaba realmente mal. No quería juzgarlo sin conocerlo, por eso me esforcé en verlo como alguien amable.

—Eres muy gentil, te lo agradezco, pero estoy exhausta y lo único que quiero es recostarme.

El ambiente pareció congelarse, como si emisiones de aire helado se desprendieran de él. Acaricié mis brazos con la esperanza de transmitirme algo más de calor y borrar de mi interior esa sensación de malestar. El hombre no habló durante un buen rato, y si no fuera porque me concentré al máximo en su silueta inmóvil, habría jurado que se había marchado.

Pasamos mucho tiempo allí de pie, separados por más de dos metros, contemplándonos..., aunque solo él pudiera verme.

—Está bien —dijo al final, arrastrando cada palabra de esa manera suya que capturaba mi atención—. Que tengas una linda noche, Ángela.

Casi suelto un suspiro de alivio. Tenía la sensación de que me estaba dejando ir, por más siniestro que sonara, como si concediera una libertad que extrañamente perdí. Mis pies no tardaron en moverse al ascensor, pero me detuve cuando noté que él retrocedía a cada paso que yo daba.

—¿Te sucede algo? —pregunté directamente—. ¿Por qué no quieres que te vea?

—Soy bastante tímido.

—Oh —no le creía, pero fingiría que sí para poder escapar de esa situación—. De acuerdo, que pases una buena noche tú también, Vid.

Continué mi camino hacia el ascensor sin apartar la mirada de su cuerpo, pero caminé lentamente hacia el lado más alejado, manteniéndose contra la pared. Era frustrante porque por más que me esforzaba me era imposible observar su rostro y eso estaba volviéndome loca. Quería echar a correr y saltarle encima para descubrirlo, pero logré mantener mi curiosidad a raya

antes de que el impulso ganara.

Toqué el botón del ascensor, el extraño seguía estando varios metros lejos de mí. Esto era ridículo, pero no permitiría que viera cuánto me frustraba su jueguito. Las puertas del ascensor se abrieron y me introduje sin pensarlo dos veces.

Entonces él se despidió, pero fue imposible para mí verlo.

—Descansa, Ángela.

Capítulo 15

Ángela salió de su edificio de apartamentos montada en su Mini Cooper color cereza. Encendí el motor de mi auto y enderecé el asiento. Me abroché el cinturón de seguridad y esperé a que se incorporara al tráfico para hacerlo yo también. Me aseguré de mantenerme al menos tres coches detrás de ella pero sin perderla de vista ni un instante.

No era como si lo necesitara. Conocía su rutina de memoria y, al ver el reloj en el salpicadero de mi auto y corroborar que eran las siete menos cuarto, tenía muy claro que iba de camino al hospital para un nuevo día de internado. Me era imposible seguirla todas las mañanas pues yo mismo debía ir a la universidad, pero me había tomado el tiempo de averiguar su rutina completa.

Pasé toda la noche en la azotea ideando un plan. No dormía desde hacía dos noches y me mantenía despierto gracias a una taza de café que compré cuando salí del edificio, y gracias también a mi fiel compañera, mi botella de alcohol adulterado. Era falso que me hubiera mudado a su edificio, pero necesitaba que pensara que era su vecino para que hablara conmigo. Había ido a la azotea luego de seguirla de vuelta del trabajo con la esperanza de que ella subiera y así lo hizo. Hablarle fue un impulso insensato, pues allí mismo la había espiado cientos de veces antes y nunca me había apartado de las sombras.

Pero anoche me acerqué y hablé con ella después de seis años. Miré su sonrisa, su cabello y sus labios. En mi interior comenzó a arder la necesidad de volver a poseerla. El tiempo de mantenerme en la oscuridad se había acabado y por fin era hora de actuar. Nueve meses después de seguirla a todas partes, Ángela tendría que volver a mi lado.

Ese día no iría a mis clases de la universidad, solo la seguiría. Quería asegurarme de que todo estaba en orden antes de dar un paso al frente y revelar mi identidad. Así que allí estaba, deteniéndome del otro lado de la calle mientras la observaba bajar de su auto, entrar a una diminuta cafetería y salir unos minutos después con una taza de café y un pequeño pastel. Mi chica no se estaba alimentando adecuada mente, eso me molestó. Estaba demasiado delgada, aún más que cuando era joven, así que yo mismo me encargaría de cuidar de ella.

Volvimos al tráfico de la mañana. Ángela llegó al hospital y estacionó su coche dentro del estacionamiento solo autorizado para el personal. Me apuré a

abandonar mi auto y lo cerré. Me subí la capucha y me aseguré de que mi rostro no fuera visible. Ese día estaría más cerca de ella que nunca, así que tendría que camuflarme. Llevaba puestos unos vaqueros negros y unas zapatillas viejas, mi barba picaba pero no había parado en casa anoche. Sabía que si ella me miraba difícilmente me reconocería, tal y como le ocurrió con mi voz, pues había cambiado. Era alguien completamente diferente, pero seguía amándola.

Entró por la puerta delantera, cargando un bolso sobre su hombro. Cruzé la calle e ingresé tras ella. Me encontré con un guardia de seguridad y un centro de control, deteniéndome abruptamente.

—Ponga todos los objetos de sus bolsillos en este recipiente y alce las manos —ordenó.

Saqué las llaves de mi auto y las deposité, luego alcé las manos y dejé que me cacheara con rapidez. Atravesé el detector de metales y sentí un ligero alivio cuando no pitó la alarma. Volví a tomar mis llaves y me di cuenta de que Ángela estaba girando en una esquina, debía darme prisa.

Fingí que me dirigía hacia la zona de Farmacia. Miré a ambos lados antes de colarme tras la puerta que llevaba al área del personal. Encontré dos puertas, una hacia los vestidores de hombres y otra hacia los de las mujeres. Si alguien salía de pronto y me encontraba allí de pie me sacarían a rastras, así que opté por salir y esperar a Ángela en una silla frente a las puertas, con varias personas cubriéndome, así podría verla pero ella no a mí.

Me senté y pacientemente aguardé. Finalmente salió ataviada con un uniforme blanco que le confería un halo de pureza mayor. Tuve que cerrar mis manos en puños y contenerme para no lanzarme sobre ella y pegarla a mi cuerpo. Mi necesidad se acrecentaba con cada segundo que pasaba y entre más inocente ella pareciera, más la deseaba.

Cerré mi capucha sobre los costados de mi rostro. Me puse de pie, metí las manos en mis bolsillos y comencé a caminar con la cabeza gacha. Ángela se movía con facilidad entre las masas, como si fuera lo más normal para ella, y por un momento me sentí fascinado al verla interactuar con doctores y pacientes. Sus ojos brillaban con determinación y tenía las mejillas sonrosadas. Era hermosa.

—Ángela —otra enfermera se acercó a mi chica y ambas se detuvieron para conversar. Me mantuve atento a sus palabras—, el doctor Martínez necesita hablar contigo con urgencia.

—Por favor dile al doctor que estoy muy ocupada —sonaba enojada.

¿Tenía algún problema con ese hombre? Yo lo arreglaría por ella.

—Él insiste, dice que es realmente importante.

—Ahora mismo no tengo tiempo, necesito ir a ver a un paciente. ¿De casualidad sabes cuál es la habitación de un tal Vasil?

La mujer pareció pasmada por un momento pero luego se puso a pensar.

—Sí, quinto piso, habitación 416, yo misma lo llevé allí. Pero no puedes entrar sin au...

Ángela caminó con zancadas feroces hacia el ascensor. Se introdujo en él y la perdí de vista; no podía acompañarla, pues encerrados en ese reducido espacio ella me descubriría, así que esperé a que el ascensor regresara y presioné el botón del quinto piso. ¿Por qué ese paciente le interesaría tanto? Parecía muy urgida por comprobar su estado. ¿Sería familia? ¿Un hombre al que amaba? Necesitaba calmarme, mis propios pensamientos estaban haciéndome enloquecer, desesperado por golpear las paredes del ascensor.

Salí. A mi derecha se encontraba una pequeña sala de espera, a mi izquierda estaba el mostrador donde una enfermera pedía identificarse para entrar en las habitaciones. Maldecí internamente, pues sabía que no me permitiría pasar. De inmediato comencé a pensar en alguna manera de colarme, cuando un doctor se acercó a la enfermera y comenzó a charlar con ella. Aquello me sirvió como la distracción perfecta, agaché la cabeza y caminé tan rápido como me fue posible sin producir ningún sonido hasta que me adentré en el ancho pasillo que mantenía las habitaciones.

Habitación 416. Su puerta estaba entreabierta, así que me acerqué despacio para poder visualizar su interior. Ángela estaba sentada de espalda a la puerta, con su mano sosteniendo otra más grande. El tal Vasil era un hombre alto cuyas piernas pasaban del borde de la cama y le dejaba un diminuto espacio a Ángela para acomodarse. Todo el cuarto olía a desinfectante y antisépticos, dándome ganas de vomitar.

Odiaba los hospitales y estar allí era una tortura. Mi madre había expirado su último aliento de vida en una habitación fría y el recuerdo me hacía estremecer. Que Ángela decidiera estudiar Enfermería fue una sorpresa para mí, me sentía internamente orgulloso de ella, pero su lugar de trabajo me daba pesadillas. El pitido de las máquinas y el aroma a sangre solo lo volvían peor.

—No puedo creer que estés en coma —escuché su voz titubeante comenzar a decir, capturando mi atención en los movimientos de su espalda—. Ni siquiera puedo creer que seas tú. Pasé tantas noches soñando contigo, tantos días pensando en ti, y ahora que has vuelto no puedo creer que estés aquí.

Mi estómago se retorció con violencia. ¿Quién coño era ese hombre y por qué sonaba tan lastimada? Su voz se rompía en cada sílaba y me perforaba el maldito corazón. ¿Ella lo amaba? Tenía que amarlo si había pasado tanto tiempo pensándolo. Quería entrar allí y sacarla a rastras, pero me mantuve del otro lado de la puerta escuchando.

—Eres un idiota, ¿sabes? Un grandísimo idiota. No tenías por qué sacrificarte, pero entiendo por qué lo hiciste. Quiero odiarte, pero yo habría hecho lo mismo de estar en tu situación. —La escuché sorber por la nariz, como si estuviera llorando—. Y eso es lo que más me duele.

»No pude dormir anoche pensando en ti. Necesito que despiertes. No preguntes por qué, ni yo misma me entiendo. Estaba tan enfurecida cuando tu tío me dijo que estabas en coma... Le eché toda la culpa. Y ahora me arrepiento, porque me dejé llevar por mi dolor y dije cosas que lo lastimaron. Antonio es en parte culpable, pero debí ser más considerada, al fin y al cabo esto también le duele a él.

»Sigo molesta, no quiero hablarle, aunque sé que en algún momento tendré que disculparme. Si tú te sacrificaste por él, entonces tiene que ser una buena persona. Pero ahora necesito que abras los ojos, me mires y me digas que estás bien. Despierta —sollozó, su espalda cayendo en respiraciones erráticas—, por favor. Me ayudaste antes, quiero tener el tiempo para agradecerte ahora.

»Sé que no puedes verme, pero estoy aquí gracias a Valerie, a mi madre y a ti. Eres un ser humano hermoso que no merece nada de esto; ir a la cárcel y acabar tu vida así. Tu tío dice que eres fuerte y yo estoy de acuerdo con él. ¡Despierta! —suplicó—. Aún te recuerdo. Quizá te hayas olvidado de mí, pero fuiste especial y me hiciste sentir que yo valía, que no necesitaba que nadie más me quisiera aparte de mí misma. Joder, por favor. —Subió la cabeza y miró los monitores que pitaban a un ritmo controlado, evidenciando el estado de su cuerpo—. Lo guardias se han ido, tu período en la cárcel ha acabado, ahora eres libre. No puedes permanecer conectado a una máquina durante toda tu vida. ¡Maldita sea —lloró—, despierta!

De repente se puso en pie, soltó la mano del hombre y me eché hacia atrás cuando se giró hacia la puerta. Temiendo que me descubriera, di la vuelta y bajé la cabeza, simulando estar a punto de entrar en la habitación vecina. La escuché cerrar con cuidado y sudor cubrió mis manos ante el pensamiento de que se detuviera a cuestionarme qué hacía allí.

Sin embargo, Ángela se encontraba tan perturbada que no me notó. Por el

raballo del ojo la vi salir de la habitación secándose las lágrimas con enojo mientras sorbía por la nariz. Caminó con rapidez hacia el final del pasillo, dobló en una esquina y desapareció.

No perdí tiempo y me introduje en la habitación 416. Cerré con cuidado y giré para enfrentar la enorme camilla del hombre que había destruido el estado emocional de Ángela. Me acerqué lentamente, quitándome la capucha y revolviendo mi cabello oscuro con la mano. Subí mi mirada desde las piernas del paciente, observando las intravenosas conectadas a sus brazos hasta llegar al tubo que tenía en la boca y que le ayudaba a respirar.

Di un último paso adelante y me detuve, observando su rostro. Mi visión se volvió roja, inundándome por una rabia ciega. Cada músculo de mi cuerpo se tensó hasta límites insospechables y sentí mi cuello crujir. Estaba mirando el rostro pálido del hombre que más odié en el pasado y con el que también me había obsesionado.

Traian Serbian. El hijo de perra que llenó la cabeza de Ángela con sandeces, haciéndole creer cosas que la pusieron en mi contra. Él era una de las razones por las que habíamos pasado tanto tiempo separados; se había encargado de engatusarla con esa falsa mirada de chico moralmente correcto que era una mentira de mierda. Él era peligroso, no yo. Ángela debía estar conmigo y así poder protegerla de tipos como él, que solo querían llevarla a la cama y nunca la tratarían como una reina.

Traian nunca la amaría como yo lo hacía.

—Hola, hijo de perra —espeté—. Al fin volvemos a vernos. ¿Qué tal te ha tratado el tiempo? Muy mal, por lo que veo.

Tenía una barba asquerosa y las mejillas hundidas. ¿Es que no comía? Seguía siendo tan enorme como en el pasado, con esa cara que me apetecía destrozar a puñetazos. Aún recordaba aquella vez en el colegio cuando nos peleamos en el estacionamiento, pues él se metió en un tema que no le concernía. Desde entonces comenzó a rondar a mi chica para hacerme la vida imposible, acercándose a ella porque sabía que era mi debilidad. Traian se había labrado un destino jodido después de todo lo que me había hecho, y sentía una enorme satisfacción al mirarlo en coma, solo vivo gracias a la respiración artificial.

—¿No me recuerdas? —pregunté, caminando sobre el piso de la habitación estéril—. Soy yo, el chico en cuya vida te entrometiste hace seis años. Ya ves cómo la vida nos pone a todos en nuestro lugar. Estoy aquí para recuperar a Ángela —sonreí— y tú estás a punto de morir.

Miré su cuerpo revestido por una delgada bata de hospital. Su pecho se elevaba por las respiraciones controladas que producía la máquina. Observé los monitores y escuché con atención el sonido de su corazón, tan irritante que deseaba ponerle una almohada en la cabeza para que se callara.

Traian seguía aferrándose a una vida que lo había abandonado; su tiempo en esta tierra se había agotado y ya era hora de que alguien se lo dijera.

—Espero que te pudras en el infierno —escupí, mirándolo con odio—. Te revolcarás entre las llamas mientras yo disfruto de la vida junto a la chica que quisiste apartar de mi lado. Te metiste conmigo y ahora es tiempo de pagar.

Me acerqué al respirador y seguí con la mirada la multitud de cables negros que daban espirales y se enredaban sobre sí mismos en el suelo. Por fin encontré el cable de la electricidad, escondido cerca de la camilla, más grueso que los demás. Sonreí, sintiendo mi piel hormiguar ante la necesidad. Una voz en mi cabeza susurraba, instándome a que lo hiciera. Me aferré a aquel apoyo mientras me acuclillaba junto al tomacorriente y aferraba el cable con la mano. Un solo tirón y habría acabado con la vida de Traian Serbian para siempre. Después de esto, nada de lo que los médicos hicieran podría traerlo de regreso.

—¿Ves lo que ocasionas? Si no hubieras interferido nada de esto habría ocurrido. Si me hubieras escuchado —mascullé con dureza— y hubieras seguido tu camino, seguirías vivo. Pero tú y yo no podemos estar en su vida al mismo tiempo. No sé cómo reapareciste, pero uno de los dos se tiene que ir.

Sonreí aún más, contemplando su perfil desde mi lugar cerca del suelo. La ansiedad que sentía en mi interior me arañaba como un animal, exigiendo alivio. Era el momento de hacerlo, así que cortésmente me despedí:

—Como dije, espero que te pudras en el infierno. Te veré allí.

Lo desconecté. El respirador se apagó, la horda de pitidos que comenzaron a llenar el lugar casi hace estallar mis oídos.

Me puse en pie con rapidez y volví a colocar la capucha sobre mi cabeza. Le di una última mirada antes de abrir la puerta; su pecho no parecía moverse más, los monitores se habían apagado. La satisfacción que sentí era tan embriagadora que por un momento me encontré en el aire, como un adicto después de haber tomado su dosis.

Traian está muerto. El sabor de aquellas palabras me volvía loco de placer. Solté un jadeo extasiado. Nunca me había sentido tan bien, volando alto y más alto, incapaz de ser alcanzado. Era como encontrarme a la mitad de un orgasmo, con mis ojos entrecerrados y una sonrisa eufórica coronando mis

labios. Él estaba muerto, y no podía sentirme mejor por ello.

Salí de la habitación sin volver a mirar atrás. Mi plan había sido seguir a Ángela a través del hospital durante todo el día, pero el encuentro con Traian y el ayudarlo a salir de su coma me habían dado una nueva lucidez. No tenía tiempo que perder; necesitaba llegar pronto a mi auto y comprar todas las cosas que necesitaba.

Subí en el ascensor tan sigiloso como entré. Una bandada frenética de enfermeras corrió hacia la habitación 416, sin saber la sorpresa que les esperaba. Tenía que abandonar ese lugar antes de que llamaran a la policía.

Me subí en mi auto y arranqué. Todo se estaba yendo al infierno, pero yo no acabaría solo. Ángela caminaría conmigo a través de las llamas.



Me encontraba en la azotea. Era de noche, una de las más oscuras que había presenciado en mucho tiempo. La temperatura había bajado varios grados y las personas en la calle andaban con guantes y abrigos estrafalarios. Estuve aguardando allí, contemplando la vida de los otros seres humanos y pensando en cómo la mía cambiaría de aquel momento en adelante. Mi cuerpo temblaba con necesidad.

Observé un coche rojo cereza entrar al estacionamiento del edificio y supe que ella no tardaría en subir. Caminé despacio hacia la pared más cercana al ascensor y me fundí con las sombras. Controlé mi respiración para que no fuera perceptible, tal y como había hecho muchas veces antes. Entonces aguardé con la paciencia de un santo.

Pasaron casi diez minutos antes de que el ascensor se abriera. Ángela se acercó al borde del edificio. Su cabello iba suelto y se sacudía por el viento, se había quitado el uniforme de enfermera y se apoyaba en los antebrazos, echando la cadera hacia atrás. Parecía disfrutar de la tranquilidad del lugar y yo me tomé mi tiempo para contemplarla, mis ojos codiciosos siguieron la curvatura de su espalda y las circunferencias que sobresalían de sus pechos.

Ella era deliciosa, tan delicada y femenina como una mujer podía aspirar a ser. Tenía el corazón más bondadoso que había conocido en mi vida y una inteligencia que no hacía más que complementar su belleza. Su cuerpo me tentaba a pegarla contra la pared, rasgar sus ropas y poseerla hasta hacernos llorar de placer. Sabía que el sexo con ella sería algo fuera de este planeta, así como en mis fantasías más obscenas.

El tiempo había llegado, ni mi cuerpo ni mi mente parecían dispuestos a

esperar más.

—Hola —pronuncié con lentitud y observé su cuerpo inmovilizarse.

Ángela giró. Esta vez sabía dónde me escondía, así que sus ojos se clavaron en mi dirección. No podía verme por más que se esforzara, pues esa noche había cambiado mi atuendo habitual por unos pantalones negros, botas militares con puntas de acero, guantes y un abrigo del color de la noche. Era imposible distinguirme de la oscuridad.

—¿Vid? ¿Eres tú?

—Soy yo.

—¿Qué haces otra vez por aquí?

—Eso te pregunto yo a ti. ¿Tuviste un mal día en el hospital?

—Me retiré temprano. —Titubeó—. Un paciente me afectó emocionalmente y decidí marcharme antes de siquiera comenzar.

—¿Entonces qué estuviste haciendo todo el día?

La escuché suspirar, sonaba derrotada.

—Caminé por las calles, me senté en un parque. Solo necesitaba tiempo para pensar.

—¿No has pensado lo suficiente así que decidiste subir?

—Nunca se piensa lo suficiente. ¿Qué haces tú?

—Quería verte.

Eso la dejó atónita. Sacudió la cabeza.

—Muy halagador, aunque asusta —admitió—. Mi mejor amiga no sabe nada sobre un nuevo vecino en el edificio.

—Porque no es verdad.

—¿Qué?

—Te mentí, Ángela. No vivo aquí. Mi casa está a las afueras de la ciudad.

Su voz se rompió, parecía llena de temor. Retrocedió, pegando su espalda contra la baranda.

—¿Quién demonios eres tú?

Aspiré para prepararme y di un paso al frente, luego otro. Avancé muy lentamente hasta detenerme a menos de un metro de ella. La luz de los edificios le confería cierta claridad a mi rostro y me aseguré de mirarla fijamente a esos ojos marrones suyos para que no tuviera dudas de mi identidad. Era tiempo de la verdad.

—Oh, Dios —susurró, temblando.

Sonreí. Ella asustada se veía perfecta. Era más hermosa con los ojos llenos de lágrimas y el rostro crispado por el horror.

—Sebastián —jadeó, cubriéndose la boca con las manos.

—¿Cómo estás, Ángela?

—No puedo creer que seas tú.

—Aquí me tienes. He vuelto, esta vez para siempre.

—¿Qué?

—Me dijiste que si te amaba, volviera.

—No —negó con la cabeza. Quería retroceder pero ya no quedaba más espacio tras ella—. Esto no está pasando. No puedes ser tú realmente.

—Me pediste que volviera por ti —le recordé con dureza, sintiendo rabia al ver que no se emocionaba con mi aparición—. Me suplicaste que regresara. ¿Por qué te ves tan afectada?

—Oh Dios mío —susurró—, no. Tengo que salir de aquí. Esto no puede estar pasando justo ahora.

Corrió, intentando llegar al ascensor. La intercepté y encerré mis brazos alrededor de su cintura sin ningún esfuerzo. Empujé su espalda contra mi pecho y enterré mi nariz en su cabello, aspirando el aroma a avellanas y miel que me volvía loco desde pequeño.

Ángela luchaba y se revolvía, suplicando, así que yo la presionaba con más fuerza.

—¿Qué demonios? ¡Suéltame! ¡Suéltame, Sebastián! ¡Suéltame, por favor!

—No te vas a ir —informé.

—¿Qué estás diciendo? ¡No me toques, maldita sea!

Aspiré más de su aroma, permitiéndole llenar cada célula de mi organismo. Me sentía tan embriagado como en el hospital; Ángela llorando y diciendo mi nombre solo aumentaba mi placer. Tenía una erección apuñalando la tela de mis pantalones, que me aseguré de presionar contra su espalda. Toda ella era piel suave y curvas perfectas, las cuáles me encargaría de morder y saborear con mi lengua. Mi chica era una tentación andante que no volvería a obsesionarme jamás, porque no planeaba alejarme de ella.

—Silencio, Angie —pegué mi boca a su oído—. Cálmate. ¿Por qué te alteras, por qué luchas? Necesitas dejar de resistirte.

—¡Suéltame, por favor! —sollozó. Su cuerpo se estremecía con temblores y escalofríos. La abracé con más fuerza.

—No volveremos a estar separados jamás, ¿entiendes? Cumplí mi promesa, he regresado por ti. ¿Por qué no estás feliz?

—¡Eres un lunático, joder! —gritó—. ¡Suéltame, déjame ir! ¡Por favor, te lo suplico! ¡Por favor!

—No soy un lunático —le gruñí—. Me estás haciendo enfadar. ¿Necesitas que te recuerde lo que sientes por mí?

—¿Qué? ¡No! ¡Déjame!

Saqué un trozo de tela de mi bolsillo trasero y lo coloqué sobre su nariz, utilizando mi otro brazo para sostener su cuerpo con dureza.

—¡No! ¡No, por favor! —lloraba, su voz sonaba amortiguada.

—Calla —¿Por qué estaba tan alterada?—. Todo estará bien, solo te estoy llevando a un sitio más tranquilo.

Ella se removía, intentando golpearme con sus codos y piernas. Aferré con determinación el trozo de tela a su nariz hasta que el cloroformo comenzó a nublar sus sentidos y se dejó de resistir. Su cuerpo perdió fuerza y tuvo que apoyarse contra el mío, las extremidades colgando inertes a sus costados.

—No... —fue lo último que logró decir.

La atrapé antes de que cayera al suelo. Se encontraba sumida en la inconsciencia, con tal aire de vulnerabilidad que no hacía más que aumentar su belleza. Mi necesidad por ella, aún dormida, era palpable y molesta, pero no podía profanar su cuerpo aquí en la azotea. Coloqué un brazo bajo sus piernas, otro bajo su espalda y la acuné contra mi pecho. Caminé hacia el ascensor, asegurándome de no haber dejado ningún rastro.

Mi auto estaba esperándonos, preparado para llevarnos a la que era mi casa, varios kilómetros fuera de la ciudad. Allí no podrían encontrarla, tendríamos la vida que nos fue robada en el pasado. Estaríamos juntos sin que nadie se interpusiera, como siempre habíamos soñado.

Sosteniéndola de nuevo en mis brazos, sabía que había hecho lo correcto. Mi ansiedad se había calmado y el animal dentro de mí gruñía con satisfacción. No permitiría que ella se fuera a ninguna parte. Me aseguraría de que tuviera todo lo que quisiera y pasaría el resto de mi vida con ella.

Por fin, Ángela me había dado lo que tanto necesitaba: me estaba permitiendo amarla.

Capítulo 16

Primera noche en cautiverio

Despertarme nunca fue tan difícil.

Mi cuerpo parecía pesar más de lo normal. Utilizaba toda mi fuerza de voluntad para forzar mis extremidades a alzarse en un esfuerzo vano. Mientras luchaba contra las sombras que me mantuvieron presa del sueño durante tanto tiempo, mi mente iba y venía con palabras y recuerdos borrosos. Eran retazos que intentaba atrapar con las garras de mi cerebro pero que parecían escurrirse entre mis dedos.

Permanecí apenas consciente durante varios minutos. La primera parte de mi cerebro en despertar de su letargo fue la que controlaba mis sentidos auditivos; podía escuchar el croar de las ranas como una sinfonía. Me parecía extraño aunque reconfortante, recordándome esas noches cuando mi padre y yo acampábamos en un bosque a las afueras de la ciudad. Era uno de mis recuerdos más preciados; respirábamos el aroma de los pinos que parecía rejuvenecer los pulmones. Los grillos cantaban sus alabanzas a la luna mientras yo observaba tal majestuosidad. Nunca, como en ese momento, me pareció mi vida más brillante.

Entonces me encontré un poco más cerca de la realidad, sintiendo una superficie dura y lisa bajo mi espalda. Aún era incapaz de moverme del todo, pero comencé a tamborilear los dedos. Las ranas parecían cantar con más fuerza a cada segundo mientras me esforzaba por abrir los ojos. El sabor de mi boca era pegajoso y amargo. Mi garganta estaba tan seca que dolía cada vez que realizaba una respiración.

Segundos después, mi mente se abrió como un baúl que empujó contra mi cerebro cada recuerdo. De ellos obtuve la adrenalina necesaria para abrir los ojos y sentarme de súbito, gritando:

—¡No!

Jadeaba, mirando a mi alrededor. Lo último que recordaba era un trozo de tela contra mi nariz y mi vista cada vez más borrosa hasta desmayarme. Habría creído que solo fue otra horrible pesadilla, pero al aclararse mi visión fui expuesta a una realidad atroz; estaba rodeada por cuatro paredes grises, una puerta oxidada marrón y una única bombilla blanca pendiendo del techo que se balanceaba sin prisa.

El lugar no podía ser más grande que la sala de mi departamento y apestaba a humedad y madre selva. Intenté encontrar cualquier detalle

destacable, pero las paredes estaban completamente lisas sin ningún cuadro u objeto sobre ellas. La puerta se encontraba frente a mí, se debían subir tres enormes escalones de cemento para alcanzarla, pues no se encontraba a nivel del suelo sino un poco más elevada. La fuente de luz parecía titilar por momentos, las ranas seguían croando y el aroma a bosque era tan fuerte como abrumador.

Analiqué mi entorno con sumo detalle pero una sola cosa fue la que más me horrorizó: me encontraba esposada a una cama.

El pánico se hizo cargo de mi cuerpo e intenté tirar de las esposas con toda mi fuerza, lo cual fue vano pues solo emitieron un pequeño tintineo que no olvidaría por el tiempo que me quedara en el planeta.

Miré hacia abajo y encontré mis pies esposados también. El aire se atoró en mis pulmones y cada gota de agua en mi cuerpo se convirtió en una lágrima. La cama en la que me encontraba sentada era de metal negro, con cuatro tubos altos en cada esquina; dos de ellos tenían aferrados un par de esposas con cadenas largas que acababan en otro par de esposas alrededor de mis tobillos. Podía intentar poner los pies en el suelo, pero las cadenas que me mantenían sujetos los brazos no eran tan largas como las de los tobillos, así que no avanzaría más de un metro lejos de la cama.

El ser humano no se caracteriza por ser racional en sus momentos de desesperación. Olvidé toda lógica y apoyé ambos pies en el suelo de cemento, sintiendo el frío bajo mis plantas desnudas. Logré sentarme en el lateral inferior de la cama, observando que las cadenas casi se habían estirado al máximo. Me puse en pie lentamente y di un paso adelante, escuchando ruidosos tintineos. Avancé más, desesperada por llegar a la puerta. Di un tercer paso antes de que la esposa aferrada a mi muñeca tirara hacia atrás y me hiciera caer sentada sobre el suelo junto al cabezal.

—¡No! —grité, sintiendo mi garganta arder—. ¡No, por favor! ¡Por favor!

Mi voz sonaba estrangulada, cada palabra me destrozaba tanto física como emocionalmente. Secuestrada. ¿Cómo era eso posible? No podía asimilarlo. Me habían llevado contra mi voluntad y ahora estaba encerrada en un pequeño cubículo asfixiante en cualquier lugar lejos de mi casa. La situación era tan irreal que no podía dejar de creer que estaba soñando. Los secuestros eran cosas que ocurrían en las películas y en la televisión, tal vez fueran mencionados en mis libros de texto, pero no era algo que pudiera pasarme a mí. Mi realidad y la realidad donde ocurrían estas cosas eran mundos muy diferentes.

Seguía gritando negativas, independientemente de mi cuerpo protestante. Estaba débil, tan sedienta que podría desmayarme. Lo normal habría sido que con cada segundo que pasara me llenara de terror ante todo lo que podría sucederme, pero yo conocía bien a la persona que me había llevado allí. En mi fuero interno solo había espacio para una furia tan intensa que hacía mis ojos llamear. Las lágrimas que comenzaron a descender sobre mi rostro estaban repletas de odio. La frustración y lo absurdo de la situación amenazaron con volverme loca.

Oscilaba entre seguir gritando o permitirle a mi corazón atraer más y más sentimientos de repulsión y enojo. Yo era una mezcla de emociones en su punto máximo de ebullición.

La puerta metálica comenzó a abrirse con lentitud, callándome ante su chillido herrumbrado. Tal y como sospechaba, era de noche y no podía vislumbrar nada en el exterior. Me puse de pie lentamente, la dificultad aumentando debido a mis malditas sujeciones, y aguardé junto a la cama a que el hombre de la silueta oscura descendiera dentro de la habitación.

Cuando bajó el último escalón, la puerta hizo su pesado camino de regreso pero no se cerró del todo. Formé puños a mis costados mientras el hombre avanzaba hasta el centro de la ridículamente pequeña habitación y se detenía para observarme. No necesitaba que se quitara su capucha para reconocer los ojos que estaba enfrentando.

—No puedo creer lo que has hecho.

—¿Qué he hecho? —cuestionó. Su voz, debido al efecto de los años, era más espesa y asonante. No podía culparme por no haberla reconocido la primera vez que se acercó a mí en esa azotea.

—Quítate esa mierda de la cabeza si vamos a hablar —escupí, sintiendo mi cuerpo pulsar ante mi necesidad de atacarlo.

Sebastián no dudó antes de sacar la sudadera de su cuerpo y arrojarla al suelo. Por fin pude verlo con claridad, vistiendo unos vaqueros ajustados y una camiseta sencilla color verde. No tenía la apariencia de un secuestrador, sino la de un veinteañero que disfrutaba de fiestas en la universidad. El paso del tiempo le había afectado; su rostro era más anguloso ahora, el cabello lo llevaba mucho más largo y revuelto, una barba cincelaba sus facciones pero su piel seguía siendo de color moca. Aún poseía los ojos más oscuros que había llegado a toparme en la vida, enmarcados por pestañas largas y cejas gruesas.

Él era apuesto de una manera descuidada, como si el no preocuparse por su aspecto formara parte de su encanto. Había ganado fibra muscular desde la

última vez que nos vimos, cuando solo era un adolescente de cuerpo precario, y ahora tenía los brazos marcados y los hombros más anchos. Seguía siendo tal y como lo recordaba pero sentía su presencia más fuerte. Ya no era aquel niño dulce que llenaba mis días con su mirada; ahora su aura amenazaba con devorarme.

Darme cuenta de que realmente era él consiguió aplacar mi furia por un instante.

—Me has traído aquí en contra de mi voluntad.

—¿Y?

—Es secuestro.

—No lo es si tú perteneces aquí.

—¿Qué? No puedes estar hablando en serio.

—Ángie... —murmuró, dando un paso al frente.

—¡No! —grité, desollando mi garganta en el proceso—. ¡Ni un maldito paso más! Quiero que me sueltes las esposas y me dejes marcharme a casa.

—No puedo hacer eso —respondió como si estuviera convencido de que era la verdad.

—Tienes que hacerlo, Sebastián. ¡Joder! —me desesperé—. ¿No te das cuenta de que esto es un delito muy grande?

—Solo te he traído adonde me suplicaste estar por años. ¿Es que no lo recuerdas? —Comenzó a caminar hacia mí, así que retrocedí—. ¿Ya olvidaste cuánto llorabas porque no te dejaba amarme?

—Dios —susurré—, no puedes estar hablando en serio.

Avanzó más. Mi espalda chocó contra la pared, pero él solo se detuvo cuando nos separaba menos de un palmo de distancia. Su cuerpo estaba tan caliente que podía sentirlo como si me estuviera tocando. Mantuvo las manos dentro de los bolsillos de su pantalón y no hizo ademán de rozarme, pero me mantuve en guardia y con una mirada cautelosa sobre cada uno de sus movimientos.

—¿Crees que esto es una broma?

—No, pero al parecer tú sí. Podrías acabar por mucho tiempo en la cárcel.

—Negocié, apelando a su lado sensato—: Déjame ir, Sebastián, y te prometo que olvidaré todo esto.

—Ya te dije que no puedo hacer eso.

—¡Joder! —estallé—. ¿Qué coño tienes en la cabeza? Déjame ir, ahora mismo. No te estoy preguntando, maldita sea. Suéltame antes de que cambie de opinión y decida denunciarte.

—Estás comportándote de una manera irracional —tuvo el descaro de reñirme.

—Me tienes esposada a una maldita cama.

—No quería que al despertarte te asustaras y salieras corriendo. Podrías perderte en el bosque —buscó en mis ojos algún tipo de comprensión, como si yo estuviera mal al no agradecer sus bondadosas atenciones.

—¡Estoy encerrada en un puñetero sótano! —grité, desesperada. Parecía tan ajeno a la realidad, como si su forma de ver las cosas estuviera cubierta por un velo de locura.

—Lo sé, y lo lamento —bajó la mirada con aflicción—, pero no puedo llevarte a mi casa. Es demasiado arriesgado.

—¿Dónde demonios estoy?

—En el bosque de Río Claro —me explicó—. Alquilo una cabaña aquí desde que volví a la ciudad. ¿Lo recuerdas? —Me presionó—: ¿Recuerdas este lugar?

—Aquí venía a acampar con papá —susurré, resquebrajándome por el dolor que me produjo darme cuenta de que él había escogido justamente este lugar.

—Lo recuerdas —asintió, satisfecho—. También me trajo con ustedes una vez. Fue muy divertido. Sé que este lugar es especial para ti.

—¿Cómo eres capaz? —me rompí, dejando derramar otro par de lágrimas—. ¿Cómo puedes tenerme prisionera en uno de mis lugares favoritos en el mundo?

—¿Por qué lloras? —Intentó acercarse pero lo detuve con un gesto defensivo de la mano—. No llores, Angie. Sabes que nunca he soportado verte mal.

—Acabas de empañar uno de mis recuerdos más preciados.

—¿Qué? Yo... No. Este lugar es especial para mí también y siempre me ha gustado venir aquí para pensar, así que alquilé una cabaña. Cuando te traje, estaba seguro de que te haría feliz que iniciáramos nuestra vida en un lugar que ambos amáramos... Por favor, no llores.

—Libérame —suplicué—. Déjame ir. Te prometo que no le diré esto a nadie. Haré como si nunca hubiera pasado.

Su rostro pasó de la pena a contraerse con enojo en un instante. Fue un cambio tan brusco que me hizo preguntarme si guardaba algún rastro de cordura en su interior.

—No vas a ir a ninguna parte —gruñó—. Por fin estamos juntos después

de años, ¿por qué te empeñas en destruirlo?

—¡Porque yo nunca he dicho que quiero estar aquí!

Eso pareció suavizarlo. Su expresión se dulcificó, lo que solo me aterrorizó más, pegándome con fuerza contra la pared.

—Lo dijiste. Cuando me marché, me hiciste prometerte que volvería. He vuelto para recuperarte.

—¿Por qué así? —cuestioné, desesperada por entender cómo parecía funcionar ahora su extraña mente—. ¿Por qué no regresar como una persona normal, tocando la puerta de casa o llamando por teléfono? Me acechaste en la azotea, haciéndote pasar por un nuevo vecino, ¡y luego me trajiste a la mitad del bosque contra mi voluntad!

—No planeaba regresar a tu vida —confesó, bajando la voz. Un cúmulo de sombras se adueñó de sus ojos—. Volví a la ciudad para llevar a cabo mi especialización académica, pero no pude evitar averiguar qué había sido de ti. Después de eso... me obsesionaste, un poco. No podía dejar de pensarte. Nunca te olvidé, pero al regresar todo se volvió mucho más intenso y nuestro pasado... fue imposible seguir ignorándolo.

—¿Entonces por qué regresaste?

—Te mereces a alguien mejor que yo —repitió la misma frase que usó hacía varios años, robándome el aliento. Parecía enfurecerse y tensaba todo su cuerpo—. Siempre lo he sabido y eso no ha cambiado. Pero estoy desesperado, Ángela. He intentado superarte, pero tu sonrisa aparece hasta en mis sueños. Quiero dejarte en paz para que alguien más te ame... pero no puedo.

—Tenía diecisiete años. Te amaba, fuiste mi primera decepción amorosa. Y eras mi mejor amigo —recordé, sintiendo los ecos del viejo dolor—, fue muy fuerte que te alejaras de mí. Dijiste que me amabas y luego te marchaste. Te pedí que volvieras, sí... pero han pasado años. Ya no somos adolescentes, tenemos vidas serias. No puedes secuestrarme con la excusa de una petición y una promesa que fueron hechas por dos personas que apenas estaban experimentando la vida.

—Nunca dudes de mis sentimientos por ti —fue su respuesta—. No han cambiado con el paso del tiempo, ni siquiera cuando me repetía que eras demasiado buena para mí. Siempre he sabido que no merezco amarte, pero estoy tan desesperado por aliviarme que te condenaré a una vida conmigo para hacerme feliz.

—No puedes hacerlo —negué—. Entiéndelo de una vez: fueron palabras

que se llevó el viento. Te amaba, sí, pero ya te superé —lo miré directamente a los ojos, intentando hacernos creer a ambos que aquello era cierto—. Con el tiempo conocemos a otras personas y vivimos experiencias que nos cambian. Tú y yo somos un recuerdo en la vida del otro. Deberíamos ver nuestro pasado en común como un regalo de la vida y dejarnos sanar. Tenemos que superar esto, Sebastián. No puedes regresar a mi vida seis años después cuando yo tengo trabajo, amigos, familia y personas que me quieren en la actualidad.

—¡Yo te quiero en la actualidad! —bramó con crudeza. Sus ojos parecían tan intensos que no podía apartar la mirada de ellos.

—Sigues enamorado de nuestro recuerdo —le expliqué suavemente—. El tiempo cambia a las personas. Quien fui hace unos años no es quien soy ahora. ¿Cómo puedes asegurar amarme si ya no me conoces más?

—Sigo conociéndote más que tú misma. Tu vida puede cambiar con el paso del tiempo, Ángela, pero yo me enamoré de algo que ni la vida ni el tiempo podrán tocar; estoy enamorado de tu espíritu, estoy obsesionado con tu alma. Siempre que seas la misma chica que conocí cuando tenía diez años, entonces siempre te voy a amar.

Lloré en silencio, sintiendo cada una de sus palabras clavarse en mi corazón. Me deslicé por la pared hasta acabar en el suelo, inmune al frío que calaba hasta mis huesos. Mi cuerpo temblaba y mi piel se sentía helada, pero no podía dejar de aferrarme a mis rodillas y sollozar. Había ocurrido algo que había temido durante muchísimo tiempo, algo que deseé y rechacé en mis pensamientos. Creí que era más fuerte, más lista, me aseguraba a mí misma que lo había superado, pero el pasado volvió con dureza y me había derrumbado.

Esta vez yo no era joven e insegura. Ahora era una adulta que lloraba como un bebé luego de escuchar al hombre que la tenía presa declarar con fervor que seguía enamorado de ella. Diversas eran las emociones que colisionaban en mi interior produciendo ecos angustiosos. Quería gritarle y rogarle que me liberara, pero también quería permanecer allí acurrucada y sentir compasión por mí misma otra vez. Todo era tan inverosímil como doloroso, tirando de mi mente y de mi corazón en distintas direcciones. Me hundía recordando palabras del pasado mientras seguía intentando darle algún sentido a todo lo que estaba ocurriendo en el presente. Era un maldito caos lleno de miseria.

Lo escuché caminar fuera del sótano y oí el chirrido de la puerta. Creí que se había marchado, pero volvió.

—Amanecerá dentro de unas pocas horas —escuché su voz llana, mas no me molesté en levantar la cabeza—. Te he dejado agua, comida, almohadas y más mantas sobre la cama. En esta época del año las noches son cálidas, pero en el bosque siguen descendiendo un par de grados. Confío en que estarás bien hasta que venga a verte para traerte el desayuno en la mañana.

Lloraba en silencio. Mi cabeza dolía tanto que podría quedarme dormida en aquella incómoda posición solo para aliviar el tormento y dejar de pensar. Pero él seguía aguardando mi respuesta y en mi interior sabía que no se marcharía sin ella, así que tuve que obligar a mi garganta a funcionar una vez más:

—Déjame ir a casa.

Permaneció en silencio por una eternidad. Casi llegué a pensar que se había ido, pero su voz dura volvió a hablar:

—Espero que mañana veas las cosas de una manera diferente y entiendas que aquí es donde debes estar. Descansa.

Sus pasos hicieron eco y la puerta se cerró con un estruendo. Levanté lentamente mi mirada borrosa y me fijé en la bandeja y el resto de cosas que había dejado para mí en la cama. Luego visualicé las cadenas plateadas que sujetaban distintas partes de mi cuerpo y no pude evitar echarme a llorar de nuevo. ¿Qué sucedería con mi carrera, con mi madre, con Val? ¿Qué sería de Traian? ¿Ya habrían notado que desaparecí y me estarían buscando o moriría encerrada?

Esa mañana salí de mi departamento creyendo que el destino era cruel al devolverme a Traian de aquella manera. Ahora entendía que esa iba a ser la parte menos horrorosa de toda esa historia.



Solo habrían pasado unas cuatro horas cuando desperté. No sabía si era de día o de noche, ninguna luz se colaba debajo de la puerta. El sueño me había golpeado con fuerza pues me encontraba tan agotada tanto física como emocionalmente que me desmayé en una posición increíblemente incómoda, gracias a la cual mis brazos y piernas dolían al estirarlos para sentarme en la cama.

La temperatura era muy fresca, no sé cómo no me congelé durante la noche. No había comido nada y solo había lanzado al suelo en un ataque de furia aquella bandeja que Sebastián me había dejado. Su intento de amabilidad incrementaba mi furia. ¿Cómo podía secuestrarme y verlo como algo normal?

Sabía que estaba dañado emocionalmente desde pequeño pero, ¿tenía problemas psicológicos? Era evidente que sí. Eso solo produjo un horrible escalofrío en mi cuerpo. Yo estaba a su merced.

Tuve que aferrarme a mi cordura y buscar la fuerza en mi interior cuando la puerta frente a mí comenzó a abrirse. Tenía claro que ya no conocía bien a la persona que me mantenía cautiva. Nunca lo creí capaz de hacerme daño, pero lo hizo repetidas veces antes, ¿quién me aseguraba de qué era capaz ahora? El tiempo lejos lo había cambiado, destruyendo su amor propio e intentando buscar consuelo en el que juraba profesarme.

No le creía nada. Lo miré con cautela cuando descendió el trío de escalones y se detuvo para contemplarnos mutuamente. Sostenía otra bandeja floreada a la altura del pecho, vestía una camisa verde de cuadros arremangada hasta los codos, vaqueros desteñidos y el cabello mojado. Escuché la puerta cerrarse con un estruendo detrás de él y me sacudí con malestar. Ese sonido quedaría grabado a fuego en mi memoria.

—Creí que aún dormías.

No le dirigí una palabra, lo contemplé en silencio, intentado comprender cómo el niño que me había cedido su asiento en un autobús ahora poseía los ojos más tristes y desesperados de afecto que había vislumbrado en mi vida.

—¿No piensas responder? —Apenas pestañee en respuesta, lo que pareció irritarlo, tensando las manos mientras sostenía la bandeja—. Has tirado la comida y las mantas al suelo. ¿Qué demonios tienes en la cabeza?

—¿Qué demonios tienes en la cabeza tú? Me querías, me odiabas, juraste amarme y ahora me haces daño. ¿Qué clase de persona hace eso?

—Una verdaderamente enamorada.

—Valerie ya habrá llamado a la policía, deben estar buscándome. —Me puse de rodillas sobre la cama, temblando ante el tintineo de las cadenas—. Esto no está bien. ¿Qué es lo que quieres? —Intentaba con desesperación apelar a su lado racional—. Hablemos, solucionemos esto, luego déjame marchar. Evítate más problemas... ¡Por favor!

Sebastián comenzó a acercarse con pasos cortos. No podía dejar de pensar en lo diferente y, a la vez, tan dolorosamente familiar que me resultaba su rostro. Era como si lo hubieran destrozado pero vuelto a construir con las mismas piezas, aunque restando algunas importantes: le faltaba animosidad, cordura y sensibilidad. Aparentaba ser un cascarón vacío de su recuerdo de niño.

—Te he traído el desayuno —fue todo cuanto dijo, ofreciéndome lo que

traía en la bandeja. Ni siquiera lo miré. Me sentía demasiado enferma para comer.

—Trae las llaves y suéltame. Deja de lastimarme.

Algo de lo que dije pareció captar su atención. Me concedí el privilegio de llenarme de esperanza por un segundo, pero la compasión que vi en sus ojos no se manifestó como yo creía.

—¿Te están haciendo daño las esposas?

—¡Sí! —manifesté con voz desesperada. Él tenía que entenderlo—. Me duele todo el cuerpo, he dormido muy mal. Tengo escalofríos y me siento débil, Sebastián. Libérame para que pueda ir a un hospital.

Parece que su cerebro solo fue capaz de concentrarse en las primeras frases de mi argumentación. Sus cejas espesas se frunció en cuanto comenzó a divagar.

—No puedo quitarte las esposas, huirías. Pero si te están haciendo daño... debo solucionar eso.

—¡El cautiverio es lo que me está haciendo daño! —grité, desesperada por que algún rastro de sentido común penetrara en la nube brumosa que envolvía su cerebro—. ¿Qué pretendes hacer? ¿Me tendrás encerrada aquí por el resto de mi vida? No veo un baño ni una ducha. ¿Viviré como un animal? —Sollocé pero ninguna lágrima salió de mis ojos. Ya no quedaban más de ellas—. ¡Reacciona!

Abrió la boca para decir algo, pero pareció pensárselo mejor. Entonces su rostro se contrajo con furia y lanzó la bandeja contra la pared de cemento, creando un reguero de vidrios rotos y comida por todo el suelo. Pasé de estar sentada sobre mis talones a caer hacia atrás por la rapidez con la que cambió de un estado mental relativamente normal a uno más violento.

No me atreví a hablar, observando su pecho elevarse y descender con respiraciones violentas. Comenzó a tirar de su cabello y a pasarse con frenesí las manos por el rostro. Creí ver que le temblaban un poco, lo cual solo me asustó más.

—No pensé en eso. ¡Joder! ¿Cómo pude pasarlo por alto? —Giró de pronto y me encaró, enderezándose en toda su altura. Mi corazón se detuvo—. Ángela... lo siento tanto. Joder, yo... No estoy bien, ¿lo entiendes? A veces no consigo pensar como debería, yo... —tragó saliva, sus ojos suplicándome—. Se me dificulta.

—No entiendo —susurré, impresionada por sus desvaríos y sus cambios bruscos.

Ahora su voz era suave al igual que sus ojos.

—Sé que no lo parece, pero me preocupo por ti. Tal vez ahora no lo veas así... Solo quiero lo mejor para los dos. Nunca he querido que sufras ni que te sientas como un animal. Quiero que estés cómoda a mi lado.

¿Él estaba loco? Me preguntaba si lo decía todo como una broma cruel o si su mente estaba tan distorsionada que él veía esta realidad como algo por lo que yo debería estar agradecida. No entendía cómo una persona sana tendría una percepción tan errónea y retorcida del mundo real.

—Me siento como un animal —conseguí pronunciar, manteniendo la voz baja por temor a otra explosión emocional—, aquí encerrada y encadenada me siento como el ser más miserable del planeta.

—Solo quiero que seas feliz —insistió. Parecía tan seguro que de no estar encerrada podría haberle creído.

—Yo era feliz. Salí adelante y estaba haciéndolo bien. Tenía amigos, familia y una profesión que me daba alegría.

—No lo eras —negó despacio, como si solo él pudiera ver las cosas como realmente eran e intentara ayudarme.

—Lo era, joder —mascullé, enfurecida y con deseos de hacerle daño—. Siempre que has aparecido en mi vida, me has destrozado. Y esta vez has llegado demasiado bajo. Estás enfermo, Sebastián. ¿Me escuchas? ¡Necesitas ayuda psiquiátrica!

—¡Yo no necesito nada! —gritó, las venas de su cuello hinchándose y su pecho ascendió—. Lo único que necesito es que dejes de negar tus sentimientos por mí. Ya no voy a rechazarte, Ángela. Sé que te he hecho daño antes y por eso intentas protegerte ahora, pero te prometo que te amo tanto como tú a mí. ¡Deja de ocultarlo, joder! Solo ámame.

Me lancé hacia delante hasta alzarme sobre mis rodillas y detenerme a pocos centímetros de su barbilla. Estaba tan furiosa que tiraba al máximo de las esposas y el metal me hacía daño en las muñecas; hilos de sangre comenzaban a correr sobre ellas.

—¡No te amo! —escupí con toda la fuerza de mi voz, destrozando mi garganta en el proceso—. ¿Me escuchas? ¡No te amo, maldito enfermo! ¡No te amo!

—¡Deja de decir mentiras! Lo veo en tus ojos.

—En mis ojos no hay nada más que odio hacia ti. Me destrozaste la adolescencia y ahora pretendes robarme el resto de mi vida. ¿Cómo podría quererte?

—El amor todo lo perdona. —Se tranquilizó a pesar de su respiración agitada—. Mis pecados serán perdonados si los he cometido por amor.

—Esto es una obsesión —a cada segundo que pasaba perdía más las esperanzas. Él era un enfermo mental que necesitaba ayuda y yo no estaba capacitada para dársela.

—El amor siempre lo es, ¿o no te das cuenta? Piensas en esa persona, quieres estar siempre con ella... ¿Cuál es la diferencia entre aquella obsesión y la nuestra?

—Una persona que te valora y te respeta no te obliga a permanecer a su lado. Te da la libertad para que te vayas mientras espera que te quedes. Pero sabes que no te amo, por eso me tienes presa. Porque si me dieran la oportunidad de elegir, sabes que no me quedaría contigo.

Creí que se lanzaría sobre mí y comenzaría a golpearme; temía que intentara ahorcarme con sus propias manos. En cambio hizo algo que me sorprendió, un momento de mi vida que repetiría en mi cabeza una y otra vez, que analizaría desde mil puntos de vista diferentes cuyas emociones me perseguirían en sueños rotos, pero al final nunca conseguiría una explicación de qué pasaba por su mente y por qué yo no lo detuve.

Sebastián Videla me besó.

Colocó sus manos a cada lado de mis muslos sobre el colchón y se inclinó hasta que selló nuestras bocas juntas en un movimiento fluido. Sus ojos revolotearon cerrados y yo congelé el tiempo. Había dejado de respirar y solo miraba de cerca sus pestañas mientras intentaba comprender lo que estaba sucediendo.

Los labios de Sebastián eran fríos, contrarios al calor que normalmente fluía en oleadas de su cuerpo, sin embargo se movían con una suavidad que nunca esperé de él. Su mano ascendió hasta posarse sobre mi mejilla y acariciarme con su pulgar mientras me besaba. El remolino de sentimientos en mi pecho iba desde la sorpresa hasta el temor; el latido de mi corazón desobedecía las leyes de la ciencia. Seguía con los ojos abiertos mientras él se acercaba más e intentaba profundizar el beso, moviendo sus labios de manera insinuante.

La realidad era que yo estaba tan atónita como confusa. Había soñado con besar a Sebastián Videla desde que era pequeña; era lo único que pude pensar durante varios años. Anhelaba ese momento con toda mi alma, pero no había sucedido como lo repetí en mi cabeza. Era extraño y hasta enfermo ver la manera en la que se estaba cumpliendo uno de mis más pueriles deseos.

Le seguí el beso.

Cerré los ojos con un suspiro y moví mis labios. Probé lo que siempre había deseado y guardé cada sentimiento para poder revivirlo más adelante. Saboreé sus labios y él se percató, emitiendo un gruñido suave. Le devolví el beso con movimientos torpes e inexpertos, pero aquello no pareció molestarle. La mano de mi mejilla viajó hasta la parte trasera de mi cuello y me empujó más cerca.

Sentía su respiración agitada y la necesidad con la que me sujetaba. Quince años después nos estábamos besando en el sótano donde me tenía prisionera. Era desesperado y ansioso, tal y como yo me habría mostrado tiempo atrás.

Puse mis manos sobre su pecho y empujé lejos. Él retrocedió y soltó mis labios, jadeando. Me llevé la mano a la boca, probando cómo se sentía ser besada por primera vez. Era como lo esperaba, pero le faltaba algo que nunca podríamos recuperar. Antes habría sido muy diferente; en este momento aquel beso apasionado carecía de algo que era vital.

Sebastián alzó la mirada y se encontró con mis ojos. Los suyos estaban dilatados por un deseo hacia mí que no se molestaba en ocultar. Yo solo me senté sobre mis talones y lo contemplé en silencio, siendo plenamente consciente de algo que antes había creído y que ahora había comprobado.

Le expliqué, perdida y liberada a la vez:

—No sentí nada, Sebastián. Yo... realmente no te amo más.

Su mirada enternecida cambió a una de crudo dolor. Procuró no mostrarse afectado, enderezándose de inmediato y dirigiéndose hacia la puerta sin mirar atrás. Los músculos de su espalda se veían tensos y sus brazos formaban puños a los costados, cada vena remarcándose con furia sobre la piel, y a pesar de ello fingió que mis palabras no lo lastimaron. Habían sido tan desgarradoras como un látigo, pero él tenía que saberlo. No podía creer que nuestro beso fue especial cuando yo no había experimentado ningún sentimiento de afecto, ni siquiera el fantasma de ellos.

Todo había cambiado, esa era la prueba. Nos lo había demostrado a ambos, ganándome la libertad de mis demonios del pasado. Fue mi primer amor, pero no el amor de mi vida. Con el tiempo me había dedicado a superarlo hasta que la profundidad de mi cariño hacia él había logrado extinguirse por completo. Encontraría una forma de que me dejara libre y no volviéramos a vernos nunca más. Aquel era el final, tiempo de que Sebastián lograra comprenderlo.

Entonces se detuvo antes de cerrar la puerta por completo. Su voz atravesó la diminuta habitación desde afuera y cortó mi alma como un cuchillo certero.

—He desconectado a Traian. Está muerto.



Segunda noche en cautiverio

Estaba famélica.

Sebastián se había marchado furioso luego de lanzar la bandeja con alimentos contra la pared y que estos se revolvieran entre sí sobre la suciedad del suelo. En un principio permanecí recostada sobre la cama, dejándome consumir por la desesperación. Mi estómago se revolvía y gruñía, pero conseguí mantener el hambre en segundo plano. La sed era una historia diferente; la cabeza comenzaba a dolerme y no recordaba la última vez que había bebido algo, pero lo soporté inmóvil y en silencio.

Él no regresó. Desconocía la hora, pero no escuchaba ranas ni grillos cantar así que me aferré a la idea de que aún no era de noche. Pronto cumpliría mi primer día secuestrada. Quería llorar y gritar ante la desesperanza, pero estaba tan deshidratada que no conseguía botar lágrimas ni mucho menos pasar saliva a través de mi garganta. Era consciente de cada una de mis inhalaciones y dormitaba por momentos, luego me levantaba sobresaltada entre sueños.

En mi reloj mental habían pasado más de cinco horas desde que él se había marchado. Ya no podía ignorar el hambre que me producía un dolor agudo en la boca del estómago. Saboreé mis labios, babosos y amargos. Giré sobre el costado y me hice un ovillo en el colchón, emitiendo sonidos ahogados. Por más que cerraba los ojos no conseguía escapar de la agonía.

Quería vomitar pero estaba vacía. Los bordes de mi visión se empañaban por momentos y los mareos se volvieron inevitables. Reconocía lo que le estaba ocurriendo a mi cuerpo y no había nada que pudiera hacer al respecto. Pasé otra hora acurrucada de esa manera, luego mi pierna comenzó a saltar con espasmos cortos. Miré mis manos, que tiritaban; arrugué el rostro y solté un grito desesperado que hizo eco en cada pared y se clavó en mi pecho.

—Seb...bastian —susurré. Sentí una infinidad de filos rasgar mi garganta y mi voz sonaba destrozada. No podía creer que esa fuera yo—. Sebas...tian, por favor —inhalé, adolorida—, ayuda... Por favor...

Él no vino. Repetí mi llamado decenas de veces más pero la puerta nunca

se abrió. Jadeaba en lugar de respirar, me sentía como un animal moribundo que clamaba por una última esperanza. Apenas era capaz de controlar mis brazos, no tenía la fuerza para levantar la cabeza. El tiempo seguía pasando y sentía un peso cada vez mayor que me oprimía contra la cama. En un momento dado ni siquiera fui capaz de seguir llamándolo, mis ojos se cerraron y me desmayé.

Volví a levantarme en la misma posición. Estaba desorientada, perdí la cuenta del tiempo que había pasado. Abrí la boca para gritar pero solo fui capaz de toser. Tosía y tosía sin parar, sonaba como si el polvo de la habitación se hubiera alojado en mis pulmones. Y dolía, cada pequeño movimiento era un suplicio.

Mi cuerpo lo decidió cuando mi mente fue incapaz de procesar una idea coherente. Usé la poca fuerza que me quedaba para empujarme fuera de la cama y caer al suelo con un golpe que fue lo menos doloroso en comparación a lo demás. Las cadenas tintineaban mientras yo me esforzaba por sentarme y mantener mi cabeza erguida, que parecía pesar demasiado para que yo la sostuviera.

Observé en el suelo junto a la pared aquella comida que me había traído él hacía mucho tiempo atrás. No lo pensé antes de pegar mi pecho al suelo y arrastrarme con la fuerza de los antebrazos. Era torpe y lenta; no lograba avanzar más de un par de centímetros antes de caer y gemir de dolor. Pero volvía a intentarlo, aunque resollaba y fallaba, persistía.

Pasó mucho tiempo antes de que pudiera llegar a la comida. Me sentía inmunda, más miserable de lo que había sido en mi vida. No intenté averiguar qué eran aquellos alimentos antes de tomarlos con las manos temblorosas y llevarlos a mi boca. Mastiqué muy lentamente y tuve varias arcadas antes de conseguir que pasaran por mi garganta sellada.

En otra ocasión lo habría encontrado repulsivo, pero mi desesperación estaba más allá de cualquier queja. Podía sentir la resistencia de mi cuerpo ante la pronta intromisión de los alimentos, pero comí todo hasta que no quedó nada en mis manos.

Miré el suelo, donde un lago de líquido naranja aún no se había secado. Hice lo posible por alejar los cristales de la vajilla rota con las manos, entonces hice la cosa más denigrante que me haría estremecer al recordarla siempre: lamí aquel líquido del suelo del sótano.

Se acabó más pronto de lo que temía y pasé la lengua intentando absorber más. Era inútil, lo que había bebido no había servido para aplacar mi

necesidad de agua, solo pareció avivarla. Fue entonces cuando el esfuerzo realizado para llegar allí me hizo caer de frente y desmayarme otra vez.



—Ángela, joder... ¡Joder! ¡Despierta! ¡Ángela!

Me zarandeaban sin parar, pero no tenía la fuerza necesaria para abrir los ojos. Mis párpados eran demasiado pesados y los remolinos de la inconsciencia me tragaban y escupían sin consideración. Escuchaba palabras lejanas que en algún momento se volverían claras y luego desaparecerían otra vez.

—¡Ángela! —Luego no escuché nada más.

Salí y entré en espirales ascendentes. No era consciente de mí misma, tenía la mente en blanco, entumecida. Aquello no era bueno, me dije, pero era mejor que sentir el sufrimiento de mi cuerpo y la muerte lenta que estaba viviendo.

—Por favor... ¿Qué he hecho? No puedes estar muerta, Ángela... ¡Por favor! ¡Por favor despierta!

Aquella voz torturada calló de pronto y me dejó tranquila. Lo siguiente de lo que fui semiconsciente fue el líquido frío que descendía por mi garganta y que me ayudó a volver en mí misma. Abrí los ojos de golpe, encontrándome con una botella apoyada sobre mis labios; no lo pensé antes de aferrarme a ella y beber el agua hasta que la botella se arrugó en mis manos.

Arrojé el plástico a un lado y solté un jadeo. Miré a mi alrededor intentando recordar lo último que había ocurrido y mis ojos se encontraron con la mirada atormentada de Sebastián. Él me sostenía sobre su regazo en el suelo de aquella prisión.

—Ángela —mi nombre en sus labios sonó como una tortura y una bendición—, estás bien... Estás bien.

Me estrechó contra su pecho, presionándome con tal fuerza que mi cuerpo débil y agonizante sufrió en silencio. Nos meció hacia atrás y hacia delante en un intento de tranquilizarse a sí mismo más de lo que podría querer tranquilizarme a mí.

—Perdóname —repitió mil veces, tantas que nunca sería capaz de recordarlas todas.

Miré el techo con los ojos fijos. Los recuerdos del augurio que había experimentado aquel día no serían borrados de mi memoria. Las horas que había pasado allí, retorciéndome sobre mi propio cuerpo intentando acallar mis necesidades y el llanto de mi consciencia, marcarían mi vida para

siempre. Aún frágil e incapaz de hablar como me encontraba en ese momento, lo sabía. Había experimentado algo que me rompió por dentro y jamás sería la misma.

—Háblame —suplicaba mi captor—, dime que me perdonas.

—Me has dejado encerrada muriéndome de hambre —reclamé lentamente, apenas reconociendo la voz ronca y rota que acompañaba cada sílaba.

—Estaba furioso. Nunca me había sentido más dolido en mi vida. Me fui de aquí y caminé por el bosque hasta que dejé de sentir las piernas. —Lo miré. Sus pupilas estaban dilatadas y lucía frenético, pero yo no sentía nada—. Me marché por horas y te abandoné. Cuando regresé te encontré medio muerta sobre el suelo y me di cuenta del error que cometí. Por favor dime que me perdonas, Angie. Fue un error, un error... Prometo que no volverá a pasar.

Sabía que en otras circunstancias mis ojos se empañarían con lágrimas. En aquel momento solo pude soltar un lamento desde el fondo de mi pecho que sonó como el de un animal herido, y negué frenéticamente con la cabeza. Él volvió a empujarme contra su pecho, pero yo seguía negando y me revolvía con histeria para alejarme.

—¡Déjame ir! ¡Suéltame!

—Silencio, Angie —susurró, acunándome—. Sé que estás enojada, pero tienes que entender...

—¡No me hagas esto! Si tanto dices quererme, ¡aléjate de mí! Me estás haciendo daño... Por favor... ¡Por favor!

—Te amo —expresó, lo cual me hizo detenerme. De sus ojos comenzaron a derramarse lágrimas silenciosas que lo hicieron estremecer—. Te amo más de lo que soy capaz de comprender. No sé qué hacer con ello, solo sé que es tan grande que me va a explotar en el pecho. Mis sentimientos por ti toman control de todo lo que soy y me pierdo, Ángela. Pierdo la cordura cuando dices que no me amas.

—Estás enfermo —insistí, formando puños coléricos a mis costados. Miraba su rostro ensombrecido por el dolor cuando todo lo que deseaba era empujarlo lejos, en pedazos, y que dejara de hacerme daño de una vez por todas.

—Lo acepto —respondió, sorprendiéndome. Algo de lucidez brilló en sus ojos y eso captó mi atención—. Comencé a enloquecer desde que me torturé a mí mismo apartándote de mi lado. Enloquecí cuando creí que comenzabas a amar a alguien más. Me desesperé cuando sostuve la mano de mi madre durante su último aliento en la camilla de un hospital. Enloquecí al perderla, y

todo lo que pude hacer para no morir del todo fue aferrarme a ti.

—Tu madre, ¿qué crees que diría si viera esto? ¿Crees que ella lo aprobaría? ¡Mírame! He comido lo que estaba en el suelo, me he orinado muchas veces en la cama. ¡Mira —grité—, esto es lo que me estás haciendo! ¿Esta es tu forma de amar?

—Lo lamento —masculló, tragando con fuerza—. Desde que fui consciente supe que mi padre me despreciaba sin conocerme. Mi madre fue una prostituta. Y O... Olivi... —Rectificó—: Yo estaba solo, desesperado por encontrar algo bueno en mi vida. Y apareciste tú. —Más lágrimas volvieron a caer de sus ojos, así que seguí su descenso con la mirada—. Eres la bondad que nunca pude encontrar en mis padres; eres el amor que nadie supo darme. Me enamoré de ti tan profundamente que te convertiste en la luz y luego, cuando te alejaste, en mi oscuridad.

—Aún no es tarde. Puedes encontrar a alguien que te ame, Sebastián. Alguien en el mundo se enamorará de ti con toda la fuerza de su corazón y te hará feliz. Eres joven... Olvidarás el pasado. Aprenderás cuál es la forma correcta de demostrar amor, sin lastimar ni controlar, sin sufrimientos constantes.

—Querer sin sentir dolor es imposible —negó.

—Tal vez —concedí—, pero tú y yo nos hemos lastimado más de lo que cualquier amor es capaz de soportar. Amarnos no es una opción después de todo lo que hemos pasado, lo que nos hemos dicho y hecho el uno al otro, después de la manera en la que nos hemos destrozado.

—Nadie me querrá, ¡nunca! ¿Es que acaso no te das cuenta? Eres mi milagro, Ángela. Te necesito a mi lado, necesito que alivies mi dolor. Prometo hacerte feliz.

—Mírame en este momento. ¿Soy la misma chica que recordabas? —Él bajó la mirada, tensando la mandíbula—. ¡Joder! ¡Mira esto! ¿Me ves? ¿Amas esto que estás viendo, esta chica frágil y enferma?

—No.

—¿Cómo es la chica de la que te enamoraste?

—Ella era la perfección. Pura, bondadosa, dulce. Tenía la apariencia de un ángel y el corazón que ellos desearían.

—Mírame ahora. ¿Qué ha pasado con esa chica? —Seguía esquivándome, pero yo necesitaba que lo comprendiera. Quizá fuera la única forma de que me dejara libre—. Esa chica ya no está, Sebastián. Esto que ves ahora es lo que haces al amarme. Siempre que esté junto a ti seré esta chica miserable que ves

ahora. ¿Eso es lo que quieres? ¿Tenerme de esta manera te hará feliz?

Aspiró con fuerza ante mi pregunta y sus ojos oscuros se clavaron en mí. Recorrió cada centímetro de mi rostro y luego bajó a lo largo de mis manos titubeantes. Miró la palidez y el sudor en mi piel, las ojeras bajo mis ojos y la sangre seca en mis muñecas. Observó lo que su amor me hacía y por primera vez pareció volverse consciente de ello.

—No —por fin respondió. Mi corazón se aceleró cuando su voz se quebró—: Así no es como quiero amarte.

—Lo que fuimos no volverá jamás. Debes dejar de aferrarte a ello y encontrar otra cosa por la cual vivir. El recuerdo de unos niños pequeños no debe obsesionarte —manifesté en voz baja, temerosa de que cualquier hosquedad lo hiciera explotar—. Hay miles de personas en el mundo y estoy segura de que, si soltaras la carga de nuestro horrible pasado, muchas de ellas querrían acercarse a ti. Encontrarás personas que te harán tan feliz como yo te hice y que se convertirán en tu milagro también.

—No quiero dejarte ir —suplicó. Su pecho se movía con respiraciones rápidas y más lágrimas seguían brotando—. Nada me garantiza volver a encontrarte en otra persona, y nada me garantiza que vuelva a ser capaz de querer a alguien como te quiero a ti.

—No hay garantía pero debes tener esperanza. Deja que las personas entren en tu vida y te conozcan; date una oportunidad y ofrécete al mundo, solo así descubrirás si hay alguien allí afuera que esté necesitando todo lo que tú también deseas.

—Soy un ser humano horrible —dijo de pronto, bajando la mirada—, no recibiré perdón. He asesinado a un hombre y he disfrutado haciéndolo.

Mi estómago se retorció, tirando y escupiendo fuego en mis entrañas. Bloqueé aquello de mi mente porque me negaba a creerlo, pero no podía seguir evitándolo más. Tenía que saberlo, por más que mi corazón se detuviera a la expectativa de sus palabras. Si Sebastián había asesinado a un hombre inocente, entonces no debía estar suelto. Aquello no tendría solución ni perdón.

—¿Qué le ha sucedido a Traian?

Se puso de pie repentinamente y caí al suelo. Caminó lejos hasta estar a una distancia segura y pasarse las manos por el cabello desordenado. Se dirigió de un lugar al otro antes de ser capaz de encararme y poner en palabras la idea que parecía causarle tanto tormento.

—Está muerto. Lo he desconectado.

—Eso ya lo dijiste. ¿Cómo llegaste a él?

—Te seguí por el hospital. Te escuché hablar con él y me colé en su habitación cuando te fuiste.

Entonces sí era verdad lo que decía. No era una mentira para hacerme daño intencionalmente, por más que yo lo deseara. Fue imposible evitarlo por más tiempo y dejé que mi rostro se contrajera con dolor. Una sola lágrima comenzó a hacer su camino por mi mejilla sucia.

—¿Por qué? —Me rompí, abrazando mis rodillas—. ¿Por qué?

—Porque él te importaba. Parecías quererlo... y todo tu cariño debía ser para mí.

—¡Eres un asesino!

—¡Lo sé! —gritó con sus músculos tensándose y las venas sobresaliendo—. ¡Lo sé, maldita sea! ¡Ya sé que no te merezco!

—¿Solo por eso te arrepientes? ¿Tu única preocupación es que el asesinato de un ser humano te haga menos digno de mí? ¿Qué hay de Traian?

—Se lo merecía.

—¡No! ¡No es cierto! —Me puse en pie y me acerqué el máximo posible, sacando sangre de mis muñecas en el proceso—. Eres un sociópata, Sebastián. Lo mataste por el simple placer de hacerlo.

—¡Cállate, joder!

—¡Eres un asesino!

—¡Para, Ángela! —Se cubrió las orejas con las manos, sacudiéndose con desesperación—. ¡Solo para!

—¡Te vas a ir al infierno! ¿Me escuchas? ¡Ojalá que te pudras, maldito enfermo! Por la muerte de Traian y por todo lo que me has hecho.

—¡No tienes una maldita idea de lo que estás diciendo! —escupió. Sus ojos eran salvajes y una tonalidad roja estaba cubriendo su piel. Él explotaría en cualquier momento, pero yo estaba lejos de quedarme callada. Lo odiaba más de lo que creí haber odiado a nadie en mi vida.

—Traian está muerto —puntalicé, sacudiendo las cadenas y tirando de ellas. Deseaba lanzarme y golpearlo con toda mi fuerza—. Él merecía vivir, merecía ser feliz. Tú, por otro lado, eres un maldito infeliz que solo ha sabido hacer miserables a todos los que hemos intentado darle amor en su vida.

—¡Cállate! —rugió.

—¿Sabes qué, Sebastián? Olvida todo lo que dije antes. Nadie nunca podrá amarte porque eres un miserable que nunca debió haber nacido. Eres el error más grande que pudo pisar este planeta, ¡y no sabes cuánto desearía

nunca haberte conocido!

—¡Cállate!

Sebastián alzó su puño y me golpeó el rostro. Mi cabeza chocó contra el metal de la cama y caí inconsciente al suelo.



Lo primero que hice al recuperar la consciencia fue sentir el dolor en el costado superior de la cabeza. Punzaba tanto que anhelé seguir desmayada. Recuperé la nitidez más rápido de lo que deseaba y me encontré abriendo los ojos despacio porque hasta el aleteo de mis pestañas me producía la más funesta tortura.

Estaba acostada sobre aquel colchón duro, observando un techo polvoriento y deprimente. Alcé la mano y toqué el punto golpeado en mi cabeza; mis dedos estaban manchados de sangre, pero aún en mi aturdimiento me di cuenta de que no era nada de lo que preocuparse demasiado. Había tenido suerte.

Tomé aliento y utilicé mi necesidad por ser consciente de mi entorno como el aliciente para sentarme. Mi cráneo palpitó tanto que creí que me desmayaría otra vez y apreté los dientes con fuerza para no gritar. Había logrado enderezarme y estaría bien siempre que no me moviera demasiado y pudiera mantener las náuseas bajo control.

—Soy un monstruo.

Allí sentado sobre el suelo, con su espalda contra la pared cercana a la puerta se encontraba mi atacante. Abrazaba las piernas contra su pecho y sus hombros estaban caídos. Parecía destrozado, rezumando un velo de desesperación que se había vuelto demasiado familiar. Su posición podía significar que intentaba protegerse a sí mismo o que pretendía esconderse del mundo real y del daño que había realizado. Fuera como fuese, en ese momento escuché el tono de voz más bajo y lúgubre que pude imaginar en él.

—Te he golpeado —repitió sin cesar, incapaz de alzar la mirada.

No le respondí. Lo observé llena de recelo, recordando la manera en la que su puño cerrado impactó contra el lateral de mi rostro y me envió volando hacia atrás. Al revivir el momento me di cuenta de que seguir viva era un milagro. Dicho golpe pudo haberme matado con facilidad.

—No voy a pedirte perdón por golpearte. No quiero que me redimas. Quiero que me odies tanto como me estoy odiando.

En mi juventud fue sembrado un odio hacia Sebastián que solo se arraigó

más cuando me secuestró, y con el último golpe de gracia había perdido cualquier deseo de consolarlo. Deseaba ser liberada, escupirle en el rostro y no tenerlo cerca nunca más. Cada célula de mi cuerpo rechazaba a aquel hombre enfermo que manifestaba su supuesto amor haciéndome más daño con cada segundo que pasaba.

—Me prometí a mí mismo que nunca te haría daño cuando te recuperara. Yo sería tu protector, no quien te golpeará —habló desde la oscuridad, sonando devastado—. Te he fallado, como a todas las personas en mi vida. Pero, ¿qué más podía esperar? —Soltó una risa amarga—. Soy un miserable que nunca ha entendido cómo amar. ¿Por qué pensé que tendría una oportunidad de ser feliz cuando ha quedado claro desde el principio que no está destinado a ser así?

—Tú te has marcado tu propio camino —escupí con voz temblorosa, pero él no se atrevió a mirarme—. Te victimizas todo el tiempo e intentas hacerme sentir culpable, como si yo fuera una persona cruel al no amarte. Tú me golpeas, me humillas y me secuestras —me estremecí—, pero yo soy la desgraciada cuando intento defenderme.

—No es así.

—Eso es lo que tú haces —a pesar del dolor, me incliné hacia delante. Necesitaba que sintiera toda la fuerza de mi voz—. Quieres manipularme con tus lágrimas y tu lastimero pasado. Donde estás ahora es producto de tus decisiones. Si hubieras querido hacer las cosas bien, ningún trauma de la niñez te hubiera extraviado. El suelo que pisas y el cielo sobre tus hombros son los que tú eliges todos los días. —Al ver que sacudía la cabeza en negación, comencé a arder con una furia mayor—: Atrévete a decirme que no es cierto.

—No lo entiendes.

—¿Qué debo entender? ¿Qué tuviste una infancia horrible donde no fuiste amado? ¿Que tu madre murió? Millones de personas pasan por eso y no las ves a todas destrozando las vidas de los demás porque creen que tienen el derecho a hacer lo que se les venga en gana. Usas tu pasado como excusa para tu cobardía. —Grité—: ¡Fuiste cobarde desde el día en que te confesé mi amor! No supiste afrontarlo y tomaste la decisión errónea. Sigues equivocándote desde entonces.

—Es de humanos equivocarse. —Por fin alzó la cabeza y pude sentir sus ojos intensos desde la pared opuesta de la habitación—. No todos crecimos con padres amorosos que nos enseñaron qué debíamos hacer. Algunos tuvimos que fallar y seguir fallando hasta encontrar una forma de esquivar toda la

porquería que había en nuestras vidas.

—Excusas —me reí, colérica—, siempre excusas. Un verdadero hombre da la cara y toma de la vida lo que esta le ha quitado, no pretende robárselo a los demás.

—Quisiera que por un momento te pusieras en mi lugar.

—¿Podrías ponerte tú en el mío? He tenido que soportar cada rechazo, insulto y mala mirada que me dirigiste durante años. Ahora, esto. Pero siempre seré yo la mala, ¿sabes? Cualquier mujer que no se deje subordinar y se defiende será una arpía, pero encontrarán siempre justificaciones para perdonar a los hombres, victimizarlos y apoyarlos aún en sus errores, porque así de jodidos estamos.

Aquello pareció sorprenderlo, inhalando todo el aire de la habitación. Mi cabeza aumentaba su palpito con cada palabra, pero no iba a permitir que me frenaran. Estaba harta de que se creyera con el derecho de hacer lo que quisiera conmigo mientras yo solo debía permanecer callada y hacerlo feliz para no ser una perra desgraciada. Pues que se jodiera todo el mundo, iba a defenderme, porque hiciera lo que hiciese siempre estarían del lado de él.

—Tienes razón.

—¿Qué?

—Golpearte fue la gota que derramó el vaso, Ángela. He tocado fondo.

Se levantó. Lucía tan abatido que entendí por qué cualquiera sentiría pena por él, pero necesita fervientemente defender mi lugar. Yo era la única que siempre recordaría lo que había vivido y nadie más tendría mi motivación para odiar. Ellos solo podrían imaginarse lo sufrido, no estuvieron en mi carne cuando las huellas emocionales quedaron marcadas.

Sebastián dio dos pasos cerca y se detuvo cuando me observó retroceder con cautela. Seguía siendo más grande y yo permanecía esposada, no era tan ingenua como para creer que sobreviviría si decidía golpearme con más violencia.

Fue entonces cuando noté que llevaba un teléfono celular entre las manos. Mi corazón se aceleró con una esperanza tan brillante que temí ser demasiado obvia. Si conseguía ese móvil y marcaba a la policía, sería liberada. Quizá las plegarias que silenciosamente había elevado al cielo durante mi agonía habían sido escuchadas. Necesitaba idear un plan para rescatarme a mí misma.

Sebastián dijo:

—No puedo creer que Camila y tu mejor amiga estén juntas ahora.

Iba a preguntarle cómo lo sabía si había estado ausente de nuestras vidas,

luego recordé que eso no era del todo cierto; él había estado allí acechando en la oscuridad, monitoreando cada uno de mis pasos. Sentí asco al darme cuenta de lo expuesta que estaba.

—¿Qué parte es la que más te sorprende?

Alzó las cejas en un gesto relajado que me recordó tanto a mi mejor de catorce años que tuve que apretar los dientes y bajar la mirada.

—Ustedes se odiaban. Ella barría el suelo contigo.

—Y nunca la detuviste —repliqué con amargura.

Miró el techo y exhaló un suspiro. Casi parecía una conversación normal la que manteníamos, si no fuera por mi cerebro maquinando opciones para arrebatarme ese móvil de las manos.

—Comencé a salir con Camila porque sabía que eso te lastimaría —confesó algo que yo deduje hacía muchísimo tiempo. No pude evitar sentir un resentimiento fantasmal—. No la soportaba, deseaba cortarle a cuajos la garganta. Ella te maltrataba y te humillaba, yo deseaba —apretó la mandíbula, agravando la voz— descuartizarla.

—Tú me hacías más daño que ella, ¿te das cuenta? Y tampoco intentaste detenerla.

—No, necesitaba que me odiaras, y estar con alguien como ella hacía que me despreciaras aún más. —Suspiró otra vez y, encontrando mis ojos, confesó algo que nunca esperé llegar a saber—: Perdí mi virginidad con ella. Tuvimos sexo tantas veces... Siempre imaginé que eras tú.

Mi estómago se revolvió. Había desaparecido de mi cerebro el recuerdo de la Camila fría y amarga, siendo sustituido por la Camila que se reía a carcajadas en el suelo del departamento y no le importaba llenar su ropa de suciedad con tal de acariciar a un animal. Abrazaba su cambio y sus disculpas, no viviría de un pasado que solo me amargaría, así que escuchar dichas palabras me hizo revolver el estómago con repulsión.

—Yo era... brusco con ella —tanteó las palabras en su boca y pareció satisfecho. Luego, su mirada se ensombreció—: La desfloré sin cuidado y me largué cuando se puso a llorar. Me daba asco la sangre en sus sábanas.

Lo único que sabía de la relación de dos años de mi amiga con Sebastián fue lo que observé durante mi época de colegio, cuando andaban siempre juntos y ella lo presumía, desprestigiándome y amenazándome para que me mantuviera lejos.

Cuando Sebastián se marchó, Camila parecía solitaria y destrozada, fundiéndose con las paredes hasta el punto de que casi olvidé su existencia en

mi propia miseria. Y cuando nos reencontramos en la universidad, lo único me contó fue que Sebastián no respondió a sus llamadas durante tres días y después se marchó sin avisar. Tuvo que enterarse del cáncer de su suegra y de que su novio se había mudado del país por una conversación escuchada en el pasillo por casualidad.

Nunca quise saber los detalles íntimos de la relación dado que yo estaba superándolo, y posteriormente Cam se volvió la pareja de mi mejor amiga. No quise recordar el pasado ni analizar hechos inútiles, pero la confesión de Sebastián sacudió mi mundo por completo. Él maltrataba a Camila, eso era lo que había dicho, ¿no? Mi corazón se detuvo. No podía siquiera con la imagen que se formaba en mi cabeza.

—Ella siempre se mostró feliz contigo —repliqué con debilidad. Comenzaba a pensar que Camila era diferente a como se mostró conmigo en ese momento, y solo se ocultaba tras una máscara para protegerse.

—Tenía que hacerlo. Sabía que no era bueno hacerme enfurecer. Ella lo lamentaría y yo me mancharía las manos con sangre que pudo haberse evitado. —Cruzó los brazos morenos sobre el pecho y casi logró intimidarme—. No era tan buena en la cama. Al principio lo intentamos, pero decía que yo era duro con ella y lloraba demasiado. —Bufó como si aún le pareciera ridículo—. Estuve con diferentes mujeres a lo largo de los años, prostitutas en su mayoría. Ellas no se quejaban cuando las golpeaba y lo hacían mucho mejor que Camila.

Bajé la cabeza y respiré hondo para controlar mis emociones. Me había dejado llevar por ellas antes y Sebastián me había golpeado. Necesitaba conseguir aquel teléfono de sus manos pero él no me lo estaba poniendo fácil; acababa de confesarme que abusaba física y psicológicamente de una chica que repudié porque creí que disfrutaba de todo lo que yo anhelaba, cuando ella debía estar sufriendo en una relación tóxica de la que no podía escapar. ¿Cómo no me di cuenta antes? Cam debía ser una experta en la disimulación, haciéndome creer que su amor era perfecto y que tenían una relación maravillosa.

Entonces entendí cuáles eran las pesadillas de Camila. Las mías trataban sobre Sebastián marchándose de mi vida o muriendo, cuando las suyas debían ser sobre él golpeándola o teniendo sexo de tal forma que pudo sentirse violada. Ella debía seguir traumada a pesar del tiempo, y si se lo guardaba totalmente en secreto, las pesadillas nunca desaparecerían.

Valerie no sabía aquello. Conocía a mi mejor amiga y si ella lo supiera

buscaría a Sebastián hasta debajo de la tierra. Me destrozaba pensar que Cam sufría en silencio cuando yo había tenido el continuo apoyo de ambas para salir adelante y superar algo que fue mucho menos traumatizante. Me estremecí. Ahora tenía una concepción de la vieja Camila que era menos una chica superficial y arrogante y más una adolescente aterrorizada que guardaba secretos venenosos.

Sebastián tenía más problemas de los que yo supuse en un principio. Me asombraba cómo mi vida había sido más complicada de lo que yo asumí en ese momento. Bajo mis ojos habían sucedido cosas que ignoré, al pasar los días compadeciéndome de mí misma y añorándolo a él. Ahora no sabía qué pensar exactamente de mi pasado; sentía como si hubieran cambiado la historia.

Pero me concentré en el presente, porque sobrevivir era lo único que importaba. De nada me serviría gritarle si él me noqueaba y desaparecía otra vez. Mi estómago seguía doliendo por el hambre mientras mi cuerpo permanecía débil. Dudaba poder ponerme de pie y correr por el bosque si surgía la oportunidad. Necesitaba llamar a la policía y él debía ser arrestado.

Controlé mi cuerpo tembloroso y alcé la cabeza lentamente. Mis ojos marrones se encontraron con los suyos y tuve que hacer un gran esfuerzo para no destrozar esa cara impávida que tenía. ¿Cómo podía mostrarse tan indiferente ante lo que les había hecho a Traian y a Camila?

—¿Desde cuándo maltratas a las mujeres?

—No era maltrato —frunció el ceño como si la idea le pareciera ofensiva—. Soy duro sexualmente, ella no podía soportarlo.

—Has dicho que Camila debía mostrarse feliz contigo o te llenarías las manos de sangre. Eso es maltrato, joder.

Se encogió de hombros el muy cínico, como si yo estuviera haciendo un drama por una pequeñez.

—Llámalo como quieras, yo sé que no soy un abusador. —Entonces su semblante cayó y se estremeció con lo que pareció dolor—. Pero nunca me perdonaré el haberte golpeado, Ángela. Me enfurecí y me descontrolé por un momento pero, ¡joder!, te prometo que nunca volverá a suceder. Tocarlo me ha hecho ver lo que está mal. Quédate a mi lado y buscaré ayuda.

—¡No te creo! Eres violento, psicológicamente inestable. Mira como me tienes, pudiste haberme matado muchas veces. —Mi respiración era errática y movía las manos con frenesí—. Eres peligroso, Sebastián.

—No para ti. Será peligroso para quien sea que pretenda separarnos. Por

siempre cargaré en mi alma con el peso de haberte golpeado, pero te he prometido que no volverá a pasar. Aprenderé a controlarme, por ti.

—No, jodido bastardo. No puedes controlarte. Eres un abusador, un delincuente y un enfermo de mierda.

Mi cuerpo se congeló y Sebastián se tensó de los pies a la cabeza. Aquella voz no había provenido de ninguno de nosotros dos; era grave, un barítono casi perfecto. Sonaba tan colérica que los vellos de mi cuerpo se erizaron y mi corazón quiso saltar del pecho. El tiempo se detuvo y supe que todo iba a cambiar. Mi cerebro no podía comprender lo que estaba sucediendo pero mi estómago se llenó de una emoción que no había experimentado en mucho tiempo.

Sebastián alzó las manos lentamente hasta ponerlas a la altura de la cabeza. Su rostro se contrajo con tal furia que pensé que estallaría, y en el silencio nuestras respiraciones resultaban atronadoras. Me preguntaba si solo era un sueño cruel de mi esperanzado subconsciente o si aquello estaba sucediendo en realidad.

No pude seguir evitándolo por más tiempo, temerosa de que solo fueran imaginaciones mías. Posé los ojos en la pistola presionada contra la parte trasera de la cabeza de mi secuestrador. Luego miré al fantasma de ojos grises que tenía toda su atención puesta en mí.

—¿Tú no estabas muerto? —escupió Sebastián.

Traian sonrió con condescendencia.

—No tienes tanta suerte.

Dejé de respirar.

—Colócate en cuclillas lentamente y lleva las manos a tu espalda —ordenó el chico con ojos de tormenta—. Hazlo despacio. Si veo algún movimiento extraño, el muerto serás tú.

—Dudo que tengas la menor idea de cómo usar eso —se burló Sebastián, mirando por el rabillo del ojo la pistola que apuntaban contra su cabeza.

Mi corazón rugió, aún incrédulo de lo que presenciaba. Aquello no tenía ningún sentido en absoluto pero era la visión más gloriosa que pude desear. Traian no solo estaba vivo, también me había encontrado. ¿Cómo sabía que fue Sebastián quien me secuestró? Lo único que debía saber era que yo había desaparecido pero, ¿cómo rastrearlo? Y más increíble aún, ¿cómo logró pasar la pesada puerta de metal sin que nos diéramos cuenta? ¿Estuvo aquí todo este tiempo o acababa de entrar?

El estado de mi cuerpo y el repentino aturdimiento de mi mente fueron una

mezcla que casi me hizo desmayar. La habitación comenzó a dar vueltas y mis ojos se desenfocaron. Traian dio un paso al frente, preocupado, casi soltando a Sebastián. Aquel momento de descuido fue aprovechado por él para estrellar su codo contra la nariz de Traian, quien se tambaleó hacia atrás luego de que el sonido de un hueso partiéndose resonara en la habitación.

—¡Traian! —me alarmé, aferrándome como pude a las mantas de la cama. Seguía mareada pero sabía que corrían ríos de sangre del rostro de mi salvador.

Sebastián no perdió un segundo antes de colocarse en su posición de combate. Lanzó un puñetazo que giró el rostro de Traian hacia la izquierda y lo hizo caer contra la pared. Los sonidos que se producían eran horribles, chasquidos de huesos combinados con el amortiguador que era la carne.

—Hijo de perra. —Sebastián escupió el suelo sucio de la habitación—. Debí asegurarme de que realmente habías muerto antes de marcharme.

Traian jadeó y levantó la cabeza. Me horroricé al ver la parte inferior de su rostro, su cuello y su camiseta empapados de sangre. Se apoyó contra la pared para recuperar el aliento; luego, hizo algo que me sorprendió: Traian sonrió.

—Si fueras tan inteligente como crees que eres, te habrías dado cuenta de que no estaba en coma, pedazo de imbécil. Salí del coma la noche anterior.

—¿Qué? —exclamamos Sebastián y yo al unísono.

Traian clavó su mirada en mí de una manera tan intensa que mi estómago se llenó de emoción.

—Solo dormía. Me desperté cuando entraste a mi habitación, Ángela. Te vi y... Joder —masculló, tragando con fuerza—, hiciste realidad la visión con la que fantaseé tantas veces durante mi tiempo en la cárcel. Eras mi enfermera, pero con esa apariencia dulce y la mirada que me diste, pude haberte confundido con mi maldito ángel de la guarda.

—No estabas en coma —repetí, incrédula antes las palabras que salían de mi boca. Entonces lo entendí—: Eso fue lo que Antonio quiso comunicarme aquella mañana en el hospital. Habías salido del coma, pero yo estaba tan furiosa con él que no le di la oportunidad de decírmelo.

Asintió desde su posición. Un nudo se formó en mi garganta debido a la sorpresa. Si tan solo hubiera hecho caso a la enfermera y me hubiera reunido con Antonio esa mañana, quizá las cosas hubieran sucedido de una manera diferente.

Sebastián gruñó, captando mi atención. Permaneció en silencio durante

nuestra breve conversación y por un momento pude olvidar que estaba allí, lo cual no le agradó. Fijó la mirada en un punto del suelo cercano a la cama; allí se encontraba la pistola que Traian había dejado caer en su distracción.

—Entonces supongo que tendré que matarte de frente, como quise hacerlo siempre.

Sebastián se lanzó hacia delante para tomar el arma, pero Traian se adelantó y lo embistió, empujándolo contra la pared a mi izquierda. Estaban tan cerca que me lancé hacia atrás, huyendo del desastre violento. Traian golpeó el abdomen de Sebastián con su puño y este jadeó en busca de aire. Mi salvador tomó el rostro de su contrincante y lo estrelló contra su rodilla, produciendo otro chasquido de huesos rotos.

Me asusté, incapaz de observar aquello por más tiempo.

—Traian, para —supliqué—. Solo quiero salir de aquí.

El gigantesco y musculoso hombre me miró, sus ojos se ablandaron. Quería que me tomara en sus brazos y me llevara muy lejos, darme cuenta de que no era un sueño. Pero la realidad se manifestó en un golpe que Sebastián le propinó en la barbilla y que envió su cabeza hacia atrás. Traian cayó al suelo y Sebastián se acomodó sobre él, golpeando su rostro.

Por la textura y la fuerza que tenía, no le tomó ni un minuto dar vuelta a la situación y posicionar a Sebastián en el suelo. Los golpes no variaban de una intensidad grotesca, pues lanzaba su brazo hacia atrás y lo estrellaba con fuerza. Sebastián intentaba resistirse, pero llegó a un punto donde dejó de usar las manos para luchar y en su lugar intentaba cubrirse.

Mi desesperación y los días que pasé allí sufriendo me hicieron llegar a un punto muerto. Solo deseaba escapar y olvidar todo lo que aconteció en aquel lugar.

Me puse de pie y tuve que tomar varios segundos para que mi cabeza y mi cuerpo se estabilizaran, antes de dar un par de pasos y recoger el arma del suelo. El poder que aquel artilugio metálico representaba aumentó su peso en mis manos. Quizá se debiera a aquellos dos días que me habían destrozado y rehecho por dentro, pero en otras circunstancias habría sido incapaz de siquiera mirar un arma, mucho menos empuñarla.

—Maldito infeliz, sabía que eras un problema desde el momento en que apareciste en nuestras vidas.

Traian detuvo su ataque, tan sorprendido como yo. Lo miró desde su posición de poder y sus palabras anudaron con fuerza mis entrañas:

—No permití que destruyeras a esta chica en el pasado. No vas a hacerlo

ahora.

—Mala hierba nunca muere.

Mi salvador escupió sangre al suelo, los músculos de sus brazos se tensaron y se movieron bajo su piel. Desde mi posición podía entrever el tatuaje de Romance en la parte trasera de su cuello, aquel nombre que me persiguió también durante mucho tiempo.

—No tienes una maldita idea. Sigues siendo la misma escoria de hace años, solo que ahora has cruzado los límites, Videla.

—Es mía —sonaba más como una súplica escondida bajo la afirmación—. La conocí primero, estuve años a su lado. La necesito más que tú.

—Eso no es cierto.

—¡Tú no la necesitas! —Sebastián explotó, pero en lugar de sonar enojado, su voz se rompió—. Puedes vivir tu vida sin ella a tu lado, yo no. Ángela es el mundo que da vueltas y el sol que me hace abrir los ojos por la mañana. No lo entiendes, Serbian. —Sentí una lágrima deslizarse sobre mi mejilla ante los gritos de Sebastián—. ¡La amo más allá de lo racional, tanto que respiro su esencia! Si pudiera elegir, viviría mi vida cuantas veces fueran necesarias solo para conocerla en cada una de ellas.

El cuerpo de Traian estaba tan tenso que podría partirse. Lo único visible para mí era su espalda ancha y el desastre sangriento que era Sebastián debajo de él. Mis lágrimas salpicaban el arma en mis manos, pero mantuve las sacudidas de mi pecho en silencio. ¿Cómo era tan masoquista y después de todo seguir sintiéndome mal por él? Sabía que estaba enfermo y perdido, vivía necesitado de afecto. Por todo lo bueno que habíamos compartido, sentía lástima. Sus palabras traspasaban el hielo que me protegía y conseguía dar vueltas en mi cabeza. Aquel chico dulce que había acompañado cada uno de mis días había crecido como un adolescente miserable y ahora era un hombre desesperado.

Necesitaba cariño, alguien que lo amara con tanta locura como él decía amarme, pero yo había sido dañada hasta un punto que ni las palabras, ni el tiempo, podrían curar jamás.

Hay amores que se destruyen entre sí por la fuerza de su pasión, y hay caminos destinados a cruzarse y perderse en la lejanía. Si hubiera sabido que él sería el primer amor que sacudiría mi mundo, quizá lo hubiera pensado dos veces antes de aceptar su asiento en el autobús. Quizá me habría alejado y nuestras miradas nunca se hubieran cruzado, solo sería para mí un desconocido más que rozaría en las calles. Lo miraría y mi corazón no se

estremecería, podría olvidar su rostro con facilidad.

Es sorprendente pensar cómo unas palabras intercambiadas y un pequeño gesto de un día en particular pueden sellar tu destino; pueden cambiar mil veces la persona que serás y cuánto sufrirás en la vida. El tiempo pasaría y Sebastián nunca sería borrado de mi memoria, lo que llegué a sentir por él se encontraría refugiado en mi corazón, pero el pasado es un ente que no puedes olvidar. Tampoco lo puedes revivir o modificar, solo asumir las consecuencias y seguir adelante.

—Si pudiera cambiar la manera en la que hice las cosas —susurró Sebastián, captando mi atención—, juro que lo haría. Me pondría de rodillas y te pediría perdón cada día, Ángela. Podría intentar amar a alguien más como te amo a ti, pero sería un intento vano de sobrellevar una vida infeliz. Te desearía todos los días y compararía a cada persona contigo, con tu mirada y con tu sonrisa. Porque si pudiera arrancarme el corazón del pecho, te mostraría cómo late por ti.

—No hay segundas oportunidades en esta vida —le explicó Traian, apenas conteniendo su furia—. Puedes implorar de rodillas, pero nada nunca volverá a ser igual. Ni tu familia, ni tus amigos o la chica que amas. El tiempo pasa.

Sollocé, cubriéndome la boca con la mano. Mi corazón quemaba y mi cuerpo se encontraba entumecido. Me sentía tan desdichada que apenas podía respirar. Sus palabras habían movido algo en mí que juré que estaba muerto. ¿Por qué la vida había sido tan cruel? ¿Por qué me robó a mi primer amor y luego me lo devolvió de tal forma que fuera imposible para mí amarlo? Estaba harta de todo aquello; pasar los años sumida en depresión, luego creyendo que había seguido adelante y volver a estrellarme contra el pasado otra vez.

Era cruel e inhumano ofrecerme tras una pared de cristal lo que tanto había anhelado. Intocable, solo permitiéndome saborear lo que podría haber sido, cómo de diferente podríamos encontrarnos en aquel punto de la vida si no hubiéramos tomado tantas decisiones incorrectas.

Mi respiración estaba acelerada, la sangre por mis venas corría tan rápido que mi palpito era lo único que podía escuchar. Presioné el material del arma entre mis dedos. Alcé la pistola con lentitud hasta posicionarla sobre un costado de mi cabeza; la circunferencia metálica era fría y más pesada de lo que imaginaba.

El rostro de Traian se tornó pálido y se levantó lentamente del suelo, sin despegar su mirada de la mía. Sebastián se reincorporó sobre sus codos y su rostro masacrado se contrajo con alarma. Intentó con sus pocas fuerzas

levantarse pero falló miserablemente. Lo vi allí, ensangrentado, débil y destrozado. Era una escena tan cruda que no pude soportarlo. El lugar se había sumido en tal silencio que mis sollozos se agravaron.

—Ángela —la voz de Traian fue conciliadora mientras daba un paso tentativo hacia delante—. Baja eso, pequeña. Dámelo.

—Ya no puedo más —vociferé, interrumpida por los sonidos heridos que manaban de los lugares recónditos de mi pecho.

—Estás a salvo. Te tengo, volverás a casa. Saldrás de esto.

—No, tú no lo entiendes. Nunca voy a poder escapar. Siempre estará allí y me impedirá ser feliz. Sufriré por mi pasado toda mi vida.

—Ángela —suplicó Sebastián, haciendo lo posible por levantarse. Su voz se rompía con dolor en cada sílaba—, no hagas esto. No lo hagas, joder. Esto es mi culpa.

Traian dio otro paso adelante al notar mi distracción; menos de un metro nos separaba ya. Yo estaba cegada y desesperada, corroída por un dolor tan antiguo como la desesperanza de la humanidad. Aquello nunca tendría un final si no se lo ponía yo misma. Él tenía que entenderlo.

—Ángela —susurró con suavidad—, estás sufriendo delirios después de lo que pasaste aquí. Eres enfermera, debes entenderlo. No estás bien, amor.

—Déjame —supliqué—, por favor, déjame hacerlo. Déjame acabar con esto de la manera más fácil.

—Estoy aquí para ayudarte, ¿no lo entiendes? —la voz de Traian se elevaba cuanto más desesperado se encontraba. Sus ojos eran intensos y sus movimientos calculados, haciendo lo posible por no espantarme.

Un animal, eso es lo que yo sería siempre. Jugarían y harían conmigo lo que ellos quisieran, pasando por encima de mis deseos y mis emociones. Sebastián y nuestro pasado me perseguirían por siempre. Y si no era él, alguien más vendría y me destrozaría. ¿Cuál era el sentido de seguir viviendo? Sería infeliz por más que intentara salir adelante. Merecía un descanso, poner fin a aquella miseria.

Tomé una decisión, y el zumbido en mis oídos desapareció. No sabía si era lucidez o locura lo que me invadió en ese momento, pero mi corazón se acompasó y pareció satisfecho. Por fin dejaría de acelerarse con miedo y con dolor; por fin sería libre de las cadenas del pasado.

—¡Ángela, no! —gritó Traian, lanzándose hacia delante.

Pero ya era demasiado tarde.

Capítulo 17

Supé el momento exacto en el que la vida eligió salvarme.

Estaba decidida a jalar el gatillo y acabar con aquel martirio para siempre. Era una cobarde, lo sabía, pero también era consciente de que había tenido suficiente. Si me juzgaban, ¿qué importaba? Ya estaría muerta, disfrutando de la serenidad que me fue arrebatada en vida. Mi elección se fundamentaba en los momentos de agonía y llanto desenfrenado que viví en el pasado. No le encontraba sentido a perpetuar una existencia vacía, donde solo fingía mi felicidad, escondiendo los verdaderos sentimientos en lo más profundo de mi alma.

Deseaba desaparecer, que mi corazón se detuviera y mi cabeza dejara de girar. Sabía que no estaba en pleno uso de mis facultades mentales, Sebastián me había contagiado su enfermedad; ambos vivíamos una vida que odiábamos, presos de demonios que no lográbamos liberar. Lo intenté con todas mis fuerzas durante muchísimo tiempo, convenciéndome a mí misma de que había avanzado y era capaz de superarlo todo, pero cuando me encontré de frente con mi mayor miedo no fui capaz de ganar. Me di por vencida.

Renuncié a la vida. Renuncié a sufrir, a llorar en silencio, a jadear en busca de algún soplo de aire que me revitalizara. Acabé con mis mentiras y con mis intentos de ser feliz cuando no estaba destinado que fuera así. Sabía que morir era la salida fácil pero, ¿no merecía un poco de paz? ¿Debía permanecer en la tierra siendo miserable para demostrarles a los demás mi valentía mientras ellos eran felices y no se preocupaban por lo que sufría?

Curioso era cómo la voluntad es empujada al punto donde ya no importa la sociedad, ni tus amigos ni tu familia. Solo importa el dolor sordo que entumece el cuerpo y el vacío en el pecho donde se arremolinan los sentimientos adversos.

No pretendía que nadie lo entendiera. Sabía que los asuntos del corazón solo podían ser juzgados por quien los había padecido. Opiniones externas solo eran críticas basadas en partes de la historia, ni siquiera eran conscientes de lo fundamental en toda ella: cómo me sentía. Qué experimenté al ser humillada, cómo me encontraba cuando él se marchó, y cómo me caía a pedazos en ese momento. Si quienes me juzgaban solo se imaginaban todo eso pero no lo habían atravesado, ¿por qué, incluso, debía tomar en cuenta su opinión? Al tener la posibilidad, dudo que eligieran vivir mi vida. Entonces, ¿para qué preocuparse por palabras de quienes solo creían que sabían de lo

que hablaban?

La elección fue hecha. El arma estaba presionaba contra mi cabeza, un cúmulo de emociones que venía arrastrando desde hacía años representado en una pistola que marcaría el fin de mi paso en la tierra. Pero el destino decidió salvarme, ¿por qué, y por qué de aquella manera? Nunca lo sabría, pero estaría eternamente agradecida.

Un milisegundo, aquel fue el más importante en mi historia. Un milisegundo antes de que presionara el gatillo, la puerta de metal se abrió con un chirrido. Sabía que si hubiera sucedido solo fracciones de segundo después, no habría sobrevivido. Por eso tenía claro que fue la vida quien me regaló otra oportunidad.

La puerta se abrió, pero no fue aquello lo que llamó mi atención. Unos ladridos llenos de energía inundaron todo el espacio y mi corazón se tambaleó en el borde del que pendía. Un labrador de un año de edad entró corriendo a mi jaula, sacudiendo su cola y mostrando con orgullo su pelaje dorado.

Solté el arma, que cayó al suelo generando un estrépito significativo. Traian se lanzó y, en lugar de embestirme, la tomó en el último segundo. Todo en lo que podía centrarme era Félix corriendo con la fuerza de sus patitas hasta estrellarse contra mis piernas. Ladró con la alegría de verme después de dos días separados y mi garganta se cerró ante la emoción.

—Cariño —susurré con los ojos llenos de lágrimas—, ¿qué haces aquí? Dios mío —me incliné y lo tomé en mis brazos, abrazándolo contra mi pecho a pesar de lo inquieto que estaba—, pensé que no volvería a verte jamás. No sabes cuánto te extrañé. No sabes... —sollocé—. Félix, mi cachorro hermoso, no sabes lo mucho que deseé volver a tenerte en mis brazos.

—Angie —proclamó una voz femenina que terminó de partirme el corazón.

Subí la mirada y encontré el rostro con forma de corazón de mi mejor amiga. Sus ojos derramaban ríos de lágrimas y se abrazaba a sí misma al pie del último escalón. Todos giramos la cabeza al verla, pero ella solo se enfocaba en mí. Siguió las líneas de las cadenas y se cubrió la boca con horror cuando vio restos de sangre y el estado pálido y demacrado en el que me encontraba.

—Val. —Rompí a llorar otra vez.

—No puedo creer esto —sollozó ella. No recordaba la última vez que la escuché lamentarse con tal fuerza, como un cuchillo retorciéndose en mi corazón—. ¿Qué ha ocurrido contigo? He movido cada piedra del maldito planeta... No te encontraba y yo... yo... —balbuceaba—. Mírate, joder, mírate.

Creí que estabas muerta. —Gritó, su voz rompiéndose—: ¡Creí que encontraría tu cuerpo en una cuneta!

—No llores. —Sostuve a Félix con fuerza contra mí pero no pude acercarme a ella por culpa de las malditas cadenas, así que imprimí suavidad en mis palabras—: Estoy bien ahora que tú estás aquí. ¿Cómo me han encontrado?

Eso pareció sacarle de su trance. Miró al suelo con cólera, allí donde se encontraba Sebastián. Traian no había perdido el tiempo y mientras yo me reencontraba con los seres que amaba, él colocó a Sebastián boca abajo, llevó sus manos tras la espalda y le colocó unas esposas que sacó de la parte trasera de su pantalón. No sabía de dónde las había obtenido, así como tampoco tenía idea de por qué traía consigo un arma, pero era normal nunca tener claro nada relacionado con Traian.

Valerie dio dos pasos al frente cuando Traian arrastró a Sebastián hasta ponerlo en pie. Era incapaz de moverse sin hacer gestos por el dolor, con su nariz perdida bajo un lago de sangre y su rostro hinchado por los golpes. Había tanto de aquel líquido carmesí en ese cuarto que el olor a hierro quedaría por siempre impregnado en las paredes. Podía escuchar el canto de los grillos a través de la puerta abierta y el aire fresco del bosque se deshizo de la alta temperatura de la habitación.

Sin ser capaz de concentrarse en nada más, Valerie enfrentó al casi inconsciente Sebastián. Se veía tan iracunda que me preocupé por su corazón. Aún no podía creer que realmente fuera ella; parecían haber pasado años desde la última vez que la vi, y no quería perderla.

—Hijo de perra —le repitió a través de sus dientes tantas veces que perdí la cuenta. Luego, hizo con su mano un puño y lo golpeó en el estómago, haciendo que se inclinara hacia delante en busca de aire—. Maldito bastardo. Tuve que imaginarme desde el principio que el culpable eras tú, pedazo de escoria. No podías verla feliz, ¿verdad? —Aunque hablaba con furia, de sus ojos volvieron a salir lágrimas—. No podías verla recuperada y feliz porque tenías que reaparecer para arruinarlo todo. —Valerie alzó su puño y esta vez lo golpeó en la cara, haciendo que Sebastián cayera sobre Traian—. ¡Siempre tienes que hacerla miserable porque detestas la idea de sufrir tú solo!

—¡Policía, las manos arriba!

Me congelé en mi lugar. Félix seguía ladrando y agitándose entre mis brazos para lamerme, pero mi sorpresa tensó cada músculo de mi cuerpo. La puerta se había estrellado con fuerza contra la pared y cinco hombres

uniformados descendieron con rapidez hacia nuestro espacio. Vestían de negro de la cabeza a los pies, usando abultados chalecos antibalas y apuntándonos a todos.

—¡Manos arriba!

Traian soltó a Sebastián y dejó que cayera al suelo como si se tratara de un saco. Valerie retrocedió e hizo exactamente lo que los policías solicitaban. Dos de ellos los empujaron contra la pared más cercana y comenzaron a revisarlos, principalmente a Traian, quien tenía las manos manchadas y se encontraba cubierto de sangre.

Dejé a Félix en el suelo y levanté las manos lentamente a la altura de mi cabeza. Había tal conmoción de gritos y órdenes que me refugié en mi interior y anulé todo lo demás. Me fijé en el cuerpo de Sebastián, boca abajo y moribundo; lo encontré mirándome bajo el párpado lastimado. Permanecí concentrada en la manera en la que aspiraba el aire con ansiedad y luego hacía una mueca por el dolor.

Vislumbré los pedazos que Traian había dejado de él y me encontré sintiendo lástima. No podía acusarlo de ser un enfermo mental cuando había comprobado que yo lo era también. Hacía minutos había estado a punto de suicidarme y temía que aún fuera presa de delirios, pero había una certeza en mi corazón de que saldría adelante. La aparición de Félix y Valerie fue para mostrarme que aún me quedaban seres por los que luchar, incluyendo a mi madre; aparecieron en el momento que más los necesité, demostrando que su amor por mí era real.

En Sebastián había locura sin esperanza. Su mirada transmitía sentimientos de culpa y un dolor estremecedor. Sabía que en su mente las cosas tenían un significado diferente y vivía con poco contacto con la realidad, pero aquello no significaba que su sufrimiento no fuera verdadero. Estaba muriendo lentamente en ese momento, todo frente a mis ojos, y me sentía culpable. Si las cosas hubieran sido un poco diferentes... Pero no lo fueron, y aquel amor inocente se salió de nuestras manos.

Sus ojos dejaron caer dos lágrimas que se perdieron en el suelo. Aspiré una bocanada de aire y le ordené a mi corazón que se callara, que dejara de latir por él; era el chico incorrecto, lo sería siempre. ¿Por qué era tan difícil para mí comprenderlo? ¿Por qué nuestra conexión no podía desaparecer? Acabaría con todo aquello, moriría un cariño insano que nunca debió nacer. Pero era inútil, me dije cuando sentí que yo derramaba sus mismas dos lágrimas. Allí donde nos encontrábamos, destruyéndonos el uno al otro, de

alguna manera seguíamos amándonos. Era retorcido y enfermizo, castigador y masoquista, pero aquello era nuestro y lo sería siempre. Estábamos enterrados de tal manera el uno en el otro que desvincular nuestras almas sería perder una parte de ellas.

Los labios de Sebastián se movieron y pude entender claramente cuando dijo:

—Lo siento.

—Yo también lo siento.

—Siempre voy a amarte. Lo sabes, ¿verdad?

—Lo sé. —Dejé caer una última lágrima—. ¿Qué fui yo para ti?

—Todo cuanto me hizo feliz. ¿Qué fui yo para ti?

—Un recuerdo agridulce.

—Eres la criatura más hermosa que caminará por este planeta.

—Estás destrozándome.

—Mi ángel... Siempre quise saber si podías volar. —Intentó esbozar una sonrisa a través de su dolor, tan similar al chico jugueteón que fue antes—. ¿Me lo dirás ahora?

Aquello tomó mi corazón y lo hizo pedazos. Él se encontraba completamente lúcido, mirándome como lo había hecho en el pasado. Aquel momento estuvo cargado de un significado especial. Era la primera vez que hablábamos sin hacernos daño, la primera vez que nos encontré siendo un reflejo de lo que fuimos y deseábamos fervientemente volver a ser.

Decidí regalarle una diminuta sonrisa también.

—Nunca he podido volar, créeme.

—Eso es triste. Fue mi motivación para volverme tu amigo.

—Entonces lamento decepcionarte.

Su expresión se volvió seria cuando preguntó:

—¿Vas a recordarme?

Mi voz se encontraba rota en pedazos afilados.

—Lo haré siempre.

—¿Por qué nuestra vida acabó así?

Tragué un sollozo que quiso escapar de mi pecho. Dos policías tomaron a Sebastián del suelo y comenzaron a levantarlo, pero en ningún momento su mirada se despegó de la mía. Aguardaba con ansiedad mi respuesta, así que me encogí de hombros.

—No lo sé.

—Juntos habríamos sido felices.

Cerré los ojos y derramé más lágrimas, saboreando sus palabras a duras penas pronunciadas. Luego lo miré, dejándole entrever el dolor que me escocía por dentro.

—Fuiste mi primer amor.

—Tú serás siempre el amor de mi vida. Este no es el final, Ángela. —Los policías tiraron de él y lo arrastraron hacia la puerta, pero nunca alejó su mirada de la mía, mostrándome todo cuanto sentía—. Este no es el final porque nosotros nunca tendremos uno.

Se lo llevaron lejos de mí. Y pasaría un largo tiempo hasta que volviéramos a estar juntos.



El agente cortaba las cadenas con una máquina tan larga como su brazo, que producía un sonido liberador y agobiante en partes iguales. Me sentía desorientada, incapaz de creer que no fuera más que otra pesadilla. En la habitación solo nos encontrábamos el agente con la sierra, el detective que me atosigaba con preguntas que ignoraba y yo.

Estaba sentada en la cama con la vista fija en la puerta. Habían sacado a Traian y Val antes de que yo pudiera protestar, y cuando quisieron alejar a Félix de mí él intentó morder a uno de los agentes, así que se lo llevaron también. No escuchaba sus ladridos ni las palabras del detective frente a mí, solo el ruido constante y el tintineo cuando una a una fueron cayendo las cadenas y, posteriormente, las esposas.

—¿Cuánto tiempo lleva aquí? —insistió el detective, un hombre alto y corpulento con algunas canas.

Bajé la mirada y en silencio tracé las marcas de sangre que habían quedado en mis muñecas. Ni siquiera había asimilado del todo la idea de que estaba secuestrada; me era muy difícil concebir que ahora era libre.

—Dos días.

—¿Puede decirme cómo llegó aquí?

Tragué saliva, mirándolo por fin. El hombre lucía distante y apático, como si viera casos como el mío todos los días y ya no lo conmoviera.

—Quiero irme a casa.

—Necesito que responda a mis preguntas.

—Puedo responderlas mañana. —Aspiré aire con fuerza, dejándolo escapar mientras presionaba la mandíbula e intentaba contener mi carácter—. Llevo mucho tiempo sin alimentarme decentemente, detective. Dormí

encadenada, me duele todo el cuerpo.

—Lo entiendo, pero según el protocolo...

—Tienen al responsable —sentenció en voz grave, sintiendo mi pecho estrujarse con dolor—. Y yo me he orinado encima. Lléveme a mi maldito departamento ahora mismo.

El detective tensó todo su cuerpo, visiblemente molesto. Sabía que tenía razón en enfurecerse, pero yo tenía aún más derecho de estar de malhumor después de todo lo que había pasado. Solo quería llegar a casa, bañarme con agua hirviendo y esconderme bajo las sábanas hasta abrir los ojos y darme cuenta de que todo me lo había imaginado.

—Necesito que me acompañe al hospital para examinarla.

—Eso no es necesario.

—Es rutinario, señorita Báez. Necesitamos asegurarnos de que usted no ha sido violada.

Mi estómago se revolvió con náuseas y casi vomito sobre su uniforme. ¿Creía que habían abusado sexualmente de mí?

—No he sido violada.

—¿Cómo lo sabe? ¿Estuvo consciente en todo momento?

Mi corazón cayó y terminó de despedazarse. La manera en la que el hombre pronunció aquellas palabras sugirió que él conocía lo que sucedía en este tipo de casos mejor que yo. Inconscientemente bajé la mirada a mi vientre, con mi corazón acelerado ante el pánico. Había pasado horas sin conciencia a causa del golpe y Sebastián tuvo acceso a mí. ¿Podría haberlo hecho? ¿Fue capaz de abusar sexualmente de mi cuerpo inerte?

No lo sabía, antes no lo habría creído capaz pero ahora esperaba cualquier cosa. Las lágrimas en las esquinas de mis ojos pujaban por salir, pero las retuve mientras me repetía a mí misma que yo aún era virgen. No me sentía diferente ni adolorida, no había rastros de sangre entre mis piernas.

—Quiero ir a casa —repetí, esta vez con una voz casi inaudible, destruida ante la idea que ahora obsesionaba mi cabeza. Aquello tenía que acabar en algún momento, no era posible que las cosas solo siguieran empeorando aunque a él se lo hubieran llevado.

El detective inhaló lentamente varias veces, su uniforme oscuro subía y bajaba con control. Solo entonces encontró la tolerancia suficiente para negociar conmigo otra vez.

—Acompáñeme al hospital hoy —propuso—, luego la dejaré en casa. Cuando se recupere, vendrá a buscarme a la estación de policía.

—Lo acompañaré a la estación hoy si promete que no tendré que ir a ningún otro lugar —sugerí en cambio, apenas controlando la bilis ascendiendo por mi garganta.

Eso lo sorprendió, alzando sus cejas oscuras hasta el nacimiento de su cabello.

—¿Y el examen de laboratorio?

—No pienso hacérmelo y usted no puede obligarme.

—¿Es consciente de lo que está diciendo? —alzó la voz, colérico. Comenzó a hacer aspavientos con los brazos—. ¡Algo así no puede pasarse por alto! Necesitamos el informe, porque si abusó sexualmente de usted lo sumaremos a los cargos que serán presentados ante el juzgado.

El agente que cortó las cadenas se había marchado en cuanto acabó, así que únicamente quedábamos el detective y yo. Bajé de la cama con piernas débiles y me tomé unos segundos para controlar el mareo antes de enderezarme. Di un par de pasos tentativos; miré mi ropa ensangrentada, sucia y destrozada antes de encarar al hombre.

—No he sido violada.

—Debe hacer frente a la realidad, señorita Báez. —Se detuvo y suspiró, pasándose las manos con frustración por el rostro—. Acompañeme al hospital, por favor. Usted no está en sus plenas facultades mentales ahora mismo.

—¿Disculpe? ¡No estoy loca!

—Por supuesto que no lo está —él suavizó su tono de voz—, pero una experiencia como la que ha vivido es traumática. Ahora mismo está confundida, cansada, aterrorizada... ¿o me equivoco? —Bajé la mirada con dolor, lo cual le dio la confirmación que necesitaba—. Mi trabajo es protegerla. Permítame hacerlo, sé lo que es mejor para usted.

Me rendí, inclinando la cabeza en sumisión. Sentí una lágrima deslizarse hasta caer en el suelo y un escalofrío me recorrió cuando di mi consentimiento a realizar aquella prueba. Me negaba porque temía que los resultados fueran afirmativos; afrontar una violación de parte de Sebastián sería mi ruina. Aquello me destrozaría de adentro hacia afuera, no me creía capaz de aceptarlo nunca. Me marcaría a fuego para siempre y arrancaría mi alma pedazo por pedazo hasta la eventual nada.

—¿Dónde están mis amigos? —susurré, sintiendo la mano del detective posarse en mi hombro y girarme hacia la puerta metálica entreabierta. Cuanto más nos acercábamos, mejor podía escuchar las voces de hombres gritando órdenes afuera.

—Los he enviado a casa. —De pronto se enfureció—. Ellos se han colado en el operativo. Su amiga es una civil que pudo haber sido asesinada. Y trajo un perro consigo, por el amor de Dios. ¿Qué tenía en la cabeza?

—Ella solo quería salvarme.

—Ella quería morir y tuvo suerte de no hacerlo. Enviarla a casa en lugar de la cárcel fue muy considerado de mi parte. La próxima vez que interfiera en uno de mis rescates estará muerta o tras las rejas.

Me detuve de súbito antes de subir los escalones y cruzar la puerta. Alcé el rostro al hablar con el detective, lo que me recordó a una persona aún más alta que me había salvado la vida.

—¿Y Traian?

Eso, si era posible, lo encolerizó.

—Vasil, hijo de perra —ladró, sorprendiéndome ante su elección de palabras—. Acaba de salir de la cárcel y ya anda con un arma por ahí buscando que yo vuelva a ponerle las manos encima. —Exhaló lentamente, tranquilizándose—. Lo he enviado a casa también. Tuvo suerte de portar consigo el permiso para esa Glock, sino estaría durmiendo en la estación un año.

—Quiero verlos —manifesté con ansiedad. Necesitaba los brazos de Valerie sosteniéndome y su voz diciéndome que todo estaba bien. Ella era mi roca en medio de toda tempestad, sabía que mi corazón se tranquilizaría cuando estuviera a su lado.

Y Traian... No tenía idea de nada, al principio lo creí muerto y luego resultó que no era así. Mi vida se había vuelto tan confusa que desconocía la historia completa de la mayoría de las cosas, pero tenía muy claro que necesitaba hablar con él. Desconocía sobre qué, o cuál era la razón de mi ansiedad por ver sus ojos de nuevo, pero anhelaba tenerlo frente a mí.

—Cuanto más rápido me acompañe al hospital —dijo el detective, dando un paso hacia la puerta—, más rápido estará en casa con ellos.

Salí de allí con toda la velocidad que mi cuerpo me permitía, sin darle una última mirada a aquel funesto lugar. Sabía que lo recorrería repetidas veces en mis pesadillas.



—Negativo —anunció el doctor.

Salí de la habitación mecánicamente. Los labios del detective se movían pero en mi cabeza rebotaba la palabra que tanto alivio le había conferido a mi

alma.

La prueba resultó negativa, yo estaba intacta.

Quise lanzarme al pasillo de aquel hospital y llorar mientras daba las gracias. Había estado tan tensa y devastada ante la idea de que él hubiera robado otra parte de mí misma, además de las que voluntariamente yo le ofrecí en el pasado, que al saber que no había sido violada mis piernas casi cedieron y por poco no caí al suelo.

Abrí las puertas dobles del hospital con un empujón y miré el cielo gris. Eran las cuatro de la mañana cuando por fin respiré la entera libertad. Mis articulaciones dolían y mi estómago ardía con desesperación, pero yo estaba viva. Agradecía estar respirando el aire frío y húmedo de la madrugada. El olor del bosque traería a mi mente un horrible recuerdo por siempre, lo cual lamentaba, y en aquel momento todo lo que deseé fue bajar las escaleras del hospital, montarme en alguno de los autos del estacionamiento y conducir hasta el punto donde el sol se fundía con el horizonte.

—Gracias —dije desde el fondo de mi corazón, mirando al detective por el rabillo del ojo. No quería apartar la mirada del cielo después de lo que parecieron años sin verlo.

—¿Por qué? —arqueó una ceja luego de parar tu diatriba sobre temas legales, a la cual nunca presté atención.

—Por insistir para que me hiciera el examen. Si no lo hubiera hecho, habría vivido preguntándome si fui abusada esa noche o no. Gracias. —Miré el papel que el hombre sujetaba con fuerza en las manos—. Sé que no fue solo porque necesitaba el informe.

Respondió algo fuera del tema, sorprendiéndome:

—Su amiga, la señorita Valerie Siena, denunció su desaparición la misma noche en la que Sebastián la secuestró. No quise aceptar el caso sin haber pasado antes cuarenta y ocho horas... pero ella no dejaba de insistir. Entonces, Vasil apareció.

—¿Traian?

Asintió, solemne.

—Llegó con Valerie a la estación a las dos de la mañana. Armaron tal escándalo que los guardias de aquel turno me llamaron y acudí. Yo... creía fervientemente que usted había escapado con ese tal Sebastián. Vasil y Valerie creían que usted había sido secuestrada por él, pero yo lo dejé pasar. Si por mí fuera, hasta el día de hoy comenzaríamos su búsqueda.

—¿Qué fue lo que hizo que cambiara de opinión?

—Traian consiguió la cinta de las cámaras de seguridad de su edificio de apartamentos. Me la arrojó en la cara —bufó el detective—, insistió hasta que vi el vídeo. Allí estaban usted y el extraño. Fuera quien fuese, la estaban secuestrando. Solo entonces acepté poner el operativo en marcha, pero... Señorita Báez, me siento responsable. Si sus amigos no hubieran hecho algo, ¿seguiría usted viva en este momento?

Miré mis zapatos blancos de enfermería, que ahora estaban cubiertos de sangre desconocida, tierra y suciedad por todas partes. Ansiaba darme una ducha y restregar mi cuerpo con una esponja de acero que borrara todos los recuerdos. Tomé mi preciado tiempo antes de clavar la mirada vacía en los ojos del detective y contestar lo que yo tanto temía:

—Sin ellos, creo que ahora mismo no estaría viva.

—La llevaré a casa, señorita Báez —fue su respuesta en tono profesional—. Usted está segura ahora. Solo recuerde ir a la estación a más tardar esta noche para rendir su declaración.

Asentí. Bajamos los escalones y nos acercamos a la patrulla policial en la que habíamos llegado. Cuando tomé la manija para abrir la puerta, posé la mirada en el hombre corpulento de andares sinuosos que se dirigía directamente hacia mí desde el otro extremo del estacionamiento. Recorrí su cuerpo con la mirada y solté la puerta. Desconocía por qué reaccionaba de aquella manera tan juvenil, pero me admití a mí misma que mi respiración se aceleró y, por un diminuto momento, el resto de mis problemas desapareció.

Traian tenía la nariz morada e inflamada, sus mejillas seguían hundidas y continuaba viéndose más delgado de lo que es saludable, con su profusa barba descuidada y el cabello más largo de lo que lo que llevaba antes. Me negaba a creer que se encontrara más alto aún, pero esa era la impresión que daba. Su cuerpo había crecido a lo largo y a lo ancho, tan sólido como un luchador. Sabía que sus años en la cárcel eran los causantes de su apariencia maltratada, pues bajo todo aquello podía adivinar la fuerza de sus brazos y el brillo de su mirada.

—Ángela —exhaló cuando se detuvo a un solo paso de distancia.

Me controlé a mí misma, ascendí lentamente por su cuerpo hasta echar la cabeza hacia atrás y clavar mis ojos en los suyos. Deseaba colocarme de puntillas y asegurarme personalmente de que nada en su color gris había cambiado, pero no teníamos aquel nivel de confianza. Yo lo había tratado como mi paciente y él de alguna manera se había enterado de mi situación y había acudido en mi rescate. No éramos más que una coincidencia confusa que

seguía repitiéndose a lo largo de la vida, como si mirarnos fuera la descarga de energía que el universo necesitaba.

—Traian —la flaqueza en mi voz no tenía nada que ver con mi estado físico.

—Vasil —escuché la voz dura del detective a mi lado, pero no pudimos dejar de mirarnos.

—Detective —le respondió, recorriendo con sus ojos los moretones en mi rostro pálido. Se enfureció pero no comentó nada al respecto.

—Estoy muy seguro de haberte enviado a casa con una advertencia.

—Vine a recoger a Ángela —respondió con convicción, como si nada lo que pasara en ese momento pudiera impedirselo.

—Yo la llevaré a casa.

Traian finalmente alejó su mirada de la mía y observó al hombre. Me sentía mareada por la manera abrupta en la que cortó nuestra conexión, así que me apoyé en la patrulla. Lo observé dar un paso más cerca del detective y erguirse en toda su antinatural estatura para intimidarle.

—Ya estoy aquí. ¿Por qué no facilita esto y nos vamos todos a descansar un poco? Han sido días de mierda y usted lo sabe.

—Pero la señorita Báez...

—La estoy asumiendo como mi responsabilidad a partir de este momento. No se preocupe.

Traian giró y se acercó a mí antes de que el otro hombre pudiera seguir replicando. Me sorprendió cuando se inclinó y me tomó en brazos, acunándome contra su pecho. Solté un jadeo sorprendido y enterré mis dedos en su camiseta de algodón gris. Nos alejó de la patrulla con gigantescas zancadas y en cuestión de segundos el detective, sorprendido, fue solo una diminuta figura sobre su hombro.

—Puedo caminar.

—Pero no es necesario.

—¡Apesto! —Supliqué, avergonzada hasta un punto indescriptible—: Por favor, bájame. Puedo caminar hasta el auto.

—No me interesa cómo te ves o cómo huelas. Estás viva, maldición.

—Traian... Necesitamos hablar.

Miré su cuello. La piel se movió cuando tragó con fuerza y apretó la mandíbula, seguidamente asintió. Él seguía siendo tan frío como yo lo recordaba, su cuerpo no irradiaba tanto calor como los demás; lo más curioso era que la calidez sí me invadía cuando me encontraba a su lado.

—Hablaemos en cuanto te recuperes.

—Estoy bien —insistí, espabilándome ante la idea de obtener algunas respuestas—. Tú estabas en coma hace unos días. ¡No deberías cargarme! ¡Bájame! ¿Cómo puedes siquiera permanecer en pie? Y tu nariz...

—¿Cómo cuidarás a tus pacientes si no te preocupas por ti misma? Deja de preocuparte por mí —gruñó—. Odio que pienses en mí antes que en ti misma. Debemos cuidarte.

—¿Por qué? ¿Por qué tú eres el macho fuerte y yo la damisela frágil?

—Porque has sido maltratada —endulzó su tono de voz al ver que mis nervios se crispaban. Me acurrucó más contra su pecho—. Porque intentaste suicidarte frente a mis ojos. Porque no estás sana física o emocionalmente, y como me salvaste la vida, ahora es mi turno de proteger la tuya.

—No me debes nada —lo rechacé, pues odiaba que estuviera a mi lado solo porque sentía que me debía algo—. Tú y yo estamos a mano por cuanto me ayudaste en el pasado. No necesitas protegerme más.

Sostuvo todo mi peso en un solo brazo mientras abría la puerta de su auto, luego me colocó dentro con gentileza. Yo era incapaz de abandonar sus ojos, deseosa de encontrar algún cambio en ellos cuando me respondiera. Lo cierto era que no me debía nada y yo lo estaba motivando a alejarse de mí, pero algo en mi interior suplicaba que se quedara. Quizá nunca descubriría la razón, pero la seguridad que encontré en sus brazos podría ser una pista.

—¿Crees en el destino, Ángela? —preguntó de pronto, viéndose completamente serio. Estaba en una posición incómoda con la mitad de su cuerpo dentro del auto mientras me colocaba el cinturón de seguridad, tan cerca que solo una corriente de aire helado nos separaba.

—¿Esa es otra de tus frases para conquistar?

Aquella referencia a una de nuestras conversaciones del pasado me hizo ganar una sonrisa de medio lado. Mi corazón se detuvo y cualquier cosa sobre la superficie del planeta perdió intensidad. Traian le robaba la esencia a todo.

—No, en lo absoluto. Los hombres en la cárcel no apreciaban mi lado romántico.

—Oh. —¿Él hacía chistes al respecto? Me incomodé, sin saber si reír o preguntarle sobre su estadía en aquel lugar. Decidí simplemente responder a su pregunta inicial—: Sí, creo en el destino. No estoy de acuerdo con él la mayoría del tiempo, pero creo.

—Entonces acepta esto. Tú y yo no somos una casualidad. —Acercó su boca a la mía, clavando su mirada tormentosa en mis labios—. ¿Por qué

intentas alejarnos?

—Esto no funcionará —le informé con voz aguada, provocada por mis nervios haciendo catarsis dentro de mi cuerpo y las emociones volando como destellos por todas partes.

—Ni siquiera lo hemos intentado. —Volvió a sonreír de medio lado—. Eres la última chica que vi y la primera luego de seis años. ¿Eso no te dice algo?

—Que la vida es una perra.

—¿Además de eso?

—Que nosotros tenemos algo pendiente —le concedí.

—Sí —aceptó, alejándose por fin de mi espacio personal—, tú y yo tenemos un asunto pendiente, amor, y estoy decidido a averiguar qué es.

Traian me despertó posando su mano en mi mejilla y acariciando mi rostro con su pulgar.

—Despierta —repitió sin cesar, nunca cambiando la voz de un tono cálido.

Abrí los ojos sin recordar en qué momento quedé dormida; lo último que escuché debió ser su declaración de averiguar qué era lo que había entre nosotros, pero mi cabeza se encontraba tan obnubilada por el sueño que me prometí analizar todo más tarde. Lo único que deseaba al bajar del automóvil era una cama y cinco frascos de somníferos.

No me sorprendí cuando me tomó en sus brazos en cuanto puse los pies en la tierra. Estaba demasiado exhausta para seguir rechazándolo, así que abracé con fuerza su torso y dije con voz ronca:

—Estoy hecha un asco, tengo suciedad por todas partes.

—Lo noté.

—Y apesto, demasiado.

—Podríamos hacer una competencia —dijo, encaminándose hacia el ascensor de mi edificio de apartamentos como si hubiera estado allí cien veces antes—. Los dos pasaremos una semana sin ducharnos y el que huela peor cocinará la cena un mes.

Contra todo pronóstico, reí. Fue tan inesperado que me cubrí los labios con la mano e intenté controlarme. ¿Cómo podía mantener algo de humor en mi interior después de todo lo que había experimentado?

—Tengo la impresión de que seguirías oliendo igual de bien.

—Lo dudo mucho. —Presionó el botón del ascensor—. Cuando estuve en la cárcel no pasé un solo día sin ducharme, y aun así mi celda apestaba como

un chiquero.

Para evitar profundizar en el tema de su estadía en prisión, porque yo era una cobarde y hablar de ello me haría verlo de una manera menos noble, dije:

—Un cerdito.

—¿Disculpa?

Reí otra vez al ver su expresión confusa.

—Eres un cerdito, y yo también. Los dos apestamos ahora que me has cargado tan cerca de ti.

Eso hizo que una magnífica sonrisa alzara las comisuras de sus labios hasta mostrar una hilera perfecta de dientes y aquellos hoyuelos que solo vi dos veces en el pasado. Aguanté la respiración.

—Somos cerditos, entonces —aceptó—. Tú eres uno muy adorable.

Entramos en el ascensor sin poder borrar una diminuta sonrisa de mi rostro y una brillante del suyo. Por un momento me encontré en blanco, repitiendo sus palabras en mi cabeza. Los problemas quedaron relegados mientras el ascensor subía, y ni siquiera me importó cuestionarle cómo sabía dónde vivía; la manera en la que Traian me miraba conseguía envolver mi cerebro en un manto color plata.

Antes de que pudiéramos dar un paso fuera del ascensor, la puerta de mi apartamento se abrió con fuerza y Valerie, con su rímel corrido en las mejillas y los ojos rojos, soltó un descorazonador sollozo. Inmediatamente salté fuera de los brazos de Traian y corrí hasta fundirme en los de ella. Ambas caímos sentadas dentro del apartamento pero no nos importó. Comenzamos a llorar con fuerza mientras nos sosteníamos la una a la otra para recordarnos que estábamos vivas.

—Perdóname —gimoteó.

—¿Qué? —balbuceé, incapaz de observar su rostro a través de mis lágrimas—. ¿Por qué?

—Por no encontrarte antes. Él te hizo daño y yo... tuve que estar allí.

—¡No! Val... Val, te amo. Nunca, ni por un segundo, pensaría que tuviste algo de culpa en lo que sucedió. Pensé en ti demasiado, sabía que estarías buscándome... —Sollocé, tomando su rostro con mis manos—. Eres mi persona favorita en el mundo, ¿escuchaste? Gracias por buscarme. Gracias por no descansar hasta que diste conmigo.

—Yo también te amo. —Se lanzó a mis brazos y volvió a abrazarme—. Quiero matarlo. Quiero tomar su cuerpo y despedazarlo miembro por miembro hasta...

—Silencio. Eso no va a pasar. Él está en la cárcel —le informé, tragando con dificultad—. Será juzgado en unos meses. El detective dice que no habrá forma en que quede libre. Esto ha acabado.

—Señoritas —ambas nos detuvimos al escuchar el timbre profundo de la voz de Traian—, arriba. Ángela necesita darse un baño y descansar. Después de eso podrán continuar con su charla.

—No quiero soltarla —susurró Valerie, tan rota que una parte de mí deseaba que nunca se hubiese enterado de nada.

Sin embargo me puse en pie con dificultad y la ayude a reincorporarse. Traian cerró la puerta de entrada y nos hizo un gesto para que nos dirigiéramos al sofá. Me sorprendí cuando, en lugar de sentarse con nosotras, se metió por el pasillo que daba al baño. Escuché cómo abría y cerraba gabinetes.

—¿Por qué es tan atrevido?

Val no pudo evitar alzar su ceja con picardía luego de limpiarse el rímel corrido junto con las lágrimas.

—Lleva aquí desde la medianoche del martes.

—¿Qué día es hoy?

—Jueves —exhaló—. El martes y el miércoles fueron los días más infernales que he pasado en mi vida.

—Créeme, para mí también lo fueron.

—Hablo en serio, Ángela. —Tomó aliento, cuadrando sus hombros. Casi parecía la chica ruda y extrovertida que habituaba ser—. Fui a buscarte a la azotea pero no estabas. Te esperé un par de horas, dejaste tu teléfono en el apartamento. Cerca de las diez treinta yo estaba desesperada y llamé a la policía. —Presionó las manos en puños sobre sus muslos—. Ese detective hijo de puta no quería comenzar a buscarte.

—No habían pasado cuarenta y ocho horas.

—No me importa una mierda. Estaba a punto de ir a incendiar la estación cuando Traian apareció en la puerta. —Casi sonrió al ver mi rostro pasmado—. Sí, esa misma fue mi reacción, imagínate la cara que hice cuando vi a un hombre del tamaño de un elefante preguntándome por ti. Casi salí corriendo a buscar el gas pimienta.

—¿Cómo llegó Traian aquí?

—La mañana del martes, cuando fuiste a mi habitación, no estaba en coma —escuché la voz del susodicho desde algún punto detrás de mí, pero permanecí observando el rostro de Valerie porque mi cuerpo temblaba—. Fingí que dormía porque... joder, me sorprendí y realmente quería saber qué

tanto ibas a decir.

Sentí vergüenza. Mis mejillas se tiñeron de rojo mientras recordaba cuánto le supliqué a Traian que despertara; cuando tomé su mano y le dije lo mucho que me importaba aunque fuera un fantasma del pasado al que apenas conocí. Había hecho el ridículo de mí misma creyendo que no podía escucharme.

—Cuando te fuiste, inmediatamente entró ese bastardo a mi habitación. Me dijo todo tipo de basura psicótica y desconectó mi respirador. Yo no lo estaba usando desde que había despertado unas horas antes, pero de todas formas la alarma se activó y llegó Antonio, mi tío..., sé que ya lo conoces.

—Lo hago —mascullé a través de mis dientes, recordando cuántas cosas horribles le dije al dejarme llevar por el pesimismo.

—Conversé con Antonio hasta que me dio de alta.

—Eso no es cierto. —Valerie se levantó, señalándolo con su dedo—. Lo empujaste contra la pared y amenazaste con hacerle tragar sus...

—El punto es —interrumpió Traian— que salí del hospital ese mismo día. Fui a mi vieja casa, me duché, me cambié de ropa y regresé al hospital. No estabas allí.

Me levanté del sofá y giré, por fin mirándolo. Se encontraba apoyado contra la pared e inclinaba su cabeza a un lado, estudiándome. Era una inspección tan intensa que seguí hablando mientras clavaba los pies en la alfombra.

—Verte me dejó mal. Necesitaba dar un paseo y... pensar —confesé.

Traian se enderezó como si aquello hubiera llamado su atención. Me preocupé de que malinterpretara mis palabras, así que me aclaré la garganta y le pedí abruptamente que siguiera con lo que me estaba contando.

—En el hospital se negaron a darme tu dirección —lucía irritado— y Antonio tampoco la sabía. Tuve que hablar con muchas personas hasta que encontré a un viejo amigo que localizó la residencia de Valerie. Vine aquí esperando encontrarte con ella, fue entonces cuando me enteré de que estabas desaparecida —tensó cada músculo de su cuerpo con una fuerza aterradora.

—Traian tuvo la idea de revisar las cintas de la cámara —informó Val—. Cuando vi cómo te llevaban, yo... yo... Me sentí morir. Angie...

Me acerqué y la abracé. Acaricié su espalda mientras sus sollozos sacudían mi pecho y sus lágrimas empapaban mi ropa. Me concentré en Traian y la manera en la que sus ojos se suavizaron al vernos juntas. Continuó:

—Conseguimos que el detective comenzara a buscarte. No había ni un maldito rastro... Recorrí toda la ciudad. Era como si te hubiera tragado la

tierra. —Tragó saliva con fuerza, mostrándome sus puños—: El miércoles por la noche comencé a darme por vencido, creí que estarías... —No pudo decirlo, maldiciendo y pasándose las manos por su cabello.

—¿Y qué sucedió?

—¿No lo sabes? —Val sacó su cabeza de mi pecho y me miró con confusión. Sequé las lágrimas de sus mejillas y negué con la cabeza—. Sebastián...

—¿Qué? —Mi estómago cayó en picada.

—El infeliz llamó a la estación de policía. Dijo que te tenía.

—Eso no puede ser cierto. ¿Por qué lo haría? ¿Se entregó?

—No —vociferó el ojigris—. Llamó y habló con el detective, le dijo que estabas con él desde la noche anterior, pero no se entregó. —Traian clavó su mirada en el suelo. Su mandíbula se movía a causa de la fuerza con la que rechinaban sus dientes—. Dijo que esperaría a que te despertaras y hablaría contigo. Si te negabas a quedarte con él, entonces volvería a llamar y daría tu ubicación para que fuéramos a buscarte.

—No puedo creerlo.

En esa ocasión fue mi mejor amiga la que me consoló, sentándome otra vez en el sillón y tomando mi mano entre las suyas. Mi boca estaba muy abierta producto de la impresión. Nunca pude imaginar que Sebastián llamara a las autoridades en un intento por dejarme en libertad si así lo deseaba yo. Recuerdo cuántas veces se lo supliqué y cuán destrozado lucía ante la idea de permitirme alejarme. Entonces, ¿qué cambió?

Allí fue cuando recordé el golpe. Quedé inconsciente por Dios sabrá cuánto tiempo y al despertar él lucía hecho pedazos. Sostenía un teléfono entre sus manos como si se debatiera qué hacer con él. Recuerdo que me pidió perdón muchas veces y dijo que aquella no era la manera en la que deseaba amarme, pero también dijo que cambiaría si me quedaba. ¿Me estaba dando la opción de dejarme ir? No lo parecía. Lucía trastornado, por momentos decía cosas que me hacían pensar que iba a liberarme pero la mayoría del tiempo se volvía fiero cuando le suplicaba.

Sabía que era muy cambiante a causa de su daño psicológico. Tal vez, producto de la culpa que sintió al golpearme, tuvo un lapsus de lucidez en el que llamó a la policía, pues los primeros minutos al despertar lo noté retraído y muy arrepentido, pero conforme yo me recuperaba y comenzábamos a hablar, algo volvió a fallar en su cabeza y el secuestrador irracional ocupó otra vez su lugar.

—Entonces —susurré, mirando la sangre en mis manos—, ¿cómo me encontraron?

—La policía rastreó su llamada —dijo Traian con satisfacción llameando en sus ojos—. Nosotros estábamos allí cuando sucedió. Escuché la localización y salté en mi auto. Yo solo... necesitaba encontrarte.

Nos miramos fijamente. Chispas de electricidad comenzaron a saltar y mi estómago se llenó de nervios y emociones contradictorias: alegría, dolor, tristeza y satisfacción. No sabía qué era lo que nos decíamos al mirarnos en silencio de aquella manera, solo reconocía que fuera cual fuese nuestra conversación, mi corazón se aceleraba como si estuviera hablándome.

—Nunca encontraré la forma de agradecerles a ambos por haberme salvado —me obligué a apartar la mirada y me centré en Val—. Sin ustedes podría haber pasado años encadenada en aquel sótano.

—Y yo habría pasado años buscándote —me tomó de las manos—. Jamás dudes que movería cada piedra y cada árbol en el mundo si hay una diminuta esperanza de que estés allí.

—Te amo —repetí, abrazándola con fuerza y fundiéndome con su alma fiel y aventurera.

—Te amo más, hermana heterosexual.

—¡Joder! —grité, alejándome y mirándola con pánico—. ¿Y mamá?

Eso borró la sonrisa del rostro de mi amiga.

—Tuve que decírselo, Ángela. Al principio tenía la esperanza de que aparecieras y solo fuera un susto terrible, pero cuando el tiempo pasó y no encontraban rastros... La llamé anoche, antes de que Sebastián llamara a la comisaría. Decir que enloqueció sería poco. No pudo conseguir un autobús, pero estará aquí a eso de las diez de la mañana. Hablé con ella hace como una hora y le dije que apareciste, pero sigue oyéndose muy mal.

—Entiendo —suspiré, sintiendo más estrés acumularse en la parte trasera de mi cuello—. Hablaré con ella cuando esté aquí. No seré capaz de... —No logré acabar la frase y contuve las lágrimas ante la idea de contarle a mi cariñosa madre todo lo que Sebastián había hecho. Tendría que omitir muchos detalles; ella, a su edad, no merecía sufrir de esa manera.

—Creo que Ángela debería darse un baño y descansar antes de que llegue su madre —por un momento olvidé que Traian también se encontraba allí.

—De acuerdo. Esperen... ¿Y Camila? —Recordé todo lo que Sebastián me había dicho sobre su época de novios. Necesitaba hablar con ella y confrontarla, aunque eso no sería posible ahora mismo debido a mi estado.

—Tuvo un ataque de nervios. —Valerie lucía devastada ante el dolor de su novia—. Los somníferos no funcionaron. Antonio vino y le puso un sedante. En cuanto se despierte le diré que te hemos encontrado.

—Ángela —insistió Traian—, ¿baño?

—¿Tanto apesto? —gruñí, malhumorada.

Eso provocó una sonrisa de medio lado.

—Somos cerditos, ¿recuerdas?

—Sí —concordé, sintiendo mi interior ablandarse—, lo somos.

—Par de tórtolos, voy a vomitar.

—Calla, envidiosa.

—Traian —ella me ignoró, encarándolo—. ¿Te busco las almohadas y las mantas?

—No. —Él no dejó de mirarme mientras hablaba—. Ahora que Ángela está bien, supongo que no hay razón para dormir aquí.

—Puedes dormir en el sofá si quieres —me encontré respondiendo con timidez—. Sé lo cansado que debes estar. No manejes a tu casa en estas condiciones. Quédate.

—No quiero molestarte.

—No me molestas.

—¿Segura? —Sonrió, mordiendo su labio inferior y soltándolo lentamente en un gesto inconsciente.

—Muy segura —susurré.

La mirada de Valerie lucía entre divertida y fascinada, saltando de uno a otro como si estuviera contemplando un partido de ping pong.

—¿Comenzarán a follar en la sala?

—¡Valerie!

Levantó las manos con una descarada expresión de inocencia.

—No me molesta. Solo deberían avisarme para no dejar que el pobre Félix entre y los vea.

—¿Dónde está ahora, por cierto? —pregunté, haciéndome aire con la mano para bajar el bochorno que sentía ante la bocota de mi mejor amiga. Ahora todos éramos adultos, pero parecía que algunas cosas no cambiaban ni con el pasar de los años.

—Durmiendo con Camila. Ha estado muy nervioso y puse algunas gotas de relajante en su agua. —Abrí la boca a punto de gritar cuando me interrumpió —: Relájate, mamá gallina, me aseguré de que fueran seguras para él. Las necesitaba.

—Ángela, baño —Traian se irguió en toda su estatura y cruzó los brazos sobre su pecho de tal manera que las venas en ellos se remarcaran con fuerza —, ahora.

—A mí no me des órdenes —repliqué en son de broma, dirigiéndome a la ducha.

Al pasar frente a él, sentí un golpe como un latigazo. Valerie soltó un chillido y comenzó a desternillarse de la risa, sin tener consideración por los pobres vecinos. Giré con mi rostro en llamas, tan avergonzada que podría evaporarme en el acto. Traian sonreía con malicia después de haber utilizado la toalla blanca que tenía en las manos para hacer un torniquete y golpearme el trasero. Parecía tan satisfecho consigo mismo que quise borrarle la bonita expresión de la cara.

—Dije baño, ahora. Y no olvides tu toalla.



Sebastián y yo habíamos atrapado dos mariquitas en un frasco de vidrio y nos encontrábamos en la cocina de su casa mientras debatíamos sobre qué sería mejor utilizar para alimentarlas. Él insistía en que debíamos ponerles algún pedazo de fruta pero yo sabía que ellas comían cochinillas, pues papá me lo había enseñado meses atrás. Nuestra discusión se tornaba demasiado profunda para niños de nueve y diez años, así que decidí ponerle un punto final porque me aburría:

—Démosles ambas cosas y veamos qué comen.

Él me ayudaría a buscar cochinillas en el jardín. Nos encaminábamos hacia la puerta con el frasco en mis manos cuando la voz de Sofía, la madre de Sebastián, lo llamó desde la lavandería de la casa.

—¿Qué sucede, mamá? —gritó de regreso.

—Ve a la tienda y tráeme tortillas.

—¿Qué? ¿Ahora? ¡No! ¡Estamos a punto de hacer un experimento!

—Las necesito para el almuerzo.

—Ve —le dije yo—. La tienda está cruzando la calle. Regresarás pronto y averiguaremos qué comen las mariquitas.

—Pero... —Golpeó el suelo con su pie—. ¡No quiero ir!

Fue entonces cuando la puerta de una de las habitaciones se abrió y asomó la cabeza una chica hermosa. Tenía cabello oscuro y muy rizado; totalmente indomable, por lo que siempre lo llevaba suelto. Su piel era ligeramente más clara que la de Sebastián, del color del chocolate con leche. Sus ojos eran muy

grandes para su rostro, con largas pestañas, y era más alta que mi mejor amigo y yo.

Olivia era la hermana de Sebastián, casi tres años mayor que él, y aunque apenas salía de su habitación yo la consideraba mi amiga también.

Sebastián y yo llevábamos dos meses de ser amigos, así que había ido muy pocas veces a su casa y apenas había entablado conversación con su hermana, pero era muy amable. Mi mamá decía que Olivia estaba pasando por algo llamado «adolescencia» y que no le gustaba hablar con la gente, pero nunca me trató groseramente, solo no le gustaba jugar en el jardín con nosotros.

—Yo iré —dijo ella, como siempre, cuidando de su hermano.

Si había algo que Sebastián quería, Olivia lo buscaba. Tal vez no los conociera desde hacía mucho tiempo, pero ella le daba siempre la mitad de su comida y cuando no tenían dinero para llevar almuerzo, ella le daba el suyo antes de que Sebas se fuera a la escuela. Tener una hermana me parecía algo genial, yo realmente quería ser familia de alguien como ella. Era tan bonita que en su colegio debía ser muy popular.

—No, Olivia —gritó su madre—. Le dije a tu hermano que me hiciera el favor. Deja de consentirlo siempre. Tiene que aprender a ser obediente.

Olivia tomó el dinero de la mesa y la ignoró. Sebastián le regaló una sonrisa de dientes ligeramente torcidos.

—Iré rápido y dejaré las tortillas aquí —murmuró la joven—. Si pregunta, di que tú fuiste a comprarlas.

—¡Gracias, gracias! —gritó Sebastián, luego tomó mi mano y comenzó a tirar de mí hacia el jardín—. ¡Ven, Angie, vamos a buscar cochinillas!

Pero algo terrible sucedió. Cuando estábamos escarbando en la tierra, un vecino llegó corriendo hasta nosotros. No podía ser mucho mayor que Sebastián, pero su expresión se contrajo con tal horror que recuerdo el mal presentimiento que experimenté en el corazón.

—¡Sebas! ¡Sebas! ¡Atropellaron a tu hermana!

Olivia no sobrevivió, ni siquiera soportó hasta que llegaron los paramédicos. Su cuerpo quedó tendido a mitad de la calle con un charco de sangre roja debajo de él. Su vestido de flores estaba roto y su expresión quedó en blanco, mirado al cielo con la boca ligeramente abierta. Recuerdo que los vecinos habían hecho un círculo alrededor de la escena y la mamá de Sebastián lloraba a gritos mientras dos hombres la sostenían. Veía a muchas personas llorando y susurrando entre sí, sin prestarnos atención a los demás niños, y a lo lejos escuchaba el anuncio implacable de una sirena de

ambulancia.

—Sebas... —le llamé, posando una mano sobre su hombro.

Giró su rostro lentamente y me miró, temblando detrás de él. Sacudió su hombro y mi mano cayó con brusquedad. Se abrió paso a empujones entre el tumulto de personas que no hacía más que aumentar y corrió tapándose los oídos para no escuchar los lamentos y las súplicas de su madre. Corrí detrás de él mientras gritaba su nombre, pero siempre había sido mucho más rápido.

Unos segundos después se detuvo en seco y choqué contra su espalda, cayendo sentada al suelo. Me miró desde arriba con lágrimas en sus ojos y no se ofreció a ayudarme como lo hacía siempre. Esa fue la primera vez en la que un pedacito de mi corazón se cayó y fue entregado a él. Nunca olvidaría la desolación y la culpa que había en su mirada.

—Olivia no debió morir. Ese debí ser yo.

—¡Sebas, no!

—No volveremos a hablar de esto, Ángela. Nunca, ¿escuchaste? Jamás. Si mencionas su nombre otra vez, o si me haces recordarla, dejaré de ser tu amigo para siempre. ¡Para siempre!

Asentí repetidamente con la cabeza, asustada. Él se alejó corriendo. Y después del funeral, no volví a verlo durante una semana.



Por primera vez en mi vida soñé con la muerte de la hermana mayor de Sebastián, un acontecimiento que había bloqueado de mi mente desde los nueve años. Y aún así me desperté llorando con toda la angustia que recuerdo haber sentido en el pasado. Encendí la lámpara de noche y me di cuenta de que apenas habían pasado dos horas desde que había cerrado los ojos.

La puerta de mi habitación se abrió sin miramientos y la silueta de Traian apareció contra luz. Tuve un momento para darme cuenta de que se encontraba vistiendo únicamente unos bóxer del color de sus ojos antes de que cerrara tras de sí y se acercara, sentándose en la cama sin despegar sus ojos preocupados de los míos.

Acercó su pulgar y limpió una lágrima bajo mi mejilla.

—¿Pesadilla? —Asentí, abrumada por el peso de aquel recuerdo—. ¿Quieres decirme qué soñaste?

—Prometí que nunca hablaría de ello. No es mi historia para contar.

Traian lo aceptó, sin forzarme a hablar. Ascendió por la cama hasta que apoyó su espalda contra el cabezal. Un líquido cálido nació en el centro de mi

pecho y se expandió por todo mi cuerpo cuando tiró de mí y me acurrucó contra su costado, acariciando mi antebrazo con círculos suaves de su mano. Suspiré y acepté los latidos de mi corazón, acepté los nervios y la emoción que aquella situación me producía como si fueran un efecto colateral del sueño desgarrador que tuve instantes antes.

—Tienes demasiada confianza en ti mismo —dije después de un rato de absoluto silencio, sintiendo la piel fría de su pecho ascender y descender bajo la palma de mi mano.

—¿A qué te refieres?

—Mírate nada más. ¿Dónde está tu ropa?

—La he puesto en la lavadora, espero que no te moleste.

—A mí no, pero a mis compañeras podría incomodarles.

—Lo lamento —dijo de corazón—. Me cubriré.

—Gracias —suspiré, acercándome más a él. Cerré mis ojos y saboreé la amnesia temporal que la cercanía de Traian siempre me proporcionaba.

—Ángela —murmuró tiempo después—, tener pesadillas y llorar por alguien a quien perdiste no te hace débil. Débil es quien finge insensibilidad y no acepta la pena porque no es lo suficientemente fuerte para soportarla.

—¿Tienes pesadillas sobre Romance? —pregunté, haciendo círculos con mi dedo sobre su pecho desnudo.

—De vez en cuando —asintió, mirando a la nada—. Cuanto más la extraño, más aparece en mis sueños.

—El tiempo no hace que dejemos de quererlos o de extrañarlos. Sueño con mi papá a veces, pero son siempre sueños buenos. Lo amaba demasiado. Supongo que si la amabas, deben ser buenos sueños también.

—Muchísimo.

—¿Cómo la perdiste?

—Preferiría no hablar de ello, al menos por ahora.

Asentí, tragándome mi curiosidad y la punzada de celos que sentí ante la perspectiva de que la hubiera amado tanto.

—¿Ella fue tu primer amor?

—¿Disculpa?

—¿Romance fue tu primer amor, fue el amor de tu vida o fue ambas?

Miré sus hermosas facciones que se dividieron con una sonrisa dolorosa. Bajó sus ojos hacia mí; me sorprendió depositando un tierno beso en la coronilla de mi cabeza y envolviéndonos a ambos con la manta antes de apagar la lámpara de mi mesita de noche.

—Romance era mi madre, pequeña —informó, abrazándome en la oscuridad—. Ahora descansa.

Capítulo 18

Desperté rodeada por unos brazos y una silueta estilizados. Me revolví, somnolienta, y enterré mi nariz en el pecho de aquella persona. Sus piernas se enredaban con las mías y me sujetaba con tal fuerza que para ir al baño tendría que separarnos con pinzas. Fue entonces cuando recordé que algunas horas antes yo había caído dormida entre los brazos de Traian y, con la esperanza de robar un vistazo de su hermoso rostro mientras aún dormía, abrí un ojo para espiarlo.

Fui sorprendida al ver labios de cereza y un cabello con reflejos color champaña. Aquello me espabiló inmediatamente y abrí ambos ojos por completo para darme cuenta de que era Valerie, y no Traian, quien me abrazaba en la cama. ¿Había imaginado todo lo acontecido horas antes? ¿Tan desesperada estaba por un poco de su atención? Mi mejor amiga se pegaba a mí como si deseara fundir nuestros cuerpos, así que tomó mucho esfuerzo separarme de ella y sentarme. Valerie era demasiado fuerte y al alejarme frunció el entrecejo.

Giré para mirar el reloj en mi mesita de noche y me encontré con otra sorpresa: Camila estaba sentada en el suelo junto a la cama, con un brazo estirado hacia mí, como si hubiera permanecido sosteniendo mi mano hasta caer dormida. Aquel gesto me hizo sonreír con dulzura, pensando en cuánto le dolerían la espalda y el cuello cuando despertara, a juzgar por el incómodo ángulo en el que descansaba su cabeza.

Mi sonrisa se borró al notar los círculos morados debajo de sus ojos. Todos los acontecimientos de los últimos días explotaron dentro de mi cabeza.

—Ustedes tres son encantadoras.

Reconocí las notas pecaminosas que solo su voz poseía y alcé la mirada para encontrar a Traian apoyado en la pared junto a la puerta, con los brazos cruzados sobre el pecho y una sonrisa tímida retozando en sus labios. Vestía la misma ropa que, entre mi bruma, creo haberle visto puesta el día anterior. Sus ojos parecían particularmente brillantes aquella mañana y al enfocarse en mí sentía cada vello de mi cuerpo erizarse.

—¿En qué momento se colaron en mi habitación? —pregunté, haciendo una mueca al notar mi voz ronca producto de las últimas horas.

—Hace como una hora y media. Me despertaron y me enviaron a la ducha para poder estar contigo.

Eso contrajo mi estómago con un sentimiento de amor puro. Posé la mirada

en la posición incómoda de Camila y en la forma en la que Valerie me sostuvo protectoramente al dormir, y me di cuenta de cuánto realmente me querían, como si todo el apoyo que me habían dado desde mucho antes no fuera un claro indicio de ello. Saber que quisieron velar mi descanso me hizo desear levantarlas y abrazarlas para siempre. No merecía unas amigas como ellas.

—¿Tienes hambre? —cuestionó Traian, descruzando los brazos y metiendo las manos en sus ajustados pantalones—. Son las nueve treinta de la mañana.

—¡Mi madre llegará en media hora!

—Lo sé —rascó su barbilla, pensativo—. He cocinado algo. Una vez más, disculpa el atrevimiento.

Salté de la cama, casi tropezando con Camila en el proceso. Me detuve frente a Traian y este posó inmediatamente sus ojos en mi cuerpo, lo cual me hizo consciente de mis pantalones extra grandes de One Direction y la blusa, vieja y manchada de pintura, que me coloqué antes de irme a dormir. Una sonrisa extraña se extendió por su rostro y sentí mis orejas calentarse por la vergüenza. ¿Por qué siempre que estaba cerca de él terminaba haciendo o diciendo alguna estupidez?

—Yo, uh, iré a ducharme. Mamá no debe tardar en venir.

—Claro, claro... —Caminé hasta la puerta y la abrí. Al encontrarme a su lado, mi cabeza apenas llegaba a la mitad de su pecho, haciéndome sentir ridículamente pequeña—. ¿Ángela?

—¿Sí?

—¿Puedo pedirte un favor? —Se frotó el cuello, luciendo nervioso por primera vez desde que nos conocimos. Aquello me inquietó tanto que me contuve para no saltar de mi propia piel.

—Te escucho.

—Perdona a Antonio. Él no tuvo la culpa de mi estadía en prisión. Yo merecía estar allí.

Aferré la perilla de la puerta con tal fuerza que mis manos perdieron el color.

—Fue su error, pero tú perdiste seis años de tu vida que nunca vas a recuperar.

—Ya estoy libre —insistió, dando un paso más cerca—. Elegí protegerlo, pero asesiné a un hombre. —Tensó tanto su rostro que pareció esculpido en mármol—. Merezco pasar mucho más que seis años en prisión. No debería estar afuera.

—No puedes hablar en serio.

—Maté a un hombre, bueno o malo, era humano. —Sus ojos perdieron el brillo que poseían minutos antes, opacados por un arrepentimiento tan profundo que me partió el corazón—. Fue un accidente pero..., joder, el arma se disparó estando en mi mano. Nunca voy a perdonármelo.

—No fue tu culpa.

—¿No lo fue? Según yo, tú eras la primera en desear que volviera a la cárcel. —Ante mi expresión atónita, cruzó los brazos sobre su pecho y me miró entornando los párpados—. No luzcas sorprendida, pequeña. He visto la mirada en tus ojos cada vez que menciono la prisión. Cambias el tema o te alejas de mí.

—No pretendas que acepte con facilidad algo como eso —mascullé, sintiendo una opresión extraña en mi pecho. ¿Culpa? ¿Enojo? No lo sabía—. Estuviste en prisión por asesinato. Oírte hablar de ello como si no importara me vuelve loca.

—Esa es mi manera de afrontarlo. Pasé cada día durante seis años deseando haber hecho algo diferente la noche en que salvé a Antonio y que aquel hombre no hubiera muerto. No sabía nada sobre él, pero me sentí menos humano cuando lo maté. Me siento menos digno ahora, y no tienes una maldita idea de cuán loco me estoy volviendo.

—¿Menos digno de qué?

—De ti —tragó con fuerza, esquivando mi mirada. Tomó la perilla de mi mano y abrió la puerta, marchándose y dejándome atónita.

Pasé varios segundos tratando de asimilar lo que había dicho. Luego, cuando comprendí que en Traian yacían sentimientos en conflicto, entre ellos muchísima culpa y autodesprecio, fue muy tarde. Quería rogarle que me perdonara por mirarlo como si fuera un inmundo asesino después de todo lo que había hecho para salvarme, dándome cuenta de que para él todo aquello debía ser extremadamente difícil de sobrellevar y mis juicios no hacían más que lastimarlo, pero cuando fui a la cocina y lo llamé por su nombre no apareció en ninguna parte.

Se fue de mi casa y esta vez no dejó una nota prometiéndome que volveríamos a vernos.



Mamá llevaba más de una hora llorando en mis brazos. Estaba muy preocupada por ella. Sabía que no había estado bien de la presión últimamente y el horror que debió experimentar pudo poner en peligro su vida. Odiaba

hacerla sufrir tanto, a su edad merecía vivir cómoda y sin altibajos emocionales. Su cabello, cada vez que la veía, parecía más lleno de canas, y en aquella ocasión lucía tan demacrada que perfectamente aparentó ser diez años mayor.

—No puedo creer lo que hizo. Él era mi niño —sollozaba.

La abracé, sintiendo el tejido de mi corazón desgarrarse también, pero extrañamente ya no me quedaban lágrimas para botar, solo un sentimiento de vacío desde que Traian se había marchado.

—Lo sé, él también era mi niño, mamá.

—Casi te pierdo. Oh Dios mío, Ángela.

—Tranquila. ¿Lo ves? Estoy aquí, por favor deja de llorar. Estoy preocupada por ti.

—Desde hace mucho tiempo no tengo a tu padre, no voy a permitir que te arranquen de mi lado.

—No me iré a ninguna parte. —La abracé con más fuerza, hundiendo mi nariz en su cuello y aspirando aquel aroma tan familiar, que me recordaba mi infancia, irónicamente—. Te amo tanto, mamá. Todo se ha acabado. Estaré bien.

—¡Por supuesto que estarás bien! No permitiré que nadie vuelva a tocarte.

—Somos dos —murmuró Valerie, observándonos con una ligera sonrisa desde el otro sillón.

—Tres —aclaró Cam, secándose una lágrima. No había tenido la oportunidad de charlar con ella después de que se despertara y comenzara a llorar sobre mí, pero hablaríamos en cuanto estuviéramos solas—. Angie, ¿qué te dijeron en el hospital?

Apreté los dientes con dureza pero me esforcé y logré que mi rostro siguiera impasible. Nunca en mi vida mencionaría la posibilidad que tuve de haber sido violada. Quedaría guardado para siempre entre las telarañas y las rocas negruzcas de mi corazón.

—Me realizaron diversos exámenes. Estoy bien, solo tengo una contusión en la cabeza y por precaución me pusieron algunos puntos —les conté, tocando la sutura en la parte trasera de mi cráneo—. Antes de salir del sótano, los policías fotografiaron la escena y mis golpes, así que esa parte de la investigación ha finalizado.

—¿Fuiste al Estatal? —Valerie se refería al hospital donde yo hacía mi labor de interna, trayéndome malos recuerdos a la cabeza.

—No, al Saint Lucy. Dios mío, ¿qué estarán pensando de mí en el Estatal y

en la universidad? —Me levanté inmediatamente—. Tengo que llamar.

—Cálmate. —Valerie me empujó por los hombros hasta sentarme junto a mamá otra vez—. He llamado yo misma. Eres consciente de que fuiste secuestrada, ¿verdad, nena? Tu vida está en pausa. Puedes retomarla en el momento que quieras, sin prisa.

Suspiré, sintiendo un enorme peso descender de mis hombros.

—Gracias, Val.

—Antonio ha estado llamando mucho para preguntar por ti —dijo Cam. Debieron conocerse cuando yo desaparecí—. También ha venido aquí con Traian. Salieron a buscarte juntos. Se alegró mucho cuando supo que te encontraron. Quiere saber cuándo puede venir a visitarte.

—Todo el mundo ha estado muy preocupado —concordó mi mejor amiga.

—Y no es para menos. —Mamá sorbió por la nariz—. ¿Cuándo es el juicio? —cuestionó, echándose hacia atrás y secándose los ojos con un pañuelo que ella misma bordó en su tiempo libre.

—En dos meses, más o menos. Sebastián permanecerá en la cárcel hasta entonces. —Me parecía increíble ser capaz de hablar de ello con tal facilidad, sin sentir nada más que un hueco en el pecho. Había llevado la insensibilidad emocional a un nuevo nivel.

—Iré contigo —informó con tanta autoridad que me devolví diez años atrás, cuando me exigía que limpiara mi cuarto aunque yo lo hiciera terriblemente mal.

—¿Segura que quieres verlo? Mamá... —suspiré, apretando su arrugada mano entre las mías—. No es fácil. Ha cambiado físicamente, pero sigue teniendo parte de la esencia del niño de antes. Verlo como es ahora va a lastimarte. —Lo sabía de primera mano. Había tomado mi corazón y lo había convertido en pedazos sangrantes.

—Estoy segura. Lo quise como a un hijo y su madre fue mi mejor amiga —carraspeó para ocultar el quiebre en su voz al recordar a Sofía—, pero te lastimó, Ángela, y tú eres mi vida. Vas por encima de todo el mundo, más allá de cuánto haya querido a Sebastián. Si te hizo daño, sea quien sea, voy a asegurarme de que pague.

—Siempre me ha gustado cómo piensa —le dijo Val a Cam, sonriendo con malicia.

—Ya veo el porqué —rió—. Me alegra que no supiera de mi comportamiento en el colegio.

—Oh, te habría dado unas nalgadas —juró mamá, sonriéndole a Camila—,

con un buen palo de madera.

—Por favor, no me dé ideas —dijo Valerie con perversión y Camila la golpeó entre risas.

El momento doloroso quedó en el pasado y mamá ya se había tranquilizado. Conseguí relajarme en el sofá y moví mi cuello en un intento por liberar toda la presión pero fue vano. Tenía la sospecha de que no me sentiría en paz hasta que pasáramos el juicio.

—Y bien, ¿dónde voy a dormir? —preguntó mi madre.

—¿Vas a quedarte?

—¡Por supuesto! No planeo alejarte de mi vista, al menos por unos días. He dejado mis maletas en la puerta.

—De acuerdo —sonreí con verdadero aprecio, mirando a las tres mujeres que más amaba en la vida—, supongo que puedo hacer espacio en mi habitación.

Valerie dejó de acunar a Camila contra su pecho y se encaminó hacia la cocina, soltando un silbido extenso.

—¡Joder!

—Valerie —riñó mamá—, cuida ese lenguaje tuyo. Que seas toda una mujer no significa que puedas hablar como camionera.

—Lo siento —rió. Me levanté y me acerqué a ella para buscar el desastre que debió captar su atención en la cocina—. ¿Quién hizo toda esta comida?

—Traian —respondí inmediatamente, recorriendo con una mirada consternada los diversos platos allí servidos—. Tiene un fetiche con las cocinas. Dijo que había cocinado algo pero lo olvidé... y honestamente no pensé que fuera tanto.

—Cocinó para un ejército —alabó la voz soprano de Camila—. Y huele realmente bien.

—¿Quién es Travis? —preguntó mamá detrás de nosotras, pero fingí no escuchar su pregunta.

—Recalentaré todo —anuncié—, vamos a desayunar.

—Ángela, ¿quién es Travis?

Valerie comenzó a desternillarse de la risa. Me tensé de los pies a la cabeza, rogando al cielo volverme invisible y desaparecer de la cocina. Mamá no iba a detenerse hasta extraerme toda la información.

—Se llama Traian —le respondió Val, sonriendo con descaro hacia la mujer detrás de mí—. Es el hombre vivo más atractivo de todo el planeta y resulta que está locamente enamorado de su hija.

—No lo está —espeté yo.

—Sí lo está.

—¡Que no!

—Oh Dios, para —las carcajadas de Valerie eran estridentes—, suenas como una niña de cinco años. Madura.

—Entonces no digas mentiras.

Ella dejó de reír pero mantuvo una ligera sonrisa en sus labios carnosos. Sabía que no auguraba nada bueno y por un momento deseé que mi mejor amiga fuera menos bocazas y dejara de hundirme más y más en las arenas movedizas frente a mi madre.

—¿Es mentira, Angie? —Alzó una ceja con insolencia, retándome a replicar—. Porque yo estoy segura de que todas aquí sabemos la verdad sobre lo que siente por ti.

—No, todas no. —Mi madre empujó a Valerie a un lado y se plantó frente a mí, entrecerrando sus conoedores ojos de una manera que me hizo encogerme mientras Cam y Valerie gozaban del espectáculo—. ¿Quién es Traian y por qué no sé nada sobre él?

—Yo tampoco es que sepa mucho sobre él, en mi defensa —bufé. Permaneció fulminándome con una mirada terca, así que resoplé como una adolescente y comencé a hablar—: Es un amigo de hace años. No lo conoces porque nunca fuimos cercanos, solo... hablamos un par de veces. —*¡Dormimos juntos en el sillón de tu sala, mamá! Incluso usó tu delantal*, no, definitivamente no iba a contarle aquello—. Pero el martes llegó a urgencias con un traumatismo craneoencefálico y lo salvé.

Su expresión cambió, mostrando verdadero asombro y algo que tocó una fibra sensible en mi corazón: lucía complacida. Sabía que ella me amaba muchísimo y se sintió orgullosa de mí cuando obtuve la beca universitaria, pero poner esa mirada de adoración en sus ojos era más de lo que mi corazón podía soportar. Me derretí en mi lugar, hinchando el pecho.

—Salvé su vida aunque acabó en coma. Cuando despertó quiso buscarme pero yo estaba desaparecida.

—Y desde entonces ha estado buscando a su hija en cada esquina de la ciudad —añadió Valerie, genuinamente emocionada—. Obligaba a los policías a trabajar más deprisa y no durmió ni un solo minuto hasta esta mañana, cuando él y An...

Salté sobre mi mejor amiga, pero Camila se me adelantó y con su mano cubrió la boca de Valerie, haciéndola producir sonidos ahogados. Camila

sonrió con tensión hacia mi madre y trató de desviar el tema. Mi corazón se detuvo ante el hecho de que Valerie casi le cuenta a mi madre de cincuenta años que su hija durmió con un hombre extraño justo después de haber sido secuestrada por uno conocido.

Fulminé a Val con la mirada y ella solo agrandó los ojos, fingiendo inocencia.

—El punto es que Traian es un amigo nuestro —ofreció Cam—, un gran hombre.

—Eso lo juzgaré yo cuando lo conozca —masculló mamá, sonando demasiado atemorizante para una pequeña mujer que vivía sola en una diminuta casa a varias horas de aquí—. Ángela, realmente espero que tú y Tadeo no comiencen una relación. Es demasiado pronto.

—No, mamá. Traian y yo apenas nos estamos conociendo. Además —añadí, sintiendo un escalofrío recorrerme y abrazándome a mí misma mientras mi voz se debilitaba—, no me creo capaz de amar a un hombre en este momento.

—Necesitas tiempo para sanar —asintió mi progenitora.

—Bueno, ¡veamos qué tenemos aquí! —Valerie prácticamente gritó, cambiando el tema radicalmente y salvando mi pellejo como hacía siempre, aunque en esta ocasión ella fue la causante del problema—. El Tadeo de Ángela nos cocinó huevos, salchichas... ¡Oh Dios —chilló emocionada, destapando otro de los platos cubiertos que Traian alineó en la isla de la cocina—, el hombre hizo tostadas francesas!

—¡Quiero, quiero! —Camila corrió y le arrebató el plato de las manos a Valerie, zambulléndose en las tostadas y llenando sus manos de azúcar y crema batida. Fue tan infantil que no pude evitar esbozar una sonrisa y posteriormente soltar una carcajada cuando Valerie intentó robarle una tostada y Camila gruñó como un perro callejero.

Mamá se acercó y terminó de destapar el resto de los platos, que contenían comida suficiente para alimentarnos por una semana entera. Me mantuve en el umbral de la cocina, sintiendo aquella extraña calidez recorrer mi pecho. El gesto no pasó desapercibido ante mi corazón y me sentí abrumada, incapaz de entender por qué razón el ojigris era siempre tan bondadoso. Su altruismo hacia mí parecía no tener límites. Mi estómago se llenaba de nudos de emoción y... ¿esperanza? ¿Sentía ilusión pensando cómo sería todo si Traian me amara?

Eso estaba terriblemente mal. Él era demasiado... Demasiado hombre para

mí. Y yo estaba destrozada emocionalmente. Nunca seríamos buenos el uno para el otro.



El timbre sonó mientras yo divagaba en fantasías juveniles que acabarían rotas. Fui hasta la puerta aún con la cabeza en las nubes y abrí sin fijarme primero en la mirilla. Mi castillo de naipes imaginarios cayó en picada cuando me encontré frente al pecho de Traian. Ascendí mi mirada hasta la suya y perdí el aliento. Nunca me acostumbraría a aquel color cobalto brillante.

—Hola —saludó, pues yo solo parecía capaz de mirarlo fijamente—. ¿Ángela?

Quería preguntar qué surcaba su cabeza; sobre su pasado, su presente y sobre nosotros, pero no tenía ningún derecho de entrometerme en su vida personal. Ni siquiera sabía si él me consideraba su amiga aún, pero mi deseo por saber más sobre Traian y su vida no hacía más que aumentar con cada pequeña sonrisa que brindaba. Necesitábamos hablar, no sabía de qué, pero anhelaba sentarme y simplemente estar con él.

—¿Qué te trae por aquí de nuevo?

Sonrió de medio lado, inclinando la cabeza. Su cabello estaba demasiado largo y despeinado, con aquella barba desaliñada y la nariz golpeada parecía imposible que me resultara atractivo, pero lo hacía. Quizá, en su mayor parte, mi atracción se debía al hecho de que él se encontraba desarreglado y maltratado por salvarme.

—Dejé las llaves del coche en tu sala.

Sacudí mi cabeza de un lado al otro en negación. Estuve sumergida en mi mundo de ensueño, imaginando posibles escenarios de lo que ocurriría si mamá y Traian llegaran a conocerse. Creo que después de vivir rodeada de drama y problemas por mucho tiempo, esperas que toda tu vida siga siendo así. Siempre aguardando lo peor que pueda ocurrir, pues ese es el mecanismo de defensa que te has visto forzado a adoptar. Imaginé cosas que podrían salir mal en aquel momento, mientras sostenía la puerta abierta en mi mano y miraba hipnotizada los ojos de Traian.

—Amor, ¿te encuentras bien?

—Repítelo todo.

—Te he dicho que dejé las llaves de mi automóvil en tu mesa de café. ¿Realmente te encuentras bien? —Colocó sus manos sobre mis hombros, buscando algo en mis ojos que delatara un indicio de enfermedad—. Estás

actuando muy extraño.

—Sí, lo sé... Disculpa, de verdad. —Bajé el tono de mi voz después de suspirar—. Es solo que mi madre está en la cocina y se ha puesto muy sobreprotectora desde mi desaparición, lo que es comprensible, pero temo que pueda armar un alboroto al verte.

Dio un paso atrás y sus manos abandonaron mi piel. Casi hice un puchero ante la pérdida de su contacto, lo que me provocó un impulso de golpear mi cabeza contra la pared. Primero lo miraba como idiota, sin pronunciar palabra, y ahora anhelaba que me tocara. Tenía la sensación de que realmente terminaría volviéndome loca, pero me tranquilicé a mí misma culpando a Sebastián de todos mis traumas y mi deseo desmedido de atención varonil.

—Bueno, puedo esperar aquí y ella nunca sabrá que vine. No quiero que te sientas incómoda.

—Eso sería... —Comencé, sonriendo, pero mi sonrisa cayó al mirarlo.

Él era tan noble, siempre sacrificándose para hacerme sentir mejor; me permitía aprovecharme cuando lo necesitaba y lo daba todo sin pedir nada a cambio. Me había ayudado tanto que nunca podría pagárselo, y seguía haciéndolo un poco cada día. Entonces, ¿por qué yo no era capaz de ponerme mi ropa interior de mujer adulta y actuar como tal?

La realidad era que algo en mi interior temía que presentárselo a mi madre resultara demasiado personal y comenzara a formarse un vínculo entre nosotros que terminara lastimándome.

Me sentía adolorida y temerosa. No quería forjar más conexiones con personas que podrían hacerme daño, y estaba segura de que iba en ese camino con Traian. Era simpático, protector, cariñoso; representaba un gran apoyo para mí y cuando estábamos cerca me volvía una idiota con poca coordinación motora, pero también hacía que mi estómago se llenara de nervios y un calor reemplazara la sangre en mis venas.

No sabía lo que era, tampoco quería averiguarlo. Cuanto menos analizara lo que sentía por Traian, me dije, menos real se volvería. Si lograba mantener nuestra distancia, él no podría llegar a mi corazón y yo permanecería a salvo.

Pero no estaba en una burbuja. Lo entendí cuando, percatándose de mi indeciso silencio, alzó una de sus gigantescas manos y acarició con suavidad mi mejilla. Me apoyé contra él y cerré los ojos, soltando un diminuto suspiro. Al alzar la mirada, sus ojos me congelaron en mi lugar debido a su intensidad. Las aletas de su nariz se ensanchaban con inhalaciones profundas. Algo en mi vientre se contrajo

Coloqué mi mano sobre la suya y la presioné aún más fuerte contra mi mejilla, mirándolo con timidez. Siempre era intimidante, pero en aquel momento sentí que hilos imaginarios nos tiraban juntos. Mi pecho se alzaba con respiraciones superficiales y el vello se erizó en mis brazos cuando su mandíbula se movió y evidenció su contención interna.

No quería que se contuviera. Por primera vez quise mandar al diablo mis preguntas, mis inseguridades, las críticas sociales y las reglas morales. Quería dejar mi mente en blanco al menos por unos segundos; me atendería a las consecuencias. Traian era mi remedio desde siempre, borrando cualquier pensamiento solo con su presencia y embriagando mis sentidos con su aroma. Después de la experiencia que tuve deseaba aquello más que nada en el mundo, tanto que las células de mi sangre parecían hervir de necesidad.

Tomé la mano de Traian y la alejé de mi mejilla. Observé su palma maltratada y deposité un beso en el centro. Lo miré y tuve que reprimir un jadeo. Su mirada había pasado de una intensidad controlada a un deseo que era imposible de ocultar. Era una mujer adulta y tuve que obligarme a reconocer la lujuria cuando la divisé en sus ojos.

Debí asustarme, cerrar la puerta y esconderme bajo las mantas, pero no era yo misma en ese momento y no quería serlo. No quería ser Ángela, quien sigue viviendo entre las consecuencias de los errores del pasado y quien no puede vivir un día sin drama o dolor; la chica que llora a veces en silencio, a veces en voz alta, porque su vida le parece demasiado peso que soportar. Aquella chica nunca dejaría que un hombre apenas conocido la tocara de manera íntima, porque las personas decían que no era correcto, pero en ese momento yo no era Ángela; allí de pie junto a Traian, yo era nadie, y siendo nadie podría hacer lo que me placiera.

—Ángela —prácticamente gruñó—, creo que debería irme.

—No —suspiré—. Por favor, no. Te necesito.

—Explícate.

—Te necesito, Traian. ¿Recuerdas lo que dijiste cuando nos conocimos?

—Él lucía confundido, respirando erráticamente al igual que yo—. Quiero que me hagas olvidar.

—Creo que no estás pensando claramente.

—No estoy pensando en este momento. Eso es lo que más me gusta.

Sacudió su cabeza, luciendo tan incrédulo pero fascinado que me sentí poderosa.

—Deberías volver adentro con tus amigas y tu madre. Hablaremos

después.

—¿A qué le tienes miedo?

—A que este solo sea un momento de insensatez provocado por todos tus traumas —respondió como si lo tuviera muy claro— y que te arrepientas después.

—No voy a arrepentirme. —Mordí mi labio, tomando valor desde el fondo de mi alma para hacer pasar las palabras a través de mi garganta—: Confío en ti. No sé por qué pero te juro que lo hago, y estoy muy segura de que te deseo en este momento. —Dudé, pensándolo por primera vez—: Claro que si no te intereso, puedes decírmelo para que deje de humillarme a mí misma de una...

Traian me besó.

Su brazo envolvió mi cintura y me empujó contra su pecho. Colisionamos en el momento en que inclinó su cabeza y fundió nuestros labios juntos. Mis pies no tocaban el suelo y su otra mano se posicionó detrás de mi nuca, presionando hacia delante para que no pudiera escapar de él.

Al principio me asusté. Tardé un par de segundos en asimilar lo que estaba pasando; los labios de Traian se movían con fuerza contra los míos, robándome el aliento a una velocidad feroz. Sabía que se había estado conteniendo en el pasado, pero aquella desesperación en su beso me tomó desprevenida. Yo no era una experta besando, pero fuegos artificiales estallaron en mi estómago y mi corazón aceleró su palpito hasta un ritmo mortal.

Traian sabía cómo besar, fue la segunda cosa que entendí. Nuestros ojos estaban cerrados, llevé mis manos detrás de su cuello y nos presioné juntos con más fuerza. Seguirlo no me fue difícil y pronto no quedó ni un centímetro de espacio entre nuestros cuerpos. Sentí que comenzó a caminar, pero mi mente estaba perdida en una nebulosa de éxtasis y lujuria. Nunca me había sentido así antes; deseada, ansiosa, incluso... querida. Él era dominante en su beso pero seguía cuidándome. Una prueba de ello fue poner su mano tras mi cabeza para no lastimarme cuando empujó mi espalda contra la pared.

Nos separamos, sus labios quedaron suspendidos sobre los míos. Jadeé, desesperada por algo de aire en mis pulmones al mismo tiempo en que lo deseaba a él. Miré las pupilas de Traian, tan dilatadas que me impacté. Cerró los ojos y luchó por el control, sosteniendo mi cuerpo con un brazo sin hacer mucho esfuerzo. La mano tras mi cabeza descendió hasta mi muslo y mi corazón saltó en mi pecho, pero él guió mi pierna hasta su cadera. Comprendí inmediatamente su deseo y no tuve reparos en rodear su figura con ambas

piernas.

Traian terminó de empujar mi cuerpo contra la pared y esta vez se presionó contra mí. Mi boca se abrió y produjo un sonido tan vergonzoso que mis mejillas se llenaron de un color rojo brillante, pero fue inevitable. Enterró su rostro en el hueco de mi cuello y comenzó a susurrar, mientras se presionaba contra mí en lentas circunferencias:

—Amor... —gruñó con voz ronca en mi oído—. Maldición, Ángela...

Quise abrir la boca y soltar algún comentario sarcástico al respecto, pero se apresuró a presionarnos juntos, haciéndome subir y posteriormente descender con lentitud contra aquella parte dura de su cuerpo. No pude evitarlo; volví a gemir audiblemente, asustada de los sonidos desesperados que provenían de mi cuerpo. Traian cubrió mi boca con una de sus manos y recorrió la curvatura de mi cuello con su respiración caliente.

—¿Qué tal se siente eso? —susurró mientras me hacía descender otra vez. La fricción era tanta que comencé a retorcerme entre sus brazos, y encontré consuelo clavando mis uñas sobre sus hombros. Volvió a repetir el delicioso movimiento y gemí—. Necesito que guardes silencio. Estamos en el pasillo y alguien podría salir a ver qué está ocurriendo.

Estaba mal, lo sabía pero era incapaz de detenerme. Traian me estaba regalando el olvido que necesitaba y yo lo tomaría sin dudar. Nunca me había sentido tan desinhibida en mi vida, libre de preocupaciones, solo dejándome llevar por los instintos primarios que regían mi cuerpo. Yo misma me aferré a los hombros de Traian y comencé a ascender y descender sobre su entrepierna, echando mi cabeza hacia atrás y cerrando los ojos, perdida en el momento.

—Amor —gimió en mi oído, lo que me hizo jadear. Traian excitado tenía la más deliciosa voz ronca, tan oscura como el chocolate fundido—. Ángela, joder, necesitamos parar.

—No, por favor —supliqué sin aliento, aun moliendo mis caderas contra su pelvis—. Quiero esto. Dios, necesito... Por favor, Traian.

Inmediatamente se estrelló contra mí, besándome con tal fuerza que quedé desorientada. Enterré mis dedos en su pelo y ahogué mis gemidos descarados en su boca. Me avasalló y jugó conmigo con tal pericia que me hizo preguntarme cuántas mujeres fueron necesarias en la práctica. Fuera como fuese, perdida entre sus brazos, deseé no ser encontrada jamás.

—Repite mi nombre, Ángela —ordenó—. ¡Repítelo!

Hizo un círculo con su cadera que me hizo ascender más y más hasta que fui incapaz de recordar mi propio nombre, solo sabía quién era él y cuánto

ansiaba que continuara con lo que estaba haciendo.

—Traian —jadeé sin aliento junto a su oído, ganando un gruñido satisfecho de su parte. Fue entonces cuando su mano bajó y golpeó mi trasero con fuerza, sorprendiéndome tanto que casi caigo al suelo—. ¡Dios! ¿Qué...?

—Ángela —repitió con una voz tan gruesa que las sílabas apenas se separaban lo suficiente unas de otras. Apareció frente a mi campo de visión, sus ojos tan brillantes que me perdí en ellos por un momento, pero sus palabras severas me paralizaron al instante—: Necesitas decirme si realmente estás lista para esto, si no, tengo que detenerme ya.

—No, por favor, no te detengas.

—Ángela, hay cierto nivel de autocontrol que un hombre posee sobre su cuerpo. —Su palma volvió a golpear con fuerza contra mi glúteo derecho y esta vez mi grito de protesta quedó ahogado en otro de sus besos. Continuó—: Vamos a detenernos ahora o no me haré responsable.

—¿Qué? —Apenas era consciente de lo que me estaba diciendo, acercando sus labios a los míos en cuanto acababa de hablar.

—Pequeña, ¿realmente vamos a hacerlo? —Me permitió divisar en su mirada lo mucho que se le dificultaba seguir manteniendo el control. Estaba sufriendo.

Fue entonces cuando pensé: ¿Realmente lo haremos aquí, en el pasillo, con mi madre y mis amigas dentro? La respuesta fue un no rotundo. Yo no estaba del todo preparada y no quería que mi primera vez fuera producto de mi necesidad de olvidar todos mis problemas. Quería que tuviera, al menos, un poco de sentido, y sabía que con Traian sería inolvidable, pero no me sentía emocionalmente preparada para una cosa así. Quería poner mi vida en orden primero y hacerlo cuando estuviera totalmente segura de ello, no cuando deseara olvidar.

—No —admití—, no creo que debamos hacerlo.

—Lo supuse —jadeó, cerrando los ojos e intentando controlar su respiración. Al mirarme ahora parecía menos alterado, pero el bulto en sus pantalones era una historia completamente diferente—. Ángela, por el amor de Dios, no mires mi entrepierna.

—Lo siento. —Lentamente desenrollé mis piernas de su cadera y las coloqué en el suelo. No me di cuenta de lo débil que me sentía hasta que tuvo que envolver un brazo en mi cintura y sostenerme contra su pecho—. Lo siento —repetí. Me alejé de él cuando me encontré lo suficientemente estable.

—Descuida —suspiró. Se veía extenuado y me preocupé por haberlo

molestado al iniciar todo esto y arrepentirme después, pero en mi mente nunca imaginé que llegaríamos tan lejos, solo deseaba que me hiciera olvidar.

Y lo logró, pero ahora pasaría reviviendo aquel momento en mi cabeza, incapaz de concebir que realmente estuviéramos a punto de hacerlo. En un momento estábamos hablando y al siguiente mi espalda estaba contra la pared mientras nos frotábamos juntos. Por un momento me pregunté si no estaría fantaseando otra vez, pero aquello había sacudido cada fibra de mi cuerpo y nunca podría imaginar las sensaciones que viví gracias a él.

—Será mejor que me vaya.

—Lo lamento tanto —dije de corazón, avergonzada de mí misma en más de un sentido. ¿Cómo seríamos capaces de vernos a los ojos de nuevo?

—Yo no lo lamento —masculló, clavándome en mi lugar con sus ojos—. Joder, no lo lamento en absoluto. Te deseo tanto que me duele físicamente.

Resistí el impulso de volver a mirar su entrepierna y en su lugar di un paso adelante para colocar mis manos en sus hombros y consolarlo, pero él retrocedió con brusquedad.

—No me toques, por favor —su voz fue contenida pero amable—. No en este momento.

—¿Por qué no? —pregunté, dolida y aturdida como estaba. Apenas podía mantenerme erguida sobre mis piernas débiles.

—Porque volveré a besarte hasta que olvidemos quiénes somos. —Suspiró, pasando las manos por su cabello desordenado a causa de mis dedos ansiosos durante nuestro beso—. Adiós, Ángela.

—Traian... —No sabía qué decir para borrar esa mirada de dolor y necesidad, pues yo no pensaba entregarme a él en ese momento, así que simplemente asentí mientras se alejaba—. ¿Y tus llaves?

Sacó un llavero de su bolsillo y lo sostuvo en alto, esquivando mi mirada.

—Están aquí. Solo fue una excusa para pasar a ver cómo estabas.

Y se fue dando grandes zancadas, sin poder alejarse de mí lo suficientemente rápido. Las puertas del ascensor se cerraron; él no volvió a mirarme a los ojos en ningún momento. Permanecí como una idiota en el pasillo, mirando el lugar por donde se había ido. Luego cerré los ojos y con delicadeza toqué mis labios hinchados, recorridos expertamente por su demandante boca.

Yo había besado a Traian Serbian. Regresé al apartamento hipnotizada, repitiendo esas palabras en mi cabeza.

Estuve a punto de hacer mucho más que eso.



Valerie y Camila me recibieron en cuanto abrí la puerta, de pie con las mandíbulas completamente desencajadas. El bochorno que sentí se extendió por cada centímetro de mi piel pálida y la calentó. Cam lucía impresionada, como si solo necesitara el más delicado soplo de viento para caer de espalda; mi mejor amiga estaba a punto de ponerse a saltar y gritar por todo el departamento, le era imposible reducir la sonrisa que estiraba sus labios.

—Oh Dios —susurré, tan avergonzada que no supe cómo fui capaz de permanecer en pie.

—¿Por qué susurras, nena? —bufó Val, tan emocionada que sus ojos pardos brillaban como un niño en Navidad—. Si hace un segundo estuviste gimiéndolo.

—¡Valerie! —grité mientras Camila soltaba un quejido lastimero.

—No, cariño. «¡Traian! ¡Mmm, Traian!» —me imitó, agudizando su voz y despertando a los vecinos del piso de abajo—. Así fue como sonaste.

—¡Deja de comportarte como una niña!

—«Dios, Ángela. Joder...» —hizo una horrible imitación de la voz de Traian, para nada masculina—. «Se siente tan bien».

Me cubrí el rostro con las manos mientras Camila lloriqueaba y empujaba a Valerie para que se callara. Ambas nos sentíamos terriblemente incómodas mientras mi mejor amiga lucía llena de euforia, como si su sueño de la infancia se hubiera vuelto una realidad. La creía capaz de bajar corriendo y alcanzar a Traian para darle una palmada en la espalda y felicitarlo. Solté un quejido, percatándome de que aquello no sería olvidado fácilmente.

—¡Deja de hacerte la santa, tú, mojígata! —Me apartó las manos del rostro y las sostuvo con fuerza entre la suyas. Tenía las pupilas tan dilatadas que asustaba—. No puedo creer que acabes de montártelo con el hombre más atractivo del país. ¡Quién también es un exconvicto!

—No puedo creer lo que escuché. —Camila seguía cubriéndose las orejas y cerraba los ojos como si deseara borrar el recuerdo. Yo también rogaba al cielo que lo olvidara.

—No seas hipócrita —Val rodó los ojos—, cuando Ángela no está gimes como cantante de ópera.

—¡Basta! —Solté sus manos y caminé hacia la cocina, sintiéndome aliviada cuando la encontré vacía—. ¿Dónde está mamá? ¡Podría haberlas escuchado!

—Tienes tanta suerte. Cuando sonó el timbre tu madre fue a la habitación para hablar por teléfono. Y créeme, nena, que si no te escuchó a ti no nos escuchará a nosotras... Ni a un ataque nuclear, dicho sea de paso.

Había alcanzado un nuevo nivel de vergüenza. Me sentía tan mortificada que tendrían que enterrarme con mi mano sosteniendo mi corazón.

—¿Tan alto yo...?

—¿Gemiste? Sí. ¿Rogaste? Sí. ¿Suplicaste? Sí.

—¡No es cierto!

—Traumaste a Camila —rió Valerie, exultante de felicidad—. Te felicito. No creo que vuelva a ser la misma.

—Nosotros no... Yo no... Él no...

—Fue contra la pared, ¿verdad? Ese hombre es tan intenso como yo lo imaginaba.

—Sí sabes que soy tu novia y estoy aquí, ¿verdad? —Camila la miró mal.

—Tienes que admitir que tú también te acaloraste. —Valerie comenzó a abanicarse con una sonrisa torcida—. Quién diría que Ángela sería tan escandalosa.

—¿Qué tengo que hacer para que cierres la boca? —exclamé, saliendo de la cocina sin un destino claro, así que tomé asiento en el sofá soltando un suspiro que evidenciaba cuán irritada estaba.

—Contarme cómo fue tu primer beso —respondió la fuente de mi martirio cuando ambas se sentaron frente a mí. Valerie se inclinó hacia delante con interés—. No puedo creer que besaras a Traian. Hace diez minutos creía que estabas destrozada emocionalmente.

—Lo estoy, pero quería dejar de pensar y le pedí que me besara. ¿No te parece que merezco un poco de alegría en algún momento de mi vida?

—Totalmente. Y apoyo el tipo de alegría que estás buscando. ¡Ya era hora!

—Angie —intervino Cam con un tono suave—, no quiero parecer tu madre pero hace veinticuatro horas estabas encadenada. No estás bien. Es tu vida, todas somos adultas, pero siento que deberías darte tiempo para sanar antes de hacer algo así.

—No le metas ideas pacifistas en la cabeza —gruñó Valerie—. No dio un beso durante veinticuatro años y mira con quién lo terminó haciendo. Es normal que se hayan dejado llevar y la situación se les haya ido de las manos.

—Casi tienen sexo en el pasillo —reprobó Camila, negando con la cabeza.

—Y es estupendo.

—No. Ella está mal y necesita proteger su corazón, curarse antes de

adentrarse en una relación. Si se acuesta con Traian o quien sea en este momento, terminará haciéndose aún más daño. —Camila me miró con dolor en sus ojos, encogiéndome en mi asiento—. Créeme, Angie, sé de lo que estoy hablando. No has superado a Sebastián del todo, y seguir adelante es el primer paso, pero estás corriendo en lugar de caminar.

—Tienes razón. —Suspiré, tratando en vano de acomodar mi desastroso cabello—. Por eso nos detuve. Necesitaba un momento de amnesia y lo conseguí, pero no estoy preparada para llevarlo más lejos. —Miré a Valerie, quien agrandó sus ojos y comenzó a hacer unos infantiles pucheros—. Lo sabes, Val. Sé cuánto idolatras a Traian pero no es el momento.

—Tarde o temprano lo harán —chasqueó, como resignándose a un hecho inevitable—. Es solo cuestión de tiempo, y yo seré la tía de sus hermosos bebés. —Se puso en pie y me sorprendió inclinándose para abrazarme—. Tómame tu tiempo, nena. Ve a pasos de bebé, corre o vuela, al final del día lo único que deseo es que por fin seas feliz.

Enterré mi rostro en su cuello, conteniendo las lágrimas. Creía en cada una de sus palabras y sabía que, a pesar de lo alegre que se mostraba ante la perspectiva de Traian y yo juntos, en su interior reconocía que era demasiado pronto para cualquier cosa. Tenía la certeza de que esta chica sería la primera en ir a amenazarlo si me hacía daño, y abrazándonos con fuerza agradecí en silencio tenerla en mi vida, no importaba lo lunática que estuviera.

—¿Por qué ustedes dos están abrazadas y Camila está llorando?

Nos separamos y de reojo noté cómo Cam se secaba las lágrimas con la tela de su vestido favorito. Sonriendo miré a mi madre, quien sostenía el teléfono en una mano y nos miraba con perplejidad, como si estuviera a punto de encerrarnos a todas en un hospital psiquiátrico. Su ceño se arrugaba mientras inspeccionaba nuestros rostros en busca de alguna respuesta, pues ella no tenía idea de todo lo que acababa de pasar.

Mi sonrisa se agrandó y mi corazón se hinchó en mi pecho. En silencio llevé la yema de los dedos a mis labios y los rocé, recordando los besos. Definitivamente mi madre nunca sabría todo lo que acababa de pasar.

—¡Angie! —chillaron repetidas veces—. ¡Ángela, tienes que venir aquí ahora!

Me encontraba en mi habitación, con el móvil en la mano después de hablar con el abogado que me había sido asignado. Manejé la situación con más profesionalidad de la que me creí capaz, sin derrumbarme, y le conté cada siniestro detalle. Él, como el detective, aseguraba que el caso estaba en

nuestras manos y el juicio sería una mera formalidad. No sabía cómo sentirme al respecto, así que almacené dicha información en el fondo de mi cabeza y decidí no analizarlo demasiado por el momento.

Ya había llamado a la universidad y a mi supervisora en el hospital donde hacía las prácticas. Fueron largos minutos de conversación, algunos momentos incómodos me hicieron permanecer en silencio, pero al final todo quedó aclarado y concordamos que el lunes retomaría mi vida como lo era antes del «incidente», como ellos pulcramente lo llamaban, pues admitir que me habían secuestrado parecía ser demasiado crudo para la burbuja de ignorancia en la que nos empecinábamos en vivir.

Pero aún no hablaba con Antonio y sabía que debía hacerlo. Camila no dejaba de hablar de lo bueno que había sido con ellas, aunque lo máximo que debieron compartir juntos debieron ser un par de horas. Bufé. El doctor seguía pareciéndome un cretino arrogante con un ego demasiado elevado como para preocuparse por la manera en la que sus decisiones afectaban a los demás, pero era el tío de Traian.

Apreté los dientes con fuerza, estrujando el celular en mi mano mientras contemplaba el techo de mi habitación. Por alguna extraña razón sentía la necesidad de hacer las paces con Antonio pues creía que eso le agradaría a Traian. ¿Qué ocurría conmigo? Iba a disculparme con un idiota solo porque el chico de ojos de tormenta me lo pidió.

—¡Ángela María, ven aquí en este instante! —insistía Camila desde algún lugar del departamento.

Suspiré, saltando fuera de la cama en mis calcetines, mi pantalón de hacer ejercicio y una vieja camiseta raída por lo menos dos tallas más grande. Había estado ocupada todo el día atendiendo a mi madre y poniendo en orden mi vida, que se volvió un caos en solo un par de días, por lo que en ese momento era las siete de la noche y no entendía qué podía ser tan importante como para que Camila despertara a todos con su emoción.

—¡Ahí viene! —anunció en cuanto me aproximé a la puerta de entrada.

—¿Qué es todo este escándalo? —exigió Valerie mientras salía de su habitación. Mamá no tardaría en aparecer también, estaba dándose una ducha.

Me acerqué a la puerta y me encontré con un repartidor sosteniendo un ramo de flores que apenas conseguía abarcar con los brazos. Era tan enorme que tuvo que asomar su cabeza por un costado y, por la mueca que hacía, noté que aquellas flores pesaban más de lo que quería aceptar. Me llevé las manos a la boca antes de hacer algo inmaduro como soltar un grito de emoción, pero

mi estómago explotó con entusiasmo.

—¿Usted es la señorita Ángela Báez? —preguntó el hombre, resoplado después de cada dos palabras.

—Sí —balbuceé, incapaz de apartar la mirada de los colores azul y morado sumergidos en hojas verde brillante que brotaban por todas partes. Era precioso.

—Esto es para usted. ¿Dónde puedo colocarlo?

Permanecí hipnotizada ante aquel gesto. Nunca había recibido flores. Me parecía irreal que aquel hermoso arreglo fuera para mí, pero al ver las dalias azules y moradas supe que no podía ser para nadie más. No conocía a nadie a quien le gustaran esas flores, todos preferían las rosas, los girasoles o los tulipanes. Sabía lo difícil que era encontrarlas en la ciudad, lo que no hacía más que aumentar mi estupor.

—Aquí, sígame —respondió Valerie en mi lugar. Compadeciéndose del pobre repartidor, lo llevó hasta la isla de la cocina.

Mis dos amigas comenzaron a susurrar entre ellas con emoción mientras observaban las flores. Me mantuve estática junto a la puerta, por lo que el hombre se acercó a mí y me pidió que firmara la recepción de la entrega. Lo hice y me despedí con un gesto mecánico, cerrando la puerta sin despegar la mirada de aquel estallido de color en la cocina.

—Son tan hermosas, Valerie, ¡míralas! —sonreía Camila. Ella ahora era una amante de la naturaleza con toda la fuerza de su corazón y se acercó para percibir el aroma dulce de las dalias.

Valerie lucía entre encantada y asombrada, negando suavemente con la cabeza pero manteniendo una sonrisa en los labios.

—Es increíble —murmuró para sí misma.

—Tiene una tarjeta. —Camila la tomó y noté que estuvo a punto de abrirla, pero respiró hondo para controlarse a sí misma y me la tendió—. ¡Ábrela!

—¿Quién me envió flores? —mascullé, acercándome con lentitud y mirando aquella tarjeta color crema como si fuera a morderme.

Camila y Valerie compartieron una significativa mirada entre ellas.

—Todas sabemos quién fue —rió mi mejor amiga—. ¡Abre esa tarjeta! Estoy muriendo de la curiosidad.

Respiré hondo. Sentía una presión en el pecho, la que era habitual en el quirófano cuando asistía a los médicos, pero lo encontré un poco patético en aquel momento. Tomé la tarjeta. Mis amigas protestaron para que me diera prisa, así que decidí comportarme como la mujer adulta que era y afrontar lo

que viniera.

Me encantas.

Mi corazón latió con excitación; se expandió tanto en mi caja torácica que apenas podía respirar. Releí aquellas dos palabras una docena de veces y me imaginé su voz profunda en mi cabeza, susurrándome mientras me mantenía en mi lugar con una de sus características miradas. Creí que caería al suelo porque el oxígeno dejó de llegarme al cerebro.

—¿Qué dice? ¡Ángela! —repetían ambas sin cesar, pero les entregué la tarjeta y mantuve mi mirada fija en las flores. Sentí un remolino de emociones que no sabía cómo empezar a desenmarañar.

Escuché sus palabras emocionadas como un eco lejano. Caminé hacia mi habitación y cerré la puerta con llave antes de que pudiesen colarse para compartirme lo ilusionadas que estaban. Con rigidez me acosté en la cama y extendí mis extremidades, clavando la mirada en los tornillos del techo. Era incapaz de conectar completamente con el mundo exterior; me refugié en mis recuerdos y me dejé consumir por mis sentimientos.

Las chicas llamaron a mi puerta. Eventualmente mi madre lo hizo también, alegando que debíamos platicar, preguntando por qué Tristán me había enviado flores. Respondí con voz débil que me dolía la cabeza, que estaría en la sala con ellas en cuanto me aliviara. Parecieron creerlo y me dejaron en paz, permitiéndome nadar otra vez en mi propio ser. Pasé dos cuartos de hora en silencio, solo mirando el techo y recordando su voz, cómo me hacía reír cuando era niña y cómo me abrazaba repitiéndome que yo era su princesa.

Mi teléfono sonó. Lo acerqué a mi rostro y encontré un número que no tenía registrado, pero decidí responder porque el detective dijo que me llamaría entrada la noche para informarme sobre el procesamiento penal de Sebastián mientras esperábamos el juicio. Tomé una respiración profunda y me recompuse lo suficiente antes de hablar.

—Habla Ángela.

—Hola, amor.

Perdí el aliento.

—¿Cómo conseguiste mi número?

—Valerie. —Se mantuvo en silencio. Su voz sonaba aún más grave por teléfono, por lo que cada vez que hablaba mi corazón daba un vuelco—. ¿Te molesta?

—No —respondí con honestidad—. Gracias por las flores.

—No sueñas muy emocionada. Me dijeron que eran tus flores favoritas,

creí que te gustarían.

—Son tan hermosas que me emociono tan solo mirándolas. Me encantan, Traian. —Debía pensar que yo era una malagradecida—. Lo digo en serio, nunca había visto un arreglo tan bello en mi vida, ni siquiera en las bodas. Me has hecho feliz.

Pude detectar su sonrisa del otro lado de la línea.

—Eso me hace feliz.

—Es solo que... —Suspiré, cerrando los ojos—. Nada, olvídalo.

—Dime, amor. ¿Qué pasa por tu cabeza?

Mordí mi labio inferior, que temblaba. Sus palabras fueron tan dulces que tiró de mi fibra sensible y el dolor subió a la superficie. Intenté resistir para no parecer débil pero, en la tenue luz de la lámpara de mi habitación, las lágrimas brillaron como diamantes. Comenzaron con un descenso suave pero un abrupto sollozo salió de lo más hondo de mi pecho y me cubrí la boca para que no me escucharan las demás.

—Lo siento —repetí, jadeando—. Debes pensar que estoy loca. Lo lamento tanto.

—Dime por qué lloras.

—¿Por qué no habría de llorar? Tengo muchos motivos para hacerlo.

—Pero tu dolor suena a un viejo recuerdo. ¿Qué te duele, Ángela?

—El corazón.

—Esa no fue mi pregunta.

Tomé aliento, pero un nuevo sollozo me partió en pedazos antes de que pudiese volver a hablar.

—Me duele que él ya no esté aquí.

La línea permaneció en silencio por tanto tiempo que creí que había cortado, lo cual no me sorprendería. Pude escuchar mis lloriqueos en la penumbra y me di cuenta de lo infantil y patética que debía parecer, sollozando desconsoladamente porque me habían enviado un ramo de flores. No lo culparía si quisiera alejarse de mí.

—¿Quién es él?

—Mi padre. Cuando era niña, él tenía varios trabajos para mantenernos, así que lo veía muy poco. Pero una vez regresó de un viaje fuera de la ciudad y de camino recogió una dalia. —Repetí, mi voz rompiéndose ante el recuerdo de su sonrisa en aquel momento—: Juró que yo era tan hermosa como esa flor.

—Tu padre tenía razón.

Sonreí pero el gesto se borró rápidamente.

—Son mis flores favoritas. Siempre que veo o huelo una, lo recuerdo a él. Aún conservo dentro de un libro esa primera flor que me dio hace más de dieciocho años —confesé, temiendo lo que pudiese pensar de mí.

—Me estás rompiendo el corazón.

—Lo lamento. —Sorbí por la nariz, limpiando las lágrimas de mis mejillas en un intento por tranquilizarme—. Únicamente mamá sabe la historia completa del porqué me gustan las dalias, Val solo sabe que me pongo sensible cada vez que veo una.

—Nunca fue mi intención lastimarte —juró—. Después de lo que ocurrió más temprano, la manera en la que me marché... No fue correcta. No quiero que tengas una impresión equivocada o que pienses que me aproveché de ti.

—Eso ni siquiera me pasó por la cabeza. En todo caso, podría decirse que yo me aproveché de ti.

Soltó una risa suave del otro lado de la línea, contribuyendo a que mi interior comenzara a tranquilizarse poco a poco.

—Eres una salvaje. Mi virtud corre peligro cerca de ti.

Inesperadamente, reí. Fue un ataque de risa que brotó de mi necesidad de volver a guardar el viejo dolor en mi interior y salir adelante. Carcajeé tanto que el estómago comenzó a dolerme y Traian fingió ofenderse.

—Creo que no estás tomándote mi virginidad en serio —reprochó.

—Por favor, la única que corre peligro aquí soy yo.

Intencionalmente volvió su voz más baja, susurrando:

—¿Crees que soy un depredador que quiere comerte?

Tragué saliva con fuerza, olvidando todo el llanto anterior y encontrándome con un calor sustituyendo la sangre en mis venas.

—¿No es eso lo que quieres?

—Es lo que más deseo —aseguró, tan bajo como un gruñido—, pero no estás lista para mí en este momento.

Sabía que tenía razón, pero me había quedado sin habla. En situaciones como estas olvidaba todas las facultades que me hacían humana y me volvía una masa de instintos que solo era capaz de sentir. Me avergonzaba de mí misma pero, escuchando su voz a través del teléfono, sola en mi habitación, por primera vez deseé que Traian estuviera allí.

—¿Ángela?

—¿Sí?

—Me encantas.

—Lo sé... Leí tu nota.

Escuché una risa baja provenir del otro lado de la línea. No entendía qué le hacía tanta gracia, pero el melodioso sonido me complació y terminó de serenarme. Extendida en la cama, mis párpados comenzaron a sentirse más pesados y mi respiración se acompasó. Me sentía más relajada de lo que creí posible minutos antes, y todo se debía a la voz de un hombre misterioso que podría encontrarse en cualquier parte del mundo en aquel instante.

—Buenas noches, amor. Descansa.

—Buenas noches, hombre misterioso.

—No imaginas cuánto desearía estar junto a ti en la cama.

Sonreí y colgué la llamada antes de que pudiese decir otra barbaridad. Ambos sabíamos que era demasiado pronto para aquello; ni siquiera nos conocíamos lo suficiente, pero nuestra atracción era innegable y Traian parecía dispuesto a explorarla. Lo único que me preocupaba era lo lastimaba que pudiese resultar yo en el proceso.

Capítulo 19

Mi vida volvería a la normalidad el lunes, cuatro días después de haber sido liberada del sótano de Sebastián. Hablé varias veces con el abogado durante el fin de semana y tuve pesadillas cada una de las noches. Mamá despertaba y me abrazaba como si yo tuviera diez años, pero se lo permitía porque mi cuerpo temblaba y mi corazón latía como si estuviese presa otra vez. Ella me consolaba con un amor intachable, sin embargo me sentía vacía y desesperada cada noche que pasaba. ¿Por el resto de mi vida seguiría soñando con cadenas tintineantes y una habitación demasiado pequeña para respirar?

No había vuelto a saber nada de Traian desde la noche del jueves, cuando hablamos por teléfono después de que me enviara flores. Cada vez que mi celular sonaba, mi corazón se hinchaba con la juvenil esperanza de que fuera él, pero me llevé tantas decepciones durante el fin de semana que decidí no seguir esperando en vano. Por alguna razón había decidido no ponerse en contacto conmigo, ni siquiera con un mensaje para saber cómo me encontraba, así que decidí seguir con mi vida lo más normalmente posible, intentando superar un trauma que me acompañaría cada noche y preparando todo para un juicio en el que acusaría de secuestro a mi antiguo mejor amigo.

Cuando despedí a mi madre el domingo en la entrada del edificio, no podía dejar de mirar a mi alrededor. Mi cuerpo se enfrió ante el miedo que me causó encontrarme expuesta; no había salido de casa desde que regresé. El peso de la realidad cayó sobre mí otra vez y me di cuenta de que aquello tampoco sería fácil de superar; permanecería el miedo constante de ser lastimada por cualquiera en la calle. La confianza no sería fácil de recuperar, miraría detrás de mí en cada ocasión posible y no sentiría tranquilidad dentro de mucho tiempo.

Me abracé a mí misma mientras observaba a mamá decirle al taxista que esperara. Posteriormente reemplazó mis brazos por los suyos y me sostuvo con fuerza. Aspiré su aroma, un dolor familiar en mi pecho. Ella era mi casa, mi eterno recuerdo; la boina gris y el estanque en calma, como diría Neruda.

—Te amo con todo mi corazón, mi niña hermosa —susurró contra la lana de mi abrigo, trayendo lágrimas a mis ojos.

—Cúdate mucho, mamá, por favor. Yo también te amo.

—Necesito que seas tú quien se cuide. —Me soltó, acunando mis mejillas con sus manos arrugadas—. Prométeme que vas a protegerte.

—Lo prometo.

—No me refiero únicamente a Sebastián, hablo también de Trenton. Necesitas sanar tu corazón.

—Traian, mamá. —Sonreí sutilmente, enarcando una ceja—. Deja de olvidar su nombre a propósito.

—No puedo recordar el nombre de alguien cuyo rostro no conozco.

Tuve que ahogar una risa, plasmando las facciones de aquel hombre en mi imaginación. Mi pulso se aceleró con solo pensarlo.

—Es muy atractivo, mamá. Tiene una hermosa sonrisa.

—Oh, no. ¡Tienes esa mirada!

—¿De qué estás hablando?

Sacudió la cabeza, llevándose las manos a las mejillas y luciendo genuinamente contrariada. Me asusté.

—Tienes la mirada de mujer enamorada. Ese brillo en los ojos y la pupila llena de esperanza.

Solté una risa, atrayéndola a mis brazos y abrazándola otra vez. Aquellos momentos me daban una pista de la razón por la que mi padre amó a mamá, tanto que su último suspiro fue su nombre. Ella era celestial y maravillosa, su inocente afirmación llenó mi pecho de amor. Mi madre creía en el romance a pesar de todas las lágrimas que había derramado.

—No estoy enamorada, te lo prometo. Traian es un gran amigo que ha hecho mucho por mí.

—¿Entonces por qué sonríes?

—Es una gran persona.

—Querida, yo también lo soy, pero no luces como un helado derritiéndose bajo el sol cada vez que hablas de mí, ¿o sí?

Reí sobre la acera, bajo el sol helado de las seis de la madrugada. El taxista presionó el claxon con irritación y mi madre le lanzó tal mirada fulminante que el pobre dejó de pitar y permaneció callado en su asiento como un niño sermoneado. Reí aún más mientras ella rodaba los ojos con exasperación.

Fue entonces cuando dijo:

—Solo no me hagas abuela demasiado rápido. Termina tu carrera y consigue un trabajo estable primero.

Quedé boquiabierta por varios segundos pero conseguí recuperarme y mirarla como si hubiera perdido el juicio, lo cual era posible.

—Eso no va a pasar. Soy tan virgen que pronto comenzaré a conceder milagros.

Su palma golpeó mi brazo con fuerza y una marca roja comenzó a formarse en mi piel. La miré sin dar crédito de que estuviera corrigiendo a su hija mayor de edad, pero ella puso la expresión furiosa que me hacía mantener la boca cerrada cuando era pequeña.

—¡No te burles de la Virgen de esa manera!

—Lo siento, mamá. —Resoplé. Evité la tentación de rodar los ojos porque sabía que me daría otro manotazo en plena calle—. ¿No vas a perder el autobús?

—No creas que puedes echarme, señorita. Soy tu madre y a mí me respetas. —Comencé a reír sin poder evitarlo, pero en lugar de enfurecerse sonrió también—. Buen cambio de tema pero no pienso obviar el hecho de que Tristán te envió flores.

—Eso no tiene nada de trascendente —mentí. Mi corazón pululaba al recordar las dalias enormes decorando mi mesa de café; días después aún lucían como si estuvieran recién cortadas.

—Miéntete a ti misma en el espejo pero no a tu propia madre. Estoy segura de que hay más historia aquí de la que quieres contarme, pero ten presente que necesito conocer a Tristán. Es una orden.

Miré sobre su hombro hacia el auto azul que acababa de estacionarse detrás del taxi de mamá. No necesitaba saber el modelo o el número de placa para que mi estómago se llenara de una emoción inexplicable. Los vellos de mis brazos se erizaron con anticipación y todo rastro de tranquilidad fue borrado de mi sistema. Estaba haciendo catarsis después de un par de días sin saber de él.

—Tienes suerte, ahora mismo lo vas a conocer.

—¿De qué estás hablando? —Siguió la dirección de mi mirada y la escuché jadear poco femeninamente—. Santo Cristo de Esquipulas...

—Lo sé.

—¡Es enorme!

Agradecí que ella permaneciera con la mirada clavada en Traian, así no vería la sonrisa que me causó su comentario. Era inevitable encontrar el doble sentido cuando el hombre que caminaba hacia nosotras, con el cabello mojado por la ducha y una camiseta azul cielo, era el mismo que me había sostenido con fuerza y había dominado mi boca mientras nos presionábamos juntos. *Tienes razón, mamá, no sabes cuán enorme es.* Amplié mi sonrisa.

—Ángela, ¿es él? —susurró cuando estaba a menos de un metro de nosotras.

—Lo es —dije con orgullo. ¿Por qué? No lo sabía.

Caminó hacia nosotras, primero observando sonriente a mi madre y luego clavando sus ojos en los míos. Era difícil mantenerle la mirada, principalmente cuando su sonrisa cortés había caído y una expresión intensa le contraía el rostro. Sentí que estaba fundiéndome contra la acera.

Era inevitable. Creí con alivio que había escapado de los interrogatorios de mi madre, pero estaba inmersa en una confrontación imposible de eludir. Decidí ser valiente y al mal tiempo darle prisa. Cuanto antes se lo presentara, más pronto podría subir a ese taxi y yo estaría sola con Traian... Un pensamiento realmente egoísta.

—Damas, buenos días.

—Hola —exhalé, menos confiada de lo que supuse en un principio, pero estaba tan cerca que mi cuerpo recordó lo que habíamos hecho juntos y me puse muy nerviosa.

—Buenos días —saludó mamá con alegría—, soy la madre de Ángela. — Él por fin clavó la mirada en ella y la sonrisa deslumbrante volvió a su rostro. Pude escuchar a mamá suspirar—: Tú debes ser Traian.

Claro, ahora sí recuerdas su nombre. Rodé los ojos.

—Es un verdadero placer conocerla. —Tomó la mano que ella le tendía y, en lugar de estrecharla, la llevó a sus labios y la besó—. Me parece que Ángela no es la única belleza en la familia.

Solté un bufido muy masculino, burlándome. Traian me fulminó con una fugaz mirada, pero me aseguré de hacerle saber con mis ojos que sus líneas de hombre encantador me parecían un timo. A mí no podría comprarme con frases tan trilladas como esas, pero mamá soltó una risa como una colegiala. La miré con incredulidad. Le sonreía a Traian mientras retorció un mechón de pelo dorado en su mano.

—Ángela me ha hablado mucho sobre ti. ¡Las flores que enviaste son hermosas!

—Me alegro de que le gustaran. —Me dirigió una breve mirada que no supe descifrar. Entonces tomó las manos de mi madre en las suyas y volvió la sonrisa encantadora, diciendo—: Lamento que nos conozcamos en un momento tan abrupto. He estado ocupado y no había podido pasar a saludar antes.

—Justo le estaba comentando a Angie las ganas que tenía de conocerte. Es una pena que ya deba irme. —Sus ojos se iluminaron; sonreía tanto que su rostro se partiría por la mitad—. Aunque podría quedarme unos días más.

—No, mamá —salté de inmediato. Amaba a mi madre, pero cuando estaba

cerca me sentía una niña otra vez. Necesita ser fuerte y recomponer mi vida—. La casa no puede estar sola tanto tiempo. Además, ya compraste tu boleto.

—Ángela tiene razón —concedió Traian—. Pero si viene otra vez, le prometo que nos conoceremos muy bien.

—Oh... Solo espero que sigas aquí cuando yo vuelva.

—Aquí estaré. Soy difícil de matar. —Traian me miró, guiñando—. ¿Verdad, amor?

Volví a bufar, recordando cuántas veces creí que aquel hombre había muerto. Ciertamente podría protagonizar su propia película y debería dejar de darle a mi corazón tantas sacudidas dolorosas.

—Sí, mamá. No tienes ni idea, es peor que la mala hierba.

Ella me ignoró. Si Traian no fuera tan abrumador y su presencia no resultara tan imponente, podría sentirme resentida por la forma en la que mi madre le concedía toda su atención, pero yo sabía de primera mano lo que era sentirse consumir en aquella mirada, hundirse tan rápidamente que te veías incapaz de escapar.

Mamá prosiguió:

—En tal caso, haré lo posible por regresar pronto. Fue un placer conocerte, ojos bellos.

Aquel apodo hizo que Traian esbozara una sonrisa tan genuina que sus dos hoyuelos se marcaron con fuerza. Casi suspiré en mi lugar. Cada una de las sonrisas que observaba me recordaba por qué agradecía seguir viva a pesar de que perdí la motivación en algún momento. La escena frente a mí era inusual, como una flor de agua en medio de un desierto, pero parecía serenar mi alma. Ladeé la cabeza, apreciando de pronto cuán buena relación acababa de forjarse entre dos personas extrañas.

—Créame que el placer ha sido todo mío. Es usted una mujer muy cálida, señora Báez. Mi tipo favorito de persona.

El hombre del taxi volvió a pitar, soltando algunas malas palabras que me exaltaron. Mamá tenía su mente en las nubes.

—Realmente creo que ya debes irte.

—¡Pienso cobrarle cada minuto que me ha hecho esperar! —gritó el taxista, con su mano pegada al claxon.

Mi madre suspiró, luciendo realmente triste. No entendía cómo podía pasar de olvidar el nombre de Traian a propósito a permitir que el taxista irritado despertara a todos los vecinos porque ella estaba reacia a despedirse de él.

Finalmente tomó sus manos y, dándoles un apretón, se despidió:

—Hasta pronto, ojos bellos.

—Espero que regrese y podamos conocernos como se debe —dijo él con seriedad.

—Lo haremos, te lo prometo. —Giró hacia mí, dándome un último abrazo. Me sorprendió cuando susurró—: Olvida lo que dije. Si serán hijos de él, ¡hazme abuela en este instante! —Luego depositó un mojado y sonoro beso en mi mejilla.

Comencé a reír frenéticamente. Saltó en el vehículo y cerró la puerta. Las lágrimas comenzaron a caer de mis ojos a causa de mis fuertes carcajadas. Mamá bajó la ventanilla y asomó la cabeza, sonriente, despidiéndose con la mano mientras el conductor hacía rechinar los neumáticos y avanzaba más allá del límite de velocidad. Me incliné hacia delante y mientras reía no fui capaz de despedirme de ella, pero Traian agitó su mano tranquilamente hasta que se perdió de vista.

—¿Qué te ha causado tanta gracia?

—Oh —resoplé, secándome algunas lágrimas—, no tienes ni idea. Había olvidado cuánto amo a mi madre.

—No lo olvides nunca. —Me regaló una sonrisa melancólica—. Yo la extraño cada día.

Me enderecé, mirándolo con arrepentimiento. Nunca pensé cómo afectaría a Traian el conocer a mamá, pero era de esperarse que se sintiera triste, así como yo aún lloraba en silencio los recuerdos de papá. Quería estirar una mano y consolarlo hasta borrar aquella mirada de dolor, pero prosiguió suavemente:

—Tu madre me ha hecho recordarla. Es una mujer muy dulce, casi tanto como tú.

—No soy nada dulce, creo que te has dado cuenta de lo insufrible que puedo llegar a ser.

Su sonrisa cambió instantáneamente a una más pícara y relajada; las arrugas en las esquinas de sus ojos desaparecieron, el brillo les confirió vida de nuevo. Volvió a ser el hombre que robaba suspiros por donde fuera que caminara. Sentí mi pecho cantar, volar y caer en un abismo de plata.

—Yo me refería más bien a tu sabor —corrigió, dando un paso adelante—. Sigo pensando en nuestro beso.

—Somos dos, entonces.

—Volvámonos uno.

Traian extendió su mano con la palma abierta y aguardó con un calor apenas contenido. Sabía lo que quería, pero dudé porque ahora sería yo quien tendría que dar el primer paso. No sabía si estaba condenándome a mí misma o permitiéndome ser feliz; cuando tu vida está cargada de miseria, no parece justo recibir un poco de alegría. Se sentía incorrecto, como si aquel momento perfecto en el tiempo le estuviera siendo robado a alguien más, pero mi corazón lo volvía suyo sin importar a quién le perteneciera.

Suspiré. En el instante en que nos miramos supe que la decisión ya había sido tomada de antemano.

Coloqué nuestras manos juntas pero él no se movió, solo permaneció mirándome. Clavé mis ojos avellana en el suelo y aspiré algo de valentía; inhalé autoestima, deseos de pensar por primera vez en mí misma. Di un paso adelante muy titubeante, pero los siguientes fueron más fáciles. Mis uñas de los pies eran color rosa brillante en unas sandalias viejas y él usaba zapatos de vestir; ¿por qué, entre miles de personas, seguía encontrándome con él?

Tomé una decisión en ese instante: yo misma iba a averiguarlo.

—No podré alcanzarte —informé, mirándolo al fin.

Una sonrisa quiso hacer acto de presencia pero la contuvo. Sus ojos brillaban tanto que apenas noté cuando colocó sus manos a cada lado de mi cadera y me alzó hasta que nuestros rostros estuvieron a la misma altura. De cerca, su aliento era un tibio contraste con el frío de la mañana, cada pestaña parecía más oscura y larga. Por fin sonreí también y llevé mis manos a sus mejillas, recordándome que Traian era un hombre cálido de sangre fría.

—¿Y ahora qué, ojos bellos?

Un destello de malicia brilló, ampliando más su sonrisa.

—Lindo apodo.

—¿No puedo llamarte así?

—Puedo ser lo que tú quieras —murmuró tiernamente, y aquel fue mi fin.

Llevé mis labios a los de Traian y lo besé. Nuestra elección, por fin, estaba hecha.

Anexo 3

Diez años antes.

Dormía profundamente, soñando con una carrera en las Olimpiadas Nacionales que yo ganaría y me catapultaría directamente a la gloria. Ángela estaba allí, gritando mi nombre entre la multitud del estadio, sonriendo y opacando a cualquier otra persona. Saltaba sobre su asiento y sostenía un cartel lleno de corazones y diamantina rosa, tan cursi que casi me partí de la risa mientras corría en su dirección. Estaba a punto de tomarla entre mis brazos y hacerla girar en el aire, pero una voz me despertó.

Gritaban mi nombre con urgencia, me arrancaron de mi fantasía y desperté abruptamente en medio de mi cama. Mi mejor amiga estaba sentada sobre mis piernas, con sus manos sacudiendo mis hombros mientras daba saltitos de emoción. Intenté borrar el sueño de mis ojos antes de hablar, pero me sacudió con sus gritos que debieron despertar a toda la cuadra de vecinos:

—¡Levántate, levántate, levántate!

—No puede...

—¡Arriba, Sebastián! ¡Hoy iremos al museo!

Me dejé caer sobre la almohada y exhalé un quejido. Mi reloj despertador decía que apenas eran las ocho de la mañana del sábado. Más tarde le reclamaría a mi madre por haberla dejado entrar a mi habitación. Ángela era como un balón repleto de alegría que rebotaba contra cada pared y no le importaba lo que derribara a su paso. Llevaba toda la semana ansiando aquel día pues por fin iríamos a su preciado Museo de Ciencias Naturales. Recordé por qué accedí a visitar aquel lugar tan aburrido: hoy era el aniversario de la muerte de su padre, una fecha lúgubre en la que se encerraba en su habitación y lloraba hasta que su cuerpo se secaba.

Si bien aquel día era difícil para mí también, el dolor de Ángela cruzaba límites inauditos. Nunca veía a mi mejor amiga tan destruida como entonces, y su nube de melancolía la acompañaría a clases por una semana entera. Sabía el sufrimiento que experimentaba pero por más que lo intenté los años anteriores nunca fui capaz de hacer nada más que abrazarla toda la tarde sobre su cama mientras ella lloraba y se aferraba. Quería distraerla y hacerla olvidar, pero nunca permitió que aquella fecha estuviera destinada a otro fin que no fuera ir al cementerio y encerrarse en su cuarto.

Me sorprendió cuando mencionó que quería que la acompañara al museo aquel sábado. Al principio pensé que había olvidado el aniversario pero

rechacé esa idea de inmediato. Fuera como fuese, realmente lucía ansiosa por ir y yo accedí. Pasó toda la semana hablándome sobre la nueva exposición de fósiles mientras yo permanecía en un silencio solemne, sin poder creer que iríamos al museo y romperíamos la tradición de llanto y tormento, pero lo suficientemente inteligente como para no cuestionarla.

—¡Son las ocho de la mañana!

—El museo abre a las nueve. —Saltó otra vez sobre la cama, sacudiendo mis hombros—. Hombre, date prisa, ¡vamos!

—Asesinaré a mamá por esto —juré, cubriendo mis ojos cuando Ángela abrió las cortinas de mi habitación y la luz del sol cortó las penumbras—. ¡Basta! Dios, eres irritante, pareces un cachorro. ¡Cierra eso, demasiada luz!

—Tú eres un murciélago. —Descubrí mis ojos justo a tiempo para mirarla sacarme la lengua y tomar la perilla de la puerta—. Tienes diez minutos. Estaré preparando el desayuno con tu madre. Si no bajas a tiempo... —Intentó hacer un gesto malvado, haciéndome entender que me cortaría el cuello, pero lucía tan adorable con los labios fruncidos y la nariz arrugada que comencé a retorcerme de la risa sobre las sábanas. Ángela cerró de un portazo y se marchó con zancadas furiosas, pero yo no podía parar de reírme.

Así era como yo la amaba y así la querría siempre. Aquella pequeña chica se había robado la mitad de mi alma.



—Eres tan nerd —me burlé, observándola enterrar su nariz en los folletos informativos que nos dieron en cuanto compramos la entrada del museo.

—¿Qué sentido tiene venir aquí sin saber lo que estamos viendo?

—¿Qué sentido tiene venir aquí, en primer lugar? —No pude resistir el impulso por más tiempo; había permanecido quieto en el autobús, pero la trenza de medio lado en la que Ángela había acomodado todo su cabello lucía demasiado tentadora. La tomé entre los dedos y le di un jalón.

Utilizó sus folletos para golpearme, furiosa. Comencé a reír mientras intentaba reacomodarse la trenza y mirarme con mala cara. Tenía apenas catorce años pero a veces era tan seria como un adulto y sacarla de quicio me provocaba un inmenso placer; sus mejillas se sonrosaban, le brillaban los ojos y fruncía las cejas, tan hermosa que haría cualquier cosa para mantenerla siempre de aquella manera.

—¡Eres tan irritante!

—Así me amas.

—No —bufó—, no lo hago. Estoy considerando seriamente intercambiarte por unos de esos lentes de dinosaurio que vimos en la tienda de regalos, pero no vales nada.

—Auch —me llevé la mano al corazón mientras seguíamos andando—, eso realmente dolió.

—Me alegro. —Miró el pequeño mapa del museo que había tomado hacía una hora. Mis pies me estaban matando, pero ni siquiera habíamos recorrido la mitad y ella quería hacerlo por completo—. Ahora, ¿dónde se supone que está la nueva ala?

Me asomé sobre su hombro y miré las líneas rojas del mapa, que mostraban pasillos, exposiciones y galerías, pero lucía más como un laberinto para mí. Estaba seguro de que habíamos pasado frente a la nueva ala del museo varias veces pero no la notamos; era eso o aquel lugar era más grande de lo que me gustaría admitir. Algunas cosas, como los chimpancés y los huevos de dinosaurio, habían sido geniales, tenía que admitirlo, pero la mejor parte del recorrido fue la sonrisa permanente en el rostro de Ángela y la manera en la que mordía su labio con suavidad cada vez que se concentraba en las exposiciones tras las vitrinas de vidrio. Era asombroso mirar la variedad de expresiones que podía mostrar su cara, mi exhibición de arte privada.

—Lo estás sosteniendo al revés. —Tomé el mapa de sus manos e intenté mirarlo desde otra perspectiva.

—No es cierto, soy una gran guía.

—Podrías perderte dentro de tu armario. —Ignoré su manotazo—. De acuerdo... Según esto, debemos pasar la zona de juegos, luego a los mamut, doblamos a la izquierda y seguimos hasta encontrar una puerta color rojo.

—Vamos a terminar en el estacionamiento. ¡Dame eso!

—Tengo razón, ¿lo ves? —Señalé, confiado—. La nueva ala con los fósiles está justo al lado de los soldados romanos.

—Esto es un museo de ciencia natural, aquí no hay soldados.

—¿Entonces qué son estos muñecos? —Fruncí el ceño, acercando el mapa a mis ojos.

Ángela gruñó con exasperación:

—¡Por Dios Santo, Sebastián, ese es el baño!

—¿Estás segura? Lucen como soldados para mí.

—¡Eres insoportable!

—Y tú una histérica. Ya estaríamos en el ala si me hicieras caso.

No daba crédito a mis palabras y la mezcla de indignación y enojo en su

rostro era muy clara. El rubor cubrió su piel y comenzó a formar puños con sus pequeñas manos. Era irremediablemente tierna así de molesta, pero sabía que si seguía tentando mi suerte acabaría con un cuchillo en mi cuello y mi cuerpo empotrado contra la pared. Conocía la luz bondadosa de aquella chica así como sus tonos oscuros y los colores a medias.

—¿Eso crees? —siseó, entrecerrando los ojos—. De acuerdo, vamos a hacer una apuesta. El que llega primero al ala, gana.

Solté una carcajada, cruzándome de brazos y devolviéndole su mapa. No lo necesitaba.

—Pan comido, cariño. Si gano, harás galletas para mí cada fin de semana durante un año. No me importa lo mal que cocines, sobreviviré.

—¡Bien! Pero cuando yo gane, tú harás la fila para comprar mis entradas al concierto de One Direction.

Mi mandíbula cayó y las cejas me llegaron hasta el nacimiento del pelo.

—No puedes estar hablando en serio. Hay chicas que acampan allí, se agotarán antes de que yo las compre.

—Entonces asegúrate de ganar o de conseguirte unas buenas mantas y ser el primero en la fila. —Sonrió con triunfo e imitó mi postura, cruzándose de brazos con una ceja arqueada—. ¿Aceptas?

Borraría esa expresión satisfecha de su rostro. Por más que temía tener que permanecer tres días acampando fuera de una boletería, no le daría el placer de verme retractarme. Me lo recordaría por el resto de nuestra vida juntos y no pasaría un solo día sin ver esa mirada de superioridad. Ganaría aquella ridícula apuesta y engordaría, o moriría por intoxicación alimentaria, a punta de galletas. Ángela estaba retando a la persona equivocada.

—Bien, acepto.

—A la cuenta de uno, dos... —Y salió corriendo entre carcajadas.

—¿Y el tres? —grité, indignado.

—¡Prepara tu tienda de acampar! —fue su respuesta. Entonces dobló en una esquina y desapareció de mi vista.

Realmente lo intenté. Puse todo mi empeño en la búsqueda, caminé hasta que las plantas de mis pies comenzaron a doler y mi espalda se quejaba como la de un hombre que llevaba más años en el planeta. Me negaba a pedirle indicaciones a alguien, pues mi orgullo de macho estaba en juego, pero otros diez minutos después decidí que había sido suficiente. Ángela seguramente ya estaría regodeándose y esperándome con una taza de té caliente para celebrar su triunfo. ¿De qué serviría alargar mi derrota? Mentalmente me pateé el

trasero por haber aceptado semejante cosa; ya me imaginaba con los oídos sangrando después de tanto llanto y griterío que habría en aquella boletería.

Suspiré, lamentándome otra vez, pero entonces divisé una melena de color dorado y caminé hacia ella con la cabeza gacha. Aceptaría mi fallo con lo que me quedara de dignidad e iría a comprarle sus entradas, todo por haber pasado de largo aquella ridícula ala nueva. ¿Era invisible acaso? ¿Por qué nunca pude encontrarla? Juro que caminé todo el lugar y me concentré en cada detalle.

Toqué su hombro para llamarle la atención, pero fue muy tarde cuando me percaté de que aquella no era mi mejor amiga. Una mujer con un vestido gris ajustado y altos zapatos rojos giró hacia mí, intrigada, y aguardó con una ceja arqueada a que yo pronunciara algo. Era muy guapa y yo solo tenía quince años, así que por poco no me atraganté con mi propia lengua.

—Lo siento —balbuceé al fin—, la confundí con una amiga.

Aquella mujer sonrió. Se me cortó el aliento.

—Tranquilo, cariño —respondió maternalmente—. No pasa nada. Luces un poco perdido, ¿hay algo en lo que pueda ayudarte?

—Estoy buscando la nueva ala... La exposición de... de... —No conseguía recordarlo. Estaba allí de pie haciendo el ridículo de mí mismo mientras ella aguardaba pacíficamente con la cabeza ladeada.

—¿De fósiles de dinosaurio?

—Sí. No he podido encontrarla.

—Eso es porque está en el piso de arriba. ¿Ya te fijaste?

—Ni siquiera sabía que esto tuviera más de un piso.

Soltó una risa encantadora. Me sentía diminuto frente a ella pero al mismo tiempo fascinado. Cuando pude despegar la mirada de su rostro divisé el gafete en su pecho, donde se leía «Mi nombre es Romance, ¿en qué puedo ayudarte?» y solo entonces me di cuenta de que trabajaba en el museo. Bendita suerte la mía.

—Realmente se lo agradezco, señorita.

Volvió a reír. Era una mujer muy risueña e increíblemente simpática. Me sentí cómodo junto a aquella extraña a pesar de que me protegía de la mayor parte de las personas y solo entablaba verdaderas conexiones con un par de ellas. Romance tenía algo especial, y no era solo lo abrumador e impoluto de su presencia.

—No soy una señorita, cariño, estoy casada.

Sonreí sin poder contenerme por más tiempo:

—Usted sigue siendo joven y hermosa, créame.

—Mamá, ¿estás ocupada?

La voz era demasiado grave, razón por la cual giré para enfrentarme al chico a un metro de distancia que nos observaba con una ceja enarcada. Era ridículamente alto y más delgado que yo. Tenía el cabello oscuro revuelto y los ojos muy claros pero, a pesar de su tonalidad al hablar y de que me sacara al menos una cabeza y media de ventaja en estatura, debíamos tener la misma edad. Su rostro era tan joven como el mío; el hijo de Romance no podía ser mayor que yo.

—¡Cielo! —saludó la guía del museo, regalándole una sonrisa más brillante que la que me concedió a mí. Aquello me molestó un poco—. ¿Qué haces aquí?

—Te traje tu almuerzo. —El chico sostuvo en alto una bolsa marrón, pero hablaba sin apartar sus ojos gélidos de los míos—. Lo cociné para ti. Es tu favorito.

—Mi bebé hermoso, no tenías que molestarte.

Me negaba a apartar mis ojos de los de aquel chico. Sabía que pretendía intimidarme pero no tenía ni idea de con quién se estaba metiendo. Podría ser un luchador profesional y aun así yo no me amedrentaría ante ningún reto. ¿Por qué lucía tan furioso?

—Con gusto, mamá. ¿Ya has terminado con él?

—De hecho —interrumpí, dejándome llevar por instintos territoriales primitivos y un insano deseo de pelear—, iba a pedirle que me acompañar al segundo piso.

—Tienes pies, amigo, camina tú solo.

—Pero ella trabaja aquí, ¿no es así? Para eso le pagan.

Dije la cosa equivocada y lo supe en el instante en el que las palabras abandonaron mis labios. Mi interior se retorció con culpa y quise arrepentirme, pero el hijo de Romance saltó hacia delante, dejando caer la bolsa con el almuerzo, y tiró de las solapadas de mi camisa hasta que nuestros rostros estuvieron al mismo nivel. Por un segundo mis pies dejaron de rozar el suelo pero conseguí mantenerme en la punta de ellos. La mirada en los ojos de aquel chico pasó de la irritación a la furia con tal rapidez que me mantuve en silencio, estupefacto.

—Nunca vuelvas a tratar a mi madre de esa manera, ¿me escuchas? —rugió cada palabra, sacudiéndome—. Debí saber lo imbécil que eras en el momento en el que empezaste a comértela con los ojos.

—¡Vasil —saltó su madre, asustada—, suéltalo en este instante!

—Dame una buena razón para no golpearlo hasta sacarle la mierda.

Fue entonces cuando se escucharon pasos apresurados. Cierta voz preocupada gritó:

—¡Sebastián! ¿Qué sucede?

—Nada, Ángela, vete de aquí —ordené en cuanto se detuvo al lado de Romance, con sus ojos horrorizados puestos solamente en mí.

—¿Qué está pasando? —Entonces miró al tal Vasil, frunciendo con furia el entrecejo mientras se ruborizaba—. ¡Suéltalo! ¿Qué te pasa? ¡Ya, déjalo!

—Dile a tu amigo que aprenda a respetar a las mujeres —escupió mi atacante, manteniendo sus ojos clavados en los míos.

Intenté arrancar sus manos de mi camisa pero fue inútil; el sentimiento de impotencia me hizo enfurecer. ¿Quién demonios se creía aquel idiota para humillarme delante de Ángela? Iba a vengarme de él y disfrutaría cada segundo, decidí en ese instante, pero fue entonces cuando su madre colocó una mano en su hombro y dijo lentamente:

—Este no es el chico que yo crié. Suéltalo ahora mismo, jovencito, es una orden.

—No.

—¡Vasil Martínez —finalmente alzó la voz. Sentí los ojos de todos los visitantes del museo puestos en nosotros—, soy tu madre y harás lo que yo te diga!

Pero él se negó y de soslayo noté cómo el rostro de Romance lucía entre molesto y sorprendido. ¿Era la primera vez que su hijo ignoraba sus órdenes? Si era así, comprendía por qué se mostraba tan indecisa sobre cómo proceder. Si Vasil no me soltaba entonces arreglaríamos aquello a los golpes en la mitad del museo, y un día que estaba destinado a hacer sentir mejor a Ángela no terminaría nada bien.

Pero todo cambió en solo un instante, con una frase corta pronunciada bajo el aliento de una persona de gran corazón.

—Te lo suplico —dijo Ángela con suavidad, llamando su atención—, no le hagas daño.

Vasil abandonó mi mirada y lentamente giró la cabeza. Sus ojos se clavaron en Ángela y recorrieron cada facción de su rostro, analizando las depresiones y las elevaciones como montañas. Se perdió en ella como lo había hecho yo tantas veces antes; y mi mejor amiga solo fue capaz de devolverle una mirada titubeante pero no se intimidó.

El chico soltó mi camisa y perdí el equilibrio, por poco caigo al suelo. Su

madre me preguntó cómo me encontraba, pero la cólera ardió en mí al notar que el idiota seguía mirando a Ángela sin pronunciar palabra, como si cada secreto del universo estuviera escrito en ella. Mi mejor amiga de inmediato clavó sus ojos en mí y dio un paso al frente, tomándome de los hombros, pero él continuaba observándola con una intensidad que me provocó uno de los primeros tragos amargados que tendría que saborear a lo largo de la vida.

—¿Estás bien? —susurró Ángela, concentrada únicamente en mí.

Y siempre sería de aquella manera, me repetí en silencio para apaciguarme. Aquella chica nunca posaba sus ojos en otra persona tanto tiempo como los mezclaba con los míos. Vasil podría mirarla con toda la intensidad que quisiera pero nunca sería suya. Ángela me pertenecería durante cada uno de nuestros días. Nos teníamos el uno al otro desde hacía años, y el hijo de Romance no cambiaría lo que habíamos forjado.

—Estoy bien —respondí al fin. Tomé su mano entre las mías, mirando a Vasil fijamente al decir—: Vámonos de aquí.

Ángela permaneció en silencio, muy asustada por el estallido de violencia como para objetar mi decisión. Tiré de ella hacia donde creía que se encontraba la salida del museo, caminamos con los ojos de cada visitante puestos en nosotros.

Cuando estuvimos a punto de doblar la esquina para desaparecer de su vista, la voz de Vasil hizo que detuviera mis pasos:

—Espero no volver a verte por aquí.

No lo miré, sin embargo le respondí tranquilamente mientras sentía la calidez de la mano de Ángela aferrarse con fuerza a la mía.

—No volveremos a vernos nunca —juré— a menos que tengas algo que yo quiera.

Continuamos caminando en vías separadas. Yo tuve razón, y solo volvimos a encontrarnos cuando él me robó lo que más quería, pero ninguno de los dos lo recordaba.

Capítulo 20

—Vine a buscarte para que desayunáramos juntos.

Ignoré sus palabras y volví a besarlo. Traian nos fundió más cerca para profundizar el beso, pero pareció pensarlo mejor y volvió a retroceder. Lo miré con las cejas fruncidas, enfurruñada.

—No me has contestado.

—Cada vez que hablas dejas de besarme. Cállate.

Soltó una carcajada; posé las manos sobre la barba de sus mejillas y seguí besándolo. Por fin dejó las preguntas de lado y se concentró plenamente en mí. Solté un diminuto suspiro con los ojos cerrados, saboreando aquel momento en el que no había desesperación, ni soledad o tristeza... Habían escalofríos impacientes y pestañeos sutiles como mariposas; había dulzura y fuegos artificiales cuya llama ardía con el mismo calor que desbordaba la sangre en mis venas.

—Ángela —siguió hablando a pesar de mis protestas, esquivando mi boca con una sonrisa juguetona que noté al abrir los ojos—, comienzo a pensar que solo soy un objeto sexual para ti.

—Si acepto —suspiré, llenándome de impaciencia—, ¿seguiremos con esto y guardarás silencio?

—Sigo sintiéndome como un pedazo de carne, pero sí.

—Entonces desayunaremos juntos, Vasil. Ahora cállate.

Soltó un gruñido grave, pero su mirada seguía resplandeciendo tanto como la mía.

—No utilices mi primer nombre, amor.

—Traian Serbian suena mejor que Vasil Martínez —concordé.

Suspiró, luego miró sobre mi hombro al sumirse en sus recuerdos y contarme otro detalle de su vida que para él podría ser mundano, pero cada secreto que compartía conmigo acrecentaba más nuestro vínculo.

—Mi padre permitió que mamá eligiera ambos nombres. —Rodó los ojos. Se veía gracioso haciendo aquel gesto, pero no realmente molesto—. Me llamó Vasil como mi abuelo y Traian... solo le gustó el nombre.

—Es bastante original, a decir verdad. —Aproveché el momento y, como si fuera lo más natural, enredé mis dedos en el cabello de su nuca y tiré de él con suavidad. Era liso y sedoso, tanto que por un segundo me cuestioné con qué se lavaría el cabello.

—En Rumanía es bastante común.

Detuve mis movimientos y lo miré fijamente. Elevé tanto las cejas que mi rostro lucía una expresión exagerada de sorpresa, pero aquel dato no me lo esperaba. ¿Cómo algo como aquello nunca salió a colación en alguna conversación? Aunque siendo justa conmigo misma, no es como que hubiéramos tenido la oportunidad de sentarnos y hablar realmente. Apenas sabía algunas cosas sobre él y aun así sentía que podría confiarle mi vida.

—¿Eres rumano?

—Ya quisiera. —Soltó una risa suave—. Mi madre lo era. Vino a América y aquí conoció a mi padre, por lo que decidió nunca regresar. No soy europeo, pequeña.

—¡Claro que sí! Su sangre corre por tus venas. —Entonces lo entendí, abriendo la boca exageradamente y sintiéndome satisfecha conmigo misma al poder resolver mi incógnita—. ¡Por eso eres tan alto! Y por eso tus ojos son así, ¿no es verdad?

—¿Cómo son mis ojos? Y sí —se encogió de hombros—, una vez te dije que todos los hombres en la familia de mi madre tienen mi misma estatura. Soy un enclenque al lado de algunos.

—Tus ojos son hermosos, no finjas que no lo sabes.

—Me lo han dicho antes —ladeó la cabeza, confesando—; pero haría lo que fuera por oírtelo decir a ti.

—Me encantan —informé, haciéndolo sonreír de una manera que me aceleró todos los sistemas orgánicos del cuerpo—. Una de las primeras cosas que me impresionaron de ti.

—¿Y la segunda?

Rodé los ojos, admitiendo:

—Tu coquetería. Hombre, con esa mirada y tu forma de hablar podrías venderle biblias a un ateo. —Tomé nota mental de mi posición, con mis pies sin tocar el suelo, nuestros rostros al mismo nivel y su cuerpo en contacto con el mío—. La verdad no me sorprende estar entre tus brazos en este momento.

—Tarde o temprano ibas a caer. —Comenzó a reír, así que golpeé su brazo con fuerza y lo miré mal—. Es una broma. Nunca pensé que alguien como tú iba a aceptarme.

—Habló el Señor Ojos Bellos que convirtió a mi madre en una quinceañera.

—Al menos ahora sé que no he perdido mi encanto.

—¿Piensas seguir utilizándolo mucho? —Lo dije con tanta rapidez que no pude evitar el tono celoso de mi voz. Me arrepentí inmediatamente, pero

Traian era demasiado inteligente para su propio bien y no lo pasó por alto.

Su sonrisa se ensanchó tanto que dos hoyuelos salieron a saludarme, como si quisieran conquistarme y aplacar el enojo que me recorría al imaginarlo utilizando sus cursis frases de conquista con otra persona. No quería sentir ácido en el estómago al pensar en aquel hombre sosteniendo a alguna mujer como a mí en ese momento, pero era una adulta que debía ser honesta consigo misma, y la verdad es que deseé empujar a Traian lejos ante las imágenes que comenzaron a formarse en mi cabeza, una detrás de la otra.

Pero detuvo mi hilo de pensamientos en el segundo en el que acercó sus labios a mi oído. Quise retorcerme y reír por acto reflejo, pero sopló un aire tibio que me hizo aferrarme con fuerza a sus hombros. Entonces habló, tan bajo que tuve que acercarnos más para poder escucharlo:

—Solo quiero conquistarte, un centímetro a la vez, todos los días. Demostrarte lo maravillosa que eres y por qué me has gustado desde el momento en el que posé mis ojos en ti.

Lo miré, suspirando:

—¿Te he gustado desde que nos conocimos en el estacionamiento del liceo?

Algo se revolvió en los ojos de Traian. No supe identificarlo pero noté que guardó silencio y lo pensó bien antes de responder. Tenía la impresión de que había algo que necesitaba decirme, pero toda su indecisión interna se detuvo y un gris beatífico volvió a engalanar su mirada.

—Sí, justo desde ese momento.

—Ha pasado mucho tiempo. Ya no me conoces, no puedes quererme.

—¿Qué necesito saber sobre ti para poder hacerlo? —cuestionó con urgencia, como si necesitara que yo lo entendiera—. ¿Tu nueva serie de televisión favorita? ¿A qué edad perdiste tu primer diente? —Guardé silencio, sin tener idea de qué responder, así que me explicó—: ¿Crees que saber todo sobre ti es lo que me hará amarte? ¿Me estás diciendo que es imposible querer a una persona si no sabes cuál es su color favorito o la asignatura que más le gustaba en la escuela?

—Bueno... No lo sé... —Y allí, tan simple como eso, puso en duda todo lo que con tanta firmeza creí alguna vez. Él hablaba con fervor, como si llevara mucho tiempo intentando hacerme ver algo a lo que yo me cerraba.

—Esos detalles pueden cambiar con los años. No me he enamorado de la música que escuchas o los libros que gustaste en el pasado, tampoco de tus anécdotas graciosas o de los momentos que te hicieron llorar. Me gustas por

algo más profundo que todo eso. —Su frente sobre la mía, nuestras respiraciones perdiéndose juntas y el peso de sus palabras disipando cualquier duda—. Llámalo como quieras: alma, espíritu, consciencia, personalidad, corazón. Una de esas cosas, o quizá todas juntas, tirarán de mí siempre que estemos en la misma habitación.

—Estás insinuando que me amas. —Empujé contra su pecho, mi respiración acelerándose—. Suéltame.

—¿Por qué huyes?

—Traian, bájame ahora mismo. No te quiero cerca.

—Ya no somos adolescentes. ¡Mírame! —exigió—. Deja de esconderte, de correr cuando temes que saldrás lastima. Sé todo lo que has sufrido, Ángela...

—¡No, no lo sabes!

—¡Intentaste acabar con tu vida justo frente a mí! ¿Crees que no tengo idea de cuán rotas estás?

—Entonces déjame ir y desaparece de mi vida. —Lo volví a empujar, gritando—: Si no soy lo suficientemente buena para que me ames, ¡lárgate de una vez!

—Nunca he insinuado tal cosa —respondió tranquilamente, mirando el estado de pánico en el que se había sumido todo mi cuerpo, con ligeros temblores y los ojos exaltados.

—Siempre vas a recordarme los fantasmas del pasado y me echarás en cara que intenté suicidarme.

—Yo no soy Sebastián.

—Vas a mirarme y solo pensarás en lo dañada que estoy, en cómo hay otras mujeres en el mundo que podrían hacerte más feliz.

—No soy él.

—¡Todos son él! ¡Él es todos y siempre van a juzgarme!

En lugar de empujarme lejos y gritar que yo estaba enferma y resquebrajada, me atrajo y me abrazó con fuerza hasta que mi nariz quedó enterrada en el lateral de su cuello. Mis brazos lo envolvieron automáticamente y dejé escapar las lágrimas que no sabía que estaba reteniendo. No sollocé, sin embargo, solo me aferré mientras expulsaba en silencio las pruebas del daño profundo y el veneno que había corroído mi alma. Yo había sido contaminada, ¿cómo podía encontrar pureza en mí?

—¿Y si te demuestro que para mí no estás dañada?

—Pero lo estoy.

—Recogeré las piezas que estén rotas y prometo sanarlas.

—Estoy harta de vivir de mentiras y promesas falsas.

—Actos, Ángela. Si me das la oportunidad, te demostraré con mis acciones todo lo que te estoy prometiendo con palabras.

—Vas a enamorarme y cuando te canses de mí te marcharás. Y ese será mi final, la gota que colmará el vaso. No podré soportarlo —confesé, estremeciéndome.

—Ten fe en mí.

—¿Quieres que dé un salto ciego?

—¿No crees que yo valga la pena?

—Tú no ganas nada con todo esto. —Cuestioné, aferrándome a su cuerpo aunque intentara marcar distancia con mis palabras—: ¿Gastar tu vida en hacer feliz a una mujer?

—No —corrigió—. Estaré siendo feliz mientras veo sanar a la mujer que me da vida.

—¿Solo necesitamos fe?

Asintió, sosteniéndome con tal fuerza que por un segundo me permití creer cada una de sus palabras, imaginando que por una vez aquel hombre no se marcharía ni me dejaría ir. ¿Podría permitirme abrir mi corazón y amar? ¿Entregarme sin reservas, volver a ser quien fui alguna vez?

—Solo un poco de fe —aseguró.

—¿Lo prometes?

—Lo prometo.

—¿Y si te marchas? —susurré.

—Yo muero.

—¿Y si me voy?

—Moriré también.

—Traian...

—Realmente creo que te amo, Ángela.

cinco años después.
"El amor hace pasar el tiempo,
el tiempo hace pasar el amor".

Capítulo 21

Mi bebé estaba cumpliendo su primer año de edad.

Perssia nació un 12 de octubre por parto natural, pesando siete libras. La enfermera que me atendió tardó en depositarla en mis brazos porque su padre la había acunado en cuanto fue cortado el cordón umbilical, y casi tuve que gritarle a mi marido para que me dejara ver a mi hija.

Una hija. Perssia no lloró, solo me miró con unos enormes ojos grises que hacían contraste con la delicadeza de su carita. Sabía que algunos bebés nacían con los ojos de dicho color pero se oscurecerían con el paso del tiempo; sin embargo, algo en mi interior me decía que aquellos eran en definitiva los ojos de mi hija, tan idénticos a los de su padre que me hipnotizó. La enfermera la observaba encantada mientras ella mantenía sus impresionantes iris fijos en mí. Esa fue la tercera vez en la vida cuando supe que estaba completa y absolutamente enamorada de alguien.

—Tiene tus ojos —alabé sin poder evitarlo, examinando las motas más oscuras dentro del gris claro, cerca de su pupila.

Traian sonrió, con la mirada puesta en nosotras y un halo de devoción haciéndola brillar.

—No puedo creerlo... ¡Sí, los tiene!

—Eres tan preciosa —susurré, tomando su pequeña mano y depositando un beso sobre ella. En aquel instante, Perssia esbozó algo muy parecido a una sonrisa—. Oh Dios mío. ¡Mírenla!

—Sonríele a mamá, Perssia —decía Traian, utilizando un tono de voz dulce y tomando con cuidado su otra mano—. Mi princesa...

—Nuestra —corregí, sintiendo las gotas de sudor aún caer como un río desde mi frente, pero aquellas horas de sufrimiento habían valido la pena. No podía creer que tuviera a una criatura tan pequeña y delicada acunada contra mi pecho.

—Lo hiciste, amor. —Él besó mi cabeza, sonando tan orgulloso que mi corazón se aceleró. Sentí aquel cosquilleo familiar en mi estómago, el cual nunca logró desaparecer con el tiempo—. No puedo creer que por fin haya llegado.

Si no hubiera estado tan agotada habría soltado un bufido burlón.

—Cariño, que Perssia haya nacido es una bendición, porque tú y tu impaciencia estuvieron a punto de volverme loca.

—Nueve meses es demasiado tiempo —dijo con disgusto. Entonces volvió

a centrarse en nuestra hija y su rostro se suavizó, mirándola bajo el más poderoso hechizo—. Pero ella es perfecta... Tan bella. —Se inclinó hacia el oído de Perssia y susurró tiernamente—: Papi te ama.

—Ella también te ama. —Sonreí, acunándola—. Ambas lo hacemos.

Y era cierto. Perssia había dejado de mirarme para centrar toda su atención en el gigantesco hombre con uniforme de hospital que sufrió mucho más que yo durante el parto. Lo que ella no sabía era que ese treintañero pecaminoso y oscuro era su padre, y que con solo un parpadeo ya lo había puesto de rodillas.

Traian no podía dejar de mirarla fijamente y no lo culpaba, había sido un infierno para él tener que esperar para poder tener a nuestra pequeña princesa en sus brazos. No me sorprendió que en cuanto grité de dolor por las contracciones, en medio de un supermercado, me cargara en brazos y me depositara dentro de un carrito de compras para empujarme los kilómetros que faltaban hasta el hospital. Una embarazada gritando y un hombre frenético transitando las calles principales con un carrito robado habían sido una escena bastante peculiar que terminó apareciendo en el noticiero. Una semana después, mientras me veía a mí misma en televisión nacional gritando maldiciones y quejándome del dolor, volví a preguntarme por qué Traian se alteró tanto que no se le ocurrió llevarme al hospital en nuestro automóvil, el cual estaba aparcado justo frente al supermercado.

Pero el tiempo había transcurrido demasiado rápido, más de lo que a nosotros nos gustaría, y aquella criatura vulnerable era ahora una niña preciosa con dos colitas de cabello rubio intenso y los mohines más tiernos que hacían tambalear el corazón de su padre.

—¿Has visto la vela para el pastel? —pregunté, buscando entre todos los cajones de la cocina, incluso en el armario con las ollas y los sartenes.

—La puse sobre el armario blanco —escuché a mi marido responder a mi espalda, pero no tenía tiempo para mirarlo, estaba demasiado atareada.

Giré hacia aquel armario y divisé la punta rosada de la vela sobre él. Estaba muy estresada y había pasado gran parte de la mañana buscándola. Los invitados no tardarían en venir y aún faltaba comida por ser preparada e inflar los globos que estarían decorando las mesas del jardín. Hice un intento vano, estirando el brazo y poniéndome de puntillas para alcanzarla, pero habían pasado dos años desde que compramos aquella casa y nunca lo había logrado.

Suspiré, tan irritada que evité mirarlo para contener los insultos que picaban mi lengua.

—¿Por qué siempre colocas cosas allí cuando sabes que no podré alcanzarlas? —le pregunté.

Dos manos firmes tomaron cada extremo de mi cadera y me empujaron contra su ingle. Su pecho colisionó contra mi espalda y mi lívido se despertó de inmediato al sentir aquellas palmas rasposas a través de mi bata de maternidad, la cual seguía vistiendo aún un año después de haber dado a luz. Traian alzó su mano y ni siquiera la estiró por completo antes de tomar la vela de la cima del armario y depositarla lentamente en la encimera frente a mí.

Mis dedos se aferraron a ella con todas mis fuerzas cuando tiró de mi cabello hacia un lado y expuso mi garganta para él. Cerré los ojos en el momento en el que habló y su respiración le permitió rozarme.

—Lo hago porque me encanta poder ayudarte —susurró—, y porque cada vez que te estiras me das un vistazo de esas lindas braguitas blancas que estás vistiendo.

—Eres tan insoportable.

—No estés tan estresada, amor. —Uno de sus brazos envolvió mi cintura y nos presionó con fuerza mientras su mano libre ascendía lentamente hacia mi pecho—. Te ayudaré a relajarte.

—¿Quién relajará a quién? —conseguí pronunciar cuando lo sentí mordisquear mi cuello. Traian soltó una risa grave que me dio escalofríos placenteros, y por fin aquella poderosa mano acunó completamente mi pecho—. La bebé está durmiendo.

—Es nuestra oportunidad. Solo no grites demasiado.

Abrí los ojos, sorprendida. Giré y de inmediato me encerró entre su cuerpo y la encimera de la cocina, pero me concentré en el brillo malicioso de sus ojos y la manera en la que lucía tan inmoral con su barba oscura bien recortada. No podía creer lo que acababa de decir.

—¿Disculpa? ¿Quién es el escandaloso aquí?

—Usted, mi bella dama.

—¡Yo no soy... ruidosa!

Mostró una sonrisa obscena, la cual se volvió más familiar para mí con el paso del tiempo.

—Me encanta que no admitas que adoras todas las cosas sucias que te hago.

—No es cierto.

—¿Recuerdas la vez en la que te puse sobre tus rodillas en...?

—¡Traian Serbian!

—Joder, amor, sabes que amo cuando gritas mi nombre.

—¿Qué sucede contigo esta mañana? —cuestioné, ocultando mi sonrisa de satisfacción bajo una fachada de molestia. Saber que me deseaba después del parto, y a pesar de estar vestida con un gigantesco trozo de tela amorfo, me hacía derretirme aún más por él.

—Necesito algo de atención —ladeó la cabeza, dándome una mirada suplicante que era demasiado familiar.

—¡Esos son los ojos de cachorro que hace Perssia! —No pude evitarlo y estallé en carcajadas—. Hombre, has caído demasiado bajo.

—Creí que así convencería a mi esposa de que hiciéramos el amor duro y rápido sobre el mueble de la cocina.

Yo seguía riendo con deleite, así que aprovechó mi distracción para volver a darse acceso a mi cuello y llenarlo de mordiscos. Traian disfrutaba hacer aquello por todo mi cuerpo, además de colocar besos sobre las estrías que me habían quedado, y yo se lo permitía porque lo amaba con todo mi ser. Estaba profundamente enamorada del padre de mi hija, el hombre con el que contraí matrimonio hacía menos de dos años atrás, el mismo que me hacía reír hasta las lágrimas por la mañana y gemir audiblemente por las noches.

—Eres insaciable —reñí cuando alcanzó los tirantes de mi bata y los deslizó por mis hombros con facilidad. Aquel pijama era tan enorme que cayó por sí solo a nuestros pies y quedé vistiendo solo un par de bragas de aburrido algodón blanco.

—Muchas mujeres no protestarían ante eso. —Me había visto desnuda incontables veces antes, pero siempre recorría mi cuerpo con los ojos como si quisiera aprender algo nuevo sobre él.

—Pues vete con ellas.

—No puedo. Mi esposa me da miedo.

—Oh, amor —me relajé y volví a reír, así que se aproximó los centímetros que hacían falta y coloqué mis manos sobre la camiseta de su ropa de dormir—. Si los del trabajo te escucharan decir eso se burlarían de ti por un año.

—Creen que me tienes dominado —informó como si yo no lo supiera desde hacía mucho tiempo, pero al hacerse sonar como una pobre víctima casi caí en su juego.

—¿Eso te molesta?

Sonrió, mirándonos fijamente, habiendo pasado juntos tanto tiempo que la diferencia de estatura ya no nos importaba.

—No. ¿Recuerdas lo que te dije anoche? —Repetimos al unísono—: Me

encantas.

—Me lo dices todos los días —asentí—. Ya no sé si creerte.

—Ustedes dos son las dueñas de mi vida, Ángela —manifestó con intensidad, borrando cualquier rastro de sátira de su expresión—. No lo dudes ni por un momento, porque eso es demasiado tiempo, y no me permitiré perder tu corazón ni un instante.

—Si tenemos un hijo y hereda tu elocuencia, vamos a estar en problemas.

—Cuando tengamos un hijo —sonrió—, aprenderá de su padre cómo se cazan los ángeles.

Fue entonces cuando me impulsó hacia arriba y me sentó sobre el gélido mueble de granito de la cocina. Nuestros labios quedaron casi a la misma altura y se detuvo antes de atreverse a besarme, con nuestras respiraciones erráticas como si fuéramos otra vez un par de adolescentes que temen ser pillados haciendo cosas incorrectas en la casa de sus padres. Siempre sentía aquella adrenalina y emoción con él, no importaba cuántos días pasaran, me hacía sentirme una jovencita y una mujer.

—¿Qué haces cuando cazas a un ángel? —pregunté, mordisqueando mi labio cuando lo vi relamer los suyos.

—Mantenerlo y cuidar de él.

—¿Cómo se hace eso?

—Por ahora —susurró—, haciéndole el amor lentamente y dejando que agonice de placer en silencio hasta que quiera permanecer por siempre en tu poder.



—Bueno —anunció Traian saliendo al patio, donde yo terminaba de organizar la mesa con los dulces y los bocadillos—, estamos listos. Baño finalizado y pañal recién cambiado.

—¿El tuyo o el de ella?

—Muy graciosa. Cuéntame ese chiste en cincuenta años.

Cargaba a Perssia en su brazo izquierdo. Mi muñeca tenía un sutil flequillo sobre la frente y el resto del pelo sujetado con una liga en la parte más alta de su cabeza. Venía feliz, aplaudiendo mientras papá la hacía rebotar y se dirigían hacia mí a través del césped. Noté que traía puesto un vestido color azul rey con bordados de encaje y me crucé de brazos al mirar a Traian.

—Ese no fue el vestido que escogí para ella.

—No —confirmó—, este se lo compré ayer.

—¿Por qué? ¿Eres consciente de que nuestra hija tiene un armario más grande que el de Paris Hilton?

Traian se encogió de hombros, tomando un bocadillo con su mano libre y depositando un ruidoso beso en la mejilla de Perssia cuando acabó de comerlo. Ella, maravillada, comenzó a reír e iluminó los ojos de su padre.

—Cuando salí de la oficina, pasé frente a una tienda y lo vi. Mírala, dime que no luce preciosa.

—Por supuesto que sí —coincidí de inmediato. Aquel color resaltaba con su piel pálida y hacía que los ojos grises de Perssia lucieran felinos—. Pero mamá le compró demasiada ropa y está creciendo muy rápido. Necesita usarla toda antes de que no le quede, pero tú le compras vestidos cada vez que sales.

—Cuando ya no le quede su ropa, la donaremos a la caridad —me tranquilizó, quitándole el babero que se había llevado a la boca—, pero no voy a dejar de comprarle cosas a mi hija si tengo el dinero para hacerlo.

—Trabajas en una agencia de seguridad, cariño, no eres Batman.

Volvió a encogerse de hombros, mirándola fijamente.

—Seré lo que ella quiera.

—¿Y si quiere que te disfraces de payaso para su fiesta de cumpleaños? Tú los odias.

Se estremeció visiblemente.

—Eso no va a pasar. Hice un gran esfuerzo contratando uno para hoy.

—¿Pero si ella te lo pidiera?

Ni siquiera lo pensó antes de responder:

—Lo haría. —Besó su frente y la acunó contra su pecho, hablándole como si la bebé lo comprendiera—: Esos ojos tuyos harían caer imperios si te lo propusieras.

Sonreí tan maliciosamente que por fin me concedió su atención y noté cómo entrecerró los ojos con desconfianza. Había caído en mi trampa y ambos lo sabíamos; ya no había tiempo ni excusas para retractarse. Los invitados debían comenzar a llegar en menos de media hora, un conjunto de madres con bebés de la misma edad de Perssia que conocí gracias a las clases para padres primerizos a las que íbamos cada sábado. Nuestro patio estaría repleto y ambos sabíamos que a pesar del inflable para niños y la piñata de Moana nuestra fiesta sería un fracaso total sin el payaso.

—Me alegra que digas eso, porque el payaso llamó para cancelar.

—No necesitamos uno —intentó razonar sin mucha convicción.

Mi sonrisa era tan grande que partiría mi cara en dos. Más me valía tener

lista la cámara.

—Pero conseguí prestado un disfraz, lo he puesto en nuestra cama. —Casi exploto de la risa ante la mirada horrorizada en el rostro de Traian. Stephen King le había ocasionado un daño irreparable a mi pobre y hermoso hombre—. Apresúrate. —El timbre sonó y me entusiasmé, sintiendo una corriente de energía fluir por todo mi cuerpo. Tomé a Perssia de sus brazos y aspiré su aroma a bebé—. ¡Date prisa, Batman, tu hija no puede esperar!

Traian nos miró por un largo rato, ignorando la insistencia de quienes presionaban el timbre. La cumpleañera dejaba escapar sonidos que dentro de unos meses se convertirían en palabras concisas, sin saber el dilema interno que estaba padeciendo su papá en ese momento. Se veía tan ofuscado que hice todo lo posible por ocultar mi sonrisa, hasta que le dio una última mirada a Perssia y clavó sus ojos en mí, afirmando con voz rasposa:

—Tienen tanta suerte de que esté tan condenadamente enamorado de ustedes.

Giró sobre sus pies y entró en la casa, dejándome con el corazón en la mano. Miré a la pequeña criatura que fue una repentina sorpresa en nuestras vidas de recién casados pero que de inmediato se convirtió en la más absoluta alegría, y luego volví a mirar hacia nuestra modesta pero acogedora casa de madera de dos pisos. Uno de los escalones necesitaba reparación y Traian había prometido que al día siguiente taparía las goteras del techo, pero me encontré siendo feliz porque lo que tenía era más de lo que nunca había imaginado.

La puerta que daba al patio se abrió y una curvilínea mujer con el cabello teñido rojizo y degrafileado acabó con toda la calma del hogar, exigiendo en voz de mando:

—¿Por qué demonios nadie abre la puerta en esta casa?

—¿Tú eras la que tocaba el timbre como desesperada?

—Joder, sí, creí que ustedes dos estaban dándose un rapidín y decidí entrar a proteger a mi sobrina de sus perversiones. —Se detuvo frente a nosotras. Arrojó su bolso de cuero sobre la mesa de bocado que me tomó horas decorar y robó a Perssia de mis brazos—. ¿Dónde está la cumpleañera más hermosa? ¡Feliz cumpleaños, reina de mi corazón, el ser humano más bello y consentido de este planeta! —Y comenzó a llenarla de besos mojados que la hicieron reír. Desde que nació supimos que sería una niña completamente risueña, encargada de alegrarnos la vida.

—¿Cómo no va a ser consentida con el papá, la abuela y la tía que tiene?

—Suspiré, preocupada—: Ya no sé dónde meter su ropa. Tendré que cederle parte de mi armario.

—Entonces no veas el regalo que dejé en la cocina —bufó Val—, te dará un infarto. The Little Factory tenía descuento en zapatos de niña y me volví loca.

—Jesucristo —rezongué, pero me di aliento a mí misma y enderecé la espalda—. ¿La puedes cuidar un rato? Veré cómo le va a Traian y me vestiré para la fiesta. —Porque cuando dicen que mamá es la última en estar lista, tienen razón. La celebración no había empezado y ya me sentía agotada.

—Puedo cuidar a esta preciosura el resto de mi vida si eso es lo que quieres. —La sacudió en el aire y le hizo una mueca graciosa, satisfecha cuando vio de nuevo su sonrisa. Entonces me preguntó—: ¿Dónde está el hombre de la casa?

—Arriba... El payaso canceló y le conseguí un disfraz.

Perssia regresó inmediatamente a mis brazos y escuché el sonido del tacón de las botas de Valerie mientras corría hacia el interior de la casa.

—¿Adónde crees que vas? —le grité, confundida.

Ella giró, se dobló sobre sí misma, riéndose tanto que lágrimas corrían por sus mejillas. En cuestión de segundos se había sonrojado y no conseguía el aire para respirar, mucho menos para hablar. Por un segundo me preocupé por ella, hasta que jadeó y balbuceó:

—¡Necesito... mi cámara! —Volvió a soltar otra risa histérica y desapareció dentro de la casa. Sus carcajadas nunca dejaron de oírse, lo cual me hizo reír también.

Traian debía estarla escuchando desde el piso de arriba y poniendo los ojos en blanco ante lo que se avecinaba. Valerie convertiría aquel primer cumpleaños en un recuerdo memorable para todos.

—Tu tía está loca, Perss —le informé, pero ella solo me miró con sus ojos enormes y brillantes, siempre atenta cuando escuchaba el sonido de mi voz—. En realidad, a toda tu familia le hace falta un tornillo. Por eso apareciste tú, para darle sentido a nuestra

Primera carta

Hospital Psiquiátrico San Agustín.

Los ángeles que pertenecieron a la primera jerarquía del cielo fueron los serafines quienes, junto a los querubines, eran la esencia de Dios. Los serafines se encargaban de llenar el cielo de música, y con sus instrumentos colmaban de alegría la corte celestial. Cantaban sin cesar y fueron la inherencia más pura del amor. Su ardor y la pureza con la que amaban les otorgaron el nombre de «rayos de fuego del amor». Eran representados con un par de alas cubriendo sus rostros debido a que solo Dios tenía derecho a mirar su exquisita belleza y su halo sagrado de ternura.

Sé todo esto porque he estudiado desde que estoy aquí. Los libros se apilan en las esquinas de la minúscula habitación; cada título es una variante ramificada del anterior. Siete meses han pasado desde la última vez que te vi, aquel fatídico día en el juzgado, y desde entonces me he dedicado a aprender más sobre ti. He leído tu origen, tu pasado y las memorias que ni siquiera tú recuerdas. No puedo culparte, preciosa mía, tu sencillez siempre impidió que vieras cuan brillante llegabas a ser. No te permitió advertir lo singular que eras entre todos nosotros, pecadores y villanos, que contaminamos tu esencia con nuestra maldad.

Secretamente lo supe entonces y con toda certeza lo afirmo ahora: Eres un ángel. Descendiste de la corte celestial con el propósito de darle sentido a la vida de todos los que nos hemos encontrado alguna vez contigo. Comenzaste a caminar sobre la tierra con la memoria desprovista de tu verdadera identidad, y nuestros destinos se cruzaron en una danza que culminó en corazones desgarrados. Ahora entiendo que no fue mi culpa caer rendido ante tu belleza; ni siquiera tuve la oportunidad de resistirme alguna vez. Fuiste creada con el bosquejo de la pena humana encerrada en la pulcritud divina, un mar de sueños rotos y caricias suaves, la clase de fantasía en la que estuve destinado, desde un principio, a ahogarme.

Ángela, te extraño tanto. No supe el significado de ese verbo hasta que te vi por última vez. Pero de ti no extraño la cercanía física, pues ya hemos estado separados antes y nunca te he necesitado como ahora; antes, mi recuerdo moraba en tu memoria y me mantenías vivo, nuestra conexión seguía latiendo lo suficiente como para prolongarme cuerdo. Ahora que sé que me has olvidado, ni siquiera traído a tu mente por casualidad, es cuando siento el filo acerado.

Porque tú misma lo dijiste, mi preciosa chica. Recuerdo aquel día en la Corte, cuando te negabas a mirarme a los ojos desde que empezó el juicio y permaneciste en silencio. Enloquecía en mi propio asiento, ignorando a cualquiera que no fueras tú. Quería levantarme y estrecharte en mis brazos, acabar con los sollozos silenciosos que te sacudieron cuando tu abogado presentó el caso. Pero nunca me miraste, como si yo no estuviera a menos de un metro de ti, vestido con un traje barato y empapándome con tu sufrimiento. Estabas tan callada que te creí muerta, la culpabilidad me apuñaló al pensar que yo había asesinado lo que una vez me hiciste amar.

Fue entonces cuando te llamaron al estrado y tuve la esperanza de que por fin nuestros ojos se encontraran al tenerte frente a mí, pero me rompiste el corazón, Ángela. Hablaste de nuestro tiempo juntos como si hubiera sido tu pesadilla encarnizada, estropeando lo que vivimos, haciéndole creer a todos que había sido malo. Sabía que te había hecho daño, pero en el fondo nos amábamos de algún modo extraño. Sé que tú también lo sentiste, quería gritarlo ante toda la sala, pero fuiste incapaz de enfrentarme mientras me acusabas de arruinar tu vida perfectamente planeada. Yo no arruiné tu vida, preciosa mía, nosotros éramos un camino de un solo sendero y recorrerlo juntos era todo cuanto fuimos creados para hacer. Por lo que aun escuchándote con la voz quebrada diciendo mentiras, en mi interior sabía que siempre te perdonaría.

En aquel momento por fin comenzaste a alzar la mirada, y recuerdo la pausa que hizo mi corazón, como si esperase su soplo de vida preciada. Pero lo miraste a él, Ángela. Sentado detrás de mí, no necesitaba girarme para saber en quién habías clavado la mirada. Mis dientes rechinaron con furia y mis manos se volvieron puños sobre la mesa, recordando cómo entraron a la sala tomados de la mano. Aún cuando yo era la causa de tu sufrimiento, y aunque tu corazón se rompiera hablando de mí, tus ojos nunca lo abandonaron hasta acabar de testificar. Fuiste infiel justo frente a nuestros ojos pero no te importaba. Condenaste a tu alma gemela por un simple capricho repleto de superficialidad y mentiras; elegiste a alguien a quien no podrías amar ni viviendo nueve veces tu vida.

Han pasado siete meses desde que el juez me condenó y tuve que aceptar declararme psicológicamente inestable. Ahora yazgo aquí, en un hospital alejado de la mano de Dios, del amor y de ti. Me pregunto qué estarás haciendo mientras yo escribo esta carta; ¿estudiando, quizá? Debes estar a punto de terminar tu carrera, mi chica inteligente. Nunca comprenderás lo

orgullosa que me hacías sentir desde la escuela, cuando dijiste frente a toda la clase que querías ser la Power Ranger amarilla a pesar de tu miedo a ser juzgada. Fuiste mi ejemplo desde entonces, lo más alto a lo que siempre pude aspirar; a ser lo suficientemente digno para estar a tu lado.

Con el paso del tiempo mi vida solo pudo empeorar, y traté con fuerza de resistirme y no dejarme manchar por el alquitrán que moraba en la inmundicia humana, pero algunos de nosotros no estamos hechos para ser felices. Con la gente como yo, la vida es cruel y juega con la tentación de ofrecernos la llave de la felicidad en la palma de nuestra mano pero imposibilitándonos tomarla. Recuerdo que mi esperanza murió completamente el día en que mi hermana falleció por mi culpa. Aquello desmoronó la última parte de mi corazón que me hacía digno de ti, y lloré por días dándome cuenta de que todo el mundo estaría mejor sin mí. En aquel punto, recordando mi concepción, mi infancia, mis culpas y mis pecados, acepté que nunca, aunque tuviera la posibilidad, iba a atarte a mí.

La adolescencia fue lo más difícil, y al saber que no podías ser mía traté de conseguir lo que pudiera de ti, porque tus emociones, Ángela, los retazos de miradas que me dabas hacían suspirar a este ser que por momentos carece de alma. Hacerte sufrir me desgarraba tanto como a ti, pero me alimentaba de tu dolor como un enfermo, desesperado por cualquier pedazo tuyo. Así pasé mis días, lamentándome por lo que hacía pero necesítandolo cada vez más. En algún momento llegué a ansiar hacerte daño, solo porque mi existencia sin tu voz y tus lágrimas parecía más turbia de lo que estaba destinada a ser.

Todos en la Corte pensaban que estaba loco cuando me escuchaban hablar de la fuerza de nuestro amor, y así fue como acabé aquí. Tengo una foto nuestra, arrugada y manchada, que escondo bajo el colchón de mi cama. Los enfermeros me traen todos los libros que les pido siempre que me mantenga tranquilo cuando me medican, pero no me permiten acceder a nada relacionado a ti. Dicen que aumentas mi locura, cuando la realidad es que siempre has sido tú la razón por la que soporto la inclemencia del mundo que me tortura. Nuestra foto juntos, de un festival al que fuimos en la escuela, es tan vieja como nuestra amistad, y mientras mi sonrisa se despinta con el paso del tiempo, la tuya permanece tan brillante como en el momento en que la vi en el autobús.

No sé qué es de tu vida, Ángela. Temo que sigas con él, que las miradas y sus manos entrelazadas fueran un indicio de que sentías algo, pero me tranquilizo al recordarme que tú nunca me harías daño. Siempre fuiste la

persona que me protegió y me dio su apoyo. El único ser humano que nunca intentó lastimarme e, irónicamente, el causante eterno de mi dolor. Debiste percatarte de que lo tuyo con Vasil sería una aventura pasajera y ahora debes yacer sola en tu cama pensando en mí. Yo también pienso en ti, preciosa mía, durante cada momento en el que no estoy medicado. Hoy, por primera vez en meses, escucharon mis ruegos y me han traído papel y lápiz para escribirte esta carta. Los doctores opinan que será terapéutico expresar todo lo que nunca te he podido decir, pero mi esperanza secreta es que recibas esta carta y me estés extrañando tanto como yo a ti para que puedas sacarme de aquí.

Te estoy esperando, Ángela. Libérame de mi prisión física y mental, devuélveme la paz que tuve al principio de mi vida, la cordura que ahora me falta. Por momentos me encuentro lúcido y culpable, pero luego la locura me consume y desvarío sin poder evitarlo. Quizá encuentres incongruencias en esta carta, pero entiéndeme y acéptame; he logrado concluir que existen dos como yo. Ambos hemos escrito esta carta. Los doctores creen eso también. El Sebastián cuerdo y el maníaco se confunden la mayoría del tiempo y a veces no los distingo, pero lo único de lo que tengo certeza, y lo único que debes tener presente, es que estas dos personas te aman con una obsesión insana y ansían el momento en el que regresarán a ti.

Tuyo eternamente,
Sebastián Videla

Capítulo 22

—¿Con quién intercambias tantos mensajes?

Valerie se hallaba sentada en la cama matrimonial que Traian y yo compartíamos, su teléfono a la altura del rostro mientras tecleaba. No había pronunciado palabra desde que me acompañó dentro de la habitación para cambiarle el pañal a Perssia, cerca del final de la fiesta.

A pesar de que insistí en arreglar para la bebé una de las cuatro recámaras de la casa, decorando con tonos pastel y pegando siluetas de tiernos animales como jirafas y elefantes en las paredes, después de haber invertido horas en hallar el tipo adecuado de pintura para la habitación y en asegurar la estancia para que Perssia no corriera ningún riesgo de aquí a veinte años en el futuro, en el momento en el que la decoradora de interiores recibió su pago y cerró la puerta de nuestra casa, Traian giró hacia mí y manifestó:

—Quiero que duerma con nosotros.

—No puedes estar hablando en serio.

—Es un bebé, no puede estar solo en ningún momento. ¿Cómo pretendes que duerma aquí?

—Cariño —me encontraba sin palabras, contrita ante la severidad de su semblante y la rudeza con la que hablaba—, nuestra habitación está justo al lado. Tenemos tres monitores para bebé y dijiste que ibas a instalar cámaras de seguridad. ¿No te parece suficiente?

—No —respondió, cruzándose de brazos y distrayéndome con el camino de venas que se remarcaba sobre su piel. El día de aquella discusión llevaba puesta una camiseta gris que hacía maravillas con sus ojos y mantenía los brazos al descubierto.

—Traian, sé razonable. —Me llevé la mano a la espalda, sintiendo el dolor después de haber permanecido de pie mientras inspeccionaba el resultado final de la habitación junto a la decoradora—. Soy enfermera y soy su madre, ¿crees que no me preocupa su bienestar? Me encantaría pasar las veinticuatro horas del día junto a ella, pero los bebés crecen muy rápido y llegará un punto donde tendrá problemas por no haber aprendido a ser independiente.

Suspiró, pasando los dedos a través de su cabello y tirando de él con fuerza. Su barba casi rozaba la cima del pecho, el largo máximo que le había visto hasta ese momento, pero prometió cortársela pronto. Consiguió trabajo en una agencia de seguridad gracias a su tío y un par de días a la semana

llegaba a casa tan tarde que se lanzaba derrotado sobre la cama sin pronunciar palabra, dejándome acariciar su piel hasta que se quedaba dormido. Se aseguraba de que su vestimenta fuera impecable, con camisa, corbata y pantalones formales antes de marcharse al trabajo, pero insistía tanto en complacer mis caprichos, como hacerme el desayuno cada mañana a pesar de tener que madrugar el doble, que no tenía tiempo para cuidar demasiado de los detalles de su apariencia personal, como la barba.

Trabajaba incluso los sábados, haciéndome sentir culpable por encontrarme todo el día en casa viendo televisión y llevándome a la boca cualquier cosa que se me antojara. Sabía que necesitábamos su salario con la bebé a punto de llegar al mundo y la hipoteca de la casa sobre nuestros hombros; asimismo era consciente de que con ocho meses de embarazo yo no podía ir a trabajar al hospital, pero seguí sintiéndome inservible y las hormonas se mostraban encantadas de hacerme llorar por ello regularmente. Mi pobre esposo tenía que lidiar con eso también.

Traian terminó el último año de preparatoria en un instituto especializado en cuanto tuvo la oportunidad, pero no le concedieron una beca para la universidad, quizá debido a su historial delictivo manchado. Entonces consiguió empleo en talleres de mecánica y estuvo trabajando en dos de ellos hasta que logré graduarme de la universidad. Un mes después recibí una llamada del hospital donde hice mis prácticas profesionales y fui contratada de forma permanente. Con mi salario y yo aun compartiendo departamento con Val, Traian y yo obtuvimos una vida muchísimo más estable. Manteníamos un noviazgo saludable, saliendo al menos tres veces a la semana, almorzando y cenando juntos. Fueron los mejores tiempos de mi juventud.

Cuando me enteré de que estaba embarazada entendimos que algo tendría que cambiar. El dinero ya no sería suficiente, y concordamos en que aquel bebé tendría todo lo que alguna vez llegara a desear. Nuestras plegarias fueron respondidas cuando Antonio llamó a Traian y le comentó que uno de sus amigos era dueño de una agencia de seguridad y que estaría encantado de contratarlo, pues hombres con la contextura física y la altura de mi marido eran lo que más estaban necesitando.

El dinero ya no era un factor que nos estresara; rápidamente nos adaptamos a la nueva rutina, todo por Perssia. Cuando nos sentíamos flaquear, recordábamos que nos esforzábamos por el bebé, para poder ofrecerle una calidad de vida digna. Lo cual no explicaba por qué mi esposo me estaba diciendo que echaríamos a la basura todo el dinero que invertimos

remodelando y adaptando aquella habitación. Él estuvo presente en la elección de los tonos lila y celeste, también compró la cuna y ayudó a pintar las paredes.

—Solo quiero mover su cuna a nuestra habitación y poder vigilarla adecuadamente —insistió, suspirando con frustración—. Cuando llegue el momento la trasladaremos aquí. Ella podrá soportarlo.

—El bebé lo soportará, créeme. Me preocupas tú, papá pollito. Ni siquiera ha nacido y ya te estás volviendo un maníaco sobreprotector con ella. ¿Por qué tengo la sensación de que no planeas que duerma en este cuarto ni siquiera cuando crezca?

—Somos sus padres. —Se encogió de hombros, fingiendo inocencia—. Puede estar con nosotros todo el tiempo que quiera.

—Creo que aprender a ser independiente será sano para ti también. Iremos estableciendo límites desde ya. ¿No has leído todos los libros sobre padres primerizos que has comprado? ¡Tienes repleta mi mesita de noche!

—Los leí —se defendió de inmediato—. Y ninguno dice que deberíamos dejar a nuestra hija a su suerte para que un oso o un coyote vengan y se la lleven.

Lo miré, arqueando las cejas. Su entrecejo estaba arrugado y su boca tensa con disgusto. Me miraba con el enojo que caracterizaba nuestras peleas; suficiente carácter como para hacer respetar su punto pero nunca llegando a flagelarme de ninguna manera. Aquel hombre realmente había sugerido que un oso o un coyote entrarían a la habitación para lastimar a nuestra hija recién nacida.

Aguardé por unos segundos más, intentando darle tiempo para que se retractara de sus palabras, pero volvió a cruzar los brazos sobre el pecho y me miró con rigor desde su posición. No pude contenerme por más tiempo. Me llevé una mano al abultado vientre, otra a la espalda baja, lancé la cabeza hacia atrás y comencé a reír. Mi esposo me observaba con frustración en sus ojos grises pero aguardó a que mis carcajadas se detuviesen.

—Me alegra que la idea de que animales rapten a nuestra hija te cause tanta risa.

Sequé las lágrimas bajo mis ojos y lo miré con una sonrisa llena de amor. Quería tomarlo de las mejillas y besar ese ligero puchero hasta hacerlo desaparecer. En su lugar, dije:

—Compórtate como un hombre. Esta es la vida real, no el bosque de Winnie the Pooh. Sé más serio.

—Quiero a mi hija a mi lado todo el tiempo.

—No vas a convencerme.

Ladeó la cabeza y sus ojos brillaron. Dio un paso adelante, yo retrocedí con cautela. Su sonrisa maliciosa aumentó y me dio un repaso descarado desde la punta de los pies descalzos, como acostumbraba andar en casa, hasta los labios; una caricia tan intensa que sentí fuego sobre la piel. Clavó la mirada en mis pechos, cuyo tamaño había aumentado gracias al embarazo, y mordió su labio inferior. Pegué mi espalda contra la pared, necesitando algún apoyo ahora que mis rodillas temblaban con anticipación.

—No —soné más deseosa que a la defensiva—, no te atrevas.

—Amor —gruñó en respuesta, dando otro paso al frente. Se inclinó hasta que su frente rozaba la mía y ambos cerramos los ojos—. No entiendo por qué me excita tanto tu ropa de maternidad. —Llevó sus manos hacia mis caderas, colocando los pulgares en la curva de mi vientre hinchado—. Hace mucho tiempo no te hago mía.

—Dos días —susurré, echando la cabeza hacia atrás cuando comenzó a enrollar la tela de mi vestido.

Pude escuchar el sonido complacido que vino de su pecho.

—¿Así que los cuentas?

—No —jadeé.

—Mentirosa. Lo necesitabas, Ángela. ¿Por qué no me lo has pedido?

Traian y yo llevamos una vida sexual muy activa durante nuestro noviazgo. Me introdujo en los placeres del sexo y yo me aferré con una necesidad que recién había descubierto. No sabía si era así de apasionante para todo el mundo, pero después de la primera vez no pudimos mantener lejos nuestras manos. Iniciábamos con roces inocentes en los muslos y el pecho, y besos suaves en el cuello mientras observábamos televisión o solo nos hallábamos recostados. Entonces las caricias se volvían más atrevidas, las respiraciones se aceleraban, yo echaba la cabeza hacia atrás y gemía cuando su mano grande y rasposa se volvía más atrevida. Traian estaría sobre mí dos segundos después y perderíamos cualquier intento de aprender a pasar tiempo juntos sin hacer el amor frenéticamente.

Yo lo culpaba, sin embargo. Tenía más experiencia y me guiaba por el sendero, mostrándome cosas que me gustaban más de lo que llegaría a admitir, y otras que llegué a prohibir en nuestra relación, lo cual aceptó. Reía cuando, al encontrarnos acurrucados juntos acariciando con serenidad la piel del otro, yo le reprochaba que hubiéramos cedido a nuestro deseo. Él respondería que

la próxima vez seríamos más fuertes y pasaríamos una hora sin sentir la piel del otro, pero a ambos nos complacía secretamente saber que era una mentira.

Me conocía tan íntimamente que llegué a observarlo como otra extensión de mí misma, una con la que discutía la mayor parte del tiempo, pues nuestros caracteres y convicciones morales colisionaban juntas al menos una vez a la semana; sin embargo, siempre terminábamos con el cuerpo enredado entre las sábanas, solucionando nuestros problemas sin palabras.

Al embarazarme, nuestra atracción sexual disminuyó. Al principio no entendía cómo podía desearme con aquel vientre sobresaliente y los tobillos inflamados, quejándome constantemente del dolor de espalda y las náuseas. A pesar de su trabajo, aún cuando se encontraba tan exhausto, en sus horas libres él me buscaba y yo lo rechazaba. Durante el primer trimestre fui una arpía malhumorada que solo quería estar sola, ni siquiera confraternizaba bien con las personas del trabajo.

Pero Traian, aumentando mi culpa, fue dulce y detallista, enviándome flores con tarjetas llenas de frases románticas, divertidas, y cada vez más frecuentemente, sugerentes. Con cada día que pasaba y yo iba sacando la cabeza de los meses más incómodos de mi vida, sus mensajes aceleraban aún más mi corazón, estuviera en casa o en el trabajo, recibir flores, chocolates e incluso una pizza con una nota escrita a mano hacía que mi corazón se derritiera secretamente. Guardé cada papel, donde sonaba cada vez más desesperado por obtener atención de mi parte, pues con su nuevo trabajo y mi humor cambiante habíamos perdido la magia que tuvo nuestra relación al principio.

Tuve que abofetearme a mí misma. Amaba con locura a aquel hombre, estaba enamorada del bebé que cargaba en mi vientre y me sentía absoluta e irremediablemente feliz con la vida que llevaba. Mis sueños se habían vuelto realidad, no podía desear nada más aunque lo intentara. Lo tenía todo en la palma de mi mano y lo estaba desaprovechando. Un esposo trabajador, romántico y maravilloso que rogaba atención, pues yo me concentraba tanto en mí misma que la mayoría del tiempo lo dejaba de lado.

Recuerdo el día en que llegué a casa antes que él y lo abordé en cuanto cruzó la puerta. Mi cuerpo volvió a la vida y nuestras bocas se estrellaron juntas con tanta fuerza que la casa tembló. Caímos sobre la cama y rodamos en una batalla por desnudar al otro, tan desesperados por aquellos meses de agonía que la mirada de Traian pudo haberme fundido. Supe que estaba siendo cuidadoso en algunas cosas por el bebé, y saber lo mucho que se contenía, lo

salvaje que era mi hombre en sus adentros, me hizo suspirar de placer. Clavé mis uñas en su cuerpo, lo marqué con rudeza mientras él hacía lo posible por amarme con cuidado, no con la misma desesperación ciega que nos caracterizaba la mayoría del tiempo, pero como siempre, dándome justo lo que necesitaba.

Sin embargo, estos últimos días Traian había estado trabajando hasta tarde. El embarazo en aquellos meses volvía mis hormonas algo vergonzoso, necesítandolo con cada palpito de mi ser. Mirar su pecho desnudo al cambiarse u observar sus músculos tensarse mientras se desplazaba por nuestra casa eran los principales causantes de mi deseo, haciéndome dejar el pudor y abordarlo en cualquier parte; en la cocina, el baño, el comedor y varias veces en la sala. Solo mirarlo se volvía para mí un espectáculo erótico, y sabía que una mujer de ocho meses de embarazo nunca sería nada estimulante para él, pero yo lo ansiaba y no me importaba rogarle o parecer desesperada.

Traian me complacía varias veces al día incluso a expensas de su propio descanso. Debido a esto habían pasado dos días desde la última vez que me tocó, pues yo me negaba a desvelarlo más de lo que ya lo hacía el trabajo. Evitaba mirarlo directamente cuando estábamos juntos, saliendo de la habitación si él entraba, pues incluso su olor revolucionaba mis hormonas. Estuve esquivándolo a toda costa hasta ese día, donde tuvimos que interactuar ante la visita final de la decoradora. Creí que no había notado mi cambio de asaltante sexual a reservada ama de casa, pero al parecer fue lo contrario.

—El trabajo te tiene agotado —respondí finalmente, encontrando las palabras—. No quiero cansarte más.

Escuché una aspiración brusca de aire y mi curiosidad me hizo abrir los ojos. Me miraba con un deseo explícito, pero los músculos tensos en sus brazos y la mandíbula contraída manifestaron que mi respuesta lo había cabreado. Más que atemorizarme, me fascinaba cada expresión en el rostro de aquel hombre.

—Eres mi esposa, joder. Decidí compartir el resto de mi vida contigo desde el momento en el que te vi, hace más de catorce años, y ni siquiera lo sabía entonces, simplemente lo sentí. No voy a cansarme de ti, y si llego a hacerlo, entonces nunca seré yo mismo otra vez. ¿Está claro?

Simplemente asentí, confundida. Había dicho que nos conocimos catorce años atrás cuando en realidad fue hace nueve, cuando yo tenía diecisiete y a él le faltaba un año para cumplir los veinte. No podía creer que un hombre tan

detallista como Traian se equivocara de una manera semejante, así que estuve decidida a preguntarle, pero en sus ojos divisé un brillo extraño, como si acabara de percatarse de lo que había pronunciado, y cuando logré separar los labios, me besó con demasiado encanto.

Solté un suspiro y me coloqué de puntillas con mi enorme estómago rozando su pecho, mientras enredaba mis dedos en sus largos mechones de cabello oscuro. Las dudas se disiparon de mi mente y cualquier sospecha que mantuviera desapareció de la faz de la tierra. Éramos él y yo, como habíamos sido desde hacía mucho, enfrentándonos contra el mundo. Quizá no lo supe antes pero este hombre estuvo destinado desde siempre a convertirse en mi guerrero salvador. Y aún cuando nos conocimos nueve años atrás, parecía que nuestra conexión venía latiendo desde hacía más tiempo. Probablemente a eso se refiriera, por lo que deseché la pregunta de mi mente y dejé de pensar.

Separamos nuestros labios y nos miramos fijamente. Sonrió de una manera tan seductora que mi cerebro quedó en blanco; luego alzó en brazos a su esposa embarazada. Lucía fuerte y poderoso, como un animal intocable que conocía su lugar en la tierra. Me aferré a su cuello con fuerza y me dejé guiar. En aquel momento de introspección personal, observándolo, creo que volví a enamorarme de Traian.

—Pienso retomar mis deberes como esposo devoto —pronunció con voz ronca, la única evidencia de su excitación—. ¿Te parece bien?

—Sí —suspiré, anticipando lo que me esperaba.

—Verás cómo logro convencerte de todo lo que me propongo.

Y la puerta de la habitación principal se cerró detrás de nosotros.

—¡Ángela María de los Santos de los Últimos Días! —chilló Val, trayendo nuevamente mi cabeza a la realidad—. ¿En qué nube estás flotando ahora mismo? Por Dios, llevo diez minutos hablándote y estás hipnotizada mirando a la bebé.

Enfoque la mirada y me encontré con la sonrisa de Perssia, quien estiraba los brazos y movía sus deditos hacia mí, pidiéndome que la alzara y desesperándose más con cada segundo que pasaba. Valerie se negó a hacer esperar a mi hija por más tiempo y me empujó a un lado, inclinándose dentro de la cuna y tomándola en sus brazos. Besó su frente y comenzó a mecerla de un lado al otro para que se relajase.

—Lo siento, Perss, ya sabes que tu madre vive en Plutón.

—Solo estaba recordando —le expliqué mientras volvía a acomodar los pañales y los talcos para bebé en el armario que Traian había empotrado junto

a la cuna de Perssia el día después de que me hizo gemir una respuesta afirmativa a su petición de cambiar el cuarto del bebé.

—¿En qué tanto pensabas?

Me aseguré de que mi mejor amiga no notara la sonrisa ávida que coronaba mis labios.

—Recordaba las tácticas de Traian para acabar con nuestras discusiones.

—¿Mis bellas damas me han llamado?

Perssia se agitó en los brazos de Val y buscó inmediatamente el lugar del que provenía la voz de su padre, estirando los brazos hacia él. Mi esposo se encontraba en el umbral de la puerta, haciéndolo lucir diminuto y agachando la cabeza, como era usual, antes de entrar en la habitación y tomar a la niña en sus brazos. Se había quitado el maquillaje rojo y blanco del rostro pero seguía vestido con la camisa de puntos, los pantalones floreados y los enormes zapatos de payaso. Gracias al cielo se deshizo de la peluca en un intento de evitar que Valerie le siguiera tomando más fotos vergonzosas que terminarían siendo nuestra postal navideña.

—¿Dónde está la muñeca de papá? —Sonrió, como era usual, con solo mirarla. Perssia imitó su gesto, aplaudiendo y admirándolo. Mi dulce bebé amaba a los payasos, para disgusto de su papi, pero era lo suficientemente irresistible como para hacerlo disfrazarse.

Valerie se acercó a mí y juntas los vimos interactuar por unos preciosos instantes, entonces susurró:

—¿Te das cuenta de que este hombre sigue siendo atractivo aún vestido de payaso?

—Lo sé.

—Es injusto. Quería una foto humillante para postearla en Facebook, pero juro que se ve como un modelo de Armani.

—Es como el vino —respondí sencillamente—. Por cierto, te he visto centrada en tu móvil durante toda la fiesta. ¿Con quién hablas?

—Camila. Me pidió que le enviara unas cuantas fotos de Perssia... Sigue deseando conocerla.

Me alegraba que a Valerie no le afectara escuchar el nombre de su antigua novia, aunque de todos modos me desconcertaba. Ellas intercambiaban mensajes cortos algunos días al mes, pero quien mantenía el contacto era yo desde que ambas acabaron con su relación dos años atrás.

—¿Están arreglando las cosas?

Suspiró.

—No te hagas ilusiones. Camila y yo nunca volveremos a estar juntas. Regresemos a la fiesta, Traian y Perssia ya se marcharon.

Mi interior se retorció con fuerza pero hice lo posible para que mi molestia no fuera visible. Recuerdo el día en el que las tres nos sentamos en la sala y ambas me informaron de su decisión de acabar con aquella larga relación. Necesité tres tazas de té y dos calmantes después de eso. Al principio creí que solo fue una pelea de pareja y que volverían pronto, pero los días se convirtieron en semanas y me di cuenta de que estaba perdiendo a Camila, pues ella no intentaba mantenerse en contacto conmigo a pesar de que se suponía que éramos íntimas amigas.

Comencé a buscarla, deseosa de extraer información, pero nunca logré enterarme del motivo de su ruptura. Ellas eran felices, lo veía en sus rostros y en la manera cariñosa de tratarse; habían superado momentos muy difíciles juntas, así que no comprendía por qué de un día al otro todo había acabado. Creo que quien más sufrió en aquel momento de separación fui yo.

—Val, espera. Necesitamos hablar. Este último mes has tenido al menos siete citas con chicas diferentes. No estás bien.

Miré cómo se armaba de paciencia para contestarme, luego cruzó los brazos sobre su pecho en una postura defensiva que conocía perfectamente.

—No sigo enamorada de Camila, lo creas o no. Somos adultas maduras, ¿sabes? Terminamos por lo sano y nos mantenemos en contacto por respeto y aprecio a lo que tuvimos en el pasado.

—Lo entiendo, es solo...

—Camila es una gran mujer, fue una gran chica, pasamos momentos únicos... —su voz cayó y clavó la mirada en el suelo—. Pero me quería más de lo que yo a ella y eso no era nada justo, Angie. Tú debes entenderlo más que nadie.

—¡No lo entiendo! Ambas se querían, lo has dicho.

—No de la misma manera, y me di cuenta de ello durante nuestro último año juntas. La llama se apagó, nos fuimos alejando lentamente, como dos islas que se van a la deriva en un gigantesco océano.

—Es por el trabajo, Val. Ambas tenían horarios muy ajustados y ya no tenían tanto tiempo para estar juntas como cuando éramos universitarias.

—Quizá fue una de las razones —admitió—, pero no la principal. No pude guardármelo por más tiempo y una noche me emborraché lo suficiente para contárselo. —Me sorprendí al percatarme de lo vulnerable que lucía, con su voz quebradiza y la mirada avergonzada—. Le confié mi más antiguo secreto y

aquello fue la gota que derramó el vaso. Supimos que no había marcha atrás después de eso.

—¿Secreto? —susurré, dando un paso adelante—. ¿Qué secreto? Yo los sé todos, ¿no es así?

Negó con la cabeza, incapaz de mirarme. Se abrazaba a sí misma para darse consuelo, como si fuera a derrumbarse con el más delicado soplo de viento. Mi estómago se contrajo con preocupación, mirando a mi mejor amiga con recelo y un dolor agudo en el pecho al percatarme de que había una o quizá varias cosas que no sabía.

—Val —mascullé con las palabras atorándose en el nudo de mi garganta—, ¿qué secreto? ¿Hiciste algo malo?

—No malo, solo estúpido e ingenuo, propio de una adolescente.

—Cuéntame. —Coloqué mis manos en sus hombros y se encogió como si la hubiera quemado, así que retrocedí. Me miró brevemente con horror, luego dio un paso atrás y volvió a clavar la mirada en el suelo—. ¡Me estás preocupando! ¿Te metiste en un lío legal? ¿Es algo peligroso?

—¡No! —estalló, lanzando los brazos en el aire—. ¡No, nada de eso, maldición! Solo le confié a ella el secreto de quién fue mi primer amor. Eso es todo, ¿contenta?

Mi cuerpo se hundió en alivio. La sangre pudo seguir circulando con normalidad y ya no sentía que la habitación daba vueltas con un mar sin fin de horribles posibilidades. Aguardé hasta que los latidos de mi corazón se serenaran y a que ella luciera menos nerviosa antes de recuperar el habla y hacerla mirarme.

—Me asustaste, ¡no vuelvas a hacer eso! Creí que estabas metida en problemas serios. —Aspiré aire lentamente y exhalé mi preocupación, optando por un tono más amigable—: ¿Entonces esa fue la causa de su ruptura? ¿Le hablaste sobre tu primer amor?

—Sí —susurró, mirándome a los ojos—. Mi amor de colegio.

—No sabía que habías tenido uno. —Al abandonar mi cuerpo la tensión, decidí seguir acomodando el pequeño desastre de ropa que dejó Traian cuando vino a cambiarse a la habitación.

—Todos tenemos un primer amor que marca una pauta en nuestras vidas.

Me prohibí seguir aquel hilo de pensamientos. En lo que a mí respectaba, no había tenido ningún primer amor desde que lo vi ser esposado y encerrado tras las rejas. Lo había obligado a desaparecer de mi memoria, evitando recordar hasta su nombre, como si aquel período de mi vida hubiera sido solo

un sueño muy malo. Si algún desconocido preguntaba, yo siempre me había encontrado locamente enamorada de Traian, y aquella sería la historia que Perssia escucharía si se lo cuestionaba.

—Recuerdo que salías con casi todo el liceo en ese entonces. ¿Quién de ellas fue tan importante para ti?

—Nunca salí con ella.

—Oh —me detuve—, ¿era hetero?

—Sí.

—Lo lamento mucho, Val. —Giré y dejé las mantas sobre la cama para darle un abrazo, el cual tomó un tiempo para que se animara a corresponder—. Lo siento tanto, no imagino lo difícil que debe ser enamorarse de alguien que es así de inalcanzable.

Un quejido tormentoso salió de su pecho y me abrazó con más fuerza, sin embargo, no logró responder. Me sentí dolida y triste por ella, y contrariada por aquella historia de desamor que muy tarde tuve el privilegio de conocer.

—Debió ser una chica maravillosa.

—Lo era —susurró con voz ronca, como si estuviera intentando fuertemente contener las lágrimas.

—¿Estabas enamorada?

—Aún sigo enamorada de ella.

—¿Es por eso que Camila terminó contigo? ¿Se lo dijiste?

—Sí. No debí hacerlo, pero luego fue muy tarde para retirar mis palabras. Camila dijo que nunca podría competir con lo que yo sentía por esa chica y simplemente se fue.

—¿Crees eso realmente? ¿Nunca habrías podido amar a Cam como a tu primer amor?

—Lo intenté con fuerza durante mucho tiempo pero nunca funcionó, aunque con Camila realmente creí que lo había logrado... la emoción inicial eventualmente murió. No estaba tan enamorada como...

—...como lo estás de esa chica. Que ahora debe ser una mujer. ¿Por qué no la buscamos? —Deshice nuestro abrazo y posé las manos en sus hombros, sintiendo mi corazón romperse al ver la diminuta lágrima que descendió por su mejilla—. Podemos contactarla y averiguar qué ha sido de su vida. ¿Quién sabe? Con el tiempo puede que su orientación sexual haya cambiado —bromeé, pero lucía realmente devastada.

Secó sus lágrimas, sorbiendo por la nariz. Entonces me regaló la sonrisa más pequeña y dolorosa que alguna vez llegó a posarse en sus labios. Mi

mundo volvió a caer.

—Sé de ella, sé cada maldita cosa sobre su vida. Sé cuán feliz es con su esposo y su familia, y prefiero observarla de lejos que arruinar su alegría.

—La esperanza es lo último que se pierde.

—Ella nunca me amó, Ángela, pero yo la quise en secreto desde que la vi en el patio del liceo. Y la voy a amar siempre, aunque no me pertenezca.

Salió de la habitación dando un portazo tras de sí. Permanecí estática durante lo que parecieron minutos, luego caminé lentamente hacia la ventana, mirando las luces de su auto desaparecer. Apoyé la espalda contra la pared y me deslicé hacia abajo, abrazando con fuerza mis rodillas y teniendo la familiar sensación de volver a ser una chica de diecisiete años. Por más que le di vueltas al asunto no lograba identificar qué era lo que me sonaba tan mal de la confesión de Valerie, así que cerré los ojos y dormité en aquella posición con la esperanza de que el verdadero amor de mi mejor amiga, donde quiera que se encontrara, se diera cuenta de lo mucho que ella la amaba.

Segunda carta

Hospital Psiquiátrico San Agustín.

He escrito más de quinientas cartas, Ángela. Miles de palabras y cientos de horas plasmadas en papel, rogándote que me salvaras de mí mismo. Deseando con desesperación que te percataras de que cometiste tantos errores como yo, y que amándonos podríamos sanar juntos. ¿Qué, sino el amor, cura la enfermedad? Aunque mi obsesión naciera del enamoramiento, sabía que nuestra separación me había llevado a la locura. Poseerte aliviaría mis noches de insomnio y mis días de penumbra.

Han pasado cinco años desde que te vi por última vez, y decenas de cartas fueron escritas en esta habitación, sin embargo, esta será titulada como la segunda, pues en ataques de histeria y dolor he destrozado las anteriores. Parece que me hube vuelto inmune al medicamento, o la virulencia de mi mente fue tanta que sobrepasó todas las barreras. Aún con mis dosis usuales de somníferos gritaba tu nombre dando vueltas; me rasguñaba el rostro y el pecho mientras sollozaba a medianoche, suplicándote que volvieras, desesperado por sacar la locura de mi cabeza.

Con cada día que pasaba todo se volvía peor. El mundo era menos lúcido, mis instantes cuerdos se redujeron. Aullaba a altas horas de la madrugada sintiendo una picazón en la piel, miles de insectos sobre mi cuerpo rasgando, mordiendo y tirando. Eran reales, se posaban sobre mí cuando milagrosamente lograba conciliar el sueño en las noches, pero los cuidadores entraban a mi habitación y gritaban que no había nada. No era posible, yo lo sentía, mi piel estaba rota y tenía sangre bajo las uñas, pero ellos aseguraban que yo mismo me lo producía.

Mi dosis aumentó considerablemente; comencé a dormir la mayor parte del día y la noche, pero aún lleno de toxinas mi cerebro insistía en regresar a ti. Tú has sido siempre el mayor veneno de todos, aquel que no puedo evitar anhelar, impulsándome a la demencia y volviendo a tirar. Los gritos escalofriantes quedaban reducidos a sudores fríos y temblores musculares, mi cerebro tan infectado que permanecía encerrado en mis pesadillas sobre un ángel de alas rotas, con un demonio enamorado y acucillado a su lado, suplicándole clemencia mientras las terminaba de destrozarse. El ser inmundo en el que me había convertido fue mostrado a los ojos de mi cerebro gracias a esas horribles pesadillas y, sedado como estaba, temblaba en mi desesperación inútil de despertar.

Entonces, comencé a temer aquel sueño inducido porque sabía que los recordatorios de mi bajeza iban a estar allí. Y quien se enfrentaba a ellos nunca fue el Sebastián loco, a quien nada lo impresionaba; era yo, quien te escribe esta carta, la parte real de mí mismo que aún conservo y que debe enfrentar con horror lo que ha hecho. Aquel momento, cuando rogaba por replegarme dentro de mí mismo y olvidar mi tormento, que mi enfermedad y su bruma me escudaran, fue de los pocos instantes cuando me encontraba cuerdo.

Comencé a negarme a recibir el medicamento, diciéndoles que estaba mejorando. Ellos no me creían, por supuesto, ¿quién encontraría verdad en las palabras de un lunático, más que la luna misma? Pero perseveraré por demostrárselos, callé mis delirios nocturnos, conseguí mantenerlos para mí. Tomó mucho tiempo, cientos de cartas escritas y despedazadas en silencio, ahogándome con el ardor que era la culpa sobre mi piel y las fantasías infaustas sobre insectos con ojos del infierno.

Las más de quinientas cartas que te escribí a lo largo de estos cinco años, el medio para canalizar mi augurio interno, acabaron hechas pedazos en el suelo de mi habitación; trozos que serían recogidos por la mañana mientras me obligaban a visitar al doctor quien me aseguraba que todo era un proceso, que podía curarme, que se alegraba de escuchar que mi terror nocturno podía darse por muerto. Aquel hombre desconocía que mi ansiedad no hacía más que aumentar y el dolor comenzaba a volverse real en vista de mis esfuerzos por ocultarlo a los ojos indiscretos.

Las cartas que escribí durante mi frenesí nocturno, al menos las que recuerdo, eran horribles y enfermas. Todo lo que quería hacer contigo, todo lo que quería tomar de ti, cosas sobre las que me arrepiento ahora. Ángela Báez, te amo con todo mi corazón, aún recuerdo el brillo de tu cabello y la sonrisa dulce que me regalaste hace diecinueve años; tan brillante que fue plasmada a fuego en mi memoria.

Necesitas saber que nunca te haría ninguna de las cosas inhumanas que escribí, no te obligaría a estar conmigo si eso no te hace feliz. Recuerdo cuando te columpiaba en el parque y reías, me decías lo idiota que era y que nunca nos íbamos a separar. Te necesito, Ángela, pero no para mí; solo necesito que seas feliz. No sé qué es de tu vida o en qué parte del mundo te encuentras, pero espero que hallaras aquel camino que de pequeños trazamos para ti. Ir a la universidad juntos, estar en tu ceremonia de graduación de la Facultad de Enfermería, comprar una casa en aquella pradera donde corrimos tantos veranos cuando niños y luego morir, ser enterrados como mejores

amigos y almas gemelas; cosas que en voz alta nunca llegamos a admitir.

Pero tú lo deseabas tanto como yo, veía el amor en tus ojos aunque en aquel momento yo fuera demasiado joven incluso para percatarme mi devoción; fuimos nuestros incluso entonces, sellamos nuestro destino con miradas castas y, rozándonos las manos mientras jugábamos, nos prometimos la vida que queríamos vivir.

No estoy allí contigo ni creo volver a estarlo nunca, así que mi consuelo será saber si eres feliz. ¿Lo eres, chica del autobús? Ojalá pudieras responder a esta carta, pero pensándolo con un poco de lógica dudo que vayan a abandonar mi habitación. Quisiera que supieras cuánto me arrepiento de haber arruinado tu vida desde el principio, manchándote con mis pecados y mis malas acciones, haciéndote pasar tristezas y humillaciones desde muy joven. Temo no ser capaz de ponerme de rodillas y pedirte perdón antes de morir, pues si la agravación de mi enfermedad mental es un indicio, dudo que me quede mucho más tiempo aquí.

Esta mañana desperté aferrando en mi mano nuestra foto. No percibí la desorientación ni la bruma que causaban las drogas, me sentí en paz por primera vez en meses. Desconocía la razón y secretamente mantengo la esperanza de que el médico se halle en lo correcto y por fin esté comenzando a mejorar. Si sano podré salir de aquí, tomar de la vida todo lo que me ha robado, y si eres tan infeliz como yo, entonces encontrar juntos una mejor forma de amarnos. ¿No quieres eso, Ángela? Anhele curarme.

Al finalizar esta carta la guardaré junto a la primera, debajo del colchón de mi cama, donde quede bien oculta tanto de los demás como de mí mismo, pues después de haber roto todos los libros que se encontraban apilados en mi habitación ya no puedo confiar en mi otro yo, aquel que seguirá escribiéndote por las noches sobre cosas obscenas de las que, si mejoro por la mañana, me arrepentiré de corazón.

¿Alguna vez será suficiente de decir perdón? Lo dudo, después de haber tomado tu corazón y jugado con él hasta hacerlo añicos. Quisiera decirte que al sanar y ser dado de alta podré seguir mi camino y fingir que nunca te conocí, pero deseo que vuelvas a confiar en mí y un buen método es la honestidad: probablemente no te supere nunca, y curarme será un término relativo sabiendo que mi obsesión no radica en mi cerebro, sino en la búsqueda eterna de mi alma, pero prometo que si eres feliz sin mí, Ángela, más de lo que podrías haberlo sido conmigo, entonces me apartaré para siempre de ti, aunque esto mate mis ganas de vivir.

Tuyo desde que miraste hacia mí,
Sebastián Videla

Capítulo 23

Era sábado, exactamente una semana después del primer cumpleaños de mi hija. Traian estaba en la cocina, se había ofrecido a preparar unas hamburguesas para el almuerzo.

El patio de nuestra casa fue una de las razones por las que decidimos comprarla; lo suficientemente grande como para que Félix, mi gigantesco labrador dorado, y Perssia pudieran correr con toda la libertad que quisieran. No pretendía que mi mascota se sintiera encarcelada y, en medio de una gran ciudad, encontrar una casa con un enorme espacio verde como aquel era poco usual, así que la amaba.

Perssia la adoraba también. Cuando recién nació, acostumbraba sacarla a recibir el sol en la mañana, y ahora disfrutábamos un tiempo de madre e hija con una manta azul estirada sobre el césped, resguardadas bajo la sombra del único árbol que poseíamos. Ese día decidí peinarla con dos colitas altas y el flequillo que la caracterizaba; combiné su cabello dorado con un vestido amarillo que simbolizaba felicidad y nuestras ganas de vivir.

Traje algunos de sus juguetes favoritos: el Oso Lotso, gigantesco y lleno de pelaje morado; sus cubos de madera, con los que se encontraba construyendo torres en aquel momento; su patito amarillo, sin el cual era incapaz de recibir un baño; el sonajero que tanto amaba, pues su papá movió cielo y tierra para conseguir que, cuando lo agitara, sonara su canción favorita de Moana; y el mordedor de gel verde que se llevaba a la boca desde que tenía siete meses, cuando comenzaron a salir sus primeros dientes. Ya no sentía tanta irritación como antes, lo cual me aliviaba, pero de vez en cuando lo necesitaba para calmar su ansia mientras terminaban de salir sus incisivos laterales.

—¿Qué estás haciendo, amor? —le pregunté, acostada sobre la manta mientras ella, sentada, jugaba con sus bloques—. Enséñaselo a mamá.

Clavó sus enormes ojos en mí y sonreí ligeramente al notar que había heredado las pestañas de su padre, lo cual envidiaba; y mientras yo le cedí mi cabello dorado, ella lucía labios color cereza y una piel de alabastro.

—¿Quieres que te traiga el elefante de peluche que te regaló papi? —Sacudió la cabeza en negación. Reí al ver el movimiento de sus colitas. Estaba perdidamente enamorada de aquella pequeña—. Mira lo que traje.

Me incorporé y busqué la cesta que se encontraba a los pies de la manta. Había empacado unas frutas que a Perssia le encantaba mordisquear, como un enorme mango maduro, mientras esperábamos a que el cocinero de la casa,

quien después de años seguía negándose a cocinar con la camisa puesta, terminara de preparar nuestro banquete de fin de semana. Traian había conseguido cambiar su horario desde que la bebé nació y ahora trabajaba únicamente de lunes a viernes, algo que yo agradecía.

—Amor —la llamé, pues apiló tres cubos de forma vertical y ahora pretendía que su patito de goma coronara la cima—, mira qué traje. —Sus ojos se abrieron con atención y estiró las manos hacia el mango que elevé sobre su cabeza—. Pero no te ensucies demasiado, ¿está bien? —Sabía que era imposible, disfrutaba comer tanto como Traian y ambos acababan con sus rostros embarrados de fruta, así que simplemente se lo di.

Me quedé sentada junto a ella, arrancando briznas de césped con las manos y disfrutando del silencio de aquel día soleado. Cinco minutos después, su ropa estaba manchada y sus manos llenas de jugo. Reí, dándole un sonoro beso en la mejilla.

Volví a mirar al cielo, sintiendo un peso en el corazón; algo era extraño aquel día, como si se hubiera abierto un diminuto espacio en mi pecho. La melancolía me capturó desde que desperté en la mañana, por eso pensé que pasar un rato con Perssia me animaría, pero lo cierto era que había un dolor sordo en mi pecho que no tenía explicación. Todo era maravilloso en mi vida, sin embargo desperté con paz y tristeza en el alma.

No me di cuenta de que alguien había entrado al patio hasta que una sombra se cernió sobre nosotras. Vislumbré unas sandalias delicadas y luego un vestido corto y veraniego. Fijé la mirada en Valerie, quien lucía avergonzada.

—Hola —dijo en voz baja—. ¿Puedo acompañarlas?

—Por supuesto. —Mi respuesta pareció aliviarla, como si esperara un rechazo, lo cual me preocupó. Ignoraba mis mensajes de texto y mis llamadas; no sabía nada de ella desde la semana pasada—. Estaba a punto de ir a buscarte a tu departamento.

—Lo imaginé. —Tomó a Perssia y la sentó en su regazo, pero ella estaba muy ocupada devorando ese mango. No nos prestó atención—. Creo que te debo una disculpa, me marché abruptamente la otra noche.

—No te preocupes por eso. Solo no entiendo por qué has huido de mí toda la semana.

—Supongo que estaba un poco avergonzada por lo que te conté.

—No tiene sentido para mí. Me confesaste que hay una chica a la que aún amas, ¿y qué? Val —me estiré y coloqué mi mano en su brazo, mirándonos a

los ojos—, no es nada de qué avergonzarse, ni te hace parecer débil o patética. Sabes que yo soy quien más puede comprenderte sobre sentir un dolor así.

—Lo sé —exhaló, clavando la mirada en la manta. Su voz era frágil—, pero es uno de los temas más difíciles para mí. ¿Te das cuenta de lo que es amar tanto a una mujer imposible? Saber que ella nunca será para ti, que ni siquiera tendrás una oportunidad de intentarlo.

—¿Estás segura de que es imposible enamorarse a esa mujer?

Sus ojos subieron hasta que se clavaron en los míos. Por una razón desconocida para mí, quizá la misma que me ahogó en nostalgia esa mañana, su mirada provocó que me incomodara.

—Estoy bastante segura de que es más feliz con su esposo de lo que podría ser a mi lado.

Me dolió, sufrí por ella en silencio. Quería abrazarla y decirle que todo estaría bien, que iba a superar esto pronto, pero no podía mentirle y yo no predicaba con el ejemplo. Con el tiempo logras salir adelante, te distraes, crees que lo has superado, pero el primer amor, el más doloroso e idealizado, es imposible de olvidar, por eso lo mejor sería poder escoger de quién nos enamoramos. Y lo más especial de aquel primer amor es que se convertirá en tu primer corazón roto o en el amor de tu vida. Un nombre que flotará a tu mente desde los recuerdos y asfixiará tu corazón con melancolía.

—Ella se lo pierde —respondí finalmente, guiñándole un ojo—. No sabrá lo que es ser novia de la mujer más sexy de este lado del país.

—Del país entero, disculpa —bufó, recuperando su humor. Sus labios tiraron en una delicada sonrisa y bajó la mirada a mi hija—. No entiendo por qué le gustan tanto los mangos.

Reí, exhalando con alivio cuando la tensión del momento pareció menguar.

—Miraba a Traian comerlos cada sábado y ahora son su fruta favorita. Normalmente lo corto y se lo doy con la cuchara, pero le encanta mordisquear la semilla con los dientes.

—Es preciosa. —La admiró durante un momento. Se veía destrozada—. Desearía poder tener una hija así.

—Val... —susurré, incapaz de responder a esa nueva confesión.

Sonrió, conteniendo las lágrimas. Mi estómago se retorció con pesar mientras ella abrazaba a Perssia con un significado oculto. Valerie nunca había mencionado nada sobre querer tener hijos y asumí que era de las mujeres independientes que decidían no formar una familia, pero ahora me sentía

culpable al presumirle a mi hija desde que nació y nunca haberme detenido a pensar en que tal vez ella sufría en silencio.

—Hay muchas formas en que puedes tener hijos.

—Sí —aceptó, incapaz de mirarme—, pero nunca será tan bonita como Perssia.

—Si tienes hijos serán los bebés más maravillosos y hermosos del mundo. Y yo sería la tía más feliz. Nunca podrías alejarme de ellos.

—Nunca me atrevería a apartarte.

—Entonces —continué, ignorando el sentimiento extraño que me apuntalaba el corazón—, ¿quieres tener hijos? Lo harás y te ayudaremos. Sabes que cuentas con nuestro apoyo y el de tus padres. Tienes un gran trabajo y una buena estabilidad económica.

—Pero estoy sola —susurró.

Aquello dolió tanto que retrocedí involuntariamente. Ninguna de sus lágrimas cayó pero sabía que se estaba conteniendo; mantener tantos deseos y dolores ocultos debía ser una carga enorme sobre sus hombros. Me moví hasta sentarme junto a ellas y abracé a Valerie, apoyando mi cabeza sobre su hombro. Luego cerré los ojos, deseando poder hacer feliz a una de las personas que más amaba.

—No estás sola —susurré de regreso, conteniendo mis propias lágrimas al descubrir lo solitaria que debía sentirse, lo cual pasé por alto al ser tan feliz con mi propia vida—. Tienes a tus padres. Traian, Perssia y yo. Te amo, Valerie. —Ella contuvo la respiración, lo cual me sobresaltó y abrí los ojos. Estaba inmóvil, así que continué—: Eres mi mejor amiga. Me has acompañado durante los mejores y los peores momentos de mi vida. Eres la persona más noble, fiel, luchadora, carismática y preciosa que conozco. Quiero tanto que seas feliz, ojalá pudiera borrar de un plumazo todo tu dolor y reemplazarlo con las cosas buenas que mereces.

—¿No quieres hacerte lesbiana por mí? —bromeó, su voz ahogada por las lágrimas.

Solté una risa floja, empujándola con el hombro.

—Tendrías que habérmelo dicho antes, ya me casé.

—Maldita sea, jugué mal mis cartas, tuve que aprovecharme de ti en el baile de graduación del colegio.

—Si hubiera estado borracha, probablemente te hubiera seguido el juego. Todo lo que quería hacer era olvidar.

—Pero aquí estás. Eres enfermera, estás casada con el hombre más

caliente de este lado del globo terrestre, tienes una hija que podría acabar siendo modelo de Dolce & Gabbana cuando crezca; tienes una casa, un perro y una vida feliz. No necesitas nada más, Ángela.

—Y te tengo a ti —resalté, abrazando su brazo y depositando un beso sobre la piel de su hombro—. Mi persona favorita en todo el mundo.

—¿Soy tu persona favorita? —preguntó con tanta vulnerabilidad en su voz que la mía propia se quebró y mis ojos se humedecieron. ¿Acaso ella no entendía cuanto me importaba? ¿Que daría mi vida por la suya, que no podría vivir sin ella?

—Eres mi persona favorita en todo el maldito planeta.

—Oh Dios, has dicho una mala palabra, me debes otro dólar.

—¡Oye! No soy una santa.

—Pero comparada conmigo...

—Medio país sería recibido en el recinto de Dios si lo comparamos contigo.

—¿Ves? Y así quieres que tenga una hija. —Esta vez soltó una risa, al menos ya no sonaba tan afligida—. Terminaría siendo tan terrible como yo.

Volví a descansar la cabeza sobre su hombro y cerré los ojos. Solté un suspiro más relajado, percibiendo la brisa mover el follaje del árbol y acariciarme la piel. Seguía sintiéndome extraña, pero mi alma reposaba en paz.

—Creo que tu hija tendría los ojos oscuros, el cabello lleno de risos castaños y la sonrisa más coqueta del país.

—Honestamente, preferiría que tuviera tu sonrisa y tus ojos.

—Eso me halaga. Muchas gracias, Val.

—Hablo en serio. —Entonces comenzó a divagar, con un tono de voz más suave—: Tendría tu sonrisa dulce y la bondad de tus ojos.

—Y tu cabello pero más largo. La peinaría todo el tiempo.

—Jugaría con Perssia todos los días y se convertirían en hermanas y mejores amigas.

—Sí —sonreí con los ojos cerrados, deleitándome con la escena en mi imaginación—, sería perfecto.

—Lo seríamos, ¿no es verdad? Tú y yo...

Fruncí el ceño.

—¿Qué quieres decir?

—Val.

Ambas nos congelamos en nuestro lugar. Abrí los ojos y me enderecé,

alerta. No podía haberme imaginado aquello; pronunciaron la palabra con una claridad perfecta. Mi corazón latía con tanta emoción que creí que se me saldría del pecho. La boca de Valerie cayó abierta de una manera tan dramática que habría sido graciosa si yo no sintiera el mismo impacto.

—¿Escuchaste eso?

—Oh Dios mío... —susurré, cubriéndome la boca y mirando a mi hija fijamente.

—Tu hija acaba de decir mi nombre —chilló mi mejor amiga.

—¡Oh Dios mío, Valerie!

Le quitó a Perssia la semilla de mango de sus manos llenas de jugo. Ella protestó un poco pero Valerie la tomó en sus brazos y la alzó hasta que estuvo a la altura de su rostro. Yo la miraba sin dar crédito, ambas estábamos seguras de haberla escuchado decirlo, pero Perssia solo nos miraba con curiosidad, a la espera de ver lo que haríamos con ella.

—Amor mío —dijo Valerie suavemente, mirándola con adoración—, ¿cómo me llamo?

Pero la bebé guardó silencio y mi estómago se llenó de decepción. Creí que al fin había dicho su primera palabra. No podíamos haberlo fantaseado.

—Vamos, Perss —alentó Val—, di mi nombre. Vamos, preciosa, dilo y te llevaré a ver los patos del parque.

—Perssia, ¿cómo se llama ella? ¿Cuál es el nombre de tu tía? —Mi corazón latía con ansiedad, lo había esperado durante mucho tiempo—. Por favor, amor, repítelo.

—Angie —suspiró Valerie—, creo que solo hizo un sonido al azar y nos equivocamos. No luce como si estuviera lista para hablar.

—Val.

—¡Oh Dios! —chillé—. ¡Lo dijo, lo dijo!

—¡Repítelo, Perssia, por favor!

Miramos a la bebé fijamente a la espera de cualquier movimiento de sus labios y esta vez no duró demasiado. Sonrió de esa manera que derretía nuestros corazones, mostrando sus diminutos dientes, y balbuceó con total claridad:

—Val... Val.

—Ángela, la primera palabra de tu hija fue mi nombre... —susurró como si la afectara tan profundamente que ni siquiera lo comenzaba a comprender. Estaba allí sentada con los ojos muy abiertos, revelando un remolino de emociones dentro de ellos. Desearía haberme sentado y cuestionado por qué le

caló tan hondo que su presencia significara tanto en la vida de mi hija pero yo ya tenía otros planes.

Me levanté de un salto y corrí descalza por el césped. Llegué a la puerta de la casa y entré con la fuerza de un huracán. Me tropecé con una silla del comedor y la arrojé a un lado con prisa, dejándola caer con un horrible estruendo. Traian se asomó inmediatamente desde la cocina, vistiendo su delantal favorito que lo proclamaba como el papá y el chef más sexy del mundo, sin camisa y con los pies descalzos. Sostenía una espátula de metal en la mano y el cabello oscuro estaba revuelto, mirándome con preocupación.

—¿Qué está mal?

—¡Perssia!

—¿Qué? —rugió, dejando caer la espátula y acercándose a mí con zancadas feroces—. ¿Qué le ha pasado?

—¡No, no! ¡Perssia —jadeé, conmocionada— dijo su primera palabra!

—¿Qué? —repitió, perplejo. Parecía que era lo único capaz de pronunciar—. Oh, joder.

—¿Dónde está la cámara?

—¿Estás hablando en serio? —Sus ojos brillaron con tanta emoción y amor que detuve mi frenesí y le sonreí, embelesada por la aparición de sus hoyuelos.

—Sí, papá, tu bebé acaba de decir su primera palabra.

—¡Joder! —volvió a exclamar. Entonces salió corriendo al patio trasero.

Sacudí la cabeza, encantada con Traian, con Valerie, con mi hija y con la vida en general. Tal vez la melancolía me invadiera en los momentos solitarios de mi existencia, pero el resto del tiempo todo era bueno. Mejor que eso; yo era tan condenadamente feliz que debía arrodillarme y dar gracias al cielo porque después de haber sufrido un calvario al fin había sido bendecida.

Los años de sufrimiento no fueron en vano y me percaté de que todo lo que pasó desde mi confesión a los quince años desencadenó una serie de sucesos que cambiaron mi destino. Si nunca hubiera tomado el valor para declararle mi amor a aquel hombre del pasado, nunca hubiera conocido a Valerie, pues sería solo otra chica que vería recibir su título en la graduación del colegio y cuyo nombre ni siquiera conocería. Traian y yo quizá nos hubiéramos visto desde lejos pero nada nos habría impulsado a acercarnos e intercambiar palabras el uno con el otro, se graduaría también y en unos veinte años yo solo lo recordaría como el chico guapo que se transfirió al liceo en último año. Y nunca habría tenido a Perssia, quien poseía todas mis razones para vivir

puestas en su sonrisa.

Cerré los ojos y me detuve. Sentía la melancolía, la tristeza que cubría como un velo mi alma. No sabía si había tomado todas las decisiones correctas y continuaba equivocándome la mayoría del tiempo pero, aunque doliera, nunca lo cambiaría. Ahora que el tiempo me había presentado la consecuencia de mis acciones, reconocía que hice algunas cosas buenas, y aunque este no era el futuro que imaginé para mí cuando tenía quince años, definitivamente lo elegiría.

Algunas personas se metían tan profundo bajo la piel que nada podía borrarlas. Robaban un trozo de corazón y depositaban uno del suyo a cambio; yacían tan adentro que su recuerdo traería nostalgia, tristeza y dolor, pero de alguna manera brillarían con algo bueno. Tal vez existían almas hechas para estar juntas y su separación provocaba aquel agujero de vacío en el pecho, uno imposible de reemplazar. Ese espacio seguiría ahí y probablemente no llegara a llenarse nunca, pero era un secreto posible de guardar.

En la vida hay tres amores: el primer amor, el amor imposible y el amor de tu vida. Quizá, en el futuro, descubriría por qué la vida fue tan cruel como para obligarme a elegir. Sabía que había escogido a quien era correcto, pero nunca podría dejar de sentir que algo faltaba. Era una situación muy complicada. No me había casado con mi alma gemela y mi espíritu lo reconocía en su agonía, pero en su lugar había desposado al amor de mi vida, el hombre por el cual mi corazón latía. Lo aceptaría y sería feliz porque yo lo merecía, pero había un hombre a quien, quisiera o no, con la parte más oculta de mi alma, siempre extrañaría. Y viviría eternamente reprochándole nuestro cruel destino a la vida.



Apoyada en la puerta del baño, mordía mi labio inferior para contener una enorme sonrisa. Traian se encontraba acuclillado junto a la pequeña bañera rosa de plástico que compramos especialmente para la bebé; el agua le llegaba a Perssia hasta la cintura mientras que su padre tenía la camisa empapada y adherida a su cuerpo. Perssia rió y golpeó el agua con sus manos, provocando que un nuevo chapuzón impactara a su padre.

—¿Quién está bañando a quién? —cuestioné.

Despegó la mirada de ella y se limpió el rostro con una mano. Por un segundo me distraje observando las gotas de agua que resbalaban por su mandíbula y trazaban ríos húmedos en su cuello.

—Tiene mucha energía esta noche —informó, su voz rasposa volviéndose más decadente gracias al eco de la habitación.

—Te dije que no le dieras ese puré de manzana en la tarde.

Ladeó la cabeza, sus palabras pretendían sonar frustradas pero una sonrisa divertida coronaba esos deliciosos labios:

—¿De verdad crees que soy capaz de decirle que no?

—Bueno, tenemos que aprender a resistir sus encantos o tendrá tatuajes y un auto antes de cumplir los dieciséis.

—Eso no va a pasar —espetó con dureza, transformándose en la representación gráfica de la furia apenas contenida.

Me sentí mal por haber arruinado aquel lindo momento trayendo pensamientos horribles a su cabeza, así que me enderecé y di un paso dentro de nuestro cuarto de baño. El suelo era de cerámica roja y las paredes blancas con incrustaciones decorativas de granito. No era pequeño en comparación a los que vimos en las casas que visitamos antes de comprar la nuestra, pero mi esposo hacía que cualquier lugar se asemejase a una casa de muñecas.

Sabía lo cansado que debía sentirse, tomando en cuenta lo pesado que era su cuerpo y aquella incómoda posición. Momentáneamente consideré que le vendría bien un masaje en la espalda y tomé nota mental para buscar el aceite de lavanda antes de irnos a dormir. Sería una sorpresa muy agradable y una excusa para que yo pudiese tocarlo, aunque no era como si la necesitara.

—¿Por qué no termino de bañarla? Ha sido un día agotador y tú hiciste el almuerzo hoy.

Frunció el ceño, mirando a la bebé. Tomó un vaso de plástico para echar agua tibia sobre su cabeza y lavar la espuma.

—Aún no consigo que lo diga.

Rodé los ojos. Traian estuvo todo el almuerzo presionando a Perssia para que dijera «papá». Ni siquiera tocó su comida porque la sostuvo en su regazo y la hizo reír con toda clase de gestos graciosos en su desesperación por que dicha palabra saliera de sus labios, pero lo único que conseguía era hacerla decir:

—Val.

Y yo reía con malicia, satisfecha de que, aunque no dijo «mamá», tampoco había dicho «papá». Nuestra hija no era un trofeo y adoraba a mi esposo con pasión, pero yo era la madre de Perssia y mi instinto me hacía amarla con mi vida entera; todo lo que me importaba en el mundo era ella y yo quería ser lo primero en su corazón. Por eso comprendía a Traian cuando la miraba como si

quisiera poner el planeta bajo sus pies. No podía reprocharle lo flexible y consentidor que era cuando yo misma me volvía pura alegría y amor con solo mirarla abrir los ojos.

—Deja de presionarla, en algún momento lo dirá. Acaba de cumplir su primer año.

—Ya debería estar recitando epopeyas griegas para este momento.

Solté una carcajada y caminé hasta acucillarme a su lado, apoyando mi cabeza en su brazo mientras lo observaba enjuagar la piel de Perssia con mucho cuidado. Si de él dependiera, se encargaría de la bebé solo y ni siquiera me permitiría mirarla. Era así de posesivo con ella, pero me identificaba con el sentimiento. Éramos papás osos, aunque yo era quien más se esforzaba por marcar los límites y criarla adecuadamente.

—A algunos bebés les toma más tiempo comenzar a hablar. Ni siquiera han terminado de salir todos sus dientes.

—Quiero escucharla llamarme. —Dejó caer la cabeza hacia delante, luciendo derrotado. Soltó un suspiro doloroso—. Que comience a necesitarme ahora y no me abandone por el resto de mi vida.

Envolví su brazo con los míos y apoyé con más fuerza mi mejilla contra su piel. Lo dijo con tanta desesperación que de pronto comprendí por qué su humor había estado algo oscuro el resto de la tarde, cuando Perssia se negaba a hacerle caso. No era por el hecho de que ella no dijera «papá», sino por un trauma mucho más profundo que la simple palabra; a causa de nuestro pasado, ambos temíamos que aquello tan hermoso fuera arrebatado lejos de nosotros.

Lo entendí tanto que quise llorar por él y, aunque me contuve, no pude evitar que se quebrara mi voz.

—Ella no va a dejarnos, al menos por unos buenos años. Y con un padre tan maravilloso como tú, créeme que, aunque pueda, no va a querer alejarse de casa.

—La amo tanto —susurró, y su espalda se sacudió como si hubiera sollozado.

Lo escuché sorber por la nariz pero aún tenía la cabeza gacha. Ni siquiera recordaba la última vez que aquel hombre grande y fuerte como un roble había inclinado la cabeza para soltar una lágrima. Su voz sonaba varias octavas más bajas y titubeante, no repleta del optimismo y el control a los que estaba acostumbrada. Pasaron varios segundos en los que no supe qué hacer.

Levanté la mirada y me encontré con los ojos de mi hija llenos de preocupación, sus pestañas caídas. Juntó las manos sobre su pecho y dejó de

jugar con su patito amarillo. Permaneció en silencio y miró a su padre allí acucillado, temblando por ella, por su miedo irracional a perderla. Sus labios rosados formaron un puchero y comenzó a soltar quejidos angustiados, incapaz de hablar para preguntar lo que pasaba pero sintiendo que algo iba mal con su papá.

—Traian Serbian —llamé suavemente. Al ver que no levantaba la cabeza, empujé su hombro hasta que se dejó caer sobre el suelo. Inmediatamente me escabullí entre sus piernas y me abracé a su pecho, enterrando mi cabeza en su cuello—. ¿Estás llorando?

Negó pero lo escuché sorber por la nariz, apoyando su barbilla sobre mi cabeza y encargándose de vigilar a Perssia mientras lo consolaba. Nos presioné juntos con más fuerza y me di un segundo para respirar su aroma, el cual me recordaba al olor purificador de la tierra cercana a un río en medio del bosque. Llenaba mi espíritu con fortaleza, con una paz y una seguridad que necesité con desesperación en mi adolescencia. Mi vida como adulta era placentera y tan hermosa que daba gracias por ella cada mañana, aunque mi corazón se despedazara por la manifestación esporádica de ciertos fantasmas.

—No van a quitárnosla. La protegeré con mi vida si es necesario.

—No es solo Perssia. Eres tú, amor. ¿No te das cuenta? Eres mi pedazo de cielo en la tierra. No soy digno de ti ni de nuestra hija, y si quieres llevártela lejos, algún día...

—Eso no va a pasar —interrumpí tranquilamente, llena de certeza—. No hay un lugar en el que queramos estar si no es contigo. Te amo, Vasil Traian Martínez Serbian, aunque tu nombre completo mate mi deseo por ti.

Me alivié cuando lo escuché reír y sentí su pecho estremecerse bajo mi cuerpo. Me dio una palmada juguetona en el trasero y luego lo pellizcó como si tuviera todo el derecho de hacerlo.

—Mi nombre te encanta.

—No lo hace —bufé, echándome hacia atrás y observando el brillo juguetón volver a aquellos ojos de tormenta—. En serio, sabes que no lo hace.

—Estoy seguro, aunque lo niegues.

—Lo único que me agrada es que me recuerda tu ascendencia rumana y que mi hija tiene sangre europea también. Por lo demás, me alegra que todos te llamen Traian porque no puedo decir tu primer nombre sin echarme a reír.

—¡Deja de burlarte! Es un nombre tradicional. Y no es como que nuestra hija tenga un nombre común.

—Pero es un nombre precioso. —Me encogí de hombros, luego le saqué la

lengua con inmadurez—. Y ella es hermosa. Puede llamarse como el imperio caído de Oriente Medio si así lo quiere.

Escuchamos que Perssia volvió a reír y chapotear en el agua, así que Traian ladeó la cabeza.

—Buen punto —aceptó finalmente—. Las mujeres como ustedes pueden tomar del mundo lo que quieran y nosotros solo podremos suplicar que se dignen a mirarnos.

Suspiré, exasperada.

—¡Estoy casada contigo! Tenemos una hija, un perro, una casa, un auto... No es como si necesitaras continuar seduciéndome. Ahórrate esa labia para las otras mujeres, yo no podría estar más capturada por tu red.

Solté un grito de sorpresa. Traian se lanzó hacia delante y me atrajo en sus brazos antes de colocarnos a ambos de pie. Me tambaleé y me aferré a sus bíceps. A punto estuve de echarme a reír pero me besó. Cerré los ojos y junté mis manos en la parte trasera de su cuello, colocándome en puntillas para poder rozarlo. Sonreía mientras me besaba, lo sentí contra mis labios, por lo que suspiré. No había la menor duda de que yo estaba hundida y sin retorno posible en las redes de seducción de aquel hombre.

Cuando nuestro beso finalizó, tan dulce y lento, me sentí flotar sobre nubes esponjosas de algodón de azúcar; y mis músculos cayeron, relajados. Era como si aquel beso fuera una dosis de droga que nublaba mi cerebro.

—A una mujer se la enamora todos los días —respondió por fin. Sus labios estaban rojos por nuestro beso, pero de igual manera mordisqueó el inferior antes de sonreír tímidamente—. Quiero que estés tan loca por mí que ni siquiera seas capaz de mirar a alguien más.

—Oh, créeme, ninguna mujer puede ver a otro hombre cuando tú estás cerca.

—Más te vale que así sea. —Me volvió a besar.

Escuchamos una risa infantil y nos separamos con dos enormes sonrisas que amenazaban con partir nuestros rostros a la mitad. Giramos y observamos la picardía que moraba en los ojos de Perssia a tan corta edad. Ella era muy inteligente con solo un año, aún no hablaba pero su empatía era impresionante cuando se trataba de mí y de su padre. Quizá no entendía lo que pasaba la mayoría del tiempo, pero ella sentía la angustia, el amor, la tristeza, la alegría o cualquier otra emoción que impregnara el ambiente y reaccionaba en consecuencia.

Traian caminó hacia ella y la alejó del agua tibia, dejando olvidado su

patito de goma. La envolvió con cuidado en su toalla y la cargó con una sonrisa, acercándola a mí. Entonces le preguntó al oído, como si fuera un secreto:

—Mamá es hermosa, ¿verdad? —Aceptó su aplauso y su risa como una afirmación. Le informó con seriedad—: Tú eres exactamente igual, su copia idéntica. Vas a causarme muchos dolores de cabeza cuando crezcas.

—¡Oye! —reproché, sonriendo tanto que mi rostro dolía.

—Y tienes prohibido tener novio.

—¿Hasta cuándo?

Frunció el ceño, mirándola un instante y luego indicándome:

—Está prohibido, punto. No va a pasar mientras yo viva.

—Me alegra tanto que me tenga a mí para ayudarla, sino se volvería loca con tu sobreprotección.

—Ustedes son demasiado dulces para su propio bien —dijo, como si fuera un gran problema—. Y ahora vamos a ponerte la pijama y te irás directo a la cama.

Perssia hizo un puchero de decepción. El divertido espectáculo que le estaban brindando sus padres había terminado.



Eran pasadas las diez de la noche y el cielo se estaba cayendo a pedazos. Una tormenta comenzó hacía más de una hora y con el paso del tiempo, aunque yo insistía en que iba a disminuir, solo aumentó su furia. Me encontraba acurrucada sobre el pecho desnudo de Traian, quien había caído dormido en cuanto terminé de hacerle el masaje. Por un momento me cuestioné si tendría frío pero parecía muy a gusto y no quise despertarlo. Difícilmente se le veía descansar como debía, trabajaba mucho en casa y el doble en la agencia de seguridad, así que odiaba interrumpir su sueño.

Giré con cuidado y miré la cuna de Perssia. Se encontraba justo debajo de la ventana, y el duro golpe de la lluvia, más que molestarla, parecía arrullarla. En eso también se parecía a su padre; ambos dormían sin molestarse por los truenos que estallaban en el cielo. Yo, en cambio, saltaba un poco con cada explosión de la tormenta y me acercaba más a mi esposo. Nuestro nicho era cálido y acogedor pero algo me inquietaba. No sabía si eran los ruidos que me destrozaban los nervios o la preocupación de que se viera afectada la infraestructura de la casa.

Miraba los minutos pasar en el reloj, vestida con una vieja bata de

maternidad y los enormes calcetines de Traian. Media hora después, aún sin poder conciliar el sueño, decidí bajar a la cocina y tomar un vaso de leche tibia, un truco que empleaba mamá cuando era niña. Me coloqué una sudadera del armario y me abracé a mí misma para darme algo de calor. Hacía tanto frío que me sorprendí al no congelarme cuando comencé a descender los primeros escalones.

Quince minutos después, cuando acabé de lavar mi vaso y apagué las luces de la cocina, estaba lista para volver a la cama junto a mi familia. Tomé la barandilla de la escalera y subí el primer escalón.

Fue entonces cuando el timbre sonó.

Permanecí inmóvil. Pude haberme confundido con tanta lluvia, haberme imaginado aquel sonido. Los segundos pasaron y no se escuchó nada más que mi respiración acelerada. Entonces apliqué mi miedo y me dije que era una fantasía nocturna. No había nadie en el umbral de la puerta a mis espaldas, menos en un momento tan grotesco como aquella noche oscura y solitaria. Todos los vecinos se habían refugiado en casa y la niñera de Perssia, una mujer de cincuenta años que era amiga de mi madre y que yo conocía desde mi infancia, llegaría hasta el lunes por la mañana. No había que temer, decidí volver a la cama.

Estaba subiendo el último escalón cuando el timbre volvió a sonar. Mi interior se llenó de un frío inusual. En la boca de mi estómago se alojó un mal presentimiento, revolviendo el líquido que acababa de tomar. No lo había imaginado aquella vez, fue claro para mí que alguien desconocido estaba allí afuera y quería entrar.

Presioné con fuerza la barandilla de la escalera, debatiéndome si despertar o no a Traian. Estaba asustada aunque nunca lo admitiría en voz alta; no esperaba a nadie y dudaba que una persona respetable apareciera a aquella hora sin avisar. El timbre no podía seguir sonando o eventualmente despertaría a Perssia. Y quizá fuera alguna persona que se había varado y necesitaba ayuda, pero mi temor no cedía, solo parecía aumentar con cada segundo que pasaba. Estaba paralizada y sabía que con solo un par de pasos me refugiaría en los brazos de mi esposo, pero eso era injusto, no tenía por qué despertarlo solo porque yo era una cobarde irracional. Ya era una adulta, una madre, no podía tenerle miedo a nada, y si lo hacía, pues era mi deber luchar contra el temor por mi hija.

Suspiré, en ese instante el timbre sonó una tercera vez. El visitante no se iría, lo cual me hizo sentir una frialdad mayor. Debía actuar aunque las

sombras que lo cubrían todo presagiaran lo peor. Bajé la escalera con rapidez y, antes de llegar a la puerta, deseé con toda mi alma que Traian estuviese despierto. Me sentía tan vulnerable que me sorprendía que mis manos no comenzaran a temblar.

Nuestra puerta no tenía una mirilla para saber quién estaba afuera. Inhalé valor antes de digitar el código y desactivar la alarma del sistema de seguridad tan riguroso, que Traian se había encargado de instalar aunque afectara nuestro presupuesto. Tomé la perilla de la puerta y me dije que estaba siendo paranoica por la falta de sueño, no había nada terrorífico, los escalofríos eran completamente infundados.

Abrí la puerta e instantáneamente el ruido de la lluvia se volvió más fuerte, cosa que habría creído imposible. El vendaval sacudió mi pelo y me hizo tiritar de inmediato, cuestionándome otra vez quién creería que aquel clima cerca de la medianoche sería oportuno para salir a dar un paseo.

Sostuve la puerta abierta solo lo necesario para mirar hacia afuera, una rendija muy pequeña. Mis ojos se tomaron su tiempo antes de adaptarse a la oscuridad; entonces, mi corazón se lanzó hacia delante con horror y un vacío se abrió en mi estómago. Sentí que mis brazos perdían fuerza y la habitación comenzaba a dar vueltas. No sabía lo que estaba pasando con mi cuerpo, pues mi cerebro se concentraba en una única cosa que no lograba asimilar.

Una silueta alta y negra se encontraba de pie frente a mí. Llevaba puesta una capucha sobre su cabeza y podía escuchar el agua que escurría de cada parte de su cuerpo. La lluvia creaba un manto impenetrable a su espalda y la calle se mostraba tan desolada que me pregunté si alguien me escucharía gritar.

—Buenas noches, Ángela. —Dio un paso adelante, ahora visible bajo la luz que emitía el teclado del sistema de seguridad—. Perdona que viniera tan tarde. Ha pasado mucho tiempo desde la última vez que nos vimos, ¿no es verdad?

Tercera carta

Ubicación desconocida.

Hay algo maravilloso en la esencia humana que nos incita a pecar. No es la falta de discernimiento entre el bien y el mal, sino la necesidad de probar aquello sobre lo que la gente pregona tanto. ¿Por qué hablarían de la maldad si no hubiera algo que deleitar en ella? Tentarse es inherente a nuestra naturaleza y la necesidad puede devorar la conciencia de cualquier ser racional. Pude comprobarlo con mis propios ojos el día de hoy, un milagro aconteciendo como regalo de misericordia divina, o un genuino acto malvado.

Hablo de ti a tal punto que todos te conocen. Grito tu nombre tan a menudo que aquellos quienes me rodean han comenzado a implorarte también, como una oración durante años extraída desde lo más oscuro del corazón que al fin fue escuchada. Uno de mis enfermeros de cincuenta años, cuyo nombre he olvidado, conoce nuestra relación. Me inyecta mi medicina, me droga hasta callarme. Por años le hablé de ti mientras él ni siquiera me miraba, como si fueras solo un delirio de mi desesperación; pero le conté cada detalle, cada mirada y cada cruel giro de la designación. Le conté cuánto solía amarte, cuanto te sigo adorando.

Al principio escuchaba mis historias con irritación y oscuridad en sus ojos. Pasaron tantos años que perdí la cuenta, y mi enfermedad fue empeorando así que pasó más tiempo en mi habitación. Con cada día que transcurrió lo noté más demacrado; ojeras oscuras bajo los ojos, cabello caído y temblor en sus manos. Sin embargo, ni siquiera podía luchar conmigo mismo como para ayudar a alguien más. El enfermero mantenía sus ojos bajos, ya no con molestia sino con desesperanza. Aún ahogándome en mis demonios pude vislumbrar que los suyos propios lo estaban martirizando.

Entonces, sorprendentemente, comenzó a hablar. Dijo tantas cosas entre mis gritos que creí haberlas imaginado, pero su rostro se arrugó con furia mientras narraba cómo su esposa lo había abandonado y su hija se había suicidado. Me reclamó como si fuera mi culpa la manera en que su mundo se había arruinado. Incapaz de hablar, navegué entre la consciencia y el delirio por mucho tiempo; él se despedazaba frente a mí por momentos.

Fue ahí cuando entendí que el amor puede acabar con un ser humano, ya no podía culparte solamente a ti; estábamos predispuestos a hacernos daño. Aquel hombre podría ser mi padre pero compartíamos el mismo sufrimiento fresco, la desesperanza por una vida que parece una tortura constante. Mi

enfermedad me sofocaba e incapacitaba la mayor parte del tiempo; él me hablaba mientras yo desvariaba. Nuestros papeles se habían invertido y aquel enfermero volcaba toda su pena sobre mí, pues sabía que yo podía entenderlo.

Creo que trabajar por más de treinta años en un hospital psiquiátrico hace mella en ti y, cuando tu vida se desmorona bajo tus pies, empiezas un descenso vertiginoso hacia la locura. Mi nuevo amigo y yo enloquecimos juntos, lo pude percibir aún en mi silencio y en las escasas veces cuando estuve cuerdo antes de recibir medicamento. No me hizo falta hablarle para notar que balbuceaba tantas incoherencias como yo; no entendía cómo le permitían a un enfermo mental trabajar cuidando a otros de su misma especie. Quizá pasó desapercibido hasta este momento.

Sentado sobre la cama y abrazando mis piernas, permanecí quieto y en silencio durante todo el día de hoy pensando en lo que fue de mi vida. Extrañando a mi madre, recordando la última sonrisa que me regaló antes de que su mano cayera fría por el cáncer; en tu madre, cómo siempre declaró que me amaba porque yo también era su hijo; y en ti, lo que no es una novedad. Pensé tanto que luego no encontré nada más en lo que pensar.

Hoy despidieron a mi enfermero del hospital, la última catástrofe para impulsarlo hacia el abismo. Llegó a mi habitación temprana la noche y creí que sería la misma rutina de siempre, pero entró a mi habitación con ojos rojos y temblor corporal. Iba a comentarle que me encontré sano durante todo el día y que podríamos hablar, pero escupió con sarna que su vida se había acabado. Que el infierno volvería a la tierra aquella noche y yo podría arder o irme con él. Me estaba ofreciendo una vía de escape, lo que tanto estuve esperando. Creí que estaba fantaseando otra vez con algo imposible, pero aquel hombre arrugado, sin carne en sus huesos y ojos vacíos fue la manera en la que mi propia locura se encarnizó para darme vía libre.

Llevé conmigo nuestra foto, Ángela, y nada más; dejé las cartas y los recuerdos de mis bramidos haciendo eco en las paredes. Atravesé la puerta de mi cuarto y escuché los gritos desesperados, aspiré el humo tóxico que venía desde el piso superior. Vislumbré las sombras creadas por las llamas en las paredes; su movimiento oscilante se atrevía a consumirlo todo. Miré en los ojos desorbitados de mi amigo y entendí a qué clase de infierno cruel se estaba refiriendo; los aullidos de la gente cocinándose viva en la planta de arriba fueron tan desesperantes que comencé a correr al igual que los demás.

Aquellos pacientes encerrados en sus habitaciones no pudieron escapar del fuego, nadie se tomó el tiempo de liberarlos. El viejo enfermero me llevó

hasta una escalera de incendios y descendimos sin parar hasta llegar a la salida trasera del hospital. El humo era tanto que la tos amenazaba con expulsar los pulmones de mi pecho; mis ojos ardían a causa de los químicos y ni siquiera podía encontrar la manilla de la puerta. Tuvimos que empujar con fuerza para derribarla y así poder escapar. Caí sobre el césped plagado de cenizas y hierba ardiendo, me arrastré con los codos hasta llegar lejos y seguí tosiendo bajo el cielo nocturno, intentando desesperadamente que el aire fresco penetrara mi cuerpo.

«¡Levántate y corre!», gritó mi amigo enfermo, bañado por la luz dorada de las llamas, «¡Lárgate de aquí antes de que la policía llegue! Y borra de tu memoria todo lo que sucedió esta noche, incluido mi nombre». Asentí. Lo vi correr colina abajo hasta que desapareció dentro del bosque que se encontraba al final de la calle. Me encontraba tan desorientado que apenas podía creer lo que estaba pasando; apenas diez minutos antes me encontraba sentado en mi habitación sintiendo mi vida pasar y ahora escuchaba cómo acababa la de los demás.

Me levanté a pesar del mareo y de lo inestable que se encontraba mi cuerpo. Vestía una bata azul pero no sentía frío; el sudor perlaba mi frente debido a la ráfaga de calor ardiente emanando del edificio a menos de diez metros. No podía creer lo que mis ojos veían, cómo la infraestructura se iba consumiendo lentamente por el fuego; los pilares de madera rompiéndose y el suelo de los pisos partiéndose por la mitad. El Hospital era tan grande que comenzó a desplomarse por sectores, y estuve convencido de que alguien además de nosotros tuvo que haber podido escapar. Era imposible que los enfermeros y doctores que allí se encontraban no pudieran huir a tiempo.

El fuego crepitó y escuché cómo todo un sector entero se derrumbó. Los gritos aumentaron a tal punto que tuve que cubrirme los oídos con las manos e inclinarme suplicando que se callaran. Pedían auxilio pero yo no podía salvarlos; tampoco era culpable de su muerte, me repetí sin cesar. Yo no los había sentenciado, fue aquel hombre que en su enfermedad, tan parecida a la mía, decidió vengarse del mundo que todo se lo había arrebatado.

Necesitaba moverme, el hospital se hallaba diez kilómetros fuera de la ciudad. Había pasado años de mi vida allí encerrado; no sabía qué fecha era, tan solo recordaba el año y mi pasado. Respirar el aire del bosque era extraño, y mirar al cielo y deleitarme con la luna debió haber sido mi primer deseo pero me encontraba paralizado. Sentía una opresión en el pecho al escuchar el llanto de las vidas perdiéndose unas tras otras, cientos de personas

ahora calcinadas. Me mareé, caí sobre la tierra y observé la brillante masa de fuego despedir un humo que contaminaba las estrellas. El calor se volvía más sofocante y llegó un punto donde volví a tener problemas para respirar. El fuego se estaba expandiendo como si hubiese pasado tanto tiempo como yo deseando su libertad.

Me cubrí la boca con las manos y empecé a descender por la colina. No me dirigí hacia el bosque, donde el enfermero se camufló con las sombras y fundió su oscuridad con la de la noche; me encaminé calle arriba, buscando entre mis recuerdos cómo era la ciudad en la que crecí. Tenía que volver con cautela, no ser descubierto por los bomberos ni la policía. Caminé durante tanto tiempo que al caer al suelo creí que nunca volvería a levantarme, pero palpé mi fuerza interior y acepté la luz argentada de la luna. Llevaba tanto tiempo sin verla que fue una dulce compañera de viaje.

Caminé por diez kilómetros, cayendo y arrastrándome. Levantarme hacía temblar mis huesos y la tos ocasional me ayudaba a expulsar el humo de mis pulmones. Llegué a las afueras de la ciudad sorprendido al divisar, aún en la noche, cuánto se había transformado. El tiempo no pasa en vano, lo sé ahora, apreciando los nuevos carteles, edificios altos, los autos modernos y los flamantes vestuarios. La humanidad sigue cambiando y cada persona fuera de aquel hospital psiquiátrico me ha olvidado.

Pero estoy de vuelta, la vida dejará de abandonarme en sus anaqueles extraviados. Me concedieron la libertad y el momento por fin ha llegado. En mi puño aprisiono nuestra foto juntos, lo único que ha escapado conmigo de aquel infierno. Te la devolveré personalmente, me encargaré de traer nuestro pasado de vuelta a tus manos. Vas a pensar que he muerto como todos los demás, te alegrarás creyendo que desaparecí de tu vida para siempre... pero estás equivocada.

No me encuentro cuerdo en este momento, preciosa mía, pero tú tampoco lo estás si crees que me has olvidado.

Capítulo 24

Arrugué la carta en mis manos y observé las palabras doblarse entre sí hasta que mi pena quedó oculta de ojos extraños. Alcé la mirada para recorrer las paredes del callejón y las sombras de los hombres que se apretujaban para obtener algo del calor que provenía de la fogata improvisada dentro de un contenedor de basura. Aspiré una bocanada de aire y los olores rancios me trajeron consigo recuerdos del barrio donde crecí, el cual se encontraba muy lejos de allí.

La medianoche era próxima y mi aliento se condensaba frente a mis ojos, manifestando el frío que mantenía a aquellos vagabundos desconocidos tan urgidos por acercar sus manos al fuego; yo me negaba a mirar las llamas, el recuerdo de lo sucedido en el hospital era demasiado fresco. No podía empujar los gritos fuera de mi cabeza, cada uno de ellos se envolvía alrededor de mi cerebro y me ensordecían, reviviendo el momento. Aún temblaba ligeramente y, mientras escribía la carta, utilizando papel y un lápiz que encontré en una de las bolsas de basura, solo me acerqué al fuego lo suficiente como para realizar los trazos; ignoré a los indigentes que reclamaban mi atención y cuestionaban mi procedencia. Me negué a entablar conversación hasta que pudiera narrarle a Ángela lo que había pasado hacía unas pocas horas.

En un ataque de enojo, empujé a aquellos hombres y me abrí paso hasta dejar que el papel se desintegrara entre las llamas; así debieron quedar reducidos a cenizas los cuerpos de centenares de mis compañeros confinados y de las personas que me atendieron durante años. Un remolino de enfermedad y desesperanza había acabado y uno nuevo había comenzado.

—Tú, florecita —silbó uno de los hombres a través de sus dientes putrefactos—, ¿de dónde vienes?

—Vete al diablo.

—Estás en nuestro territorio —intervino otro de ellos.

—¿Y qué piensan hacer al respecto?

Giré y los encaré. Continuaba vestido con la fina tela de hospital que lucía como un vestido largo y desteñido, pero había pasado tanto tiempo con él que me preguntaba si sería posible sentirme cómodo vistiendo otra cosa. El callejón no tenía salida trasera pero yo le daba la espalda a la calle intransitada. Cuando comencé a escribir la carta, los truenos se apoderaban del cielo de una manera que resultó reconfortante. Ahora caía la lluvia pero

los tejados de ambos edificios lograban cubrirnos lo suficiente, y el viento soplabá con tanta fuerza que mi espalda comenzó a empaparse.

Me sentía frío, tanto física como interiormente, después de todo lo que había presenciado. No importaba si mis manos temblaban y las gotas de agua resbalaban por todo mi cuerpo, la mirada que les dirigí a aquellos hombres comunicó que yo no me hallaba cuerdo. El fuego me hipnotizó hasta hacer brotar de mi interior todo lo oscuro y siniestro que resguardaba; el dolor de cabeza fue otro indicio que señalaba mi falta de contacto con la realidad. Podía imaginar claramente el vacío en mis ojos, y la condescendencia de mi voz hacía eco en las paredes húmedas de aquel lado de la ciudad. Mi locura, tanto como la terrible tormenta, apenas acababa de comenzar.

—Vas a morir, hijo de puta —gruñó el que se encontraba más lejos, levantándose del suelo—. Te mostraré dónde recoger los pedazos de tu bonita cara.

Permanecí en silencio, resistiendo el viento y la lluvia que me empujaban hacia delante; contemplé cómo media docena de escoria humana se incorporaba, unos cojeando y otros tosiendo de manera repugnante, y se acercaban hasta formar una fuerza que pretendía intimidarme. Sin embargo, cuando formé mis manos en puños y exhalé en preparación para aquella pelea que tanto ansiaba, el primer hombre que me había dirigido la palabra, quien parecía ser el que controlaba esa madriguera de ratas, volvió a hablar:

—Deténganse. —Y todos obedecieron.

—No les tengo miedo. —Alcé ligeramente la comisura de mi labio derecho. Sonreír con desdén era algo que no había hecho en mucho tiempo—. Solo inténtenlo.

—¿De dónde vienes?

—No te interesa una mierda.

—Tu ropa —escupió, analizándome con una mirada vieja y agria— es del Sanatorio.

—¿Lo conoces?

—¿Que si lo conozco? —Soltó una risa que vibró en su pecho flemoso. Quise vomitar—. La mitad de mis viejos amigos está allí.

—No me interesa, hombre. Si van a hacer algo, que sea ahora, pero no pienso perder más tiempo en este lugar.

—¿Por qué, florecita? ¿Le tienes miedo a la oscuridad? —Todos rieron—. ¿Te asustan las pesadillas?

Reí, llevaba muchísimo tiempo sin hacerlo. Clavé la mirada en el suelo

húmedo y la sombra proyectada por el clamor del fuego. Las llamas eran purificadoras, me dije. El mismo Dios las usaba para simbolizar el exterminio de lo que nunca debió habitar el planeta. Aquellas abominaciones engendradas sin razón continuaban burlándose de mí como si fueran mejores. Entonces recordé que las ratas eran una plaga que odiaba desde pequeño y alcé la mirada a esos rostros demacrados. Nadie iba a extrañarlos ni se preguntarían lo que ocurrió con ellos.

Durante mi primera noche en libertad, di un paso adelante. Sentí cómo la tormenta se enfurecía hasta que no pude escuchar mis propios pensamientos, mucho menos cualquier retazo de mi antigua conciencia. Como si hubieran percibido el frío que emanaba mi vacío emocional, sus burlas cesaron. Me incliné lentamente hasta tomar una piedra de bordes afilados que se encontraba junto a los edificios; las miradas que sentí sobre mí fueron todo cuanto necesitaba para recordar la furia que cada día me embargaba.

—Te equivocas —mascullé tranquilamente y, de alguna manera, mi voz apenas controlada fue nítida a través de la tormenta—. No le temo a nada allí afuera. Las pesadillas me han perseguido durante tanto tiempo que ya no me asustan. Pero tú, por el contrario —sonreí—, vas a aprender que en la oscuridad habitamos monstruos que también somos humanos.

Y silenciados por la tormenta más cruel que alguna vez azotó el país, sus almas no escaparon.



El tiempo era confuso para mí y no me detuve a cuestionarme si amanecería pronto. Caminé bajo aquel diluvio y disfruté del agua que lavaba mi alma y drenaba la sangre que manchaba mis manos. Al igual que el fuego, aquella tormenta era un símbolo de purificación; quizá Dios la había enviado para demostrarme que mis actos fueron perdonados. Él lo entendía; solo ayudé a purgar a la humanidad de algunos de sus vicios encarnados.

Comenzaba a congelarme mientras caminaba a mitad de la calle. No había un alma, buena o mala, recorriendo aquellos barrios de clase media que se ubicaban en el extremo opuesto del Hospital Estatal. Llevaba una hora caminando hacia el antiguo trabajo de Ángela; planeaba aparecerme allí y averiguar su dirección, no importaba cuánto me tardara. Era un buen sitio para empezar, pero mi cabeza se obsesionaba con la idea de que hubiera decidido marcharse del país y pasara más tiempo hasta que yo reuniera todos los recursos necesarios para hallarla de nuevo. Le suplicaba a Dios en silencio

qué, así como el agua y el fuego que desaparecían mis demonios, usara su poder para regalarme a mi ángel.

Y lo hizo, esa noche todas las divinidades se hallaban de mi parte, otra prueba de que nuestro destino era estar juntos. Escuché un coche aproximarse por la calle detrás de mí, sus luces fueron llamativas entre tanta oscuridad. Corrí y subí a la acera, luego decidí esconderme detrás de un cubo de basura que se encontraba delante de una enorme casa de dos plantas. Creí que el coche seguiría de largo y yo podría proseguir mi marcha, pero me sorprendí cuando aparcó frente a la casa en cuestión. ¿Quién recibiría visitas a tal hora de la noche y en medio de una tormenta tan violenta?

La curiosidad me instó a espiar a la persona que se bajaba del automóvil. Era una mujer, no me cabía la menor duda y, dándome la espalda, estuvo luchando con su sombrilla pero se resignó a no poder abrirla. Volvió a arrojarla dentro de su auto y giró hacia la casa, encarándome al fin.

Mis manos se presionaron juntas con tanta fuerza que me sorprendió no haber derribado aquel cubo de basura. La mujer, quien vestía una sudadera oscura y acababa de esconder su cabello largo dentro de la capucha, era Camila, la misma chica que fue mi novia durante mi adolescencia y posteriormente se convirtió en una de las amigas más cercanas de Ángela. Aquella perra sin carácter ni personalidad que tuve que soportar durante dos años con tal de enfadar a mi mejor amiga y que se mantuviera lejos de mí; llegué a odiarla tanto por todo lo que representaba que verla llorar cuando teníamos sexo era un aliciente. Merecía arder en el infierno al igual que yo, no estar cerca de la mujer que tanto amaba.

Camila bajó la cabeza y corrió hasta la casa. Mi corazón latía tan rápido que podría haber sido escuchado si la noche se encontrara en calma. Sentía un presentimiento extenderse sobre mi piel, cosquilleos en las palmas de las manos. Aquella premonición no era una locura.

La observé marcar por el celular un par de veces pero lo volvió a guardar con frustración. Entonces tocó el timbre de la casa pero no logré escucharlo. Camila tampoco, al parecer, porque llenó sus pulmones de aire y comenzó a gritar:

—¡Ángela!

Mi interior rugió a la vida; sentí tal éxtasis sacudiéndome la sangre que tuve que sentarme para no caer. La mujer gritaba sin parar el nombre de mi obsesión perpetua y, sin percatarse, cada sílaba llenaba mi corazón de esperanza. Era tan dichoso que había caminado, sin querer, hasta la casa de mi

amor eterno, y del cielo enviaron a una de sus amigas en el momento justo para indicármelo. Nada podía ser más perfecto que todo aquello y, cuando tocó el timbre por tercera vez, me reincorporé lentamente. Caminé con precaución a pesar de que ella no lograría escucharme en medio de la tempestad. Sentí mis pies descalzos rozar el césped húmedo antes de esconderme detrás de un animal decorativo hecho de cerámica.

Segundos después, la puerta se abrió lentamente, pero desde mi posición no pude observar a Ángela, tan solo escuchar su melodiosa voz:

—¡Santo Dios, Camila! ¡Casi me matas del susto! —gritó.

—¡He intentado llamarte desde la mañana!

—El cielo se está cayendo allá fuera. ¿Has perdido el juicio?

—Te estuve marcando para decirte que vendría de visita hoy pero mi teléfono es un asco.

—¡Es casi medianoche! —Aún sonaba aterrorizada—. Por un momento pensé en llamar a la policía.

—Angie, joder —siseó, abrazándose a sí misma—, ¿podemos continuar la charla dentro de la casa? Se me congelan los huesos.

—¡Claro! Entra, lo siento tanto, es solo que realmente me asustaste. — Abrió la puerta en su totalidad y Camila no perdió tiempo antes de refugiarse en el calor del hogar.

Me levanté de un salto con la esperanza de obtener un vistazo de ella pero cerró la puerta con fuerza. Mis manos temblaban, no sabía si debido al frío o al haber escuchado su voz después de tantos años, aquel sonido que me atormentaba en algunas de mis peores noches de enfermedad. Sentí que había perdido toda mi fuerza física pero la sangre corría por mis venas con tanto ímpetu que el cielo podría terminar de caerse pero no lograría apartarme.

Me acerqué con sigilo a la puerta, ni siquiera intenté escuchar sus voces pues era imposible. En su lugar, decidí arriesgarme y girar la perilla lentamente; se encontraba abierta, tal y como lo sospechaba.

Mi lado racional se había esfumado del mapa, así que no evalué la situación dos veces antes de abrir la puerta y mirar dentro; conseguí escuchar movimiento a la izquierda, donde debían hallarse, así que tomé la oportunidad y entré rápidamente, cerrando detrás de mí. La lluvia seguía siendo intimidante pero el frío no era tan terrible dentro del nuevo hogar de Ángela, así que me tomé un segundo para respirar con tranquilidad y pensar.

Decidí que no podía quedarme allí, necesitaba un lugar tranquilo para analizar qué hacer a continuación, pues no había planeado que las cosas

sucedieran tan rápido y, si ella regresaba y me encontraba allí, sin tener claro qué decirle después de tanto tiempo, podría espantarla. Debía proceder con cuidado, así que elegí las escaleras que llevaban al segundo piso de esa casa tan grande; le triplicaba el tamaño a mi hogar de la infancia, lo que me hizo sentir envidia y admiración. ¿Ella sola había pagado por todo? Su vida debía ser más exitosa de lo que asumí.

Había una habitación directamente frente a las escaleras y dos pasillos a cada lado. Decidí girar la perilla con cuidado y dar un vistazo dentro antes de proseguir mi camino.

Estaba oscuro, la única iluminación procedía de la escasa luz de luna a través de la ventana y de los rayos que explotaban periódicamente en el cielo. Abrí más la puerta, cuidando de no realizar ningún ruido que delatara mi presencia; la habitación se hallaba sola, era el dormitorio principal a juzgar por la gran cama revuelta y los armarios llenos de ropa. No parecía tener baño propio ni balcón pero sin duda era el tipo de habitación que mi madre y yo solo habríamos deseado. Di otro paso dentro y cerré con cuidado.

Caminé hacia la mesita de noche y no encontré fotografías, tan solo un reloj despertador. El televisor frente a la cama era tan grande que me pregunté si alguna vez lo usaba o si solo estaba allí para ostentar frivolidad. ¿Qué había hecho Ángela durante todo el tiempo que estuvimos separados? La respuesta llegó a mí de una manera tan directa y dolorosa que casi caigo de rodillas.

Un rayo impactó el cielo y por fin noté la cuna que se hallaba paralela a la cama. Con horror llenándome las venas, caminé lentamente pero me detuve antes de asomarme. Ángela había tenido un hijo... Era madre. Mi chica había engendrado el bebé de otro hombre, lo había cargado dentro de su vientre y ahora debía amarlo con todo su corazón. Esa idea me enfermó, me sostuve de la madera de la cuna y sentí el temblor que recorría todo mi cuerpo. ¿Por qué nunca pensé en esa opción? La realidad era mucho peor que cualquier cosa que hubiera podido imaginar.

Mi cabeza palpitó tan dolorosamente que la sostuve entre mis manos y me incliné hacia delante, rogando que el suplicio terminara. Mi nivel de estrés y ansiedad había desencadenado un nuevo ataque en mis sistemas orgánicos que hacía temblar mis dientes y presionar mis párpados con dureza. Pensé que mi cráneo estallaría y caería fulminado sobre el suelo, un final apropiado para una historia tan trágica.

Sucedió cuando creí que comenzaría a gritar y a destruirlo todo a mi paso, cuando estuve oscilando entre un abismo siniestro y casi caigo dentro del

agujero; unos quejidos procedieron del interior de la cuna, llamando mi atención. El bebé se había despertado, luego comenzó a llorar. En mi desesperación por no ser descubierto, di un último paso cerca y me asomé, enfrentándonos cara a cara.

La realidad era más hermosa de lo que había imaginado, tan bella que resultaba cruel. Mis brazos quedaron inertes a mis costados y cualquier capacidad de pensar correctamente me abandonó. Una criatura diminuta, con el cabello rubio y revuelto, las mejillas rosadas, las manos delicadas y piernas regordetas, se encontraba sentada a mitad de la cuna. Lloraba con gruesas lágrimas surcando su rostro mientras fruncía su labio en un puchero que logró derribar cada una de mis defensas. Nunca pude imaginar que Ángela tuviera un bebé, mucho menos una niña que resultara su copia idéntica, tan semejantes que mi interior se anudó con ansiedad al percatarme de que aquella bebé era la reencarnación de lo que más había amado y perdido. Fue como si me hubieran devuelto a Ángela, a excepción de un detalle.

Me incliné hacia ella, que guardó silencio abruptamente en cuanto me vio. No sabía quién era pero inclinó la cabeza como si mi presencia le intrigara. Entonces, al mirarme fijamente y dejar una última lágrima deslizarse por su mejilla, recibí el golpe más fuerte que la vida pudo darme.

—Eres de él —gruñí con tanta rabia que no reconocí mi propia voz—. Esos ojos, maldita sea... ¡Esos malditos ojos! ¡Eres su hija!

Se asustó... La hija de Traian Serbian. Ángela era madre y todo gracias a aquel hombre que interfirió en nuestras vidas y agravó nuestra situación. Recordé su nombre tantas veces en mi delirio, maldiciéndolo y jurando vengarme, pero Vasil había conseguido darme una estocada final de la manera más sádica posible: habían engendrado un hijo juntos, un ser que perduraría de por vida y cuya imagen me torturaría a cada segundo, asegurándose de que Ángela y yo nunca pudiéramos deshacernos de él.

—Mírate... ¿cómo no me di cuenta antes? —susurré—. Eres la mezcla perfecta de tus padres.

Me incliné hacia delante. Ella emitió un quejido y retrocedió con recelo, frunciendo los labios pero sin llorar. Sabía que sentía tanta curiosidad por mí como yo por ella.

—Soy un amigo de mami —sonreí—. ¿Hablas?

Negó con la cabeza, lo cual admiré. Solo necesité unos instantes para percatarme de lo inteligente que era.

—Voy a cargarte, ¿está bien? ¿No te molesta?

Permaneció en silencio, observándome. Tomé eso como su permiso y la sujeté en mis manos, luego la alcé contra mi pecho. Era más pequeña de lo que imaginaba, pesaba tan poco que me sorprendí; y aunque esperé que comenzara a llorar otra vez, no dejaba de mirarme. Colocó sus manos cerca de mi cuello e inclinó la cabeza a un lado. Pareció tan surreal que, en medio de un diluvio que parecía ser eterno, después de haber escapado del hospital y habiendo atacado a aquellos hombres, estuviera cargando en mis brazos a la hija de la chica que conocí cuando recién comenzaba mi vida.

—¿Y tu papá? —cuestioné en voz baja—. ¿Dónde está? —Parecía que sabía tan poco sobre su paradero como yo, así que decidí concentrarme en ella—. ¿Puedes decirme cuántos años tienes?

Pareció entender con claridad y alzó la manita hasta la altura de mi rostro. Se le dificultó alzar un solo dedo, por lo que hizo un adorable puchero hasta que lo logró: tenía un año y lució increíblemente orgullosa cuando pudo mostrármelo.

—Yo me llamo Sebastián, soy un viejo amigo de tu mamá. La conocí cuando tenía ocho años más que tú. La niña más hermosa que conocí... Bueno, eso hasta ti.

No era consciente de que mi cordura había regresado a mí por primera vez desde que el enfermero prorrumpió en mi habitación e incendió el hospital psiquiátrico. Mi dolor de cabeza pasó a segundo plano cuando la escuché llorar. Estaba tan sumergido mirando esos ojos de lobo ártico que no noté el instante en el que volví a ser el hombre bueno, el que tenía un cerebro. Sostuve a la niña sin vacío en la mirada ni frío en el corazón; olvidé todos mis pecados y los demonios que tiraban de mí hacia la oscuridad. Fue como si en aquel momento, después de años de desesperanza, alguna pieza volviera a encajar y resultara ser lo suficientemente importante como para suplir la carencia de las demás.

—Nunca creí que llegaríamos a conocernos. ¿Cómo te llamas? Eres la copia idéntica de tu madre. Ese cabello... Estarás causando problemas en muy poco tiempo.

Allí fue cuando mi vida cambió. La niña que sostenía en mis brazos extendió sus labios rosados en una sonrisa y comenzó a aplaudir. Rió junto a mi oído como una diminuta campanilla y mi corazón se hinchó de tal manera que me sentí mareado. La miré y supe que aquello era diferente. No quería hacerle daño como tanto deseé en un principio; ya no me importaba quién era su padre o lo que su existencia implicaba, tan solo podía aceptarla como un

ser hermoso producto del otro ser que me dominaba.

Observándola aplaudir y mirarme como si fuera importante para ella, sentí como si hubiese encontrado otra ancla en el mundo, algo más por lo que luchar. Ni siquiera conocía su nombre y ella no entendía quién era yo ni mi larga historia con su madre, pero lo sabría todo más adelante. Me encargaría de que así fuera.

—Voy a estar en tu vida durante mucho tiempo —susurré, abrazándola contra mi pecho. La tormenta tomó coraje y más rayos estallaron en el cielo, así que se aferró a mí como si realmente necesitara que la consolara—. Prometo protegerte para siempre. No lo entiendes aún, pero eres lo que durante tanto tiempo supliqué a la vida. Siempre quise alguien a quien amar... Una familia.

Besé su cabello, respirando el aroma a bebé, y comencé a mecernos lentamente para ralentizar el latido de su corazón, acelerado por los ruidos extraños. Era demasiado pequeña en comparación a mí pero de alguna manera sentí que aquellos ojos grises acababan de robar lo último que quedaba de mi corazón agrietado. Con Ángela y Camila poniéndose al día en la planta de abajo y Vasil en un lugar desconocido, me pareció que todo era un sueño melancólico que estaba teniendo en el hospital.

Pero era la vida real, una nueva oportunidad que no iba a desaprovechar. Amaba a Ángela con locura y ahora podía afirmar que sentía lo mismo por su hija. Dada la manera en la que mi corazón se acompasó y pareció latir con calma por primera vez en años, entendí que ya nunca podría mantenerme alejado de esa niña, mucho menos hacerle daño.

—Yo te cuidaré, ¿escuchaste? Eres un regalo. Podrás contar conmigo para siempre, no importa lo que pase. De ahora en adelante... Es como si fueras mi hija. Por ti seré mejor. Voy a cambiar, ya lo verás. Lo prometo.

Aspirando su aroma una última vez, me obligué a soltarla y colocarla lentamente en su cuna. Continuó mirándome, pude jurar que ella lo había entendido todo. Esta criatura no era mi sangre pero era la hija de Ángela y podía amarla como si fuera mía. Quería cuidar de ambas y que fueran felices, o al menos eso era lo que el Sebastián cuerdo, presente en aquel momento, decidía. Nunca les haría daño y haría lo que fuera necesario para estar a su lado, aunque tuviese que sacrificarse a sí mismo para cambiar. Quería curar mi enfermedad y poder vivir junto a ellas para siempre; tomar de la vida, por fin, todo con lo que había soñado.

Dándole una última mirada, salí de la habitación y aguardé antes de

descender las escaleras. Me detuve al escuchar una voz de hombre, la cual conocía a la perfección, proceder del sitio donde se encontraban ambas mujeres.

—En la alacena, amor, allí las guardaste la última vez.

—Oh sí... ¿Cómo conoces mejor que yo esta cocina?

Su risa grave me hizo rechinar los dientes y enfrió mi sangre.

—Porque odias estar aquí y siempre logras que yo cocine.

—Ustedes dos son adorables —decía Camila.

Salí e hice un esfuerzo sobrehumano para no estrellar la puerta contra la pared. Caminé bajo la lluvia esperando que la frialdad del agua tranquilizara mi furia. Giré y encaré la casa, admirándola detalladamente. Planeaba volver tantas veces como me fuera posible porque, además de Ángela, había encontrado alguien por quién regresar.

Ya no solo la necesitaba a ella sino también a su hija. La bebé no tenía la culpa de nada, no entendía lo complicado de nuestra situación. Tenía que hacer algo a partir de entonces. Quería permanecer en la vida de esa familia hasta que fuera completamente mía, pero para ello necesitaba trazar un buen plan y apegarme a él. Recuperar la confianza y el amor de Ángela sería un trabajo arduo que tomaría mucho tiempo, pero estaba completamente seguro de que al final valdría la pena.

Capítulo 25

—Buenas noches, Ángela. Perdona que viniera tan tarde. Ha pasado mucho tiempo desde la última vez que nos vimos, ¿no es verdad?

Mi presión arterial había subido tanto que casi me desmayo.

—¡Santo Dios, Camila! ¡Casi me matas del susto!

—¡He intentado llamarte desde la mañana! —se excusó con verdadero arrepentimiento.

—El cielo se está cayendo allá fuera. ¿Has perdido el juicio?

—Te estuve marcando para decirte que vendría de visita hoy pero mi teléfono es un asco.

—¡Es casi medianoche! Por un momento pensé en llamar a la policía.

—Angie, joder —siseó, abrazándose a sí misma. Su aliento se condensaba frente a nosotras—, ¿podemos continuar la charla dentro de la casa? Se me congelan los huesos.

—¡Claro! Entra, lo siento tanto, es solo que realmente me asustaste.

Abrí la puerta en su totalidad y Camila no perdió tiempo antes de refugiarse en el calor de mi hogar. Se sentía surreal encontrarme con aquella vieja amiga a tales horas de la noche, pero agradecía al cielo que se tratara de ella y no de otra persona. Había sido imprudente al abrir la puerta y lo sabía, pero aprendería de aquella experiencia y sería más cauta. Ahora tenía a alguien a quien proteger.

Giré de vuelta a la cocina y comencé a encender las luces en el proceso. Mi terror inicial había menguado y ahora mi corazón se ralentizaba ante la perspectiva de poder hablar con Camila después de dos años sin verla. El cielo se partió en dos y la colocó justo frente a mi puerta.

—Ven a la cocina. Haré chocolate caliente y buscaré algo para que te seques.

—Cuánto te extrañaba. —Sonrió—. Mis nuevas amigas no son tan agradables como tú.

Encendí la cocina y puse a calentar una olla con leche mientras Camila se quitaba su abrigo empapado y tomaba asiento en uno de los taburetes de madera.

—Te ves increíble —aseguró, apoyando la cabeza sobre las manos—. La maternidad te sienta bien.

Me sonrojé sutilmente por su escaneo sobre mi cuerpo. Era increíble que, aún cuando Traian acostumbraba susurrarme cosas sucias al oído mientras me

hacía suya, recibir cumplidos de otras personas lograra avergonzarme. Aunque, siendo justa, siempre estaba demasiado cerca del éxtasis como para ponerme a analizar los términos inapropiados que utilizaba su voz profunda.

—¡Dos años, Cam! Debería odiarte. Me has esquivado durante tanto tiempo que creí que nunca volvería a verte.

Bajó la mirada, vaciándola de emociones. La sonrisa desapareció de su rostro y yo me detuve a mitad de la cocina, escuchándola murmurar:

—Soy muy sensible, no podía estar cerca de ti cuando tú me recordabas a...

—Lo entiendo —interrumpí—. Ella y yo estamos juntas todo el tiempo. Sería muy doloroso para ti mantenerte en contacto con cualquier de nosotras.

—Solo quería tomarme el tiempo necesario para superar a Valerie —la admiré al notar que pronunció aquel nombre sin permitir que su voz se quebrara— antes de volver a acercarme a ti.

Saqué un plato y lo coloqué frente a ella. Luego rodeé la isla de la cocina y la abracé; se sorprendió tanto que fue incapaz de reaccionar al principio, pero luego me estrechó y la escuché sorber por la nariz para contener las lágrimas. Respiré profundamente para bloquear las mías, era la primera vez que estaba junto a ella en mucho tiempo y pasar todo el rato llorando lo echaría a perder.

—Gracias por abrirme las puertas de tu casa.

—Siempre van a estar abiertas para ti. —La solté, dando un paso hacia atrás—. Puedes venir cuando quieras. Solo, por favor, dejar de asustarme así. Haz apariciones menos espeluznantes.

Limpio con rapidez una lágrima traicionera que había escapado y volvió a sonreír. Era la misma chica con una cascada de cabello castaño, mirada tímida y sonrisa dulce que recordaba de nuestros años de universidad. Lo único que cambió en aquel par de años fueron sus facciones, las cuales se acoplaron de manera más adulta. Tenía el aspecto de una mujer, vista desde lejos, pero si te concentrabas podías notar el rastro de vulnerabilidad y la delicadeza de sus expresiones. Siempre tendría aquellos ojos marrones de cachorro y el estilo *vintage* no escapaba de su ropa.

—Vine a este lado de la ciudad para ver personalmente un nuevo local que estoy pensando adquirir.

Camila era veterinaria y, por lo que decían, muy buena en su trabajo. No vivía con lujos pero era tan feliz que me alegraba por ella, y escuchar que ampliaría su negocio me hizo sonreír.

—¡Enhorabuena! No sabes cuán feliz estoy por ti. Tendré que llevarte a Félix para que lo atiendas alguna vez.

—¡Félix! Dios mío —saltó al suelo de inmediato, mirando cada esquina de la cocina como si mi labrador fuera a aparecer meneando su cola—, ¿dónde está mi pequeño?

—En casa de mamá. Se lo llevó después de la fiesta de Perssia porque se ha estado sintiendo sola últimamente. No sé cuándo vaya a regresar.

—¿De verdad? —Volvió a tomar asiento y abrigó una de mis manos entre las suyas—. Lo siento tanto, Angie. ¿Tu madre está bien?

Sonreí, tranquilizándola.

—Sí, su salud es excelente, yo diría que mejor que la mía. Pero ha trabajado toda su vida y ahora no sabe qué hacer con tanto tiempo libre.

—Recuerdo que estaba muy emocionada por dejar de trabajar...

—Sí, al principio. Sin embargo, dos años de aburrimiento han logrado desesperarla. —Amplíé mi sonrisa—. Pasa sus días horneando repostería, decorando velas, bordando almohadones y tejiendo gorritos para Perssia. Cada semana nos envía algo nuevo.

—¿Por qué no viene a vivir con ustedes y cuida a la bebé? Ahorrarías dinero y no se sentiría tan sola.

Suspiré, volviendo para apagar la cocina y así evitar que la leche se quemara. Tomé la bolsa de chocolate en polvo y comencé a verterlo en silencio hasta que pude reunir mis pensamientos.

—No quiere dejar la casa donde tiene todos los recuerdos con papá y los de mi infancia. Ya le he sugerido que se mude con nosotros pero se niega a vender, alquilar o abandonar su hogar. Ella echó raíces en ese lugar y dice que no se irá de allí hasta que muera.

—Eso es muy triste. Duele escucharlo.

Mi sonrisa era nostálgica, revolviendo con una cuchara de madera.

—La entiendo, Cam —susurré—. Hay lugares repletos de recuerdos que no podemos dejar ir, pues una parte nuestra ha quedado prendada en ellos. Cuando voy de visita no puedo evitar recordar la risa de papá sacudiendo las paredes, y a mi mente vuelve la voz de mamá gritándome que llegaría tarde a la escuela. Es como si regresara en el tiempo.

—El tiempo pasa tan rápido...

—El tiempo vuela. Viaja a la velocidad de la luz, o quizá es la propia luz. Nunca lo vemos hasta que se va y sabes que es imposible traerlo de regreso. Aún recuerdo cuando saludaba al chófer del autobús y hacía mi viaje a la

escuela. En unos años veré a mi hija vestir mi mismo uniforme, recorrer parte de mi historia.

—Lo lamento tanto. He venido a tu casa a asustarte, mantenerte despierta y entristecerte. No era mi intención.

—Buenas noches. —Ni siquiera levanté la mirada para buscar al dueño de aquella voz; mis células vibraron y un cosquilleo adolescente se adueñó de mi estómago—. Amor, deja de lucir tan triste, estás espantando a nuestra invitada.

—¡Traian Serbian! —chilló Camila, saltando para poder envolver a mi marido en sus brazos—. ¡El gigante hombre de acero!

—No —informé—, ahora es el payaso de las fiestas infantiles.

—Camila. —Traian le devolvió el abrazo aunque con menos efusividad. Lucía somnoliento—. Es un placer saber de ti después de tanto tiempo.

—Tan formal —rió mi amiga—. Siempre me has caído bien porque tienes un alma vieja atrapada en ese cuerpo.

—Estás mojada. Espera aquí, traeré algo cálido.

—No hace falta.

—Insisto. —Sonrió de aquella manera que lograba bajar las defensas de cualquier mujer.

Puse los ojos en blanco. Sabía que era el hombre más fiel que iba a encontrar, pero él no podía evitar coquetear con las mujeres que aparecían en su camino. Lo gracioso era que ni siquiera se percataba; tal vez su personalidad accionara en automático el Modo Encantador y así, cuando yo le reclamaba, juraba que tenía limpia la consciencia.

—¿Dónde están las galletas? —le pregunté—. Oh, déjame adivinar, ¿en algún lugar que no lograré alcanzar!

—Es correcto. —Sentí su calor en mi espalda antes de que su aliento me rozara el oído.

Solté la olla inmediatamente, anticipándome a lo que haría y a la reacción involuntaria de mi cuerpo. Ambas manos se posaron en mis caderas y tiró de mí hacia atrás, pegándome contra su pecho. Movié lejos mi cabello rubio e inclinó mi cabeza para tener acceso a mi cuello; cerré los ojos con fuerza, echando la cabeza hacia atrás. Entreabrí los labios para exhalar mis respiraciones entrecortadas, sintiendo un beso suave cerca de mi omóplato. Traía puesta una camisa blanca de algodón y un pantalón chándal azul oscuro, pero mi cuerpo se había calentado como si la tormenta rugiera en otro cielo.

Depositó dos besos más, cada uno aproximándose más a mi mejilla. Finalmente, decidió mordisquear el lóbulo de mi oreja y tirar de él como si

fuera un felino. Subí la mano y enredé mis dedos en su cabello desordenado.

—Traian, no.

—Amo tus batas de maternidad.

—Cariño, basta.

—Soñé contigo —susurró en mi oído—. Un recuerdo. Tú, embarazada y descalza en la cocina. Necesito eso —gruñó suavemente.

—¿Otra vez?

—Nunca me canso de ti. —Sus manos abandonaron mis caderas y comenzaron a subir con posesividad a lo largo de la tela. Contuve la respiración—. Subamos a la habitación.

—No —exhalé.

Lo escuché maldecir entre dientes. Sentía su deseo como vibraciones sacudiendo su cuerpo. Debió despertar de su sueño con la intención de tomarme y yo no me encontraba allí; percibirlo tan excitado aumentó mi calor corporal en segundos. Era imposible resistirse a aquel hombre recién levantado, desaliñado y con voz rasposa por la necesidad. Sus manos querían adueñarse de todo y me tiraban con fuerza, exigiendo que me fundiera con su cuerpo en una danza primitiva. Traian Serbian me hacía sentir una mujer carnal cuando me trataba como si quisiera beber de mí hasta que culminar nuestras existencias.

—Ven conmigo.

—Contrólate —supliqué con un hilo de voz.

Puse mis manos sobre las suyas y lo detuve cuando lo sentí rozar la tela sobre la circunferencia de mis pechos.

—Te necesito, amor.

—Siempre dices eso.

—Con cada segundo que pasa me vuelvo a dar cuenta de ello.

—¡Disculpen! —escuché una voz alarmada, tan aguda que me sacó de aquel limbo de seducción—. ¡Voy a cerrar los ojos y saldré de esta habitación!

Alejé las manos de Traian y empujé hacia atrás. Lo escuché soltar un gruñido molesto pero lo ignoré y di un paso adelante, mirando a mi invitada; la pobre tenía las manos en alto y los ojos fuertemente cerrados. Sus mejillas estaban tan rojas como las mías; no sabía cuál de las dos se encontraba más avergonzada.

Las personas creerían que me gustaba ser observada al intimar con Traian, pero la realidad era que mi esposo me consumía de tal manera que olvidaba quién era, dónde me encontraba o si habían personas alrededor. Era

impresionante cómo suprimía mi pudor y me convertía en una criatura jadeante que se retorció por solo algunas palabras susurradas al oído. Me empujaba hasta descubrir un lado de mi personalidad que yo procuraba mantener oculto de los demás.

—¡Lo lamento tanto! Sabes cómo es Traian.

Camila abrió los ojos y, aún sonrojada como las manzanas maduras, me regaló una sonrisa.

—Ustedes dos no pueden mantener las manos alejadas del otro.

—No tienes idea de cuán cierto es eso. Discúlpame, ha sido una falta de respeto.

—No seas tonta —rió—. Esta es tu casa y ustedes están casados. En realidad me hace feliz ver cuánto se aman. Relaciones como las tuyas ya no se encuentran en la calle.

Abrí la boca para responder, quizá con otra disculpa, pero Traian me interrumpió ingresando a la cocina con dos toallas y una gran manta. Debido a su trabajo, aprendió a ser tan sigiloso que la mayoría del tiempo no sabía que se había marchado hasta que regresaba.

—Ten, Camila, ponte cómoda —ofreció con una sonrisa pícar—. Lamento que hayas tenido que ver eso. Mi mujer me vuelve loco la mayor parte del tiempo.

—Ya me he dado cuenta —suspiró, comenzando a secarse el cabello—. Recuerden que yo ayudé a organizar su luna de miel.

—Oh —chasqueó Traian, mirándome de tal manera que volví a sonrojarme como una niña—, las mejores dos semanas de mi vida.

—Habrían sido tres semanas, pero nos echaron por tu culpa —acusé, comenzando a verter el chocolate, ahora tibio, en dos tazas que me había enviado mamá como regalo por mi primer Día de la Madre.

Escuché la risa de Camila, tan contagiosa que no pude controlarme por mucho tiempo y acabé carcajeando también. En el pasado quise ahorcar a Traian por arruinar nuestra luna de miel, pero la realidad era que terminó siendo más perfecta de lo que inicialmente acordamos.

—No puedo creer que nadaras desnudo en la playa —carcajeó Camila.

—¡Era una playa privada! —se defendió el aludido—. Aquel sector pertenecía a nuestra cabaña de luna de miel, no había nadie más.

—¡Oh, claro que había alguien más! Una mujer llegó con un carrito a vendernos helados y te vio saliendo del agua en todo tu esplendor. —Lo miré, arqueando una ceja—. La pobre quedó traumatada.

—¿Traumada? —Traian rodó los ojos—. Sacó su teléfono y me comenzó a tomar fotos.

—Sí, y yo tuve que pelearme con ella para quitárselo. Rodamos por toda la arena y la dueña del *bungalow* acabó echándonos del lugar y quedándose con el depósito para comprarle otro celular a la vendedora de helados.

Traian se encogió de hombros, fingiendo despreocupación.

—Tú fuiste la que arrojó el móvil al mar.

—¡Porque tenía fotos tuyas en todo tu enorme esplendor!

—Entonces, en teoría, fue culpa tuya —bromeó, sabiendo que conseguiría cabrearme.

La risa de Camila era tan estridente que Perssia despertaría en cualquier instante. Miré a mi marido, a punto de soltarle unas cuantas verdades acerca de ser un descarado que no tenía problema en que las mujeres lo vieran desnudo vagando ahí, pero utilizó su maniobra más simple para quitarme el enojo; me tiró en sus brazos y me besó de tal manera que acabé con la mente en blanco, sin fuerza en el cuerpo para sostenerme.

—Te amo con toda el alma, aunque seas terriblemente celosa.

—Ninguna mujer va a tener fotos de mi hombre desnudo en su celular — comenté con tranquilidad, sintiendo mis labios hinchados y ardientes por su beso.

Tuvo el descaro de darme una palmada en el trasero y un buen apretón después.

—Ponte territorial, amor, sabes cómo me encanta.

—Dios mío —supliqué, fingiendo rezar con los ojos cerrados—, ¿te llevas a este hombre o te lo mando? —Lo miré, seria—. Arderás en el infierno por torturar y avergonzar a tu esposa.

—Estaré donde tú estés. Sea el cielo o el infierno, nada podrá impedir que llegue a ti.

Aquella declaración era tan romántica y encerraba un significado tan profundo que lo único que me vi capaz de responder, con voz tímida, fue:

—¿Dónde están las galletas?

—En la alacena, allí las guardaste la última vez.

—Oh sí... —Me alejé y llegué hasta ellas. Decidí cambiar de tema—: ¿Cómo conoces mejor que yo esta cocina?

Su risa fue relajada y logró menguar los nervios en la boca de mi estómago. Sentía calidez por todas partes cada vez que lo escuchaba reír. Era un sonido rico en notas musicales.

—Porque odias estar aquí y siempre logras que yo cocine.

—Ustedes dos son adorables. —Camila nos miraba con tanto amor que le devolví la sonrisa y me percaté, con más certeza que antes, cuánto había extrañado a mi amiga—. Nunca me cansaría de verlos juntos.

—Oh, a veces me canso de él —bromeé, dándole un codazo cuando me robó la taza con chocolate y se fue a tomar un puñado de galletas—. Es como un niño en algunas cosas. Siento que tengo dos hijos.

—Pero te encanto —afirmó con las mejillas llenas de dulce.

—Eres un encanto —Cam le dio la razón—. Enojado das un miedo de muerte, pero siempre que tengas el estómago lleno y a Ángela alrededor, eres increíblemente tierno.

—¿Qué hacen ustedes, mujeres, para tener siempre la razón? —cuestionó, guiñando.

—Magia negra —le quité el plato de las manos e hizo un puchero infantil—. La misma que vas a necesitar para bajar los kilos que subirás comiendo todos esos carbohidratos.

—Ángela —nos interrumpió nuestra invitada, hablando con nerviosismo—, te juro que ya no puedo contenerme más. ¡Necesito conocer a Perssia! Valerie me ha enviado algunas fotografías esta semana, ¡es una muñeca!

Mi pecho se llenó de orgullo y no pude evitar la sonrisa gigantesca que se adueñó de mis labios. Por supuesto que quería ver a la bebé; Camila no estuvo durante mi embarazo, tampoco en el último año, y las fotos no hacían justicia de lo hermosa que era en realidad. ¡Moría de ganas de que la conociera! Sabía que ambas se llevarían bien al instante, y a mi hija le vendría bien otra tía que se encargara de mimarla y que compartiera su amor por los animales. La influencia de Camila en su vida sería muy bien recibida, y cruzaba los dedos para que nunca se marchara. La necesitaba cerca.

—Ustedes suban —ofreció Traian—. Yo limpiaré la cocina y las alcanzaré luego.

—Oh, no, yo lo haré. —Camila se levantó.

—Insisto, vayan. —Traian nos empujó suavemente hasta llegar a la escalera, luego depositó un sonoro beso en mi mejilla—. Puede que esté despierta. Las tormentas le dan curiosidad.

—¿La asustan? —inquirió mi amiga.

—No —respondí—. Creo que le gustan. Si los ruidos son muy fuertes, comienza a llorar, pero la mayoría del tiempo solo se levanta y permanece escuchando.

—Bueno, ¡llévame a conocerla!



—Te quiero —le dijo Camila, con lágrimas cayendo de sus ojos.

Permanecí en una esquina, dándoles un poco de privacidad. Cam estaba de pie junto a la cuna, meciéndola en sus brazos suavemente y mirándola como si todas las maravillas del universo hubieran colisionado y el resultado final fuera ella. No entendía del todo por qué sonaba tan dolida mientras la acunaba, quizá solo le diera tristeza haberse perdido un año de su vida. Todo de lo que fui consciente, observándolas, era que no podrían volver a separarse.

—Mi niña hermosa, no pareces real.

Perssia no sonrió pero tomó con su mano el labio de Camila y tiró de él. Luego la miró con la cabeza ligeramente inclinada y estornudó. Mi amiga rió, secándose el llanto que seguía fluyendo, luego besó su frente. Les había dado tiempo suficiente, así que me acerqué despacio y extendí los brazos. Camila me miró con unos ojos tan cristalinos que mis alarmas internas saltaron en ese instante. Algo no andaba bien. Mi instinto maternal me obligó a quitársela de los brazos y resguardarla en los míos, luego di un paso atrás. Conocía a aquella chica desde adolescentes, pero mi hija era lo primero y no permitiría que le hiciera daño.

Mi invitada lucía perdida en sus pensamientos; sus brazos cayeron laxos a los costados. Si me hubiera percatado antes de la mirada en sus ojos, nunca habría permitido que se acercara a Perssia.

—Camila —susurré, dando otro paso atrás—, ¿estás bien?

No respondió pero los ojos desprovistos de calor se clavaron en mí. Sujeté a mi hija con tanta fuerza que comenzó a quejarse y removerse entre mis brazos pero no la soltaría hasta asegurarme de que lo que fuera que había poseído a Camila estuviera muy lejos de mi casa.

—Responde. ¿Qué te sucede? —Callaba, sumida en pensamientos que le confirieron a su rostro un toque sombrío. Me recordó tanto a cierto fantasma de mi pasado que enderecé la espalda e imprimí fuerza en mi voz—. Más te vale volver a poner los pies en la tierra o haré que te vayas de mi casa.

Me sorprendí en sobremanera cuando, dejándose de caer de rodillas al suelo, se cubrió el rostro y comenzó a llorar.

Las alarmas dentro de mí sonaban con más fuerza que nunca, pero ahora no sentía furia sino preocupación. Estaba tan devastada, profiriendo sollozos

provenientes de lo más oscuro de su alma. La conocí durante años y nunca la vi así, ni siquiera cuando fui secuestrada. Aquello tomó todas mis defensas y me derrumbó sin saber qué hacer.

Traian apareció de inmediato y analizó la escena en segundos. Luego clavó su angustiada mirada en nosotras, respirando aliviado cuando vio que estábamos bien.

—¿Qué está mal?

Tomé una decisión. Me acerqué a él y coloqué a Perssia en sus brazos.

—Llévatela y no vuelvas hasta que vaya a buscarte.

—¿Qué sucede?

—Vayan.

—Amor...

—¡Vete!

Luciendo tan desorientado como yo, protegió a Perssia con su cuerpo y bajaron rápidamente las escaleras. Respiré profundamente antes de caminar hacia Camila, quien se había hecho un ovillo en el suelo, y sentarme a su lado. Toqué su cabeza suavemente pero no reaccionó.

—Cam, tranquila. Te tengo. ¿Qué sucede?

Temblaba tanto que mis nervios se crisparon. La tomé como si se tratara de una niña y coloqué su cabeza sobre mi pecho. Acaricié su espalda con una mano y con la otra nos arrastré por el suelo hasta apoyar mi espalda contra la madera de la cuna. Hice todo lo posible para que se sintiera cómoda; le supliqué que me hablara pero solo balbuceaba palabras inteligibles.

—Si no me dices qué sucede, no puedo ayudarte. —Me llené de toda la fuerza de la que fui capaz y mantuve mi voz estable—: ¿Alguien te está haciendo daño? ¿Tienes miedo?

—No.

—¿Tienes problemas familiares o en el trabajo? Sabes que estoy aquí para ti.

Negó con la cabeza repetidas veces, casi con desesperación, así que guardé silencio porque mis preguntas parecían alterarla más. Pasaron varios minutos donde su respiración comenzó a desacelerarse y los sollozos se volvieron menos frecuentes. En un momento dado, cuando creí que se había dormido, dijo con voz ronca:

—Mis pesadillas.

—¿Las que tuviste hace años? —Asintió con la cabeza, mirando al suelo. Me enderecé—. ¿Qué hay con ellas?

—Tu hija me las ha recordado, Ángela.

—¿Que mi hija qué?

—No me... malinterpretes —balbuceó—. Perssia es preciosa. La niña más dulce que he conocido. Es solo que... —hipó—. Tenerla en mis brazos me hizo recordar lo que pasé tanto tiempo enterrando.

—¿Y qué es eso? —Calló, así que aguardé pero no parecía dispuesta a hablar—. No quisiste contarme antes, te lo has guardado por años y eso no es sano. Necesitas dejarlo ir. Sabes que no se lo contaré a nadie.

—Me avergüenzo tanto —susurró, destrozada.

—Cam... Yo sé que... Sé que él te lastimaba. —Tragué con fuerza, sintiendo mis manos temblar—. Me lo confesó una vez. Sé que no estabas con él por tu voluntad, solo tenías miedo de lo que pudiera hacerte.

—Al principio lo amaba. Pero luego descubrí... —Sollozó—: ¡Era un monstruo!

La abracé con más fuerza cuando volvió a llorar. Nos mecí de un lado al otro y me pregunté qué otras cosas inenabrigables había hecho aquel hombre.

—¿Tus pesadillas son sobre él golpeándote y abusando de ti?

—No —profirió con un hilo de voz—. Son sobre mi hijo.

Mi mundo se detuvo y todo se congeló, incluida mi respiración. Miré hacia abajo, al cuerpo pálido y tembloroso de Camila sobre mi pecho. Tenía que haberla escuchado mal; no podía estar diciendo algo así en aquel punto de mi vida, reviviendo algo que yo por fin había enterrado. ¿Aquel demonio nunca podría dejarme en paz?

—Tú no tienes hijos, Cam —le recordé, creyendo que deliraba.

—No llegué a tenerlo, solo estuvo conmigo por ocho semanas. Entonces tuve un aborto. —Se aferró a mí pero yo no pude seguir sosteniéndola. Apenas podía respirar, pues la habitación daba vueltas—. ¡El lo mató!

—¿Qué? ¡No...! ¡Eso no es...!

—Mi bebé —sollozó y tiró de mi ropa, marcando sus uñas sobre mi piel—. ¡Mi pobre bebé está muerto!

Me levanté, la dejé llorar sobre el suelo. Sacudí la cabeza de un lado al otro y tiré de mi cabello, desesperada. Cientos de piezas comenzaron a encajar y la realidad acabó de formarse ante mí. Siempre tuve razón en llamarlo monstruo; eso era realmente. Un maniático asesino que solo había hecho daño a todos los que intentaron darle amor en su vida.

Mientras yo analizaba la nueva información, Camila utilizó toda su fuerza para recomponerse a sí misma. Se sentó y se abrazó, dándose calor. Hizo lo

posible por contener los sollozos hasta que acabó, en silencio, mirando un punto fijo en la pared detrás de mí. La observé esperando que dijera que todo era producto de su imaginación, pero acabé entendiendo cuál era el secreto que torturaba en silencio a la expareja de mi mejor amiga. Aquello que la mantenía despierta por las noches, al igual que a mí, también tenía que ver con él... solo que lo suyo era mucho peor.

Si fuera más joven me habría dejado llevar por el dolor y me habría sumergido en un pozo de desesperanza, pero yo había cambiado; había encerrado a aquel demonio en la habitación de un hospital psiquiátrico. Nunca saldría de ahí para ver la luz del sol y seguir arruinando la vida de los seres que yo tanto amaba. La vida era diferente ahora y, aunque el pasado tóxico y repulso continuara persiguiéndonos sin cesar, alguien tenía que asegurarse de dejarlo atrás.

La miré, ya no con tristeza sino con admiración. Era tan fuerte como para guardar todo aquello en sí misma mientras me sostenía durante mi pena en aquellos años de juventud. Ahora era mi turno de ser su soporte y darle una mano para salir adelante y mostrarle que la vida era mucho más que la suma de todos nuestros errores. Si nos dábamos la oportunidad de dejar de culparnos y superar el dolor, hallaríamos en ella las oportunidades necesarias para ser felices.

—Las palabras no me alcanzan para expresarte cuánto lo lamento —mascullé, luego le ofrecí una mano—. Tú estuviste para mí cuando más te necesitaba, así que yo estaré aquí para ti.

—¿No me odias?

—¿Por qué iba a hacerlo? Nada de lo que pasó fue tu culpa, así como tampoco fue mía.

—¿Cuándo podré olvidarlo todo?

—A mí me tomó tiempo —confesé—. Lo más necesario es el amor. Yo las tuve a ustedes, y ahora tengo a Perssia y Traian. Si te rodeas de personas que te aman, ni alzándote sobre la punta de tus pies podrás ver o escuchar el odio de los demás.

—Gracias —susurró, tomando mi mano y abrazándome con tanta fuerza que casi rompe mi corazón—. Eres la única persona que lo sabe... Ni siquiera él lo supo.

—Tranquila. No llores más, Cam, te lo suplico. Ya te desahogaste y ahora es tiempo de sobrevivir.

—Lamento tanto asustarte con mi ataque. —Me miró con vergüenza y

dolor—. Entiendo completamente si no quieres que tu hija vuelva a acercarse a mí.

—Tonterías —sonreí—. Ahora sé cuánto necesitas recibir amor y Perss es quien más acostumbra regalarlo. Quédate con nosotros el tiempo que quieras hasta que te sientas mejor.

—¿De verdad?

—¡Claro! —Sequé con el pulgar una última lágrima que cayó de su ojo—. Iré a arreglar la habitación de invitados. Mi hija se alegrará de tener otra persona que juegue con ella. Si Traian tiene que seguir jugando con peluches, creo que enloquecerá.

Soltó una carcajada y volvió a abrazarme. Sonreí mientras sentía su pecho vibrar con las carcajadas, y aquello que se había roto dentro de mí al escuchar su confesión volvió a restaurarse. Me tomó por sorpresa; el dolor que sentía tardaría en desaparecer, pero al menos ya no me permitiría caer en depresión otra vez y ahora era lo suficientemente fuerte como para sostener a otras personas también.

—Gracias, Angie. Y debo agradecerle a Traian. Desde que apareció en tu vida comenzaste un proceso de encontrarte y amarte a ti misma. Lo noté antes, pero ahora puedo afirmar con certeza que has cambiado. Estoy orgullosa de ti.

El crujido de la madera me hizo clavar la mirada en la puerta. Traian se encontraba apoyado en el umbral, observándonos con los brazos cruzados. No tenía idea de cuánto de la conversación había escuchado, pero la mirada en sus ojos era tan intensa como si estuviera hablándole directamente a mi alma.

—Yo también estoy muy orgulloso de ti.

Capítulo 26

Me senté al borde de la cama y la observé dormir. Abrazaba la almohada, lo que me hizo sonreír; me alegraba no ser el único que adoraba aspirar la esencia del otro. Tomé el borde de la sábana y la cubrí hasta el pecho. Camila se encontraba descansando en nuestra habitación de invitados; Ángela se quedó arrullándola la noche anterior hasta que ambas se quedaron dormidas y tuve que traerla de regreso a la habitación, por lo que no pude hacerle el amor como deseaba.

Tenía los labios entreabiertos y húmedos, cedí a la tentación de inclinarme y morder el inferior con suavidad. Gimió en sus sueños y se aferró con más fuerza a la almohada. Era muy temprano para ella, apenas las tres de la madrugada; le quedaba otra hora de descanso antes de levantarse para su turno en el hospital. Aquellos seis meses trabajaba de seis de la mañana a tres de la tarde y me alegraba saber que no vivía tan agotada como durante su horario nocturno. Quería que tuviera todo el tiempo posible para disfrutarlo con nuestra hija.

—¿Ya te vas? —masculló con los ojos cerrados, apenas consciente de mi presencia sobre ella.

Miré mi uniforme, el cual consistía en una camiseta ajustada con el distintivo de la compañía, pantalones militares y botas de comando. Aquel atuendo completamente negro me hacía lucir más peligroso de lo que me consideraba a mí mismo, pero era parte del trabajo y me ahorraba el tener que planchar un uniforme convencional.

—Estaré de regreso para la cena. ¿Quieres que traiga algo?

—No —bostezó, sentándose y estirando los brazos sobre su cabeza—, pero este fin de semana tenemos que ir al supermercado. Y mamá quiere que vayamos de visita.

—Anotado. —Besé su cabeza pero permanecí más tiempo de lo necesario aspirando su olor a miel y aceite de almendras. Quería empaparme de él para poder sobrevivir al día que tenía por delante—. ¿No te doy miedo?

Rió, somnolienta. Era tan hermosa que me cortaba la respiración.

—¿Después de observarte comer leche y galletas mientras miras Dora La Exploradora los fines de semana?

—Es su programa favorito —me encogí de hombros, pero la verdad era que disfrutaría de cualquier cosa que mi hija quisiera ver en la televisión si así podía pasar tiempo con ella.

—El tuyo también.

—No. —Arqué mi ceja, sonriendo—. El mío es Jorge El Curioso. Ese mono es más listo de lo que parece.

Tomó la almohada que estaba sosteniendo y me aporreó la cabeza. No perdí tiempo antes de quitársela de las manos y arrojarla al otro lado de la habitación. Arrojé la sábana lejos de la cama, también, y tiré de las piernas de Ángela hasta que la coloqué debajo de mi pecho, con mis codos elevándome sobre ella.

—Vete de aquí, llegarás tarde al trabajo.

—¿Y mi beso?

—¡Madura! —se burló.

—Creo que la vendedora de helados estaría más que encantada de dármelo.

—Bájale un poquito a tu ego, campeón. —Quería actuar ruda, sin embargo abrió las piernas para que pudiera acomodarme mejor sobre ella y rodeó mi cuello con sus brazos—. No eres tan guapo como crees. Ninguna mujer querría besarte o mirarte desnudo, para que sepas.

Descendí lentamente, tan despacio que oculté la sonrisa al notar cómo se aceleraba su respiración. Seguía emocionándose como si fuera nuestra primera vez, al igual que yo; el sentimiento no desaparecía, aquella conexión que latía y nos tiraba juntos, me embriagaba de felicidad y un deseo voraz. Ángela decía que yo era insaciable, sin ser consciente de cuánta razón tenía su declaración; siempre sentí que faltaba algo, aún estando con otras mujeres. Quizá fuera aquel golpe de electricidad que me robó el aliento cuando vi los ojos de una delicada chica rubia en el museo donde trabajaba mamá. Recordé aquel momento durante años, sin saber por qué me interesaba tanto en una persona que apenas me dirigió una palabra.

Ella no lo sabía pero estuve en sus manos desde ese instante. Salir con otras mujeres resultaba un intento vano de demostrarme a mí mismo que solo era mi imaginación, que encontraría una chica que me hiciera sentir lo mismo de aquel día cuando estaba más joven. Pero lo cierto fue que Ángela Báez me había arruinado para todas las demás, y reencontrarnos años después solo verificó mi teoría de que dejó una marca de fuego en mi alma que vibró de emoción al volver a encontrarnos. El sentimiento no había cambiado entonces, mucho menos ahora que podía presumir al mundo que ella era mía para amarla.

Me acerqué a su oído, rozando aquella piel tan suave que mis manos

recorrían durante las noches. Ella se estremeció.

—¿Eso crees? —susurré—. Porque estoy seguro de que la cajera estuvo coqueteando conmigo.

—¿La cajera de dónde? —preguntó con un tono posesivo que hizo rugir mis instintos más primitivos. Quería que me poseyera tanto como yo a ella y rodearnos por la crudeza de la reclamación.

—¿Celosa?

—¿Cuál cajera, Vasil?

Reí sin poder evitarlo. Las mujeres, en definitiva, eran criaturas muy interesantes.

—Todas las cajeras.

—Gracias por decírmelo. Esta es la última vez que sales de compras solo.

Llegaría tarde al trabajo, pero no podría importarme menos. Quería saborearla entera como en nuestra luna de miel; quizá podría organizar otro viaje romántico a la playa y redimirme por la semana que perdimos en el pasado. La idea no dejó de rondarme la cabeza mientras comenzaba a mordisquear la piel de su cuello, una de sus zonas más receptivas. Era tan sensible que enredó sus dedos en mi cabello y comenzó a retorcerse en instantes.

—¿Qué harás? ¿Encerrarme en la casa?

—No me des ideas —gruñó, enojada.

Retiré con delicadeza el tirante izquierdo hasta que expuse su pecho desnudo al frío de la madrugada. Acaricié la circunferencia con los dedos y echó su cabeza hacia atrás; luego lo aprisioné en el calor de mi boca y succioné el pezón hasta hacerla jadear.

—La manera perfecta de empezar la mañana es escucharte implorar mi nombre.

—Por favor...

—Siempre, amor. Sabes que me haré cargo de ti.

—Bésame —suplicó.

Me acerqué a sus labios pero me detuve antes de rozarlos.

—¿No dijiste que llegaría tarde al trabajo?

—¡Traian!

—Creo que mejor terminamos esto más tarde. —Sonreí inocentemente.

Llevé mi mano izquierda a su muslo y la introduje debajo de la bata con sumo cuidado, procurando no rozarla donde tanto ansiaba. Quería hacerla retorcerse y gimotear hasta que se arrepintiera de sus palabras.

—Supongo que te incluyes dentro del grupo de mujeres que no querrían intimar conmigo ni aunque les pagaran.

—Vete al diablo —susurró.

Tomé el borde de encaje de su ropa interior y tiré de él hacia delante; luego lo dejé ir para que golpeará su centro con fuerza. Gimió débilmente, sonando tan necesitada que formé puños a sus costados para abstenerme de tocarla. Estaba a punto de perder el control e introducirme en ella hasta que ambos olvidáramos nuestros nombres. La necesitaba.

—De acuerdo —logré decir con una voz grave que no disimulaba mi excitación—, me marcho.

Sus dedos tiraron de mi pelo hacia delante, mirándome con tanta exigencia que me percaté, una vez más, cuán fuerte era mi mujer aunque ofreciera una imagen tímida a los demás. Solo hacía falta presionarla un poco para que se enderezara y afilara las garras, uno de los lados de su personalidad que más me encantaban.

—Tú no te mueves de aquí hasta que acabes lo que empezaste —advirtió.

—¿Me estás amenazando?

—Primero me vuelves loca de los celos y ahora planeas dejarme como si nada. Podrás ser más grande que yo, Serbian, pero sigue provocándome y te amarraré a esta cama.

Reí vigorosamente, disfrutando de aquella sensación de paz. Mi felicidad era tanta que no me importaba cuántas horas tuviera que trabajar o cuán cansado regresara a casa; cada segundo que pasaba lo aprovechaba recordando a las dos mujeres que me esperaban y cuán perfecta era la vida al poder amarlas.

No perdí tiempo antes de sacarle la bata y arrojarla al otro lado de la habitación. Aquello tendría que ser rápido para poder irme al trabajo, pero no había razón para no gozarlo. Mis compañeros no tenían que pensar mucho antes de adivinar por qué llegaba silbando y sonriendo ciertos días; la satisfacción masculina podía percibirse a kilómetros.

Ella aspiró una gran bocanada de aire e hizo lo posible por relajarse, pero sus caderas inquietas insistían en arquearse hacia mí. El cuerpo de Ángela era tremendamente exigente y ni siquiera lo sabía; había pasado de ser una chica tímida a una mujer que reconocía lo que necesitaba. Mi excitación crecía al pensar en lo bien que encajábamos juntos, la manera en la que nos movíamos en la misma sintonía hasta alcanzar tal punto de éxtasis que el cielo se atrevía a envidiarnos.

—Lo que mi reina ordene, lo tiene.

Tomó mi rostro entre sus manos. Nuestros ojos conectaron en una mirada vulnerable y, si no estuviera tan hundido en ella desde antes, pude haberme vuelto a enamorar.

—Te amo —susurró.

Mi corazón empujó; quería saltar y reunirse con ella, fundirse juntos hasta que la separación se convirtiera en una pesadilla efímera que se esfumaría antes de vislumbrar la realidad. No tenía idea del ligero temblor en mis manos que sus palabras ocasionaban, o la manera en la que mis ojos se humedecían y debía esforzarme para no asustarla con lágrimas. Nuestra unión era tan perfecta que solo podía ser descrita como mágica. Y aunque pasaran los años, miles de historias románticas consumadas y otros cientos de amores olvidados, ninguno haría temblar la tierra con tanta intensidad como el mío por ella.

—Déjame demostrarte cuánto te amo.



Caminé hacia la camioneta asignada por mi jefe y arrojé la mochila en el lado del pasajero. Mis músculos se sentían más relajados después de haber bebido los gemidos de mi esposa con los labios; mi mente permanecía en lo que acababa de ocurrir hacía menos de diez minutos, por lo que me sorprendí cuando, antes de subir al auto, mi celular comenzó a vibrar.

—Serbian.

—Vasil, habla el detective Ruetta.

Me congelé, aspirando una gran bocanada de aire. Habían pasado años desde la última vez que escuché la voz de aquel hombre; más específicamente, desde el día en que el juez dictó su sentencia contra Sebastián Videla. Nunca nos llevamos bien en mi juventud pues fue quien me encerró por seis años en la cárcel y luego se negó a buscar a Ángela en cuanto fue secuestrada. Independientemente de cuál fuera la razón por la que llamaba, no podía ser nada bueno.

—Soy el detective encargado del antiguo caso de su esposa.

—Tengo muy claro quién es usted. Dígame qué quiere.

Soltó un gruñido que me recordó que el tiempo también había pasado sobre él y no debió dejar nada bueno.

—Veo que los años no le han enseñado modales —resopló. El desdén era mutuo—. No crea que es usted intocable solo porque ahora trabaja con

Antoine Lemair.

—No me amenace, Ruetta. No sabe con quién se está metiendo.

Suspiró, tan harto de aquel intercambio como yo. Estaba seguro de que ambos deseábamos terminar la conversación lo antes posible y no tener que seguir interactuando con el otro. Me aferré al marco de la ventana de la camioneta; lo blanco en mis nudillos me indicó que mi buen humor había desaparecido y mi sexto sentido se erizaba ante lo que fuera a decir aquel hombre. No llamaría personalmente si no fuera serio.

El detective suspiró y volvió condescendiente su tono de voz.

—Escucha, Vasil, prefiero que ustedes se enteren de parte de la policía en lugar de escuchar cualquier desvarío en las noticias.

Mi estómago se hundió y por un momento me hallé desprovisto de fuerza, como si la tierra se estuviera partiendo y me dominara un sentimiento crudo de impotencia.

—¿Se ha escapado?

—No. Les prometí que no permitiríamos que saliera de ese hospital psiquiátrico.

—¿Entonces qué demonios sucede? Te juro por Dios...

—La noche de ayer, los bomberos recibieron una alerta. El sanatorio se estaba quemando.

—¿Con esa tormenta?

—Comenzó mucho antes de que el agua apareciera. Cuando los bomberos llegaron, ya era tarde. La lluvia se encargó de controlar las llamas, pero todo lo que quedó después fue un puñado de escombros.

—¿Qué intenta decirme? —casi balbuceé. ¿Estaría soñando?

—Hemos logrado rescatar una docena de cuerpos, pero todo lo demás está carbonizado. El lugar quedó irreconocible. Nuestro equipo localizó los restos de la que fue la habitación de Sebastián Videla, todo indica que no logró salir a tiempo. Su habitación estaba cerrada desde afuera.

—Está muerto —susurré, apoyando la frente contra la camioneta. Tragué saliva e hice un vano intento por controlar los escalofríos que recorrían mi cuerpo—. Muerto... Videla. Joder.

—Muerto —confirmó el detective—. Al igual que las otras docenas de pacientes encerrados en sus habitaciones. El fuego acabó con ellos.

—Ángela... No sé cómo reaccionará cuando sepa esto.

El detective permaneció en silencio mientras mi mente daba vueltas sin control. Creí que era una especie de broma cruel o un sueño otra vez. Cuando

me levanté aquella mañana jamás imaginé recibir una llamada como esa, borrando de mi alma una serie de cadenas que tiraban hacia el pasado. Era como si un peso se hubiera esfumado y pudiera respirar con libertad.

No me había percatado de cuánto me afectaba la existencia de aquel hombre, estuviera o no encerrado. La muerte era un camino sin reversa del que ni siquiera un monstruo como él podría escapar; un accidente, probablemente, me había hecho un favor que no sabía que necesitaba. Por fin, aquello que nos recordaba al pasado se había reducido a cenizas. Las mujeres que amaba no correrían riesgo imaginario o real, yo podría dormir por las noches sin ahondar en pesadillas asfixiantes; ya nunca se volverían realidad.

Ambos permanecemos en silencio por muchísimo tiempo, sumidos en nuestros pensamientos. El detective pensaba que yo estaba conmocionado, no tenía idea de que lo que rugía en mi pecho era felicidad. Nunca creí alegrarme por la muerte de alguien y no mentiría diciendo que lo lamentaba; lo único que me causaba dolor era pensar en cuánto padecería Ángela. Sabía que ya no lo amaba; lo despreciaba con todo su ser e incluso se negaba a mencionar su nombre, pero no había fallecido solo su acosador y agresor... Con él había muerto también un antiguo amigo. Fuera como fuese, podía comprender su duelo interno.

Pero la sostendría, le mostraría que ahora más que nunca tendríamos la fuerza para salir adelante. La llenaría de amor todos los días, la acariciaría con tanto ímpetu que olvidaría todo lo demás. Con Sebastián Videla no habían muerto solo los demonios del pasado, sino también la conexión que lo unía con Ángela. Sin él robándole pensamientos, sería completamente mía. Era como si en aquel momento comenzaran otra vez nuestras vidas.

—Ella estará bien —respondió el detective, robándome las palabras—. Acompáñela. Estará conmocionada y será duro al principio, pero no dudo que pueda superarlo. Es fuerte.

—Usted no tiene ni idea, Ruetta. Ángela ha cambiado —informé, enderezándome. La energía fluía por todo mi cuerpo; deseaba comenzar a correr a causa de la emoción—. Ahora es una mujer dura, empoderada. Anoche me demostró que nada puede con ella, mucho menos ese hombre. Ya no más.

—El nombre de Sebastián Videla quedará únicamente en nuestros informes. No tenía familia ni existe cuerpo que enterrar.

—Me alegra que así sea. Que nadie recuerde la memoria de aquel monstruo, mucho menos que lo invoquen. Tuvo una muerte justa, era lo menos

que merecía después de todo lo destruyó.

—He conocido muchos hombres como Videla y su vida nunca acaba bien. Hay seres humanos que provocan tanto daño en la tierra que el infierno decide subir a buscarlos. Es una lástima, él... Habría podido tener una mejor vida.

—Así es, pero eligió el camino equivocado. Seres con más traumas han podido enderezar su camino y convertirse en hombres de bien.

—Quizá nació enfermo y su final estuvo así escrito desde el comienzo.

Solté una risa amarga, negando con la cabeza.

—No creo que los seres humanos traigan la psicopatía en sus genes, creo que el contacto con el mundo los daña. Videla eligió victimizarse y tomar todo lo que pudiera sin importar el daño que hiciera a los demás.

—Si ese hombre hubiera aceptado el amor que tenía en su vida —dijo Ruetta, casi como si se entristeciera al pensarlo— nunca habría acabado de una manera tan fatal.

Giré lentamente y clavé la mirada en la ventana de la segunda planta de la casa. Allí, atendiendo mi hija antes de irse al trabajo, se hallaba Ángela. Estaba seguro con cada fibra de mi ser de que ella habría sido capaz de enderezar la vida de Sebastián y su historia juntos habría tenido un buen final. Pero fue él quien cavó su propia tumba, se enterró con sus propias manos y se aseguró de que nadie estuviera allí para velarlo.

—Él no lo sabía, detective —informé, sin sentir un ápice de lástima al pensarlo—, pero inconscientemente deseaba morir. Parece que llevaba años deseándolo y su sueño terminó volviéndose realidad. Debo agradecerle, sin embargo, pues su necesidad de torturarse me permitió llegar a conocer a las dos personas que más amo.

Capítulo 27

Tres años después.

—Necesitas tranquilizarte, ¿de acuerdo?

—Sí. —Exhaló.

—Te tiemblan las manos.

—¡Esto es un desastre!

Eché la cabeza hacia atrás y reí sin poder evitarlo. Me dedicó una mirada poco tolerante, pero su agresividad cedió y dio paso, nuevamente, a la preocupación. Hizo ademán de volver a llevarse las manos a la boca para destrozar la manicura roja recién hecha, así que le di una palmada y sujeté sus muñecas entre nuestros pechos. La obligué a mirarme.

—¿Qué te sucede? A ti nada de afecta de esta manera.

Sus ojos estuvieron a punto de salirse de sus cuentitas y me miró como si la que estuviera delirando fuera yo. Solté sus muñecas cuando dio un paso atrás, y me retracté al verla a punto de enredar los dedos entre su cabello y arruinar el peinado que duraron una hora y media en realizar los estilistas.

Mi mejor amiga estaba frenética, gritándome:

—¿Cómo quieres que no esté nerviosa? ¡Me voy a casar!

—Exactamente. Es una boda, no tu Juicio Final.

Gimió con desesperación, clavándose los dedos en las mejillas.

—¡El maquillaje, por Dios! —chillé.

—¿En qué momento dije que sí? —Renegaba, hablándole a cada mueble de la habitación mientras comenzaba a andar en círculos como desquiciada—. Voy a cancelar esto... Sí, joder. Ángela, ¡quiero que llames a todo el mundo y les digas que esto no sucederá!

—Mami, tía Val está diciendo malas palabras.

Me llené de paciencia mientras Valerie y yo clavábamos la mirada en Perssia, recordando que se encontraba allí con nosotras. Me encargué de vestirla y peinarla antes de proseguir conmigo misma y seguidamente ayudarle a mi mejor amiga a colocarse su vestido blanco de seda. Mientras esperaba en un pacífico silencio, mi hija, sentada en el sillón con decenas de lápices de colores a su alrededor, se entretenía pintando dentro de las líneas.

El fin de semana anterior le compramos un vestido del color de la esmeralda con encaje blanco en intrincadas flores alrededor del vuelo de la falda. Pidió que le dejara el cabello suelto hasta la cadera con unos cuantos rizos enmarcándole el rostro. La pequeña vanidosa me dio el visto bueno

frente al espejo antes de tomar su cuaderno para colorear y esperar a que su tía y yo acabáramos de alistarnos antes de marchar al Registro Civil.

—Lo siento, cariño, solo estoy algo nerviosa —balbuceó Val, mirándola con arrepentimiento mientras alisaba arrugas inexistentes en su atuendo—. Entiendes lo importante que es esto, ¿verdad?

Perssia detuvo el movimiento de su lápiz azul y alzó la cabeza, perforándola con unos ojos enormes que sugerían más conocimiento del que era posible en una niña de cuatro años.

—Papi dijo que el día de su boda fue el segundo mejor de su vida.

Me detuve en seco y fruncí el ceño. Giré hacia ella y la miré con una ceja enarcada, cruzando los brazos sobre mi vestido corte imperio.

—¿Cuál fue el primero?

—Cuando yo nací —pronunció con orgullo, sonriendo.

—Perssia Annelisse Serbian, ¿qué te he dicho sobre ese egocentrismo?

—¿Qué es ego... si... egosis... mo?

—Deja a la niña, Ángela. —Por primera vez desde ayer, volví a ver una sonrisa genuina en mi mejor amiga. Se inclinó y depositó un beso sonoro en la mejilla de la pequeña sabelotodo—. Es cierto, princesa, el día en que naciste fue el más feliz en la historia de la humanidad.

—Deja de distraerte y ponte los zapatos, Valerie. Vas a casarte.

—¿No quieres casarte con la tía Cam? —preguntó mi hija, haciendo su mejor intento de arquear una ceja insolente como la propia Valerie. Reí suavemente al ver que no lo consiguió.

—No es eso. —Valerie tragó saliva, volvió a acelerarse su respiración—. La amo. Estoy segura de que lo hago, y sé que no encontraré a un ser humano que me quiera más que ella. Nuestra historia ha sido tan complicada... Terminamos la relación tantas veces que ya ni siquiera las cuento.

Me senté en el sofá junto a Perssia, procurando no ensuciar la tela gris de mi vestido con sus zapatos de muñeca. Hice crujir mi cuello antes de tomar aliento y prepararme para la sesión de terapia que se avecinaba, aún sabiendo que la limusina llegaría en cualquier momento y Valerie no estaría lista.

—Estoy segura de que tienes miedo de que acaben divorciándose pronto y que ese sea el final definitivo.

—Siempre peleamos, Angie, lo sabes —suspiró, cubriéndose el rostro. Ni siquiera me molesté en reñirla—. Como pareja podemos ir y venir sin ningún problema, pero estar casadas es algo grande y temo que lo nuestro no sea lo suficientemente fuerte para resistirlo.

—Su historia ha sido larga, soy testigo de ello —informé, recordando cómo comenzó todo cuando Camila se transfirió a nuestro colegio, hace muchísimos años atrás, lo que parecía toda una vida diferente—. Cuando creía que ustedes dos definitivamente no volverían, que realmente se había acabado, encontraban la forma de hallar su camino juntas. ¿Recuerdas hace unos cinco años cuando cortaron toda comunicación y Camila se alejó totalmente? Ella ni siquiera intentó acercarse cuando nació Perssia.

—Lo recuerdo —asintió. Su rostro, enmarcado por la angustia, no se suponía que debía pertenecer a una mujer que estaba a punto de casarse con el amor de su vida—. Yo tampoco conservaba esperanza alguna. Después de que le confesé mi secreto... Sabes que nunca esperé que me perdonara.

—Pasó mucho tiempo. Fue difícil, lo sé, pero las vi sanar mes tras mes y recuperar la relación que forjaron durante nuestra época de universidad. Volvieron a ser jóvenes enamoradas que paseaban de la mano, inseparables. Surgieron de las cenizas.

—Como el pajarito.

Valerie frunció el ceño e inclinó la cabeza con interés, mirando a Perssia.

—¿De qué pajarito estás hablando, Perss?

—El de la historia que me contó papi anoche —dijo sabiamente, mirándonos a ambas como si le pareciera extraño que no lo entendiéramos—. La paloma. Como las del parque.

Lo entendí inmediatamente. Todo el estrés fue borrado de mi sistema de un plumazo y comencé a reír con tanta fuerza que las carcajadas hicieron eco en mi casa. Sabía que mi risa se fundía con la de Valerie e interiormente le agradecí a Perssia por romper el momento de tensión y ayudarme a sacar a su tía de la crisis histérica en la que se había sumergido.

—¿De qué se ríen?

—No es una paloma, amor —conseguí decir, acercándome para tomarla en mis brazos y mirarla directamente a los ojos—, es un ave fénix. Y de esas no hay en el parque.

Frunció el ceño. Cruzó los brazos regordetes a la altura del pecho, mostrando la delgada pulsera de oro que mi marido le había regalado sin razón aparente.

—Papá dijo que era una paloma.

Valerie consiguió señalar entre risas caóticas:

—Tu padre a veces tiene serios desvaríos mentales.

—No estoy desvariando —alargó una voz grave, enfatizando cada palabra

pronunciada—. ¿Cómo le explicarías a tu hija de cuatro años lo que es un ave fénix?

Me encontraba de espalda a la puerta, aguardando. Perssia miró sobre mi hombro y no tardó en comenzar a revolverse en mis brazos hasta que me vi forzada a depositarla en el suelo. La escuché correr un par de segundos antes de aterrizar en los brazos que yo tanto deseaba tener a mi alrededor en aquel momento.

—¡Papi, papi!

—¿Por qué cada vez que te veo estás más grande?

—Solo estuviste fuera dos días, Serbian —se burló Valerie, sonriendo ante la escena detrás de mí—, no seas exagerado.

—¿Quién es más dramático, un padre sobreprotector o una novia en crisis?

—¿Cómo sabes que estoy en crisis?

—Conozco el olor del drama femenino. —Valerie lo miró, incrédula, así que mi esposo soltó una risa mientras le hacía cosquillas a Perss—. Además, he estado llamándolas por teléfono pero nadie contesta, así que decidí hacer una parada aquí en lugar de ir directamente al Registro.

—Tía Val es como el pajarito que salió de las cenizas, el del cuento de ayer.

—¿Cómo le contaste una historia de buenas noches si no estabas en el país? —cuestionó Val, y en silencio la observé ponerse los zapatos. Elevé un agradecimiento al cielo, mis hombros cayeron con relajación. Ella iba a hacerlo, no tendría que lidiar con dos novias histéricas el mismo día.

—Lo llamé por teléfono —contestó Perss—, con el celular de mamá.

Valerie soltó una risa y negó con la cabeza, mirándome.

—Ahora entiendo por qué tu tarifa telefónica es tan alta cuando Traian está de viaje.

—Son inseparables —asentí—. Cuando ella trabaje pienso cobrarle todas esas facturas.

—Preciosa, ¿por qué no vas a esperar dentro de la limusina con tu tía mientras hablo con mamá?

—No sabía que el auto ya estaba aquí. —Valerie volvió a retorcerse las manos con ansiedad, así que di un paso atrás y comencé a empujarla hacia la puerta antes de que tuviera tiempo de arrepentirse.

—Entra allí y dame un par de minutos. Vigila que Perssia no rompa nada, por favor y gracias.

Escuché que mi bebé le dio a Traian un sonoro beso en la mejilla antes de

volver al suelo, tomar sus útiles para colorear y salir corriendo en el pasillo tras Valerie. Aguardé hasta asegurarme de que estaba bien sujeta de su mano antes de cerrar la puerta con un chasquido que aceleró mi corazón. Exhalé y coloqué la frente contra la puerta, rogándole a mi cuerpo que mantuviera la compostura. Estuve tan inquieta durante los dos días de su viaje de trabajo que apenas podía respirar ahora que lo tenía cerca.

—Señorita Báez.

—Hola —susurré, mis manos comenzaron a sudar cuando dio un paso más cerca y aquel intenso olor penetró todo lo que me rodeaba.

—Te ves deliciosa.

Reí nerviosamente. Necesitaba tranquilizarme o él sabría que algo ocurrió después de que se marchó hacía apenas un par de días. No conseguía asimilar cómo, en tan poco tiempo, mi vida podría dar otro giro tan radical.

—¿Cómo estuvo la capacitación?

—Aburrida. —Dio otro paso más cerca. Percibí el calor; el vello de mi nuca se erizó—. Espero que me hayas extrañado. No quisiste hablar conmigo por teléfono.

—¡Por supuesto que lo hice!

—Solo me saludaste con prisa y luego le diste el teléfono a la niña —espetó—. ¿Crees que soy tan insensible como para no darme cuenta de que a mi mujer le ocurre algo, aún en la distancia?

—Estoy perfectamente bien, ¿no te parece?

—Luces como un bocadito, es verdad. —Uno de sus brazos rodeó mi cintura y por fin me pegó al calor de su pecho, utilizando la mano que quedaba disponible para alejar los mechones de mi cuello y depositar un beso dominante—. Pero algo anda mal. Cuando regreso de algún viaje de trabajo, no tardas en saltar a mis brazos; ahora solo parece asfixiarte por encontrarnos en la misma habitación.

—Te he extrañado como una loca —pronuncié en voz baja, clavando la mirada en la puerta—, como nunca antes lo había hecho. Odio que te vayas, aunque sea por tan poco tiempo.

—Entonces dime lo que está pasando para solucionarlo y luego poder besarte hasta el cansancio.

Exhalé lentamente. Traian era tan fuerte que a veces me sorprendía; olvidaba que con un solo movimiento de sus brazos podría partirme a la mitad, y su evidente contención para poder tratarme con delicadeza me hacía enamorarme aún más de él. Seguía trabajando en la agencia de seguridad pero

había ascendido tanto que no me sorprendería si se volvía socio de la misma en algún momento. Y aprovechó su nuevo tiempo libre para ejercitarse hasta que sus brazos y piernas duplicaron su tamaño y en su pecho no quedó un gramo de grasa.

Le quitaba la ropa y me sorprendía más con el pasar de los días. Su bronceado natural aumentaba y las líneas de los abdominales se hundían más dentro de su piel, tan tensos que dedicaba horas de nuestro tiempo juntos a acariciar su pecho. Traian Serbian se encontraba en la cumbre y las mujeres lo devoraban descaradamente aunque lo vieran reír y mimar a su pequeña hija. Nadie podía estar en su presencia sin sentir los pechos pesados y la respiración agitada, incluida yo; parecía volverme una ninfómana real, pues me di permiso de disfrutar cada nuevo músculo que se desarrollaba en el cuerpo de este hombre. Era todo mío para mordisquear... Justamente lo que me había metido en este aprieto.

Si se alteraba, bien podía decirle que era su culpa por tentar a la raza humana solo con respirar. Me animé mentalmente y me dije que no podía retener la noticia por más tiempo; contenerme por dos días, llena de ansiedad y preocupaciones, me estaba volviendo loca. Además, deseaba voltear y enterrar la nariz en su pecho, luego desgarrar el traje de dos piezas que debía estar vistiendo y dejarlo poseerme ruidosamente en cada habitación.

Aquí voy.

—Te hice caso y me fui a revisar después de que te marchaste.

Su preocupación era tanta que la percibí como una oleada fría.

—¿Estás enfermedad de gravedad? Ángela...

—Escucha.

—Y una mierda, ¡esto tenías que habérmelo dicho en cuanto saliste del consultorio!

Me soltó y se alejó de mí como si lo lastimara. Giré y alcé la vista con lentitud pues sabía que la visión de Traian debía asimilarla gradualmente para no quedar impresionada más allá del habla. Pasé dos días completos sin él, así que me regocijé al subir por los mocasines brillantes, las piernas cubiertas de tela negra que no dejaban de moverse con frenesí en el centro de la habitación, y el trasero de aquel hombre que me provocaba genuina envidia, haciéndome considerar seriamente la idea de inscribirme en el gimnasio.

Seguí ascendiendo por el pecho cubierto por una camisa blanca y una chaqueta cuyos hilos parecían hacer todo lo posible para resistir y no rasgarse a producto de la fuerza con la que mi esposo se frotaba las manos. Traian se

detuvo ante mi silenciosa inspección y me miró: mi Señor Ojos de Tormenta lucía espectacular cuando estaba desesperado, algo que ocurría tan frecuentemente como un eclipse lunar. Él era el estanque en calma y yo el histérico huracán, pero mis palabras lo empujaron al borde de un abismo.

—Esto no puede estar pasando. No va a ocurrirte nada malo.

El claxon de la limusina fue presionado por varios segundos y me zarandé mentalmente, recordándome que aquel era el día de mi mejor amiga. Valerie debía estar perdiendo la cabeza, pero la mirada de Traian decía que él no me permitiría salir de esa habitación, mucho menos de su vida. Estaba tan pálido como un fantasma.

—Cielo...

—¡Por eso vomitabas tanto! ¡Te dije que era un asunto de cuidado, joder, pero tú nunca escuchas! Eres enfermera, no doctora.

Di un paso adelante, cabreada. Crucé los brazos sobre mi pecho y lo miré alzando la barbilla con soberbia.

—¿Qué demonios significa eso, Vasil?

—¿Qué? —estalló—. ¡Que debiste ir a examinarte en cuanto percibiste el mínimo síntoma extraño! ¡No puedes diagnosticarte a ti misma y decirme que estás bien, para luego venir con que estás enferma!

Me llevé la mano al rostro y solté un largo suspiro, negando:

—Y dicen que las mujeres somos dramáticas.

—¿Ángela? —suplicó, por lo que lo miré.

Sus ojos parecían partirse y derramarse hasta volverse negros. Tanto dolor hizo que me enderezara y, como una adulta, volviera a tomar las riendas de aquella confusa situación. No iba a permitir que sufriera.

—Te amo tanto, Vasil, ¿sabes? —Di los pasos que faltaban y coloqué mis palmas en su pecho. Se aferró a mi cuerpo de inmediato y me sentí cruel al percatarme de su respiración acelerada; realmente estaba sufriendo—. Aunque seas tan sobreprotector que me exasperes, no puedo imaginarme despertando cada día con alguien que no seas tú.

—Te amo tanto que duele —susurró.

—Lo sé. —Y de una fuente desconocida nació una lágrima que él secó de inmediato, arrugando aún más el ceño. Sonreí y me coloqué de puntillas para besarlo dulcemente a pesar del claxon que el conductor insistía en presionar. Me tomé mi tiempo para recordarnos a ambos los besos tímidos que le daba al inicio de nuestra relación—. Nuestra vida juntos es... un sueño.

—No me digas esto, Ángela. No vas a irte a ninguna parte. —Sus brazos

me presionaron con tanta fuerza que por poco no escuché mis huesos crujir, pero me distraje con el brillo lacrimoso en sus ojos.

—Y tenemos una vida maravillosa —proseguí, mirándolo directamente para captar su reacción—, una hija tan amorosa e inteligente que parece más un regalo que una realidad.

—Una hija que necesita a su madre —gruñó. La vena en su cuello latía con tanta fuerza que me preocupé—. Perssia va a necesitarte por mucho tiempo. Y cuando ella ya no nos quiera cerca, yo voy a necesitarte. ¿No lo entiendes? No podría vivir un momento sabiendo...

—Traian, no estoy enferma.

—¿No? —Su ceño se desdibujó; ahora lucía tan consternado que quise besar sus labios entreabiertos—. ¿Entonces qué demonios está sucediendo? Acabas de hacerme bajar al infierno tres veces de solo pensar...

—¡Estoy embarazada, Vasil! ¡Em-ba-ra-za-da! ¿Te lo deletreo para que te entre en esa cabeza dura que tienes?

—¿Embarazada?

Tomé sus mejillas y lo incliné hacia mí. Se lo dije de sopetón, sin ningún tipo de tacto, pero el tiempo estaba en nuestra contra y el pobre lucía a punto de arrodillarse y llorar. Recuerdo que cuando el doctor se burló de mí, cuestionando mi capacidad como enfermera al no percatarme de mi propio embarazo, tuve que sentarme para no caer, y esa tarde regresé a casa con la mente en blanco. ¿Otro hijo? Era imposible asimilarlo; con Traian nunca llegamos a hablar de ello. Sentía que nuestra vida era demasiado estable como para colocar sobre nuestros hombros otra responsabilidad.

¿Y si Traian no lo quería? Sobraba mencionar que se había comportado como un ángel durante mi embarazo anterior y que quería a Perssia más que a su propia vida, superando con creces el amor que sentía por mí. Pero nadie me garantizaba que quisiera empezar de cero nuevamente, cambiando pañales, llenando biberones y sin dormir por las noches, pues él mismo reconocía que se encontraba feliz teniendo tiempo para su familia y para sí mismo ahora que era prácticamente su propio jefe.

Si deseara otro hijo lo habría mencionado, ¿no? Temí lo peor.

—¿Embarazada? —repitió, parpadeando lentamente.

—De seis semanas.

—Joder... —Y entonces explotó—: ¡Voy a ser padre! ¡Otro bebé! ¡Ángela, estás embarazada!

Lo siguiente de lo que fui consciente fueron mis pies dejando el suelo; me

tomó en sus brazos y giramos. A la tercera vuelta se detuvo, probablemente cuando notó que mi rostro se ponía verde.

—Maldita sea, amor, ¡lo siento! —Volvió a colocarme en el suelo pero me mantuve inclinada hasta que remitieron las náuseas—. Soy un animal, discúlpame. —E insistió, con sus ojos tan brillantes que asemejaban el mercurio líquido—: ¡Voy a ser padre otra vez! ¡Un bebé! ¡Jodidamente sí!

—Mi estómago —me quejé, sintiendo que la habitación giraba por un momento.

—¿Cómo no lo sospeché antes? Usamos protección, así que descarté la posibilidad de inmediato. Tus náuseas...

—Perssia también fue una sorpresa —le recordé, enderezándome hasta encontrar la sonrisa más absurdamente grande que pudo posarse en sus labios—. Te estoy odiando en este momento —informé de mala gana, sabiendo que no podría comer nada en la recepción de la boda ahora que mi estómago se encontraba tan delicado.

Se acercó y acunó mi rostro con sus manos; era sorprendentemente tierno en comparación a la energía que bullía en su interior, la cual se desbordaba por sus ojos y su voz. Recogió un mechón que se escapó de mi intrincado peinado y colocó su frente sobre la mía antes de cerrar los ojos. Permaneció en silencio en aquella inusual posición, así que lo contemplé hasta que no tuve más opción que admitir en un susurro mi preocupación:

—¿No estás enfadado?

—¿Qué? —Abrió los ojos, mirándome como si hubiera perdido el juicio—. ¿Por eso estabas tan angustiada?

—Nunca mencionaste querer otro hijo y yo... y yo...

Me besó con tanta ferocidad que todas mis dudas se esfumaron. Gemí y me fundí en sus brazos, en aquella fuerza y protección que me proporcionaba. Estaba tan enamorada de Vasil que ni siquiera podía pensar en perderlo por cualquier razón; ganarme su odio podría ser mi fin, pero luego reparé en lo infundadas que estuvieron mis pesadillas de los últimos dos días. Aquel hombre era un tanque que contenía amor para regalar a quien fuera digno; un padre maravilloso que lograría hacer que cualquier persona deseara tener hijos, y ahora entendía que con el nuevo bebé no sería la excepción.

Por fin separamos nuestros labios, soltando un suspiro satisfecho. Me sentía extasiada; ahora que sabía que compartía mi felicidad, podía anunciarlo a los cuatro vientos: ¡volvería a ser mamá!

Repentinamente, Traian se puso serio, sin perder aquel fulgor que

desprendían sus ojos danzantes. Depositó un beso en mi frente antes de colocar su palma derecha justo sobre mi vientre plano, inundándome de calor a través de la tela del vestido. Acercó sus labios a mi oído y habló suavemente, como si lo que me estuviera contando fuera nuestro secreto.

—Aquí adentro está creciendo otro ser que poseerá algo de ti en él, y no hay nada más maravilloso que eso.

Mis ojos se llenaron de lágrimas y me di el gusto de volver a culpar a las hormonas. Coloqué mi mano sobre la suya y me permití imaginar lo que sería nuestra vida de ahora en adelante; una hermosa niña cuatro años mayor que su hermano o hermana, y un padre tan hermoso que quitaba el habla, todos esperándome al llegar a casa después de ser feliz haciendo mi trabajo.

Abracé a Traian, deseando poder sumergirme dentro de él. Le estaba tan agradecida por darme todo aquello tan perfecto que comencé a llorar... y me sostuvo pacientemente en sus brazos. Con él no había prisas porque sabía que nunca me dejaría y que cumpliría al pie de la letra los votos que me hizo en el altar.

—No hay nada más maravilloso que esto —insistió suavemente, acariciando mi espalda mientras yo sollozaba de felicidad. Juro que escuché su voz rota, como si también estuviera sumergido en sus propias lágrimas, pero no me atreví a alzar la cabeza pues sabía que me afectaría más.

Susurré:

—Es verdad.



Nos encontrábamos en las oficinas del Registro Civil. No era el lugar más romántico del mundo pero estábamos quienes debíamos estar: los padres de ambas novias, mi esposo, mi hija y yo. Aunque las personas de más edad en aquella habitación no apoyaban el matrimonio homosexual, me sentí genuinamente feliz de saber que ninguno de ellos obstaculizó la alegría de sus hijas. Las aceptaban sin importar qué, y su apoyo era incondicional incluso ahora, cuando a Valerie le temblaban las manos y Camila parecía estar a punto de hiperventilar.

La oficina se encontraba contigua a un patio, por lo que el ambiente se llenó del dulce aroma de las lilas y el frescor de la menta. El abogado se encontraba de espalda a la ventana y mis dos mejores amigas se miraban fijamente, sentadas frente al gran escritorio de madera. Nosotros, los testigos de aquel acto, nos localizamos en las sillas plegables cercanas a la pared.

Como dije, quizá no fuera la boda exótica en la playa que Valerie habría deseado, pero lo importante era que la cantidad de amor y excitación en aquella habitación parecía a punto de desbordarse, comenzando por los poros de Camila, quien sonreía tanto que fue imposible no contagiarse.

El padre y la madre de Cam, con el cabello blanco y ropa sencilla pero expresión seria, se encontraban sentados a mi lado. Susurré:

—Voy a necesitar un rollo de cinta.

—¿Para sujetar juntas las manos de mi hija? —respondió su padre con una media sonrisa.

—¿Acaso me lee la mente?

Rió con ese vozarrón gutural y se inclinó aún más hacia mí, sin despegar la vista de Camila.

—No, linda, no leo mentes, pero a mí también me está volviendo loco la forma en la que mi hija se mordisquea las uñas.

Los padres de Valerie, quienes me conocían desde hacía tanto tiempo que apenas podía recordar, se encontraban sentados en la fila frente a nosotros. Su padre giró la cabeza ligeramente hacia atrás, sonriendo con malicia también. Era tan parecido físicamente a su hija que podría hacerse pasar por su hermano gemelo, solo que varias décadas más anciano.

—Que sean dos rollos de cinta. Valerie parece querer huir.

—Ambas están muy nerviosas —susurré—. Temen estar equivocándose. Casi tuve que arrastrar a su hija aquí, señor Siena.

—Bueno —intervino el padre de Camila—, si se arrepienten en último momento, no habrán pérdidas económicas que lamentar.

No pude evitar soltar una carcajada cuando su esposa lo aporreó en la cabeza con el bolso, riñendo:

—¡Es de la felicidad de tu hija de lo que estás hablando! ¡Ten más respeto!

—Lo siento, cariño —masculló como un niño, cruzando los brazos y hundiéndose más en la silla.

El siguiente golpe lo recibió el señor Siena frente a mí, enfrentándose a la mirada furibunda de su respectiva mujer.

—¡Tú también, Charles, cierra el pico!

—Pero... —Volvió a golpearlo. Era tan divertido—. ¡Lo siento, lo siento!

De pronto, en medio del jolgorio, la voz afilada del abogado hizo cesar las risas de lo que parecía haberse convertido en un cuarto de juegos. Sentado tras el escritorio, posiblemente en su sexta década y con una mirada cansina tras las gafas, pronunció:

—Señores, si ya han terminado con el alboroto, podemos comenzar.

Todos nos enderezamos, clavando las miradas en los rostros divertidos de las novias y asintiendo con la cabeza después de haber sido regañados. Me alegraba saber que nuestra algarabía al menos sirvió para menguar los nervios de la pareja; inhalaban profundamente y presionaron sus manos juntas para darse apoyo.

—¿Estás segura de esto? —escuchamos a Camila preguntar. Cubierta con un vestido color champaña que abrazaba su figura hasta los tobillos, repleto de pedrería y con el cabello suelto y rizado, lucía tan hermosa que yo misma asesinaría a Valerie si la rechazaba.

—Señoritas, ¿están listas?

—Yo sí, abogado —asintió Cam, dedicándole una sonrisa a su prometida —. ¿Val?

En lugar de responder, me sorprendió girando su rostro y mirando directamente hacia mí. Fue como si todos en la habitación contuviéramos la respiración, incluso Traian con nuestra hija en sus brazos. Nunca había visto un sentimiento semejante en los ojos de Valerie; yo, quien la conocía desde hacía tantos años, acompañándola en los buenos momentos y en los malos, me petrifiqué ante algo que me lastimó en el alma. Derramaba un dolor ahogado, como si se hubiera resignado pero el sentimiento aún fuera lo suficientemente lacerante para dejarse entrever. Sabía que la habitación se había sumergido en un silencio incómodo y que la mirada de todos los testigos se posó en nosotras, pero no tenía idea de lo que estaba pasando por la cabeza de mi mejor amiga.

Camila clavó la mirada en el suelo y sujetaba el ramo de flores con tanta fuerza que sus nudillos perdieron el color. Aquella actitud hostil tampoco tenía sentido para mí, pero décadas después de analizarlo con mucho detalle me daría cuenta de que estaba camuflando un profundo rencor. Todo lo que pude hacer fue mantener la mirada de Val y suplicarle en silencio que me dijera aquel secreto que sabía que la torturaba, mientras ella parecía esperar de mí algo que yo desconocía.

Comencé a hundirme, habíamos llegado a un punto muerto. Fue entonces cuando sentí unos dedos entrelazándose con los míos, sujetándome firmemente. Lo miré a los ojos, aquel estanque de agua gris que siempre me anclaba para no perder la cabeza, me transmitió toda la serenidad que necesitaba. Recobré la fuerza y me di cuenta de que, fuera lo que fuera que le hiciera daño a Valerie, siempre la apoyaría, tal y como Traian lo hacía conmigo.

Alcé la mirada. Los ojos de Valerie eran ausentes, clavados en mis dedos entrelazados, su expresión tan extraña que me aferré a mi salvavidas con más fuerza. En aquel momento me sorprendió cuando ella miró a Traian y él la confrontó aún en la distancia que nos separaba. Incluso Perssia sintió la tensión y sus ojos curiosos nos recorrían a todos, haciendo un puchero por perder la atención de su papá, pero Vasil se había enderezado y lo que fuera que Valerie le estuviera diciendo con aquella mirada dura, él le contestaba.

Finalmente, cuando hubo pasado una eternidad y el abogado debía creer que todos estábamos mentalmente perturbados, Val asintió con fuerza. Miré a Traian y él asintió también, con una expresión ilegible. Debí haber perdido el juicio porque presentía que aquellos dos habían intercambiado un secreto del que yo nunca iba a enterarme.

Después de aquel instante, Valerie giró para volver a encarar a su prometida.

—Sí, abogado —respondió con voz ronca—, estoy lista.

Camila levantó la cabeza lentamente y mi corazón se encogió al percatarme de que todo ese tiempo había estado llorando en silencio. Quise correr y consolarla pero yo tampoco tenía idea de lo que había pasado. Debía ser el día más hermoso de sus vidas pero seguía presente aquello que las estaba destrozando desde hacía mucho tiempo. Solo imploraba al cielo que pudieran acabar con ese problema alguna vez y que se extinguiera cualquier ápice de sufrimiento.

Valerie tomó con sus manos la barbilla de Camila y le secó los restos de lágrimas, luego le regaló una sonrisa firme. Mi estómago se anudó con el presentimiento de que la nueva determinación y serenidad de Valerie se debían a algo que Traian debió comunicarle en silencio. Apreté la mano de mi esposo y miré su perfil, deseando que hablara conmigo, pero devolverme el apretón fue su manera de decirme que el tema estaba zanjado. Nunca iba a explicarme lo que había presenciado.

Suspiré. El abogado comenzó a hablar, y las manos de Cam y Val fueron inseparables. Adoraba a Camila, pero amaba a Valerie con mi vida, y todo lo que imploré al cielo cuando firmaron el documento fue que mi mejor amiga por fin hubiese encontrado al amor de su vida, que nunca se separara de la persona que la hacía feliz.

Coloqué a Perssia sobre mi regazo. Me sorprendió ofreciéndome una caja llena de pañuelos.

—Ten, mami. No llores.

—Lo siento, mi amor. Soy muy sentimental.

—¿Qué es *sential*?

—Sentimental. Significa que tu mamá es una llorona —respondí suavemente, acunándola contra mi pecho y aspirando el aroma de su cabello.

—¿No estás feliz por la tía Val?

—Por supuesto que sí. ¿Y tú?

—Sí. Tía Cam también lloraba. ¿Es una *sentimal*?

No sabía cómo explicárselo así que simplemente sonreí. Perss entendía a los humanos demasiado bien para una niña de su edad, y la forma en la que asimilaba las emociones de los demás la volvía vulnerable. Nuestro bebé era un genuino ángel... aunque a veces sacara a relucir aspectos de la personalidad que heredó de su padre.

—Lloró porque estaba feliz. Valerie es el amor de su vida. ¿Eso está bien para ti, Perss? ¿No te parece extraño?

—¿Extraño por qué? —Frunció el ceño, haciendo un puchero que debilitaría a cualquiera—. ¿No volveré a verlas?

—Claro que sí. Y ahora vivirán juntas.

—¿Pero seguirán haciéndome galletas?

Eché la cabeza hacia atrás y reí con ganas. Escuché a mi marido carcajear también. Coloqué un beso muy sonoro en la frente de mi hija y le contesté:

—Claro que seguirán haciéndote galletas, amor.

Se encogió de hombros, luciendo tan similar a Traian que volví a reír.

—Entonces está bien. Yo también quiero que sean felices.

—¿Escuchaste eso, Serbian?

—Ella solo se preocupa por los dulces. No le interesan las explicaciones; si es amor, lo aprueba. Y si le dan galletas, mejor.

—Chica inteligente.

—Igual que su madre.

—Deja de mirarme así —rodé los ojos.

—¿Por qué? Llevo hora y media pensando en que seré padre otra vez —susurró en mi oído—. Agradece que no estoy gritándolo y alzándote por los aires.

—¡Calla! Aún no pienso decirles. A mamá ya le ha dolido bastante tener que faltar a la boda de Valerie. Si alguien más se entera de este embarazo antes que ella, va a clavar mi cabeza en una estaca.

—¿Podemos ir a visitarla este fin de semana y darle la noticia? —suplicó. Entendí de dónde sacó Perssia la habilidad de hacer esos ojitos

manipuladores.

—Tú realmente quieres comenzar a gritárselo a todo el mundo, ¿no es verdad?

Sonrió de esa manera que derretiría el corazón de cualquier ser vivo sobre el planeta, mostrándome sus condenados hoyuelos.

—Como no tienes idea, pequeña.



A pesar de que acudimos pocos a presenciar el matrimonio de ambas mujeres, la celebración se estaba llevando a cabo en mi casa. Invitamos a viejos amigos de la universidad, familiares y colegas de nuestros respectivos trabajos. La cantidad de autos aparcados había cerrado la calle y me preocupaba que viniera un policía o un oficial de tránsito a ponernos un alto. Las personas seguían llegando en grupos de cuatro o más, trayendo consigo alcohol o comida casera, y si no fuera por esto último me hubiera sentido como en una fiesta de fraternidad.

Habían muchos niños de entre ocho y trece años correteando por los jardines tras mi querido labrador, Félix. Lo abrazaban y le arrojaban la pelota para que fuera a buscarla. Solo me relajé cuando una amiga de la universidad me aseguró que ella los vigilaría, que fuera a disfrutar la fiesta.

—¡Mami, mami, mami!

Perssia corrió y chocó contra mis piernas, agitada.

—¿Qué sucede, amor?

—¿Puedo llevar mi casa de muñecas al patio?

—Seguro. ¿Con quién vas a jugar? No hay niños de tu edad.

Ella rodó los ojos y cruzó los brazos como si fuera una pregunta obvia.

—Con Viddy.

—Ah —reí—, tu amigo imaginario.

—¡No es imaginario! —se enfadó—. ¡Es real, mamá!

Cuando Perss tenía alrededor de dos años y medio, hablaba tanto que a veces me producía jaqueca, pero amaba cada nueva palabra surgiendo de sus labios. Desde que comenzó a hablar, nos informó a su padre y a mí sobre un amigo que ella había llamado Viddy, quien la iba a visitar de vez en cuando. Era imaginario, por supuesto; si Traian no se encontraba en casa, mi hija jugaba sola. Pero ella afirmaba que conocía a Viddy desde que tenía memoria y que aquel amigo suyo amaba los juegos de muñecas, de princesas, tomar el té y leer cuentos en el patio trasero.

Al principio me preocupé, pero platicué con una de las psicólogas del hospital y me informó que aquello era normal. Traian y yo trabajábamos largas horas todos los días y Perssia no estaba interesada en jugar con su anciana niñera, así que había inventado a un amigo incondicional que solo ella podía ver. Decía que estaba en todas partes; que nos acompañaba al supermercado, al ir de compras, y que algunas noches ella se asomaba por la ventana de su habitación y él la saludaba desde el patio.

Temí mucho durante los inicios. ¿Y si era alguien real? Tal vez no fuera producto de su imaginación. Así que dediqué varias noches a vigilar las cámaras en nuestra propiedad pero nunca descubrí nada. Después de un tiempo me relajé y llegué a la conclusión de que mi hija era muy imaginativa. Cuando yo llegaba del trabajo me encantaba escuchar sus historias: «Mami, me leyó el cuento de Blancanieves e imitó la voz de los enanos», «Jugamos a las escondidas y perdí. ¡Es un tramposo!», y a veces, con vocecita triste, «Viddy no pudo venir hoy. Cuando no viene es porque tiene que trabajar».

Su padre y yo la abrazábamos y con gusto aceptamos la existencia de aquel amigo imaginario, pues la psicóloga lo recomendó. Su padre incluso le preguntaba por él cuando la llamaba por teléfono, por lo que nos habíamos acostumbrado a la rutina y le permitíamos ser feliz. Queríamos que Perssia disfrutara su niñez al máximo.

—Claro, amor —respondí—, pero no puedes salir del patio trasero. Aquí adelante hay mucho movimiento de autos.

—No lo haré. ¡Gracias, gracias, gracias!

—¡Aguarda! ¿No necesitas ayuda?

—¡No! Soy fuerte.

—Cuidado con las escaleras, Perss —advertí cuando ya se alejaba corriendo hacia el interior de nuestro hogar.

—¡Sí, mami!

—¡No corras dentro de la casa!

Suspiré, negando con la cabeza. Acaricié mi vientre con cuidado y cerré los ojos de pie en el jardín delantero. Escuchaba la charla proveniente del interior de la casa y las carcajadas de todos nuestros amigos, conmemorando un momento único en la historia. Los niños seguían persiguiendo a Félix y los autos buscaban espacio para acomodarse.

Unas manos enormes y pesadas se posaron sobre mis hombros y comenzaron a masajearlos en círculos; me relajé al percibir su esencia. Dejé que mi espalda se fundiera con el pecho de Traian y volví a cerrar los ojos,

disfrutando de una paz tan pura que parecía sagrada.

—¿No tienes frío? —preguntó junto a mi oído—. Ya comienza a anochecer.

—Solo pensaba en lo afortunados que somos. —Mis ojos se llenaron de lágrimas pero fui lo suficientemente fuerte para no derramarlas—. Perssia es maravillosa, y este hijo será otra bendición.

Colocó su brazo sobre mis hombros y me acurrucó contra su costado. Los invitados nos sonreían desde lejos pero decidieron no interrumpir nuestra intimidad. En instantes como esos me percataba de que estaba enamorada de Traian tan profundamente que a veces corría el riesgo de ahogarme, pero su bondadoso espíritu era mi ancla. Allí me di cuenta de que la razón por la que lo extrañaba con desesperación cuando estaba lejos era porque, el aire que aquel hombre exhalaba, yo lo necesitaba para inhalar.

—Amor.

—¿Sí?

Besó mi cabeza, murmurando solo para nosotros:

—Eres lo mejor que me ha pasado en la vida.

Sonreí tímidamente porque entendí a lo que se refería. Compartía aquel ardiente sentimiento, su misma devoción.

—Nuestra historia es tan extraña... —susurré.

—¿Recuerdas cuando nos conocimos?

—Sí. Todo lo que recuerdo sobre mi época de adolescente es a Camila, Valerie y a ti.

Me abrazó con más fuerza y no permití que siniestros pensamientos envenenaran mi espíritu. Aquel era un pasado muerto, no había por qué recordarlo.

—Pues estoy muy orgulloso de ti. La mujer más fuerte que conozco. Mi mujer.

—¿Solo tuya? —suspiré, complacida.

—Por supuesto que sí —gruñó—. No tienes más opción.

—Pues adentro vi unos viejos amigos de la universidad que...

—Calla, estás loca por mí. Me aseguraré de mantenerte enamorada siempre.

—Oye, campeón, ¿y qué me dices de ti? ¿No te has aburrido ya de tu esposa?

—Dirás que soy un manipulador, pero...

—Desembucha.

—Mandona, ¿eh? Cada día te encuentro algo diferente que mantiene mi atención. Algún gesto, una mirada, la mayoría del tiempo es una tonalidad diferente en tu voz. Lo que sea que hagas, Ángela, me enamoro de ello, y la suma de todo eso me pone de rodillas ante ti.

Enterré el rostro en su pecho, plasmando diversión en mi voz cuando en realidad hice un esfuerzo sobrehumano por contener las lágrimas y no manchar su atuendo.

—Tienes razón, eres un poeta y un manipulador, Vasil Traian Martínez Serbian.

—Hablo en serio. Todo lo que digo viene de tu pecho.

—¿De mi pecho?

Volvió a reír, complacido y abrigándome entre sus brazos con más ímpetu.

—Sí, amor, porque allí es donde lleva años estando mi corazón.



Me encontraba sentada en el sofá de la sala. Eran pasadas las seis de la noche y decidí charlar con un par de amigas mientras bebía champaña sin alcohol. No recordaba la última vez en la que me había reído con tanta fuerza, era gratificante. La cantidad de personas dentro de la casa había excedido los límites y muchos decidieron ubicarse afuera para disfrutar del frescor de la noche. En aquel momento Camila, aún ataviada con su hermoso vestido, se abrió paso entre la gente para llegar a mí. No había hablado con ninguna de las dos desde que entramos al Registro, por lo que me alivié de que me dirigiera la palabra con normalidad.

—Ángela, mis padres ya se fueron.

—Es una lástima. Me habría encantado despedirme de ellos.

—Tranquila, mandaron saludos. ¡Y esto, mira! —chilló con emoción, sacando una bolsa de regalo desde detrás de su espalda—. ¡Ropa para Perssia!

—Dios, Cam, tendría que haberles agradecido. Es un gesto hermoso de su parte.

—Espera a ver el vestido que hay dentro, del color favorito de Perss. ¡Ya quiero que se lo pruebe!

—¡Más ropa! Voy a necesitar un tercer armario, hablo en serio.

—¿Podemos hacer que se lo pruebe? Será rápido. ¡Se pondrá tan feliz!

—Sí, sabemos lo vanidosa que es. Déjame ir a buscarla, debe estar con Traian.

El rostro de Camila cayó inmediatamente y sus cejas se fruncieron. Mi instinto maternal se disparó con tanta fuerza que me tambaleé y casi caigo sobre el sofá.

—Traian me dijo que tú la cuidabas. Él está en la cocina con sus compañeros de trabajo.

—Oh, no —susurré. La habitación comenzó a dar vueltas y quise vomitar.

—¿Ángela? ¡Tranquila! —Cam y mi amiga de la universidad evitaron que cayera al suelo—. ¡Ella está bien! Debe estar jugando. ¿Por qué te pones así?

—Algo anda mal —empujé a duras penas las palabras a través de mi boca. El dolor que sentía en mi pecho era muy real.

Me encontraba tan mareada que no supe en qué momento Valerie se acercó.

—¿Qué sucede? —escuché su voz llena de alarma.

—Ve a traer a Perssia, rápido —urgió Camila—. ¡Ya! ¡Búscala!

Valerie corrió directamente hacia el patio, pero el nudo en mi estómago me decía que no estaría allí. Me levanté y empujé lejos todas las manos que me sujetaban. Las personas me veían con consternación mientras corría hacia el patio también, y la charla fue cesando hasta que el interior de la casa cayó en un silencio espeluznante.

Antes de poder cruzar la puerta choqué contra Valerie, quien regresaba tan pálida como yo me encontraba.

—No está aquí. Iré a buscarla a la planta de arriba.

Me empujó a un lado y subió las escaleras. Alguien me sujetó los hombros y comenzó a hablarme en el oído, pero mi respiración era demasiado fuerte y el latido de mi corazón no me dejaba escuchar nada más.

—Ángela, ella está bien. Debe estar en el baño —esa debía ser Camila, pero yo ya no estaba segura de nada.

Volví a empujarla lejos y, sin importarme las miradas preocupadas de los invitados, corrí hacia la cocina. Traian se hallaba sentado con una cerveza en la mano, riendo de algo que decía uno de sus amigos. Todos ellos vestían de negro y lucían tan atemorizantes como él. Callaron abruptamente al verme.

—¿Ángela? —urgió Traian, levantándose de un salto.

No pude evitarlo y los sollozos comenzaron a desbordarse de mi pecho en cuanto colocó sus manos sobre mí.

—¡Perssia no aparece!

—¿Qué? —susurró, echándose hacia atrás. Entonces rugió, tan fuerte que alguien tuvo que sostenerme desde atrás para no caer—. ¿Qué?

—La niña no está en la casa ni en los alrededores. Tengo un mal

presentimiento —sollocé, desesperada—. ¡Algo no está bien!

Nunca sería capaz de describir con palabras la multitud de emociones que surcaron el rostro de mi esposo, pero la que se aferró a sus ojos fue la desesperación, como si se abrieran y se vaciaran de todo color dejando solo un agujero. Mi corazón se partió, porque la única persona que podía asegurarme que todo saldría bien estaba más destrozada que yo. Mi cerebro se cubrió con una bruma espesa y solo me percaté del sonido que hicieron las sillas cuando los amigos de Traian se levantaron y se acercaron a él. Lucían tan mortalmente serios que en otras circunstancias podrían asustarme.

—¿Revisaron bien toda la casa? —preguntó uno de ellos.

—No está —masculló Valerie con voz temblorosa desde algún punto detrás de mí. Solo fui capaz de observar cómo Traian era consumido por el dolor—. Revisamos cada habitación, cada centímetro del jardín. Nadie la ha visto desde hace un rato.

—Cualquiera pudo haber accedido a la casa —gruñó el más alto de ellos, cubierto de tatuajes hasta el cuello—. ¿Hay cámaras?

—Sí, por toda la propiedad —respondió Cam.

—Iré a revisarlas.

El tercero de sus amigos, quien se había mantenido en silencio, dio un paso adelante y colocó una mano sobre el hombro de Vasil, atrayendo su atención. Lucía tan determinado que por un momento yo también creí sus palabras.

—No te preocupes, Serbian. La encontraremos. Debe andar jugando por ahí. —Aquel rubio giró hacia mí, que me mantenía en pie a duras penas—. Odio preguntar esto pero, ¿hay alguien en específico que quisiera hacerle daño?

Mi mirada se encontró con la de Traian y el escalofrío que me recorrió fue la prueba de que ambos tuvimos el mismo nombre en mente. Ningún otro conocido podría desear perjudicar a un ser tan inocente, e invocar a aquel demonio solo era un reflejo de nuestro frenético subconsciente. Pude ver cómo la mandíbula de mi esposo se movía con la fuerza que hacía rechinar sus dientes. Giró sobre sí mismo para tomar el teléfono de la cocina.

Traian estaba llamando a la policía. Era real. Mi hija había desaparecido. Cerré los ojos. Los brazos del extraño rubio me sostuvieron y Valerie soltó una horrible maldición. Aquello no podía estar sucediéndonos.

—Ángela, lo peor que puedes hacer ahora mismo es entrar en pánico. —Miré al hombre, quien lucía preocupado aunque difícilmente me conocía—.

Desmayándote no ayudarás a tu hija.

—¿Entonces qué demonios hago? —sollocé, apartándolo de un manotazo.

Mi pecho rugía e imploraba al mismo tiempo; elevé tantas plegarias al cielo que en un punto llegué a pronunciarlas en voz alta. La música había cesado y mis amigas hacían todo lo que estaba en sus manos para tranquilizarme. Escuché a lo lejos el sonido de las sirenas de la policía. Todo en lo que pensaba era en sacarme el corazón; dolía tanto que quería gritar.

—¿Quién querría hacerle daño? —el hombre le preguntó a Valerie.

—Mi bebé... —mascullaba yo, temblando.

—Nadie. El único hombre que podría dañarla murió en un incendio hace tres años.

—Los policías traerán perros de búsqueda —ese era Traian. ¿Cómo había logrado recomponerse?—. Camila y Valerie, que absolutamente nadie salga de esta casa.

—Por favor, tiene que estar bien. Que no le hagan daño. Ella tiene que estar bien. Mi niña tiene que estar bien —sollocé, arrodillándome.

—¡Iré a traerle un calmante! —gritó alguien.

—Serbian, revisé las cámaras de seguridad. Estaba jugando sola en el patio trasero, pero hace media hora se levantó y atravesó los arbustos hacia el exterior de la propiedad.

—Dame una linterna —dijo una voz—. Ustedes cinco, vengan conmigo. Buscaremos en los alrededores.

Las sirenas anunciaron con más fuerza que mi hija había desaparecido. La policía estaba cerca, los grupos de búsqueda se organizaban. Traian sonaba colérico, su voz tan fuerte y dominante que mi pánico se acrecentó. Si algo le pasaba a Perssia, nunca me lo perdonaría a mí misma. Me mataría si algo llegaba a pasarle a mi niña.

—¿Ángela? —escuché a Traian. No sentí sus manos. Estaba entumecida, mi visión borrosa.

—¡Llamaré una ambulancia! —gritó Camila.

—Diles que está embarazada.

—¿Qué? —bramó Valerie—. ¡Maldición, Ángela!

—Mi bebé... —supliqué—. Perssia. Tengo que encontrarla.

—¡No saldrás de aquí! —rugió Vasil.

—¡Tengo que encontrarla! —Lo empujé lejos y me puse en pie, tambaleándome.

—¡Denme un sedante! —gritó mi esposo, mirándome como si hubiera

perdido el juicio.

—¡Vete al infierno, todos ustedes! —sollocé, señalando al tumulto reunido en mi cocina—. ¡Voy a encontrar a mi hija y juro por Dios que le arrancaré el corazón a quien intente detenerme!

Fue entonces cuando una voz de hombre, proveniente del exterior de la casa, proclamó a gritos:

—¡La encontramos! ¡La encontramos!

Traian y yo ni siquiera lo pensamos. Empujamos a quien se interpuso en nuestro camino y salimos al jardín con tanta angustia que dejamos varios objetos rotos detrás. Uno de sus amigos, el que intentó hacerme entrar en razón, corría por la acera hasta el jardín delantero de la casa con Perssia acurrucada en sus brazos y varios hombres siguiéndolo. La visión de mi hija sana y salva casi volvió a ponerme de rodillas.

—Perss —susurré, agradeciendo a Dios con cada gota de sangre en mi cuerpo.

Traian soltó varios juramentos y maldiciones antes de tomar a la niña de sus brazos y aferrarla contra su pecho. Perssia rodeo el cuello de su padre con sus manitas y lloró. Vasil también lo hizo... todos los presentes dieron un paso atrás. Escuchar a Traian sollozar me partió lo poco que me quedaba en el alma. Sus amigos inclinaron la cabeza con respeto.

El rubio se acercó a mí y dijo, sofocado:

—Estaba caminando hacia acá. No entiendo por qué, joder, no tiene ningún sentido. Estaba sola y no parecía asustada, dijo que estaba regresando a casa porque se hacía tarde e ibas a enojarte.

Negué con la cabeza, demasiado aturdida para procesarlo. Di los pasos que nos separaban y me dejé caer sobre la tierra, abrazando a Perssia y obligándome a controlar las lágrimas.

—No vuelvas a hacer eso —suplicaba Traian. Su pecho se sacudía con cada nuevo sollozo. Entendí que aquel hombre disponiendo órdenes en la cocina, el que amenazó con sedarme, era solo una fachada.

—Perdón, papi. No llores —gemía mi hija, consolándolo—. Lo siento mucho. Perdón, no quería asustarlos.

—¿Por qué te fuiste? —pregunté, aún temblando.

—Viddy y yo fuimos a comprar un helado.

—¡Perssia —me enfurecí—, no puedes marcharte siguiendo a tu maldito amigo imaginario!

—¡Es real! Y es mi mejor amigo. Solo quería divertirme, me aburría.

—Ángela, tranquilízate —ordenó Traian, secándose las lágrimas de un manotazo.

—¿Que me tranquilice? —Apunté hacia la calle, donde el auto de las autoridades estaba aparcándose—. ¡Llamamos a la policía!

—Perdón, mami, no te enojas conmigo —sollozaba, escondiéndose en el pecho de su papá.

—Tiene cuatro años, aunque parezca más grande —gruñó Traian. Él la protegería de todos, incluso de mí—. Fue un error nuestro al descuidarla. No volverá a ocurrir.

—¡Pudo haber terminado en la autopista! —grité, desesperada.

—¡Pero no lo hizo! ¡Está bien, joder, ya es suficiente!

—¡A mí no me grites!

—Mami está sangrando.

—¿Qué? —Traian palideció, mirando a Perssia.

Mi hija señalaba el suelo bajo el que me hallaba sentada, pronunciando con miedo:

—Le está saliendo sangre de ahí.

—Ángela... —susurró Traian, petrificado.

Bajé la mirada lentamente y fue entonces cuando me percaté del halo de sangre espesa que me rodeaba los muslos, tan roja que la noche la hizo parecer veneno. La adrenalina fue cediendo; me llevé los dedos a la zona genital. La parte baja de mi vestido se había teñido de rojo y el dolor apenas me permitía respirar.

Escuché a alguien gritar.

Anexo 4

—Oye, Pessy.

—¡Viddy! ¡Viniste!

Sonreí. Mi vida era tan decadente que presagiaba una muerte igual de solitaria... pero Perssia le daba sentido. Respiraba por los momentos en los que sus ojos brillaban al reconocermme, la única persona que nunca sintió por mí algo diferente al más genuino afecto. Su corazón era tan puro como su mente, lo cual lograba atraerme con más fuerza pues todo lo que siempre deseé fue ser realmente amado. Para ella era Viddy, su mejor amigo, su confidente y una de sus personas favoritas. Era todo lo que yo necesitaba para sobrevivir; al fin significaba algo para alguien.

Vestía como era usual en mí, completamente de negro y con una capucha ensombreciéndome el rostro. Nunca le pareció extraño pues estuve presente en su vida desde que tenía un año; el mismo día en que me dieron por muerto, yo me volví su ángel guardián. Desearía no tener que ocultarme todo el tiempo y poder echarle en cara al esposo de Ángela que su sistema de seguridad era deficiente, que solo me tomó dos meses perfeccionar la manera de burlarlo. Que aprendí los puntos ciegos de las cámaras y la manera de penetrar en su casa, que lo hacía con regularidad y sin reparos. Sabía que aquello lo volvería loco, pero valía más el poder estar cerca de Perssia que hacerle pasar un mal trago.

—Por supuesto que vine, Pessy, ¿no te lo dije?

—Estoy tan aburrida. —Cruzó los brazos allí, de pie del otro lado del arbusto, dentro de la propiedad de sus padres—. Solo hay niños grandes.

Cumplí diez años el domingo. Ya soy grande. No necesito sentarme.

Sacudí la cabeza, rechazando el recuerdo. Me enfoqué en la niña ataviada con aquel hermoso vestido y zapatos brillantes. Algunas veces parecía menos humana y más como un ángel.

Aunque ella parecía un ángel... Un ángel sí podría tener el cabello de oro, así que yo podría tener razón. Y definitivamente no la había visto en la escuela antes.

Gruñí. No era momento para recordar. Mi único consuelo exigía toda mi atención con esos ojos árticos.

—¿Viddy?

—Te ves muy linda —sonreí, sabiendo que nunca entendería lo bella que era.

Perssia era una criatura que amaba la atención y yo estaba encantado de brindársela. Me mostró sus diminutos dientes con una sonrisa y se sentó sobre el césped del patio trasero, con un arbusto alto y tupido separándonos. Aquello tampoco la molestaba; era increíble cómo cualquier cosa puede parecerle normal a un niño si fue parte de su vida desde que tiene memoria. Como la relación de sus tías y mi extraña presencia, nunca se lo cuestionaba ya que influenciábamos su mundo desde que este apenas comenzaba a formarse.

—Gracias. Odio que estés ahí, no puedo verte.

—Pessy, hay muchos invitados. Sabes que soy muy tímido y me avergüenza la gente.

—¡Que se vayan! —suplicó—. Yo quiero jugar contigo. Me aburro.

Las cámaras de seguridad de Vasil nunca alcanzaron aquel límite del patio, otra cosa que me enfurecía y me beneficiaba. ¿Él pretendía proteger a su esposa y a su hija de aquella manera? Cualquiera podía ingresar a la propiedad en ese punto ciego, yo era la prueba dado que acostumbraba saltar los arbustos y sentarme a jugar con la niña. Sus medidas de protección resultaban patéticas, la niñera de Perssia era una vecina que ya era bastante vieja desde que yo nací, por lo que pasaba la mayoría del tiempo durmiendo en la sala.

Lo que Ángela y Vasil no sabían era que su hija tuvo mil oportunidades de hacerse daño en la cocina, el patio, de salir a la calle y extraviarse, pero yo era la sombra que la mantenía a salvo. La entretenía y la alejaba del peligro siempre que no tuviera que volver al trabajo, y algunas noches vigilaba la ventana de su habitación para asegurarme de que no la acechara nadie extraño. Me volví su cuidador, pero nadie lo sabía excepto ella y yo.

—¿Por qué no vas a traer tu casa de muñecas?

Se emocionó, abriendo muchísimo los ojos.

—¿Volverás a ser Ken?

—¿Tengo opción? —bufé.

—Puedes ser Barbie.

—Tú eres rubia, yo no.

Cruzó los brazos, mirándome con lo que pretendía ser una expresión ofendida.

—Ser rubia no es malo.

—Por supuesto que no, sabes que tu cabello es hermoso, pero Barbie no parece ser muy inteligente.

Sentada, colocó las manos en sus caderas y señaló con voz irritada:

—Barbie es maestra, doctora, piloto y construye casas. ¿Tú puedes hacer eso? No, ¿verdad?

Perdí el habla. Me acababa de poner en mi lugar una niña de cuatro años.

—No, no puedo, pero yo...

—Pero nada.

—Pessy —rodé los ojos. Aquel tipo de discusiones eran sumamente habituales en nosotros y podían extenderse durante horas, pues era terca como su madre—, lo más probable es que Ken le haya conseguido los títulos universitarios a Barbie.

—¿Por qué Ken haría eso? —se enfurruñó. No tenía sentido para ella, lo que me pareció muy gracioso—. Ella no lo necesita. Tú no sabes nada porque no has visto las películas.

—Bien, bien, señorita experta. Debes saber que tu madre odiaba las muñecas y les arrancaba la cabeza.

—¿Qué? No... —Su labio comenzó a temblar—. Mami no haría eso. Ella las ama y juega conmigo cuando no está en el hospital.

Mi corazón se ablandó y suavicé el tono de voz, informándole:

—No, Pessy, tu madre te ama a ti solamente, por eso haría cualquier cosa que le pidieras. ¿Lo entiendes? Ella siempre odió las muñecas, prefería los superhéroes e ir a ensuciarse con barro. Era una niña mandona y aventurera, no una princesa.

Lo pensó durante un segundo. Juro que pude escuchar los engranajes dando vueltas en su cabeza; era tan inteligente que algunos días me impactaban las palabras que salían de su boca. Cuando yo era niño solía gritar, llorar, pelear y romper juguetes, no mantener conversaciones largas con personas adultas. Debía reconocer que me impresionaba cada día, y presenciar su crecimiento era más de lo que yo podía suplicarle a la vida. Al final un regalo me fue concedido de la más grata manera y, entre tanta miseria y dolor, su luz purificaba todo lo que rozaba e iba sanando mi alma.

Después de analizarlo como si fuera una ecuación compleja, respondió con un enternecedor suspiro:

—Sí, yo entiendo, Viddy. Sabes que no soy tonta.

—Bien, dulzura. Ve a traer tus juguetes, te esperaré aquí.

—¿Y tu trabajo?

—Hoy no hay nada para mí, pero mañana iré a repartir volantes al centro de la ciudad y espero ganar lo suficiente para traerte un helado.

—¡Sí! —se regocijó. Solo por eso, decidí, caminaría bajo el sol todo lo

que hiciera falta para poder pagarlo—. ¡Gracias, gracias! Y dime, ¿qué quieres para Navidad?

Exhalé lentamente, cavilando. No recordaba la última vez que alguien me había dado un regalo, ya fuera para Navidad, por mi cumpleaños o simplemente por gusto. Yo no era el tipo de individuo al que los demás apreciaban y deseaban verlo feliz, así que en fechas especiales nunca consideré siquiera la posibilidad de conseguir un presente.

Además, en mi estado de supuesto trabajador inmigrante, sin papeles y haciendo lo posible para que nadie me reconociera, aceptaba empleos informales como vendedor de copias de películas, repartidor de volantes, mensajero y cualquier otra cosa que me permitiera comer al menos dos veces al día. Con suerte, podría pagar la pocilga donde dormía y traerle algo a Perssia.

¿Navidad? Eso involucraba comida abundante, una familia reunida dándose amor y regalos. Ni siquiera tuve eso cuando era niño; un concepto desconocido para mí pero me alegraba de que Pessy lo disfrutara. Se emocionaba mucho en las fechas especiales.

—No tienes que regalarme nada y lo sabes.

—Pero quiero hacerlo. ¿Por qué no vienes a cenar con nosotros? Y así podrás conocer a papá, porque ya conoces a mamá.

La ingenuidad de un niño aún seguía presente en ella, era curioso que nunca se hubiera cuestionado cómo conocí a su madre, solo lo aceptaba y comprendía que me había vuelto tímido y ya no quería hablar con ella. Habían muchas contradicciones que me habrían descubierto fácilmente frente a un adulto, pero los más pequeños eran muy manipulables. Con forme fuera creciendo tendría que hallar explicaciones más coherentes, pero me ocuparía de ello luego. Teníamos mucha vida por delante, juntos.

—Lo siento, dulzura, pero no puedo hacerlo. Sin embargo, prometo intentarlo el próximo año, ¿de acuerdo? —Esperaba que renunciara a la idea para entonces. Yo no merecía una buena Navidad, mucho menos arruinársela.

—De acuerdo. ¡Ya vuelvo!

Cuando se marchó corriendo hacia el interior de la casa y la perdí de vista, me encogí más detrás de los arbustos, a pesar de que los invitados más próximos se hallaban inmersos en una charla a varios metros de distancia. Miré mis pantalones sucios y desgastados, pensando en el susto de muerte que se llevaría Ángela si nos volviéramos a encontrar. Ella me dio por muerto hacía mucho tiempo, tal y como se anunció en los noticieros del país; el

incendio había reducido la vida de todos los pacientes y algunos doctores a cenizas. No quedó nada para enterrar por lo que para ella había resultado muy fácil fingir que nunca existí.

Y dolía tanto. Vivía con el temor de que me reconociera y me apartara de su hija; con la tristeza de presenciar todos los días en lo que se había convertido su vida, la que podría haber sido nuestra. Todo lo que me perdí por las decisiones que tomé y los senderos perversos de mi enfermedad. Cuando me encontraba lúcido, gracias a la bondad de Perssia, razonaba de una manera casi objetiva; mi eterna culpa por empeorar mi vida, la que ya había sido arruinada desde antes de nacer, y la miseria que me acompañaría por haber decidido ser siempre el malo de la historia.

Mis noches de enfermedad me hacían ingresar en su hogar y rebuscar entre sus cosas algún indicio de que ella aún se acordaba de nosotros, pero parecía que los recuerdos solo eran atesorados en mi memoria. Habían pasado muchísimos años pero nada dentro de mí cambió; ¿por qué Ángela pudo superarnos? Si me quiso como yo a ella, no podría vivir un solo día sin haberse cuestionado lo que habríamos tenido si hubiésemos actuado de manera diferente.

En el supermercado, cuando salía al parque o regresaba del trabajo, estos malditos impulsos casi me obligaron a saltar sobre ella, a tomarla contra su voluntad y arrastrarla conmigo lejos donde nadie volviera a verla. Pero entonces recordaba a la nueva dueña de mi corazón y me percataba de que alguien había ocupado el puesto de Ángela en mi vida. Su hija importaba más para mí, pues sabía que ella me quería sin odio o dolor de por medio, y aunque la locura me hacía ansiar a la señorita Báez en mis brazos, mi mente atraía el pensamiento de que perdería a la bebé. Era una encrucijada peligrosa, donde la enfermedad y el amor me tiraban en caminos separados. Estaba seguro de que me llevaría tarde o temprano a la ruina.

Perssia regresó al cabo de un rato, dejando caer su casa de muñecas en el suelo pero yo tenía otra idea en mente. Todo el mundo estaba tan ocupado que era injusto para ella tener que aguantar la fiesta. La llevaría al parque y le compraría ese helado, la dejaría divertirse durante un rato en los columpios que tanto le gustaban y regresaría a casa antes de que alguien notara que se había marchado. Quizá... me sentiría como un padre.

—Pessy, salgamos de aquí.

—¿Adónde? —preguntó con curiosidad.

—Al parque. Vamos por ese helado.

—Iré a pedirle permiso a mami.

—Tu madre está ocupada, dulzura, se enfadará si vas a interrumpirla. Será solo un rato, ella no va a notarlo.

—¿Seguro? —realmente lucía preocupada. Ángela debía ser una madre bastante implacable en cuanto a la educación de su hija.

—Seguro. Sabes que nunca haría nada que pudiera dañarte. ¿No somos mejores amigos?

—De acuerdo. Pasaré a través del arbusto.

—Ten mucho cuidado con las ramas...

—Ya lo he hecho antes. Mis carritos se van del otro lado todo el tiempo.

Mientras caminábamos de regreso, habiendo acabado el helado y los juegos, noté que estaba muy callada. Apreté su manita suavemente y ella me miró con esos ojos enormes que bien podrían mantener ocultos los misterios del universo.

—¿Qué sucede, Pessy? ¿No te divertiste?

—Mamá va a enojarse. No me deja comer dulces en la noche.

—Ella no tiene por qué enterarse, ya te lo dije.

—Bueno. —Volvió la sonrisa a su rostro, lo cual me relajó—. Muchas gracias por el helado. ¿Por qué no comiste uno?

—No me gusta mucho —mentí. La realidad era que apenas tenía dinero para el suyo.

En aquel momento nos acercamos lo suficiente para escuchar los gritos; hombres con linternas dispersados por la calle y recorriendo las aceras, la llamaban por su nombre y parecían dispuestos a levantar cada trozo de tierra que fuera necesario hasta encontrarla. Los invitados de la fiesta lucían determinados, lo que retorció mi interior. Creían que Perssia había desaparecido. Mi imprudencia nos había metido a ambos en graves problemas.

—¡Me están buscando!

Nos detuve detrás de un coche rojo y no perdí el tiempo antes de arrodillarme frente a ella y tomar sus hombros. Odié que me mirara con temor.

—Pessy, realmente lo siento. No creí que notaran tu ausencia.

—Mamá debe estar triste.

—Lo sé, dulzura, tu mamá debe estar muy angustiada. Si conozco a Ángela... estará volviéndose loca. Necesitas llegar a casa.

—¡Vamos, vamos! —apresuró, tirando de mí con su manita pero me mantuve abajo.

—Sabes que las otras personas me dan miedo. Vas a tener que regresar tú

sola.

Hizo un puchero, retorciendo sus manitas. Abrió de tal manera los ojos que casi me fundo con el pavimento; maldición, ¡no podía afectarme tanto! Debía ser prudente al menos en esa ocasión, no ceder ante sus deseos, pero me dolía como el infierno negarle algo.

—Papá se enojará. Tienes que venir conmigo, Viddy, así no van a regañarme.

—Perssia —susurré con sinceridad, nuestros ojos al mismo nivel. Quería que lo entendiera—, tu madre está muy preocupada y su miedo es más fuerte que su enojo, créeme. Cuando regreses, lo único que sentirá será agradecimiento de que estés a salvo.

—Pero...

—Hazme caso. Cuanto más tiempo crean que estás extraviada, más triste se pondrá tu mami. ¿Y tú quieres verla llorar? —Negó con la cabeza repetidamente. Sonreí—. Eso pensé. Ahora ve.

—¿Qué hago? —cuestionó, mirando con inseguridad a los hombres que seguían gritando su nombre y enfocando cada centímetro del pavimento con las linternas.

—Solo camina lentamente hacia ellos. Son amigos de tu papá, ¿no? —Asintió con la cabeza pero eso yo ya lo sabía—. Te llevarán con tu madre.

—¿Vas a dejarme sola?

La abracé. Era tan frágil que mantuve cuidado de apenas ejercer presión; su enorme cerebro era un contraste confuso con su diminuto tamaño. Perssia olía a aceite de bebé y algodón de azúcar, provocando en mí un deseo insano de protegerla, que nadie nunca lograra destruir aquella benevolencia que la caracterizaba. La que su madre me había demostrado hacía mucho tiempo, la cual me hizo enamorarme de ella. Su hija heredó la misma alma pura, y en esta segunda oportunidad que la vida me ofrecía iba a asegurarme de que nadie lograra contaminarla, ni siquiera mi persona.

—Tú nunca has estado sola, ¿recuerdas? —Asintió sobre mi hombro—. Te he velado desde que estabas en la cuna; yo cuidaba de ti mientras descansabas, asegurándome de que nadie pudiera dañarte. ¿Por qué piensas que voy a dejarte ahora?

—¿Vas a dejarme alguna vez?

—Nunca —mascullé, sintiendo mi sangre arder ante la idea. Mi visión, por un momento, comenzó a tornarse difusa. Tuve que recuperar el aliento antes de que las palabras de Perssia provocaran la aparición de mi otra

personalidad, la más siniestra y oscura, por la cual cometía actos inimaginables.

Ella susurró con esa delicada vocecita:

—¿Lo prometes, Viddy?

—Lo prometo, dulzura. Yo soy tu guardián.

Se alejó caminando, lentamente al principio, y la mantuve en mi campo de visión todo el tiempo. Noté el momento exacto en el que el más fornido de los hombres la vio y corrió hacia ella, pero se detuvo para no asustarla. Le habló tan suavemente que no pude escuchar sus palabras, excepto cuando pronunció:

—Mi nombre es Giovanni, trabajo con tu papá.

Hablaron por otro par de segundos mientras los demás hombres mantenían la distancia. Entonces, él se inclinó y la tomó en brazos con cuidado. Apreté los dientes con fuerza pero me detuve antes de estrellar el puño contra el coche y activar la alarma. Nadie podía descubrir mi presencia, aunque la bilis en mi garganta y la presión de mi pecho me impulsaran a saltar sobre él y quitársela de los brazos. Sabía que no le haría daño, mutilaría su cuerpo si así fuera, pero no soportaba ver a nadie más que a Ángela interactuando con Perssia.

El tal Giovanni caminó rápidamente con ella en sus brazos. Todos lo siguieron con expresiones más relajadas y gestos de agradecimiento al cielo.

¿Le daban gracias a Dios? No existía. El único dios en la tierra era el dinero y nosotros sus esclavos. Por ello dejé de lado las divinidades hacía mucho tiempo y comencé a hacer su trabajo; forjaba mi destino, protegía a los que amaba e impartía justicia. Repudiaba la manera en la que se arrodillaban los otros seres humanos, pues una vez creí en Dios, tuve esperanza también, la expectativa de una buena vida por delante, pero Él parecía empeñado en arrebatarnos todo a quienes más se dedicaban a suplicarle.

Reajusté la capucha sobre mi cabeza y aguardé hasta que la luz de la última linterna se hubo extinguido en la parte más lejana de la calle. Retrocedí sobre mis pasos con la cabeza baja, aprovechando las sombras más oscuras para camuflarme. Aprendí a moverme con la agilidad de un depredador, y el hecho de que nadie pensara en mí gracias a mi supuesta muerte era una ventaja que debía aprovecharse.

Sería más cuidadoso con Perssia de ahora en adelante, pues por mi imprudencia Ángela le pondría más atención. Lo único que todos debían tener claro era que no lograrían apartarme de ella. Volvería sus vidas tan infernales como la mía antes de permitir que eso ocurriera.

Capítulo 28

—¡Abran las malditas puertas! —gritó Val.

Sostuve contra mi nariz la mascarilla que hacía lo posible por proporcionarme oxígeno, pero me hallaba a punto de hiperventilar. Tenía muy claro que necesitaba tranquilizarme y mantener un ritmo cardíaco estable, que cada gramo de estrés era aún más perjudicial para el bebé... Si quedaba uno. Solté un fuerte sollozo ante la idea; el aire volvió a desaparecer de mis pulmones.

Valerie me miró hacia abajo, empujando la camilla junto a los otros dos paramédicos a través de la entrada de emergencias del Hospital Estatal. Soltó una horrible maldición; pude ver las lágrimas que habían destruido el experto maquillaje en sus mejillas.

—Ángela, por favor cálmate, te prometo que todo estará bien. Nada va a pasarle a este bebé.

Sentí una lágrima fría descender hacia la camilla empapada de sangre. Quería creerlo, me aferraría a cualquier brillo de esperanza de que el hijo en mi vientre estuviera a salvo. Recuerdo que me desmayé pocos segundos después de que Perssia señalara lo que estaba ocurriendo conmigo, probablemente aunado al estrés y a la pérdida de fluidos. Al abrir los ojos me encontré con el techo de una ambulancia y la sirena casi reventándome los tímpanos; un paramédico me atendía a la izquierda mientras Valerie sostenía mi mano a la derecha, pálida.

Lo primero que dijo fue:

—No voy a abandonarte.

—Val —sollocé. Temblaba tanto que nunca supe si pudo entender mis palabras—, mi bebé. Lo perderé. Mi hijo...

El monitor empezó a emitir un pitido histérico y Valerie sujetó mi mano con más fuerza, sin hallar las palabras para consolarme. El paramédico frunció el ceño al analizar mis signos vitales, pronunciando con voz controlada:

—Necesito estabilizarla, señora Báez. Tiene que resistir hasta que lleguemos al hospital.

El viaje debió durar apenas un par de minutos aunque en mi cabeza parecieron horas, como si con cada segundo que pasara perdiera un poco de mi alma. Sentí que la vida de mi hijo se estaba yendo y no hallaba la manera de evitarlo, llorando en silencio y balbuceándole a cualquiera que quisiera

escucharme que aquel bebé era esperado y sería muy amado... que no me lo arrebatasen.

Ahora, las luces fluorescentes del hospital donde yo misma trabajaba eran las que me daban la bienvenida mientras Valerie se negaba a separarse de mi lado y todos empujaban mi camilla hacia el interior. El bullicio familiar, más que reconfortante, me erizó la piel. ¿Cuántas veces no había atendido yo casos similares a lo largo de los años? Y aquellas mujeres raramente habían regresado a casa con su bebé en el útero. Las había escuchado llorar y suplicar, gemir de dolor y maldecir a la vida; nunca supe bien qué decirles. Ahora lograba entenderlo, al escuchar las voces de las enfermeras con las que hube compartido turnos de trabajo, el sentimiento era enfermo.

—Metrorragia —dijo un paramédico—. Está embarazada.

Mi visión estaba tan inundada de lágrimas que todo parecía un sueño blanquecino, imágenes rápidas e incoherentes. Más enfermeras de las necesarias se acercaron a mi camilla y ayudaron a empujarme con mayor velocidad; había tanta gente que dejé de intentar reconocer sus rostros. El dolor en mi vientre se había vuelto bestial, como si las paredes uterinas se desgarraran en tiras. Sin embargo lo soportaba, no profería ningún grito ni me retorció pues, si había una oportunidad de que mi hijo aún viviera, no iba a rendirme.

—Val —gemí. Volvió a mirarme, con su vestido y sus manos llenas de sangre. Arruiné su día especial, aquel que había soñado durante tanto tiempo—. Perdóname.

—No te disculpes —escupió con dureza—. Lo único por lo que no te perdonaré nunca es si te das por vencida. Joder, Ángela, vas a salir de esta. —Sollozó—: ¡Vamos a salir adelante como siempre lo hemos hecho!

—Te quiero —susurré, buscando a tientas su mano.

—Te amo, ¿escuchas? Te amo y no te irás a ninguna parte. Eres como una extensión de mí misma... Eres... Eres... —se ahogó, gimiendo y negando.

Exhalé un aliento débil e intenté enfocar el techo, pero la habitación giró sin sentido para mí. Los párpados me pesaban en exceso y un par de segundos después ni siquiera encontraba la fuerza para respirar.

Escuché otro pitido agudo, parecía muy lejano. Comenzaba a olvidar lo que estaba ocurriendo.

—¿Qué demonios? —esa fue Valerie.

—Ha perdido demasiada sangre.

—No, joder, no. ¡No, no, no! ¡Ángela!

—Pérdida de consciencia —fue la voz de una mujer.

—¡No me hagas esto! —sollozaba mi mejor amiga.

—Doctor, tengo la sangre. Seis bolsas completas.

La camilla se detuvo, ¿o me había desorientado por completo? Luces más tenues, como si estuviéramos dentro de un túnel. Me sentía débil, casi drogada; carecía de la fuerza suficiente para pensar con claridad, mucho menos para mover cualquier extremo de mi cuerpo. Poco a poco fui dejando de sentir los dedos, luego los brazos y las piernas. Mi entorno dejó de dar vueltas, ahora solo estaba recubierto por bordes blancos y borrosos que consumían cada centímetro de mi visión. Incluso parpadear consumía un gran esfuerzo.

—Levántenla con cuidado y colóquenla encima —aquella voz grave era familiar; el hombre con quien trabajaba codo a codo todos los días. Quien estuvo presente en mi boda y ayudó a dar a luz a mi primera hija. ¿Presenciaría el horror de verme abortar espontáneamente a mi bebé?

Me movieron, supuse. Ahora una luz penetrante se dirigía hacia mí desde una de las enormes lámparas. ¿Estaba en el quirófano? No me importaba. *Por favor, salven a mi hijo*, quería gritarles, y nunca habría en el mundo impotencia más grande que la de una madre cuyo bebé muere en el seno de su vientre, incapaz de detenerlo o arrodillarse. Las palabras atascadas en mi boca lastimarían mi corazón durante lo que me quedara de vida.

—Doctor Martínez, necesitamos extraer al feto.

¡No!, quise gritar, *¡No, se los suplico, por favor!* Deseaba protegerlo, cubrirnos a los dos, pero lo que quedaba de mí era un vago rastro de consciencia enferma, no la suficiente para manifestarse.

—Doctor, por favor, tiene que tomar una decisión —insistían—. ¡Ella está muriendo!

Rafael, lloraba internamente, desgarrándome y hundiéndome en la desesperación, *no me hagas esto. Te lo suplico. Tiene que haber otra opción.*

—Transfiérele la sangre ahora mismo.

—El feto va a matarla. O la salvamos a ella o mueren los dos.

—Ella es mi familia. Es la esposa de mi sobrino, y ese niño es mi sangre también. No puedo... ¿Qué infiernos haces tú aquí? —gritaron, y seguidamente escuché un alboroto. Me enfurecía que se distrajeran cuando, con cada segundo que pasaba, aquella historia estaba más lejos de un final feliz.

—Sálvala —gruñó una voz que no reconocí.

—Pero...

—¡Sálvala, no me importa el precio!

—Tendría que extirpar el feto.

¡No es un feto, es mi bebé!, imploré. Busqué la fuerza en mí para levantarme, me operaría a mí misma si era necesario. Nunca supe de dónde saqué la fuerza que utilicé para mover ligeramente los dedos de mis manos, cuando el monitor se disparó. Mi frecuencia cardíaca estaba por los cielos. No era consciente de nada más que de salvarnos a los dos.

—Va a tener un infarto.

—¡Enfermera, rápido!

—La estabilizaré. Doctor, tiene que tomar una decisión.

—Salven al bebé —supliqué en mi interior, aunque ellos no lo escuchasen —. Ustedes no lo entienden...

—Juro por Dios que si ella muere —bramaron con tanto odio que una imagen familiar voló a mi cabeza, desconcertándome— tú serás el siguiente.

—¿Sacrificarás al bebé? —cuestionó Antonio, su voz inestable.

Escuché un sollozo de hombre, lo que por fin me hizo identificar quién era el dueño de aquella extraña voz.

—Sálvala —tembló. Las palabras tan crudas que sentí dolor en el corazón —. No puedo... perderla. La necesito. ¡La necesito! ¡Ángela!

—Sáquenlo de aquí.

—¡No! ¡No me dejes! No puedes dejarme, amor —sollozó—, ¡no puedes!

—¡Seguridad!

—¡Traian, maldito infierno, sal de aquí!

—La elijo a ella, Antonio. La elegiré siempre. No me la quites.

—Conozco a Ángela y sé lo que ella habría querido. Debo intentar salvarlos a ambos o nunca me lo perdonará.

—¡No! —gritó, estremeciéndome. Mi corazón se despedazaba.

Traian, susurré en mi mente, desvaneciéndome, *te amo*. Cerré los ojos por completo; ni siquiera tenía la fuerza suficiente para parpadear.

—No me dejes.

Nunca voy a dejarte.

—¡Nuestra hija, por Dios, nuestra hija!

Ella estará bien contigo, ¿sabes? No pude haber elegido a un mejor padre.

—Eres el amor de mi vida, ¿escuchas? Eres dolor y eres ternura. Y amo que me lastimes, y duele que me ames, pero no me dejes. No te vayas de aquí si no te acompañaré en el viaje. Prometimos estar juntos siempre. ¡Escúchame!

¡Juraste amarme durante toda la vida!

Voy a esperarte, donde sea que esté. Lo prometo, Vasil, porque tú lo vales. Siempre has valido la pena, por eso no me arrepiento de nada de lo que vivimos. Me diste más de lo que nunca pude desear. Me hiciste feliz, una mujer completa, un mejor ser humano. ¿Recuerdas todos nuestros momentos juntos? Nadie nunca podrá borrarlos. Te amo, Ojos Bellos, saludaré a tu madre por ti.

Anexo 5

Mi aroma favorito era el de un día soleado en el jardín mezclado con las galletas de chocolate que mamá horneaba en la cocina. Lo recuerdo perfectamente, hace tanto tiempo atrás; mamá sin rastro de canas en su melena dorada, nuestra casa menos oxidada por los embates del tiempo y el césped recién cortado, con las flores en su punto de éxtasis. Era maravilloso, los colores de mi memoria tan vívidos que me robaron un latido. Aquel recuerdo fue encapsulado en mi memoria durante la adolescencia y desconocía el motivo por el cual salió a flote entonces.

—¡Vamos, hijo, pase largo!

—¡Estoy listo! ¡Láncelo!

Papá extendió el brazo hacia atrás para obtener impulso. Desde mi posición a su lado pude observar con claridad los cortes en sus manos, algunos recientes y muchos otros ya cicatrizados; me dolía el solo mirarlos, pero él decía que mis besos eran mágicos y con solo uno de ellos ya estaba sanado. Le creía en ese entonces; yo apenas tenía nueve años.

La pelota voló en el aire durante eternos segundos. Sebastián la siguió con los ojos mientras movía los pies tentativamente; luego tomó su decisión y se lanzó hacia la izquierda, atrapándola mientras caía con un duro golpe al suelo. Disfrutaba de ensuciarse tanto como yo, no temía a las raspaduras ni a la sangre, decía que el dolor solo le molestaba un rato pero acababa por acostumbrarse. Lo miré hipnotizada, sin saber lo que se construía en mi interior, pensando en cuán genial fue poder conseguir un amigo como él. Esperaba que nuestra amistad perdurara.

—¡Eso es, Sebas! —gritó papá, con ese vozarrón que hacía temblar la tierra—. ¡Tienes talento!

Mi mejor amigo se reincorporó sin soltar la pelota. Tenía la sensación de que nada podría arrancarla de sus manos a partir de ahora. Miraba a mi papá hacia arriba, con unos ojos tan brillantes que competían con la luz del sol ese día.

—¿De verdad? —gritó de regreso—. ¿Lo hice bien, señor?

—Por supuesto, hijo. Te veo potencial en esto, algún día podrías convertirte en un gran jugador.

—No le mientras, papá —bromeé, cruzándome de brazos—. Atrapa como una niña.

—¡Tú eres una niña!

—¡Pues sí lo soy, tonto!

—Entonces... Entonces... —Pisoteó, frunciendo las cejas oscuras y mirándome irritado desde la lejanía—. ¡Eres un insecto!

—¿Qué clase de insecto? —pregunté, intrigada—. ¿Una mariposa?

—¡Sí, una mariposa!

Me encogí de hombros. Luego esboqué una sonrisa tímida, la cual lograría comprender hasta mucho tiempo después. Mis sentimientos eran demasiado prematuros como para ser expuestos en su totalidad.

—Las mariposas son lindas —reí—. Acabas de decir que soy bonita.

Lo vi desinflarse como un globo, dejando caer la pelota y manteniendo los brazos laxos a los costados. Pareció sumirse en alguna especie de bruma por un instante; seguidamente, sus mejillas se sonrojaron tanto que me percaté de ello a pesar del tono tostado de su piel y la distancia que nos separaba. Iba a burlarme durante mucho tiempo. ¡Se había puesto rojo como una manzana fresca!

—¡No es cierto! —gritó—. ¡Yo no dije eso!

Comencé a cantar con un ritmo que yo misma inventé:

—Sebastián dijo que soy bonita, bonita como una mariposa...

—¡No es cierto, no es cierto!

Escuché la risa de papá, por lo que detuve mi canto. Miró hacia mí con lo que tiempo después reconocería como el más puro amor, y despegó mis pies del suelo para tomarme en sus brazos. Me aferré a su cuello y lo abracé; era diminuta y frágil en comparación, por lo que siempre me hacía sentir protegida. No importaba lo mal que estuvieran las cosas o cuán horribles pudieran volverse, sabía que papá sería mi lugar seguro. Ni siquiera los monstruos debajo de la cama o las brujas que golpeaban por las noches la ventana eran lo suficientemente valientes como para aparecer en presencia de papá. Él era un verdadero superhéroe; tal vez por eso pasara trabajando tanto tiempo.

—Escuchen, nunca se debe pelear.

—Él comenzó —informé, formando con mis labios la sonrisa que acostumbraba derretir el corazón de papá.

Me miró y sonrió aún más, depositando un beso en mi frente y acercándonos a Sebastián. Él estaba cruzado de brazos, con los pies muy juntos miraba el suelo. Tenía la mandíbula tan apretada que me sorprendió un gesto así en un niño de diez años, y las cejas tan fruncidas que podría permanecer así marcado. ¿Realmente se había molestado? Solo estaba

bromeando.

—Sebastián, hijo, mírame.

Negó con la cabeza, cruzando los brazos con más fuerza.

—Ángela, ¿no hay algo que quieras decirle a tu amigo?

Me depositó sobre el suelo. Yo lo tenía muy claro. Di dos pasos frente a Sebas, quien se negaba a mirarme, y manifesté de corazón:

—Lo siento, solo te estaba molestando. No lo decía en serio.

Permaneció muy quieto, como si hubiera contenido el aliento ante mis palabras. Me armé de valor e insistí:

—Perdóname.

—¿No van a regañarme? —preguntó de pronto, alzando la cabeza con sumo cuidado. Tenía los ojos tan tristes que me recordó al cachorrito abandonado que vivía cerca de mi antigua escuela—. Pensé que iba a golpearme —le explicó a papá.

Papá se dejó caer sobre una rodilla para aproximarse a nuestras alturas y, con preocupación nublándole el rostro, colocó una mano sobre el hombro de Sebastián. Este saltó, asustándome. ¿Por qué era tan nervioso? ¿Acaso su mamá le pegaba?

—¿Por qué te golpearía, hijo?

—Por molestar a su hija —respondió sin dudar.

—¿Alguna vez me has visto golpear a alguien? —Sebas negó con la cabeza y yo lo hice también, inconscientemente—. Los problemas no se solucionan de esa manera. Todo se resuelve hablando.

—Yo... yo... —titubeó, liberando el agarre de sus brazos y dejándolos caer a los costados. Me miró, luciendo dolido—. Lo siento, Ángela. No eres un insecto. Y si lo fueras, serías el más bonito del universo.

Aquel fue mi turno de sonrojarme, la primera vez que aquel chico lograría hacer aflorar mis sentimientos juveniles. Una extraña sensación se asentó en mi estómago, como si todas esas mariposas de las que hablábamos estuvieran depositadas allí. Era extraño pero me gustaba, y mientras el rubor teñía mis mejillas, me encontré pensando por primera vez en que mi amigo era un niño lindo. Sí, tenía la piel muy oscura así como el cabello, su ropa estaba rota y remendada con parches en muchos lugares y la mayoría del tiempo comía como si fueran a arrancarle el plato de las manos, pero era amable conmigo y no pensaba que yo era débil solo por ser una niña. Me veía como si fuera su igual, o incluso más.

Sebastián me agradaba, éramos amigos. Entonces, ¿por qué sentía aquella

emoción en el cuerpo al escucharlo decir que yo era bonita? Como si mi corazón fuera uno de esos fuegos artificiales, encendiendo la mecha con sus palabras. ¿No se daba cuenta de que él era más lindo que yo, o no podía ver su propia belleza? Poco común y algo tosca, pero incluso desde pequeña yo pude verla. Lo hermoso que era siempre había estado allí.

—Te perdono —respondí finalmente, con aquella voz aguda de la flor de la vida.

—De acuerdo, niños, volvamos a jugar que pronto debo marcharme al trabajo.

—¡Yo lanzaré la pelota! —La tomé del suelo, ansiosa por apartarme. Sebastián no dejaba de mirar fijamente mi sonrojo.

Comencé a caminar hacia un extremo del jardín pero pude escucharlos hablar perfectamente a mi espalda.

—¿Piensas ser amigo de mi hija durante mucho tiempo?

—Sí, señor.

—Necesito que me prometas que siempre vas a cuidarla, Sebastián. Hablo en serio, de hombre a hombre.

Comencé a caminar mucho más lento, prestando atención a cada palabra. Las mariposas en mi estómago volvieron a pulular.

—Sí, señor. Lo prometo.

Papá bajó la voz, tuve que esforzarme al máximo para poder escucharlos, por lo que nunca supe si fue producto de mi imaginación.

—¿Puedo confiarte un secreto? Creo que tú eres bueno para mi hija.

—N-No entiendo... Ella es... Yo no... Yo... Yo no le gusto.

—Hay algo entre ustedes, Sebastián. Lo veo en los ojos de mi princesa cuando te mira, y en la forma en la que tú miras hacia ella. —Escuché una risa, me sentí escandalizada—. Ustedes dos son inseparables.

—Es porque somos amigos. Solo eso.

Dolió. Sentí el dolor a los nueve años; aquella fue mi primera decepción amorosa, pero a papá pareció hacerle gracia la respuesta. Soltó otra risa gutural que sacudió los cimientos de la casa.

—De acuerdo, de acuerdo... Pero si permaneces en su vida, ¿harás todo lo posible para merecerla?

Aguardé impacientemente la respuesta, no recuerdo en qué momento dejé de moverme. Contuve el aliento y estuve a punto de ahogarme. Una considerable cantidad de tiempo después, el aire salió con fuerza de mis pulmones cuando lo escuché decir con demasiada seriedad para niños de

nuestra edad:

—Lo prometo.

Capítulo 29

Desperté. Estaba viva.

Abrí los ojos con facilidad, la habitación se encontraba a oscuras. Pestañeeé un par de veces, clavé la mirada en un techo blanco y bien cuidado, demasiado familiar. En mi cabeza, imágenes del pasado aún atormentaban a mi corazón. Volví a soñar con él... y dolía. Llevaba años sin dedicarle un solo pensamiento, pero una de las escenas más hermosas de mi niñez volvió para martirizarme.

Mi padre... Lo extrañaba tanto. El tiempo lo volvió un eco lejano pero los recuerdos atizaban la melancolía. Nunca existiría nadie como él y me alegraba poder mantenerlo vivo en mi memoria, pero había un precio, y el abismo en mi estómago me recordaba que dejé de evocar a papá porque también traería a mi mente a aquel demonio, el único que logró bajar y volver a subir del infierno.

El dolor en mi cabeza explotó. Gemí. Fui traída de vuelta a la realidad y me detuve antes de arrancar la mascarilla de mi rostro. En el área del vientre sentía un dolor punzante que se expandía y rozaba los límites de la agonía. Intenté llevar mi mano a aquella zona pero solo reuní la fuerza suficiente para mover los dedos. Me percaté de la intravenosa en el brazo. Estaba en el hospital. Tomé aliento y moví la cabeza hacia la izquierda para contemplar el estado de mi otra mano.

Traían la sostenía entre las suyas, su enorme cuerpo se encontraba doblado en un ángulo doloroso, de manera que su cabeza reposaba a mi lado sobre la cama y el resto de su cuerpo estaba sentado en una silla de metal. ¿Cuánto tiempo llevaría allí? Dormía con los labios fruncidos y la mandíbula apretada. Lucía pálido y gotas de sudor perlaban su rostro. Las bolsas bajo los ojos contaban toda la verdad; había pasado mucho tiempo desde la última vez que pudo conciliar el sueño.

Moverme dolía aunque fuera lentamente y apenas un par de centímetros. Parecía que un vacío se alojara en mi vientre, alguna especie de agujero negro que solo lograba producirme aflicción.

Entonces fue cuando recordé por qué me hallaba en el hospital. Sentí la pérdida, el vacío y el dolor. Era lo único que quedaba dentro de mí ahora.

Lloré. Temblé con fuerza y la respiración comenzó a fallarme a causa de las lágrimas. Arranqué la mascarilla. Todo en lo que podía pensar era que había perdido a mi bebé, por mi culpa nunca podría sostenerlo en mis brazos ni llegaría a conocerlo; estaba viva y él muerto, a quien con tanta ilusión

esperábamos. Sabía que llenaría nuestras vidas de alegría, uno de los niños más amados del mundo, pero nos lo habían arrebatado. ¿Qué hicimos para merecerlo? No lo entendía, me esforzaba por comprender los motivos de todo lo malo que nos había pasado en la vida y llegaba a la conclusión de que algunas personas parecían destinadas a perseguir sus sueños eternamente, pero siempre sintiéndose vulnerables y temiendo lo que aparecerá en la siguiente esquina, nunca en plena paz.

Sentí a Traian moverse pero permanecí mirando el techo, imaginando que aquel niño o niña nos observaba desde el cielo. Yo era su mamá y ni siquiera pude conocerlo, besar su frente o arroparlo por las noches; decirle que lo amaba con toda el alma desde el momento en el que supe que estaba dentro de mí, y que lo llevaría conmigo siempre porque en mi corazón no estaría muerto. Sería el ángel que protegería a Perssia desde el cielo.

Traian soltó mi mano. Escuché su respiración acelerada, luego los sorbidos y la voz encarnizada. Se sentó sobre el costado de la cama y no tuve más opción que mirarlo. Líneas rojas se apoderaron del interior de sus ojos y su mandíbula temblaba mientras se ahogaba con sus propias lágrimas. Volvió a aferrar su mano con la mía y de su pecho brotó un sonido desesperado.

—Perdóname. Tenía que salvarte.

Asentí, sollozando.

—Lo sé... Lo sé. No es tu culpa, no lo es.

—Lo siento tanto —se inclinó hasta colocar su frente húmeda sobre nuestras manos unidas—. Nuestro bebé...

Acababa de confirmar lo que yo había asumido. El dolor volvió a atravesarme, hice lo posible para no dejar de respirar. Ahora, cada latido de mi corazón ardía, un palpito incómodo que me recordaba que la elección fue hecha, Traian me escogió a mí, lo cual no significaba que la culpa no lo hostigara. Sabía que el dolor de una madre era grande, pero la aflicción de un padre tan devoto como él no tenía punto de medición. Mientras yo estuve inconsciente por una cantidad de tiempo desconocida, se encontró solo, lidiando con sus propios fantasmas y sintiendo desconsuelo. Sabía que lo tenía a él para que me apoyara, siempre nos empujaba a ambos hacia delante, ¿pero quién lo sostendría ahora? Nunca lo había visto desmoronarse.

—No es tu culpa —repetí, intentando calmarme aunque mi cuerpo siguiera temblando—. Lo intentaron, ¿cierto? ¿Antonio intentó salvarnos a los dos?

—Sí, él lo intentó, pero yo le dije que te salvara solo a ti. Ni siquiera lo pensé, Ángela... No dudé —sollozó—. Le dije que matara a mi hijo y no dudé

ni un instante.

—Era una situación crítica —suavicé. No sabía de dónde sacaba aquella paz que realmente no sentía, pero lo hice por él—. Ninguno de nosotros esperó que ocurriera esto. Es una tragedia y... y... —balbuceé. Iba a volver a llorar, así que me tomé unos segundos para tranquilizarme—. Te amo y... Saldremos de esta. Lo prometo. Todo estará bien —sollocé.

Sus lamentos sacudían la habitación, era inconsolable. Hice un esfuerzo para alzar mi mano libre y llevarla hasta su cabello, acariciándolo tiernamente. Quería llegar a su corazón y librarlo de toda la culpa y el dolor pero sabía que necesitaríamos tiempo para sanar y asimilar la pérdida.

—Saldremos adelante —susurré—. Siempre estará con nosotros, Vasil. Lo siento en mi corazón.

—Mi tío lo intentó... Yo ni siquiera quise hacerlo. No quería correr riesgos, no podía... La posibilidad de perderte me... me...

—Yo habría hecho lo mismo de estar en tu lugar —quise confortarlo, lo cual logré. Ante mis ojos presencié su esfuerzo por volver a ser el hombre fuerte que muchos temían.

—Por mi culpa —admitió, temblando. Se negaba a mirarme— no podrás tener hijos nunca más.

—¿Qué?

—Antonio lo dijo. Naturalmente ya no podrás volver a ser madre. Perdóname.

—Está bien —dije de pronto, sorprendiéndonos a ambos—. Tenemos a Perssia, ¿verdad? ¿Con ella es suficiente? —no sabía lo que decía, la habitación daba vueltas a mi alrededor.

—Estabas tan emocionada, joder, y nuestro hijo...

—Siempre podemos adoptar —susurré, insegura.

Por fin levantó la cabeza, paulatinamente, como si temiera espantarme con movimientos bruscos. Yo seguía batallando con mi propio dolor y con la mejor forma de contenerlo, pues Traian me necesitaba. Su rostro estaba húmedo y parecía frágil, algo grave de presenciar en un hombre cuya apariencia la mayor parte del tiempo era indestructible. Tomó unos segundos para excavar en mis ojos como buscando la verdad e hice lo posible para transmitir la fuerza que necesitaba.

—¿Adoptar? Te refieres a que... ¿Sigues queriendo tener un hijo conmigo?

—¿Por qué no habría de quererlo?

—Murió por mi culpa. Soy un mal padre, ni siquiera pensé en el bebé y...

—¡Basta de eso! —alcé la voz, sintiendo mis cuerdas vocales romperse. Los pitidos del monitor aumentaron—. ¡No es tu culpa! ¡Tú no hiciste nada malo y has sufrido más que todos aquí! ¿Entiendes eso? Eres un gran padre, Traian Serbian, lo juro por Dios. El bebé habría sido dichoso de tenerte y sé que donde quiera que esté no te culpa por haber decidido salvar a su mamá.

—Gracias. —Volvió a llorar.

No pude resistirlo más, era incapaz de verlo así.

Solté su mano y utilicé toda la fuerza posible para reincorporarme. Mis brazos temblaban y mi ritmo cardíaco aceleró. Necesitaba ayudar a sanar el alma de Traian y comenzaría sosteniéndolo entre mis brazos, haciéndole entender que yo no lo culpaba y que nuestro amor seguía siendo igual de fuerte.

—No, no, no... Amor, espera...

—Calla y ayúdame.

—Ángela, necesitas descansar, aún no estás sana del todo y Antonio dijo...

—Solo quiero sentarme, ¿entiendes? No puedo seguir aquí recostada o voy a deprimirme. Y Traian, tú me necesitas.

—Lo hago —masculló, mirándome fijamente—. Te necesito con cada latido de mi corazón.

Me enternecí, pero forcé a la humedad en mis ojos a mantenerse en su sitio. No podía seguir llorando si quería hacerle entender que todo estaría bien, que no era su culpa; si yo no era fuerte y ambos nos sumíamos en el dolor, aquello terminaría en divorcio. Nuestra historia no podía acabar así, habíamos pasado por mucho y al parecer siempre tendríamos que atravesar tempestades. Aceptaba que quizá yo nunca sería completamente feliz, a juzgar por todos los acontecimientos en los momentos más inesperados, pero seguiría luchando por los periodos de alegría que pudiera conseguir.

—Yo también te necesito. No puedo atravesar esto sin ti —confesé—. Puedo prometerte que no me daré por vencida si tú tampoco lo haces.

Me ayudó a incorporarme, sosteniendo mi cuerpo con firmeza. Sentados sobre la cama, nos miramos en silencio. Había mucho que decir, conflictos densos que se apoderaban del ambiente y la sensación de vacío aún persistía. Dejamos de llorar. Nuestras respiraciones se ralentizaban, el dolor no cedía pero estábamos dispuestos a combatirlo.

—Por Perssia.

—Y por ambos —concluyó—. Ella no es lo único que nos ata juntos —ya sonaba más como él mismo; comenzaba a llenarme de alivio—. Recuerda

nuestro amor, que no estamos casados solo para darle un hogar a nuestra hija, sino porque no podemos vivir el uno sin el otro. Recuerda que... aún en este momento y si... y si tuviera que hacerlo de nuevo... —tragó, cerrando los ojos. La culpa volvía para acecharlo—. Seguiría eligiéndote a ti.

Limpié la última lágrima de su mejilla, entendí a lo que se refería por lo que fui incapaz de culparlo. Tomé su mano entre las mías y, trayendo a mi mente todo lo que superé gracias a él, susurré:

—Yo también te elegí a ti.



Pasamos más de una hora en silencio. Volví a acostarme en la cama pues mi cuerpo no resistía mucho. Sabía que mi esposo necesita consuelo físico pero no se atrevía a recostarse conmigo. Ambos aceptábamos que estaba muy delicada. Tenía que sanar pronto, necesitaba fuerzas porque tenía una vida que sacar adelante, una hija y un esposo a los cuales cuidar. Traian continuó sentado, acariciando mi rostro, mi mano, mi cabello o cualquier parte de mí que pudiera tocar, que le recordara que yo era real y no lo había abandonado.

Llevábamos una hora mirándonos sin pronunciar palabra, confortándonos con la presencia del otro, hasta que dio un suspiro largo. Realmente lucía agotado más allá de sus fuerzas.

—Han pasado tres días, te mantuvieron sedada.

—¿Cómo está Perssia? Asumo que Val la cuida.

—Llamé a Ivania mientras estabas en el quirófano —se refería a mi madre. Me formó un nudo en el estómago imaginar su preocupación—. Lo lamento pero tenía que saberlo. Viajó de inmediato, está en casa con nuestra hija.

—¿Le dijiste que estoy bien? —Mi corazón se contraía al pensar en mi madre al límite de sus fuerzas al igual que Traian; estaba demasiado mayor para seguir sufriendo por mi causa.

—Sí. Ha estado aquí también. Todos han venido a visitarte, incluso Antonio.

—Sé lo difícil que tuvo que haber sido esta situación para él.

Traian asintió, sumido en sus pensamientos. Me mataba lentamente verlo así de cuidadoso.

—Lo fue, no han sido buenos días para él tampoco pero estará bien. Estaremos bien, ¿no es verdad? —Asentí. Asintió, necesitando escucharlo repetidamente. Era extraño verlo tan inseguro, pero lo volvía más humano—. Valerie también ha estado aquí, en la sala de espera. Solo puede permanecer

una persona a la vez en la habitación.

—Lo sé —esbocé una sonrisa forzada—, trabajo aquí. Y sé que esas sillas no son muy cómodas. ¿Por qué no dejas que venga a verme? Dile que ya desperté.

—¿Mi presencia te... molesta?

Después de tantos años de noviazgo y matrimonio, no podía creer que realmente estuviera preguntando eso.

—Ven, acércate. —Dudó, pero luego se inclinó hasta que su rostro pendía sobre el mío—. Odio verte así, temiendo que te deje, midiendo tus palabras. Este no eres tú.

—Tengo miedo de que cambies de opinión y vayas a dejarme.

Tomé su rostro con mis manos pálidas y lo acerqué hasta besarlo. Produjo un gemido bajo, moviendo sus labios contra los míos con ferocidad. Colocó sus manos a cada lado de la almohada y se inclinó más cerca, profundizando el beso hasta robarme cualquier aliento que pudiera albergar. Envolví mis manos alrededor de su cuello con apenas fuerza, pero fui terca y logré seguir lo crudo del beso, transmitirle mi mismo deseo y amor, recordarle que nada había cambiado. Lo que nos unía seguía allí, no desaparecería con el paso del tiempo.

Traian respiraba con tanta fuerza que su abdomen rozaba el mío, sus manos temblaban por contenerse. Comenzó a mordisquear mis labios como acostumbraba hacerlo cuando estábamos solos en el dormitorio, tirando de ellos sin piedad. Era demandante en todo lo que hacía y aquel rasgo de su personalidad habitual logró reconfortarme lo suficiente para dejarme llevar. Aún era mi hombre, a quien amé con fervor a través de los años, el que me volvía loca de pasión y feliz con su amor.

Solo cuando Traian abandonó mis labios y se dirigió a mi cuello, fui capaz de escuchar el pitido del monitor cardíaco. Mis niveles estaban por las nubes y aquel ruido agudo ya debía haber alertado a todo el hospital. Intenté empujar a mi esposo hacia atrás pero él era insistente y sus atenciones me imposibilitaban el habla, así que no pude detenernos antes de que entraran dos enfermeras en la habitación.

Eran Ana y Julia, compañeras de trabajo. Sus rostros estaban pálidos y parecían anticipar lo peor, pero se detuvieron en seco al ver a aquel gigantesco hombre sobre mi cuerpo. Las vi pasar del horror a la confusión... luego al bochorno. No supe cuál de nosotras tres se sentía más avergonzada.

—Yo... Yo... —Empujé a Traian una vez más—. ¡Vasil!

Se echó hacia atrás, jadeando con una voz dos octavas más grave de lo usual:

—¿Qué?

—Angie... —dijo Ana, mirándonos de hito en hito sin dar crédito.

—No es lo que creen —expliqué, pero mi sofoco no ayudaba—. Mi esposo me besó y la máquina se disparó. Lo siento.

—Nosotras lamentamos interrumpir —intervino Julia—, pero pensamos que algo malo había pasado. Y no pueden... estar haciendo nada de eso aquí, ya sabes.

Traian clavó la mirada en mí sin pronunciar palabra, analizando cada rasgo de mi rostro y mis labios hinchados. No parecía ni un poco avergonzado, solo molesto por la interrupción, por lo que se contenía en silencio. Mi respiración aún se encontraba agitada al igual que la suya, pero sus mejillas no tenían ni asomo del sonrojo de las mías.

—Bueno, niña —respondió la mayor de las enfermeras, sonriendo sutilmente—, al menos ya recuperaste el color. Te ves mucho mejor.

—Sí, gracias —no pude evitar reír, se sentía extraño poder hacerlo—, y espero que me disculpen. Mi esposo a veces es un poco intenso, vuelve loco a mi pobre corazón. —Puse mi mano sobre su brazo, mencionando como si hablara solo para nosotros dos—: Creo que por eso lo amo tanto.

Traian por fin dejó caer los hombros y, aunque cabizbajo, sonrió. Fue entonces cuando supe que realmente íbamos a estar bien.

Capítulo 30

Tres años después.

Habían pasado tres meses desde la última vez que intercambié alguna palabra con Perssia. Tres malditos meses de espiarla entre los arbustos, detrás de las paredes y a través de binoculares. Más de noventa días confundiéndome con las sombras y viéndola crecer con una velocidad apabullante.

Su padre era el problema, aquel gigantesco bastardo había sido un obstáculo desde el principio. Me arrepentía tanto de no haber logrado eliminarlo antes, pero durante escasos momentos de lucidez reconocía que si Perssia existía era, en parte, gracias a él. Sin embargo la niña era mía, yo estuve en su vida durante seis años, y aunque ahora ella no fuera tan pequeña como antes, seguía siendo mi bebé. Perssia era mi niña, no suya; yo la había consolado y protegido de todo peligro durante demasiado tiempo como para que él se llevara los créditos.

La hija de Ángela tenía ahora siete años, repletos de una mirada intoxicante y una sonrisa hermosa. Con cada segundo que pasaba ella maduraba más, y aunque aún estuviera demasiado pequeña para algunos, yo sabía lo que se avecinaba; Perssia sería tan mortífera como su madre, un ser que podría enamorar con solo una mirada y que tendría a miles de hombres a sus pies.

Aquello no iba a suceder. Perssia nos pertenecía a Ángela y a mí; el obstáculo que Vasil representaba sería eliminado pronto, o al menos eso estaba planeado. Mi idea inicial había sido permanecer en la oscuridad, y durante los tres primeros años aquello había dado resultado pero, desde el día en que creyeron que Perssia estaba perdida, su protección se había vuelto rigurosa. No entendía lo que había cambiado en aquella familia, pero la misma Ángela parecía un poco paranoica con la protección durante algunos instantes; la niña seguía siendo libre para andar y jugar, pero siempre había alguien vigilándola.

Los instantes en los que podía hablarle se habían vuelto casi inexistentes. Vasil había encontrado la manera de pasar aún más tiempo con ella, jugando juntos en el jardín justo frente a mí; imitando mi relación con Perssia, nunca igualándola pero sí haciéndome enfurecer.

La última vez que había hablado con ella, hacía tres meses, solo pude saludarla y tuve que desaparecer antes de escuchar su respuesta. Ángela salió al jardín con un vestido amarillo de verano y su cabello suelto, luciendo una

sonrisa radiante y haciendo reír a la niña al cargarla en sus brazos. Perssia me olvidó, ni siquiera me regaló una segunda mirada; Serbian salió al patio trasero también y las echó a ambas sobre sus hombros. Las risas de aquellos tres fundieron mi sangre; me escondí tras las casas vecinas y salí de allí tan colérico que llegué a romper las escasas pertenencias en mi pútrido departamento.

Pero no me rendía, sabía que mi relación con Pessy era especial. Ella me había demostrado un cariño real, el cual no podía desaparecer de la noche a la mañana; por más que Serbian intentara reemplazarme estos últimos tres años, iba a aferrarme al amor de aquella niña.

Ahora me encontraba tras los árboles perpendiculares a la entrada de la escuela. Mi escuela, en la que pasé incontables horas cuando niño, corriendo en los pasillos y golpeando puertas. Luego, cuando llegó Ángela, siento más recatado y portándome bien incluso en los almuerzos. El uniforme seguía siendo el mismo, pero habían cambiado el color de la fachada. Era un contraste temporal bastante confuso, produciéndome un severo dolor en la parte trasera de la cabeza. ¿Seguíamos en el presente pero habíamos vuelto al pasado?

Los niños y sus madres corrían hacia el interior de la escuela, emocionados, pero pasó mucho tiempo antes de que vislumbrara el auto que tanto había estado esperando.

Vasil bajó de él, y quise bufar al pensar que alguien pudiera temerle a un hombre que solo causaba risa. Él era un cobarde que se interponía en la felicidad de los demás, quien había arruinado nuestras vidas con su aparición. Si algún día volvía a tener la oportunidad, era seguro que iba a matarlo.

Sonreí, sintiendo mi dolor de cabeza extenderse. Sí, por supuesto que iba a matarlo, y esta vez me iba a tomar mi tiempo hasta asegurarme de que estuviera realmente muerto. Luego podría reclamar mi felicidad, aquella que desde joven me osó robar.

Ayudó a Perssia a bajar del auto, luego ella tomó su mano. Vestía el mismo uniforme que su madre usaba cuando nos conocimos. Dos colitas altas rematas en rizos rubios, y en su mano libre arrastraba un maletín rosado de rueditas. Me tomé mi tiempo para embriagarme con la imagen y no olvidarla nunca; primer año, primer día de clases. Ella estaba creciendo y, aunque doliera, me sentía orgulloso al respecto.

Siguieron caminando en silencio hasta que Perssia se detuvo en la entrada y Vasil lució extrañado. Me oculté más para que no me descubrieran, pues se

encontraban a tan solo un metro de distancia, pero presté especial atención a la voz fluida de Perssia:

—Papi, yo puedo entrar sola.

—¿Qué? Pero mi amor tú n...

—Oye —lo miró hacia arriba son una dulce sonrisa—, ya soy grande.

—¡No! —el bastardo reía—. Eres mi bebé.

—¡Papá! ¡No me digas bebé, te van a oír!

—Tienes siete años, Perss.

—Es primer grado, tú dijiste que era importante. Ya no estoy en el jardín de niños.

El hombre se dejó caer en una rodilla frente a ella, quedando más cercano a su diminuta altura, y le dijo, rascando esa mugrienta barba:

—Es muy importante, y sé que estás emocionada pero, pequeña, eres la luz de mis ojos, ¿entiendes? —La niña asintió—. Y en lo que a mí respecta, siempre serás mi bebé, aunque tengas cincuenta años.

—¿Aunque esté toda arrugada y vieja? —arrugó su nariz.

—Aunque ya seas una gran profesional con su vida hecha, voy a seguir viéndote como la bebé recién nacida que fue puesta en mis brazos. ¿Entiendes esto? —Volvió a asentir—. Estás creciendo más rápido de lo que a tu madre y a mí nos gustaría, Perss, y queremos pasar el máximo tiempo posible contigo antes de que sea demasiado tarde y dejes a tus viejos para hacer tu propia vida.

Me sorprendí cuando ella dejó su maletín, dio un paso al frente y lo abrazó. Los costados de mi visión se tornaron blanquecinos y los bordes de toda la situación se disolvieron para mí. Mi cabeza palpitaba tanto que mordí mi puño para contener el grito del dolor más atroz que había sentido en mi vida, y me apoyé contra la pared cuando mis rodillas amenazaron con enviarme al suelo.

—¡Te amo! —la escuché exclamar—. Papi, te amo mucho. Mucho, mucho. ¡Hasta las estrellas!

—¿Solo eso? Yo te amo hasta la raíz cuadrada del universo multiplicada por mil.

—No sé cuánto es eso.

La besó en la frente. Mi respiración comenzó a volverse errática.

—Por eso debes ir a la escuela. —Se puso de pie y nuevamente le ofreció su mano, diciendo—. Se hace tarde. ¿Le darás el honor a tu padre de acompañarte hasta tu salón en tu primer día de clases para que así pueda

recordar este momento durante el tiempo que me quede sobre el planeta?

Perssia suspiró como si tuviera más de siete años de edad. Recogió su maletín del suelo y finalmente aceptó la mano de su padre, diciendo:

—Bueno, pero solo por hoy, así no me pierdo.

Vasil rió, yo rechiné los dientes con dolor.

—¿Sabes? La mayoría de los niños lloran cuando sus padres se van y los dejan en la escuela.

—¿Por qué lloran? ¿Pasa algo malo? —preguntó, asustada.

—No, Perss, pero no son tan valientes como tú. Me haces sentir orgulloso.

—Mamá estaba llorando cuando se despidió de mí.

—Lo hizo porque estaba emocionada. Tu madre te ama con locura, pequeña, al igual que yo.

—Pero los veré más tarde, ¿verdad? ¿La nana vendrá a recogerme?

—Sí, amor, tu nana te llevará a casa y nos verás cuando llegemos del trabajo.

—Entonces, adelante. —Fue como si enderezara su postura, tomando valor para lo que pudiera venir suceder a partir de entonces—. Ya, entremos, estoy lista.

Y desaparecieron en el interior, con el sonido de las ruedas de su maletín repercutiendo en mi cerebro como un martillo.

Coloqué mi espalda contra la pared y descendí lentamente al suelo. Tomé mi cabeza con ambas manos y proferí un grito ahogado de dolor. ¿Qué demonios estaba pasando? Probablemente estuviera teniendo un derrame y en mi mente únicamente se repetían imágenes de Perssia siendo apenas una recién nacida, nuestros juegos cuando apenas tenía cuatro o cinco años, su sonrisa feliz, su forma de correr lejos pero volver a mí siempre. Su mirada que nunca me juzgaba y que expresaba un amor sin rencor, sin culparme por todos aquellos pecados que me atizaban al cerrar los ojos en la oscuridad, pero que seguía cometiendo al dejarme llevar por la necesidad de mi enfermedad.

Vi a Perssia, y luego no vi nada. Todo era oscuridad y la luz que guiaba mi camino había dejado de titilar.

Perssia se alejaba de mí, cada día un poco más, y pronto se habría marchado del todo.

No iba a permitir que me la arrebataran... Ella me pertenecía.

Cerré de los ojos y no volví a pensar.

Horas después, cuando desperté de mi desmayo, mi mente estaba en blanco. Aguardé, lívido, sin apartar la mirada de la entrada de la escuela,

hasta que los niños comenzaron a salir. Mi mirada era vacía, me sentía desprendido de mis sentidos y del contacto con la realidad. Los escenarios se fundían uno con el otro en una danza de colores brillantes que dañaban mis ojos; el mundo aceleró su giro, y todos nos movíamos tan rápido que el tiempo no se atrevía a alcanzarnos. Los niños gritaban y corrían hacia sus madres, los uniformes me arrastraban de regreso al pasado, y la presión de mi cráneo casi disparó a mis ojos de sus cuencas.

Jadeé, me sostuve contra la pared. El sudor cubría mi espalda y mi frente; mis manos estaban manchadas de tierra. Todo se distorsionó y perdió cualquier sentido para mí, hasta que la puerta de la escuela volvió a abrirse y Ángela salió arrastrando su pequeño maletín rosado. Sonreí; mi mejor amiga era hermosa. Ella, el ángel inalcanzable, y yo, quien la destruiría por haber hecho que este demonio la llegara a amar. Porque en la tierra y en el infierno estaba escrito que aquel ángel acabaría convertido en cenizas, que yo me alimentaría de ellas hasta el final de los tiempos y que de esta manera, encerrada en mi interior tanto como yo estaba encadenado a ella, nunca podría volver a escapar.

Ángela aguardaba en la entrada, cabello rubio y ojos grises. No había nadie más alrededor.

Salí de las sombras y caminé hacia ella, decidiendo, por fin, salvarnos a los dos.

Capítulo 31

—Doctor Martínez —jadeé—, el paciente se niega a dar el consentimiento para la cirugía.

Miré a mi jefe, quien también era el tío de mi esposo. Antonio trabajaba más horas de las que yo misma podía contar, guardias de hasta tres días sin descanso, y en emergencias médicas él era el cirujano predilecto para casi todos los casos. Los años no habían pasado en vano y las arrugas en su rostro eran demasiado notorias para pasarlas por alto; la piel se había estirado y la gravedad tiraba de ella así como de blanco se tintaba su cabeza. En nuestros escasos segundos libres bromeaba diciéndole que en un par de años más no le haría falta un disfraz para asemejarse a Papá Noel, lo cual el descartaba con un movimiento de su mano.

Su edad podía ser avanzada, pero la cantidad de respeto que le guardaban todos en el hospital, incluida yo misma, era equivalente. Recuerdo que nos conocimos cuando fui interna, y que él le salvó la vida a Traian. En un momento lo odié con toda la fuerza de mi ser, pero Antonio había estado para mí en muchas ocasiones y nos había salvado. Además, Vasil lo adoraba, era la única familia que le quedaba exceptuando a mi hija y a mí. Parte de la adultez conllevaba madurar y perdonar, dejar ir cosas del pasado y aceptar lo bueno que alguien pudiera traer a futuro. Y gracias a las oportunidades que me daba el doctor de asistirlo en las operaciones, yo había aprendido muchísimo.

Eso no implicaba que en aquel momento yo no estuviera exhausta. Mi guardia había comenzado a las cuatro de la mañana de ese día y ni siquiera yo estaba segura de cuándo terminaría. Un accidente de auto nos tenía a todos corriendo en la sala de urgencias.

—¿Hablaste con él? —respondió Antonio, corriendo con demasiada rapidez para alguien de su edad. Yo estaba sudando después de bajar cinco pisos por las escaleras.

—Por supuesto, y se niega a aceptar la amputación hasta que no vea a su familia primero.

—¡Ya debería en el proceso preoperatorio! —Esquivábamos personas con la misma agilidad que nos confería la práctica, como si todos danzáramos en la misma sinfonía energizada—. Ni siquiera deberíamos tener que pedirle autorización para salvar su vida, ¡el hombre apenas consigue decir dos frases coherentes! —Aceleramos el paso, doblando a la derecha—. ¿Y dónde está su familia?

Aspiré aire con fuerza, forzando las palabras a través de mi boca. Siempre me dolía, nunca iba a acostumbrarme:

—Su hijo de cinco años murió a causa del impacto y su esposa salió expulsada por la ventana delantera. La trajeron hace diez minutos pero no pudimos salvarla.

Antonio se detuvo, mirándome. Los enfermeros tras nosotros tuvieron que rodearnos abruptamente y seguir su camino, pero aquel hombre mayor solo podía concentrarse en mí, intentando hallar algo en mis ojos.

—No vamos a decírselo todavía. Para cuando llegue al quirófano ya estará en shock, y vamos a intervenir lo quiera o no. —Dudó, pero finalmente suspiró—: Después de que esté seguro, yo le daré la noticia.

—Doctor Martínez, disculpe la interrupción. —El enfermero me miró fijamente. Fueron sus ojos los que hicieron que mi corazón cayera hecho pedazos. Algo andaba mal—. La Central acaba de recibir una llamada de emergencia para la enfermera Báez. —Aquel hombre dudó, y juro sentir que el mundo dejó de girar cuando dijo—: Es sobre su hija.

—Perssia —susurró Antonio, enderezándose—. ¿Qué ha pasado?

—No estoy seguro, señor, pero la mujer que llama suena muy asustada.

—Gracias. Ve a seguir ayudando con el accidente —lo despidió con agilidad. Entonces me miró.

Mi trabajo implicaba fuerza mental, la capacidad de no dejarse llevar por el horror y actuar cuando todos los demás se hallaban paralizados. Debía dejar de lado los instintos que me gritaban que huyera muy lejos y, en su lugar, acercarme con frialdad metódica, examinando, curando, cuidando. Había aprendido a nunca mostrar asco o dolor ante lo que presenciaban mis ojos, y a distanciarme ligeramente de los pacientes para no llorar cada una de las pérdidas, pero aquello era muy diferente.

Estaba tan aterrada que no conseguía moverme. Sentí frío sobre la piel y el sonido de los gritos y las órdenes fue tan solo un eco distante.

—¡Ángela! —gritó Antonio.

Entonces me sacudió, y reaccioné. Perssia me necesitaba.

Corrí de regreso, empujando lejos a mis compañeros de trabajo. El doctor volvió a gritar mi nombre pero podía despedirme si lo deseaba, lo que menos ocupaba mi mente en aquel momento era el trabajo. Él debía entenderlo, ¿no? Maldita sea, Perssia era su niña consentida. ¿Qué había pasado? Nunca había recibido una llamada así en el trabajo.

Bajé las escaleras trotando, llegué al primer piso. Empujé docenas de

puertas hasta llegar a la Central Telefónica, y el rostro compungido de la secretaria me hizo frenar en seco. En la habitación solo nos encontrábamos nosotras, y los vidrios aislantes me protegían del bullicio frenético del resto del edificio. Ahora todo parecía más real y menos un sueño nebuloso; la mujer se levantó lentamente de su silla; olvidé por completo su nombre, pero la escuché decir:

—Angie, es para ti. Es tu niñera.

Caminé como una autómatas hasta el teléfono, inhalé el aire frío que solo acabó de paralizar mis huesos, hasta que lentamente lo coloqué en mi oreja. Tragué, noté el temblor de mi mano, volví a trabajar ácido. Iba a vomitar y ni siquiera sabía lo que había pasado.

—¿Qué ocurre?

—Ángela —lloraba la niñera, una mujer mayor quien fue mi vecina desde la infancia y a quien mamá y yo adorábamos—. Fui a... r...recoger a la niña a la escuela y... N...N...o estaba ahí.

—¿Cómo que no? ¿Dónde está? —rugí, aferrándome al teléfono con fuerza. Sentí una mano tranquilizadora subir y bajar por mi espalda.

—¡No lo sé! ¡Todos los niños salieron pero ella nunca lo hizo!

Di un paso atrás, como si sus palabras representaran un golpe físico. Perdí el aire por un instante y el pánico era una bestia fría que utilizaba sus ponzoñosos dientes para ascender lentamente por mi cuerpo, pero tuve que detenerme. Hacía tres años, cuando algo similar había pasado, sufrí un aborto espontáneo a causa de mi histeria. Había enloquecido y fui una carga más en lugar de ayudar en la búsqueda de mi propia hija. Eso no iba a pasar otra vez; Perssia tenía una madre que iba a derribar cuantas malditas paredes fueran necesarias.

—¿Llamaste a Traian?

—N...No pero...

—No salgas de la casa, voy en camino.

Corté el teléfono. Inmediatamente marqué de memoria el número de Traian, no había tiempo para buscar mi móvil. No sabía la cara que debía tener la mujer que me acompañaba, pero me importaba muy poco. Quizá fuera mi último día trabajando allí después de irme sin permiso de nadie.

—Hola, amor.

—Vasil —mi voz se quebró ante su dulzura. Tomé dos segundos para cerrar los ojos y recomponerme antes de volver a hablar—, Perssia desapareció. No estaba en la escuela cuando Lucinda fue a buscarla, y no ha

regresado a casa.

Gritó, ensordeciéndome a través de la línea:

—¿Por qué infierno me dicen hasta ahora? ¿Hace cuánto debió estar en casa?

Miré mi reloj, controlando mis espasmos musculares.

—Hace como una hora. Traian...

—Ve a casa ahora mismo —ordenó, su voz tensa me dio un escalofrío. Aquello iba a acabar mal—. Reuniré a mi equipo y te veré allí. Que Lucinda no se vaya. Llama a la policía y diles que se reúnan con nosotros —y colgó.

Devolví el teléfono a su lugar. Rodeé a la secretaria y tomé el pomo de la puerta. La escuché gritar "Angie, ¿qué ha pasado?" pero salí sin dudarle un instante. Fui a buscar mi auto aún con el uniforme manchado de sangre y utilicé la llave de repuesto. Mi mente se concentraba en los pasos a seguir para no entrar en pánico; aquello era lo mejor que podía hacer. Concentrarme en las soluciones y no en que mi hija estaba, otra vez, extraviada. ¿Qué estaba tan mal en mí como madre? Sentí las primeras lágrimas, no perdí tiempo secándolas ni ocultándome de los rostros preocupados de mis compañeros de trabajo.

Tengo que encontrarte.



Empujé la puerta de mi casa; en aquel momento no sentía que fuera mi hogar, solo una jaula que me presionaba el pecho y me impedía ver más allá, buscar a mi hija hasta que el sudor de mi frente se convirtiera en una última exhalación. Caminé hacia la cocina como lo hacía todos los días al llegar del trabajo, pero la realización de que Perssia no estaría saltando sobre mí y llenándose de besos en cuanto entrara era intolerable. Tuve que detenerme un momento y volver a tomar aire. Me sorprendí al ver mi cocina invadida por más de cinco hombres, todos vestidos de negro de la cabeza a los pies, incluido mi marido. Lucinda, la niñera, sentada en medio de todos ellos era interrogada mientras se secaba las lágrimas con un pañuelo y balbuceaba:

—Mi niña, yo e... stuve allí justo a tiempo para que no se asustara en su primer día. ¡Pe... ro no apareció nunca!

—Vasil —susurré, sosteniéndome del marco de la puerta.

Demasiados pares de ojos se clavaron en mí, pero mi marido solo tardó segundos antes de dar zancadas hacia mí con sus enormes piernas y empujarme

contra su pecho. Aspiré su colonia; reprimí las lágrimas. Ni siquiera él podía llegar aquel vacío en mi alma.

—La encontraremos —dijo con seguridad, pero la tensión de sus músculos parecía gritar lo contrario.

Necesitaba creerle, me aferré con fuerza. Deseé fundirme en él y que me protegiera, que se hiciera cargo y alejara todo sufrimiento, pero Perssia era mi hija. Aún si todo el planeta estuviera buscándola, yo nunca me escondería si ella me necesitaba. Abriría un hueco en la tierra y bajaría al infierno si creyera que así iba a encontrarla.

Uno de los hombres colocó su mano sobre el hombro de Traian y ambos lo miramos. El mismo rubio de hace tres años, quien la había encontrado cuando se extravió por primera vez, estaba aquí de nuevo. No sabía si era reconfortante o si me daba náuseas. ¿Era tan mala madre como para pasar por esta horrible situación dos veces?

—Giovanni.

—Hola otra vez, Ángela —asintió solemnemente—. Realmente lo lamento, pero nos haremos cargo de esto. ¿Llamaste a la policía como te dijimos? —Asentí—. Muy bien. Lleva muy pocas horas desaparecida como para que ellos tomen el caso, pero les alertamos como precaución. Jefe —miró a Vasil—, los hombres y yo estamos listos para salir de aquí, ya trazamos el mapa.

—¿Un mapa? —Me enderecé.

Traian me miró con dureza cuando di un paso atrás, pero respetó mi distancia y explicó eficientemente, mientras ojeaba el papel que Giovanni le tendía:

—Un mapa de rastreo para ir en su búsqueda.

—Iré con ustedes.

—No, de eso ni hablar.

—¡Es mi hija! —grité, ofuscada—. No me harán a un lado solo porque me creen menos capacitada.

Vasil le devolvió el mapa a su compañero y colocó sus manos sobre mis hombros. Me empujó, obligándome a retroceder hasta que mi espalda estuvo contra la pared, lo suficientemente alejados del resto del mundo para tener privacidad. Mi respiración se aceleró; se inclinó hasta que su frente estuvo sobre la mía y pudimos vernos a los ojos. Aquel gris tormentoso me causó una punzada de dolor; en ellos veía desesperación e impotencia, pero también a mi hija.

—Amor —masculló, tragando con fuerza.

—No. ¡No!

—Pequeña...

—Perssia está perdida —susurré, luego sollocé—. Todo es mi culpa. Soy una madre incapaz, la he extraviado dos veces. No tengo idea de dónde pueda estar mi niña en este momento, y es tan fácil que le ocurra algo malo que... que...

—Calla. —Maldijo. Verlo tan abatido no ayudó a serenarme—. Es culpa de ambos. Tu responsabilidad siempre será tanta como la mía, y por eso te prometo que voy a traerla de vuelta a casa, esta misma noche de ser posible.

—¿Y si...?

Colocó un dedo sobre mis labios. Guardé silencio. Lo retiró suavemente y limpió algunas de mis lágrimas. Me había prometido a mí misma no derrumbarme, pero era imposible ocultar mi interior de aquel hombre que veía a través de mi alma como si él la conociera mejor que nadie. Para los demás me volvería impenetrable, pero para Traian yo sería siempre la joven chica que le entregó por completo su corazón cuando apenas estaba iniciando su vida.

—No tenemos tiempo para pensar en lo que podría pasar. Saldremos a buscarla ahora mismo, necesitamos aprovechar cada minuto de luz. Tú te quedarás aquí y esperarás en caso de que ella regrese.

—No. Eso no va...

—Ángela —gruñó, obstinado—, nuestra hija debe estar muy asustada, pero es muy inteligente. Puede encontrar la forma de regresar a casa por sí misma y más vale que su madre esté aquí para recibirla.

—Estar aquí mientras ustedes la buscan no es suficiente para mí. ¿Es que no lo entiendes? ¡Quiero trepar por las paredes, arrancar la tierra de los jardines con mis propias manos! ¡La impotencia me está matando!

—¿Y crees que a mí no? —Vociferó—: ¡Quiero pensar que está bien, y si no lo está, solo puedo pensar en partir el maldito mundo a pedazos! ¡La impotencia me está matando también!

—Cielo —susurré, intimidándome.

—¡No! —bramó, retrocediendo varios pasos. Su rostro se había contraído—. Iremos a buscarla y tú permanecerás aquí. ¡Se acabó la discusión!

Apoyé mi cabeza contra la pared. Miré a mi esposo de tanto tiempo; cómo su pecho ascendía con brusquedad tras la tela negra de su camisa de algodón, la manera en la que sus manos se atrevían a temblar aún apretadas en puños, la tensión en las venas de su cuello y el huracán causando estragos en su mirada.

Encajé esa faceta de aquel hombre con todas las demás, y analizándolo en conjunto decidí que era digno de aquel nivel de confianza. Si alguien podría encontrar a Perssia era él; con su fuerza y su inteligencia, con aquella implacable determinación que compartía mi mismo dolor, sabía que detendría los giros de todo el planeta con tal de lograrlo.

Permanecí en silencio, parecíamos ajenos al bullicio en la cocina. Pasaron varios segundos de miradas duras antes de que él se diera por satisfecho, girando sobre sí mismo para volver con el resto de sus compañeros.

—Traian... —murmuré con una voz tan baja que creí que no me escucharía, pero se detuvo y me miró una última vez.

—Si Perssia está en peligro, no te expondré también. Mi corazón está lo suficientemente roto en este momento. Vas a permanecer segura, y eso no está a discusión. Casi te pierdo dos veces antes y no pienso seguir arriesgándome.

Se marchó. Todos sus compañeros lo hicieron y, eventualmente, Lucinda también. La convencí de que me dejara sola, casi tuve que patearla fuera de mi casa.

Por fin pude cerrar la puerta y dar rienda suelta a mi dolor. Parecía que no podía hacer nada más por el momento.



Me hallaba sentada en la isla de la cocina, con una taza repleta de café frío en mis manos. Mi cabeza palpitaba dolorosamente desde hacía una hora y los recuerdos de mi bebé en brazos eran imposibles de ignorar. Quería cerrar los ojos y que el zumbido en mi cabeza se callara, pero necesitaba estar alerta en caso de que alguien regresara.

Mi móvil sonó. Lo miré sin poder creerlo, asimilando la manera en la que se atrevió a interrumpir el sepulcral silencio. El ambiente tétrico parecía haberse instalado más conforme pasaban las horas; me había negado a hablar con nadie que no fuera la policía o Traian, así que me fijé en el identificador antes de responder la llamada.

Era de la escuela de Perssia.

—¿Sí? —mi voz era ronca, como si hubiera fumado diez cajas de cigarrillos al día durante los últimos años.

—¿Ángela Báez?

—Ella habla.

—Señorita Báez, soy el señor Moritz, el director de la institución donde estudia su hija.

—Tengo muy claro quién es usted.

—Yo también la recuerdo —comentó vagamente, luego tosió— y lamento su situación. Por eso debo informarle que revisamos las cámaras de seguridad de la escuela, tal y como lo solicitó su marido. No ha sido fácil, pero hallamos algo importante. Le hemos enviado el vídeo a su dirección de correo electrónico, así como hemos hecho llegar una copia a la policía ade...

Dejé el teléfono en la cocina y corrí hasta la sala. Encendí mi computador; mis dedos temblaban mientras accedía a mi cuenta y buscaba. Tardé menos de un minuto en hallar el vídeo, y mientras se descargaba, sentí náuseas de tal forma que tuve que sostener mi estómago para no vomitar allí mismo. Algo andaba mal y mi cerebro no lo entendía, pero parecía que el resto de mi cuerpo lo tenía muy claro.

Los escalofríos aumentaron en cuanto comenzó el vídeo de la cámara de seguridad.

Mi hija fue la primera en salir, tirando de su maletín. Miró hacia todos lados, probablemente buscando a su nana. Llevé mis rodillas al pecho y fue inevitable llorar. Sollocé al ver cómo se balanceaban sus colitas con cada paso hasta acercarse a la calle, entonces se detuvo a esperar. La imagen parecía quieta durante varios segundos, como si hubiera sido pausada y me regalaran aquel momento para disfrutar de la visión de ella aún sana y salva.

Contuve el aliento, a la espera. Tensé cada músculo de mi cuerpo y mi pulso se aceleró rozando el punto de dolor. Quería cerrar los ojos... Quería gritar y decirle que corriera lejos, tan rápido como sus piernitas la llevaran. Y sobre todas las cosas, no podía dejar de llorar ante la impotencia más grande que alguna vez sería concebida por la humanidad, al contemplar cómo secuestraban a mi hija y no había nada que yo pudiera hacer para ayudarla.

Un hombre salió del lado izquierdo de la pantalla y se tambaleó. Me incliné hacia delante, limpiando mis lágrimas y examinando la imagen; el hombre lucía muy inestable, caminando hacia ella como si no estuviera plenamente seguro de lo que hacía. Solo pude distinguir pantalones desgastados y una sudadera oscura; no mostraba su rostro a la cámara.

La tomó en sus brazos. La vi abrir su boca para gritar y comenzar a retorcerse, agitaba sus piernas como si quisiera patearlo con su poca fuerza. Detuve el vídeo justo en ese instante, cuando parecía que sus ojos se habían clavado justo en la cámara, como si me estuviera suplicando ayuda justamente a mí. Ella apenas tenía siete años, era una bebé cariñosa que nos respetaba a su padre y a mí y volvía el mundo mil veces más brillante, con los olores más

intensos y la felicidad más pura. Perssia merecía una vida de dulzura y afecto, no el dolor de pasar por tales traumas de manera itinerante, siempre atentando contra su estabilidad psicológica y emocional.

La vida era injusta,. Aquel miserable bastardo sostenía en brazos a una niña indefensa que apenas daba sus primeros pasos en el mundo, tan vulnerable que podía hacer lo que quisiera con ella. Y aquella idea tan horrible me enfermó; mi estómago se retorció con fuerza una vez más y me incliné hacia delante, vomitando el contenido de mi estómago sobre la alfombra de la sala. Las arcadas eran repugnantes, yo misma me sentía despreciable.

Me recuperé, o al menos creí hacerlo. Volví a reproducir el vídeo, observando cómo la cargaba sobre su hombro y Perssia comenzaba a llorar. Esta vez no me dio tiempo de pausar el vídeo antes de vomitar sobre el suelo otra vez, sollozando. Creí que podía ahogarme allí mismo, una muerte patética y miserable, fiel reflejo de mi estado interno.

Mi piel era fría pero cubierta de una gruesa capa de sudor; sabía que estaba pálida, casi fantasmal. La tensión en mis músculos cedió dando paso a la debilidad, como si hubiese pasado semanas sosteniendo el peso del mundo y ahora mis brazos se encontrasen laxos. Apoyé mi espalda contra el respaldo del sofá; mi cabello, sudado y pegajoso, se pegaba a mi rostro lleno de restos de vómito. Creí que iba a quedarme inconsciente en aquel instante debido a la impresión, pero mi mirada vacía volvió a caer en el computador y el vídeo que avanzaba.

Debí haberme confundido. Debió ser producto de mi mente impotente y traumatizada

Sacudiéndome como si el suelo bajo mis pies se estuviera despedazando, estiré el brazo y retrocedí el vídeo varios segundos, al momento en el que el secuestrador dio la vuelta y miró directamente a la cámara de seguridad sobre su cabeza antes de apresurar el paso y desaparecer dentro de los arbustos de la izquierda.

Detuve el vídeo, corté mi respiración. Perssia estaba congelada, sus pies en el aire, su cuerpecito sobre el hombro de un demonio cuyos ojos me perseguirían hasta el final de los tiempos. Aún con todo el vello en su cara y la piel deteriorada, tenía muy claro quién era él. Y quise vomitar otra vez tan solo de descubrir aquello.

Por supuesto que no estaba muerto. Ingenua de mí, que acepté una mentira solo por desear que mi vida pudiera mejorar. Supe hace años que su supuesta

muerte era un dolor y un alivio demasiado grandes para ser cierta; que mi miseria, comenzando desde una edad tan temprana, no podría haber desaparecido sin luchar con más fuerza.

Era como si algo en mi interior, secretamente, escondiéndose, estuviese aguardando el momento del verdadero final. Cuando mi esposo dijo que aquel ser infernal había muerto, llegué a sentir al menos algo de dolor, porque deseaba que las cosas hubieran sido diferentes, que hubiera sanado, encontrado el amor y que hubiera sido feliz por su cuenta. Que si nuestra relación estaba demasiado maldita para ser duradera, pudiésemos mantener al menos una amistad. Llegué a llorar por ese rencor viejo y amargo, esa tristeza por lo que podría haber sido y lo cual él no tuvo la oportunidad de llegar a ser.

En aquel instante era diferente. La furia desbordaba desde el centro de mi cuerpo; irradiaba calor, deseaba consumirlo todo. Si lo había odiado antes, nunca llegaría a ser tanto el sentimiento como en aquel momento. Antes lo lloraba porque nunca había tenido una oportunidad, porque desde el comienzo su vida fue demasiado horrible para optar por el camino correcto; siempre deseé que se curara y lograra cambiar, crédulamente me convencí de que había bondad en su interior, así como yo la había hallado en el resto del mundo hasta el momento.

Sebastián Videla nunca cambiaría, porque no parecía dispuesto a hacerlo. No sanaría porque amaba retorcerse y pudrirse en su propia enfermedad. Y jamás sería amado, porque aquel ser que parecía enviado desde las profundidades del averno se había llenado de toda la maldad latente en la humanidad y la había vuelto suya para arruinar a los demás.

Lo odiaba con cada célula de mi cuerpo, como solo puede odiarse lo que con la misma fuerza fue amado en un primer momento. Entonces, ya no había arrepentimiento o culpa; solo lamento. Imploraba y reclamaba a la vida el por qué no estaba muerto.

Tenía a mi hija, no podía existir nadie más perverso. Parecía que aquel era un ciclo de nunca acabar; siempre fui demasiado cobarde como para terminar definitivamente con él, pero las cosas eran claras en aquel momento. Sentí tal lucidez que fue terrorífico; me enderecé en mi asiento, limpiando los costados de mi boca con el brazo. Miré la imagen en blanco y negro del computador, entendiendo que aquel bastardo regresaría a atormentarme sin cesar a menos que acabara con él.

Una vez hace muchos años creí que la solución a mis problemas sería que uno de los dos estuviera muerto. Coloqué una pistola en mi sien y tuve toda la

intención de suicidarme, pero Traian me convenció de no hacerlo. Ahora entendía que él había tenido razón todo el tiempo, y que para vivir en paz no era yo quien debía desaparecer.

Me levanté de un saltó y subí las escaleras de dos en dos. Llegué a la habitación que compartía con Traian y me dirigí directamente a la mesita de noche. En la parte inferior, tras mis cremas y lociones, se hallaba la caja fuerte que él había insistido en instalar. Y digitando la fecha de fallecimiento de su madre, la cerradura cedió para dejarme examinar el interior.

Mi mano ni siquiera tembló cuando tomé la Glock que se hallaba dentro. Aún después de haber atendido las terribles heridas de bala que aquella arma ocasionaba, solo logré presionarla con más fuerza. Allí no se hallaba la Ángela asustada; la mujer en aquel momento no pensaba en ética o lo que era correcto, solo en el odio y la furia que la devoraban por dentro.

Sebastián sobrevivió al incendio, una oportunidad más que le dio la vida para sanar y elegir por primera vez el camino correcto, pero solo logró demostrar que su enfermedad era demasiado grave como para curarse. Ahora, yo no volvería a darle ninguna otra oportunidad. Nunca más.

Si algo había conseguido en mi vida después de nuestras múltiples interacciones fue contagiarme de su enfermedad, y mientras mi alma fue corrompida con sus manchas oscuras, agradecía el poder pensar como él en ese momento. Tenía muy claro cual sería su escondite y solo podía culparse a él mismo por eso. Desde el día en que apareció en mi vida, no tuve más opción que entrelazar y rozar su mente con la mía.

Tomé las llaves de mi auto, mi móvil, y salí de la casa. No pensé en Traian de nuevo, solo en que necesitaba a Perssia verdaderamente salva entre mis brazos, y eso solo sucedería hasta que yo misma me asegurara de que el corazón de aquel anticristo no latiera de nuevo.



Con las manos demasiado juntas en el volante y la columna llena de tensión, conducía sin separar mi pie del acelerador. En aquello me había convertido al final; una mujer sudorosa y pálida con un arma cargada, que mantiene un solo pensamiento en su cabeza: darle muerte al demonio que permanecía escapando del pasado y que no le concedía la tan ansiada libertad. Ya me había hartado de esperar que las cosas mejoraran y la justicia divina intercediera por todos nosotros. El final estaba cerca, y mientras esquivaba los autos al salir de la ciudad, solo me centraba en el silbido en mi pecho. No

quería pensar en todas las cosas terribles que podía encontrar cuando llegara.

Mi móvil sonó. Miré de soslayo el asiento del copiloto, donde se encontraba junto a la Glock. Una foto de Perssia y Traian apareció en la pantalla, ambos sonriendo y reafirmando las razones por las que haría aquello. Me aseguraría de plasmar permanentemente dichas miradas pacíficas en sus rostros.

—Amor —dijo en cuanto respondí, sonando agitado—, la escuela nos ha enviado el vídeo de la cámara de seguridad.

—Lo sé —mascullé con los dientes apretados—. Lo vi. ¡Vi cómo se la llevaron!

—Ángela...

—Sebastián Videla sigue con vida.

Soltó una maldición, lo cual solo confirmó mis palabras, aunque era innecesario.

—La encontraremos.

—Me repites eso y quiero creerlo, Vasil. Realmente lo deseo, pero hay algo en mi corazón que grita que no vamos a salvarla a menos que yo me haga cargo de ello.

—¡No! ¡Jodidamente ni...!

—Todo esto es mi culpa, mía y de nadie más. Yo lo traje a mi vida y le permití destruirme, utilizarme y maltratarme. Puede meterse conmigo, pero juro por Dios que voy a matarlo por haberle tocado un solo cabello a mi hija.

—¿Dónde demonios estás?

—Voy a recuperarla. Te lo prometo.

—¡Ángela!

—Te amo con toda el alma.

Apagué mi móvil, pero lo mantuve cerca. Necesitaba tomar las máximas precauciones posibles para que Perssia volviera sana a casa. Di una segunda mirada al gatillo del arma que reposaba tan beatíficamente a mi lado, y mi determinación no se atrevió a flaquear. Tantos años de torturas silenciosas ocasionaron aquello, y sabía que no me arrepentiría de nada siempre y cuando pudiera proteger a las personas que amaba. Ya me encargaría yo de pagar por mis pecados en el verdadero infierno, que no podía ser peor que aquel en el que había estado viviendo.

Aceleré, salí por completo de la ciudad. Conduje por casi una hora. Finalmente, las ruinas del Hospital Psiquiátrico San Agustín hicieron acto de presencia como siluetas oscuras que se agrandaban conforme me acercaba al

horizonte. Era la hora dorada del día, en la cual el sol se estaba poniendo y cada rayo de luz se transformaba en oro líquido, embelleciendo hasta las cosas más mundanas. Un atardecer idílico, resaltando las tenebrosas ruinas de lo que fue alguna vez un sanatorio para los enfermos.

Detuve el auto al pie de la enorme colina donde se encontraban las ruinas. Tomé aire, cerrando los ojos, y me di cuenta de que aquello era real. Iba a hacerlo, algo que medité muchas veces antes y que nunca llegué a considerar realmente necesario. Yo, que juré curar y nunca hacer daño, proteger y velar por el bienestar de los seres humanos, sentía tanta adrenalina en el cuerpo que me sorprendía no haber implosionado. Era como si la necesidad se construyera en mi interior con cada segundo que pasaba, y en lugar de arrepentirme por temor a la moral y la ética de la sociedad, solo me preocupaba lo asustada que mi niña pudiera estar.

Y con aquel pensamiento en mente, tomé la Glock y la coloqué en el cinturón de mi pantalón, como había visto a mi marido hacerlo. Empecé la marcha colina arriba, subiendo decenas de escalones de piedra demasiado erosionados por el viento.

—Aguanta solo un poco más, Perss —susurraba como un mantra—. Mamá va a rescatarte.

Después ascender con un horrible agujero en el estómago, llegué a la cima temiendo lo que pudiera encontrar. Lo que había sido uno de los sanatorios más grandes del país se había convertido en pedazos de piedras puntiagudas, trozos astillosos de madera y cenizas por todas partes. Di un paso tentativo, sin saber exactamente lo que pisaba. El techo se había desplomado por completo, por lo que tan solo trozos de algunas paredes parecían recordarnos la forma de aquel lugar. El sol seguía poniéndose no muy lejos de allí, ahora en tonos más anaranjados y rojos. Quise aferrarme a aquella hermosa imagen, pero eventualmente tuve que devolver la mirada a las manchas oscuras del suelo y los cables enredados, asimilando el mal olor que perduraba aún después de que hubieran pasado años.

Escuché un crujido. Contuve la respiración, pero nada se movía, así que seguí avanzando. Pronto oscurecería y me estaba quedando sin tiempo. Recorrí cada metro de espacio frente a mí, rezando en silencio que mi hija se manifestara. El arma en la cintura de mi pantalón se había vuelto un peso reconfortante, lo que me daba fuerzas para avanzar.

—Perssia, cariño... —llamaba suavemente, temiendo alzar la voz—. ¿Estás aquí?

Quizá me hubiera equivocado y no lo conocía tanto como creía. Él podría haber cambiado muchísimo en los años que llevábamos sin vernos, era probable que hubiera escogido un lugar menos obvio para retenerla. Sin embargo, ya estaba allí y mi corazón se aceleraba con cada paso que daba como si presintiera su presencia.

Pasaron casi diez minutos más antes de que la escuchara. Yo me acercaba al otro extremo de la colina, esquivando los trozos de madera y los ladrillos caídos. Me detuve cuando, al girar a la izquierda, los vi.

Se encontraban en el borde de la colina, de espaldas al abismo, con su rostro frente a mí; allí sentado, encorvado sobre sí mismo y tan maltratado, podría haberme causado lástima en una situación diferente. Pero al ver que sostenía a mi hija contra su pecho mientras ella temblaba en posición fetal, solo me proporcionó un nuevo subidón de rabia ciega.

Perssia estaba sana a excepción de sus gemidos y sus mejillas empapadas de lágrimas. Todo su cuerpo se sacudía a causa del frío y parecía como si deseara salir corriendo. El hombre miraba el suelo bajo ellos y parecía mascullar una retahíla de palabras inteligibles. Demasiado fuera de sí mismo, no quedaba ni rastro del Sebastián que alguna vez conocí.

No lo pensé más tiempo. Palpé el arma en mi cadera y di cuidadosos pasos hacia delante. Él estaba demasiado sumido en su locura para percatarse, pero mi hija me miró inmediatamente. Con el dedo indiqué que guardara silencio, pero ella se desesperó, sollozando:

—¡Mami! ¡Mami!

El hombre detuvo su balanceo. Alzó la cabeza lentamente y clavó unos ojos oscuros y vidriosos en mí, exhalando como si de una plegaria se tratase:

—Ángela.

—¡Mami, ayúdame! —lloraba mi bebé, rompiendo cada trozo de mi corazón—. ¡Por favor! ¡Por favor!

—Sebastián —mantuve mi voz estable, libre de emociones, y di otro sutil paso adelante—, creí que estabas muerto.

—Ángela —repitió, hipnotizado. La devoción en su mirada solo me dio asco—. Mi dulce ángel. No recuerdo la última vez que te escuché decir mi nombre.

Eso es porque resultas un mal recuerdo que no debe invocarse, pensé, pero debía controlar mis impulsos para proteger a mi hija. Ella se agitaba sin cesar intentando llegar a mí, pero el agarre del lunático era como una pinza a su alrededor. Con mis manos deseé indicarle que se tranquilizara, pero

Sebastián no parpadeaba mientras bebía la imagen completa de mí.

—Eso es porque creí que estabas muerto —respondí con naturalidad.

Rió. La comisura de su boca ascendió y el sonido ronco de la risa masculina trajo demasiadas memorias de antaño.

—Estoy más vivo que muchos a mi alrededor. Sobreviví al incendio, ¿sabes? Y todo por ti.

—¿Aún me amas? —Di otro paso adelante. Ya solo nos separaba un metro pero debía ser muy cuidadosa; aquella caída sería una muerte al instante.

—Ciegamente. Profundamente. Dolorosamente.

—Devuélveme a mi hija —pedí, extendiendo una mano hacia ellos.

Eso pareció activar algo dentro de él, enfurecerlo. Apretujó la espalda de Perssia con más fuerza contra su pecho y se arrastró hacia atrás. Grité:

—¡Alto! ¡Por el amor de Dios!

—No me pidas que me te la devuelva. Ella ya no te pertenece.

Mis manos temblaban tanto que decidí esconderlas tras mi espalda. No podía mostrarle el pánico que me estaba carcomiendo los huesos, que el asustado gris de los ojos de mi hija casi me coloca de rodillas. Temía que se desmayara en cualquier momento y no poder darle la atención médica que necesitaba. Sebastián estaba más inestable que nunca y yo no lograba comprenderlo del todo, solo era consciente de que debía intentar una táctica muy diferente.

—¿Desde hace cuánto conoces a mi hija?

Aspiró aire violentamente, pero volvió a mirarme, relajando las arrugas de su rostro.

—La he vigilado por... seis años. Siempre cerca, velando por su seguridad.

—Realmente te lo agradezco. No sé lo que habría hecho de no ser por ti. La niñera es muy descuidada.

Logré sorprenderlo. Respondió, satisfecho de que alguien agradeciera sus esfuerzos:

—Así es. No pensé que lo entendieras, pero yo solo quiero protegerla. La amo tanto como tú.

—Gracias. ¿Por qué no hablaste conmigo en lugar de esconderte? Ya ves que logro comprenderte.

—No pensé que fueras tan... —dudó, remojando sus labios partidos— razonable. Creí que te asustarías y llamarías a la policía. No van a encerrarme otra vez.

—Por supuesto que no lo harán, no sería justo. Pero estoy bastante asustada. ¿Por qué la trajiste hasta acá? Yo habría dejado que salieras con ella si lo hubieras pedido.

—Mami... —sollozó. Lágrimas espesas corrían por sus mejillas.

—Tranquila, cielo —intenté sonreír, mis ojos se llenaron de humedad—, todo está bien, te lo prometo. Solo estamos charlando, ¿de acuerdo? No te asustes y no interrumpas la conversación de mamá.

—Porque Perssia me pertenece —gruñó de manera contundente—. Nunca logré que tú me amaras como yo a ti, Ángela, pero esta niña... Su amor es puro, como la nieve. Y yo soy el fuego que se alimentará de ella hasta consumirla por completo —tembló—, ¿lo entiendes?

—No, no lo entiendo. —Ni siquiera sus palabras tenían sentido—. Tiene solo siete años.

—Yo... iba a esperar —soltó una risa seca—. Ella iba a crecer y permanecería conmigo para siempre, tomaría tu lugar. —Su rostro se ensombreció, sujetándola con más fuerza—. Pero tú y Vasil... lograron quitármela, tan lentamente que solo me di cuenta cuando fue demasiado tarde. Perssia me ha dejado fuera de su vida y, una vez más, han arruinado mis planes.

—¿Qué piensas ganar con esto? ¿Recuperar su cariño? Solo la traumatizas, Sebastián. Mira su carita —susurré—, está tan asustada. Si dices quererla tanto como yo, ¿cómo eres capaz de hacerla pasar por esto?

Dirigió su mirada hacia su regazo. Perssia permaneció inmóvil, suplicándome con su mirada que la ayudara. Aquel sería el trauma más grande de su vida si yo no acababa con ello en ese mismo momento, pero muy a mi pesar me di cuenta de que en aquella postura sería peligroso disparar. Podría cubrirse detrás de mi hija o caer hacia atrás y arrastrarla consigo. Parecía que traer la Glock conmigo era un esfuerzo inútil, y me arrepentía mil veces por negarme cuando Traian quiso enseñarme a disparar.

Sebastián acarició las colitas rubias y su mirada era turbia bajo las espesas cejas. Quizá podría convencerlo de soltarla de alguna manera.

—Suéltala, por favor —pronuncié de forma conciliadora—. Déjanos volver a casa. Podrías regresar con nosotras.

—No vas a arrebatarme otra de las cosas que amo. —Volvió a mirarme, y su falta de cordura fue lo que me llevó al límite de mi desesperación—. Me hiciste percatarme de que esta niña nunca será completamente mía, siempre creerá que Vasil es su padre y lo preferirá a él.

—Ella te quiere —escupí contra mi voluntad—. Querrá mantenerte en su vida.

—Perssia nunca será completamente mía como tú tampoco lo fuiste, pero si morimos juntos... ella me pertenecerá para siempre.

Me enderecé. Hice todas mis emociones a un lado; tragué la bilis que ascendía por mi garganta y controlé el temblor de mis extremidades. Borré de mi rostro cualquier signo de tensión, luciendo tan pacífica que podría haber engañado al mismo diablo. Di una última mirada a mi hija que permanecía petrificada, y luego clavé unos ojos serenos en Sebastián.

—Puedo ofrecerte algo mejor que eso, ¿sabes?

—No lo creo.

—Perssia es solo un reemplazo, ella nunca será como yo..., no del todo. Tú me amas, ¿no es así? Ciega, profunda...

—Y dolorosamente —concluyó. Asentí.

—¿Tu amor por ella es más grande que tu amor por mí?

La indecisión lo llenó; creo que, en aquel instante del tiempo, le planteé el conflicto más grande que había sentido en toda su vida. La duda en su semblante me dio la respuesta que necesitaba y me aferré a ello con todas mis fuerzas.

—Aún te amo —proseguí—. Te necesito con cada latido de mi corazón. Hay un vacío en mí que ningún otro hombre, ni siquiera Vasil, ha conseguido llenar.

Di un paso adelante. Se tensó, pero continuó escuchándome.

—Nuestra conexión, la sientes tanto como yo. Existía desde antes de que nos conociéramos y palpitará aunque deseemos separarnos. Estoy harta de luchar contra esto.

—¿Lo estás? —La esperanza que lo inundó en oleadas salvajes casi logra desconcentrarme; por un momento casi me hizo pensar que aún quedaba en él algo por salvar.

—Estoy cansada —asentí, dando dos pasos más— de alejarme de ti porque temo que mis sentimientos son tan fuertes que van a destruirme. Pero la vida sigue poniéndonos juntos.... Por algo será, ¿no?

—Te ha tomado tanto tiempo darte cuenta de ello —pronunció cada sílaba con algo que, en otras épocas, habría creído que era amor—. Pero no me importa... No me importa en absoluto. Cada maldita cosa habrá valido la pena si podremos estar juntos.

Sonreí, ladeando la cabeza.

—Por supuesto que sí, Sebas. Fuiste mi primer amor y... —me detuve y él frunció el entrecejo, así que me obligué a pronunciar—: Eres mi alma gemela. No quiero sentir que solo vago por este mundo cuando tú me faltas.

Sebastián empezó a levantarse lentamente. Perssia comenzó a gimotear, y clavé una ruda mirada en ella, ordenándole que se mantuviera callada. Cualquier movimiento en falso, tan desequilibrado como estaba, podría ser contundente. Aquel hombre la mantuvo bien sujeta mientras ambos se enderezaron a menos de un metro de mí, pero aún demasiado lejos de mi alcance.

—Vengan las dos conmigo —sonrió. Sebastián Videla se atrevía a mirarme esperanzado—. Nos iremos juntos de aquí y podremos ser una familia.

—¡No! ¡Mamá!

—Perssia está asustada, Sebastián... Quizá ella no encaje del todo en nuestra familia. Y yo quisiera... un... nuevo inicio para los dos. Sin hijos y sin nada que nos recuerde las equivocaciones del pasado.

Lució aturdido, como si en su cabeza no cupiera la idea de que yo deseara abandonar a mi única hija.

—No, no me parece...

—Ella siempre va a hacerme recordar a Traian, ¿quieres eso?

Presionó los dientes con fuerza. Antes que su enfermizo amor por mi hija, los celos del Sebastián lunático se superponían.

—Por supuesto que no —espetó—. No permitiré que vuelvas a dedicarle uno solo de sus pensamientos. —Volvió a acariciarle el cabello a la niña—. Y la quiero tanto... pero me ha demostrado que no me escogerá a mí antes que a ese bastardo que osa llamar padre.

—Perssia debe irse —asentí. Y antes de que su mente vacía pudiera considerar lanzarla colina abajo, aconsejé—: Deja que se vaya de aquí, si sigue caminando alguien logrará encontrarla.

—¡Mami, no, no por favor! ¡Mamá! —se retorció, extendiendo sus manos hacia mí. Quise apuñalarme, extirpar el corazón de mi pecho dolería menos. Tuve que apartar la mirada—. ¡Por favor, mamá! ¡Prometo ser buena! ¡Mami, por favor!

—Está bien —asintió Videla—. Estoy de acuerdo con tu idea. Que se vaya por un lado y nosotros por el otro.

—Suéltala.

Sebastián esbozó una media sonrisa, viéndose tan siniestro que sentí genuino miedo. ¿Cómo algo tan perverso pudo esconderse en él durante años y

nadie logró reparar en ello? Entonces utilizó un brazo para sostener a mi hija y extendió su mano libre hacia mí.

—Tú primero.

—Vas a dejarla ir.

—Lo haré. Y así estaremos juntos, ¿no es verdad?

—Lo prometo —asentí.

Di un paso tentativo. Mi hija gritó, mi interior lloró. Dos pasos más, Sebastián no apartaba su mirada obsesionada. Un último par de pasos y estuve tan cerca del final que el viento hizo volar mi cabello y percibí el calor que manaba a oleadas del cuerpo del captor. Entonces miré sus ojos, aquellos que por mucho tiempo fueron los causantes de mis sonrisas, de mis suspiros, de mis insomnios; y luego, conforme fue mostrando su verdadera naturaleza, fue el causante de mis lágrimas, mis traumas más dolorosos y las pesadillas por las que nunca más me atreví a cerrar los ojos.

Mirándolo fijamente, deseando nunca haberlo conocido, hice encajar su mano con la mía. Y algo se removió en mi estómago; parecían mariposas envenenadas, creí que las expulsaría por la boca, juré que me desvanecería ahí mismo, pero las manos frías de mi hija se aferraron secretamente a la mano que me quedaba libre. Aún después de escuchar las palabras horribles que dije sobre ella, estaba vulnerable y desesperada, creyendo que su madre iba a velar siempre por ella. Y lo haría, con cada aliento que me restara de vida.

Sebastián Videla presionó nuestras manos juntas. Esta vez no iríamos a columpiarnos al parque o a ver una película. No besaría mi frente cuando me enfermara ni abrazaría a mi madre. Sebastián Videla presionó nuestras manos juntas, porque se aferraba a un recuerdo que cada día se volvía más lejano, y que el presente volvía aún más imposible. La vida había pasado, con o sobre nosotros, y yo fui la única que pareció tomar decisiones más acertadas.

—Voy a pertenecerte para siempre —le prometí, sonriendo.

El viento, salvaje, arrastraba su cabello sobre su rostro de tez canela, mientras él se inclinaba más cerca y se concentraba en mí, solo en mí.

Sonrió de vuelta, y todo pareció perfecto en una extraña manera.

—Es lo único que realmente deseé alguna vez.

—Suéltala y vayámonos sin perder más tiempo.

Lo hizo. Sin dejar de mirarme, sentí cómo su cuerpo aflojaba el tenso agarre. Mantuve la dulce sonrisa en mi rostro, instándolo a continuar, hasta que escuché a mi hija arrastrarse varios metros lejos de nosotros. Quería gritarle que no se atreviera a alejarse demasiado de la escena, que juntas saldríamos

de ello, pero me centré en asegurarme de que estuviera sana antes de posar una de mis manos en el pecho de Sebastián y con la otra colocar el cañón de la pistola en el centro de su abdomen.

Su esperanza murió. El aire se volvió frío, el mundo se tornó gris por un momento. Su rostro cayó e hizo una mueca de dolor, sin provocarme una pizca de remordimiento. Presioné con fuerza el cañón de mi pistola sobre su piel y no aparté mi mirada ni un momento.

—¿Realmente piensas hacerlo? —murmuró, casi sin aliento.

—Te metiste con mi familia. Te permití joderme la vida durante demasiado tiempo, Sebastián, pero no volverás a hacerme esto.

Me sorprendió cuando sonrió con tristeza, mirando el arma entre nuestros cuerpos.

—Era demasiado bueno para ser verdad. Debí suponerlo, ¿eh? Tonto de mí, aceptar la esperanza por un momento.

—No te victimices ahora —espeté, colérica—. Me has causado tanto sufrimiento...

—Al igual que tú a mí. —Subió su mirada lentamente, mostrando algo que parecía tranquila aceptación—. ¿Crees en Dios, Angie?

Mi mano tembló. Escuché a mi hija sollozar no muy lejos.

—Debo hacerlo.

—Mamá me enseñó a hacerlo, también —asintió—. Estoy esperando conocerlo.

—Dudo mucho que te permitan entrar a ningún paraíso eterno.

—Dicen que Él perdona si estamos realmente arrepentidos de lo que hicimos. Y yo siempre lamentaré lo que te hice.

Mi mano tembló y perdí toda la seguridad de mi semblante. Miré unos ojos que brillaron por un momento, lo suficiente para lastimarme.

—Estás cuerdo.

Sonrió enormemente, como si fuera su última oportunidad de hacerlo.

—Eso creo. Es fácil sacar a un hombre de su locura cuando estás a punto de dispararle.

Las malditas lágrimas corrieron por mis mejillas y no había nada en el cielo o en el infierno que pudiera hacer para detenerlas.

—Ahora mismo estás cuerdo, maldito imbécil. ¡No puedes hacerme esto!

—No lo controlo, Angie —lo dijo con tanta culpa que tuve que creerlo—. Nunca he podido.

—¡No me llames así, no me mires de esa manera! ¡No recuperes tu maldita

consciencia cuando estoy a punto de matarte! —Sollocé—: ¡No me hagas esto!

Alzó su mano con movimientos tentativos y, al ver que se lo permití debido a mi aturdimiento, se dedicó a limpiar varias lágrimas de mis mejillas. Una nueva sonrisa hizo acto de presencia, y pareció hacer enormes esfuerzos para poder pronunciar:

—Debes hacerlo.

—¿Qué?

—Sabes que nunca voy a dejarte en paz. No me controlo... No controlo... —Se ofuscó, deseando que lo entendiera pero luciendo derrotado, como si aceptara que era imposible—. Soy incapaz de predecir cuándo comenzaré a delirar o lo que haré en ese estado... A veces ni siquiera lo recuerdo.

—Estás tan enfermo.

—Lo sé, Angie. Y lo lamento. Todo esto es mi culpa.

—Sí, lo es —lloré, obligándome a decir las palabras—, y debo matarte por eso.

—Correcto.

—Pero no puedo hacerlo. No cuando eres el chico que recuerdo. No cuando siento que hay posibilidades de curarte y que seas feliz.

—Aún no logras entenderlo. —Y explicó, mirándome con intensidad al pronunciar cada palabra—: Tú me das alas, Ángela. Me enfermas y me salvas, y estoy harto de luchar contra todo eso. Podría sanar, maldición, y también podría no hacerlo. No entiendes lo que es vivir encerrado en tu propio cuerpo, lastimando a quienes más amas. Y no deseo seguir intentando sanar si eso implica que podría seguir dañándote en cualquier momento.

—Vamos a internarte. Te van a ayudar.

Sonrió, ladeando la cabeza.

—No, no lo haremos. Mereces ser completamente feliz, y ambos sabemos que eso no sucederá mientras yo permanezca aquí, sano o maniático... No es justo.

—Vine aquí tan decidida a matarte y ahora solo temo cometer un error lleno de injusticia. Quizá en el futuro...

—¿Más años esperando un milagro de salvación? —Cerró los ojos como si su cabeza doliera, y tembló—. Acaba con mi agonía, es lo único que te pido.

—Yo viviré sintiéndome culpable y tú obtendrás la absolución. —Escupí —: No parece demasiado justo. ¿Por qué no acabas con tu propia vida ahora que estás cuerdo?

—Porque soy débil. Porque sé lo que es correcto, y soy razonable en este momento, pero el Sebastián cuerdo y el maníaco siempre han tenido en común la obsesión que sienten por ti. Y te amo de una manera tan horrible que nunca me pasó por la cabeza acabar con mi propia vida porque nada me garantiza que volvamos a vernos. Necesito respirar tu mismo aire, saber que te encuentras cerca. Soy demasiado cobarde para matarme si pienso que aún tengo alguna oportunidad de ser feliz contigo, aunque sea capaz de asesinarnos a ambos en el proceso.

—Incoherencias. ¡Eso no tiene ningún sentido! —grité, desesperada—. ¡No lo tiene!

—Sin embargo, sé que lo entiendes. —Tomó mi mano y lo escuché quitarle el gatillo a la pistola—. Y sé que vas a ayudarme.

—No haré esto. No cargaré con la culpa de haberte asesinado solo para que tú tengas paz. Y no iré a la cárcel por ti.

—Alegarás densa propia, lo sabes. Deja de buscar excusas. Para el mundo yo estuve condenado desde el principio.

—¡No!

—¿Qué harás cuando mi otra personalidad vuelva? —Bramó, sobresaltándome—: ¿Qué harás cuando vuelva a ir tras tu hija y le haga aún más daño? ¿Qué harás cuando decida que es hora de eliminar a Serbian?

—Te encerraré en la cárcel y no escaparás.

—¿Quién te lo garantiza? No vivirás en paz de cualquier manera.

De mi ojo brotó una última lágrima traicionera, aceptando que tenía razón. Yo tendría que hacerlo o nunca podría avanzar del todo. Siempre viviría con miedo, y sentir culpa sería un precio muy pequeño si garantizaba la seguridad de mi familia en el proceso.

—Te odio con cada fibra de mi ser, ¡bastardo!

Sus ojos se suavizaron. Me sorprendió tomando la mano que sujetaba la Glock y haciéndola ascender lentamente por su pecho, hasta que estuvo posicionada justamente sobre su corazón.

—Debe ser un disparo fulminante.

Quise empujarlo, correr y no mirar atrás. Nunca olvidaría la expresión indulgente de su rostro, como si desde ya se dedicara a perdonarme.

—Creo que ahora seré yo quien averiguaré si puedo volar.

Lloré. No quise contenerme, no tenía por qué hacerlo. Serían mis últimas lágrimas dedicadas a él, y de eso estaba segura.

—Tu último vuelo, Sebastián. ¿Qué tan alto piensas llegar?

—Donde sea que podamos volver a encontrarnos y nuestros pecados sean perdonados.

Asentí. Luego solté una risa histérica, negando con la cabeza pero sin dejar de apuntarlo.

—No puedo creer que llegáramos a esto. Te estoy odiando con cada fibra de mi ser.

—Es curioso. Aun odiándome, pareces quedarte sin aliento.

—Oh, vete al infierno.

Sonrió, divertido.

—Probablemente lo haga. —Luego volvió a serenarse, confesando—: Fuiste la fuerza que necesité para salir adelante en los momentos más miserables. Antes de todo esto, antes de descubrir lo arruinado que estaba... Tú fuiste quien me dio alas, Ángela, y por eso siempre te estaré agradecido.

Asentí, sollozando con todo el dolor de mi corazón.

—Y ahora tendré que arrebatártelas.

—¿Nos veremos luego? —Sonrió, dejando rodar por su mejilla una única lágrima—. Aún me debes dinero de aquellos boletos...

Asentí, sollocé. Continué asintiendo y cubrí mi boca con la mano libre para no derrumbarme. Nadie nunca imaginaría lo mucho que estaba doliendo.

—No puedo creer que te acuerdes de eso.

—También me debes uno que otro dinero del almuerzo...

—Prometo que voy a pagártelo, algún día.

—¿Eso significa que te veré luego?

—Por supuesto. No te dejaría en paz ni siquiera en el infierno.

—Ah, veo que allí dentro sigue estando mi mejor amiga.

—Mejores amigos por siempre, ¿lo olvidas? Lo prometimos hace mucho tiempo.

—Sí, es cierto. Estoy seguro de que volveremos a vernos. —Me regaló una última sonrisa; yo quise suplicarle que me devolviera mi corazón—. Adiós, Ángela. Por favor cuida de Perssia y hazle la vida imposible a Vasil por mí.

—Adiós, Sebastián. —Sonreí, susurrando—: Salúdame a tu hermana y a tu madre.

—Lo haré, Angie. Sabes que lo haré. Ellas siempre estuvieron felices al saber de ti.

Y ahogándome entre mis propias lágrimas, temblando con tanta fuerza que amenacé con derrumbarme al suelo, le disparé.

Sebastián Videla recibió un tiro al corazón. Su rostro se congeló en una sonrisa, y sus ojos no se despegaron de mí antes de que su cuerpo se dejara llevar por la gravedad y fuera arrastrado colina abajo, deteniéndose al llegar al pavimento. Lo vi caer boca arriba, con los ojos muy abiertos mirando al cielo. Sabía que, en ese momento, el alma de la cual me había enamorado estaría abandonando su cuerpo.

Me derrumbé al suelo, y yo lloré cada gota de agua que había en mi cuerpo. Perssia corrió hacia mí y se refugió en mis brazos, llorando también. Temblaba demasiado, y sabía que para ella había sido igual de traumático todo aquello. Lloraba porque estaba aterrorizada, quería volver a casa. Allí se sentiría segura otra vez y sabría que todo estaría bien.

Cuando Perssia y yo reunimos las fuerzas suficientes para descender por la colina, llegamos al auto y la refugí dentro, cubriéndola con mantas. Llamé a Traian e hice que la niña hablara con él mientras yo caminaba lejos.

Errando en el camino pero nunca desistiendo, tal y como aprendí de él, llegué hasta su cuerpo. Líquido carmesí manchó mis zapatos; me arrodillé a su lado. La tez color canela lucía pálida, la sangre lo abandonaba. Sus labios no se encontraban entreabiertos como era habitual en los muertos que yo trataba, sino cerrados de forma relajada, como si supiera que al fin podría descansar. Miré sus ojos marrones una última vez, obligándome a creer que había hecho lo correcto. No lucía sorprendido ni enojado, solo... Mucho más vivo de lo que lucía cuando no estaba cuerdo.

Cerré sus ojos con mis manos, controlé los temblores de mi cuerpo. Palpé la herida de bala en su corazón y, en silencio, me tomé mi tiempo para pedirle perdón. Por todo lo que habíamos vivido, y por lo mucho que nos había faltado.

Sebastián Videla estaba muerto, pero le juré que en mí siempre vivirían los buenos recuerdos.

Epílogo

Dos años después.

Abrí la puerta. Mi mejor amiga, Valerie; su esposa, Camila; Perssia, mi hija; y mi madre, se hallaban sentadas en los sillones de la sala, aguardando. Se pusieron en pie demasiado enérgicamente en cuanto me vieron entrar. Perss, peinada con su cabello recogido y creciendo demasiado rápido para mi gusto, era una señorita encantadora e impaciente. Fue la primera en dar un paso al frente.

—Mamá, ¿dónde está?

—Está con tu papá.

—¿Puedo ir a verlo? Por favor.

—Todos vamos a aguardar aquí —le informé, dejando mi cartera en la mesita de café—. Los planes resultaron bastante diferentes de lo acordado.

Mamá no perdió tiempo antes de fruncir el ceño y mirarme llena de preocupación.

—¿De qué estás hablando?

—Bueno... —Tomé aliento, esperando que se emocionaran por esto tanto como yo—. Sé que prometí volver con un hermanito para ti, Perss.

—Dijiste que traerías un bebé a casa, que yo te ayudaría a cuidarlo.

Valerie se alarmó, mirándome como cuando anticipaba que yo me había equivocado a lo grande, pero estaba vez no era así. Lo sentía en el alma, la decisión más acertada que había tomado en mi vida.

—Ángela —pronunció mi mejor amiga—, ¿qué demonios hiciste?

—Quiero que todos lo reciban con el mismo cariño que iban a recibir al bebé, ¿entendieron? —Me aseguré de mirar con severidad a cada una de las personas que se hallaban en aquella habitación—. Más les vale aceptarlo con todo el amor que sé que son capaces de dar.

—Hola, hola —escuché la voz de Traian a mi espalda, luego el sonido de la puerta cerrándose—. Tengo a alguien muy especial que quiero presentarles.

Giré para encarar a mi marido, quien poseía una sonrisa tan brillante como la mía. Guiñó un ojo hacia mí, recordándome que contaba con su apoyo incondicional. Unas manos pequeñas se aferraban a la cadera de mi esposo, y el resto del cuerpo del invitado especial se refugiaba tras su espalda. Estaba asustado y lo entendía muy bien, pero era tiempo de que conociera a su nueva familia. Sabía que todos íbamos a recibirlo calurosamente, solo necesitaba que saliera de su escondite.

Descendí hasta que mi rostro quedó a la altura de dónde debía estar el suyo, y murmuré, utilizando un tono de voz amable:

—Kiran, cariño, sal de allí.

—Está asustado —murmuró Traian. El niño se aferraba a él con fuerza, no podía culparlo.

—Cariño —susurré, colocando mi mano sobre las suyas—, nadie va a hacerte año. Somos tu familia ahora. Sé que estás asustado, pero nada malo va a pasar.

—Vamos. Sal de ahí, hijo —animó Traian—. Aquí hay muchas personas que quieren conocerte.

Un milagro sucedió ante nuestros ojos en aquel momento. La cabeza de Kiran comenzó a asomarse desde detrás de la espalda de Traian, tan lentamente que todos en el salón contuvimos la respiración. Temíamos muchísimo espantarlo; era como un cachorro herido que saldría corriendo con cualquier movimiento brusco. Creía que estaba demasiado asustado para lograrlo, pero lo admiré cuando asomó su rostro por completo y clavó sus ojos curiosos en todos nosotros.

Escuché que alguien soltó un jadeo ahogado, pero se abstuvieron de realizar comentarios. Kiran fue diagnosticado con heterocromía, una anomalía que causaba que sus ojos fueran de dos colores distintos; uno de ellos era marrón; el otro, azul claro. A mí me pareció increíblemente hermoso en cuanto lo vi en el Centro de Adopción, y puedo decir con seguridad que fue una de las primeras cosas que me hizo amarlo. Sabía que encajaría perfectamente con nuestra familia.

Todos permanecieron en silencio, así que Traian se aclaró la garganta e informó:

—Kiran tiene doce años y lo hemos adoptado. Habla muy poco español, así que tendrán que ser pacientes con él.

Le tendí la mano a mi hijo. Me miró con duda, y no lo culpaba. Había sufrido abandono y maltratos en su país natal, y en el Centro las parejas decidían no adoptarlo debido a su enfermedad. Aun sabiendo que Traian y yo habíamos ido inicialmente por un bebé, la mirada en los ojos de Kiran fue suficiente para convencerme de que lo planeado no era siempre lo necesario. Él estaba roto a una edad tan joven, y sabía que una familia amorosa como la nuestra podría sanarlo. Merecía una oportunidad de tener una buena vida.

El pequeño miró mi mano como si esperara que lo lastimara con ella. Permanecí muy quieta al verlo comenzar a moverse. Contuve las lágrimas

cuando su manita se dejó envolver por la mía; miré a Traian, y noté que él también estaba emocionado por aquel avance. Sabía que sería difícil sanarlo, pero la paciencia y el cariño era lo que nos sobraba.

Presioné suavemente la mano de Kiran y por su cuenta decidió comenzar a salir de su escondite. Dio varios pasos al frente hasta que permaneció a mi lado, aferrándose a mí como si temiera que lo abandonara. Me juré a mí misma que no sufriría así de nuevo. Yo sería la madre que necesitaba, porque él, aún sin hablar demasiado, se había convertido en el hijo que yo anhelaba.

—Él es tu hermano, Perss —dijo mi marido—. Es mayor que tú, pero deberás enseñarle muchas cosas. Quiero que seas muy buena, ¿has entendido? Tan cariñosa como lo eres con mamá y conmigo.

—¿Qué le pasa a sus ojos?

—Kiran es diferente —respondí, abrazándolo a mi costado—, pero eso no lo vuelve malo, solo muy, muy especial. ¿No te gusta, Perss? ¿Sus ojos no te parecen bonitos?

Mi interior tembló ante la idea de que pudiera decir algún comentario que lastimara a Kiran, pero me sorprendió cuando sonrió.

—Sus ojos son más bonitos que los míos. Me gustan. Pero, ¿por qué su piel es tan oscura? ¿Pasó mucho tiempo bajo el sol?

—Es de India, cariño. Allí las personas tienen un color de piel muy parecido al de Kiran.

—Eso es genial —sonrió con más emoción—. ¡Eres de otro país y tus ojos son diferentes! ¡Eres genial! —le dijo, emocionada, esperando una respuesta.

Kiran se presionó más contra mi costado. Aunque fuera más alto que Perssia, lucía extrañamente intimidado por ella, aunque no parecía dispuesto a dejar de mirarla.

—Lo estás asustado, cariño —le informé—. Tienes que ir despacio, hasta que aprenda mejor el idioma y se acostumbre a nosotros, ¿de acuerdo?

Comenzó a hacer pucheritos, retorciéndose las manos.

—¿Eso significa que no podré jugar con él?

—Claro que lo harás —Valerie por fin habló, sonriendo genuinamente—, solo debes ganarte su confianza. Y por la forma en la que te está mirando, creo que vas a agradecerle muchísimo.

—Ángela. —Miré a mamá, que nos sorprendió a todos cuando comenzó a llorar—. Es hermoso. Es... —sorbió por la nariz. Entonces se arrodilló frente a mi hijo, sonriendo y con los ojos húmedos—. Hola, pequeño, yo soy tu abuela. Y te amo muchísimo.

Camila dio un paso al frente, sonriendo también. Valerie y ella sujetaban sus manos entrelazadas, inseparables desde el momento en que se casaron y decidieron unir sus vidas para siempre.

—Hola, Kiran, soy tu tía Cam. Es un placer conocerte.

—¿Nos entiende? —preguntó mamá.

—Poco —admitió Traian—. Apenas lleva dos años en el país y no ha podido socializar mucho, pero estoy seguro de que aprenderá. Es muy inteligente.

Todos nos congelamos cuando Kiran soltó mi mano y dio un paso al frente. Estoy segura de que Traian y yo perdimos la respiración; podríamos haber escuchado un alfiler caer. Kiran dio un paso más y se detuvo frente a Perssia. Fue la primera vez que vi a mi hija tan callada en toda su vida.

Él alzó su mano derecha con extrema lentitud hasta ofrecérsela. Perss me miró como buscando ayuda, pero yo tampoco tenía idea de lo que estaba ocurriendo, así que suspiró como toda una adulta y decidió lidiar con la situación ella sola.

Colocó su mano en la de Kiran y ambos permanecieron inmóviles mientras se miraban. En la habitación nuestros pensamientos volaban, chocando contra emociones como felicidad y confusión, alegría y ansiedad. Sabía que todos estábamos deseando que dijeran algo, pero ese par de pequeños permanecía manteniendo una charla solo con la mirada.

Traian tomó mi cintura y me abracé a su costado. Aspiré el aroma de su colonia y sonreí sin poder evitarlo. Las cosas estaban saliendo mejor de lo que habíamos imaginado.

—Eres terrible, ¿lo sabes? —Sonrió.

—No tengo idea de lo que estás hablando.

—Realmente, amor... —Volvió la seriedad a su rostro—. ¿Esta situación no te recuerda algo?

Fruncí el ceño y miré a mis hijos. Además de un poco incomodidad y tensión, no entendía qué más debía percibir de la escena. Apenas se estaban conociendo, pero se aceptarían el uno al otro. Estaba segura de ello.

—No sé qué es lo que debo estar viendo.

Traian sonrió, derritiéndome al mostrar sus hoyuelos. Amaba tanto a ese hombre que dolía por momentos.

—Olvídalo. Estoy seguro de que lo irás notando con el tiempo. Eres tan despistada...

—Y aun así te enamoraste de mí.

—Culpo a la juventud.

—Te casaste conmigo luego de eso.

—Culpo a esa sonrisa tuya, ya sabes —rió.

—Dormirás con el perro, Vasil.

—Hieres mis sentimientos.

—¿Tú tienes sentimientos?

—Por ti muchísimos, pequeña. —Besó mi frente tan tiernamente que cerré los ojos, agradeciendo al cielo—. Por ti siento muchísimo. Y te amaré cada día de mi vida por la familia que me has dado.

Sonreí, mirando a todos en la habitación. La mirada emocionada de Camila, siempre entusiasta; las lágrimas de mamá, quien era demasiado sensible para su propio bien; el guiño de mi mejor amiga, una de las personas que había atravesado el infierno junto a mí; y mis hijos, quietos el uno frente al otro. Daría lo que fuera por leer las mentes de todo el mundo en ese momento.

—Somos una familia —asentí—. Mejor de lo que alguna vez pude imaginar.

—La vida es bastante impredecible —escuché decir a Valerie, quien me sonreía—, ¿no lo crees?

—Dímelo a mí —bufé—. Te casaste con mi enemiga.

—Y tú con el tatuado de enormes brazos.

—Lo dicen como si no nos amaran —se burló Cam, abrazando el brazo de Valerie.

—Concuerdo con ella. —Sonrió Traian descaradamente—. Amas mi tatuaje. Pienso hacerme más.

—Y tus enormes brazos, no nos olvidemos de ellos. Me gusta mucho tu anatomía.

—Ustedes me dan náuseas. —Mi mejor amiga rió, pero al mirarme, depositó algo de seriedad en su rostro y, desde aquel extremo de la habitación, movió los labios, pronunciando en silencio—: Te amo. —Y guiñó.

Moví mis labios también, conteniendo la risa:

—Te amo más.

—No creo que eso sea posible —dijo en voz alta—. Para soportarte durante tanto tiempo, debo quererte de verdad.

Eso no era cierto. Iba a responder, pero un movimiento captó la atención de todo el mundo.

Kiran por fin soltó la mano de Perssia y ambos las devolvieron a sus respectivos costados. Estuve a punto de dar un paso al frente y acercarme a

ellos, pero Traian tiró de mí hacia atrás. Colocó su boca cerca de mi oído y murmuró:

—Mira con atención, amor, y verás en ellos lo que yo veo.

Perssia parecía abstraída en su propio cuerpo, sin palabras. Me esforcé al máximo para descubrir aquello que había captado la atención de Traian, y no pasó mucho tiempo para que me percatara. Mi corazón se sacudió con dolor y me aferré a mi marido para contener las lágrimas.

Mi hijo llevó la mano a su corazón, pronunciando:

—Kiran.

Perssia entendió más rápidamente de lo que yo lo hice, e imitó el gesto, tocando su corazón y presentándose:

—Perssia.

—Perssia —repitió Kiran con un deje de acento.

Mi hija sonrió de forma tímida, algo que no había visto antes. Ella era tan segura de sí misma como su padre, y verla sentir bochorno era bastante confuso.

—Sí —rió—, esa soy yo.

—Perssia —repitió Kiran—, lobo. Perssia... lobo.

Y él sonrió.

Vi las mejillas de mi hija ruborizarse.

—Oh Dios mío —susurré. Traian tuvo que sujetarme—. Esto no puede estar pasando.

—¿Crees en las casualidades, amor?

—No. —Mi garganta estaba obstruida por las lágrimas.

—Yo tampoco. —Lo miré, estaba sonriendo. Yo ni siquiera sabía cómo sentirme al respecto, pero él parecía muy tranquilo con lo que estaba ocurriendo—. Siempre he creído que todo pasa por algo, y esto... No es una casualidad, Ángela. Ellos dos necesitaban conocerse.

—¿Para qué?

—Para reparar la historia. Para comenzar de nuevo. Para tener una oportunidad justa de hacerlo.

Enterré el rostro en su pecho. Era hermoso y doloroso al mismo tiempo, pero lo entendía. Creo que... podía verlo. Podía ver lo que sucedería, y no me causaba miedo. Sabía que la historia sería diferente, pero la esencia... La conexión que allí palpitaba me era tan familiar que fue imposible no reconocerla.

—Ellos repararán los viejos recuerdos —sonreí con los ojos húmedos.

—Creo —susurró en mi oído— que ambos te darán nuevos recuerdos, te mostrarán el otro lado de esta historia... Y mientras tanto, yo estaré aquí contigo. Te sostendré todo el tiempo.

—¿Crees que ellos... que esto... sea lo correcto?

—Eso lo decidirá el paso del tiempo. Mientras tanto —acarició mi cabello de forma reconfortante—, nuestro trabajo es amarlos y mostrarles lo buena que puede ser la vida.

—La vida sí que fue muy buena conmigo. Ahora lo entiendo. —Giré con sus brazos a mi alrededor y mi espalda apoyada contra la firmeza de su pecho. Juntos contemplamos la sonrisa de Perssia y los gestos emocionados de Kiran—. Viendo esto... creo que le da algo de sentido a todo.

—¿Lo ves como otra oportunidad?

—Tal vez. Solo ellos decidirán lo que harán con sus vidas. Ahora mismo están demasiado pequeños.

—Lo harán bien, amor —murmuró—. Te lo prometo. Nosotros nos encargaremos de que ahora sea diferente.

—No puedo creer que... —me atraganté con mis propias palabras—. Creí que fue la anomalía de Kiran lo que me hizo conectarme con él en cuanto lo vi.

—No —escuché la risa de mi marido—. Creo que te conozco mejor que tú misma porque supe, desde el momento en que lo miraste, que te recordaba a él.

—Y aun así me apoyaste en esto.

—Porque mi felicidad es ver en tus ojos esa emoción por vivir que tienes cada mañana. Y porque Kiran merece una oportunidad, como cada niño en el planeta. Deben nacer limpios de los pecados de sus padres.

—Mirar a Kiran es ver a... a...

—Así podrás recordarlo. —Besó la cima de mi cabeza—. Podrás sentir que lo tienes junto a ti de una mejor manera, y te acompañará siempre. —Traian admitió, con toda la bondad que lo caracterizaba—: Sé que lo necesitas.

Giré y lo abracé. Lloré sobre su pecho, agradeciendo que lo entendiera. Que me diera aquella oportunidad de arreglar las cosas, y que no me abandonara en el proceso. Agradecida porque su amor por mí nunca había tenido límites, y porque fue quien me salvó de mí misma. Traian merecía todo el amor de mi corazón, y estaba dispuesta a entregarme a él en cuerpo y alma por todo el tiempo que la vida nos otorgara.

—Eres increíble, ¿lo sabes?

—Lo sé. Las mujeres regularmente me lo hacen saber.

—¿Y tú qué les dices, Ojos Bellos?

Me miró intensamente, acariciando su nariz con la mía. No pude evitar sonreír. Yo era un nudo de emociones contradictorias en ese instante pero, sobre todas ellas, reinaba la paz y la auténtica felicidad.

—Les digo que me robaron el corazón hace demasiados años, y que nunca lo aceptaría de vuelta.

—Llevamos demasiado tiempo juntos, ¿no es así? Hemos sobrevivido a tantas cosas...

—Estaré a tu lado siempre que me lo permitas, pequeña. Para honrarte y respetarte, en la salud y la enfermedad...

—...en la riqueza y en la pobreza...

—...hasta que la muerte nos separe.

—Créeme que no permitiré que te separes de mí —informé, sonriendo también.

—Y yo no querría que fuese de ninguna otra manera.

—Eres masoquista, ¿no es así?

—A veces... Eres demasiado rebelde, creo que necesitaré volver a conquistarte. ¿Y si uso mis famosas frases para coquetear contigo?

—No puede estar hablando en serio. —Solté una escandalosa carcajada, echando la cabeza hacia atrás.

—Ángela Báez —dijo con seriedad, así que me preparé para escuchar una de sus terribles frases de coqueteo, pero me sorprendió al pronunciar—, usted es cada uno de los latidos de mi corazón. Todos y cada uno de ellos.

—Tú nunca aprendes, ¿cierto? —Lo besé intensamente, saboreando cada segundo—. No necesitas seducirme. Estoy muriendo de amor por ti desde hace muchísimo tiempo.

—¿Estás segura? Creo que utilizaré un par más de piropos de mi arsenal especial, solo por si acaso. —Alzó sus cejas, mirándome con una sonrisa pícaro—: Oye, amor, ¿tu madre es pastelera?

Volví a reír, abrazándolo tan fuerte que jamás podría alejarse de mí

—¡No puedes estar hablando en serio! ¡No de nuevo!

Reímos por un par de minutos, hasta que volvió a besar mi frente con afecto y anunció:

—Llevaré a Kiran a su nueva habitación para que se dé un baño y pueda conocernos a todos mejor durante la cena.

—De acuerdo —sonreí, aceptando la paz en mi alma como algo duradero

y natural.

—Y, amor...

—¿Sí?

Traian sonrió de una manera extraña.

—Cuando estábamos bajando del auto, Kiran recogió algo para ti. Lo dejé en la entrada.

Y se marchó, acercándose a los demás y diciendo algo que los hizo reír.

Confundida, abrí la puerta y volví a salir al porche de madera. Comencé a buscar. No había absolutamente nada allí, me aseguré de revisar bien dos veces. Quizá Traian solo estuviese bromeando, así que me rendí y giré, tomando de vuelta el pomo de la puerta. Mi familia me esperaba dentro, llenos de bromas y contagiosas risas.

Una fuerte corriente de viento hizo que, lo que asumí que era una hoja de árbol, se pegara a mi rostro. Al tomarla para arrojarla lejos me di cuenta de su suavidad; lo que se encontraba en mis manos no era una hoja, sino una hermosa pluma blanca.

Era tan bella que la acaricié con miedo de dañarla; delicada, me hacía imposible creer que la hubiera perdido un pájaro. Parecía demasiado immaculada para eso, como si el propio viento se hubiera encargado de cuidar de ella.

Tomé la pluma que mi hijo recogió para mí y decidí guardarla. La pureza que transmitía le hacía bien a mi alma.

Antes de volver a tomar el pomo de la puerta, una nueva corriente de aire alborotó mi cabello. Quizá estaba delirando al respecto, pero bajé las escaleras del porche y me alejé de la casa. Dejé que el viento me acariciara con toda su fuerza y cerré los ojos, sintiendo lo viva que estaba. Lo viva que siempre quise sentirme, y la manera en la que aquel viento parecía intentar sanar una pequeña grieta en mi alma.

Abrí los ojos, mirando al cielo.

—¿Estás viendo esto? —dije, sonriendo—. Siempre te ha gustado meterte en conversaciones ajenas. Mal hábito, ya sabes.

El viento se intensificó, me animó a seguir hablando. Quizá me faltara cordura, pero lo necesitaba.

—Kiran se parece a ti... Es hermoso, tan diferente... Su belleza es tosca, imposible de notar si no estás dispuesto a ver más lejos, pero yo siempre he amado sumergirme en las profundidades. He encontrado cosas maravillosas allí dentro.

Las hojas se sacudieron, las flores intentaron afianzarse a sus tallos.

Una visión se manifestó.

Rostro moreno, de cabello oscuro y sonrisa brillante; ojos traviesos que miraban a través de mí. Juré que estaba allí, de pie en el camino de entrada. Alto, ropa sencilla, descalzo. La expresión en calma, casi como si esperara.

Como si me esperara a mí.

—Todavía no pienso irme, Videla —reí—. Tengo demasiados asuntos pendientes. Me encargaré de que mis hijos sean felices. Además, no me apetece aún de tener que soportarte. Me niego a pagarte el dinero del almuerzo.

Juro que el hombre de mi imaginación comenzó a sonreír. Luego negó con la cabeza, y yo, oficialmente, había perdido el juicio. La visión se estaba burlando y parecía tan real que me obligué a no dar otro paso cerca.

—Me alegra saber que estás bien —exhalé—. Lo estás, ¿no es cierto?

Él asintió. Aquello era la forma de mi subconsciente de ayudarme a sentir menos culpa, estaba segura. Entonces, Sebastián ladeó la cabeza y me miró como si le causara ternura.

—Más te vale esperarme allí arriba. Tenemos varios partidos de baloncesto pendientes.

Imaginé que se reía, echando la cabeza hacia atrás. Luego volvió a mirarme, extendiendo la mano hacia mí. Sonriendo, ni siquiera lo dudé antes de colocar mi mano sobre la suya. Mis vecinos debían creer que estaba loca, y probablemente fuera cierto, pero la brillante sonrisa en el rostro de mi mejor amigo me reconfortó como siempre lo hacía.

Sostuve el aire, creyendo de todo su corazón que era su mano, y conseguí pronunciar:

—Gracias... por lo bueno. Eso es lo único que recuerdo.

La visión bajó su brazo, sonriendo. Yo le sonreí de regreso. No podía creer que estuviera pasando.

Comenzó a girar lentamente. Vi como daba dos pasos lejos antes de detenerse y mirarme sobre su hombro.

Y con solo aquella sonrisa que me regaló, la culpa en mi alma desapareció. Sentí una vibración dentro de mí que me sacudió por completo, erizando mis vellos, arremetiendo contra los árboles, pero me obligué a permanecer quieta.

Arqueó una ceja de manera juguetona, y al sentir que una enorme hoja seca chocaba contra mi rostro, estuve segura de que fue culpa de él.

—¡Oye! De verdad, ¿cuándo vas a madurar?

Me miró como diciendo: «Yo no soy quien está hablando solo», y comencé a reír. Fue entonces cuando me guiñó un ojo con aquella traviesa sonrisa plasmada en su rostro.

Nos regaló una última mirada antes de girar y caminar lejos. Él se marchó, en un segundo, pareció disolverse en el viento.

La corriente de aire se lo llevo consigo, sacudiendo mi ropa y haciéndome reír mientras me abrazaba a mí misma. Otra hoja volvió a chocar contra mi rostro y bufé; estaba segura de que seguía provocándolo él.

Fue entonces cuando su voz habló con claridad desde alguna parte de mi cabeza, como si se encontrara alojado allí desde hacía muchísimo tiempo, quizá desde antes de que la historia de mi vida comenzara a forjarse. Escuché su voz ronca vibrar en mi interior y me pregunté si era posible que una parte de Sebastián se hubiese fusionado conmigo de una manera desconocida para la humanidad, pues sentí calor en el pecho cuando las viejas palabras de mi mejor amigo surgieron de pronto para curarme y regalarme la serenidad:

Tu vida puede cambiar con el paso del tiempo, Ángela, pero yo me enamoré de algo que ni la vida ni el tiempo podrán tocar; estoy enamorado de tu espíritu, estoy obsesionado con tu alma. Podría intentar amar a alguien más como te amo a ti, pero sería un intento vano de sobrellevar una vida infeliz. Te desearía todos los días y compararía a cada persona contigo, con tu mirada y con tu sonrisa. Porque si pudiera arrancarme el corazón del pecho, te mostraría cómo late por ti.

Dejé caer la última lágrima.

Por fin, después de tanto tiempo, tenía una cosa muy clara.

Para bien o para mal, Sebastián Videla me marcó desde el día en que apareció en mi vida. Y hallando su presencia en el aire que respiraba o en las viejas fotografías que aún mantenía, yo siempre, siempre, lo recordaría.

Fin.

Capítulo extra

Me apoyé en la puerta del dormitorio, contemplando a la mujer con el enorme bulto en su vientre, quien se retorció en busca de una posición más cómoda para leer su libro en la cama. Se encontraba tan concentrada que ni siquiera notó cuando llegué a casa, así que podía disfrutar a gusto de las líneas de su rostro, la suavidad de los labios rellenos y el brillo de ese cabello rubio extendido sobre la almohada. Ángela poseía una belleza natural que el embarazo había acrecentado, haciéndola brillar desde su núcleo interno; era difícil no notar a la mujer que lucía un vientre como si estuviera esperando trillizos.

Dormir representaba un verdadero martirio, no importaba cuántas almohadas especiales le comprara o los masajes que realizara en sus pies y espalda. Pero todo ello acabaría pronto, pues Antonio anunció que la bebé debía estar con nosotros en unas dos semanas. El solo pensamiento de poder conocer a mi hija lograba agitar mi interior como lo hacía la presencia de mi esposa. Necesitaba rodearlas a ambas con mis brazos y encerrarnos en una jaula juntos, donde nadie pudiese llegar a perturbarnos jamás.

—Cielo, ¿qué haces allí? ¿Hace cuánto llegaste?

Me acerqué rápidamente a la cama extra grande para ayudarla a sentarse, lo cual requería un gran esfuerzo. Aunque no lo decía en voz alta, sabía que le molestaba no poder realizar sola las labores más simples. Aunque nuestros corazones latían como un solo, con el tiempo aprendí que mi mujer necesitaba su independencia para no deprimirse; sin embargo estos nueve meses, durante los cuales llegó a necesitarme tan íntimamente, me llenaron de un regocijo silencioso.

—Salí temprano del trabajo.

—¿Por qué? —Hizo un ligero puchero mientras acariciaba su estómago.

No pude resistirlo, así que coloqué una mano en su muslo, me incliné para morder su labio inferior y luego lo solté lentamente. Sus ojos brillaron de una manera lujuriosa y su respiración se aceleró en menos de un segundo, por lo que sonreí. Conocía ese cuerpo redondo demasiado bien; la Ángela embarazada era insaciable, aunque lo negara.

—Bueno, tú me llamaste. —Arqué una ceja con malicia—. Dijiste que tenías antojos.

—¡No puedo creer que hayas salido del trabajo por eso!

—En nueve meses, he saciado cada capricho. Puede que este sea el

último —le recordé—, así que es una misión.

Negó con la cabeza en reproche, intentando lucir molesta. Abrió la boca para regañarme, pero coloqué mi palma en su nuca y empujé nuestros labios juntos para besarla tan plenamente como estuve fantaseando hacer desde que la llamé en el almuerzo. Sabía que solo me contó sobre su antojo porque le encantaba que compartiéramos cada pequeño detalle del embarazo, pero saber que pronto daría a luz me hacía desear pasar cada minuto en casa y disfrutar de sus últimos antojos y arranques hormonales antes de sostener a mi pequeña princesa en brazos.

Seguí besándola. No fue difícil empujarla hasta que su espalda volvió a la cama, y llevé mis manos a sus muslos para extenderla. Me apoyé en un antebrazo para no colocar mi peso sobre su cuerpo, pero Ángela pretendía que conectáramos en todos los puntos posibles, por lo que lanzó un gruñido de frustración. Reí.

—Por el amor de Dios, han pasado años desde que sentí tus abdominales.

Mordí su cuello, fuerte. Gimió; logré que su cuerpo entero se derritiera sobre el colchón.

—Puedo dar fe de que, durante los meses pasados, has mordido, aruñado y besado mi cuerpo en todas las áreas posibles. No entiendo tus quejas.

—Pero no hemos estado piel contra piel en mucho tiempo. Al menos, no totalmente.

Seguí riendo mientras dirigía mi boca a la curvatura de su cuello. Besé suavemente, haciéndola jadear. Me aseguré de mantener sus piernas abiertas con mi brazo libre.

—¿Qué es tan gracioso? ¿Te burlas porque soy una pelota gigante y no puedo manosearte a gusto?

—¿Una pelota, amor? —Mi voz se hallaba mucho más grave que de costumbre, así que carraspeé—. ¿Por qué no decir que eres algo un poco más original? Cargas a nuestra hija dentro.

Entrecerró los ojos con molestia, pero el puchero volvió de manera inconsciente.

—¿Entonces qué soy para ti?

Me elevé sobre ella, fingiendo pensarlo con intensidad mientras una de mis manos liberaba su pecho del pijama. Acaricié su pezón rosado; se hallaba tan sensible que el más ligero roce la hacía lloriquear. Intenté ocultar mi sonrisa mientras me inclinaba y capturaba la carne entre mis labios, succionando. Ángela enterró sus manos en mi cabello y tiró con fuerza.

Coloqué mi mano libre en la cara interna de su muslo y comencé a ascender mientras seguía torturándola con los dientes.

Mi esposa se encargaba de producir los sonidos roncOS y necesitados que me atormentarían en mis fantasías cuando estuviera lejos de ella.

—¡Traian! —Se quejó cuando expuse el otro pecho y dirigí mi atención a él.

—¿Sí?

—Responde la maldita pregunta —gruñó y tiró con más fuerza de mi cabello.

—Disculpa, la olvidé. ¿Puedes repetirla?

Antes de que pudiera pronunciar otra palabra, llevé mi mano hasta su ropa interior de algodón, tan húmeda que parecía una segunda piel en su cuerpo. Fue mi turno de gruñir, intentando controlarme y seguir el juego.

—No me hagas esto.

—¿Me detengo?

—¡No! Pero respóndeme.

—Si logras volver a hacer la pregunta, te respondo.

—No juegues conmigo, vas a perder.

Reí con fuerza, deteniendo mi asalto en su cuerpo y dejando que mi nariz acariciara la curva de su cuello un momento.

—Deberías saber, amor, que siempre y cuando te tenga en mi vida... yo nunca voy a perder.

Decidí colocar mi rostro sobre el suyo y detenerme para contemplarla; labios hinchados, mejillas sonrosadas, respiración agitada y ojos brillantes. Me observaba como si yo fuera quien detenía su mundo y luego lo hacía girar de la manera correcta. Ángela me hacía sentir que cada obstáculo que superamos en el pasado había valido la pena si pudimos llegar hasta allí.

—Te amo —manifesté, mi garganta restringida por lo profundo de mis sentimientos. Ni siquiera lograba imaginar otras palabras que los describieran mejor. Debía inventar todo un nuevo lenguaje para que la mujer de mi vida pudiera comenzar a entender cada pensamiento en mi cabeza y cada sentimiento en mi pecho, que surgían solo cuando estaba cerca.

Llevó sus manos a mi rostro y nos acercó hasta que las puntas de nuestras narices se rozaron. En aquel instante podría pedirme que iniciara una guerra por ella; si seguía mirándome de esa manera tan absoluta, felizmente haría lo que quisiera.

—Te amo más de lo que yo misma logro entender —susurró—. Por las

mañanas quisiera esposarte a esta cama y que no te alejaras jamás.

Por mi mente pasaron imágenes de Ángela esposada a una cama en el sótano de aquel demonio, deshidratada y maltratada como una mascota sin dignidad. Mi sangre se calentó, ya no con deseo sino con furia. Cada una de mis respiraciones se volvió más profunda, y mi mirada vagó por el rostro de mi esposa mientras recordaba los golpes y la sangre. Si Sebastián Videla no estuviera encerrado, me encargaría de desaparecer cada una de sus cenizas.

—Cielo —susurró, luego besó la punta de mi nariz—, ¿todo bien?

—Todo excelente. Pero... —Las horribles imágenes no dejaban de dar vueltas tras mis párpados. Había pasado mucho tiempo desde la última vez que pensé en ello, pero dolía como si todo fuese malditamente reciente—. Es solo que ahora mismo no puedo hacer esto.

Ángela, preocupada, me empujó hasta que volví a una posición sentada y la ayudé a hacer lo mismo. Se arregló la bata de maternidad y volvió a cubrirse, luciendo más angustiada que decepcionada de no acabar lo que empezamos. Me arrepentí mentalmente por hacer que sintiera cualquier cosa excepto alegría y paz, pero mi corazón latía con tanta cólera que ni siquiera podía consolarla.

Colocó sus manos en mis hombros tensos y frotó con suavidad.

—No pienses en eso —susurró—, te lo suplico.

—Lo siento tanto, amor.

—Está bien. Siempre eres el fuerte. También tienes derecho a sentir, pero odio que pienses en el pasado.

—Arruiné nuestra noche, ¿no? —Suspiré, desordenando mi cabello con frustración.

—Pues... —Fingió pensarlo, acercándose más. Me hizo recordar que había un bulto en mis pantalones que tomaría más tiempo relajar—. ¿Traes lo que te pedí?

Lucía tan entusiasmada por su antojo que volvió a extraerme otra sonrisa. Mi madre, Romance, y mi esposa, eran las únicas mujeres que me hicieron sonreír genuinamente en todos mis años de vida. Y Ángela lo logró desde la primera vez que hablamos en el estacionamiento de su colegio, lo que logró intrigarme más sobre aquella joven dulce que acabaría convirtiéndose en mi razón para despertar todos los días.

—Sí, amor, conseguí cinco kilos de mangos maduros.

—¡Cinco kilos! —chilló—. ¿Tienes una idea de lo mucho que te amo ahora mismo?

Reí y la recibí en mis brazos. Una de las razones por las que cumplía sus caprichos era porque lo agradecía como si fuera una niña que recibió el mejor regalo de Navidad en todo el jodido planeta.

—¡Gracias, gracias, gracias!

—Sabes que no te puedes comer los cinco kilos tú sola, ¿verdad?

—¿Cuatro para mí y uno para ti?

—Pequeña... —Hice un esfuerzo sobrehumano para no reír.

—¡Son mis mangos!

—Pero te pueden hacer daño. Dos kilos en una noche es más que suficiente.

—¿De verdad pasamos de preliminares sexuales a discutir porque te quieres comer mis mangos?

—No está a discusión —concluí. La realidad era que pedí una entrega extra para mañana, pues sabía que querría más, pero hablaba en serio cuando anuncié que no le permitiría comer más de dos kilos esa noche. Cuanto más sana se encontrara, menos riesgos correría durante el parto. Era paranoico, pero no me apenaba admitirlo.

Me puse de pie y vacié mis bolsillos en la mesita de noche. Luego la ayudé a levantarse sobre sus pies hinchados y, mientras me encargaba de colocarle sus pantuflas, me fulminó con ojos de reproche. Creía que lograría hacerme sentir culpable.

—¿Vienes a la cocina o te quedas a terminar tu berrinche?

—A veces quiero ahorcarte.

—Es normal, no podemos estar de acuerdo todo el tiempo. Eso sería raro. —Guiñé—. Pero podemos ser felices siempre. —Me acerqué y rodeé su cuerpo con mis brazos. Sentí la punta de su vientre contra mi abdomen mientras ella rodeaba mi cuello con los suyos—. ¿Me perdonas, amor?

—Con una condición.

—Lo que sea que mi reina quiera sobre la faz de la tierra.

—Si no parezco una pelota, dime qué parezco.

Me sorprendí. Era terca.

—¿Realmente quieres saberlo?

—Por supuesto.

Fingí pensarlo muy bien. Éramos adultos con vidas hechas, pero seguíamos comportándonos como niños. Sabía que iba a irritarse, pero el enojo siempre la hacía lucir hermosa, así que probablemente valiera la pena. Finalmente, admití:

—Una pokebola.

—¿Disculpa?

—Eres mi pokebola, cariño —sonreí como un niño. Esperaba que eso derritiera su corazón.

—Bueno —anunció—, ahora es seguro que voy a matarte. No puedo creer que acabes de decir... ¡Que luzco como una maldita pokebola!

No pude resistirlo por más tiempo, y exclamé entre risas:

—¡Pikachu, yo te elijo!

—Corre a la cocina, Traian.

—¿Por qué?

—Corre y escóndete, porque juro que ahora sí voy a matarte.



Me hallaba en la cocina pelando las frutas para mi esposa, cuando una idea viajó de súbito a mi cabeza. Ya sabía cómo sacarle más sonrisas a Ángela esa noche.

—Cariño —levantó sus ojos enormes de la tercera semilla que devoraba—, tengo que hacer una llamada de trabajo. No toques nada, enseguida vuelvo.
—Asintió.

Subí al segundo piso de nuestra casa y tuve que realizar seis llamadas diferentes hasta que conseguí que una sorpresa para Ángela llegara a nuestra puerta dentro de, exactamente, tres horas. Llevaba mucho tiempo queriendo darle aquello, pero por cuestiones de la vida nunca tuve la oportunidad. Esa noche sería el momento ideal, pues estaba seguro de que después de comer caería en un sueño profundo. Por lo cual, volví a la cocina y permanecí con ella hasta que decidió que estaba satisfecha y quería ir a recostarse.

Me quedé quieto mirando el techo de la habitación, no tardé en escuchar sus ronquidos. Un día debía grabarla para que dejara de negarlos. Pasé mucho tiempo inmóvil, con mi celular en la mano mientras esperaba el mensaje que me alertaría cuando la sorpresa estuviera lista. Tuve la oportunidad de hacer una lista mental de las compras que debíamos hacer el día de mañana, sábado, en el supermercado, y me recordé a mí mismo los arreglos que Ángela quería que realizara en la casa, como el tubo del baño de abajo que no dejaba de gotear.

Parecieron pasar horas hasta que mi móvil vibró. Aún vestido con mi ropa de trabajo, completamente de negro, me levanté y volví a calzarme las botas antes de dirigirme a la ventana de la habitación y abrirla completamente.

Necesitaba que ella escuchara lo que le tenía preparado... Esperaba que todo saliera bien, y que no me lanzara agua hirviendo por haberme atrevido a perturbar su sueño.

Llegué a la planta baja; debía admitir que estaba nervioso. Desactivé la alarma y me arrepentí de no abrigarme mejor cuando el aire helado de la noche me cubrió por completo. Di un paso fuera y cerré tras de mí. Nueve hombres, con sus trajes y sombreros de tonalidades rojas, doradas y anaranjadas, se encontraban en mi jardín delantero. Ocho de ellos cargaban sus instrumentos musicales, por lo que asumí que quien se acercó a mí fue el cantante del grupo de mariachis.

—¿Señor Martínez Serbian? —Asentí, mis nervios en aumento—. Soy Rodolfo, el líder de la agrupación.

—Es un placer. —Estrechamos nuestras manos—. Lamento haberlos llamado tan repentinamente.

—Descuide, se sorprendería de cuántas contrataciones inesperadas recibimos, normalmente porque hay una novia o esposa enojada y a los hombres no les tienta la idea de dormir en la calle.

Reímos. Sacudí la cabeza en negación. Deseaba saber cómo reaccionaría Ángela, así no me sentiría tan nervioso como un adolescente.

—Es mi esposa. No está enojada, solo quiero sorprenderla.

—Bueno —palmeó mi espalda con confianza—, me alegro por usted. Solicitó cuatro canciones. ¿Las ha escogido ya?

Le comenté los nombres de las cuatro canciones y el orden que pretendía. Rodolfo asintió, todo perfecto en cuanto a eso. Finalmente, admití:

—Me gustaría ser quien cante la primera canción.

Lució sorprendido. Hice mi mayor esfuerzo para mantener la espalda recta y no acobardarme, porque seguro como el infierno yo no era un buen cantante, y lo más probable era que Ángela decidiera arrojarme una maceta desde la ventana. ¿Debería dejar que ellos se encargaran de las cuatro canciones? Los vecinos iban a escucharlo todo. ¿Cómo volvería a mirar a las personas a los ojos después de un espectáculo como ese?

—¡Vaya, vaya! —Anunció Rodolfo al resto de la agrupación—: ¡Parece que tenemos un valiente esta noche!

—Olvídenlo, creo que mejor...

—No, no, señor Martínez. No se me acobarde ahora. Llevo 20 años en este trabajo y con toda seguridad puedo decirle que las mujeres adoran cuanto sus maridos o novios forman parte de la serenata.

—¿Está seguro de eso? No canto ni una sola nota —gruñí. Ahora solo quería regresar a la cama y fingir que aquel plan nunca llegó a mi cabeza.

—Créame, yo sé lo que hago. Simplemente no lo piense demasiado.

Hizo un gesto con la mano y el resto de los hombres se acercó hasta que formamos un círculo. Comenzaron a trazar un plan. Podía fingir que aquello era otra misión del trabajo, y que el hombre que estaba a punto de cantar bajo la ventana de su mujer era solo un personaje extrovertido y artístico que no tenía nada que ver conmigo. Aspiré con fuerza; no me sentía tan nervioso desde que le pedí matrimonio, pero quería que ella fuera feliz, que riera y que cualquier pensamiento turbio abandonara su cabeza. Si tenía que avergonzarme a mí mismo en el proceso, no tenía duda de que iba a hacerlo.



Diez minutos después, todos apiñados sobre la calle bajo la ventana de la habitación, decidimos que era el momento. Me ubiqué al lado del cantante principal, tragué mi orgullo y la ansiedad que me erizaban la piel. Ya no había vuelta atrás. Se suponía que era un hombre con nervios de acero, pero estaba a punto de salir corriendo calle abajo. Exhalé temblorosamente, todos los ojos sobre mí. Era ahora o nunca. Miré a Rodolfo, quien lucía genuinamente emocionado.

Asentí con mi cabeza, muy inseguro. Él sonrió e hizo una señal al grupo.

La música comenzó a sonar. Fuerte. Cada nota de las trompetas parecía vibrar en las paredes de toda la vecindad. La sangre corría como fuego por mis venas. Ni siquiera sabía si mi voz se escucharía entre tantos instrumentos, pero me dejé llevar por las guitarras y los violines. Las luces en las casas vecinas comenzaron a encenderse, podía percibirlo, pero mi mirada estaba enfocada en la ventana.

Mi corazón rugió. Comencé a cantar, con más fuerza de lo que jamás pude imaginar:

—*Si nos dejan, nos vamos a querer toda la vida. Si nos dejan, nos vamos a vivir a un mundo nuevo. Yo creo podemos ver, el nuevo amanecer, de un nuevo día...* —Titubeé, con el corazón en cada palabra—: *Yo pienso que tú y yo, podemos ser felices todavía.* —Me encontraba tan eufórico por la música a mi alrededor que me entregué a la canción, concentrándome únicamente en la mujer a la que iban dedicadas cada una de mis palabras—. *Si nos dejan, buscamos un rincón cerca del cielo. Si nos dejan, haremos con las nubes terciopelo.* —Rodolfo gritó, canté con más fuerza—: *Y ahí, juntitos los dos,*

cerquita de Dios, será lo que soñamos... Si nos dejan, te llevo de la mano corazón, y ahí nos vamos.

Creía que iba a desmayarme.

Entonces, apareció.

Me atraganté con mi propia saliva. La música siguió, podía escuchar las voces de los vecinos que se acercaron, pero todo en mi mente era ella. Ángela se acercó lentamente hacia la ventana, como si temiera. Al vernos a sus pies, solo pasaron un par de segundos antes de que cubriera su boca con la palma de la mano y los sollozos la hicieran vibrar. No lucía molesta ni apenada, solo conmovida. Estaba llorando, pero podía sentir que su corazón latía tan rápido como el mío. Una mano sostenía su vientre mientras con la otra intentaba acallar su llanto.

No iba a detenerme, le estaba entregando cada parte de mí en ese momento, incluso aquellos temores ocultos como lo era mi pánico escénico. Ya no me importaba más.

En un arrebato, le quité a Rodolfo su enorme sombrero ornamentado y lo coloqué sobre mi cabeza. Mirándola, di dos pasos al frente y me dejé caer en una rodilla. Mucho más apasionadamente, volví a cantar todo otra vez:

—Si nos dejan, nos vamos a querer toda la vida. Si nos dejan, nos vamos a vivir a un mundo nuevo. Yo creo podemos ver, el nuevo amanecer, de un nuevo día. Yo pienso que tú y yo, podemos ser felices todavía. Si nos dejan, buscamos un rincón cerca del cielo. Si nos dejan, haremos con las nubes terciopelo. Y ahí, juntitos los dos, cerquita de Dios, será lo que soñamos...

Cerca del final de la canción, la vi colocar ambas manos en el marco de la ventana, sosteniéndose. Sonrió; mi corazón saltó en su lugar. Me levanté rápidamente para el gran final, intoxicado, eufórico de felicidad. Me sentía tan arriba que podría capturar las nubes con mis propias manos. Quitó el sombrero de mi cabeza y extendí los brazos a los costados, deseando que entendiera que me entregaba completa y absolutamente a ella, que gustosamente sería vulnerable ante lo que quisiera.

Pude escucharla reír, sollozar, hipar, todo al mismo tiempo. Sonriendo con tanta fuerza que mi mandíbula dolía, conseguí terminar de cantar:

—Si nos dejan, te llevo de la mano corazón, y ahí nos vamos. Si nos dejan... De todo lo demás nos olvidamos. Si nos dejan... ¡Si nos dejan!

Rodolfo volvió a lanzar su grito típico. Escuché exclamaciones, aplausos, risas. Todo a mi alrededor era algarabía. Mi pecho se agitaba por las respiraciones rápidas y bruscas; mis dientes castañeaban con nerviosismo;

cada célula de mi cuerpo vibraba como si nunca se hubiese sentido tan viva.

Vi a Ángela entrar rápidamente en la habitación y desaparecer en la oscuridad.

Volví a colocarme el sombrero. Antes de que tuviera tiempo de cuestionarme a mí mismo si se había enfadado, regresó sosteniendo algo entre sus manos. Con la sonrisa más grande que me regaló en mucho tiempo, mi esposa arrojó algo desde la ventana. Corrí y lo atrapé antes de que tocara el suelo.

No podía creer lo que veían mis ojos. Decenas de silbidos no tardaron en ensordecirme. Los gritos aumentaron, mi corazón estalló. Ángela, descaradamente, me había arrojado una de sus piezas rojas de lencería: un cachetero repleto de cintas y encaje.

Sonriendo con picardía, gritó desde la cima, aun sabiendo que había muchas personas allí y que la mayoría de ellos eran nuestros vecinos:

—¡Disculpa, pero no pude encontrar un pañuelo! Tendrás que conformarte con eso.

—¿Y la parte superior? —Vociferé de regreso.

—Si me cantas otras, puede que me quite cada pieza de ropa que traigo puesta.

Los silbidos volvieron, acompañados de palmadas en la espalda.

Ángela envió un beso, luego un guiño provocativo.

Aspiré aire y preparé mis pulmones, listo para cantar las tres canciones restantes de aquella serenata, pues al final podría subir y reclamar mi premio.

Aquella noche se volvió una de las más increíbles en toda mi existencia, y estaba seguro de que ambos la recordaríamos por mucho tiempo.

Acerca de la autora

Marian S. Herrera nació en el año 2000 durante las celebraciones del Día de los Difuntos en Bocas del Toro, Panamá. Su pasión por la literatura comenzó a los ocho años de edad, participando en certámenes de cuento y leyendo lo que estuviera a su alcance. Se unió a Wattpad en junio de 2013, donde publicó los primeros capítulos de su novela “Latido del corazón” bajo el apodo de “DynamiteExplosive” el día 27 de setiembre de 2016.

Actualmente vive con sus padres y hermanos en San José, mientras cumple con sus labores universitarias como estudiante de Medicina. Marian también es la autora de las novelas románticas “Spotter” y “Next to Him”, publicadas en papel a lo largo de Latinoamérica y España por Nova Casa Editorial en el año 2017.